JEFFREY ARCHER

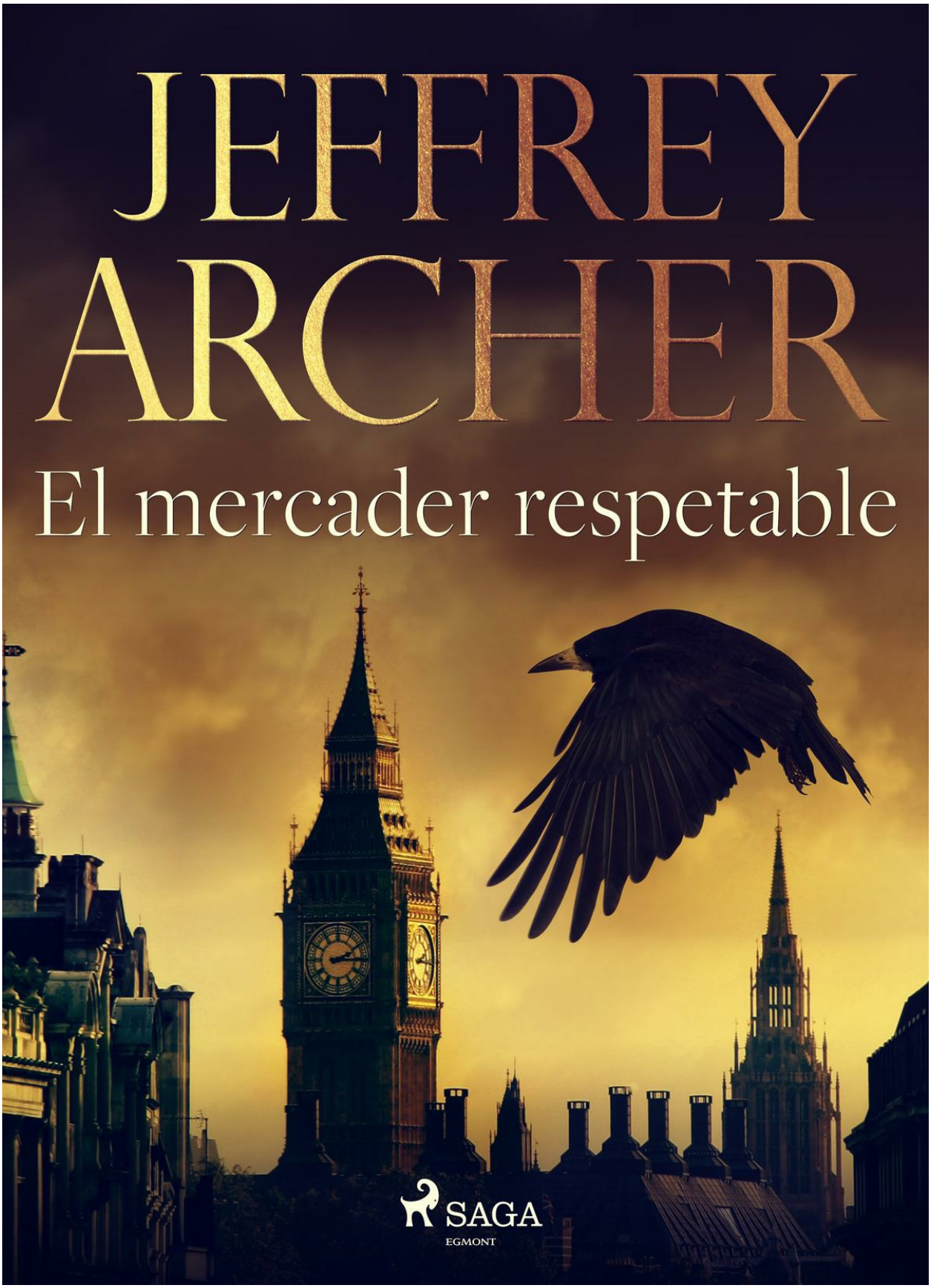
El mercader respetable



SAGA
EGMONT

JEFFREY ARCHER

El mercader respetable



SAGA
EGMONT

Jeffrey Archer

El mercader respetable

Translated by Manuel de los Reyes

Saga

El mercader respetable

Translated by Manuel de los Reyes

Original title: *As the Crow Flies*

Original language: English

Copyright © 1991, 2021 Jeffrey Archer and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788726491784

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com
Saga Egmont - a part of Egmont, www.egmont.com

Jeffrey Archer, entre cuyas novelas y relatos se cuentan títulos como *Kane y Abel*, *El impostor* o *Casi culpables*, ha coronado todas las listas de éxitos literarios del mundo, llegando a superar los 275 millones de copias vendidas.

Es el único autor cuya obra ha conseguido ser superventas tanto en ficción (diecinueve veces) como en los ámbitos de la narrativa breve (hasta en cuatro ocasiones) y el ensayo (*The Prison Diaries*).

Está casado con Mary Archer, dama comendadora de la Orden del Imperio Británico, con la que tiene dos hijos que a su vez les han dado dos nietos.

www.jeffreyarcher.com
Facebook.com/JeffreyArcherAuthor
@Jeffrey_Archer

COMO LOS CUERVOS

Para James.

CHARLIE
1900-1919

1

«¡No los vendo por dos peniques! —anunciaba mi abuelo sujetando un repollo en cada mano—. ¡Ni por uno, ni siquiera por medio! ¡No, los tengo a un cuarto de penique!».

Esas fueron las primeras palabras que se me quedaron grabadas en la memoria. No había aprendido a andar cuando mi hermana mayor empezó a dejarme en el suelo dentro de una caja para las naranjas, junto al puesto del abuelo, para que aprendiera el negocio lo antes posible.

«Está reclamando lo que le pertenece, eso es todo», les decía el abuelo a los clientes mientras apuntaba con el dedo a mi caja. Lo cierto es que la primera palabra que pronuncié en mi vida fue «abuelo»; la segunda, «penique», y antes de cumplir los tres años ya era capaz de repetir palabra por palabra todos sus discursos de ventas. Aunque en mi familia nadie tenía muy claro cuál era la fecha exacta de mi nacimiento, después de que mi viejo se hubiera pasado esa noche en la trena y mi madre falleciera antes de que yo abriese siquiera los ojos. El abuelo sospechaba que podría haber sido un sábado, estaba casi seguro de que el mes era enero, tenía la confianza de que corría el año 1900 y sabía sin sombra de duda que gobernaba la reina Victoria. De modo que apostábamos por el sábado 20 de enero de 1900.

No llegué a conocer a mi madre porque, como ya he explicado antes, murió el mismo día en que nací yo. «Cuando estaba dando a luz», en palabras del cura de nuestra localidad, aunque no llegué a entender a qué se refería exactamente hasta varios años más tarde, cuando la vida quiso que esas mismas circunstancias se cruzaran en mi camino de nuevo. El padre O'Malley no se cansaba de decirme que había sido una auténtica santa. Mi padre, al que nadie se habría atrevido a calificar de santo, se pasaba todo el día trabajando en los muelles, vivía en el pub por la noche y se refugiaba en casa de madrugada porque era el único sitio donde podía dormir sin que nadie lo molestara.

El resto de la familia se componía de tres hermanas: Sal, la mayor con cinco años, que sabía cuándo había nacido porque fue en plena noche y no le dejó pegar ojo al viejo; Grace, de tres, que nunca le quitaba el sueño a nadie; y Kitty, una pelirroja de dieciocho meses de edad que solo sabía berrear sin parar.

El cabeza de familia era el abuelo Charlie, en cuyo honor me habían puesto su nombre. Dormía en su propia habitación en la planta baja de nuestro hogar, en Whitechapel Road, no solo por ser el mayor sino porque siempre era él quien pagaba el alquiler. Los demás nos apiñábamos en el cuarto de enfrente. Había otras dos habitaciones en el piso de abajo: una especie de cocina y lo que al abuelo le gustaba denominar el salón, aunque para cualquier otro no habría pasado de ser un armario grande.

Había un aseo en el jardín, sin césped, que compartíamos con la familia irlandesa que vivía en la planta de arriba. Parecía que siempre les entraban ganas de usarlo a las tres de la madrugada.

El abuelo, vendedor ambulante de profesión, trabajaba en la esquina de Whitechapel Road. Una vez que conseguí escaparme de la caja de naranjas y me dediqué a gatear entre los demás

tenderetes, enseguida descubrí que las gentes de la zona lo tenían por el mejor comerciante del East End.

Mi padre, que como ya he revelado trabajaba en los muelles, nunca dio muestras de sentir el menor interés por nosotros, y aunque en ocasiones llegaba a ganar hasta una libra a la semana, el dinero siempre daba la impresión de acabar en el mismo sitio: el Black Bull, donde se lo gastaba en una pinta de cerveza tras otra o lo apostaba en partidas de cartas o dominó en compañía de nuestro vecino de la puerta de al lado, Bert Shorrocks, un hombre que no hablaba nunca, sino que se limitaba a gruñir.

De hecho, si no hubiera sido por el abuelo, nadie me habría obligado a asistir a la escuela de primaria de Jubilee Street, y «asistir» era la palabra correcta, porque una vez allí tampoco hacía gran cosa aparte de aporrear la tapa del pequeño pupitre y tirarle de las coletas a la Ricachona, una niña pija que se sentaba delante de mí. En realidad se llamaba Rebecca Salmon y era hija de Dan Salmon, el dueño de la panadería que había en la esquina de Brick Lane. La Ricachona, que sabía exactamente dónde y cuándo había nacido, no se cansaba nunca de recordarle a todo el mundo que tenía casi un año menos que sus compañeros de clase.

Yo no veía el momento de que sonara el timbre a las cuatro de la tarde, cuando por fin terminaban las clases y podía aporrear la tapa del pupitre por última vez antes de salir disparado por Whitechapel Road para echar una mano en el puesto.

Los sábados, de propina, el abuelo me dejaba ir con él al mercado de primera hora de la mañana en Covent Garden, donde seleccionaba las frutas y las hortalizas que vendería más tarde en su sitio habitual, enfrente de las tiendas del señor Salmon y el señor Dunkley, que regentaba un local de pescado con patatas fritas para llevar junto a la panadería.

Si bien me moría de ganas por abandonar los estudios de una vez por todas para acompañar permanentemente al abuelo, si alguna vez me pasaba aunque solo fuese una hora holgazaneando me quedaba sin ver jugar al West Ham los sábados por la tarde, o peor aún, me prohibía trabajar en el puesto por las mañanas.

—Ojalá te parecieses un poco más a Rebecca Salmon —me decía—. Esa chica llegará lejos.

—Cuanto más, mejor —replicaba yo, pero él nunca se reía. Le gustaba recordarme que la Ricachona sacaba las mejores notas en todas las asignaturas—. Menos en aritmética —le decía con todo mi aplomo—, ahí le doy sopas con honda.

Porque, veréis, yo era capaz de resolver con los ojos cerrados cualquier cuenta que Rebecca Salmon tuviera que hacer por escrito. La sacaba de sus casillas.

Mi padre no visitó la escuela de Jubilee Street ni una sola vez en todos los años que me tiré allí, pero el abuelo solía dejarse caer por lo menos una vez por trimestre para hablar con mi maestro, el señor Cartwright. Según este, con mi cabeza para los números podría acabar trabajando de contable o empleado de banca. En cierta ocasión llegó a decirle que quizá él pudiera encontrarme incluso un puesto en la ciudad, lo cual era una pérdida de tiempo, la verdad, porque yo lo único que quería era llevar el puesto ambulante con el abuelo.

Tenía siete años cuando me di cuenta de que el nombre que lucía el carretón del abuelo (Charlie Trumper, el mercader respetable, casa fundada en 1823) era el mismo que el mío. Mi padre, que se llamaba George, ya nos había dejado claro en muchas ocasiones que, cuando se jubilara el abuelo, él no tenía la menor intención de heredar el negocio porque no le apetecía despedirse de sus compañeros del muelle.

A mí no podría alegrarme más esa decisión. Un día le dije al abuelo que, cuando por fin me hiciera cargo del puesto, ni siquiera haría falta que le cambiáramos el nombre.

—No quiero que termines trabajando en el East End, jovencito —refunfuñó el abuelo—. Eres demasiado bueno para hacer de buhonero toda la vida. —Me entristecía oírle decir esas cosas; no se daba cuenta de que eso era lo único que me gustaba.

La escuela se prolongaba un mes tras otro, un año tras otro, con Rebecca Salmon subiendo al escenario para recoger un premio tras otro el Día de los Discursos. Lo que hacía que esa celebración anual fuera aún peor era que siempre teníamos que escucharla recitar el salmo veintitrés con su vestido blanco, sus calcetines blancos y sus zapatos negros. Hasta se ponía un lacito blanco y todo en su largo cabello negro.

—Seguro que se pone unas bragas distintas todos los días —me susurró la pequeña Kitty al oído.

—Y me apuesto lo que quieras a que todavía es virgen —dijo Sal.

Solté una carcajada porque eso era lo que hacían todos los vendedores ambulantes de Whitechapel Road cuando oían esa palabra, aunque reconozco que por aquel entonces yo no tenía ni idea de lo que significaba ser virgen. El abuelo me llamó la atención con un «chist» y no volvió a sonreír hasta que subí a recoger el trofeo de aritmética, una caja de ceras de colores que no sé qué uso les habría podido dar. En cualquier caso, habría sido eso o un libro.

Mientras yo regresaba a mi sitio, el abuelo rompió a aplaudir con tantas ganas que algunas madres se giraron y sonrieron, lo que no hizo sino reforzar la determinación del viejo por procurar que continuara los estudios hasta cumplir los catorce.

Cuando tenía diez años, el abuelo me dejaba colocar la mercancía en el carretón antes de irme a pasar el día en la escuela. Las patatas delante, las verduras en el centro y la fruta más blanda en la parte de atrás, esa era su regla de oro.

—No dejes nunca que toquen la fruta antes de haberte dado el dinero —me advertía—. Cuesta despachurrar una patata, pero todavía cuesta más vender un racimo de uvas si lo han manoseado mil veces.

A los once ya estaba recogiendo el dinero de los clientes y dándoles el cambio oportuno. Así fue como aprendí lo que significaba sisar. A veces, cuando le había devuelto el dinero a un cliente, este abría la mano para revelar que una de las monedas que yo le había entregado de repente no estaba, por lo que me tocaba aflojar todavía más pasta. Aquel día le costé una buena parte de los beneficios de la semana al abuelo, hasta que me enseñó a decir: «Dos peniques de vuelta, señora Smith», con las monedas bien a la vista de todos antes de dárselas.

A los doce había aprendido a poner cara de póquer para regatear con los proveedores de Covent Garden antes de venderles los mismos productos a los clientes de Whitechapel con una sonrisa de oreja a oreja. También descubrí que el abuelo acostumbraba a cambiar de proveedores con regularidad, «para asegurarme de que nadie se malacostumbre conmigo».

A los trece me había convertido en sus ojos y oídos, puesto que ya conocía por su nombre a todos los tratantes de frutas y hortalizas de Covent Garden que merecían la pena. Aprendí enseguida a detectar a los vendedores que apilaban la fruta buena encima de la mala, quién intentaba colarte alguna manzana pasada y quién intentaba siempre darte gato por liebre. Y lo más importante de todo, trabajando en el carretón descubrí qué clientes no pagaban sus deudas y, por lo tanto, tenían prohibido ver sus nombres apuntados en la pizarra.

Recuerdo lo orgulloso que me sentí el día que la señora Smelley, que regentaba una casa de huéspedes en Commercial Road, me dijo que yo había salido a mi abuelo y que, en su opinión, en el futuro podría llegar a ser como él. Aquella noche lo celebré pidiéndome mi primera pinta de cerveza y encendiéndome mi primer Woodbine. No llegué a acabarme ninguna de las dos cosas.

Nunca olvidaré el primer sábado que mi abuelo me dejó encargarme del puesto yo solo. Se pasó cinco horas sin abrir la boca, ni para darme consejos ni para hacer observación alguna, y cuando cerró la caja al terminar la jornada, pese a haber ingresado dos chelines y cinco peniques menos de lo habitual para tratarse de un sábado, me dio la moneda de seis peniques con la que me pagaba todos los fines de semana.

Sabía que el abuelo quería que yo continuara con mis estudios y mejorase en lo que a leer y escribir respectaba, pero el último viernes del trimestre, en diciembre de 1913, salí por las puertas de la escuela de primaria de Jubilee Street con la bendición de mi padre. Siempre me había dicho que la educación era una pérdida de tiempo que para él no tenía sentido. Yo estaba de acuerdo con él, aunque la Ricachona hubiera ganado una beca para ir a un sitio llamado St. Paul, que, en cualquier caso, estaba en Hammersmith, a millas de distancia de allí. ¿Quién querría ir a la escuela en Hammersmith cuando podía vivir en el East End?

Era lo que la señora Salmon quería para su hija, evidentemente, porque no se cansaba de hablar de las «dotes intelectuales» de la niña, fuera lo que fuera eso, con todo el que se quedaba atrapado en la cola para comprar el pan en su tienda.

—Snob estirada —me susurraba el abuelo al oído—. Es la clase de persona que siempre tiene una fuente de fruta llena hasta arriba, aunque no haya nadie enfermo en la casa.

La opinión que le merecía la señora Salmon al abuelo era la misma que me merecía a mí la Ricachona. El señor Salmon, en cambio, me caía bien. También él había sido vendedor ambulante en su día, pero eso fue antes de casarse con la señorita Roach, la hija del panadero.

Todos los sábados por la mañana, cuando yo estaba preparando el carretón, el señor Salmon dejaba que su mujer atendiera el negocio mientras él acudía a la sinagoga de Whitechapel. En su ausencia, la mujer no paraba de recordarnos a todos a voz en cuello que ella no estaba en la tienda de adorno.

La Ricachona parecía debatirse entre acompañar a su viejo a la sinagoga o quedarse en la panadería, donde se sentaba junto a la ventana y empezaba a zampar bollos de crema en cuanto el hombre se perdía de vista.

—Los matrimonios mixtos siempre dan problemas —me decía el abuelo. Tardé años en comprender que no se refería a los bollos de crema.

El día que dejé los estudios le sugerí al abuelo que se podía quedar en la cama mientras yo iba a Covent Garden para reponer existencias, pero él no quiso ni oír hablar del asunto. Cuando llegamos al mercado, por primera vez dejó que fuera yo el que regatease con los proveedores. Enseguida encontré uno que se avino a venderme una docena de manzanas por tres peniques a cambio de que le garantizara el mismo pedido durante un mes, a diario. Puesto que el abuelo Charlie y yo siempre nos comíamos una manzana para desayunar, el acuerdo resolvía nuestras necesidades particulares y me proporcionaba la oportunidad de catar la mercancía que íbamos a ofrecerles a nuestros clientes.

A partir de ese momento, todos los días se convirtieron en sábado; a veces, entre los dos,

conseguíamos que los beneficios aumentaran hasta catorce chelines por semana.

Después de aquello, mi paga semanal ascendió hasta los cinco chelines, una verdadera fortuna, cuatro de los cuales me dediqué a guardar en una caja de latón bajo la cama del abuelo hasta que reuní mi primera guinea: el hombre que tiene una guinea tiene seguridad, me dijo una vez el señor Salmon desde el umbral de su tienda, con los pulgares enganchados en los bolsillos del chaleco, exhibiendo un reluciente reloj con cadena de oro.

Por las tardes, cuando el abuelo venía a cenar y el viejo se largaba al pub, no tardé en empezar a aburrirme de escuchar lo que habían estado haciendo mis hermanas durante el día, de modo que me apunté al Club Juvenil de Whitechapel. Tenis de mesa los lunes, miércoles y viernes; boxeo los martes, jueves y sábado. Nunca le pillé el tranquillo al pingpong, pero llegué a convertirme en un peso gallo decente, e incluso en una ocasión representé al club contra Bethnal Green.

A diferencia de mi padre, a mí no me atraían los pubs, las carreras de caballos ni las partidas de cartas, pero seguía yendo a animar al West Ham casi todos los sábados por la tarde. Hasta acudía al West End de vez en cuando si me gustaba la estrella del *music hall* que actuaba esa noche.

Cuando el abuelo me preguntó qué quería por mi decimoquinto cumpleaños, respondí sin dudarlo un momento: «Mi propio puesto ambulante», y añadí que ya casi había ahorrado lo suficiente para comprármelo. Se rio y me dijo que el suyo, aunque estuviera viejo, resistiría hasta que llegara el momento de que yo lo heredara. En cualquier caso, me advirtió, era lo que alguien una persona rica denominaría un activo; y además, añadió por si las moscas, las cosas nuevas nunca eran una buena inversión, y menos en tiempos de guerra.

Aunque el señor Salmon ya me había informado de que le habíamos declarado la guerra a Alemania hacía casi un año, cuando el nombre del archiduque Franz Ferdinand todavía no nos sonaba a ninguno, no comprendimos la gravedad del asunto hasta que un montón de jóvenes que trabajaban en el mercado empezaron a desaparecer, «llamados a filas», y fueron sustituidos por sus hermanos pequeños…, e incluso hermanas, a veces. A menudo, los sábados por la mañana había más chicos vestidos de caqui en el East End que civiles.

El otro recuerdo que guardo de aquella época está relacionado con Schultz, el fabricante de salchichas; un manjar para nosotros los sábados por la noche, sobre todo cuando nos regalaba su sonrisa desdentada y la acompañaba de una salchicha extra totalmente gratis. Ya llevaba algún tiempo comenzando la jornada con alguna ventana rota, hasta que de repente, una mañana, la fachada de su establecimiento apareció cerrada con tablas y del señor Schultz no se volvió a saber nada más.

—Confinado —murmuró misteriosamente el abuelo.

Mi viejo se reunía con nosotros algún que otro sábado por la mañana, pero solo para pedirle prestado algo de dinero al abuelo antes de ir al Black Bull y gastárselo todo con su amigo Bert Shorrocks.

Semana tras semana el abuelo aflojaba un chelín, o incluso dos, cuando ambos sabíamos que no se lo podía permitir. Y lo que más me fastidiaba era que él no bebía nunca, y mucho menos se entrampaba en apuestas. Eso no le impedía a mi viejo embolsarse las monedas, tocarse la visera y poner rumbo al Black Bull.

Esa rutina que se perpetuaba una semana tras otra quizá no se hubiera alterado nunca hasta

que, un sábado por la mañana, una señora con cara de engreída que yo llevaba toda la semana viendo parada en la esquina, con su largo vestido negro y un parasol en la mano, se acercó al carretón con paso decidido, se detuvo delante de mi padre y le puso una pluma blanca en la solapa.

No lo había visto tan furioso jamás, ni siquiera los habituales sábados por la noche cuando perdía todo su dinero en las apuestas y volvía a casa tan borracho que todos teníamos que escondernos debajo de la cama. Levantó el puño para amenazar a la señora, pero esta no se dejó intimidar e incluso llegó a llamarlo «cobarde» a la cara. Él le lanzó las imprecaciones que normalmente reservaba para el recaudador de alquileres, agarró todas sus plumas y las tiró a la cuneta antes de alejarse con paso airado en dirección al Black Bull. Más aún, ni siquiera volvió a casa a mediodía, cuando Sal nos puso pescado con patatas para comer. En vez de quejarme, me zampé su ración de patatas antes de irme a ver al West Ham esa tarde. Seguía sin dar señales de vida cuando regresé por la noche, y al despertarme a la mañana siguiente, su lado de la cama no mostraba señales de que mi padre se hubiera acostado allí. Cuando el abuelo nos condujo a todos a casa después de habernos llevado a la misa de mediodía, papá seguía sin aparecer, de modo que disfruté de la cama grande para mí solo por segunda noche seguida.

—Seguro que se ha pasado otra noche entre rejas —murmuró el abuelo el lunes por la mañana mientras yo empujaba el carretón por el centro de la carretera, procurando evitar los excrementos de caballo de los transportes colectivos que recorrían la ciudad de un extremo a otro siguiendo la línea metropolitana.

Al pasar por delante del número 110 vi a la señora Shorrocks observándome desde la ventana, con su habitual ojo morado y la colección de magulladuras de distintos colores que solía coleccionar los sábados por la noche cuando su Bert volvía a casa del pub.

—Acércate sobre mediodía para pagar la fianza —me dijo el abuelo—. Ya le habrá dado tiempo a dormir bien la mona.

No me hacía gracia la idea de tener que desprenderme de la media corona que me iba a costar su fianza; los ingresos de toda una jornada al garete.

Me presenté en la comisaría escasos minutos después de las doce. El sargento de guardia me informó de que Bert Shorrocks todavía estaba a la sombra, a la espera de sentarse delante del juez esa misma tarde, pero no habían tenido noticias de mi padre en todo el fin de semana.

—Es como una moneda falsa, no te preocupes —dijo el abuelo con una risita cuando se lo conté—. Ya volverá a aparecer.

Papá, sin embargo, no «volvió a aparecer» hasta un mes largo después. Cuando lo hizo, no me podía creer lo que veían mis ojos: iba vestido de caqui de la cabeza a los pies. La explicación es que se había alistado en el segundo batallón de los fusileros reales. Nos contó que esperaba que lo enviaran al frente en las próximas semanas, pero que estaría en casa de nuevo por Navidad. Un alto mando le había asegurado que los malditos boches habrían tenido que hacer las maletas mucho antes de que llegaran las fiestas.

El abuelo arrugó el entrecejo y sacudió la cabeza, pero yo me sentía tan orgulloso que me pasé el resto de la jornada pavoneándome con él por todo el mercado. Incluso la señora de la esquina que se dedicaba a repartir plumas blancas expresó su aprobación con un ademán. Yo la miré con el ceño fruncido y le prometí a papá que, si los alemanes no habían hecho las maletas para Navidad, dejaría la venta ambulante y lo buscaría para ayudarle a rematar la faena. Nadie le

dejó pagar por su bebida aquel día, así que terminé sin gastarme ni medio penique. A la mañana siguiente, antes incluso de que el abuelo y yo nos preparásemos para ir al mercado, se fue para reunirse con su regimiento.

El viejo no nos envió ninguna carta porque no sabía escribir, pero en el East End todo el mundo sabía que si el cartero no te metía uno de esos sobres marrones por debajo de la puerta era porque el miembro de la familia que tuvieras en el frente debía de estar todavía con vida.

El señor Salmon me leía el periódico matutino de vez en cuando, pero nunca encontró ninguna mención a los fusileros reales y me quedé sin saber qué estaría haciendo mi padre. Solo rezaba para que no lo hubieran destinado a un sitio llamado Ypres, donde, según nos advertía el diario, las bajas estaban siendo muy numerosas.

Ese año la familia pasó unas navidades tranquilas, habida cuenta de que el viejo aún no había regresado del frente pese a las promesas de aquel alto mando.

Sal, que servía mesas en una cafetería de Commercial Road, se reincorporó al trabajo el segundo día de pascua, mientras que Grace se quedó de guardia en el hospital de Londres durante todas las fiestas; Kitty, por su parte, se dedicó a deambular husmeando los regalos de todo el mundo antes de volver a meterse en la cama. Aunque Kitty parecía incapaz de conservar el mismo empleo durante más de una semana seguida, eso no le impedía vestir mejor que cualquiera. Supongo que se debía a que la interminable ristra de novios que coleccionaba parecían entusiasmados de gastarse hasta el último penique en ella antes de salir para el frente. Me costaba imaginarme lo que se le ocurriría contarles como les diera a todos por volver a la vez.

De vez en cuando Kitty se ofrecía voluntaria para echar un par de horas atendiendo el carretón, pero desaparecía en cuanto se zampaba los beneficios de la jornada. «No me atrevería a calificarla de empleada del mes», le gustaba decir al abuelo. Pese a todo, yo no me quejaba. Por aquel entonces tenía dieciséis años, nada me quitaba el sueño y solo pensaba en cuánto tardaría en poseer mi propio puesto ambulante.

El señor Salmon me había explicado que los mejores carretones estaban de saldo en Old Kent Road, debido a que muchos jóvenes, respondiendo al llamamiento a filas de Kitchener, se alistaban para luchar por la patria y el rey. Estaba convencido de que era una ocasión inmejorable para encontrar lo que él llamaba «una buena *metsieh*». Tras darle las gracias, le rogué al panadero que no le contara lo que me proponía hacer al abuelo; quería encontrar mi *metsieh* antes de que él se enterara.

El sábado por la mañana le pedí al abuelo un par de horas libres.

—Ya has encontrado una mocita, ¿eh? Porque espero que se trate de eso y no de empinar el codo.

—Ni lo uno ni lo otro —repliqué con una amplia sonrisa—. Pero tú serás el primero en enterarte, abuelo, te lo aseguro. —Me toqué la visera y encaminé mis pasos en dirección a Old Kent Road.

Crucé el Támesis por el Puente de la Torre y seguí avanzando hacia el sur, por donde recorrí escenarios por los que no había pasado antes. Cuando llegué al mercado de la competencia, no daba crédito a mis ojos. Jamás había visto tantos puestos ambulantes en un mismo sitio, ordenados en filas. Los había de todos los tamaños y de todos los colores del arcoíris, y los nombres que lucían algunos de ellos se remontaban generaciones atrás en el East End. Me pasé

una hora examinando todos los que estaban de oferta, pero el único al que no dejaba de volver una y otra vez lucía un eslogan pintado en dorado y azul en los laterales: «El carro más grande del mundo».

La mujer que ponía aquel artefacto tan majestuoso a la venta me informó de que solo tenía un mes de antigüedad, y que su viejo, asesinado por los boches, había pagado tres libras por él: no estaba dispuesta a venderlo por menos.

Le expliqué que, aunque solo contaba en mi haber con un par de libras, estaría dispuesto a pagar el resto antes de que hubieran pasado seis meses.

—Dentro de seis meses —replicó mientras sacudía la cabeza como si no fuese la primera vez que escuchaba esa historia—, quién sabe si quedaremos alguno con vida.

—En tal caso —dije sin pensar—, le doy dos libras con seis peniques, más el carretón de mi abuelo.

—¿Quién es tu abuelo?

—Charlie Thumper —respondí con orgullo, aunque, la verdad sea dicha, no me habría extrañado que no le sonara su nombre.

—¿Eres nieto de Charlie Thumper?

—¿Qué pasa? —pregunté a mi vez, desafiante.

—Con dos libras y seis peniques me conformaré por ahora, jovencito. Procura pagarme el resto antes de navidades.

Aquel fue mi primer encuentro con el significado de la palabra «reputación». Me despedí de los ahorros de toda mi vida y prometí darle lo que faltaba antes de finales de año.

Sellamos el trato con un apretón de manos, agarré los mangos y empecé a empujar mi primer carretón en dirección al puente, primero, y después por Whitechapel Road. Cuando Sal y Kitty vieron mi adquisición, se pusieron a dar saltos de emoción e incluso me ayudaron a pintar un costado: «Charlie Trumper, el mercader respetable, casa fundada en 1823».

Cuando hubimos terminado, mucho antes de que se terminara de secar la pintura, me dirigí con paso ufano al mercado. Para cuando divisé a lo lejos el puesto habitual del abuelo, mi sonrisa se extendía de oreja a oreja.

La multitud que rodeaba el carretón del viejo parecía más numerosa de lo habitual para tratarse de un sábado por la mañana. Tampoco entendía el silencio que se había formado ante mi aparición.

—Ahí está el joven Charlie —exclamó alguien, y varias personas se giraron para mirarme fijamente. Presentí que algo iba mal. Solté los mangos de la carreta nueva y corrí en dirección al gentío. Todos se hicieron a un lado enseguida, abriéndome paso. Al llegar, lo primero que vi fue al abuelo tumbado en el suelo, con la cabeza apoyada en un cajón de manzanas y la cara blanca como el papel.

Me apresuré a ponerme a su lado y me dejé caer de rodillas.

—Soy Charlie, abuelo, soy yo, estoy aquí —sollocé—. ¿Qué quieres que haga? Dime lo que tengo que hacer y lo haré.

Sus párpados batieron muy despacio, como si estuvieran cansados.

—Escucha con atención, chico —murmuró con la respiración entrecortada—. El carretón es propiedad tuya ahora, así que no lo pierdas de vista, ni la parada, durante más de unas pocas horas seguidas.

—Pero la parada y el carretón son tuyos, abuelo. ¿Cómo vas a trabajar sin ellos? —le pregunté, aunque él ya no me estaba escuchando.

Hasta ese momento, nunca había pensado que alguien que yo conocía se pudiera morir.

2

El entierro del abuelo Charlie se celebró una mañana despejada de principios de febrero, en la iglesia de St. Mary y St. John, en Jubilee Street. Cuando el coro hubo ocupado su puesto solo quedaba sitio para estar de pie, e incluso el señor Salmon, que se había puesto un largo abrigo negro y un sombrero de ala ancha del mismo color, estaba entre los que se tenían que conformar con apiñarse hacia el fondo.

A la mañana siguiente, cuando Charlie llevó el carro nuevo a la parada habitual de su abuelo, el señor Dunkley salió de la tienda de pescado con patatas para admirar su nueva adquisición.

—Cabe casi el doble que en el viejo carretón del abuelo —le explicó Charlie—. Y lo mejor de todo es que solo me faltan diecinueve chelines con seis peniques para pagarlo.

Al terminar la semana, sin embargo, el muchacho había descubierto que la carreta seguía estando medio llena de mercancía estropeada que nadie quería. Hasta Sal y Kitty arrugaron la nariz cuando les ofreció manjares tales como plátanos negros y manzanas pasadas. El nuevo comerciante tardó varias semanas en calcular aproximadamente las cantidades que necesitaba cada mañana para satisfacer las necesidades de sus clientes, y más todavía en descubrir que esas necesidades podían variar de un día para otro.

Era sábado por la mañana, después de que Charlie hubiera recogido la mercancía del mercado y se dispusiera a volver a Whitechapel, cuando oyó el alboroto.

—¡Masacre de tropas británicas en el Somme! —voceaba un chico desde la esquina de Covent Garden mientras agitaba un periódico sobre la cabeza.

Charlie se desprendió de medio penique a cambio de una copia del *Daily Chronicle* y se sentó en la acera a leer, concentrándose en las palabras que más le sonaban. Así se enteró de la muerte de miles de soldados británicos que se habían enfrentado al ejército del káiser Bill en un asalto combinado con los franceses. La malograda incursión se había saldado con un baño de sangre. Aunque el general Haig había previsto un avance de cuatro mil yardas diarias, al final se había tenido que batir en retirada. El grito de «todos habremos vuelto a casa por Navidad» parecía ahora una fanfarronada barata.

Charlie tiró el periódico a la cuneta. Ningún alemán iba a matar a su padre, de eso estaba seguro, aunque últimamente, desde que Grace hubiera pasado una temporada como voluntaria en los hospitales de campaña a media milla escasa del frente, el muchacho había empezado a sentirse culpable por no estar participando de forma más activa en la guerra.

Aunque Grace le escribía todos los meses, seguía sin ser capaz de proporcionarle ninguna novedad sobre el paradero de su padre. «Aquí hay medio millón de soldados —le explicaba— y todos parecen iguales: ateridos, empapados de agua y muertos de hambre». Sal seguía trabajando de camarera en Commercial Road y dedicaba todo su tiempo libre a buscar marido, mientras que a Kitty no le costaba nada encontrar cantidades ingentes de hombres dispuestos a complacer todos sus caprichos. Kitty, de hecho, era la única de las tres que disponía del tiempo libre

suficiente durante el día para ayudar en el carro, pero como nunca se levantaba hasta que ya había salido el sol y siempre se escabullía mucho antes de que se pusiera, seguía sin ser lo que el abuelo habría calificado de un buen recurso para la empresa.

Habrían de transcurrir varias semanas antes de que el joven Charlie perdiera la costumbre de girar la cabeza para preguntar: «¿cuántas, abuelo?», o «¿cuánto es, abuelo?», o «¿puedo fiarle a la señora Ruggles, abuelo?». Y solo después de haber pagado hasta el último penique de la deuda de la carreta nueva y haberse quedado prácticamente sin efectivo empezó a darse cuenta de lo buen vendedor ambulante que debía de haber sido el anciano.

En los primeros meses solo ganaban unos pocos peniques a la semana para repartir entre todos, y Sal, que estaba convencida de que acabarían en el asilo para desfavorecidos como se siguieran retrasando con los pagos del alquiler, no paraba de suplicarle a su hermano que vendiera el viejo carretón del abuelo para sacarse otra libra. Pero la respuesta de Charlie siempre era la misma: «jamás», a lo que después añadía que antes preferiría morirse de hambre y dejar aquella reliquia pudriéndose en el patio que confiarla al cuidado de unas manos extrañas.

El negocio empezó a despegar de forma paulatina, no obstante, y el carro más grande del mundo empezó a dar beneficios suficientes incluso para permitir que Sal se comprara un vestido de ocasión, Kitty un par de zapatos y Charlie un traje de tercera mano.

Aunque seguía estando delgado (ya peso mosca) y no era muy alto, tras cumplir los diecisiete se empezó a fijar en que las señoritas de la esquina de Whitechapel Road, que todavía se dedicaban a repartir plumas blancas entre todo el que fuera vestido de paisano y tuviera aspecto de contarse entre los dieciocho y los cuarenta años de edad, lo observaban con el afán de rapaces hambrientas.

Aunque a Charlie no le daban miedo los alemanes, seguía esperando que la guerra terminara lo antes posible y que su padre volviera a Whitechapel para restaurar su rutina de trabajar en los muelles durante el día y emborracharse en el Black Bull por las noches. Pero sin correspondencia y únicamente con las noticias restringidas de los periódicos, ni siquiera el señor Salmon era capaz de decirle lo que estaba ocurriendo de verdad en el frente.

Conforme pasaban los meses, Charlie se fue volviendo cada vez más consciente de lo que necesitaban sus clientes, quienes a su vez estaban descubriendo que la carreta del muchacho ya les ofrecía una relación calidad-precio superior a la de muchos de sus competidores. Hasta Charlie empezó a pensar que el viento soplaba a su favor el día que una sonriente señora Smelley apareció para comprar más patatas para la casa de huéspedes de las que él podría haber soñado con venderle a un cliente normal en un mes.

—Podría entregárselas a domicilio, ¿sabe usted? —dijo levantándose la visera—. Directas a su puerta todos los lunes por la mañana.

—Te lo agradezco, Charlie, pero no —replicó ella—. Siempre me ha gustado ver lo que compro.

—Deme una oportunidad, señora Smelley, y cuando vea que está alquilando más habitaciones que nunca se ahorrará el tener que salir a la calle si hace mal tiempo.

La mujer lo miró a la cara.

—Bueno, hagamos la prueba durante un par de semanas. Pero como me dejes en la estacada, Charlie Trumper…

—Trato hecho —dijo Charlie con una sonrisa radiante, y a partir de aquel día, la señora

Smelley no volvió a comprar ni frutas ni hortalizas en el mercado.

Charlie decidió que, en vista del éxito inicial, debería ampliar su servicio de entrega a domicilio a otros clientes del East End. Quizá de ese modo, pensó, quizá conseguiría incluso doblar sus ingresos. A la mañana siguiente sacó del patio el viejo carretón del abuelo, le quitó las telarañas, le dio una mano de pintura y dejó a Kitty encargada de atender los pedidos a domicilio mientras él se ocupaba de la parada de Whitechapel.

En cuestión de días, Charlie había perdido todos los beneficios que había obtenido en el último año y se encontraba en la casilla de salida de nuevo. Kitty demostró no tener cabeza para las cuentas, y lo peor de todo, se creía todas las excusas sensibleras que le ofrecían, por lo que a menudo terminaba regalando la comida. Al finalizar aquel mes, Charlie, que se había quedado prácticamente en la ruina, ya no podía seguir pagando el alquiler.

—Bueno, ¿y qué has aprendido de tu osada aventura? —inquirió Dan Salmon un día desde el portal de la tienda, con el gorro de lana echado hacia atrás y los pulgares enganchados en los bolsillos de su chaleco negro, donde lucía orgullosamente un reloj con la tapa de cristal.

—Que hay que pensárselo dos veces antes de contratar a un pariente y que no hay que dar nunca por sentado que la gente esté dispuesta a saldar sus deudas.

—Bien —dijo el señor Salmon—. Aprendes deprisa. Bueno, ¿y cuánto necesitas para pagar el alquiler y llegar al próximo mes?

—¿Qué me está sugiriendo? —preguntó Charlie.

—Cuánto —repitió el señor Salmon.

—Cinco libras —dijo Charlie, bajando la cabeza.

El viernes por la noche, cuando hubo cerrado la tienda, Dan Salmon le dio a Charlie cinco soberanos además de varias tortas de *matzo*.

—Devuélvemelo cuando puedas, muchacho, y no les digas nada a las chicas o nos habremos metido los dos en un lío.

Charlie empezó a pagar el préstamo a razón de cinco chelines a la semana, y cinco meses después ya había devuelto todo lo que debía. Recordaría siempre el día que hizo el último pago, puesto que coincidió con el primer bombardeo serio de Londres. Se pasó casi toda la noche escondido debajo de la cama de su padre, con Sal y Kitty abrazadas a él como si les fuera la vida en ello.

A la mañana siguiente, leyó un artículo sobre el ataque aéreo en el *Daily Chronicle* y se enteró de que un centenar de londinenses habían fallecido y otros cuatrocientos estaban heridos.

Le pegó un bocado a su manzana matutina antes de entregar el pedido semanal de la señora Smelley y regresar a su puesto en Whitechapel Road. Los lunes siempre eran ajetreados, puesto que todo el mundo quería reabastecerse después del fin de semana, y cuando volvió al número 112 para tomar el té de la tarde estaba agotado. Charlie estaba clavando el tenedor en su tercer hojaldre de cerdo cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¿Quién será? —se extrañó Kitty mientras Sal le servía otra patata a Charlie.

—Solo hay una forma de averiguarlo, amiga —dijo Charlie, que no tenía la menor intención de levantarse.

Kitty dejó la mesa a regañadientes para regresar instantes después con la nariz apuntando hacia el techo.

—Es esa tal Becky Salmon. Que «le gustaría tener unas palabras contigo», dice.

—Conque sí, ¿eh? Deberías haber llevado a la señorita Salmon al salón —replicó Charlie con una sonrisita traviesa.

Kitty volvió a alejarse arrastrando los pies en tanto que Charlie se levantaba de la mesa de la cocina sujetando el último trozo de pastel entre los dedos. Se dirigió a la única habitación de la casa que no hacía las veces de dormitorio, se instaló en una vieja silla de cuero y siguió masticando mientras esperaba. La Ricachona se plantó en el centro del cuarto un momento después, directamente delante de él. En silencio. Al muchacho le impresionaron sus dimensiones. Aunque medía dos o tres pulgadas menos que Charlie, debía de pesar por lo menos catorce libras más que él; un verdadero peso pesado. Era evidente que no había dejado de atiborrarse con los bollos de crema de Salmon. Charlie observó fijamente su blusa blanca, resplandeciente, y su falda plisada de color azul marino. Su elegante chaqueta azul lucía un águila dorada rodeada de palabras que al muchacho no le sonaban de nada. Una cinta roja se esforzaba por recoger sus cortos cabellos morenos, y Charlie se fijó en que sus zapatitos negros y sus calcetines blancos estaban más inmaculados que nunca.

Le habría pedido que se sentara, pero como él ya había ocupado la única silla que había, se abstuvo de hacerlo. En vez de eso, le ordenó a Kitty que los dejara a solas. Su hermana se lo quedó mirando, desafiante, pero terminó marchándose sin rechistar.

—Bueno —dijo Charlie cuando la puerta se hubo cerrado—. ¿Qué quieres?

Rebecca Salmon empezó a temblar mientras se esforzaba por articular su discurso.

—Vengo a verte por lo que les ha pasado a mis padres. —Pronunciaba cada palabra con esmero, muy despacio y, para el enfado de Charlie, sin rastro de acento del East End.

—¿Y qué les ha pasado a tus padres? —refunfuñó el muchacho, esperando que no se diera cuenta de que hacía poco que había comenzado a cambiarle la voz. Becky se echó a llorar. La única reacción de Charlie fue desviar la mirada hacia la ventana, porque no se le ocurría qué más podía hacer.

Becky seguía temblando cuando empezó a hablar otra vez.

—Tata murió anoche, en el bombardeo, y a mi madre se la han llevado al hospital de Londres. —Enmudeció de repente, sin añadir más explicaciones.

Charlie se levantó de la silla de un salto.

—No sabía nada —dijo mientras empezaba a pasearse por toda la sala.

—No podías saberlo. Ni siquiera se lo he contado a los empleados de la tienda todavía. Se creen que se ha tomado un día de baja.

—¿Quieres que se lo diga yo? ¿Por eso has venido?

—No. —La muchacha levantó la cabeza despacio y se quedó callada un momento—. Lo que quiero es que te hagas cargo tú de la tienda.

La sugerencia dejó a Charlie tan desconcertado que, aunque había dejado de deambular sin rumbo de un lado a otro, ni siquiera intentó responder.

—Mi padre siempre decía que no tardarías mucho tiempo en tener tu propio negocio, por eso he pensado que…

—Pero si yo no tengo ni idea de panes —tartamudeó Charlie mientras se dejaba caer de nuevo en la silla.

—Los dos empleados de mi padre saben todo lo que hay que saber del oficio, y sospecho que en cuestión de pocos meses tú ya sabrás más que ellos. Lo que la tienda necesita en estos

momentos es un buen vendedor. Mi padre siempre te tuvo a la altura del viejo abuelo Charlie, y todo el mundo sabe que él era el mejor.

—Pero ¿qué pasa con mi carreta?

—Solo hay unas pocas yardas entre ella y la tienda, así que no te costaría nada echarles un ojo a las dos. —Rebecca titubeó antes de añadir—: A diferencia de tu servicio de reparto a domicilio.

—¿Estabas enterada de eso?

—Sé incluso que intentaste devolver los últimos cinco chelines del préstamo un sábado, escasos minutos antes de que mi padre fuera a la sinagoga. No teníamos secretos.

—Bueno, ¿y cómo funcionaría? —preguntó Charlie, que empezaba a sentirse como si la muchacha siempre fuera un par de pasos por delante de él.

—Tú diriges el carro y la tienda, y seremos socios al cincuenta por ciento.

—¿Y tú cómo vas a ganarte tu parte?

—Haré el balance de cuentas todos los meses y me aseguraré de que paguemos los impuestos a tiempo y no nos saltemos las normas municipales.

—Sería la primera vez que pago impuestos —murmuró Charlie—. Además, ¿a quién le importan las estúpidas normas municipales?

Los ojos oscuros de Becky se clavaron en él por primera vez.

—A la gente que espera dirigir un negocio serio algún día, Charlie.

—No me parece justo eso de ir al cincuenta por ciento —replicó él, empeñado en no dar su brazo a torcer.

—Mi tienda es considerablemente más valiosa que tu carreta y también genera muchos más beneficios.

—Los generaba, más bien, antes de que se muriera tu padre. —En cuanto salieron de su boca, Charlie se arrepintió de haber pronunciado esas palabras.

Becky agachó la cabeza de nuevo.

—¿Somos socios o no? —murmuró.

—Al sesenta-cuarenta —dijo Charlie.

Tras pensárselo un buen rato, la muchacha estiró el brazo de súbito. Charlie se levantó de la silla y le estrechó vigorosamente la mano para confirmar que acababa de cerrar su primer acuerdo.

Después del entierro de Dan Salmon, Charlie procuraba leer el *Daily Chronicle* todas las mañanas con la esperanza de averiguar en qué estaba ocupado el segundo batallón de los fusileros reales y dónde podría encontrarse su padre. Sabía que el regimiento estaba combatiendo en alguna parte de Francia, pero el periódico no precisaba la localización exacta, por lo que él nunca conseguía despejar esa incógnita.

El diario comenzó a ejercer una doble fascinación en el muchacho cuando a este le dio por fijarse en los anuncios que aparecían en casi todas las páginas. Le costaba creer que esos estirados del West End estuvieran dispuestos a pagar tanto dinero por cosas que a él no le parecían más que lujos innecesarios. Sin embargo, eso no evitaba que a Charlie le dieran ganas de probar la Coca-Cola, la última bebida procedente de América, al precio de un penique por botella; o la nueva cuchilla con protección de Gillette, a pesar de que ni siquiera había empezado

a afeitarse aún, a seis peniques el mango y otros dos el juego de seis hojas: estaba seguro de que a su padre, que nunca había usado otra cosa que una navaja plegable, todo ese asunto le parecería una trampa para afeminados. Y las dos libras que vio que costaba una faja de mujer se le antojaron exageradas. Ni Sal ni Kitty necesitarían jamás algo así…, aunque quizá la Ricachona se tuviera que poner una no dentro de mucho, al ritmo que iba.

Tanto intrigaban a Charlie aquellas oportunidades para vender, en apariencia interminables, que un domingo por la mañana tomó el tranvía al West End para verlo con sus propios ojos. Tras el trayecto en aquel vehículo tirado por caballos que lo llevó hasta Chelsea, se dedicó a regresar caminando despacio en dirección a Mayfair mientras inspeccionaba todos los productos de los escaparates que le salían al paso. También se fijó en la vestimenta de la gente y admiró los vehículos a motor que, pese a escupir tanto humo, por lo menos no lo dejaban todo sembrado de excrementos en su discurrir por el centro de la calzada. Incluso empezó a preguntarse cuánto costaría el alquiler de los locales en Chelsea.

El primer domingo de octubre de 1917, Charlie regresó al West con Sal, según él para enseñarle las vistas.

El muchacho y su hermana deambularon sin prisa de un escaparate a otro, con él incapaz de disimular la emoción ante cada nuevo descubrimiento que hacía. Atuendos para hombre, sombreros, zapatos, vestidos de mujer, perfumes, ropa íntima…, incluso las tartas y los pasteles acaparaban toda su atención durante innumerables minutos.

—Por el amor de Dios —dijo Sal—, volvamos de una vez a Whitechapel. Porque una cosa está clara: aquí no me podría sentir jamás como en casa.

—Pero ¿no te das cuenta? —replicó Charlie—. Algún día abriré mi propia tienda aquí, en Chelsea.

—No digas tonterías. Ni siquiera Dan Salmon podía costearse algo así.

Charlie no se molestó en llevarle la contraria.

En cuanto al tiempo que Charlie habría de tardar en dominar el negocio de la panadería, la predicción de Becky resultó ser exacta. En el plazo de un mes ya sabía tanto como cualquiera de los dos empleados sobre temperaturas de horno, reguladores, levados y cuál era la mezcla correcta de agua y harina, y como atendían a los mismos clientes de la carreta de Charlie, las ventas de ambos negocios solo se resintieron ligeramente en el primer trimestre del año.

Becky, que resultó ser fiel a su palabra, llevaba las cuentas en lo que ella describía como «totalmente al día» e incluso abrió un juego de libros de cuentas para el puesto de Trumper. Transcurridos sus primeros tres meses como socios, los beneficios declarados ascendían a cuatro libras con once chelines pese a haber tenido que arreglar el horno de Salmon, lo que le permitió a Charlie comprarse su primer traje de segunda mano.

Sal seguía trabajando de camarera en una cafetería de Commercial Road, pero Charlie sabía que su hermana se moría de ganas de encontrar a alguien que estuviera dispuesto a casarse con ella; daba igual el estado físico en el que estuviera, le explicaba ella, con tal de poder dormir en una habitación que pudiera considerar suya.

Grace no dejaba de enviarle sus cartas a principios de mes, y de alguna manera se las arreglaba para mostrarse animada pese a estar rodeada de muerte. Es exactamente igual que su madre, les contaba el padre O’Malley a sus feligreses. Kitty, por su parte, iba y venía a su antojo,

les pedía dinero prestado tanto a sus hermanas como a Charlie y no se tomaba nunca la molestia de devolvérselo. Exactamente igual que su padre, les contaba el mismo sacerdote a sus feligreses.

—Me gusta tu traje nuevo —dijo la señora Smelley un lunes por la tarde cuando Charlie fue a llevarle su pedido semanal. El muchacho se ruborizó, se levantó la visera y fingió no haber oído el cumplido mientras se apresuraba a refugiarse en la panadería.

El segundo trimestre prometía arrojar aún más beneficios para los dos negocios de Charlie, así que advirtió a Becky de que le había echado el ojo a la carnicería, cuyo dueño había perdido a su único hijo en la batalla de Passchendaele. La muchacha le recomendó que no se precipitara y esperase hasta haber averiguado cuáles eran los márgenes de beneficios de ese local y si los dos empleados, ya mayores, sabían lo que se hacían.

—Porque una cosa está clara, Charlie Thumper —le dijo cuando se hubieron sentado en la pequeña trastienda de Salmon para revisar las cuentas del mes—, de carnicerías no tienes ni idea. «Charlie Trumper, el mercader respetable, casa fundada en 1823» todavía me suena atractivo —añadió—. Pero «Trumper, el insensato que se tuvo que declarar en quiebra en 1917», ya no.

También ella alabó su traje nuevo, aunque no antes de haber terminado de cuadrar una interminable columna de cifras. Charlie se disponía a devolverle el cumplido apuntando que daba la impresión de haber bajado un poco de peso, pero en ese momento la muchacha se estiró sobre la mesa para echar mano de otra tartaleta de mermelada.

Deslizó un dedo pringoso por la hoja de balance mensual y comparó las cifras con el extracto bancario redactado a mano. Los beneficios ascendían a ocho libras con catorce chelines, anotó pulcramente con tinta en la última línea.

—A este paso nos habremos hecho millonarios antes de cumplir los cuarenta —dijo Charlie con una sonrisa.

—¿Cuarenta, Charlie Thumper? —replicó Becky, desdeñosa—. Mira que te gusta tomarte las cosas con calma.

—¿A qué te refieres?

—A que yo espero haberlo conseguido muchísimo antes.

Charlie se rio con una carcajada estentórea para disimular el hecho de que no sabía muy bien si la muchacha estaba hablando en serio o en broma. Cuando estuvo segura de que la tinta se había secado, Becky cerró los libros y los guardó en su mochila mientras Charlie se preparaba para cerrar la panadería. Una vez en la calle, le dio las buenas noches a su socia con una reverencia exagerada y giró la llave en la cerradura antes de emprender el camino a casa. Empezó a silbar *It's a Long Way to Tipperary*, desafinando, mientras empujaba la mercancía sobrante de la jornada en dirección al ocaso. ¿De verdad podría ganar un millón antes de haber cumplido los cuarenta o estaría Becky tomándole el pelo?

Se detuvo de golpe al llegar a la altura del establecimiento de Bert Shorrocks. Frente a la puerta del 112, vestido con un largo gabán y un sombrero de color negro, biblia en mano, estaba el padre O'Malley.

3

Sentado en el vagón de un tren que se dirigía a Edimburgo, Charlie reflexionaba sobre las acciones que había emprendido en los últimos cuatro días. Becky había calificado su decisión de temeridad. Sal no había sido tan diplomática. La señora Smelley opinaba que no debería haberse alistado hasta que lo llamaran, en tanto que Grace seguía atendiendo a los heridos en el frente occidental, para que no se enterase de lo que había hecho. En cuanto a Kitty, se limitó a enfurruñarse y preguntar cómo esperaba que sobreviviera sin él.

El soldado George Trumper había fallecido en Passchendaele el 2 de noviembre de 1917, le informaba la carta: valientemente, mientras cargaba contra las líneas enemigas en Polygon Wood. Más de mil hombres habían perdido la vida aquel día atacando un frente de diez millas que se extendía desde Messines a Passchendaele, lo que explicaba que la carta del teniente fuera concisa y escueta. Tras haber pasado la noche en vela, Charlie fue el primero en personarse en la oficina de reclutamiento de la calle Great Scotland Yard a la mañana siguiente. El póster que había en la pared invitaba a presentarse voluntarios a todos los varones de entre dieciocho y cuarenta años para servir en el ejército del general Haig.

Aunque aún no había cumplido los dieciocho, Charlie esperaba que no lo rechazaran.

Cuando el sargento de reclutamiento ladró: «¿Nombre?», Charlie sacó pecho y respondió casi con el mismo tono:

—Trumper. —Se quedó esperando hecho un manojo de nervios.

—¿Fecha de nacimiento? —preguntó el hombre, cuya manga lucía tres rayas blancas.

—Veinte de enero de 1899 —contestó Charlie sin titubear, aunque se le encendieron las mejillas mientras pronunciaba aquellas palabras.

El sargento de reclutamiento lo miró y le guiñó el ojo antes de apuntar las letras y los números pertinentes en un formulario de admisión sin hacer ningún comentario.

—Quítate la gorra, muchacho, y preséntate ante el oficial médico.

Una enfermera condujo a Charlie a un cubículo en el que un hombre mayor vestido con una bata blanca le hizo desnudarse hasta la cintura, toser, sacar la lengua y respirar con fuerza antes de toquetearlo por todas partes con un instrumento de goma que estaba muy frío. A continuación, procedió a auscultar los ojos y los oídos del muchacho antes de pasar a pegarle en las rodillas con otro instrumento de goma. Tras quitarse los pantalones y la ropa interior (por primera vez delante de alguien que no fuera un miembro de su familia), se le informó de que no padecía enfermedades venéreas…, fuera lo que fuera eso, pensó Charlie.

Se miró en el espejo mientras lo tallaban.

—Cinco pies con nueve y un cuarto —dijo la enfermera.

Y todavía no he terminado de crecer, le dieron ganas de añadir a Charlie mientras se apartaba un mechón de los ojos.

—Dientes en buen estado, ojos castaños… —declaró el médico veterano—. No veo que

tengas nada grave —añadió antes de hacer una serie de marquitas en el margen derecho del formulario y pedirle a Charlie que volviera a ver al fulano de las tres rayas blancas.

Charlie tuvo que hacer cola otra vez antes de encontrarse cara a cara con el sargento de nuevo.

—Bueno, chaval, firma aquí y te expediremos un permiso de desplazamiento.

Charlie garabateó su firma encima del punto en el que el sargento tenía el dedo apoyado. No pudo por menos de fijarse en que al hombre le faltaba el pulgar de esa mano.

—¿La honorable compañía de artillería o los fusileros reales? —preguntó el sargento.

—Fusileros reales —contestó Charlie—. Era el regimiento de mi viejo.

—Pues a los fusileros reales —replicó el sargento, sin parpadear, mientras marcaba la casilla correspondiente.

—¿Cuándo me van a dar el uniforme?

—Antes tendrás que llegar a Edimburgo, chaval. Preséntate en King's Cross mañana por la mañana, a las ocho. Siguiente.

Charlie regresó al 112 de Whitechapel Road para pasarse la noche en vela de nuevo. Sus pensamientos saltaban de Sal a Grace y de ahí a Kitty; no paraba de preguntarse cómo se las iban a apañar al menos dos de sus hermanas cuando él no estuviera. Tampoco se olvidaba de Rebecca Salmon y el acuerdo al que había llegado con ella, pero, en última instancia, sus pensamientos siempre volvían a la tumba de su padre en un campo de batalla extranjero y la venganza que les pensaba infligir a todos los alemanes que osaran cruzarse en su camino. Esas cavilaciones lo acompañaron hasta que los primeros rayos de sol empezaron a traspasar las ventanas.

Charlie se puso su traje nuevo, el que había elogiado la señora Smelley, su mejor camisa, la corbata de su padre, una gorra y su único par de zapatos de cuero.

—Se supone que voy a luchar con los alemanes, no a una boda —dijo en voz alta mientras se inspeccionaba en el espejo agrietado que había encima del lavabo. Ya le había escrito una nota a Becky (para lo que el padre O'Malley le había echado una mano) en la que le pedía que vendiera la tienda junto con las dos carretas, si podía, y le guardara su parte del dinero hasta que volviera a Whitechapel. Ya nadie hablaba de navidades.

—¿Y si no vuelves? —le había preguntado el párroco, con la cabeza ligeramente inclinada—. ¿Qué ocurrirá entonces con tus pertenencias?

—Que mis hermanas se repartan lo que quede a partes iguales —replicó Charlie.

El padre O'Malley redactó las instrucciones de su antiguo pupilo y, por segunda vez en otros tantos días, Charlie estampó su firma en un documento oficial.

Cuando el muchacho hubo terminado de vestirse encontró a Sal y a Kitty esperándolo junto a la puerta principal, pero se negó a dejar que lo acompañaran a la estación pese a todas sus lágrimas y sus protestas. Sus dos hermanas le dieron un beso (otra novedad), y hubo que separar por la fuerza los dedos de Kitty de entre los suyos antes de que Charlie pudiera agarrar la bolsa de papel marrón que contenía todo cuanto poseía en el mundo.

En solitario, se dirigió al mercado y entró en la panadería por última vez para despedirse. Los dos empleados le juraron que no habría cambiado nada cuando regresara. Al salir de la tienda vio que otro vendedor ambulante, un muchacho que debía de ser por lo menos un año más joven que él, ya estaba vendiendo castañas en su puesto habitual. Muy despacio, pero sin mirar atrás en ningún momento, cruzó la plaza en dirección a King's Cross.

Llegó a la estación de Great Northern media hora antes de lo acordado y se personó sin perder tiempo ante el sargento que lo había alistado el día anterior.

—Muy bien, Trumper, agarra una taza de té y espera en el andén número tres. —Charlie no recordaba cuándo le habían dado una orden por última vez, y menos aún cuándo él la había obedecido. Seguramente nunca, desde que murió su abuelo.

El andén número tres ya estaba atestado de hombres con uniformes y ropa de civil, algunos conversando animadamente, otros en solitario silencio, todos ellos acusando a su manera la inseguridad que sentían.

A las once, tres horas después de cuando les habían ordenado que se presentaran, por fin se les pidió que subieran a un tren. Charlie eligió un asiento en la esquina de un vagón con las luces apagadas y contempló a través de la ventana mugrienta el discurrir de un paisaje inglés que para él era inédito. Alguien estaba tocando la armónica en el pasillo, todas las melodías populares de la época ligeramente desafinadas. Mientras recorrían las estaciones de la ciudad, algunas de las cuales ni siquiera le sonaban de nada (Peterborough, Grantham, Newark, York), la gente se agolpaba para saludar con la mano y jalear a sus héroes. La máquina hizo una parada en Durham para abastecerse de agua y carbón. El sargento de reclutamiento les pidió que se apearan, estiraran las piernas y tomaran otra taza de té, y añadió que, con suerte, quizá les darían algo para comer.

Charlie paseó por el andén mordisqueando un panecillo pringoso al son de una banda militar que tocaba *Land of Hope and Glory*. La guerra estaba por todas partes. Cuando volvieron a montar en el tren se reanudó el agitar de pañuelos por parte de las jóvenes que habían acudido para despedirse de los soldados; algunas llevaban el sombrero prendido con alfileres en el cabello, y muchas habrían de quedarse solteras para los restos.

El tren reanudó la marcha hacia el norte, alejándose cada vez más del enemigo, hasta detenerse por último en la estación de Waverley, en Edimburgo. Cuando bajaron del vagón, un capitán, tres suboficiales y un millar de mujeres los esperaban en el andén para darles la bienvenida.

Charlie oyó las palabras: «Adelante, sargento mayor», y de inmediato dio un paso al frente un hombre que debía de medir seis pies con seis pulgadas de alto. Su pecho inabarcable exhibía toda una colección de medallas y cintas.

—¡A formar! —bramó con un acento ininteligible el gigante, que organizó rápidamente (aunque no lo suficiente para su gusto, como descubriría el muchacho más adelante) a los hombres en filas de cuatro antes de dirigirse a alguien que Charlie supuso que debía de tratarse de un alto mando. Se cuadró—. Todo en orden, señor —dijo, y el hombre más elegante que Charlie hubiera visto en su vida le devolvió el saludo.

Parecía delgado en comparación con el sargento mayor, aunque debía de faltarle muy poco para llegar a los seis pies a su vez. Llevaba el uniforme impecable, aunque no ostentaba ninguna medalla, y la raya de sus pantalones se veía tan recta que Charlie se preguntó si sería la primera vez que se los ponía. El joven oficial sostenía un bastón corto de cuero en una mano enguantada y de vez en cuando se daba golpecitos en el muslo con él, como si se creyera que iba a caballo. Charlie se fijó en su cinturón de Sam Browne y en sus zapatos marrones de cuero. Estaban tan lustrosos y brillaban de tal manera que le recordaron a Rebecca Salmon.

—Soy el capitán Trentham —informó el hombre a la expectante banda de guerreros sin

formación, con un acento que Charlie sospechó que habría estado menos fuera de lugar en Mayfair que en cualquier estación de ferrocarril escocesa—. Como responsable del batallón —continuó explicándoles mientras cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro—, seré el encargado de supervisar vuestro paso por Edimburgo. Primero os enseñaré el barracón, donde se os proporcionará todo lo necesario para que podáis instalaros en vuestras camas. La cena se sirve a las siete y las luces se apagarán a las nueve. Mañana oiréis el toque de diana a las cinco, cuando os levantareis y desayunareis antes de empezar el adiestramiento básico a las seis. Esta rutina se prolongará durante las próximas doce semanas. Y os puedo prometer que pensareis estar pasando doce semanas en el infierno —añadió, como si la idea no lo desagradara del todo —. Durante este periodo el sargento mayor Philpott será el oficial de complemento al cargo de la unidad. El sargento mayor ha combatido en el Somme, donde se le concedió la Medalla Militar, así que sabe perfectamente con qué podéis esperar encontraros cuando por fin lleguemos a Francia y tengáis que enfrentaros al enemigo. Prestad suma atención a cada una de sus palabras, porque de eso podrían depender vuestras vidas. Continúe usted, sargento mayor.

—Gracias, señor —dijo con un ladrido sucinto el sargento mayor Philpott.

La abigarrada compañía se quedó mirando impresionada a la figura que iba a gobernar sus vidas durante los tres meses siguientes. Al fin y al cabo, se trataba de alguien que había visto al enemigo y había vuelto a casa para contarlo.

—Bueno, vamos a organizaros un poco —anunció, y procedió a conducir a los reclutas (cargados con todo tipo de bártulos, desde maletas ajadas a bolsas de papel de estraza) por las calles de Edimburgo a paso ligero, tan solo para asegurarse de que los locales no se dieran cuenta de lo indisciplinada que era en realidad esa patulea. Pese a su aspecto de novatos, la gente que se cruzaba con ellos seguía parándose a vitorear y aplaudir. Por el rabillo del ojo, Charlie no pudo evitar fijarse en que uno de los civiles tenía su única mano apoyada en la única pierna que le quedaba. Aproximadamente veinte minutos más tarde, tras remontar la colina más grande que Charlie hubiera visto en su vida, una elevación que arrebataba literalmente el aliento, entraron en los barracones del castillo de Edimburgo.

Aquella tarde Charlie apenas si abrió la boca mientras escuchaba los distintos acentos de los hombres que parloteaban a su alrededor. Tras una cena consistente en sopa de guisantes («A guisante por cabeza», bromeó el cabo de guardia) y carne de ternera en salmuera, se alojó (sin dejar de aprender varias palabras nuevas por minuto) en un gimnasio enorme que contenía temporalmente cuatrocientas camas, cada una de dos pies escasos de ancho y separadas un solo pie entre ellas. Sobre un fino colchón de crin de caballo descansaban una sábana, una almohada y una manta. Las Regulaciones del Rey.

Era la primera vez que a Charlie se le ocurría pensar que el 112 de Whitechapel Road se podría considerar suntuoso. Agotado como estaba, se desplomó en la cama sin hacer y se quedó dormido de inmediato, pero aun así se despertó a las cuatro y media a la mañana siguiente. Esta vez, sin embargo, no había ningún mercado al que ir, y menos aún elección posible entre desayunarse con una Cox o una Granny Smith.

A las cinco, una corneta solitaria sacó a sus compañeros del embotado letargo en el que todos se habían sumido. Charlie ya se había levantado, aseado y vestido cuando apareció con paso marcial un hombre cuyas mangas lucían dos galones. El recién llegado cerró la puerta de golpe a su espalda y gritó: «¡Vamos, arriba!», mientras le pegaba una patada a una cama encima de la

que aún había un cuerpo supino. Los reclutas novatos se levantaron de un salto e hicieron cola para lavarse en unas palanganas medio llenas de agua helada que solo se cambiaba cada tres usos. Algunos se dirigieron a continuación a las letrinas que había al fondo del pasillo, el cual Charlie pensó que olía peor que el centro de Whitechapel Road un día abrasador de verano.

El desayuno consistía en un cucharón de gachas, media taza de leche y una galleta seca, pero no protestó nadie. El jolgorio que emanaba de ese pasillo habría disipado las dudas que pudiera tener cualquier alemán sobre si aquellos reclutas estaban realmente unidos contra un enemigo común.

A las seis, con las camas ya hechas e inspeccionadas, salieron a la oscuridad y el frío del campo de prácticas, cuya superficie estaba cubierta por un fino manto de nieve.

—Si esta es la bella Escocia —oyó Charlie que declaraba alguien con acento cockney—, yo soy un puñetero holandés.

El muchacho se rio por primera vez desde que saliera de Whitechapel y se acercó a un chico bastante más bajo que él que estaba frotándose las manos entre las piernas en un intento por hacerlas entrar en calor.

—¿De dónde eres? —preguntó Charlie.

—De Poplar, amigo. ¿Y tú?

—De Whitechapel.

—Cochino extranjero.

Charlie observó a su nuevo compañero. El chico, que no debía de medir ni una pulgada más de los cinco pies con tres y era un saco de huesos, tenía el pelo moreno y rizado y unos ojos brillantes que parecían incapaces de estarse quietos, como si anduviera constantemente buscando problemas. El traje lustroso con parches en los codos que llevaba puesto colgaba de sus hombros como si fuera un perchero.

—Me llamo Charlie Trumper.

—Tommy Prescott —respondió el muchacho, que interrumpió sus ejercicios y le tendió una mano templada. Charlie le dio un vigoroso apretón.

—¡Silencio en las filas! —bramó el sargento mayor—. Y ahora, a formar en columnas de a tres. Los más altos a la derecha y los más bajos a la izquierda. ¡Moveos! —Se separaron.

Dedicaron las dos horas siguientes a lo que el sargento mayor había descrito como «instrucción». Aunque nevaba sin parar, el sargento mayor parecía empeñado en que no se posara ni un solo copo sobre el campo de prácticas. Desfilaban en columnas de a cuatro, las cuales Charlie más tarde descubrió que se llamaban pelotones, con los brazos oscilando a la altura de la cintura, la cabeza bien alta y a ciento veinte pasos por minuto. «No os durmáis, reclutas» y «Mantened el paso» eran las palabras pronunciadas a gritos que Charlie tuvo que escuchar una y mil veces.

—Los boches también están desfilando ahí fuera, en alguna parte, y se mueren de ganas por pegaros un tiro —les aseguró el sargento mientras la nieve seguía cayendo.

Si hubiera estado en Whitechapel, a Charlie no le habría importado recorrer el mercado de punta a punta desde las cinco de la mañana hasta las siete de la tarde, habría echado un par de combates en el club de boxeo, se habría tomado un par de pintas de cerveza y habría seguido la misma rutina al día siguiente sin pestañear, pero cuando dieron las nueve y el sargento mayor les concedió diez minutos de descanso para tomarse un chocolate caliente, se desplomó como si

estuviera a punto de desfallecer. Al levantar la cabeza, descubrió que Tommy Prescott lo estaba observando.

—¿Un pitillo?

—No, gracias —dijo Charlie—. No fumo.

—Bueno, ¿y a qué te dedicas? —le preguntó Tommy mientras se encendía el suyo.

—Llevo una panadería en la esquina de Whitechapel Road, y también tengo un…

—Cuéntame otra, que esa ya está muy vista —lo interrumpió Tommy—. Como me descuide, intentarás hacerme creer que tu padre es el alcalde de Londres.

Charlie se rio.

—No exactamente. ¿Y tú qué haces?

—Trabajo en una fábrica de cerveza, qué te pensabas. Whitbread y cía., en Chiswell Street, EC1. Yo soy el encargado de subir los barriles a las carretas, y después los bueyes me llevan por todo el East End mientras reparto la mercancía. La paga deja mucho que desear, pero siempre puedes beber hasta hartarte antes de recogerte para pasar la noche.

—¿Y cómo es que te ha dado por alistarte?

—Bueno, esa sí que es una historia de las largas —replicó Tommy—. Pues verás, para empezar…

—¡Vale! ¡Todo el mundo a formar! —gritó el sargento mayor, y ninguno de los hombres tuvo la presencia de ánimo necesaria para pronunciar otra palabra en el transcurso de las dos horas siguientes mientras marchaban arriba y abajo, arriba y abajo, hasta que Charlie pensó que, cuando se pararan por fin, seguro que se le caían los pies a pedazos.

El almuerzo consistió en pan con queso, ninguno de los cuales se habría atrevido Charlie a intentar vendérselos a la señora Smelley. Mientras masticaban con avidez, descubrió que a Tommy, a sus dieciocho años, se le había dado a elegir entre cumplir dos años en cualquiera de las cárceles de Su Majestad u ofrecerse voluntario para luchar por el rey y la patria. Lanzó una moneda al aire y la cara del monarca cayó hacia arriba.

—¿Dos años? —preguntó Charlie—. Pero ¿por qué?

—Por agujerear algún barril que otro y por hacer negocios por mi cuenta con un par de los dueños de pub más avispados. Llevaba siglos haciéndolo sin que me pillaran. Y en otra época me habrían ahorcado en el acto o me habrían desterrado a Australia, así que tampoco puedo quejarme. Al fin y al cabo, esa es la educación que me han dado, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, mi padre era carterista profesional, como su padre antes que él. Tendrías que haber visto la cara que puso el capitán Trentham cuando se enteró de que había elegido alistarme en los fusileros para no acabar entre rejas.

Finalizados los veinte minutos asignados a la pausa para comer, dedicaron la tarde a dejarse tomar las medidas para el uniforme. Charlie, que usaba una talla normal, acabó bastante deprisa, pero hizo falta casi una hora para encontrar algo con lo que Tommy no pareciera que iba a echar una carrera de sacos.

De nuevo en el barracón, Charlie dobló su mejor traje y lo guardó debajo de la cama, contigua a la que había elegido Tommy, antes de pasearse de un lado a otro con su uniforme nuevo.

—Ropa de difunto —le advirtió Tommy, con la mirada fija en la chaqueta caqui de Charlie.

—¿Qué quieres decir?

—Los han mandado del frente, ¿no? Lavados y remendados —observó Tommy, apuntando al zurcido de dos pulgadas que quedaba justo encima del corazón de Charlie—. Por la pinta que tiene —añadió—, yo diría que por ahí ha pasado una hoja de bayoneta.

Después de otra sesión de dos horas en el campo de prácticas, ya congelado, les dieron permiso para irse a cenar.

—Otra cochina rebanada de pan rancio con queso —refunfuñó Tommy, pero Charlie tenía demasiada hambre para quejarse mientras rebañaba hasta la última miga con un dedo mojado. Por segunda noche consecutiva, cayó redondo en la cama.

—¿Qué, os ha gustado vuestro primer día al servicio de la patria y el rey? —les preguntó el cabo de guardia a los hombres a su cargo cuando apareció a las nueve para apagar las lámparas de gas del barracón.

—¡Sí, mi cabo! ¡Gracias, señor! —sonó una respuesta sarcástica.

—Me alegro. El primer día siempre procuramos trataros con todo el cariño del mundo.

El lamento colectivo que suscitaron esas palabras, pensó Charlie, debía de haberse oído hasta en el corazón de Edimburgo. Por encima del parloteo nervioso que continuó cuando el cabo se hubo marchado, Charlie podía oír la corneta que daba el toque de queda desde las almenas del castillo. Se quedó dormido.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Charlie se levantó inmediatamente de un salto y se lavó y se vistió antes de que los demás hubieran salido de la cama. Ya había doblado la sábana y la manta y estaba cepillando las botas cuando sonó la diana.

—Nos gusta madrugar, ¿eh? —dijo Tommy dándose la vuelta—. Pero para qué molestarse, me pregunto, cuando solo hay bazofia para desayunar.

—Si eres el primero de la fila —replicó Charlie—, por lo menos la bazofia estará caliente todavía. Y en cualquier caso…

—Los pies en el suelo. ¡Los pies en el suelo! —bramó el cabo mientras entraba en el barracón y aporreaba el marco de las camas con el bastón a su paso.

—Por supuesto —murmuró Tommy mientras intentaba contener un bostezo—, un caballero de bien como tú estará acostumbrado a levantarse temprano para asegurarse de que sus empleados cumplan con su cometido sin remolonear.

—Vosotros dos —dijo el cabo—, más ponerse firmes y menos darle a la lengua. Y vestíos si no os queréis pasar todo el día con el traje de faena a cuestas.

—Yo ya estoy vestido, mi cabo —insistió Charlie.

—A mí no me rechistes, chaval, y no me vengas con eso de «mi cabo» o te mando a limpiar las letrinas. —Aquella amenaza bastó para que incluso Tommy pusiera por fin los pies en el suelo.

La segunda mañana consistió en más maniobras acompañadas por la nieve incesante, que esta vez les llevaba dos pulgadas de altura de ventaja, seguidas de más pan con queso para almorzar. La tarde, sin embargo, estaba asignada al «esparcimiento» por orden de la compañía, lo que significaba cambiarse de ropa antes de dirigirse al gimnasio a paso ligero para hacer unos ejercicios físicos antes de recibir instrucciones de boxeo.

Charlie, cuyo peso ya entraba en la categoría de medio ligero, no veía el momento de subir al ring. Tommy, por su parte, siempre se las apañaba de alguna manera para que no se fijaran en él. Fuera como fuese, los dos eran plenamente conscientes de la amenazadora presencia del capitán

Trentham, cuyo bastón no paraba de tamborilear contra su muslo. Era como si siempre estuviera al acecho, vigilándolos. En toda la tarde, únicamente afloró una sonrisa a sus labios cuando veía a alguien caer noqueado. Se limitaba a arrugar el entrecejo cada vez que se cruzaba con Tommy.

—Yo debo de ser segundo por naturaleza —le dijo Tommy a Charlie más tarde—. Seguro que conoces la expresión «segundos fuera». Bueno, pues ese soy yo —le explicó a su amigo, que miraba fijamente al techo tumbado en la cama—. ¿Escaparemos algún día de este lugar, cabo? —preguntó cuando el cabo de guardia entró en el barracón escasos minutos antes de que se apagaran las luces—. Por buena conducta, ya sabe.

—Se os dejará salir el sábado por la noche —respondió el oficial—. Tres horas de permiso restringido, de las seis a las nueve, en las que podréis hacer lo que os plazca. Sin embargo, no os alejaréis más de dos millas de la guarnición, y un minuto antes de las nueve espero que hayáis vuelto al dormitorio más sobrios que un cura. Que durmáis bien, angelitos.

Esas fueron las últimas palabras del cabo antes de hacer la ronda por el barracón apagando todas las luces de gas.

Cuando por fin llegó el sábado por la noche, dos soldados con agujetas, los pies hinchados y todos los músculos doloridos recorrieron tantas calles de la ciudad como les dio tiempo en tres horas con tan solo cinco chelines por cabeza para gastar, problema que limitó la discusión sobre qué pub elegir.

Pese a todo, Tommy parecía saber cómo obtener más cerveza por penique de cualquier tabernero de lo que Charlie jamás hubiera creído posible, hasta cuando no era capaz de entender lo que decían ni de hacerse entender a su vez. Cuando estaban en su último puerto de escala, el Volunteer, Tommy llegó incluso a escaquearse del pub seguido por la camarera, una muchacha pizpireta y ligeramente rechoncha que respondía al nombre de Rose. Regresó diez minutos más tarde.

—¿Qué hacías ahí fuera? —preguntó Charlie.

—¿A ti qué te parece, cretino?

—Pero si solo has estado fuera diez minutos.

—Tiempo de sobra —replicó Tommy—. Únicamente los oficiales necesitan más de diez minutos para lo que yo tenía en mente.

En el transcurso de la semana siguiente les dieron su primera clase de tiro con rifle, prácticas con la bayoneta e incluso una sesión de cartografía. Si bien Charlie dominó enseguida el arte de la interpretación de mapas, fue Tommy el que no tardó más de un día en aprender a manejarse con el fusil. Para la tercera lección, ya era capaz de desmontar el arma y volver a montarla más deprisa incluso que el instructor.

La mañana del miércoles de la segunda semana, el capitán Trentham les dio la primera clase de historia sobre los fusileros reales. Charlie podría haber disfrutado de la lección, de no ser porque Trentham les había dejado claro que ninguno de ellos era digno de pertenecer al mismo regimiento que él.

—Aquellos de nosotros que elegimos los fusileros reales por motivos históricos o lazos familiares podríamos pensar que permitir que cualquier delincuente se sume a nuestras filas únicamente porque estamos en guerra es poco probable que enaltezca nuestra reputación —dijo mirando significativamente en dirección a Tommy.

—Snob engreído —declaró Tommy, lo bastante alto para llegar a todos los oídos del salón de

actos menos los del capitán. El coro de risitas subsiguiente contribuyó a fruncir más aún el ceño de Trentham.

El capitán volvió al gimnasio el jueves por la tarde, aunque en esa ocasión no llevaba encima el bastón con el que solía darse golpecitos en el muslo. Se había equipado con un mono de gimnasia blanco, pantalones cortos azul marino y un grueso jersey también blanco, tan limpio y pulcro su nuevo atuendo como su uniforme habitual. Dio una vuelta observando a los instructores entrenar con los hombres y, como ya ocurriera durante su última visita, parecía prestar una atención especial a lo que ocurría en el cuadrilátero. Los hombres se pasaron una hora en parejas recibiendo las indicaciones básicas, primero de defensa y después de ataque. «No bajes la guardia, chaval», eran las palabras más repetidas cada vez que un puño impactaba en alguna barbilla.

Para cuando les llegó el turno de subirse a las cuerdas a Charlie y Tommy, este ya le había dejado claro a su amigo que esperaba librarse con tres minutos de lanzarle puñetazos al aire.

—Vosotros dos, pegaos más el uno al otro —exclamó Trentham, pero aunque Charlie empezó a golpear a Tommy en el pecho, procuró no hacerle daño de verdad—. Como no os pongáis en serio con esto ahora mismo, os las veréis conmigo personalmente, por turnos —les advirtió el capitán.

—Mira qué miedo, estoy temblando como un flan —murmuró Tommy, pero esta vez no había bajado lo suficiente la voz, y para consternación del instructor, Trentham se encaramó al ring de inmediato.

—Ahora te vas a enterar. —Le pidió al entrenador que le diera un par de guantes de boxeo—. Tres asaltos con cada uno de estos hombres —informó al angustiado instructor mientras este le pasaba los guantes. Todos los presentes en el gimnasio dejaron lo que estaban haciendo para ver qué ocurría—. Tú primero. ¿Cómo te llamas? —preguntó el capitán apuntando a Tommy.

—Prescott, señor —dijo Tommy con una sonrisa.

—Ah, sí, el convicto —masculló Trentham, que le borró la sonrisa en menos de un minuto mientras Tommy danzaba a su alrededor intentando no meterse en problemas. En el segundo asalto, Trentham empezó a conectar algún que otro golpe, aunque nunca con la fuerza necesaria para derribar al muchacho. Estaba reservándose la humillación para el tercer asalto, cuando lo noqueó con un gancho que el chico de Poplar ni siquiera había visto venir. Sacaron a Tommy del cuadrilátero mientras le ponían los guantes a Charlie—. Te toca —dijo Trentham—. ¿Cómo te llamas?

—Trumper, señor.

—Bueno, pues manos a la obra, Trumper —fue lo único que dijo el capitán antes de arremeter contra él.

Durante los dos primeros minutos Charlie se defendió bastante bien, utilizando las cuerdas y el rincón mientras se agachaba y fintaba, recurriendo a todo lo que había aprendido en el Club Juvenil de Whitechapel. Sospechaba que podría haber hecho sudar tinta al capitán, incluso, de no ser por la incuestionable ventaja que le proporcionaban al hombre su altura y su peso.

Llegado el tercer minuto, Charlie ya había empezado a ganar confianza e incluso logró conectar uno o dos puñetazos, para deleite de los espectadores. Con el primer asalto entrando ya en sus últimos compases, pensó que no se había defendido tan mal. Cuando sonó la campana, bajó los guantes y se dio la vuelta para regresar a su esquina. Un segundo después, el puño

firmemente cerrado del capitán se estrellaba contra el lateral de la nariz del muchacho. Todos los presentes en el gimnasio oyeron el crujido mientras Charlie se apoyaba trastabillando en las cuerdas. Nadie murmuró siquiera cuando el capitán se quitó los guantes y abandonó del ring. «No bajéis nunca la guardia», fue todo el consuelo que les ofreció.

Cuando Tommy inspeccionó el estado de la cara de su amigo esa noche, con Charlie tumbado en la cama, lo único que dijo fue:

—Lo siento, compañero, todo ha sido culpa mía. Ese puerco es un sádico. Pero no te preocupes. Como los alemanes no se carguen a ese malnacido, lo haré yo.

Charlie solo consiguió esbozar una débil sonrisa.

Para el sábado, los dos se habían recuperado lo suficiente como para unirse al resto de la compañía en la cola de pagos, esperando en una fila interminable para que el encargado de las finanzas les hiciera entrega de los cinco chelines que les correspondían a cada uno. En las tres horas de permiso que tenían esa noche los peniques tardaron bastante menos en disolverse que la cola que habían tenido que hacer para conseguirlos, pero, de alguna manera, Tommy continuaba exprimiéndole más valor a su dinero que cualquier otro recluta.

Al comienzo de la tercera semana, a Charlie le costaba embutir los dedos hinchados en las recias botas de cuero que le había proporcionado el ejército, pero al mirar las hileras de pies que adornaban el suelo del barracón todas las mañanas podía ver que ninguno de sus camaradas estaba saliendo mejor parado.

—Ropa de faena para ti, chaval, no lo dudes —exclamó el cabo. Charlie lo miró de reojo, pero sus palabras iban dirigidas al ocupante de la cama de al lado.

—¿Por qué, cabo? —preguntó Tommy.

—Por el estado de tus sábanas. Míralas. Parece que te hayas revolcado con tres mujeres ahí dentro.

—Debo confesar que solo eran dos, cabo.

—Menos bromas conmigo, Prescott, y más dejarte caer por las letrinas cuando hayas terminado de desayunar.

—Ya he ido antes, cabo, pero se lo agradezco igualmente.

—No sigas, Tommy —le advirtió Charlie—. Así solo conseguirás empeorar las cosas.

—Veo que empiezas a entender mi problema —susurró Tommy—. El cabo es peor que los dichosos alemanes.

—Espero que tengas razón, chaval, por tu propio bien —fue la respuesta del cabo—. Porque esa sería tu única oportunidad de salir de esta con vida. Y ahora, a las letrinas…, ¡y a paso ligero!

Cuando regresó, una hora más tarde, Tommy apestaba como una montaña de estiércol.

—Podríamos acabar con todo el ejército alemán sin disparar ni un solo tiro —dijo Charlie—. Solo habría que colocarte delante de ellos y esperar a que sople el viento en la dirección adecuada.

Transcurría la quinta semana (Navidad y Año Nuevo habían pasado con poco que celebrar) cuando designaron a Charlie encargado de la lista de turnos de su sección.

—Antes de terminar aquí te habrán nombrado coronel —comentó Tommy.

—No digas tonterías —replicó Charlie—. Todo el mundo tiene una oportunidad de dirigir la sección en algún momento durante las doce semanas.

—Sospecho que no querrán arriesgarse conmigo. Apuntaría todos los fusiles contra los

oficiales y la primera andanada sería para ese malnacido de Trentham.

Charlie descubrió que le gustaba la responsabilidad de tener que organizar la sección durante siete días. Le dio pena cuando se acabó su semana y la tarea recayó sobre otra persona.

Llegada la sexta semana, Charlie ya sabía desmontar y limpiar su fusil casi tan deprisa como Tommy, pero fue su amigo el que resultó ser el tirador más certero; parecía capaz de acertar en cualquier blanco que se moviera a doscientas yardas. Incluso el sargento mayor estaba impresionado.

—Todas esas horas malgastadas en las casetas de tiro al blanco de las ferias podrían haber tenido algo que ver —confesó Tommy—. Pero lo que a mí me gustaría saber es cuándo podré probar con los alemanes.

—Antes de lo que te imaginas, muchacho —le prometió el cabo.

—Debemos completar las doce semanas de adiestramiento —dijo Charlie—. Son las Regulaciones del Rey. Así que no tendremos ninguna oportunidad hasta dentro de un mes, por lo menos.

—Al cuerno con las Regulaciones del Rey —protestó Tommy—. Tengo entendido que la guerra podría haber terminado sin darme ocasión a pegarles ni un tiro.

—Yo no me fiaría mucho de esos rumores —dijo el cabo mientras Charlie recargaba y empezaba a apuntar otra vez.

—¡Trumper! —ladró una voz.

—Sí, señor —dijo Charlie, que se sorprendió al encontrar junto a él al sargento de guardia.

—El oficial administrativo quiere verte. Sígueme.

—Pero, sargento, si yo no he hecho nada.

—No discutas tanto, chaval. Tú sígueme y punto.

—Será para ponerte delante del pelotón de fusilamiento —dijo Tommy—. Qué injusticia, solo porque mojas la cama. Dile que me presento voluntario para apretar el gatillo. Por lo menos así podrás tener la tranquilidad de que habrá acabado enseguida.

Charlie vació el cargador, dejó el fusil en el suelo y salió corriendo detrás del sargento.

—Insiste en que te dejen vendarte los ojos, que no se te olvide. Lástima que no fumes —fueron las últimas palabras de Tommy antes de que Charlie se perdiera de vista desfilando por el campo de prácticas a paso ligero.

El sargento se detuvo frente a la caseta del oficial administrativo, y un Charlie sin aliento le dio alcance justo cuando un sargento portaestandarte abría la puerta.

—Ponte firme, chaval —dijo, volviéndose hacia Charlie—. Quédate un paso por detrás de mí y no abras la boca si no te preguntan. ¿Entendido?

—Sí, mi sargento.

Charlie siguió al sargento portaestandarte por el despacho principal hasta llegar a otra puerta, en la que se podía leer: «Cap. Trentham, of. admin.». A Charlie se le aceleraron las pulsaciones cuando el sargento llamó con delicadeza a la puerta.

—Adelante —dijo una voz aburrida. Los dos soldados entraron, avanzaron cuatro pasos y se detuvieron frente al capitán Trentham. El sargento portaestandarte se cuadró.

—El soldado raso Trumper, número 7312087, presentándose a sus órdenes, señor —anunció el hombre a voz en cuello, a pesar de que no los separaba ni una yarda.

El capitán Trentham levantó la vista del escritorio.

—Ah, sí, Trumper. El hijo del panadero de Whitechapel, si no me falla la memoria. —Charlie se disponía a corregirlo cuando Trentham giró la cabeza para mirar por la ventana; era evidente que no esperaba ninguna respuesta—. El sargento mayor lleva observándote desde hace semanas —continuó el capitán—, y opina que serías un buen candidato para ascender a soldado de primera. Yo debo confesar que tengo mis dudas. Sin embargo, asumo que de vez en cuando es necesario ascender a un voluntario para mantener la moral en las filas. Doy por sentado que aceptas esta responsabilidad, Trumper —añadió sin molestarse en mirar a Charlie.

El muchacho no sabía qué decir.

—Sí, señor. Gracias, señor —respondió en su lugar el sargento portaestandarte antes de exclamar—: ¡Media vuelta, a paso ligero, izquierda, derecha, izquierda, derecha!

Diez segundos después el soldado de primera Charlie Trumper, de los fusileros reales, se encontró de nuevo en el campo de prácticas.

—Soldado de primera Trumper —murmuró Tommy, incrédulo, cuando se hubo enterado de la noticia—. ¿Significa eso que ahora tengo que llamarte «señor»?

—No digas tonterías, Tommy. Con «mi cabo» me basta —replicó Charlie con una sonrisa, sentado al pie de la cama para coser una franja solitaria en la manga de su uniforme.

Al día siguiente, la sección de Charlie empezó a desear que el muchacho no se hubiera pasado los últimos catorce años de su vida visitando el mercado a primera hora de la mañana. Sus maniobras, sus botas, sus marchas y sus prácticas de tiro con fusil se convirtieron en el ejemplo a seguir para toda la compañía, con Charlie exigiéndoles cada vez más esfuerzo. La recompensa para él, sin embargo, llegó a la undécima semana, cuando salieron del barracón para viajar a Glasgow y Tommy ganó el primer premio en un concurso de tiro al blanco tras imponerse a todos los oficiales y soldados rasos de siete regimientos distintos.

—¡Eres un fenómeno! —exclamó Charlie cuando el coronel le hubo entregado el trofeo de plata a su amigo.

—Me pregunto si en Glasgow tendrán una casa de empeños medio decente —fue lo único que tuvo que decir Tommy al respecto.

El desfile de graduación se celebró un sábado, el 23 de febrero de 1918, y terminó con Charlie marchando a la cabeza de su sección por el campo de prácticas al son de la banda del regimiento. Por primera vez, se sentía como un soldado…, aunque Tommy todavía pareciera un saco de patatas.

Cuando el desfile terminó al fin, el sargento mayor Philpott los felicitó a todos y, antes de disolver la celebración, informó a los soldados de que podían tomarse el resto de la jornada de permiso, siempre y cuando regresaran al barracón y estuvieran en la cama antes de medianoche.

La compañía al completo se desperdigó por Edimburgo por última vez. Tommy volvió a tomar la iniciativa mientras los componentes del pelotón número once visitaban un pub tras otro, emborrachándose cada vez más, hasta recalar en su local de referencia, el Volunteer, en Leith Walk.

Diez soldados muy contentos se arracimaron en torno al piano para, rodeados de vasos de pinta vacíos, entonar *Pack up your troubles in your old kit bag* y repetir hasta la saciedad todos los temas de su limitado repertorio. Tommy, que los acompañaba a la armónica, se dio cuenta de que Charlie era incapaz de dejar de mirar a la camarera, Rose, la cual siempre estaba

coqueteando con los jóvenes reclutas pese a haber cruzado ya el umbral de los treinta. El muchacho se separó del grupo para reunirse con su amigo en la barra.

—Te hace tilín, ¿eh?

—Pues sí, pero es tu chica —dijo Charlie mientras seguía observando atentamente a la rubia de pelo largo que fingía hacer oídos sordos a todos los piropos que le dirigían. Se fijó en que llevaba más botones desabrochados de lo habitual en la blusa.

—No diría yo tanto —replicó Tommy—. En cualquier caso, te debo una por esa nariz rota. —Charlie se rio mientras su amigo añadía—: En fin, habrá que ver qué puede hacerse al respecto.

Tommy le guiñó un ojo a Rose y dejó a Charlie para reunirse con ella en el extremo del mostrador.

Charlie se descubrió incapaz de mirar en su dirección, aunque gracias al espejo que había detrás de la barra podía ver que los dos estaban conversando animadamente. Rose se giró para observarlo en un par de ocasiones. Tommy regresó junto a él instantes después.

—Ya está todo arreglado, Charlie.

—¿El qué está «arreglado»?

—Lo dicho. Tú métete en el cobertizo que hay detrás del pub, donde amontonan las cajas vacías, y Rose irá a verte enseguida.

Charlie se quedó pegado al taburete.

—Venga, a qué esperas —lo apremió Tommy—. Date prisa si no quieres que la dichosa mujer se lo piense mejor.

Charlie se levantó del taburete y salió por la puerta de servicio sin mirar atrás. Esperaba que nadie lo estuviera observando mientras corría por el pasillo a oscuras que comunicaba con la puerta de atrás. Una vez a solas en la esquina del patio, se sintió un poquito tonto mientras pisoteaba el suelo con fuerza para entrar en calor. Le dio un escalofrío y empezó a desear haberse quedado en la barra. Se estremeció de nuevo un instante después, estornudó y decidió que había llegado la hora de volver con sus compañeros y olvidarse de todo. Se encaminaba hacia la puerta cuando apareció Rose como una exhalación.

—Hola, soy Rose. Disculpa el retraso, pero es que entró otro cliente justo cuando tú ya te ibas.

El muchacho se quedó mirándola fijamente a la escasa luz que se filtraba por la ventanita que había en la puerta. A la blusa se le había desabrochado otro botón, lo que revelaba el borde superior de un sostén negro.

—Charlie Trumper —dijo Charlie tendiéndole la mano.

—Ya lo sé —se rio la mujer—. Tommy me ha hablado mucho de ti, dice que eres el soldado más viril de todo el pelotón.

—Me parece a mí que exagera —replicó Charlie, ruborizándose, antes de que Rose lo agarrara con ambas manos y lo envolviera en sus brazos. Lo besó primero en el cuello, después en la cara y por fin en la boca. Separó los labios de Charlie como una experta y su lengua se enroscó en la del muchacho.

Charlie no estaba seguro de lo que estaba pasando, para empezar, pero le gustó tanto la sensación que se quedó abrazado a ella, e incluso comenzó a presionar su lengua contra la de ella transcurridos unos instantes. Fue Rose la primera en apartarse.

—No seas tan brusco, Charlie. Relájate. Se trata de que dure, no de ver quién tiene más

fuerza.

Charlie empezó a besarla de nuevo, con más delicadeza esta vez; notó que se le estaba clavado la esquina de una caja en las nalgas. Apoyó dubitativamente una mano en su pecho izquierdo y la dejó allí, inseguro sobre qué hacer a continuación mientras se esforzaba por encontrar una postura más cómoda. No tenía que preocuparse, puesto que Rose sabía exactamente lo que se esperaba de ella y se apresuró a desabrochar los botones restantes de su blusa, revelando un busto generoso que parecía estar pugnando por liberarse. La mujer apoyó una pierna en un montón de cajas de cerveza vacías y colocó el muslo sonrosado casi a la altura de los ojos de Charlie, que acarició con tiento aquella amplia extensión de piel tersa. Aunque deseaba deslizar los dedos más hacia arriba, hasta donde pudiera, se quedó tan inmóvil como un fotograma congelado en una película en blanco y negro.

Rose tomó la iniciativa de nuevo y desenredó los brazos de su cuello para empezar a desabrocharle los botones del pantalón. No tardó en introducir una mano en sus calzoncillos y siguió acariciándolo. Charlie, que no se podía creer lo que estaba ocurriendo, pensó que por algo así merecería la pena dejarse partir la nariz otra vez.

Rose se bajó las bragas con la mano libre mientras la intensidad de sus caricias iba en aumento. Charlie se sentía cada vez más fuera de control. De súbito, Rose se detuvo y bajó la mirada a la falda de su vestido.

—Como tú seas el soldado más viril de todo el pelotón, espero que esta cochina guerra la ganen los alemanes.

A la mañana siguiente se colgaron las órdenes del batallón en el tablón de anuncios. El nuevo batallón de fusileros ya se consideraba apto para entrar en combate y estaba previsto que se sumara a los aliados en el frente occidental. Charlie se preguntó si la camaradería que se había forjado entre aquella pandilla de chicos tan variopintos a lo largo de los tres últimos meses sería capaz de convertirlos en dignos rivales para la elite del ejército alemán.

Volvieron a recibirlos con vítores a su paso por cada estación durante el trayecto en tren que los llevaba de regreso hacia el sur; esta vez Charlie pensó que eran más dignos del respeto de aquellas señoritas con sombrero. La máquina hizo su última parada en Maidstone, donde los instalaron para pasar la noche en el barracón de Royal West Kent.

El capitán Trentham les presentó un informe completo a las seis en punto de la mañana siguiente: así supieron que los iban a transportar a Boulogne, y después de otros diez días de adiestramiento se dirigirían a Étaples, donde se reunirían con el regimiento comandado por el teniente coronel sir Danvers Hamilton, condecorado con la Orden del Servicio Distinguido, el cual, les aseguraron, estaba preparándose para lanzar una ofensiva a gran escala sobre las defensas alemanas. Dedicaron el resto de la mañana a comprobar que sus equipos estuvieran en buen estado antes de subir por la pasarela del buque de transporte de tropas que los esperaba.

La sirena del barco emitió seis pitidos y zarparon con rumbo a Dover, un millar de hombres apiñados en la cubierta del HMS *Resolution*, cantando *It's a Long Way to Tipperary*.

—¿Habías estado antes en el extranjero, mi cabo? —preguntó Tommy.

—Pues no, si no contamos Escocia —replicó Charlie.

—Yo tampoco —dijo Tommy, nervioso. Unos minutos después, añadió—: ¿Tienes miedo?

—Por supuesto que no. Solo estoy aterrado.

—Como yo.
—Adiós, Piccadilly. Hasta la vista, Leicester Square. *It's a long, long way to…*

4

Charlie empezó a marearse escasos minutos después de que la costa de Inglaterra se hubiera perdido de vista.

—Es la primera vez que monto en barco —le confesó a Tommy—, sin contar el vapor de Brighton. —A su alrededor, más de la mitad de los hombres se pasaron la travesía vomitando lo poco que habían desayunado esa mañana.

—No veo a ningún oficial echando la papilla —dijo su amigo.

—A lo mejor están más acostumbrados a navegar.

—O a lo mejor están haciéndolo en sus camarotes.

Cuando la costa francesa apareció ante sus ojos por fin, los soldados que se encontraban en la cubierta prorrumpieron en vítores. Para entonces, lo único que les apetecía era librarse del agua. Y lo habrían conseguido de no ser porque empezó a diluviar en cuanto el barco amarró y los soldados pisaron el suelo francés. Cuando todos hubieron desembarcado, el sargento mayor les advirtió que se prepararan para la marcha de quince millas que los esperaba.

Charlie animó a su sección a chapotear por el barro entonando canciones de cabaret, acompañado por Tommy a la armónica. Cuando llegaron a Étaples y levantaron las tiendas de campaña para pasar la noche, Charlie decidió que, después de todo, el gimnasio de Edimburgo había sido un auténtico lujo.

Tras el toque de queda, mil pares de ojos se cerraron y los soldados intentaron conciliar el sueño bajo la lona por primera vez. Cada pelotón había designado dos hombres de guardia, con órdenes de relevarse cada dos horas a fin de que nadie se quedara sin su merecido descanso. A Charlie le tocó el turno de las cuatro con Tommy.

Tras un sueño desapacible en el que no paró de agitarse y dar vueltas sobre el suelo francés, tan empapado como lleno de bultos, a las cuatro despertaron a Charlie y este a su vez le propinó una patada a Tommy, que se limitó a girarse para el otro lado y continuó durmiendo a pierna suelta. Charlie estaba fuera de la tienda minutos después, abrochándose los botones de la chaqueta antes de manotearse la espalda repetidamente en un intento por entrar en calor. Sus ojos se acostumbraron paulatinamente a la penumbra y empezó a distinguir las interminables hileras de tiendas marrones que se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

—Buenos días, mi cabo —dijo Tommy cuando por fin se dignó aparecer a las cuatro y veinte —. ¿No tendrás un pitillo, por casualidad?

—Me temo que no. Además, lo que necesito es un chocolate caliente. O lo que sea, pero caliente.

—A sus órdenes, mi cabo.

Tommy se dirigió a la tienda de avituallamiento, de la que regresó media hora más tarde con un chocolate caliente y una galleta seca para cada uno.

—Sin azúcar, me temo —informó a Charlie—. Eso es de los sargentos para arriba. Les he

dicho que eras un general de incógnito, pero no ha colado. Saben perfectamente que todos los generales están durmiendo como angelotes en sus camas de Londres.

Charlie sonrió mientras dejaba que la taza le calentara los dedos helados y empezó a beber a sorbitos para prolongar la placentera experiencia.

Tommy inspeccionó el horizonte.

—Bueno, ¿y dónde se han metido todos esos cochinos alemanes de los que no paran de hablarnos?

—A saber. Pero no te preocupes, que seguro que no andan muy lejos. Seguro que se están preguntando lo mismo sobre nosotros.

Charlie despertó al resto de la sección a las seis en punto. Media hora después estaban en pie y listos para pasar revista, con la tienda doblada y recogida en un pequeño cuadrado.

Otro toque de corneta señaló el comienzo del desayuno. Los hombres ocuparon sus puestos en una fila que, en opinión de Charlie, habría sido la envidia de cualquier vendedor ambulante de Whitechapel Road.

Cuando llegó su turno por fin, recibió en su cazo una ración de gachas grumosas y un trozo de pan rancio. Tommy le guiñó el ojo al cocinero, un muchacho vestido con una chaqueta blanca y pantalones azules a cuadros.

—Y pensar que he tenido que esperar todos estos años para probar la cocina francesa.

—Pues ya verás lo que os sirven cuando estéis en el frente —replicó el cocinero.

Se pasaron diez días acampados en Étaples, dedicando las mañanas a marchar por las dunas, las tardes a practicar para defenderse de los ataques con gas y las noches a escuchar cómo el capitán Trentham enumeraba las distintas formas en que podrían morir.

Al undécimo día recogieron sus pertenencias, empaquetaron las tiendas y formaron en compañías para escuchar el discurso del comandante del regimiento.

Más de mil hombres formaron un cuadrado en algún campo cubierto de barro de Francia, preguntándose si doce semanas de instrucción y diez días de «aclimatación» los habrían preparado realmente para enfrentarse al poder de las fuerzas alemanas.

—A lo mejor ellos tampoco han tenido más de doce semanas de adiestramiento —murmuró Tommy, esperanzado.

A las nueve en punto, el teniente coronel sir Danvers Hamilton llegó a lomos de una yegua negra como el azabache y se detuvo en el centro del cuadrado que formaban los hombres. Empezó a dirigirse a las tropas. Lo que Charlie recordaría siempre de ese discurso fue que, durante quince minutos, el animal permaneció inmóvil como una estatua.

—Bienvenidos a Francia —comenzó el coronel mientras se colocaba un monóculo en su ojo sano, el izquierdo—. Ojalá hubierais venido de excursión. —Recorrió las filas una discreta oleada de risas—. Sin embargo, me temo que no disponemos de mucho tiempo antes de tener que enviar a esos alemanes de vuelta a su patria. Con el rabo entre las piernas, espero. —Se oyeron vítores en esa ocasión—. No olvidéis que jugamos fuera de casa y que el terreno es un lodazal. Para colmo de males, los alemanes desconocen las reglas del cricket.

Más risas, aunque Charlie sospechó que el coronel hablaba totalmente en serio.

—Hoy nos dirigimos a Ypres, donde acamparemos antes de lanzar una nueva y espero que definitiva ofensiva contra el frente alemán. Esta vez estoy convencido de que conseguiremos traspasar sus líneas y la victoria sonreirá al glorioso cuerpo de fusileros. Que la fortuna nos

acompañe a todos, y que Dios salve al rey.

Más vítores, seguidos de una interpretación del himno nacional a cargo de la banda del regimiento. Los soldados entonaron la letra con pasión y al unísono.

Les llevó otros cinco días de marcha oír los primeros disparos de artillería; el olor de las trincheras ya llegaba hasta ellos, lo que significaba que debían de estar acercándose al frente. Tardaron otra jornada más en dejar atrás las grandes tiendas verdes de la Cruz Roja. Poco antes de las once de la mañana Charlie vio su primer cadáver, el de un teniente del regimiento de East Yorkshire.

—Caray, que me aspen —dijo Tommy—. Las balas no hacen distinciones entre los oficiales y los soldados rasos.

Una milla después, los dos habían visto tantas camillas, tantos muertos y tantas extremidades separadas de sus cuerpos que nadie tenía estómago para bromas. Era evidente que el batallón había llegado a lo que los periódicos denominaban el frente occidental. Sin embargo, ningún corresponsal de guerra habría sido capaz de describir el pesimismo que flotaba en el aire, ni la desesperanza cincelada en el rostro de todo el que llevaba unos días allí.

Charlie contempló las vastas planicies que alguna vez debían de haber sido fértiles tierras de cultivo. Unas pocas granjas arrasadas eran el único vestigio de la civilización que había existido en aquellos parajes. Seguía sin haber ni rastro del enemigo. Intentó hacerse a la idea de que el escenario que lo rodeaba iba a ser su hogar durante los próximos meses…, si sobrevivía hasta entonces. Todos los soldados sabían que la esperanza de vida en el frente no solía superar los diecisiete días.

Dejó a los hombres descansando en sus tiendas mientras él hacía una ronda de reconocimiento. Las trincheras de reserva estaban ubicadas a un par de cientos de yardas de los hospitales de campaña; las llamaban «los hoteles», puesto que allí, a un cuarto de milla del frente, era adonde regresaban los soldados para disfrutar de cuatro días de reposo tras haber estado ese mismo tiempo sin interrupción en primera línea de combate. Charlie se acercó paseando hasta el frente, como si se tratara de un turista de paso y el conflicto no fuera con él. Escuchó a los pocos soldados que habían sobrevivido más de unas pocas semanas; hablaban con añoranza de su tierra natal y rezaban para recibir una herida superficial que justificara su traslado al hospital de campaña más próximo. De ese modo, con suerte, quizá los enviaran de nuevo a Inglaterra.

Mientras las balas perdidas silbaban sobre aquella tierra de nadie, Charlie se puso de rodillas y regresó gateando a las trincheras de reserva para informar a su sección de lo que podían esperar cuando les obligaran a avanzar otros cien metros.

Las trincheras, les contó a sus hombres, se extendían de un horizonte a otro y tenían capacidad para diez mil soldados. Frente a ellos, a unos veinte metros de distancia, había visto una alambrada de un metro de alto que, según las palabras de un cabo veterano, ya se había cobrado mil vidas entre quienes no habían hecho más que plantarla. Al otro lado se extendía la tierra de nadie, consistente en doscientas hectáreas antiguamente propiedad de unos inocentes agricultores que se habían visto atrapados en el centro de una guerra que no iba con ellos. Más allá, la alambrada de los alemanes; y al otro lado, el enemigo atrincherado a su vez.

Ambos ejércitos parecían condenados a permanecer hacinados en sus fangosos refugios

infestados de ratas durante días, meses a veces, esperando a que el otro bando diera el primer paso. Los separaban menos de dos kilómetros. Si se asomaba alguna cabeza para estudiar el terreno, una bala la buscaba procedente del otro lado. Si se daba la orden de avanzar, cualquier corredor de apuestas habría considerado indignas de apuntar en su pizarra las posibilidades que tenía un hombre de cubrir veinte metros. Si llegabas a la alambrada, podías morir de dos formas; si llegabas a las trincheras alemanas, de una docena.

Si no te movías, podías sucumbir por culpa del cólera, el gas cloro, la gangrena, la fiebre tifoidea o el pie de las trincheras, tan doloroso que los soldados se clavaban la bayoneta para paliar el tormento. Morían casi tantos hombres detrás de las líneas como cruzando al otro lado, le había contado a Charlie un sargento con mucha experiencia, y tampoco suponía ningún alivio saber que esos mismos problemas acuciaban a los alemanes a escasos cientos de metros de su posición.

Charlie intentó instaurar una rutina para sus hombres, cuyas obligaciones diarias se limitaban a achicar el agua de las trincheras y conservar limpio su equipo. Aunque circulaban libremente todo tipo de rumores sobre lo que les deparaba el futuro, Charlie albergaba la sospecha de que el único que sabía qué estaba pasando era algún coronel instalado en su cuartel general, lejos de las líneas.

Cada vez que a Charlie le tocaba pasar cuatro días en las trincheras de avanzada, su sección dedicaba la mayor parte del tiempo a llenar sus bandejas para la comida con pintas de agua, pugnando por achicar los litros que el cielo volcaba a diario sobre sus cabezas. A veces, el caudal acumulado les llegaba hasta las rodillas.

—El único motivo por el que no me enrolé en la marina fue porque no sé nadar —refunfuñó Tommy—. Nadie me había dicho que en el ejército de tierra fuera igual de fácil ahogarse.

Aun empapados, ateridos y famélicos, se las apañaban para que el ánimo no decayera. Charlie y su sección soportaron aquellas condiciones durante cuatro semanas mientras esperaban la orden que les permitiera avanzar. Sin embargo, el único avance del que tuvieron noticias en todo ese tiempo fue el de von Ludendorff. El general alemán había conseguido que los aliados se replegaran sesenta kilómetros tras perder cuatrocientos mil hombres, en tanto que otros ochenta mil habían sido capturados. El portador de tan nefastas noticias solía ser el capitán Trentham, y lo que más irritaba a Charlie era que siempre apareciera tan elegante y aseado…, y lo peor de todo, abrigado y bien alimentado.

Ya habían fallecido dos hombres de su sección, sin ver al enemigo siquiera. Cualquier soldado habría estado encantado de recibir la orden de avanzar, puesto que habían dejado de creer que podían ganar un conflicto que algunos decían que iba a durar para siempre. Su único pasatiempo consistía en ensartar ratas con la bayoneta, seguir achicando el agua de las trincheras o escuchar por enésima vez las viejas tonadas que tocaba Tommy a la armónica, ahora oxidada.

Tuvieron que esperar a la novena semana para que los convocaran por fin. El coronel del monóculo volvió a aleccionarlos desde su imperturbable montura. Los fusileros reales avanzarían sobre las líneas alemanas a la mañana siguiente, encomendados con la responsabilidad de traspasar su flanco septentrional. La guardia irlandesa los cubriría desde el flanco derecho, en tanto los galeses avanzarían por el izquierdo.

—Mañana será un día de gloria para los fusileros —les aseguró el coronel Hamilton—. Descansad ahora. La batalla comenzará al despuntar el alba.

Camino de las trincheras, a Charlie le sorprendió descubrir que la idea de participar en un combate real había puesto de mejor humor a los hombres. Todos los fusiles se desmontaron, limpiaron, engrasaron y comprobaron una y otra vez, todas las balas se introdujeron meticulosamente en su cargador, todas las ametralladoras Lewis se comprobaron, se engrasaron y se volvieron a comprobar, y, por último, los hombres se afeitaron antes de enfrentarse al enemigo. La primera experiencia de Charlie con una navaja fue con el agua prácticamente helada.

Le habían contado que a todo el mundo le cuesta conciliar el sueño en vísperas de una batalla, y muchos aprovecharon el insomnio para escribirles cartas interminables a los seres queridos que habían dejado en su hogar; algunos incluso tuvieron la presencia de ánimo de redactar su testamento. Charlie escribió a la Ricachona, no habría sabido explicar por qué, para pedirle que cuidara de Sal, Grace y Kitty si él no volvía. Tommy no escribió a nadie, y no solo porque no supiera escribir. A medianoche, Charlie recogió todas las cartas de la sección y se las entregó al oficial administrativo.

Las bayonetas se afilaron con esmero y se calaron en los fusiles; los corazones empezaron a latir cada vez más deprisa conforme se desgranaban los minutos. Esperaron en silencio la orden de avanzar. Los sentimientos de Charlie alternaban entre el terror y la emoción mientras observaba cómo el capitán Trentham se dirigía a cada pelotón uno por uno para pronunciar su discurso final. Apuró de un trago el chupito de ron que era costumbre darles a todos los hombres de las trincheras justo antes de la batalla.

Un alférez llamado Makepeace ocupó su puesto junto a la trinchera de Charlie; otro oficial que no había hecho acto de presencia hasta ese momento. Tenía la cara de un escolar imberbe y se presentó ante Charlie como podría hacer uno con un conocido cualquiera en un cóctel. Le pidió a Charlie que reuniera su sección unos cuantos metros por detrás de la línea para que él pudiera dirigirse a los hombres. Diez soldados ateridos y asustados salieron de su trinchera y escucharon al joven oficial en desconfiado silencio. Se había elegido especialmente esa fecha porque los meteorólogos les habían asegurado que a las seis menos siete minutos saldría el sol y no habría más lluvia. Los meteorólogos resultaron haber acertado por lo que al sol respectaba, pero, como para dejar constancia de su falibilidad, pasaban once minutos de las cuatro cuando empezó a lloviznar.

—Un chaparrón alemán —bromeó Charlie con sus camaradas—. Pero ¿de qué lado está Dios?

El alférez Makepeace esbozó una fina sonrisa. Esperaron a que se disparase la pistola de bengalas, como el silbato de un árbitro que señalaría el comienzo oficial de las hostilidades.

—Y no olvidéis el santo y seña: «salchichas con puré» —dijo el alférez Makepeace—. Corred la voz por la línea.

A las cinco y treinta y tres minutos, con un sol rojo como la sangre asomándose por el horizonte, se disparó la pistola de bengalas y Charlie miró atrás para ver el cielo iluminado a su espalda.

El alférez Makepeace salió de la trinchera de un salto al grito de:

—¡Soldados, seguidme!

Charlie corrió detrás de él gritando a pleno pulmón, más de miedo que por valentía, y cargó sobre la alambrada.

El teniente no había recorrido ni quince metros cuando recibió el primer impacto de bala, pero, de alguna manera, consiguió mantenerse en pie hasta alcanzar la alambrada. Horrorizado, Charlie lo vio desplomarse al otro lado de la barrera de alambre de espino, donde otra andanada de proyectiles enemigos acribilló su cadáver inerte. Dos valientes alteraron su trayectoria en un intento por socorrerlo, pero ninguno de ellos llegó siquiera a la alambrada. Charlie, que los seguía a tan solo un metro de distancia, se disponía a cargar por un hueco que había en la barrera cuando Tommy lo adelantó. Charlie se giró, sonrió, y ese habría de ser su último recuerdo de la Batalla del río Lys.

Charlie se despertó en un hospital de campaña dos días más tarde, a unos trescientos metros por detrás de la línea, para encontrarse con una muchacha que parecía flotar sobre él; iba vestida con un uniforme azul marino y lucía un escudo real en el pecho. Estaba diciéndole algo. Se dio cuenta únicamente porque ella movía los labios; no podía oír ni una palabra. Gracias a Dios, pensó, todavía estoy vivo. Seguro que ahora me mandan de vuelta a Inglaterra. Todos los soldados declarados oficialmente sordos por el médico regresaban a casa. Eran las Regulaciones del Rey.

Recuperó el oído por completo una semana más tarde, no obstante, y a sus labios afloró una sonrisa por primera vez cuando vio a Grace junto a él, preparándole una taza de té. Había pedido permiso para cambiar de tienda cuando se enteró de que un soldado que respondía al nombre de Trumper estaba convaleciente en la línea. Le contó a su hermano que había sido uno de los afortunados; había pisado una mina y solo había perdido un dedo del pie…, ni siquiera el gordo, bromeó. Charlie recibió la noticia desilusionado, puesto que perder el dedo gordo de un pie también representaba un billete de vuelta directo.

—Por lo demás, solo tienes unos cuantos rasguños. Sobrevivirás, no es nada grave. En cuestión de días habrás vuelto al frente —añadió, compungida.

Charlie dormía. Se despertaba. Se preguntaba si Tommy habría sobrevivido también.

—¿Se sabe algo del soldado Prescott? —le preguntó al oficial administrativo cuando este hubo completado su ronda.

El teniente consultó su portapapeles y arrugó el entrecejo.

—Lo han detenido. Parece que va a tener que enfrentarse a un consejo de guerra.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Ni idea —replicó el joven teniente antes de dirigirse a otra cama.

Al día siguiente, Charlie consiguió ingerir algo de alimento, dio sus primeros y doloridos pasos una jornada después, y al cabo de una semana ya podía correr de nuevo. Lo enviaron de regreso al frente tan solo veintiún días después de que el alférez Makepeace hubiera gritado «¡seguidme!» por última vez.

Cuando Charlie volvió a las trincheras de relevo, no tardó en descubrir que solo tres hombres de los diez de su sección habían sobrevivido a la carga y que no había ni rastro de Tommy. Una nueva remesa de soldados había llegado de Inglaterra esa mañana para ocupar su lugar y comenzar la rutina de cuatro días en activo, cuatro días de descanso. Trataban a Charlie como si fuera un veterano.

Llevaba allí tan solo unas horas cuando se publicaron las órdenes de la compañía, según las cuales el coronel Hamilton deseaba ver al soldado de primera Trumper a las once en punto de la

mañana siguiente.

—¿Para qué querrá verme el comandante? —le preguntó Charlie al sargento de guardia.

—Si no es para someterte a un consejo de guerra, será para concederte alguna medalla. El gobernador no tiempo para más. En cualquier caso, no olvides que es de armas tomar, y vigila la lengua en su presencia. Tiene la mecha muy corta.

A las diez horas y cincuenta y cinco minutos, un tembloroso soldado de primera Trumper se presentó ante la tienda del coronel. El comandante le daba casi tanto miedo como cargar de nuevo en el frente. Instantes después, el sargento mayor salió de la tienda para buscarlo.

—Ponte firme, saluda y dime tu nombre, rango y número de serie —ladró Philpott—. Y recuerda —añadió bruscamente—, no hables a menos que te den permiso para hacerlo.

Charlie entró en la tienda y se detuvo frente a la mesa del coronel. Saludó y dijo:

—Trumper, soldado de primera número 7312087. Presente, señor. —Era la primera vez que veía al coronel sentado en una silla en vez de a lomos de su caballo.

—Ah, Trumper. —El coronel Hamilton levantó la cabeza—. Celebro verte de nuevo. Me alegra que te hayas recuperado tan pronto.

—Gracias, señor —dijo Charlie, fijándose por primera vez en que solo uno de los ojos del coronel se movía.

—Sin embargo, tenemos un problema relacionado con un soldado de tu sección. Quizá tu puedas arrojar algo de luz sobre este asunto.

—Le ayudaré si está en mi mano, señor.

—Bien, por lo visto —dijo el coronel mientras se colocaba el monóculo sobre el ojo bueno— un tal Prescott… —Consultó el formulario que tenía encima de la mesa antes de continuar—. El soldado Prescott, sí, parece ser que se ha pegado un tiro en la mano para no tener que enfrentarse al enemigo. Según el informe del capitán Trentham, lo encontraron con un agujero de bala en la mano derecha, tirado en el barro a pocos metros de su trinchera. Todas las pruebas apuntan a que se trata de un simple caso de cobardía, pero no quería reunir un consejo de guerra sin haber escuchado antes tu versión de lo que ocurrió aquella mañana. Al fin y al cabo, estaba en tu sección. He pensado que podrías tener algo substancial que añadir al informe del capitán Trentham.

—Sí, señor, en efecto. —Charlie se esforzó por tranquilizarse y repasar mentalmente los detalles de lo que había tenido lugar casi un mes antes—. Cuando oímos la pistola de bengalas, el alférez Makepeace comandó la carga y salí de la trinchera detrás de él, seguido por el resto de mi sección. El teniente fue el primero en llegar a la alambrada, pero varias balas lo alcanzaron de inmediato. En ese momento solo había dos hombres por delante de mí. Aunque acudieron valientemente en su ayuda, cayeron antes de poder hacer nada. En cuanto llegué a la alambrada, encontré un hueco y me metí por él, pero vi que el soldado Prescott me adelantaba mientras cargaba sobre las líneas enemigas. Debió de ser entonces cuando pisé la mina. Es posible que la detonación alcanzara también al soldado Prescott.

—¿Estás seguro de que fue el soldado Prescott el que te adelantó? —preguntó el coronel, desconcertado.

—Me cuesta recordar todos los detalles, señor, debido al fragor de la batalla, pero no olvidaré nunca ese adelantamiento.

—¿Por qué? —inquirió el coronel.

—Porque somos amigos, y en aquel momento me molestó que se colocara por delante de mí.

A Charlie le pareció ver la sombra de una sonrisa en los labios del coronel.

—¿Sois buenos amigos, Prescott y tú? —preguntó mientras se ajustaba el monóculo.

—Lo somos, señor, pero no dejaría que eso influyera en mi juicio. Y nadie tiene derecho a sugerir lo contrario.

—¿Sabes con quién estás hablando? —exclamó el sargento mayor.

—Sí, señor. Con alguien interesado en descubrir la verdad y ver que se haga justicia. No tengo mucha educación, señor, pero me sobra sinceridad.

—Cabo, preséntate… —empezó a decir el sargento mayor.

—Gracias, sargento mayor, eso es todo —lo interrumpió el coronel—. Y gracias también, cabo Trumper, por un testimonio tan claro y conciso. No te entretendré más. Puedes volver con tu pelotón.

—Gracias, señor —dijo Charlie. Retrocedió un paso, saludó, dio media vuelta y salió de la tienda.

—¿Quiere que haga algo al respecto? —preguntó el sargento mayor.

—Sí —replicó el coronel Hamilton—. Ascienda a Trumper a cabo de pleno derecho y libere al soldado Prescott de inmediato.

Tommy regresó al pelotón esa tarde, con la mano izquierda vendada.

—Me has salvado la vida, Charlie.

—Solo he dicho la verdad.

—Lo sé, yo también. La diferencia es que a ti te creyeron.

Aquella noche Charlie se quedó despierto en su tienda, preguntándose por qué estaría tan empeñado el capitán Trentham en librarse de Tommy. ¿Realmente podía alguien creerse con derecho a enviar a otro hombre a la muerte por el solo hecho de que alguna vez hubiera estado en la cárcel?

Transcurrió otro mes de antiguas rutinas antes de que la compañía recibiera órdenes de marchar hacia el sur, a Marne, a fin de preparar una contraofensiva contra el general von Ludendorff. A Charlie se le cayó el ánimo a los pies; sabía que las probabilidades de sobrevivir a dos ataques eran prácticamente nulas. Consiguió pasar una hora a solas con Grace, que le contó que se había enamorado de un cabo galés que había pisado una mina y se había quedado ciego de un ojo.

Amor a primera vista, bromeó Charlie.

El miércoles 17 de julio de 1918, a medianoche, reinaba un silencio espectral sobre la tierra de nadie. Charlie dejó dormir a quienes fueron capaces de conciliar el sueño y no intentó despertar a nadie hasta las tres de la madrugada. Ya en calidad de sargento, comandaba un pelotón de cuarenta hombres listos para la batalla, todos los cuales seguían supeditados a las órdenes del capitán Trentham, del que no habían vuelto a tener noticias desde la liberación de Tommy.

A las tres y media, un tal teniente Harvey se reunió con ellos detrás de las trincheras; llegado ese momento, todos estaban listos para entrar en acción. Harvey resultó haber estado en el frente el viernes pasado.

—Qué locura de guerra —comentó Charlie cuando se presentaron.

—Bueno, no sé yo —dijo Harvey—. Personalmente, me muero de ganas por ponerles las manos encima a esos boches.

—Mientras sigamos produciendo chiflados como él —susurró Tommy—, los alemanes no tendrán la menor oportunidad.

—Por cierto, señor —preguntó Charlie—. ¿Cuál es el santo y seña esta vez?

—Ah, se me olvidaba, perdón. Caperucita Roja —dijo el teniente.

Esperaron. Calaron las bayonetas a las cuatro en punto y, veinte minutos después, la pistola de bengalas lanzó una señal roja en algún punto por detrás de las líneas. El aire se llenó de estampidos y silbidos.

—¡A la carga! —exclamó el teniente Harvey, que disparó al aire y salió de la trinchera como un sabueso que estuviera persiguiendo a un zorro a la fuga. Una vez más, Charlie siguió a su comandante a escasos metros de distancia. El resto del pelotón vadeó a la carrera aquel yermo embarrado en el que ya no quedaba ni un solo árbol tras el que parapetarse. Charlie vio otro pelotón a su izquierda, por delante de ellos. La figura inconfundible del inmaculado capitán Trentham cerraba la retaguardia. El teniente Harvey continuaba encabezando la carga cuando sorteó elegantemente la alambrada y se adentró en tierra de nadie. Su temeridad infundió en Charlie la descabellada certeza de que podían sobrevivir a la empresa. Harvey avanzaba como si fuera invulnerable o lo protegiera un hechizo. Charlie, por su parte, temía morir a cada paso que daba, sensación que se incrementó cuando vio que el teniente saltaba por encima de la alambrada alemana y se abalanzaba sobre las trincheras enemigas como hacían los niños al divisar la meta cuando se celebraba alguna carrera en la escuela. Llegó a veinte metros de su objetivo antes de que lo derribara una lluvia de balas. Charlie, ahora en cabeza, empezó a disparar contra todos los alemanes que se atrevían a asomar la cabeza fuera de sus escondrijos.

Ignoraba lo que debería hacer a continuación, puesto que no sabía de nadie que hubiera llegado realmente a las trincheras enemigas, y pese a todo su adiestramiento le seguía pareciendo difícil disparar sobre la marcha. Cuando cuatro alemanes armados con fusiles se levantaron al unísono, supo que jamás despejaría esa incógnita. Disparó sin pensar contra el primero de ellos, que se desplomó en la trinchera, y ya no pudo hacer nada más salvo ver cómo los demás apuntaban. Oyó de súbito una andanada de disparos a su espalda, y los tres cadáveres alemanes cayeron como patitos de hojalata en una caseta de feria. Comprendió que el ganador del concurso de tiro al blanco todavía estaba de pie.

Se encontró de improviso en la trinchera enemiga, sosteniéndole la mirada a un soldado alemán, un joven aterrado que debía de tener menos años incluso que él. Le hundió la bayoneta en la boca tras vacilar tan solo un instante. A continuación desclavó la hoja, traspasó el corazón del muchacho con ella y reanudó la carrera. Lo precedían tres de sus hombres, persiguiendo a un adversario que pretendía batirse en retirada. En ese momento, Charlie divisó a Tommy por el flanco derecho, remontando una colina en pos de dos alemanes. Se perdió de vista entre los árboles y Charlie oyó un disparo solitario que se impuso al estruendo de la batalla. Cambió de dirección y se apresuró a llegar al bosque para socorrer a su amigo, pero una vez allí solo vio al soldado enemigo que yacía en el suelo y a Tommy avanzando ladera arriba tan deprisa como se lo permitían las piernas. Sin aliento, Charlie consiguió darle alcance cuando por fin se detuvo al amparo de un árbol.

—Has estado magnífico, Tommy —dijo Charlie mientras se ponía cuerpo a tierra a su lado.

—No tanto como ese oficial… ¿Cómo se llamaba?

—Harvey. El teniente Harvey.

—Al final su pistola nos ha salvado a los dos. —Tommy levantó el arma—. No se puede decir lo mismo de ese malnacido de Trentham.

—¿A qué te refieres?

—Huyó de las trincheras alemanas e intentó refugiarse corriendo en el bosque. Dos alemanes vieron al muy cobarde y lo persiguieron, así que yo los seguí a ellos. Me cargué a uno.

—¿Dónde está Trentham ahora?

—Por ahí arriba, en alguna parte —dijo Tommy, señalando a lo alto de la colina—. Escondiéndose del alemán que falta, sin duda.

Charlie dejó vagar la mirada a lo lejos.

—¿Qué hacemos ahora, mi cabo?

—Habrá que ir detrás de ese alemán y eliminarlo antes de que dé con el capitán.

—¿Y por qué no volvemos a la base y rezamos para que lo encuentre antes que yo?

Pero Charlie ya se había levantado y se dirigía a la colina.

Remontaron la pendiente despacio, parapetándose detrás de los árboles, aguzando la vista y el oído hasta llegar a la cima y a terreno descubierto.

—Ni rastro de ellos —susurró Charlie.

—Pues no. Será mejor que volvamos a ponernos detrás de las líneas, porque como nos pillen los alemanes, me extrañaría que nos invitaran a té con pastitas.

Charlie oteó los alrededores. Frente a ellos se divisaba una pequeña iglesia, parecida a las que habían visto durante la larga marcha desde Étaples al frente.

—Creo que deberíamos mirar en esa iglesia primero, pero sin correr riesgos innecesarios.

—¿Qué rayos crees que llevamos haciendo desde hace una hora? —replicó Tommy.

Paso a paso, palmo a palmo, se arrastraron por el terreno descubierto hasta llegar a la puerta de la sacristía. Charlie la abrió con cautela, esperando recibir una lluvia de balas, pero lo único que oyeron fue el chirriar de los goznes. Una vez dentro, Charlie se santiguó como hacía siempre su abuelo cuando entraban en la iglesia de St. Mary y St. Michael, en Jubilee Street. Tommy se encendió un cigarrillo.

Charlie permaneció alerta mientras inspeccionaba el pequeño edificio. Ya había perdido la mitad del tejado, cortesía de algún obús inglés o alemán, en tanto el resto de la nave y el pórtico se mantenían intactos.

Se descubrió hipnotizado por los mosaicos que cubrían los muros, diminutas teselas que formaban retratos a tamaño real. Recorrió muy despacio el perímetro, contemplando los siete discípulos que de momento habían sobrevivido a aquella guerra infernal.

Se puso de rodillas e inclinó la cabeza cuando llegó al altar, acordándose del padre O'Malley. Fue en ese preciso momento cuando la bala pasó silbando por su lado, impactó en el crucifijo de bronce y lo derribó con estruendo. Resonó un segundo disparo mientras Charlie se ponía a cubierto detrás del altar. Al asomarse, vio que un oficial alemán acababa de recibir un tiro en la sien y se desplomaba entre las cortinas de un confesionario para aterrizar sobre el suelo de piedra. Debía de haber muerto en el acto.

—Espero que le haya dado tiempo a confesar todos sus pecados —dijo Tommy.

Charlie salió gateando de detrás del altar.

—Por todos los santos…, no te muevas, mentecato. Hay alguien más en esta iglesia, y me da en la nariz que no se trata precisamente del todopoderoso.

Los dos oyeron un movimiento en el púlpito, sobre sus cabezas. Charlie se apresuró a refugiarse de nuevo detrás del altar.

—Soy yo —anunció una voz que reconocieron de inmediato.

—¿Y quién es «yo»? —preguntó Tommy, aguantándose la risa.

—El capitán Trentham. Así que haced lo que queráis, pero no disparéis.

—Pues deja que te veamos la cara y sal con las manos detrás de la cabeza para que podamos comprobar que estás diciendo la verdad —dijo Tommy, exprimiendo al máximo el apuro de su torturador.

Trentham se levantó lentamente en lo alto del púlpito y empezó a bajar los escalones de piedra con las manos en alto. Recorrió el pasillo en dirección al crucifijo caído, que yacía ahora frente al altar, pasó por encima del cadáver del oficial alemán y siguió caminando hasta llegar a la altura de Tommy, cuya pistola todavía le apuntaba directamente al corazón.

—Disculpe, señor. —Tommy bajó el arma—. Tenía que asegurarme de que no fuera un alemán.

—Que habla el inglés del rey —replicó con sarcasmo Trentham.

—Usted mismo nos previno en una de sus clases para que no cayéramos en esa treta —replicó Tommy.

—Menos cháchara, Prescott. ¿Y qué haces con la pistola de un oficial?

—Es la del teniente Harvey —intervino Charlie—. Se le cayó cuando…

—Se metió usted corriendo en el bosque —terminó la frase Tommy, que no perdía de vista a Trentham.

—Perseguía a dos alemanes que estaban intentando escapar.

—A mí me pareció que era al revés —dijo Tommy—. Y cuando volvamos, pienso contárselo a todo el que quiera escuchar.

—Sería tu palabra contra la mía —masculló Trentham—. En cualquier caso, los dos alemanes han muerto.

—Únicamente gracias a mí. Y tenga en cuenta que el cabo, aquí presente, también ha sido testigo de todo lo ocurrido.

—En tal caso —dijo Trentham, girándose para mirar a Charlie a los ojos—, sabrás que la versión correcta de los hechos es la mía.

—Lo único que sé es que deberíamos subir a esa torre y pensar en cómo volver a nuestras líneas, en vez de seguir perdiendo el tiempo aquí abajo.

El capitán asintió con la cabeza, se giró y se dirigió corriendo al fondo de la iglesia para subir por las escaleras de piedra que conducían a la seguridad de la torre. Charlie se apresuró a seguirlo. Los dos se apostaron en puntos opuestos del tejado para otear los alrededores; aunque Charlie aún podía oír los sonidos de la batalla, habría sido incapaz de decir quién llevaba la voz cantante desde el otro lado del bosque.

—¿Dónde se ha metido Prescott? —preguntó Trentham transcurridos unos minutos.

—No lo sé, señor —dijo Charlie—. Pensaba que venía detrás de mí.

Tommy tardó un momento en aparecer en lo alto de los escalones de piedra, con el *pickelhaube* del alemán muerto calado sobre la cabeza.

—¿Dónde estabas? —inquirió Trentham con suspicacia.

—Registrando el edificio de arriba abajo con la esperanza de encontrar algo que llevarme a la boca, pero no han dejado ni el vino de la eucaristía.

—Colócate ahí —le ordenó el capitán, indicando un arco sin cubrir todavía— y abre bien los ojos. Mantendremos la posición hasta que sea noche cerrada. Para entonces ya se me habrá ocurrido algún plan para llegar sanos y salvos tras nuestras líneas.

Los tres hombres dejaron vagar la mirada por la campiña francesa mientras la claridad se enturbiaba y daba paso a un gris que no tardó en volverse negro como la pez.

—¿No deberíamos pensar en irnos de aquí cuanto antes, capitán? —preguntó Charlie cuando ya llevaban más de una hora sentados en una oscuridad impenetrable.

—Nos iremos cuando yo lo diga —replicó Trentham—, no antes.

—Sí, señor. —Charlie se quedó sentado, aterido y con la mirada fija en las tinieblas, durante otros cuarenta minutos.

—De acuerdo, seguidme —dijo Trentham sin previo aviso. Se levantó, encabezó el descenso de los escalones de piedra y se detuvo en la entrada de la sacristía. Abrió la puerta con sumo cuidado. Charlie pensó que el chirrido de los goznes sonaba como una ametralladora que estuviera vaciando el cargador. Los tres escudriñaron la noche, y Charlie se preguntó si habría otro alemán ahí fuera, con el fusil amartillado, esperándolos. El capitán consultó su brújula—. Primero tenemos que intentar ponernos a cubierto entre esos árboles de ahí, en lo alto de la colina —susurró—. Después calcularé la ruta que nos permita llegar tras las líneas.

Charlie se fijó en la luna cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, pero, sobre todo, en el movimiento de las nubes.

—Todo es campo abierto hasta los árboles —continuó el capitán—, así que no nos podemos arriesgar a cruzar mientras la luna no se haya escondido. Después nos dirigiremos a la cima de la colina por separado. Prescott, cuando yo dé la orden, tú serás el primero.

—¿Yo?

—Sí, tú, Prescott. El cabo Trumper te seguirá en cuanto hayas llegado a los árboles.

—Y me imagino que usted cerrará la retaguardia, siempre y cuando tengamos la suerte de sobrevivir —dijo Tommy.

—No te pongas insubordinado conmigo, si no quieres vértelas con un consejo de guerra y terminar en el patíbulo por el que tendrías que haber pasado ya.

—Eso no ocurrirá sin testigos —replicó Tommy—. Otra cosa no, pero esa parte de las Regulaciones del Rey la entiendo muy bien.

—Cierra el pico, Tommy —le advirtió Charlie.

Aguardaron en silencio al amparo de la puerta de la sacristía, hasta que una sombra inmensa se deslizó con parsimonia por el camino de acceso hasta envolver por completo la iglesia y los árboles.

—¡Adelante! —El capitán le dio un golpecito en el hombro a Tommy, que salió disparado como un perro de presa al que le hubieran soltado la correa. Trentham y Charlie lo vieron correr por el terreno despejado hasta llegar al refugio de los árboles aproximadamente veinte segundos después.

La misma mano tamborileó sobre el hombro de Charlie y este se alejó a toda velocidad, más deprisa de lo que hubiera corrido en su vida, pese a ir cargado con el fusil en una mano y la

mochila a la espalda. Solo recuperó la sonrisa cuando hubo llegado a la altura de Tommy.

Los dos dirigieron la mirada hacia la posición del capitán.

—¿A qué diablos espera? —murmuró Charlie.

—Yo diría que a ver si nos pegan un tiro —refunfuñó Tommy mientras la luna volvía a despuntar en el cielo.

Aguardaron en silencio hasta que el resplandor circular se hubo perdido de vista detrás de otra nube, momento en el que el capitán por fin acudió corriendo a su encuentro.

Se detuvo junto a ellos y se quedó con la espalda apoyada en un árbol hasta recuperar el aliento.

—Bueno —susurró transcurridos unos instantes—, vamos a cruzar el bosque sin prisas, deteniéndonos cada pocos metros para ver si hay rastro del enemigo, usando los árboles como parapeto. Recordad, no mováis ni un músculo cuando salga la luna, y no abráis la boca si no es para responder a cualquier pregunta que yo os haya hecho.

Los tres empezaron a bajar por la colina con paso furtivo, pasando de un árbol a otro, pero nunca más que unos pocos metros de golpe. Hasta ese momento, Charlie ignoraba que uno pudiera estar tan atento al menor ruidito desconocido. Tardaron algo más de una hora en llegar al pie de la ladera, donde hicieron un alto. Frente a ellos solo se distinguía una vasta extensión de suelo baldío y expuesto.

—La tierra de nadie —murmuró Trentham—. Eso significa que tendremos que cubrir el resto de la distancia arrastrándonos. —Dicho lo cual, echó cuerpo a tierra en el fango—. Yo iré delante. Trumper, detrás de mí. Prescott cerrará la retaguardia.

—Bueno, por lo menos eso demuestra que sabe adónde va —susurró Tommy—. Seguro que ya ha calculado exactamente de dónde van a venir las balas y a quién es más probable que le acierten primero.

Muy despacio, palmo a palmo, los tres avanzaron reptando por los ochocientos metros de tierra de nadie que los separaba de la línea del frente aliado, aplastando la cara contra el barro cada vez que la luna reaparecía entre los caprichosos pliegues del manto de nubes que la ocultaba la mayor parte del tiempo.

Aunque Charlie podía ver a Trentham delante de él en todo momento, Tommy estaba tan callado a su espalda que de vez en cuando tenía que mirar atrás para asegurarse de que su amigo estuviera allí todavía. Cuando la preocupación amenazaba con abrumarlo, la sonrisa radiante Tommy lo tranquilizaba.

En la primera hora cubrieron tan solo cien metros. A Charlie no le habría importado que el cielo estuviera aún más nublado. Las balas perdidas que volaban sobre sus cabezas procedentes de ambas trincheras se aseguraban de mantenerlos pegados al suelo. Charlie no paraba de escupir barro, y en una ocasión llegó incluso a encontrarse de frente con un soldado enemigo. El alemán no parpadeó, afortunadamente, puesto que ya estaba muerto.

Otro palmo, otro metro…, continuaron arrastrándose por aquel fango frío y mojado que seguía sin ser tierra de nadie. De repente, Charlie oyó un chillido agudo a su espalda. Se giró con la intención de reconvenir a Tommy, tan solo para ver una rata del tamaño de una liebre que yacía inerte entre sus piernas. Tommy le había ensartado el vientre con la bayoneta.

—Me parece que te había echado el ojo, mi cabo. No sería por el sexo, si hay que creerse lo que Rose va contando por ahí, así que me imagino que estaría pensando más bien en la cena.

Charlie se tapó la boca con las manos por temor a que sus carcajadas alertaran a los alemanes.

La luna salió de detrás de una nube e iluminó el terreno despejado de nuevo. Los tres se enterraron en el lodazal una vez más y esperaron hasta que otra nube pasajera les permitió avanzar otros pocos metros. Dos horas más tarde llegaron por fin al perímetro de alambre de espino que sus tropas habían erigido para contener a los alemanes.

Ya a la altura de la espinosa barrera, Trentham cambió de dirección y empezó a reptar a lo largo del lado alemán de la alambrada, buscando cualquier posible hueco que les permitiera ponerse a cubierto. Recorrieron ochenta metros más, que a Charlie se le antojaron ochenta kilómetros, antes de que el capitán localizara un paso diminuto por el que colarse. Ya solo los separaban cincuenta metros de la seguridad de sus líneas.

A Charlie le sorprendió que el capitán aminorase la marcha hasta el punto de permitirle tomar la delantera.

—Que me aspen —jadeó sin aliento el muchacho cuando otro claro de luna iluminó el barrizal como un foco sobre el escenario y les permitiera ver que se habían quedado inmóviles al equivalente de una calle escasa de su objetivo. Tras desaparecer de nuevo el resplandor plateado, Charlie reanudó la marcha a paso de tortuga, más preocupado ahora por recibir algún balazo perdido de su propio bando que por el fuego enemigo. Oyeron voces por fin, palabras inglesas. Jamás se hubiera imaginado que llegaría el día en que iba a alegrarse de ver aquellas trincheras.

—¡Lo conseguimos! —exclamó Tommy, tan entusiasmado que hasta los alemanes debieron de oírlo. Charlie volvió a enterrar la cara en el suelo.

—¿Quién va? —inquirió un centinela por toda respuesta. Charlie oyó fusiles que se amartillaban de un lado a otro de las trincheras ahora que los hombres aletargados estaban volviendo rápidamente a la vida.

—El capitán Trentham, el cabo Trumper y el soldado Prescott de los fusileros reales —anunció Charlie alto y claro.

—¿Santo y seña? —preguntó la voz.

—Ay, Dios, ¿cuál era…?

—Caperucita Roja —replicó Trentham tras ellos.

—Avanzad para que os veamos la cara.

—Prescott primero —dijo Trentham, y Tommy se puso de rodillas antes de continuar avanzando lentamente hacia sus trincheras. Charlie oyó el silbido de una bala a su espalda, y un momento después vio horrorizado que Tommy se desplomaba de bruces y se quedaba inerte en el fango.

Charlie miró atrás, en la penumbra, y Trentham dijo:

—Sucios boches. Agacha la cabeza si no quieres que te hagan lo mismo.

Charlie ignoró la orden y se arrastró rápidamente hasta el cuerpo prostrado de su amigo. Rodeó los hombros de Tommy con un brazo cuando hubo llegado a su lado.

—Ya solo faltan veinte metros —le dijo—. Hombre herido —susurró proyectando la voz hacia las trincheras.

—Prescott, no te muevas mientras brille la luna en el cielo —resonó a su espalda la orden de Trentham.

—¿Cómo estás, compañero? —preguntó Charlie mientras intentaba descifrar la expresión de su amigo.

—He tenido días mejores, la verdad —dijo Tommy.

—Vosotros dos, silencio —les chistó Trentham.

—Esa bala no era alemana, por cierto —jadeó Tommy mientras un hilo de sangre empezaba a manar de sus labios—. Así que asegúrate de que acabar tú con ese malnacido si yo no tengo oportunidad.

—Saldrás de esta —le aseguró Charlie—. Tommy Prescott no se dejaría matar por nada ni nadie.

Un inmenso nubarrón surcaba el firmamento cuando acudió corriendo a su encuentro un grupo de hombres, incluidos dos miembros de la Cruz Roja que portaban una camilla. La soltaron junto a Tommy y tiraron de él hasta depositarlo encima de la lona antes de regresar a la trinchera a paso ligero. De las líneas alemanas surgió otra lluvia de balas.

Una vez a salvo en el parapeto, los enfermeros soltaron la camilla de golpe en el suelo.

—¡Llevadlo al hospital de campaña! —les gritó Charlie—. ¡Por todos los santos, daos prisa!

—No tendría mucho sentido, mi cabo —dijo uno de los camilleros—. Ya ha muerto.

5

—El cuartel general sigue esperando su informe, Trumper.

—Ya lo sé, sargento. Lo sé.

—¿Entonces cuál es el problema, muchacho? —preguntó el sargento portaestandarte, lo que Charlie tradujo para sus adentros como un: «¿Es que no sabes escribir?».

—Ningún problema, sargento.

Dedicó la hora siguiente a plasmar meticulosamente sus pensamientos sobre el papel, borrador que después utilizó para redactar un informe conciso de lo acontecido el 18 de julio de 1918 durante la segunda batalla del Marne.

Charlie leyó y releyó su insignificante tributo, consciente de que, aunque exaltaba el valor demostrado por Tommy en combate, omitía toda mención a la huida de Trentham frente al enemigo. La verdad sin ambages era que no había podido ver con sus propios ojos lo que ocurría a su espalda. Quizá se hubiera formado su propia opinión, pero sabía que cualquier tribunal militar la desestimaría como testimonio. Y en cuanto a la muerte de Tommy, ¿qué pruebas había de que aquella bala perdida, una más entre tantas, realmente hubiera salido de la pistola del capitán Trentham? Aunque Tommy tuviese razón en ambos casos y Charlie coincidiera con su opinión, sería su palabra contra la de un alto mando de noble cuna.

Lo único que podía hacer era asegurarse de que su pluma no elogiara a Trentham bajo ninguna circunstancia por la conducta exhibida en el campo de batalla aquel día. Sintiéndose como un traidor, Charlie plasmó su firma al pie de la segunda hoja antes de entregarle el informe al oficial administrativo.

Esa misma tarde, el sargento de guardia le concedió una hora para cavar la fosa en la que habrían de enterrar al soldado Prescott. Cuando acabó, arrodillado junto a la tumba, maldijo a los responsables de uno y otro bando que habían hecho posible esa guerra.

El capellán entonó las palabras «cenizas a las cenizas, polvo al polvo» antes de que sonara el último toque fúnebre de corneta. A continuación, el equipo de enterradores se desplazó a la derecha para cavar la tumba de otro soldado. Cien mil hombres se habían dejado la vida en el Marne. Charlie ya no estaba dispuesto a aceptar que la victoria valiera ese precio.

Se sentó con las piernas cruzadas al pie de la tumba, ajeno al paso del tiempo mientras utilizaba su bayoneta para tallar una cruz. Cuando hubo terminado, se incorporó y la colocó encima del montículo. En el centro del crucifijo había grabado las palabras: «Soldado Tommy Prescott».

Una luna neutral regresó aquella noche para iluminar un millar de tumbas recién excavadas, y Charlie le juró a cualquier dios que se dignara escucharlo que no olvidaría nunca a su padre ni a Tommy; ni al capitán Trentham, ya puestos.

Se quedó dormido entre sus camaradas. El toque de diana lo despertó al alba, y tras visitar por última vez la tumba de Tommy volvió con su pelotón para que le informaran de que el

comandante pensaba dirigirse a las tropas a las nueve.

Una hora después estaba en posición de firmes, ocupando su puesto en el reducido cuadrado que formaban los supervivientes de la batalla. El coronel Hamilton les comunicó a sus hombres que el primer ministro había descrito la segunda batalla del Marne como la mayor victoria en la historia de la guerra. Charlie se descubrió incapaz de sumar su voz al coro de vítores que entonaron sus camaradas.

—Ha sido una jornada en la que podéis sentiros honrados y orgullosos de formar parte de los fusileros reales —continuó el coronel, con el monóculo firmemente encajado en su sitio. El regimiento había obtenido una Cruz Victoria, seis Cruces Militares y nueve Medallas Militares por su participación en esa batalla. Charlie asistió con indiferencia a la ceremonia de condecoración hasta que oyó el nombre del teniente Arthur Harvey, quien, en palabras del coronel, había comandado la carga del pelotón número once hasta las mismísimas trincheras alemanas, lo que había permitido que quienes marchaban detrás de él prosiguieran su asalto y traspasaran las defensas del enemigo. Por ese motivo, se le concedía la Cruz Militar a título póstumo.

Un momento después Charlie oyó que el coronel pronunciaba el nombre del capitán Guy Trentham. Este intrépido oficial, le aseguró el coronel a todo el regimiento, sin pensar en su propia seguridad, había continuado el ataque después de que el teniente Harvey cayera abatido, matando a varios soldados alemanes antes de alcanzar sus trincheras, donde había acabado con una unidad enemiga completa sin ayuda de nadie. Tras cruzar las líneas enemigas, procedió a perseguir a dos alemanes hasta una arboleda cercana y consiguió matarlos a ambos antes de rescatar a dos fusileros capturados a los que condujo a la seguridad de las trincheras aliadas. Por su extraordinario gesto de valentía, al capitán Trentham se le otorgaba la Cruz Militar.

Trentham dio un paso al frente y los soldados lo jalearon mientras el coronel sacaba una cruz de plata de su estuche de cuero antes de colgarle la medalla en el pecho.

A continuación se anunciaron los nombres de un sargento mayor, tres sargentos, dos cabos y cuatro soldados, cuyos actos de heroísmo se enumeraron por turnos. Sin embargo, solo uno de ellos dio un paso al frente para recibir su condecoración.

—Entre los que no pueden estar hoy con nosotros —prosiguió el coronel— se cuenta un joven que siguió al teniente Harvey hasta las trincheras enemigas y acabó con cuatro, quizá cinco soldados alemanes antes de perseguir y abatir a otro, hasta eliminar por fin a un oficial alemán antes de sucumbir trágicamente a su vez por culpa de una bala perdida cuando solo lo separaban unos metros escasos de la seguridad de sus propias trincheras.

Los reunidos prorrumpieron en vítores una vez más.

El acto se dio por concluido instantes después. Mientras los demás volvían a sus tiendas, Charlie caminó despacio por detrás de las líneas hasta llegar al cementerio improvisado.

Se arrodilló junto al montículo que ya había visitado antes y, tras titubear un momento, arrancó el crucifijo que había plantado en la tumba.

Charlie agarró el cuchillo que colgaba de su cinturón y grabó las letras MM junto al nombre de Tommy Prescott.

Dos semanas más tarde, mil hombres que entre todos sumaban mil piernas, mil brazos y mil ojos recibieron la orden de volver a casa. Tenía instrucciones para acompañarlos el sargento Charles

Trumper de los fusileros reales, quizá porque no se sabía de nadie más que hubiera participado en tres cargas sobre las líneas enemigas y viviese para contarlo.

La alegría y el entusiasmo que demostraban por seguir con vida únicamente conseguía que Charlie se sintiera aún más culpable. Al fin y al cabo, él solo había perdido un dedo del pie. Durante el trayecto de vuelta por mar, tierra y aire ayudó a los hombres a vestirse, lavarse, comer y caminar sin remolonear ni quejarse.

En los muelles de Dover los recibió una multitud deseosa de dar la bienvenida a sus héroes. Había trenes preparados para transportarlos a cualquier rincón del país, por lo que durante el resto de sus vidas podrían recordar aquellos efímeros instantes de honor, incluso de gloria. A Charlie no, sin embargo. Sus papeles solo indicaban que tenía que desplazarse a Edimburgo, donde debería participar en el adiestramiento de la siguiente remesa de reclutas destinados al frente occidental.

A las once de la mañana del 11 de noviembre de 1918 cesaron las hostilidades y una nación agradecida guardó silencio durante tres minutos mientras se firmaba el armisticio en un vagón de ferrocarril en el bosque de Compiègne. Charlie se enteró de la noticia cuando estaba entrenando con unos reclutas novatos en el campo de tiro de Edimburgo. Hubo quienes no ocultaron su desilusión por verse privados de la oportunidad de verse las caras con el enemigo.

La guerra había terminado y el imperio había salido victorioso…, o al menos así presentaban los políticos el resultado del enfrentamiento entre Gran Bretaña y Alemania.

—Más de diez millones de hombres han dado la vida por su país, muchos de ellos todavía en edad de crecer —escribió Charlie en una carta a su hermana Sal—. ¿Y qué ha ganado cualquiera de los dos bandos con semejante carnicería?

Sal le respondió para hacerle saber lo agradecida que se sentía porque él siguiera con vida y añadió que se había prometido con un piloto de Canadá.

—Planeamos casarnos dentro de unas semanas y nos iremos a Toronto para vivir con sus padres. La próxima vez que recibas una carta mía será desde la otra punta del mundo.

»Grace todavía está en Francia, pero espera regresar al hospital de Londres alrededor de Año Nuevo. La han nombrado enfermera de sala. Me imagino que ya sabrás que su cabo galés enfermó de neumonía. Falleció pocos días después de que se firmara el acuerdo de paz.

»Kitty desapareció de la faz de la tierra y reapareció en Whitechapel sin previo aviso con un hombre al volante de un coche. Ni el vehículo ni él daban la impresión de ser suyos, pero parecía encantada de la vida.

»P.D.: ¿Dónde piensas vivir cuando vuelvas al East End?

Charlie no supo cómo interpretar la posdata de su hermana.

El sargento Charles Trumper fue relevado del servicio activo el 20 de febrero de 1919, uno de los primeros: el dedo mutilado por fin había servido para algo. Dobló su uniforme, dejó el casco encima y las botas a los lados, cruzó el campo de prácticas y se lo entregó todo al intendente.

—Casi no lo reconozco, sargento, con esa gorra y el traje. Se ve que ya no es de su talla, ¿eh? Habrá crecido en su estancia con los fusileros.

Charlie bajó la mirada y comprobó el largo de sus pantalones, que ahora colgaban un par de centímetros por encima de los cordones de las botas.

—Habré crecido en mi estancia con los fusileros —repitió, sopesando las palabras.

—Seguro que su familia se alegra de volver a verlo vestido de civil.

—Lo que quede de ella —replicó Charlie mientras se giraba para marcharse. Su último cometido consistía en presentarse en el despacho del encargado de las finanzas para recibir su último cheque y un bono de viaje antes de despedirse para siempre de los chelines del rey.

—Trumper, al oficial administrativo le gustaría tener unas palabras contigo —dijo el sargento mayor cuando Charlie hubo completado la que daba por sentado que sería su última orden.

Sus superiores habían sido siempre el alférez Makepeace y el teniente Harvey, pensó Charlie mientras cruzaba de nuevo el campo de prácticas en dirección a las oficinas de la compañía. Y ahora, un novato bisoño que ni siquiera había entrado en combate con el enemigo tenía la desfachatez de intentar ocupar su lugar.

Charlie se disponía a saludar al teniente cuando recordó que ya no iba vestido de uniforme, por lo que se limitó a quitarse la gorra.

—¿Quería usted verme, señor?

—Sí, Trumper, se trata de un asunto personal. —El joven oficial apoyó una mano en la caja de gran tamaño que había encima de su mesa. Charlie no alcanzaba a ver qué había dentro—. Parece ser, Trumper, que su amigo el soldado Prescott dejó escrito un testamento en el que se lo legaba a usted todo.

Charlie no pudo disimular su sorpresa mientras el teniente empujaba la caja en su dirección.

—¿Tendría la amabilidad de inspeccionar su contenido y firmar este documento antes de llevárselo?

Le pusieron otro formulario delante. Sobre el nombre mecanografiado del soldado Thomas Prescott había un párrafo escrito con grandes letras mayúsculas. Debajo se había garabateado una X. El sargento mayor Philpott constaba como testigo de la firma.

Charlie empezó a sacar los objetos de la caja uno por uno. La armónica de Tommy, oxidada y desportillada; siete libras con once chelines y seis peniques de su asignación, más el casco de un oficial alemán. A continuación, Charlie sacó una cajita de cuero y levantó la tapa para descubrir la Medalla Militar de Tommy y las sencillas palabras «Por su valor demostrado en el campo de batalla» impresas al dorso. Sacó la medalla y la sostuvo en la palma de la mano.

—Seguro que era un chico valiente, ese Prescott —dijo el teniente—. Buena gente y todo eso.

—Y todo eso —convino Charlie.

—¿También era religioso?

—No, no se puede decir que lo fuera —replicó Charlie, permitiéndose esbozar una sonrisa—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por la estampita —dijo el teniente, señalando la caja. Charlie se agachó y descubrió con incredulidad una imagen de la Virgen María con el Niño Jesús. Debía de medir unos veinte centímetros de lado y el marco era de teca negra. Sacó el retrato y lo sostuvo en las manos.

Mientras admiraba los intensos rojos, morados y azules que dominaban la figura central de la imagen lo asaltó la certeza de haberla visto antes, en alguna parte. Tardó un momento en devolver el pequeño óleo a la caja junto con las demás pertenencias de Tommy.

Charlie se puso la gorra y se giró dispuesto a marcharse con la caja debajo de un brazo, un paquete de papel de estraza en la otra y un billete para Londres en el bolsillo de la pechera.

Salió del barracón para dirigirse a la estación con paso marcial, preguntándose cuánto tardaría

en volver a caminar como una persona normal. Se detuvo a la altura de la garita y se dio la vuelta para contemplar el campo de prácticas por última vez. Un pelotón de nuevos reclutas desfilaba de un lado a otro al compás que marcaba un instructor también nuevo, el cual los dirigía con el mismo empeño que demostraba el difunto sargento mayor Philpott en impedir que la nieve llegara a cuajar en el suelo.

Charlie le dio la espalda al campo de prácticas y emprendió su viaje a Londres. Tenía diecinueve años y parecía que fue ayer cuando aceptó servir a las órdenes del rey; ahora, sin embargo, medía varios centímetros más, se afeitaba y había estado a punto incluso de perder la virginidad.

Había cumplido con su deber, y por lo menos en una cosa estaba dispuesto a darle la razón al primer ministro. Era indudable que había participado en la madre de todas las guerras.

El tren nocturno procedente de Edimburgo estaba repleto de hombres uniformados que observaban con suspicacia al Charlie vestido de civil; para ellos era alguien que aún no había servido a su patria, o peor aún, un objetor de conciencia.

—Seguro que lo llaman a filas no dentro de mucho —le dijo un cabo a su compañero en el extremo opuesto del vagón, susurrando para que todos lo oyeran. Charlie sonrió, pero no hizo ningún comentario.

Durmió a intervalos, pensando con ironía que le habría resultado más fácil descansar en una trinchera húmeda y embarrada con las ratas y las cucarachas por toda compañía. Cuando el tren se detuvo en la estación de King's Cross, a las siete de la mañana siguiente, tenía el cuello anquilosado y le dolía la espalda. Se estiró antes de recoger su paquete de papel junto con las posesiones de Tommy.

En la estación compró un sándwich y una taza de té. Se sorprendió cuando la chica le pidió tres peniques.

—Dos para los que van de uniforme —se le informó con indisimulado desdén. Charlie apuró el té sin rechistar y salió de la estación.

Aunque en las calles había más bullicio y actividad de lo que él recordaba, se subió con confianza a un tranvía con la palabra «Ciudad» impresa en la parte delantera. Se sentó en un banco de madera desocupado y se preguntó con qué cambios se encontraría cuando llegara al East End. ¿Iría viento en popa su negocio o serviría únicamente para cubrir gastos? ¿Lo habrían traspasado? ¿Estaría en quiebra? ¿Y qué habría sido del carro más grande del mundo?

Se apeó de un salto en Poultry, decidido a recorrer a pie el último trecho. Apretó el paso conforme cambiaban los acentos que lo rodeaban; los caballeros de la ciudad, con sus largos abrigos negros y sus bombines dieron paso a profesionales con trajes oscuros y sombreros de fieltro que fueron sustituidos a su vez por jóvenes de rudo aspecto, atuendo mal conjuntado y gorra calada hasta los ojos hasta que Charlie llegó por fin al East End, donde incluso los canotiés habían caído en desuso entre los menores de treinta.

Cerca ya de Whitechapel Road, Charlie se detuvo para contemplar el bullicio que reinaba en los alrededores. Lo adelantaban en todas direcciones ganchos de carne, carros de hortalizas, bandejas de pasteles y jarras de té.

Pero ¿qué habría sido de la panadería y del puesto de su abuelo? ¿Seguirían estando en correcto estado? Se bajó la visera sobre la frente y se adentró en el mercado.

Una vez en la esquina de Whitechapel Road, lo primero que pensó fue que se había equivocado de sitio. En vez de la panadería que esperaba encontrar, lo que vio fue el negocio de un sastre que respondía al nombre de Jacob Cohen. Pegó la nariz al escaparate y no reconoció a ninguno de los empleados. Giró sobre los talones para contemplar el puesto ocupado durante casi un siglo por el carretón de Trumper, el mercader respetable, pero allí solo había un grupo de muchachos que intentaban entrar en calor en torno a las brasas de un vendedor de castañas asadas que las ofrecía a un penique la bolsa. Charlie se desprendió de la cantidad indicada y recibió su porción sin que nadie lo mirara dos veces. Quizá Becky le hubiera hecho caso y lo hubiera vendido todo, pensó mientras salía de la plaza para recorrer Whitechapel Road, donde al menos tendría ocasión de hablar con alguna de sus hermanas, descansar y ordenar las ideas.

Al llegar al número 112 le complació comprobar que la puerta principal lucía una mano de pintura reciente. Bendita fuera Sal. La abrió y se dirigió directamente al salón, donde se topó de bruces con un gordinflón a medio afeitar, vestido con chaleco y pantalones, que blandía una navaja abierta en la mano.

—¿Y tú qué te propones? —preguntó el desconocido, que levantó la navaja sin que le temblase la mano.

—Vivo aquí —dijo Charlie.

—Y una porra. Hace seis meses que me hice cargo de este vertedero.

—Pero…

—Nada de peros. —Sin previo aviso, el hombre le pegó un empujón en el pecho y lo mandó de nuevo a la calle. La puerta retumbó contra el marco a su espalda, y Charlie oyó girar la llave en la cerradura. Sin saber muy bien qué hacer a continuación, empezaba a desear no haber vuelto a casa.

—Hola, Charlie —sonó una voz detrás de él—. Porque tú eres Charlie, ¿verdad? Al final resulta que no estabas muerto.

Se giró para ver a la señora Shorrocks junto a la puerta de su vivienda.

—¿Muerto?

—Sí —insistió la señora Shorrocks—. Kitty nos contó que te habían matado en el frente occidental y que por eso tenía que vender el 112. Hace ya meses de eso…, no la he vuelto a ver desde entonces. ¿No te había informado nadie?

—A mí nadie me ha informado de nada, no —dijo Charlie, alegrándose al menos de haber encontrado por fin a alguien que lo conocía. Observó a su antigua vecina, que parecía cambiada.

—¿Te apetece almorzar algo, chico? Se te ve famélico.

—Gracias, señora Shorrocks.

—Acababa de comprar una ración de pescado con patatas en la tienda de Dunkley. Seguro que recuerdas lo bueno que está. Por tres peniques, un buen trozo de bacalao empapado en vinagre y una bolsa llena de guarnición.

Charlie entró en el número 110 detrás de la señora Shorrocks, la siguió hasta su diminuta cocina y se dejó caer de golpe en una silla de madera.

—¿No sabrá usted qué ha pasado con mi carreta o con el negocio de Dan Salmon?

—La señorita Rebecca vendió las dos cosas. Hará cosa de nueve meses o más…, poco después de que te fueras al frente, ahora que lo pienso. —La señora Shorrocks colocó la bolsa de patatas y el pescado encima de una hoja de papel en el centro de la mesa—. Para ser justos, Kitty

nos contó que te habían dado por muerto en el Marne. Para cuando nos enteramos de la verdad, ya era demasiado tarde.

—Preferiría haber muerto allí —dijo Charlie—, después de ver lo que estaba esperándome en casa.

—Bueno, tampoco hay que ponerse así. —La señora Shorrocks se abrió una botella de cerveza, le pegó un trago y se la pasó a Charlie—. Tengo entendido que últimamente hay un montón de carretas en venta, algunas todavía a precio de saldo.

—Me alegra oír eso, pero antes tendría que hablar con la Ricachona. En estos momentos ando algo escaso de capital propio. —Hizo una pausa para probar el pescado—. ¿No sabrá usted adónde ha ido?

—Hace tiempo que no se deja ver por aquí, Charlie. Siempre fue demasiado estirada para nosotros, aunque le oí mencionar a alguien que Kitty había ido a verla a la universidad de Londres.

—Conque a la universidad, ¿eh? Bueno, pues está a punto de descubrir que Charlie Trumper sigue vivito y coleando, por muy estirada que se ponga. Y más le vale tener una historia convincente para explicarme qué ha pasado con mi parte del dinero.

El muchacho se levantó de la mesa y recogió sus pertenencias, si bien dejó las dos últimas patatas para la señora Shorrocks.

—¿Te apetece que abra otra botella, Charlie?

—No puedo entretenerme ahora, señora Shorrocks. Pero gracias por la cerveza y por la pitanza…, y salude de mi parte al señor Shorrocks.

—¿A Bert? ¿No te has enterado? Pobre hombre, se lo llevó un infarto hará ya más de seis meses. Mira que lo echo de menos. —Fue entonces cuando Charlie comprendió cuál era el cambio que se había operado en su antigua vecina: de los ojos hinchados y los moratones ya no quedaba ni rastro.

Salió de la casa y se dispuso a buscar la universidad de Londres para ver si conseguía localizar a Rebecca Salmon. ¿Habría seguido las indicaciones que le dejó por si fallecía en el frente y dividido los beneficios de la venta entre sus tres hermanas? Sal, ahora en Canadá; Grace, todavía en alguna parte de Francia; y Kitty, Dios sabía dónde. De ser así, él no dispondría de ningún capital con el que empezar de nuevo, salvo por la paga de Tommy y el puñado de libras que representaban todos sus ahorros. Le preguntó al primer policía que vio por dónde se iba a la universidad y el hombre lo mandó en dirección a la Strand. Tuvo que caminar casi otro kilómetro antes de llegar a un arco de piedra cuya clave contenía las palabras cinceladas: KING'S COLLEGE. Pasó por debajo y llamó a una puerta cuyo letrero prometía «Información»; una vez dentro, le preguntó al hombre que estaba detrás del mostrador si había alguna Rebecca Salmon matriculada en la escuela. El hombre consultó una lista y sacudió la cabeza.

—Aquí no —dijo—. Pero podrías preguntar en el registro universitario de Malet Street.

Después de que el tranvía le costase otro penique, Charlie empezaba a preguntarse dónde iba a pasar la noche.

—¿Rebecca Salmon? —dijo el hombre que atendía el registro universitario. Llevaba puesto un uniforme de cabo—. No me suena. —Sacó un directorio enorme de debajo del mostrador para buscar el nombre—. Ah, pues sí, aquí está. Escuela de Bedford, Historia del Arte. —No fue capaz de disimular el desprecio que destilaba su voz.

—No constará ahí su dirección, ¿verdad, cabo?

—Muchacho, pasa un tiempo en el ejército antes de dirigirte a mí como cabo —replicó el veterano—. Cuanto antes te alistes, mejor, de hecho.

Charlie, que ya había aguantado bastantes desaires por un día, estalló de repente.

—Sargento Trumper, número 7312087. Lo llamaré cabo y usted se dirigirá a mí como sargento. ¿Ha quedado claro?

—Sí, mi sargento —dijo el cabo, poniéndose firme de súbito.

—Y ahora, la dirección.

—Se aloja en el 97 de Chelsea Terrace, sargento.

—Gracias. —Charlie dejó al sobresaltado exmilitar mirándolo fijamente y se dispuso a cruzar Londres de nuevo.

Agotado, se apeó por fin de un tranvía en la esquina de Chelsea Terrace poco después de las cuatro. ¿Habría llegado Becky antes que él, se preguntó, o solamente iría allí a dormir?

Recorrió la carretera familiar admirando todos aquellos negocios de los que alguna vez había soñado con ser propietario. El número 131: antigüedades, una tienda llena de muebles de caoba, mesas y sillas de exquisito acabado. El número 133: ropa de mujer y calcetería parisina, con prendas expuestas en el escaparate que, en opinión de Charlie, ningún hombre debería mirar. El número 135: carnes rojas y aves colgadas al fondo del local, tan apetitosas que por un momento Charlie estuvo a punto de olvidar la escasez de alimentos que padecía el país. En el número 139 había abierto un restaurante que se llamaba Mr. Scallini; se preguntó si la cocina italiana llegaría a cuajar en Londres alguna vez.

El número 141: una librería antigua y mohosa, con telarañas y sin un solo cliente a la vista. El 143: un taller de ropa a medida en el que, según rezaba el letrero pintado en el escaparate, el caballero más exigente encontraría los trajes, chalecos, camisas y cuellos que mejor le quedaran. El 145: pan recién horneado, capaz de arrastrarlo a uno hasta el interior de la tienda solo con la fragancia que emanaba de ella. Contempló la calle de un extremo a otro con incredulidad, fijándose en las mujeres elegantemente vestidas que acometían sus quehaceres diarios como si jamás se hubiera librado una guerra mundial. Como si nadie les hubiera hablado de las cartillas de racionamiento.

Charlie se detuvo frente al 147 de Chelsea Terrace. Se le escapó un suspiro de asombro ante lo que veían sus cansados ojos: hileras y más hileras de frutas y verduras que él se habría sentido orgulloso de vender. Dos chicas de buen aspecto, vestidas con sendos delantales verdes, y un joven con mejor aspecto todavía esperaban listos para atender al cliente.

Charlie dio un paso atrás y contempló el nombre que se podía leer en lo alto de la tienda. Lo recibió un cartel impreso en caracteres azules sobre fondo dorado que rezaba: «Charlie Trumper, el mercader respetable, casa fundada en 1823».

BECKY

1918-1920

6

—De 1480 a 1532 —dijo el profesor.

Repasé los apuntes para comprobar que hubiera anotado bien las fechas, consciente de que no había estado muy concentrada. Era la última clase de la jornada y yo solo podía pensar en volver a Chelsea Terrace.

El artista del que tocaba hablar esa tarde era Bernardino Luini. Yo ya había tomado la decisión de escribir mi tesis sobre la figura de ese pintor milanés, subestimado para mi gusto. Milán…, otro motivo para alegrarse de que la guerra hubiera terminado por fin. Ahora podía planear algún viaje a Roma, Florencia, Venecia y también Milán, por supuesto, para estudiar de cerca la obra de Luini. Miguel Ángel, da Vinci, Bellini, Caravaggio, Bernini…, la mitad de los tesoros artísticos del mundo reunidos en un solo país y yo aún no había conseguido ir más allá de los muros del Victoria y Albert.

A las cuatro y medio sonó el timbre que anunciaba el fin de las clases. Cerré los libros mientras el profesor Tilsey se dirigía a la puerta. Me daba un poco de pena el anciano, rescatado de la jubilación únicamente porque casi todos los profesores más jóvenes se habían ido a luchar al frente occidental. La muerte de Matthew Makepeace, el hombre que debería haberse encargado de la lección esa tarde, «uno de los intelectos más prometedores de su generación», en palabras del veterano profesor, representaba «una pérdida incalculable tanto para el departamento como para el conjunto de la universidad». Yo no podía por menos de estar de acuerdo con él: Makepeace era una de las pocas autoridades sobre Luini reconocidas en Inglaterra. Aunque solo había asistido a tres de sus clases antes de que se alistase para ir a Francia… Me parecía injusto que alguien así hubiera terminado sus días desplomado sobre una alambrada en alguna parte de Francia, acribillado por las balas alemanas.

Estaba cursando mi primer año en Bedford y era como si nunca tuviese tiempo para nada. Necesitaba desesperadamente que Charlie regresara y se hiciese cargo del negocio. Le había escrito a Edimburgo cuando estaba en Bélgica, a Bélgica cuando estaba en Francia, y a Francia justo cuando él ya había vuelto a Edimburgo. Los carteros del rey no eran capaces de seguir su ritmo, y yo ya no quería que Charlie se enterara de cuáles eran mis planes antes de poder ver su reacción con mis propios ojos.

Jacob Cohen había prometido encargarse de que Charlie se dirigiera a Chelsea en cuanto apareciera por Whitechapel Road. Yo no veía el momento.

Recogí mis libros y los metí en la vieja cartera escolar, la que me había regalado Tata, mi padre, cuando me dieron la beca para estudiar en St. Paul. Las iniciales que tan orgullosamente había estampado en la parte delantera ya estaban borrosas y la correa de cuero se había desgastado casi por completo, por lo que desde hacía algún tiempo me había acostumbrado a cargar con ella bajo el brazo: Tata jamás se habría planteado siquiera la posibilidad de comprarme una nueva mientras a la antigua todavía le quedara por lo menos un día de vida.

Qué estricto había sido siempre Tata conmigo cuando yo era pequeña; hasta me había pegado con el cinturón en un par de ocasiones: una por llevarme unos cuantos panecillos; o bollitos, como los llamaba mi madre, sin que él se enterara (no le importaba que me llevara cosas de la tienda, siempre y cuando antes le hubiera pedido permiso) y otra por decir «maldición» cuando me corté el dedo pelando una manzana. Aunque mi educación no era judía (mi madre no lo habría consentido), mi padre no renunciaba a transmitirme los mismos valores con los que se había criado y no estaba dispuesto a tolerar mi «inaceptable conducta», como él la calificaba, bajo ningún concepto.

Habrían de pasar muchos años antes de que me enterase de las restricciones que había aceptado Tata cuando le pidió la mano a mi madre, católica romana. La adoraba y jamás se quejó en mi presencia de tener que ir a la sinagoga sin su compañía. Aunque la expresión «matrimonio mixto» nos pueda parecer anticuada hoy en día, el sacrificio debió de ser considerable para ambos a comienzos de siglo.

Me gustó St. Paul desde el primer día que entré por sus puertas, en parte supongo que porque nadie se metía conmigo por mi dedicación a los estudios. Lo único que no me hacía gracia era que hubieran pasado de llamarme «la Ricachona» a solamente «la Chona». Fue una chica que iba un curso por delante de mí, Daphne Harcourt-Browne, la que me explicó lo que connotaba ese término. También Daphne, rubia y rizosa, tenía un mote («la Presumida»), y aunque no fuésemos amigas del alma, nos había unido nuestra afición a los bollos de crema…, sobre todo cuando se enteró de que yo tenía un suministro inagotable a mi alcance. A Daphne no le habría importado pagar por ellos, pero yo no se lo permitía porque quería que mis compañeras de clase pensaran que éramos amigas. En cierta ocasión llegó incluso a invitarme a su casa, en Chelsea, pero rechacé la oferta porque sabía que, de lo contrario, tendría que invitarla a mi vez a visitarme en Whitechapel.

Fue Daphne la que me dio mi primer libro de arte, *Los tesoros de Italia*, a cambio de varios bollos de crema, y a partir de ese día supe que había encontrado una asignatura que no me importaría estudiar mientras viviera. Aunque nunca se lo pregunté a ella, siempre me extrañó que al libro le faltara una de las primeras páginas.

Daphne provenía de una de las familias más adineradas de Londres, pertenecía sin duda a las clases más altas de la sociedad, por lo que al salir de St. Paul di por sentado que nuestros caminos no volverían a cruzarse. Al fin y al cabo, Lowndes Square no era mi hábitat natural, precisamente. Aunque, para ser justos, tampoco lo era el East End. Ni lo sería mientras estuviera lleno de gente como los Trumper o los Shorrocks.

Hablando de los Trumper, no podía por menos de estar de acuerdo con el parecer de mi padre. Mary Trumper debía de haber sido una auténtica santa. George Trumper era uno de esos hombres cuya conducta solo podía calificarse de inaceptable, en las antípodas de su padre, al que Tata solía describir como «buena persona». El joven Charlie (al que, por lo que a mí respectaba, nunca se le ocurría una buena) tenía pese a todo lo que Tata llamaba «un futuro». La magia debía de haberse saltado una generación, solía decir.

«El chico no es malo, para ser *goy* —opinaba mi padre—. Algún día dirigirá su propio negocio, quizá más de uno, hazme caso». No le presté atención a la observación de mi padre hasta que este falleció y me dejó sin nadie a quien recurrir.

Tata se quejaba a menudo de que no podía dejar a sus dos empleados a cargo de la tienda

durante más de una hora sin que se produjera alguna catástrofe. «No tienen *saychel* —se lamentaba, refiriéndose a las personas que no estaban dispuestas a asumir ninguna responsabilidad—. No sé qué sería la tienda si me tomara un día libre».

Mientras el rabino Glikstein leía los ritos funerarios en su *levoyah*, aquellas palabras resonaban en mis oídos. Mi madre aún estaba inconsciente en el hospital y nadie sabía decirme cuándo iba a recuperarse, si lo conseguía. Yo, mientras tanto, me alojaba a regañadientes con la tía Harriet, a la que solo conocía de alguna reunión familiar. Resulta que vivía en un sitio llamado Romford, y puesto que estaba previsto que volviera a llevarme con ella un día después del entierro, solo me quedaban unas cuantas horas para tomar una decisión. Intenté imaginarme qué habría hecho mi padre de encontrarse en una situación similar y llegué a la conclusión de que habría dado lo que a él le gustaba llamar «un paso valiente».

Para cuando me levanté a la mañana siguiente ya había decidido vender la panadería al mejor postor, a menos que Charlie Trumper estuviera dispuesto a asumir personalmente esa responsabilidad. En retrospectiva, lo cierto es que tenía mis reservas sobre si Charlie iba a estar a la altura. Al final, sin embargo, la elevada opinión que Tata tenía de él pesó más que mis dudas.

Aquella mañana, durante las clases, elaboré un plan de acción. En cuanto la escuela se hubo acabado, tomé el tren de Hammersmith a Whitechapel y recorrí a pie el resto del trayecto hasta la casa de Charlie.

Una vez en la puerta del 112, llamé con la palma de la mano y esperé. Recuerdo que me sorprendió que los Trumper no tuvieran aldaba. Un rato después me abrió una de sus repelentes hermanas, aunque no habría sabido decir exactamente cuál era. Le dije que quería hablar con Charlie, y no me extrañó que me dejara plantada en la puerta mientras ella regresaba al interior de la casa. Volvió unos minutos más tarde y, refunfuñando, me condujo a una pequeña habitación que había en la parte de atrás.

Cuando salí de allí, aproximadamente veinte minutos después, tenía el presentimiento de haber hecho el peor trato de la historia. Lo único que me consolaba era otro de los antiguos aforismos de mi padre: los *schnorrers* tienen que conformarse con lo que les echen.

Al día siguiente me apunté a un curso de contabilidad como «actividad extracurricular». Las clases eran por la tarde, y solo iba a ellas si me había dado tiempo a terminar el resto de los deberes de la jornada. El tema me resultaba tedioso, para empezar, aunque a medida que pasaban las semanas empezó a fascinarme cómo registrar meticulosamente cada transacción podía ser beneficioso incluso para nuestro modesto negocio. No tenía ni idea de que se pudiera ahorrar tanto dinero simplemente dedicándole algo de tiempo a comprender el funcionamiento de las hojas de balance, las liquidaciones de deudas y las exenciones fiscales. Mi única preocupación era la sospecha de que Charlie nunca se había tomado la molestia de pagar impuestos.

Empecé incluso a disfrutar de mis visitas semanales a Whitechapel, donde se me brindaba la oportunidad de lucir mis recién aprendidos talentos. Aunque seguía estando convencida de que mi asociación con Charlie tocaría a su fin en cuanto se me ofreciera una plaza en la universidad, todavía pensaba que, con su energía y su motivación, combinadas con mi cabeza fría para las finanzas, sin duda habríamos impresionado a mi padre y quizás incluso al abuelo Charlie.

Cuando se acercaba el momento de concentrarme en mi matrícula, decidí ofrecerle a Charlie la oportunidad de comprar mi parte del negocio. Llegué incluso a disponerlo todo para que un contable cualificado me sustituyera a fin de que pudieran seguir llevando los libros. Una vez

más, sin embargo, los alemanes desbarataron los planes que yo con tanto esmero había trazado.

En esta ocasión mataron al padre de Charlie, un error de principiante, porque lo único que consiguieron con eso fue que el muy insensato se alistara para combatirlos con sus propias manos. Como de costumbre, no se tomó la molestia de consultarlo antes con nadie. Se plantó en Great Scotland Yard con aquel traje de chaqueta cruzada tan horrendo, su ridícula boina y una corbata verde chillón cargando con todas las preocupaciones del imperio sobre sus hombros, y dejó que fuera yo la encargada de recoger los pedazos. A nadie puede extrañarle que adelgazara tanto a lo largo del año siguiente; me estaba bien empleado, según mi madre, por asociarme con gente de la calaña de aquel tal Charlie Trumper.

Para colmo de males, escasas semanas después de que Charlie se subiera al tren de Edimburgo, la universidad de Londres me ofreció por fin la plaza que yo tanto esperaba.

Charlie únicamente me había dejado dos opciones: o intentaba dirigir la panadería yo sola y renunciaba a obtener cualquier título, o le vendía la tienda al mejor postor. El día que se marchó me dejó una nota aconsejándome que vendiera, y eso hice, aunque a pesar de todas las horas que me pasé recorriendo el East End de punta a punta solo pude encontrar una parte interesada: el señor Cohen, que desde hacía años regentaba una sastrería sobre la tienda de mi padre y quería expandir el negocio. Me hizo una oferta justa, dadas las circunstancias, e incluso conseguí que un vendedor ambulante me diera otras dos libras a cambio del carretón de Charlie; por mucho que lo intentara, sin embargo, no fui capaz de encontrar comprador para la espantosa reliquia del siglo XIX del abuelo Charlie.

Me apresuré a depositar todo el dinero recaudado en un fondo de la sociedad de ahorro Bow, en el 102 de Cheapside, por un periodo de un año con un interés del cuatro por ciento. No tenía intención de tocarlo mientras Charlie Trumper todavía estuviera en la guerra, hasta que, aproximadamente cinco meses más tarde, recibí la visita de Kitty Trumper en Romford. Se echó a llorar y me dijo que habían matado a Charlie en el frente occidental. Añadió que no sabía qué iba a ser de la familia ahora que ya no estaba su hermano para cuidar de ellas. Le expliqué el acuerdo al que había llegado con Charlie, y de inmediato afloró una sonrisa a sus labios. Accedió a acompañarme a la sociedad de ahorro a la mañana siguiente para retirar el dinero de Charlie.

Mi intención era cumplir los deseos de este y encargarme de que las tres hermanas se repartieran su parte del dinero a partes iguales. Sin embargo, el subdirector de la sociedad nos hizo notar en los términos más diplomáticos posibles que no se podía retirar ni un penique del depósito hasta que hubiera pasado el primer año completo. Llegó incluso a enseñarme el documento que yo misma había firmado a tal efecto, dirigiendo mi atención sobre la cláusula pertinente. Kitty se levantó de un salto al enterarse de aquello, profirió una sarta de obscenidades que lograron que el subdirector se ruborizara y se marchó con cajas destempladas.

Más tarde tendría tiempo de agradecer que existiera esa cláusula. Podría haber dividido fácilmente el sesenta por ciento de Charlie entre Sal, Grace y la arpía de Kitty, que evidentemente había mentido acerca de la muerte de su hermano. No me enteré de la verdad hasta julio, cuando Grace escribió desde el frente para informarme de que iban a mandar a Charlie a casa tras la segunda batalla del Marne. En ese momento juré darle su parte del dinero el mismo día que llegara a Inglaterra; soñaba con librarme de una vez por todas tanto de los Trumper como de sus endiablados problemas.

Ojalá Tata hubiera estado vivo para verme en la escuela de Bedford. Su hija en la universidad de Londres; habría sido la comidilla de Whitechapel hasta el día del juicio final. Pero un avión alemán se había encargado de truncar ese sueño y lisiar a mi madre de paso. Fuera como fuese, mamá seguía estando entusiasmada y no paraba de recordarles a todas sus amigas que yo me contaba entre las primeras mujeres del East End que habían superado la criba.

Escribí a Bedford para confirmar mi asistencia y empecé a buscar alojamiento cerca de la facultad: estaba decidida a demostrar lo independiente que era. Mi madre, cuyo corazón nunca había llegado a recuperarse por completo de la pérdida de Tata, se retiró a los suburbios para vivir con la tía Harriet en Romford. Aunque no entendía por qué tenía que instalarme yo en Londres, insistió en que las autoridades universitarias debían aprobar el alojamiento de mi elección. Hizo hincapié en que solo podía compartir habitación con quien Tata hubiera considerado «aceptable». Mi madre no se cansaba de repetirme lo harta que estaba de la falta de moral que se había puesto tan de moda desde que estalló la guerra.

Aunque mantenía el contacto con varias amigas de la escuela de St. Paul, solo sabía de una que estuviera en Londres y pudiera cobijarme bajo su techo. Teniendo en cuenta que aquella podría ser mi única opción para no tener que pasarme el resto de la vida en un tren a caballo entre Romford y Regent's Park, escribí a Daphne Harcourt-Browne a la mañana siguiente.

Me contestó invitándome a tomar el té en su pisito de Chelsea. Cuando la vi por primera vez después de tanto tiempo me sorprendió descubrir que ahora yo era un poco más alta que ella; Daphne, por su parte, había adelgazado casi tanto como yo. No solo me recibió con los brazos abiertos, sino que, para mi sorpresa, se mostró entusiasmada ante la posibilidad de que yo ocupara una de las habitaciones libres de las que disponía. Insistí en que debería pagarle un alquiler de cinco chelines a la semana y le pregunté, no sin ciertas reservas, si le importaría tomar el té con mi madre en Romford. A Daphne pareció agradarle la idea y bajó a Essex conmigo el martes siguiente.

Mi madre y mi tía apenas si abrieron la boca en toda la tarde, silencio que Daphne se encargó de llenar con un monólogo interminable sobre bailes de sociedad, equitación, carreras de galgos, polo y el censurable deterioro en los modales de los oficiales de la guardia real, temas todos ellos sobre los que nadie solía invitarlas a dar su opinión. Para cuando la tía Harriet hubo servido la segunda bandeja de magdalenas, no me sorprendió en absoluto ver a mi madre sonriendo mientras asentía con aprobación.

De hecho, el único momento incómodo de toda la tarde se produjo cuando Daphne se llevó la bandeja a la cocina (cosa que no debía de hacer a menudo) y se encontró con mis notas de la escuela clavadas en la puerta de la despensa. Mi madre sonrió y contribuyó a humillarme más todavía leyendo el informe en voz alta: «La señorita Salmon hace gala de un tesón poco corriente, cualidad que, combinada con su curiosidad e intuición, le augura un futuro prometedor en la escuela de Bedford. Firmado, la directora, Srta. Potter».

—Mi madre nunca se ha tomado la molestia de exhibir mis notas a la vista de nadie —fue lo único que dijo Daphne al respecto.

Cuando me mudé a Chelsea Terrace, ambas nos instalamos enseguida en nuestra propia rutina. Daphne se dedicaba a revolotear de fiesta en fiesta y yo hacía lo propio de un aula a otra. Nuestros caminos rara vez se cruzaban.

Pese a mi aprensión inicial, Daphne resultó ser una maravillosa compañera de piso. Aunque

mostraba escaso interés en mi vida académica (toda su energía se volcaba en los clubes de caza y los oficiales de la guardia real), rebosaba sentido común sobre todos los temas imaginables, por no mencionar su incesante contacto con una fuente inagotable de solteros de oro que parecían desfilar sin fin por la puerta del 97 de Chelsea Terrace.

Daphne, que los trataba a todos con el mismo desdén, me confesó que su único amor verdadero todavía estaba sirviendo en el frente occidental, aunque ni una sola vez llegó a mencionar su nombre conmigo delante.

Cada vez que necesitaba un descanso de los libros, Daphne me proporcionaba un joven oficial para acompañarme a un concierto, una obra de teatro o incluso, de vez en cuando, un baile del regimiento. Aunque no demostraba nunca el menor interés por lo que yo hacía en la universidad, a menudo me preguntaba por el East End y parecía fascinada por mis historias sobre Charlie Trumper y su carreta.

Esta situación se podría haber prolongado indefinidamente si yo no hubiera echado mano de una copia del *Kensington News*, un periódico que Daphne solo compraba para estar al corriente de los últimos estrenos cinematográficos.

Un viernes por la tarde, mientras lo hojeaba, me llamó la atención un anuncio. Inspeccioné el texto con atención para cerciorarme de que la tienda estuviera exactamente donde yo sospechaba, doblé el periódico y salí del piso para comprobarlo en persona. Recorrí Chelsea Terrace hasta encontrar el cartel en el escaparate de la verdulería del barrio. Debía de haber pasado por delante durante días sin darme ni cuenta: «Se vende. Razón: John D. Wood, 6 Mount Street, Londres W1».

Recordaba que Charlie siempre había querido saber cómo estaban los precios en Chelsea en comparación con Whitechapel, así que decidí averiguarlo por él.

Al día siguiente, tras realizar algunas pesquisas preliminares con el vendedor de prensa de nuestra calle (el señor Bales siempre parecía saber exactamente qué ocurría en la zona y no le importaba compartir sus conocimientos con quien quisiera matar el rato hablando con él), me presenté en las oficinas de John D. Wood, en Mount Street. Tuve que esperar un rato en el mostrador antes de que se acercara uno de los cuatro asistentes, que se presentó como el señor Palmer y me preguntó en qué podía ayudarme.

Tras inspeccionar de cerca al muchacho, dudaba que pudiera ayudar a nadie. No debía de tener más de diecisiete años, y estaba tan pálido y demacrado que el menor soplo de viento se lo podría haber llevado volando.

—Me gustaría conocer algunos detalles sobre el número 147 de Chelsea Terrace —le dije.

—¿El número 147 de Chelsea Terrace?

—El número 147 de Chelsea Terrace.

—Si me disculpa usted, señorita —dijo el empleado mientras se acercaba a un archivador. Al cruzarse con uno de sus colegas se encogió de hombros exageradamente. Vi que ojeaba unos cuantos papeles antes de regresar al mostrador con uno de ellos; no me invitó a pasar ni me pidió que tomara asiento.

Dejó la hoja encima del mostrador y la inspeccionó con detenimiento.

—Una tienda de verduras —dijo.

—Así es.

—La fachada del establecimiento —procedió a explicarme el muchacho con voz cansada—,

mide seis metros con setenta centímetros. La superficie del local es de aproximadamente noventa metros cuadrados, incluido el pequeño apartamento con vistas al parque de la primera planta.

—¿Qué parque? —pregunté. Sospechaba que no estábamos hablando de la misma propiedad.

—Princess Gardens, señora.

—Eso es un trozo de césped que no debe de llegar ni a los dos palmos de lado —le informé. De súbito tuve la certeza de que el señor Palmer no había pisado Chelsea Terrace en su vida.

—Se trata de una propiedad vitalicia —continuó sin reaccionar a mi comentario. Por lo menos ya había dejado de apoyarse en el mostrador—. El ocupante actual estaría dispuesto a desalojar las instalaciones en un plazo de treinta días una vez firmado el contrato.

—¿Qué precio pide por la propiedad? —pregunté. Comenzaba a irritarme la condescendencia con la que me estaba tratando.

—Nuestro cliente, la señora Chapman…

—Viuda del marinero de primera Chapman, destinado al HMS *Boxer* —lo informé— y fallecido en acto de servicio el 8 de febrero de 1918, dejando huérfanos de padre a su hija de siete años y a un niño de cinco.

El señor Palmer tuvo el decoro de palidecer.

—También sé que la señora Chapman padece artritis —añadí—, lo que hace que le resulte casi imposible subir las escaleras que conducen al piso.

Ahora su aspecto era de absoluta perplejidad.

—Sí —dijo—. En efecto, así es.

—De modo que, ¿cuánto espera conseguir la señora Chapman a cambio de su propiedad? —insistí. Llegado ese punto, hasta tres colegas distintos del señor Palmer habían dejado de hacer lo que fuese que estuvieran haciendo para fijarse en nuestra conversación.

—La cantidad solicitada para desalojar el edificio asciende a ciento cincuenta guineas —declaró el empleado, con la mirada fija en el pie del documento.

—Ciento cincuenta guineas —repetí con fingida incredulidad, puesto que en realidad ignoraba cuál era el valor real de la propiedad—. Esa mujer debe de tener la cabeza en las nubes. ¿Se le ha olvidado que estamos en guerra? Ofrézcale cien, señor Palmer. Y si espera que le dé aunque sea tan solo un penique de más, no hace falta que se moleste en llamarme.

—¿Guineas? —preguntó esperanzado.

—Libras —repliqué mientras escribía mi nombre y dirección en el dorso de los particulares antes de dejar el documento encima del mostrador otra vez. El señor Palmer, aparentemente incapaz de articular palabra, se quedó con la boca abierta mientras yo me daba la vuelta y abandonaba el despacho.

Regresé a Chelsea consciente de que no tenía la menor intención de comprar ninguna propiedad en el Terrace. De todos modos, no poseía cien libras ni nada que se le pareciera. Todo mi capital ascendía a las poco más de cuarenta libras que tenía en el banco, suma que no iba a ascender en un futuro cercano, pero la actitud de ese chupatintas ridículo me había sacado de mis casillas. En cualquier caso, pensé, no había peligro de que la señora Chapman aceptara una oferta tan insultante.

La señora Chapman aceptó mi oferta a la mañana siguiente. Ajena por completo al hecho de que yo no tenía la menor obligación de firmar ningún acuerdo, aquella misma tarde realicé un ingreso por valor de diez libras. El señor Palmer me explicó que, en caso de que no satisficiera el

contrato en un plazo de treinta días, no recuperaría el dinero.

—Eso no va a suponer un problema —le informé con bravuconería, aunque ignoraba cómo iba a obtener el resto de la suma.

Dediqué los veintisiete días siguientes a abordar a todas las personas que conocía, desde la sociedad de ahorro Bow a tías lejanas, pasando incluso por algunas de mis compañeras de clase. Sin embargo, nadie demostró el menor interés por adelantarle sesenta libras a una joven universitaria para que se comprara una tienda de frutas y hortalizas.

—Pero si es una inversión estupenda —intenté explicarle a todo el que quisiera escucharme —. Además, en el trato viene incluido Charlie Trumper, el mejor comerciante del East End.

Rara vez conseguía pasar de ese punto en mi discurso de ventas antes de que la expresión de diplomático interés de mis interlocutores se viera reemplazada por otra de escepticismo.

Pasada la primera semana llegué a la conclusión, a regañadientes, de que a Charlie Trumper no iba a hacerle ni pizca de gracia que hubiera sacrificado diez libras de nuestro dinero (seis suyas y cuatro mías) en el altar de mi vanidad femenina. Decidí apechugar con su parte del dinero perdido antes de reconocer delante de él que me había pasado de lista.

—Pero ¿por qué no lo consultaste con tu madre o con tu tía antes de dar ese paso tan drástico? —me preguntó Daphne al vigésimo sexto día—. Al fin y al cabo, las dos me parecen bastante sensatas.

—¿Y que me crucifiquen de paso? No, gracias —repliqué con aspereza—. De todas formas, me extrañaría que fueran capaces de reunir sesenta libras entre ambas. Y aunque pudieran, no creo que les apetezca invertir ni un penique en Charlie Trumper.

Al vencer el mes, regresé al despacho de John D. Wood con el rabo entre las piernas para informarle de que deberían sacar la propiedad a la venta de nuevo, puesto que las noventa libras que faltaban no se iban a materializar de la nada. Temblaba solo de imaginarme la cara de «te lo dije» con la que el señor Palmer sin duda iba a recibir la noticia.

—Pero si su representante completó la transacción ayer mismo —me aseguró el señor Palmer, que me miraba como si le costara entender qué mosca me había picado.

—¿Mi representante? —repetí, desconcertada.

El empleado consultó el documento.

—Sí, la señorita Daphne Harcourt-Browne, de…

—Pero ¿por qué? —lo interrumpí.

—Creo que no soy la persona más indicada para contestar a esa pregunta —dijo el señor Palmer—, teniendo en cuenta que hasta ayer ni siquiera sabía de su existencia.

—La explicación es muy sencilla —replicó Daphne esa tarde cuando le hice la misma pregunta —. Si Charlie Trumper es la mitad de bueno de lo que aseguras, habré hecho una inversión intachable.

—¿Inversión?

—Claro que sí. Verás, la única condición es que me hayáis devuelto el dinero en cuestión de tres años. Mi capital inicial más el cuatro por ciento.

—¿El cuatro por ciento?

—Correcto. Al fin y al cabo, esos son los intereses que generan mis bonos de guerra. Por otra parte, si incumplís vuestra parte del trato, a partir del cuarto año en adelante tendréis que darme

el diez por ciento de los beneficios.

—Pero si puede que no haya ningún beneficio.

—En cuyo caso, el sesenta por ciento del negocio pasará a ser de mi propiedad. Charlie se quedará con el veinticuatro por ciento y tú con el dieciséis. Este documento contiene toda la información pertinente. —Me pasó un montón de hojas llenas de letra apretada; la última estaba marcada con un siete en la parte superior—. Ya solo falta que firmes en la línea de abajo.

Leí el contrato con detenimiento mientras Daphne se servía una copita de jerez. Sus asesores y ella parecían haber contemplado cualquier eventualidad.

—Entre Charlie Trumper y tú solo hay una diferencia —le dije mientras estampaba mi firma entre dos aspas trazadas con lápiz.

—¿Y cuál es?

—Que tú naciste en una cama con postes.

Puesto que me veía de todo punto incapaz de gestionar la tienda yo sola y continuar con mis estudios en la universidad, enseguida llegué a la conclusión de que tendría que designar un encargado temporal. El hecho de que las tres muchachas ya empleadas en el número 147 solo supieran reírse como bobas cada vez que les daba alguna instrucción contribuía a que la empresa fuera todavía más acuciante si cabe.

El sábado hice una batida de reconocimiento por Chelsea, Fulham y Kensington, fijándome tanto en todos los escaparates de los tres vecindarios como en los jóvenes que iban de acá para allá, ocupados en sus asuntos, con la esperanza de toparme con la persona adecuada para dirigir el negocio de Trumper.

Tras observar a varios posibles candidatos entre los empleados de los negocios de la zona, al final me decanté por un chico que trabajaba como asistente en una frutería de Kensington. Una tarde de noviembre me encontró esperando a que finalizara su turno.

El muchacho pelirrojo se dirigía a la parada de autobús más cercana cuando conseguí darle alcance.

—Buenas tardes, señor Makins —le dije.

—¿Hola? —Se giró tan sobresaltado como visiblemente sorprendido al descubrir que era una mujercita desconocida la que lo había llamado por su nombre. Siguió caminando.

—Soy la dueña de una tienda de verduras en Chelsea Terrace. —Igualé su paso mientras continuaba caminando en dirección a la parada. Su sorpresa aumentó, pero no dijo nada. Se limitó a andar más deprisa—. Y estoy buscando un gerente.

Esta información hizo que Makins aminorase la marcha y por fin me prestara atención.

—Chapman —dijo—. ¿Es usted la que ha comprado el negocio de Chapman?

—Sí, aunque ahora lleva el nombre de Trumper —le informé—. Y quería ofrecerle el puesto de encargado a cambio de una libra semanal por encima de su sueldo actual.

Aunque no tuviera ni idea de a cuánto ascendía su sueldo actual.

Varios kilómetros en autobús y numerosas preguntas más tarde, respondidas frente a la puerta de su alojamiento, me invitó a entrar para que conociera a su madre. Bob Makins se unió a nosotros dos semanas después, en calidad de gerente de Trumper’s.

A pesar de este éxito inicial, me decepcionó descubrir que habíamos perdido más de tres libras al final de nuestro primer mes abiertos, lo que significaba que no iba a poder devolverle ni

un penique a Daphne.

—No te dejes abatir ahora —me dijo esta cuando se lo conté—. Persiste y ya verás cómo no hace falta ejecutar la cláusula de penalización, sobre todo cuando regrese el señor Trumper, si resulta ser tan bueno como aseguras.

En el transcurso de los seis meses anteriores había conseguido seguir más de cerca los elusivos movimientos de Charlie gracias a un joven oficial, empleado en la Oficina de Guerra, que conocía por Daphne. Siempre sabía con exactitud dónde se podía localizar al sargento Charles Trumper, de los fusileros reales, a cualquier hora del día o la noche. Sin embargo, yo seguía estando empeñada en que Trumper's funcionara sin tropiezos y generase beneficios mucho antes de que Charlie pusiera un pie en el establecimiento.

Por mediación del amigo de Daphne supe que mi socio errante iba a licenciarse el 20 de febrero de 1919, lo que me dejaba entre poco y nada de tiempo para que cuadrasen las cuentas. Para colmo de males, recientemente habíamos tenido que sustituir a dos de las tres chicas de la risa boba, convalecientes por culpa de la epidemia de gripe. A la tercera la despedimos por incompetente.

Me esforcé por recordar todo lo que me había enseñado Tata cuando yo era pequeña. Si había muchos clientes esperando, el servicio tenía que ser lo más rápido posible. Si, por el contrario, había poca gente, convenía que uno se tomara su tiempo para que la tienda nunca se quedara vacía. Nunca apetece entrar en un negocio en el que no hay nadie, era su explicación; hace que uno se sienta inseguro.

«En el toldo —insistía— debe poner "Dan Salmon, pan recién horneado, casa fundada en 1879" en letras bien grandes, para que todos lo puedan leer. Hay que repetir el nombre y la fecha a la menor ocasión. A la clase de personas que viven en el East End les gusta saber que no eres nuevo en la zona. Colas de espera e historia: los británicos siempre han sabido apreciar el valor de ambas cosas».

Como sospechaba que Chelsea y el East End no podían ser tan distintos, procuré poner en práctica su filosofía. Solo que, en nuestro caso, el toldo azul rezaba: «Charlie Trumper, el mercader respetable, casa fundada en 1823». Me pasé unos días dándole vueltas a la idea de llamar a la tienda Trumper y Salmon, pero la descarté al darme cuenta de que así solo conseguiría vincularme a Charlie de por vida.

Descubrí que una de las principales diferencias entre el East End y el West End era que, en Whitechapel, los nombres de los morosos se apuntaban en una pizarra, mientras que en Chelsea se les abría una cuenta. Para mi sorpresa, las deudas se acumulaban con más facilidad en Chelsea que en Whitechapel. Un mes más tarde, seguía sin poder devolverle ni un penique a Daphne. Cada vez tenía más claro que Charlie era mi única esperanza.

El día programado para su regreso quedé para almorzar en el comedor de la facultad con dos amigas de mi promoción. Intenté concentrarme en sus opiniones sobre Karl Marx mientras mordisqueaba una manzana y mareaba un trozo de queso. Tras apurar mi tercio de pinta de leche, recogí los libros y me dirigí al aula. Aunque los artistas de comienzos del Renacimiento era un tema que me fascinaba, en esta ocasión agradecí ver que el profesor ordenaba sus papeles unos cuantos minutos de la hora a la que estaba previsto que terminaran las clases.

El trayecto en tranvía hasta Chelsea se me hizo eterno, pero por fin me apeé en la esquina de Chelsea Terrace.

Había adquirido la costumbre de recorrer la calle de una punta a otra para ver cómo les iba a los otros negocios. Primero tenía que pasar por delante de la tienda de antigüedades donde residía el señor Rutherford, que siempre se levantaba el sombrero cuando nos cruzábamos. Después estaba la boutique del número 133, en cuyo escaparate se exhibían unos vestidos que yo sospechaba que no me podría permitir nunca. A continuación, la carnicería de Kendrick, en la que Daphne se había abierto una cuenta; y unas cuantas puertas después, el restaurante italiano con sus mesas con manteles vacías. Sabía que el dueño debía de estar pasándolo mal para llegar a fin de mes, porque nosotros ya no podíamos permitirnos seguir ampliando su crédito. Por último, la librería, donde el bueno del señor Sneddles se esforzaba por salir a flote. Aunque llevaba semanas sin vender ni un solo libro, se conformaba con sentarse en el mostrador, absorto en su adorado William Blake, hasta que llegaba la hora de darle la vuelta al cartelito de la puerta y pasar de estar «Abierto» a «Cerrado». Sonreí al caminar por delante, pero no me vio.

Calculé que, si su tren había llegado puntual a King's Cross, Charlie ya debería estar en Chelsea a esa hora, aunque hubiera tenido que cubrir a pie toda la distancia.

Vacilé un momento al acercarme a la tienda, pero enderecé la espalda y entré directamente. Para mi pesar, sin embargo, no había ni rastro de Charlie. Le pregunté a Bob Makins si había venido alguien preguntando por mí.

—Nadie, señorita Becky —confirmó Bob mis temores—. No se preocupe, todos sabemos perfectamente lo que tenemos que hacer si aparece el señor Trumper.

Las dos nuevas empleadas, Patsy y Gladys, asintieron con la cabeza.

Consulté la hora (pasaban unos minutos de las cinco) y llegué a la conclusión de que, si Charlie aún no había dado señales de vida, ya era muy poco probable que lo hiciera ese día. Arrugué el entrecejo y le dije a Bob que podía ir recogiendo. Cuando sonaron las seis en el reloj que había encima de la puerta, le pedí a regañadientes que cerrara la contraventana y echara la llave mientras yo repasaba las cuentas del día.

—Qué raro —murmuró Bob mientras se colocaba a mi lado junto a la puerta, con las llaves del establecimiento en la mano.

—¿Raro?

—Sí. Ese hombre de ahí. Lleva una hora sentado en el banco y no le quita ojo a la tienda. Pobre diablo, espero que no le pase nada.

Eché un vistazo al otro lado de la calle. Allí estaba Charlie, sentado con los brazos cruzados, observándome fijamente. Cuando crucé la mirada con él, se incorporó y se dirigió con parsimonia a mi encuentro.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos instantes, hasta que al final preguntó:

—Bueno, ¿y de qué va todo esto?

7

—¿Cómo está usted, señor Trumper? Tanto gusto. —Bob Makins se limpió la palma en el delantal verde antes de estrechar la mano que le tendía su nuevo jefe.

Gladys y Patsy dieron un paso al frente y saludaron a Charlie con una torpe inclinación de cintura, lo que consiguió que aflorase una sonrisa a los labios de Becky.

—Eso no hace falta. Me crie en Whitechapel, así que podéis ahorraros las reverencias para cuando estéis tratando con los clientes.

—Sí, señor —replicaron las dos al unísono, lo que dejó a Charlie sin palabras.

—Bob, ¿tendrías la amabilidad de subir las cosas del señor Trumper a su habitación? —preguntó Becky—. Mientras, yo le enseño la tienda.

—Claro que sí, señorita. —Bob le echó un vistazo al paquete de papel de estraza y la cajita que Charlie había dejado en el suelo—. ¿Eso es todo, señor Trumper? —preguntó con incredulidad. Charlie asintió.

Observó con atención a las dos empleadas, con sus elegantes blusas blancas y sus delantales de color verde. Ambas se habían quedado plantadas detrás del mostrador, como si no supieran muy bien qué hacer a continuación.

—Os podéis marchar ya —dijo Becky—. Pero mañana aseguraos de estar aquí a primera hora. El señor Trumper es muy escrupuloso en cuestión de puntualidad.

Las dos muchachas recogieron sus bolsos de fieltro y se apresuraron a salir mientras Charlie se sentaba en un taburete junto a una caja de ciruelas.

—Ahora que nos hemos quedado solos, ya puedes explicarme a qué viene esto.

—Bueno —empezó Becky—, todo empezó por culpa de una mezcla de orgullo e insensatez, pero la cuestión es que…

Mucho antes de que hubiera terminado de contarle toda la historia, Charlie la interrumpió para decir:

—Eres un genio, Becky Salmon. Un auténtico genio.

Rebecca continuó relatándole todo lo que había acontecido en el último año. Charlie únicamente frunció el ceño cuando llegó a la parte relacionada con la inversión de Daphne.

—Entonces, ¿dispongo de aproximadamente dos años y nueve meses para devolverle las sesenta libras? ¿Más intereses?

—Más las pérdidas de los primeros seis meses —matizó Becky, azorada.

—Insisto, Rebecca Salmon. Eres un genio. Si no consigo alcanzar un objetivo tan fácil, no me mereceré ser tu socio.

Becky esbozó una sonrisa de alivio.

—¿Tú también te alojas aquí? —preguntó Charlie, con la mirada fija en lo alto de las escaleras.

—De ninguna manera. Comparto piso con una antigua compañera de clase, Daphne Harcourt-

Browne. Estamos calle arriba, en el 97.

—¿La misma chica que te ha prestado el dinero?

Becky asintió con la cabeza.

—Pues sí que debéis de ser buenas amigas.

Bob reapareció al pie de las escaleras.

—He colocado las cosas del señor Trumper en el dormitorio y le he echado un vistazo al apartamento. Parece que todo está en orden.

—Gracias, Bob —dijo Becky—. Puesto que no hay nada más que puedas hacer hoy, te veré por la mañana.

—¿Irá el señor Trumper al mercado, señorita?

—Lo dudo, así que ¿por qué no te encargas tú de hacer los pedidos, como de costumbre? Estoy segura de que el señor Trumper te acompañará en otra ocasión esta misma semana.

—¿Covent Garden? —preguntó Charlie.

—Sí, señor —dijo Bob.

—Bueno, pues a menos que lo hayan cambiado de sitio, te veré allí a las cuatro y media de la mañana.

Becky vio palidecer al muchacho.

—No creo que el señor Trumper espere que estés allí a las cuatro y media todos los días —se rio—. Solo hasta que haya vuelto a pillarle el tranquillo al asunto. Buenas noches, Bob.

—Buenas noches, señorita. Buenas noches, señor. —Bob salió de la tienda con cara de perplejidad.

—¿A qué viene esa tontería de «señorita» y «señor»? —preguntó Charlie—. Debo de ser un año mayor que él, poco más.

—Igual que todos esos oficiales a los que tenías que llamar «señor» en el frente occidental.

—Esa es la cuestión. Yo no soy ningún oficial.

—No, pero eres el jefe. Además, ya no estás en Whitechapel, Charlie. Venga, que todavía no has visto tus aposentos.

—¿Aposentos? Yo no he tenido «aposentos» en mi vida. Últimamente todo han sido trincheras, tiendas de campaña y gimnasios.

—Bueno, pues ahora los tienes. —Becky condujo a su socio por la escalera de madera hasta la primera planta y empezó la visita guiada—. La cocina —dijo—. Es pequeña, pero debería cumplir su función. Por cierto, me he encargado de que haya cuchillos, tenedores y vajilla para tres, y ya he avisado a Gladys de que mantener el piso limpio y ordenado es responsabilidad suya. El salón —anunció mientras abría una puerta—, si me permites el atrevimiento de calificar así esta habitación tan pequeña.

Charlie contempló el sofá y las tres sillas que había en la sala. Todos los muebles eran inconfundiblemente nuevos.

—¿Qué ha pasado con todas mis cosas?

—La mayoría de ellas ardieron el día que se declaró el armisticio —le confesó Becky—, aunque conseguí que me dieran un chelín a cambio de la silla de crin de caballo después de incluir la cama en el lote.

—¿Y el carretón de mi abuelo? No lo habrás quemado también.

—De ninguna manera. Intenté venderlo, pero nadie estaba dispuesto a ofrecerme más de

cinco chelines a cambio de él, así que ahora Bob lo usa para transportar la mercancía del mercado todas las mañanas.

—Bien —dijo Charlie con cara de alivio.

Becky reanudó la marcha y se dirigió al cuarto de baño.

—Disculpa que haya una mancha debajo del grifo para el agua fría. No hemos conseguido quitarla, y mira que hemos probado de todo. Ah, y te advierto que el inodoro a veces se atasca.

—No había tenido nunca un retrete dentro de casa. Qué fino.

Becky pasó al dormitorio.

Charlie iba preparado para asimilar el cuarto en su conjunto, pero le llamó la atención un cuadro que antes estaba colgado sobre su cama en Whitechapel Road. Había pertenecido a su madre. Le sonaba haberlo visto en otro lugar. Se fijó a continuación en el armario, las dos sillas y la cama, todo ello nuevo. Deseoso de que Becky supiera cuánto le agradecía lo que había hecho, se sentó en la esquina del colchón y dio unos cuantos botes para comprobar su elasticidad.

—Otra novedad.

—¿Novedad?

—Sí, las cortinas. Para el abuelo estaban prohibidas, ya sabes. Decía…

—Sí, ya me acuerdo. Que hacen que se te peguen las sábanas y así no hay manera de que a uno pueda exprimir al máximo la jornada.

—Bueno, más o menos. No tengo muy claro que el abuelo utilizara la expresión «exprimir al máximo». —Charlie empezó a vaciar la cajita de Tommy. Becky se fijó en la imagen de la Virgen María con el Niño Jesús en cuanto su socio hubo dejado la estampa encima de la cama. Agarró el pequeño óleo y lo examinó más de cerca.

—¿De dónde has sacado esto, Charlie? Es una joya.

—Me lo dejó un amigo que perdió la vida en el frente —replicó sucinto el muchacho.

—Tu amigo tenía buen gusto. —Becky seguía inspeccionando la imagen—. No sabrás quién lo ha pintado.

—Pues no, ni idea. —Charlie contempló la fotografía enmarcada de su madre que Becky había colgado en la pared—. Que me aspen —murmuró—. Son exactamente iguales.

—No te creas —dijo Becky mientras observaba la imagen que había encima de la cama—. Verás, lo de tu madre es un facsímil de una obra maestra de Bronzino, mientras que el cuadro de tu amigo, aunque se parezca, en realidad es una copia casi perfecta del original. —Consultó la hora—. Tengo que irme —anunció de improviso—. He quedado en Queen's Hall a las ocho. Mozart.

—Mozart… ¿Lo conozco?

—Te lo presentaré algún día de estos.

—Entonces, ¿no te vas a quedar para prepararme mi primera cena? Todavía tengo muchas preguntas y me gustaría conocer la respuesta. Necesito averiguar muchas cosas. Para empezar…

—Lo siento, Charlie. No quiero llegar tarde, pero te veré por la mañana. Y prometo contestar a todas tus preguntas.

—¿A primera hora?

—Sí, aunque no por tu reloj —se rio Becky—. Calculo que alrededor de las ocho.

—¿Te gusta ese tal Mozart? —preguntó Charlie. Becky se percató de que la observaba de cerca.

—Bueno, en realidad no sé mucho de él, pero a Guy sí que le gusta.

—¿Guy?

—Guy, sí. El chico que va a llevarme al concierto. No nos conocemos lo suficiente como para llegar tarde a esta cita. Mañana te contaré más cosas sobre los dos. Adiós, Charlie.

Mientras regresaba al apartamento de Daphne, Becky no pudo evitar sentirse un poquito culpable por abandonar a Charlie la noche de su regreso. Empezaba a pensar que posiblemente había pecado de egoísta aceptando la invitación de Guy para ir al concierto esa noche. Pero el batallón no le concedía tantas noches libres entre semana, y si no lo veía cuando estaba de permiso, podían pasar muchos días antes de que se les presentara la oportunidad de volver a estar juntos.

Daphne estaba chapoteando en la bañera cuando Becky abrió la puerta del 97.

—¿Está muy cambiado? —preguntó a voces su amiga al oírla llegar.

—¿Quién? —replicó Becky camino del dormitorio.

—Quién va a ser, Charlie. —Daphne abrió la puerta del cuarto de baño y se apoyó en la pared de azulejos envuelta en una toalla. Una nube de vapor flotaba a su alrededor.

Becky se quedó pensativa un momento.

—Ha cambiado, sí. Y mucho, de hecho, salvo por la ropa y la voz.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, su voz es la misma…, la reconocería en cualquier parte. Y con su atuendo, igual. Pero ya no es el mismo.

—¿Debería entender lo que intentas decirme? —preguntó Daphne mientras empezaba a frotarse el pelo con brío.

—Bueno, como él mismo ha observado, Bob Makins solo tiene un año menos que él, pero Charlie aparenta diez más que cualquiera de nosotros. Será lo que les pasa a los hombres que vuelven del frente.

—No sé por qué te sorprendes. De todas formas, lo que me interesa es si se llevó una sorpresa cuando vio la tienda.

—Sí. Me parece que sí, la verdad. —Becky se quitó el vestido—. No tendrás un par de medias para prestarme, ¿verdad?

—En el tercer cajón —dijo Daphne—. A cambio, te pediría que tú me prestaras las piernas.

Becky se rio.

—¿Qué aspecto tiene? —continuó Daphne mientras dejaba la toalla mojada en el suelo del cuarto de baño.

Becky reflexionó durante unos instantes.

—Metro ochenta, quizá dos o tres centímetros menos. Tiene el cuerpo de su padre, aunque en este caso no estamos hablando de grasa, sino de puro músculo. Tampoco es que sea Douglas Fairbanks, precisamente, pero supongo que lo podríamos considerar atractivo.

—Me da en la nariz que es mi tipo —comentó Daphne, que estaba revolviendo su ropa en busca de algo aceptable.

—No te creas, bonita. Me cuesta imaginarme al brigadier Harcourt-Browne desayunando una copita de jerez con Charlie Trumper antes de participar en la cacería de Cottenham.

—Mira que eres estirada, Rebecca Salmon —dijo Daphne, riéndose—. Vale que compartamos piso, pero no olvides que Charlie y tú os habéis criado en el mismo corral. Ahora

que lo pienso, si conociste a Guy fue únicamente gracias a mí.

—Tienes toda la razón. Pero con St. Paul y la universidad de Londres no me hizo falta la ayuda de nadie.

—Escaso mérito, de donde yo vengo. —Daphne se miró las uñas—. No me puedo quedar de cháchara con la plebe, cariño —añadió—. Me reclaman. Henry Bromsgrove va a llevarme a Chelsea para bailar charlestón. Y por bisoño que sea el bueno de Henry, ya me he acostumbrado a pasar el mes de agosto en la casa de campo que tiene en Escocia. ¡Hasta lueguito!

Becky pensó en las palabras de Daphne mientras llenaba la bañera. Aunque su amiga se lo había dicho medio en broma y con cariño, lo cierto era que había subrayado los problemas a los que se enfrentaba Rebecca cada vez que intentaba superar el obstáculo que representaban sus distintos estratos sociales.

Daphne le había presentado a Guy hacía escasas semanas, tras convencerla para ir en grupo a ver *La Bohème* en el barrio de Covent Garden. Becky todavía se acordaba de aquel primer encuentro a la perfección. Lo había puesto todo de su parte para evitar encapricharse de él mientras tomaban algo en el Crush, y más después de que Daphne la advirtiera sobre la reputación del muchacho, tan joven y esbelto. Se había esforzado por no observarlo con excesiva desfachatez. Su cabello rubio y lustroso, sus ojos azules y su encanto natural debían de haber conquistado el corazón de muchas mujeres esa velada, pero Becky, dando por sentado que todas las chicas debían de recibir el mismo trato por su parte, había evitado sentirse demasiado halagada.

Al día siguiente, Daphne le preguntó qué le parecía el joven oficial que había conocido en la ópera.

—Recuérdame cómo se llamaba —fue la respuesta de Becky.

—Ah, ya veo. Estás coladita por él, ¿a que sí?

—Un poco, lo confieso. Pero ¿qué más da? ¿Te imaginas a alguien tan apuesto como él interesándose por una chica de Whitechapel?

—Sí que me lo imagino, sí, aunque sospecho que solo busca una cosa.

—Pues ya puedes ir advirtiéndole que no soy de esas.

—No creo que eso lo haya disuadido nunca —replicó Daphne—. En cualquier caso, me ha pedido que te pregunte si te gustaría ir al teatro con él y unos cuantos amigos de su regimiento. ¿Qué piensas?

—Que me encantaría.

—Me lo imaginaba, así que ya le he dicho que sí antes de preguntarte a ti nada.

Becky se rio, pero tuvo que esperar otros cinco días antes de reencontrarse con el joven oficial. Después de que la recogiera en el apartamento, se reunieron con un grupo de cadetes con sus acompañantes en el teatro de Haymarket para ver la representación de *Pigmalión* que había escrito George Bernard Shaw, el dramaturgo de moda. A Becky le gustó la obra, a pesar de que una de las muchachas, Amanda, se pasó todo el primer acto riéndose por lo bajo y después se negó a entablar conversación con ella durante el descanso.

Fueron a cenar al Café Royal, se sentó junto a Guy y se lo contó todo sobre ella, desde sus orígenes en Whitechapel a la plaza que había obtenido en Bedford el año anterior.

Después de que Becky se despidiera del resto del grupo, Guy la llevó en coche a Chelsea, le dijo: «Buenas noches, señorita Salmon», y le estrechó la mano.

Becky dedujo que no se volverían a ver.

Al día siguiente, sin embargo, Guy le dejó una nota en la que la invitaba a asistir a una recepción en el comedor de oficiales. Una semana más tarde quedaron para cenar, después para un baile, y las citas continuaron sucediéndose con regularidad hasta culminar en una invitación para pasar el fin de semana con sus padres en Berkshire.

Daphne le contó a Becky todo lo que sabía sobre esa familia. El padre de Guy era mayor y un encanto, le aseguró, poseía trescientas hectáreas de pastos en Berkshire y además hacía de maestro de ceremonias en las cacerías de Buckhurst.

A Daphne le costó varios intentos explicar lo que significaba «batir la mancha con una rehala», aunque al final tuvo que reconocer que incluso Eliza Doolittle habría pasado algunos apuros para entender por qué se molestaban en ejercer esa actividad.

—La madre de Guy, en cambio, carece de la bondadosa naturaleza de su marido —la advirtió —. Es una snob de primera. —A Becky se le encogió el corazón en el pecho—. Hija segunda de un baronet, nombrado así por Lloyd George por fabricar esas cosas que sobresalen de las torretas de los tanques. Me apuesto lo que sea a que también donaba generosas sumas de dinero al Partido Liberal. Segunda generación, por supuesto. Siempre son los peores.

Daphne se pellizcó la costura de las medias antes de continuar.

—No sé si lo sabías, pero mi familia lleva ya diecisiete generaciones dando guerra, así que no le tenemos que demostrar nada a nadie. Somos conscientes de que entre todos no sumamos ni dos dedos de frente, pero sabe Dios que nos sobra el dinero. Tenemos más años que Matusalén. Por lo que al capitán Guy Trentham respecta, sin embargo, me temo que no puede decirse lo mismo.

8

A la mañana siguiente, Becky se desveló antes de que sonara el despertador. Se levantó, se vistió y salió del apartamento mucho antes de que Daphne hubiera abierto los ojos. Se moría de ganas por ver cómo estaba apañándoselas Charlie en su primer día. Camino del 147 vio que la tienda ya estaba abierta y que una clienta solitaria estaba recibiendo la atención exclusiva del muchacho.

—Buenos días, socia —exclamó Charlie desde detrás del mostrador mientras Becky entraba en la tienda.

—Buenos días. Veo que estás decidido a pasarte el primer día sentado en una esquina para familiarizarte con cómo funcionan las cosas.

Charlie, como Becky descubriría más tarde, había empezado a atender a la clientela antes de que llegaran Gladys y Patsy, mientras que el pobre Bob Makins se veía tan cansado como si estuviera terminando ya la jornada.

—Ahora mismo no tengo tiempo para charlar con las clases desocupadas —dijo Charlie, cuyo acento cockney sonaba más marcado que nunca—. ¿Te importa que quedemos esta tarde para ponernos al día?

—Me parece estupendo.

Becky miró su reloj y, tras despedirse, se dispuso a asistir a la primera clase de la mañana. Le costó concentrarse en la historia del Renacimiento; ni siquiera las diapositivas de la obra de Rafael, proyectadas por una lámpara mágica sobre una sábana blanca, consiguieron suscitar su interés. Ocupaban sus pensamientos la ansiedad que le producía pasar el fin de semana con los padres de Guy y los problemas que debería superar Charlie si querían obtener los beneficios necesarios para saldar su deuda con Daphne. Becky reconoció para sus adentros que esto último le inspiraba más confianza. Exhaló un suspiro de alivio cuando la manilla negra del reloj rebasó la línea de las cuatro y media. Acudió a la esquina de Portland Place para tomar de nuevo el tranvía, se apeó del bamboleante vehículo en Chelsea Terrace y reanudó la carrera.

Se había formado una pequeña cola en la entrada de Trumper’s. Los antiguos y familiares reclamos de Charlie llegaron a sus oídos antes que ella a la puerta.

—Doscientos gramos de King Edwards, un jugoso pomelo de Sudáfrica, ¿y por qué no te echo también una bonita manzana de Cox de regalo, encanto?

Damas, damiselas y amas de llaves, mujeres todas ellas que habrían arrugado la nariz si cualquier otra persona se hubiera atrevido a llamarlas «encanto», parecían derretirse cuando era Charlie el que pronunciaba esa palabra. Becky no pudo fijarse con atención en los cambios que su socio había hecho en el establecimiento hasta que la última de las señoras se hubo marchado.

—Me he pasado toda la noche en vela —le explicó él—. Quitando de en medio las cajas que estaban medio vacías y la mercancía que se veía más fea. Acabé colocando las hortalizas más coloridas, las verduras, todo lo blando, en el fondo, mientras que las variedades más resistentes pero menos atractivas se vienen al frente. Patatas, nabos, boniatos… Es la regla de oro.

—El abuelo Charlie… —empezó a decir Becky con una sonrisa, pero se interrumpió justo a tiempo.

Inspeccionó la reorganización de las baldas y tuvo que reconocer que el método de Charlie resultaba mucho más práctico. Además, la sonrisa de las clientas no admitía discusión posible.

En cuestión de un mes era habitual que la cola de Charlie se extendiese hasta la acera a diario, y en cuestión de dos ya estaba hablándole a Becky de ampliar el negocio.

—¿Y cómo piensas ampliarlo? ¿Llegando hasta el dormitorio?

—Ahí arriba no habría sitio para tanta verdura —replicó él con una sonrisa—. Y menos desde que en la puerta de Trumper's se forma más cola que para ver *Pigmalión*. Además, nosotros nunca vamos a bajar el telón.

Tras revisar una y otra vez los números correspondientes al primer trimestre del año, a Becky le costaba creer cuánto dinero habían ganado. Decidió que tal vez hubiera llegado el momento de regalarse una pequeña celebración.

—¿Por qué no vamos todos a cenar a ese restaurante italiano? —sugirió Daphne tras recibir un cheque más generoso de lo acostumbrado por los tres últimos meses.

A Becky le pareció que la idea era perfecta, pero le sorprendió la reticencia de Guy para adaptarse a sus planes. Tanto como los extremos a los que parecía estar dispuesta a llegar Daphne para festejar la ocasión.

—No estamos dispuestos a gastarnos todos los beneficios en una velada —le aseguró Becky.

—Lástima —replicó Daphne—. Porque empieza a darme la impresión de que no tendré más oportunidades de ejecutar la cláusula de penalización. Tampoco me quejo. Al fin y al cabo, Charlie supondrá un cambio agradable comparado con los mojigatos sin garbo y los palurdos sin gracia que debo soportar la mayoría de los fines de semana.

—Ten cuidado, no vayas a convertirte en su postre.

Becky había informado a Charlie de que la mesa estaba reservada para las ocho en punto y le había obligado a prometer que se pondría su traje más elegante.

—Mi único traje —le recordó él.

Guy recogió a las dos muchachas en el número 97 justo a las ocho, pero se mostró inusitadamente callado mientras las acompañaba hasta el restaurante, donde llegaron unos minutos después de la hora acordada. Encontraron a Charlie sentado en la esquina, solo, nervioso y con cara de ser la primera vez que pisaba un local de ese tipo.

Becky le presentó primero a Daphne y después a Guy. Los dos hombres se quedaron en pie frente a frente, sopesándose con la mirada como luchadores profesionales.

—Es verdad —dijo Daphne—, estuvisteis en el mismo regimiento. Aunque supongo que no llegaríais a cruzaros —añadió sin quitarle ojo a Charlie. Ninguno de los dos reaccionó al comentario.

Si la cita había empezado con mal pie, no tardó en empeorar; los cuatro parecían incapaces de encontrar un tema de conversación sobre el que tuvieran algo en común. Charlie, lejos de mostrarse tan dicharachero e ingenioso como cuando trataba con la clientela de la tienda, adoptó una actitud hosca y poco comunicativa. Becky le habría pegado una patada si hubiera tenido las piernas más largas, y no solo porque estuviera usando el cuchillo para llevarse los guisantes a la boca.

El silencio malhumorado de Guy tampoco contribuía a aligerar el ambiente, a pesar de que

Daphne se reía tan jovial como siempre cada vez que a alguien se le ocurría decir cualquier cosa. Para cuando les llevaron la minuta por fin, Becky respiró aliviada ante la inminencia del fin de la velada. Incluso tuvo que ser ella la que se encargara discretamente de dejar una propina para el camarero, puesto que Charlie estaba tan distraído que ni siquiera pareció caer en la cuenta de que era lo que se esperaba de él.

Salió del restaurante del brazo de Guy y perdieron el contacto con Daphne y Charlie mientras regresaban al 97 dando un paseo. Dedujo que sus acompañantes debían de seguirlos a escasa distancia, pero dejó de pensar en su paradero cuando Guy la abrazó, la besó con ternura y dijo:

—Buenas noches, cariño. Recuerda que vamos a pasar el fin de semana en Ashurst.

¿Cómo podría olvidarlo? Becky vio que Guy miraba atrás con gesto furtivo, en la dirección que Daphne y Charlie habían estado siguiendo; a continuación, sin otra palabra, paró un cabriolé e instruyó al chófer que lo llevara al barracón de los fusileros en Hounslow.

Becky entró en casa y se sentó en el diván mientras se debatía entre regresar o no al 147 para decirle a Charlie exactamente lo que pensaba de él. Daphne apareció en la estancia como una exhalación escasos minutos después.

—Lamento lo que ha pasado esta noche —se disculpó Becky antes de que su amiga pudiera expresar su opinión—. Charlie suele ser bastante más comunicativo. No entiendo qué mosca le ha picado.

—Sospecho que no le habrá resultado fácil cenar con un oficial de su antiguo regimiento —dijo Daphne.

—Me imagino que tienes razón. Pero acabarán siendo amigos, estoy segura de eso.

Daphne se la quedó mirando fijamente, pensativa.

El sábado por la mañana, Guy se personó en el 97 de Chelsea Terrace para recoger a Becky y llevarla a Ashurst en coche. Le dijo lo guapa que estaba nada más verla, engalanada con uno de los elegantes vestidos rojos de Daphne, y se mostró tan parlanchín y animado durante todo el trayecto hasta Berkshire que Becky incluso empezó a relajarse. Llegaron a la aldea de Ashurst poco antes de las tres. Guy le guiñó un ojo mientras enfilaba el kilométrico camino de acceso que comunicaba con la residencia.

Becky no se esperaba que la casa fuera tan grande.

Un mayordomo, un asistente del mayordomo y dos criados esperaban en lo alto de la escalinata para recibirlos. Guy detuvo el vehículo en el camino de grava y el mayordomo se acercó para sacar del maletero las dos pequeñas maletas de Becky antes de entregárselas a un sirviente que se las llevó. A continuación, el mayordomo condujo con paso ceremonioso al capitán Guy y a Becky por los escalones de piedra hasta el recibidor, primero, y después por una amplia escalera de madera hasta uno de los dormitorios de la primera planta.

—La Habitación Wellington, señorita —anunció mientras le abría la puerta.

—Se supone que Wellington pasó aquí alguna noche —le explicó Guy mientras remontaba los peldaños por detrás de ella—. No te sentirás sola, por cierto. Estoy justo en el cuarto de al lado, y tengo mucha mejor conversación que el difunto general.

Becky se internó en un espacioso dormitorio en el que encontró a una muchacha uniformada con un largo vestido negro, con el cuello y los puños de color blanco, que estaba deshaciendo sus maletas. La chica se giró, hizo una reverencia y entonó:

—Soy Nellie, su doncella. Le ruego que me avise si necesita usted cualquier cosa, señorita.

Becky le dio las gracias, se acercó al mirador y contempló los verdes pastos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Oyó que llamaban a la puerta y, mientras se daba la vuelta, vio a Guy entrando en la habitación antes de que a ella le hubiera dado tiempo a decir «adelante».

—¿Te gusta la habitación, cariño?

—Es perfecta —respondió Becky mientras la doncella ensayaba otra reverencia. Le pareció detectar un destello de aprensión en los ojos de la muchacha mientras Guy recorría la estancia.

—¿Lista para conocer a papá?

—Todo lo lista que puede estar una —confesó Becky antes de acompañar a Guy al soleado gabinete de la planta baja, donde un hombre de cincuenta y pocos los aguardaba frente a una chimenea encendida.

—Bienvenida al Palacio de Ashurst —dijo el mayor Trentham.

Becky sonrió a su anfitrión.

—Gracias.

Aunque el mayor era ligeramente más bajito que su hijo, poseía la misma constitución estilizada y el mismo cabello rubio, si bien en sus sienes comenzaban a despuntar ya algunas canas. Ahí terminaba el parecido, no obstante. Mientras que Guy tenía la piel pálida y lozana, la del mayor Trentham lucía el bronceado propio de quien había pasado la mayor parte de su vida al aire libre, y cuando Becky le dio la mano notó la aspereza característica de quien era evidente que había trabajado en el campo.

—Esos zapatitos londinenses tan finos no te servirán para lo que he preparado —declaró el mayor—. Tendrás que pedirle prestadas unas botas de montar a mi esposa, o quizá las botas de agua de Nigel.

—¿Nigel? —inquirió Becky.

—El benjamín de los Trentham. ¿Guy no te ha hablado de él? Está cursando el último curso en Harrow con la esperanza de ingresar en Sandhurst…, y eclipsar a su hermano, por lo que tengo entendido.

—No sabía que tuviera usted otro…

—Un mocoso indigno de mención —la interrumpió Guy con una sonrisita mientras su padre cruzaba el gabinete y los llevaba a un armario que había debajo de las escaleras. Becky contempló una hilera de botas de montar cuyo cuero se veía más lustroso incluso que sus zapatos.

—Elige un par, bonita —la invitó el mayor Trentham.

Tras un par de intentos, Becky encontró unas que le quedaban como un guante y salió al jardín con Guy y su padre. El mayor dedicó casi toda la tarde a enseñarle la hacienda de trescientas hectáreas a su joven invitada, y cuando por fin dio la visita por concluida, Becky estaba más que preparada para tomarse el ponche caliente de la enorme fuente de plata que los esperaba en el gabinete.

El mayordomo les informó de que la señora Trentham había llamado para avisar de que se había entretenido en la vicaría y le iba a resultar imposible tomar el té con ellos.

Anochecía cuando Becky regresó a su habitación para darse un baño y cambiarse para la cena, pero la señora Trentham seguía sin dar señales de vida.

Daphne le había prestado dos vestidos para la ocasión, e incluso un exquisito broche

semicircular de diamante que Becky había aceptado con reticencia. Al mirarse en el espejo, sin embargo, todos sus temores se evaporaron.

Becky volvió al salón cuando oyó que los numerosos relojes repartidos por toda la casa anunciaban a coro que ya eran las ocho. El vestido y el broche surtieron un efecto perceptible e inmediato en los hombres. La madre de Guy seguía sin dar señales de vida.

—Qué vestido tan encantador, señorita Salmon —dijo el mayor.

—Gracias, mayor Trentham —replicó Becky, calentándose las manos junto a la chimenea mientras echaba un vistazo alrededor de la estancia.

—Mi esposa se reunirá con nosotros enseguida —le aseguró el mayor mientras el mayordomo le ofrecía una copita de jerez en una bandeja de plata.

—Ha sido estupendo visitar la mansión.

—Quizá le quede grande ese nombre —replicó con una sonrisa afectuosa el mayor—. Pero celebro que te haya gustado el paseo —añadió mientras dirigía su atención detrás de la muchacha.

Becky se giró para ver a una dama alta y elegante, vestida de negro de la cabeza a los pies, que entraba en la habitación en esos momentos. Se dirigió a ellos con paso lento y parsimonioso.

—Madre. —Guy acudió a su encuentro y la besó en la mejilla—. Me gustaría presentarte a la señorita Salmon.

—¿Cómo está usted? —dijo esta.

—¿Se puede saber quién se ha llevado mis mejores botas de montar del armario del pasillo —preguntó la señora Trentham, haciendo como si no viera la mano que le tendía Rebecca— y después las ha vuelto a dejar en su sitio cubiertas de barro?

—He sido yo —dijo el mayor—. De lo contrario, la señorita Salmon habría tenido que pasearse en tacones por toda la hacienda. Lo cual, dadas las circunstancias, habría sido poco recomendable.

—Preferiría que la señorita Salmon hubiera tenido la previsión de venir equipada con el calzado indicado.

—Lo siento muchísimo… —empezó a disculparse Becky.

—¿Dónde te has pasado el día entero escondida, madre? —la interrumpió Guy—. Esperábamos verte antes.

—Tenía que resolver algunos de los problemas que al nuevo vicario le vienen demasiado grandes, al parecer —replicó la señora Trentham—. No tiene ni pajolera idea de organizar una fiesta de la cosecha. Yo no sé qué les enseñan en Oxford hoy día.

—Teología, seguramente —sugirió el mayor Trentham.

El mayordomo carraspeó.

—La cena está servida, señora.

La señora Trentham se dio la vuelta sin mediar palabra y encabezó la comitiva al comedor a paso ligero. Colocó a Becky a la derecha del mayor y delante de ella. Tres cuchillos, cuatro tenedores y dos cucharas relucían frente a Becky encima de la inmensa mesa cuadrada. No le costó seleccionar el cubierto con el que debía empezar, puesto que había sopa de primero, pero a partir de ese punto sabía que tendría que limitarse a seguir el ejemplo de su anfitriona.

Esta no volvió a dirigirse a ella hasta que se hubo servido el plato principal. Mientras tanto, habló con su marido de los progresos de Nigel en Harrow (nada impresionante), del nuevo

vicario (casi igual de malo) y de lady Lavinia Malim, la viuda de un juez que se había instalado recientemente en el pueblo y estaba provocando más alteraciones de lo que cabría esperar.

Becky tenía la boca llena de faisán cuando la señora Trentham preguntó de repente:

—¿Y a qué se dedica su padre, señorita Salmon?

—Está muerto —farfulló Becky.

—Vaya, lamento oír eso —replicó la mujer con indiferencia—. Supongo que perdería la vida al frente de su regimiento.

—Pues no.

—Ah. Entonces, ¿a qué se dedicaba durante la guerra?

—Regentaba una panadería. En Whitechapel —añadió Becky, recordando lo que le había advertido su padre: «Si intentas disimular tus orígenes, tarde o temprano te arrepentirás».

—¿Whitechapel? —repitió la señora Trentham—. Una aldeíta encantadora que hay en las afueras de Worcester, si no me equivoco.

—No, señora Trentham, está en el corazón del East End de Londres —dijo Becky. Esperaba que Guy acudiera a rescatarla. El muchacho, sin embargo, parecía absorto en su copa de vino rosado.

—Vaya. —Los labios de la señora Trentham formaban una raya inflexible—. Recuerdo haber visitado en cierta ocasión a la esposa del obispo de Worcester en un sitio que se llamaba Whitechapel, aunque confieso que nunca me ha parecido necesario desplazarme tan lejos como para llegar al East End. Me imagino que allí no tendrán obispo. —Soltó el tenedor y el cuchillo —. No obstante —continuó—, mi padre, sir Raymond Hardcastle…, quizás haya oído hablar de él, señorita Salmon…

—Pues no, la verdad —respondió con sinceridad Becky.

Las facciones de la señora Trentham se contrajeron en otra expresión de desdén, aunque eso no evitó que prosiguiera como si nada.

—Fue nombrado baronet por los servicios prestados al rey Jorge V…

—¿Y cuáles fueron esos servicios? —preguntó Becky en tono inocente, lo que hizo que la señora Trentham se quedase callada un momento antes de explicar:

—Representó un pequeño papel en los esfuerzos de su majestad por evitar que nos invadieran los alemanes.

—Es comerciante de armas —murmuró el mayor Trentham.

Si la señora Trentham oyó el comentario, decidió pasarlo por alto. Con voz glacial, preguntó:

—¿Se ha presentado en sociedad este año, señorita Salmon?

—No, me he matriculado en la universidad.

—Esas actividades no gozan de mi aprobación. Opino que ninguna damisela debería recibir otra educación aparte de los rudimentos básicos de lectura, escritura y aritmética, más una correcta comprensión del trato con los criados. Por no hablar de cómo sobrevivir a un partido de críquet como espectadora.

—Pero si no se tienen criados… —empezó a replicar Becky, y habría continuado si la señora Trentham no hubiera hecho sonar la campanita de plata que reposaba junto a su mano derecha.

—Gibson, tomaremos en el café en el gabinete —anunció cuando reapareció el mayordomo, cuyo rostro delató un atisbo de sorpresa toda vez que la señora Trentham se levantó y condujo a todos los comensales fuera del comedor, por un largo pasillo y de vuelta al gabinete, donde el

fuego ya no ardía con el mismo vigor de antes.

—¿Brandy u oporto, señorita Salmon? —preguntó el mayor Trentham mientras Gibson servía el café.

—Nada, gracias —contestó Becky recatadamente.

—Con permiso —dijo la señora Trentham, levantándose de la silla en la que se acababa de sentar—. Amenaza con dolerme la cabeza y creo que haría bien en retirarme a mis aposentos, si no es molestia.

—Cómo no, querida, por favor —replicó sin emoción el mayor.

En cuanto su madre hubo salido de la habitación, Guy se acercó rápidamente a Becky, se sentó y la tomó de la mano.

—Estará de mejor humor por la mañana, cuando se le haya pasado la migraña, ya lo verás.

—Lo dudo —susurró Becky. Se giró hacia el mayor Trentham y dijo—: Creo que yo también debería retirarme. Ha sido un día muy largo. Además, estoy segura de que los dos tienen muchos asuntos que tratar.

Ambos hombres se incorporaron cuando Becky abandonó el gabinete y subió por la interminable escalera que conducía a su dormitorio. Se desvistió sin perder tiempo y, tras lavarse con una palangana de agua casi congelada, cruzó el cuarto sin calefacción arrastrando los pies y se refugió entre las frías sábanas de la cama.

Becky ya estaba medio dormida cuando oyó que alguien estaba girando el pomo de la puerta. Parpadeó varias veces seguidas e intentó enfocar el fondo de la habitación. La puerta se abrió con lentitud, pero solo pudo distinguir una silueta masculina que entraba y cerraba la puerta sigilosamente a su espalda.

—¿Quién está ahí? —susurró, atemorizada.

—Soy yo —murmuró Guy—. Solo quería pasarme para ver cómo estabas.

Becky tiró de la sábana de arriba hasta que esta le tocó la barbilla.

—Buenas noches, Guy —dijo con aspereza.

—Qué arisca. —Guy, que ya había cruzado la habitación, se sentó al pie de la cama—. Solo quería asegurarme de que todo esté en orden. Me pareció que no habías pasado un buen rato esta noche.

—Estoy bien, gracias —insistió Becky. Intentó esquivar al muchacho cuando este se inclinó sobre ella para besarla, por lo que los labios de Guy tuvieron que conformarse con rozarle la oreja izquierda.

—Quizá no sea el momento apropiado.

—Ni el lugar —añadió Becky, apartándose más todavía. Ya estaba a punto de caerse de la cama.

—Solo quería darte un beso de buenas noches.

A regañadientes, Becky dejó que la abrazara y la besara en los labios, pero Guy la retuvo durante mucho más tiempo de lo que esperaba y al final tuvo que darle un empujón para zafarse de él.

—Buenas noches, Guy —dijo con firmeza.

Aunque él no se movió de inmediato, acabó por incorporarse mientras mascullaba:

—A lo mejor en otra ocasión.

Becky oyó que la puerta se cerraba tras él instantes después.

Esperó un momento antes de levantarse de la cama. Se acercó a la puerta, giró la llave en la cerradura y la sacó antes de volver a acostarse. Tardó un buen rato en conciliar el sueño de nuevo.

A la mañana siguiente, cuando Becky bajó a desayunar, no tardó en enterarse gracias al mayor de que la mala noche que había pasado su mujer no había contribuido a aliviar la migraña que la aquejaba. La señora Trentham, por consiguiente, había decidido quedarse en la cama hasta que el dolor remitiera por completo.

Más tarde, cuando el mayor y Guy se fueron a misa, Becky se quedó leyendo los periódicos dominicales en el gabinete. La muchacha no pudo por menos de percatarse de que los criados cuchicheaban entre sí cada vez que cruzaba la mirada con ellos.

La señora Trentham hizo acto de presencia a la hora del almuerzo, pero no mostró el menor interés por sumarse a la conversación que estaba teniendo lugar en la otra punta de la mesa. Sin previo aviso, mientras el budín de verano recibía una capa de natillas, preguntó:

—¿Qué ha leído el vicario esta mañana?

—Trata a los demás como te gustaría que los demás te trataran a ti —replicó con retintín el mayor.

—¿Y qué le ha parecido el servicio en la iglesia de nuestra localidad, señorita Salmon? —Era la primera vez que la anfitriona le dirigía la palabra a Becky esa mañana.

—No he…

—Ah, sí, por supuesto, usted pertenece a la tribu elegida.

—No, soy católica romana, en cualquier caso.

—Vaya —dijo la señora Trentham con fingida sorpresa—. Daba por sentado que al llevar el nombre de Salmon…, fuera como fuese, no le habría gustado St. Michael. Es un lugar muy pragmático.

Becky se preguntó si la señora Trentham ensayaba por adelantado cada palabra que pronunciaba y cada cosa que hacía.

Una vez recogidas las sobras del almuerzo, la señora Trentham desapareció de nuevo y Guy sugirió que Becky y él deberían dar un tonificante paseo. Becky subió a su habitación y se puso los zapatos más viejos que tenía, demasiado aterrada como para insinuar siquiera la posibilidad de que la señora Trentham le prestara unas botas de agua.

—Lo que sea con tal de salir de esta casa —le dijo al muchacho cuando volvió a reunirse con él en el piso de abajo, y no abrió la boca de nuevo hasta estar segura de que la señora Trentham ya no podía escucharlos—. ¿Qué espera de mí? —preguntó transcurridos unos instantes.

—No es para tanto —insistió Guy, tomándola de la mano—. Exageras. Papá está convencido de que entrará en razón tarde o temprano. De todas formas, si tuviera que escoger entre ella y tú, tengo muy claro cuál de las dos es más importante para mí.

Becky le apretó la mano.

—Gracias, cariño, pero no estoy segura de ser capaz de aguantar otra velada como la de anoche.

—Siempre podríamos irnos y pasar el resto del día en tu casa —replicó Guy. Becky se giró para mirarlo, sin entender muy bien lo que quería decir. El muchacho se apresuró a añadir—: Será mejor que volvamos, de lo contrario se enfurruñará con nosotros por haberla dejado sola

toda la tarde.

Los dos apretaron el paso.

Minutos después remontaban los escalones de piedra de la entrada. Becky se cambió de calzado, se miró el pelo en el espejo del tocador y se reunió con Guy en el gabinete. La sorprendió ver que ya había una enorme bandeja de té preparada. Consultó la hora: solo eran las tres y cuarto.

—Lo siento si te parece necesario dejar a todo el mundo esperando, Guy —fueron las primeras palabras que oyó Becky al entrar en la sala.

—Nunca habíamos tomado el té tan temprano —observó el mayor desde el otro lado de la chimenea.

—¿Bebe usted té, señorita Salmon? —preguntó la señora Trentham, consiguiendo que incluso su nombre pareciera un dardo envenenado.

—Sí, gracias —contestó Becky.

—Podrías llamar a Becky por su nombre de pila —sugirió Guy.

La señora Trentham miró fijamente a su hijo.

—No soporto esta costumbre moderna de tratar con tanta familiaridad a cualquiera, y menos entre dos personas que apenas se conocen de nada. ¿Darjeeling, Lapsang o Earl Grey, señorita Salmon? —añadió antes de que nadie tuviera ocasión de reaccionar. Levantó la cabeza, expectante, pero no obtuvo respuesta de inmediato porque Becky aún no se había recuperado por completo de su última pulla—. Es evidente que no existe tanta variedad en Whitechapel.

Becky contempló la posibilidad de agarrar la tetera y bañar a la mujer con su contenido, pero logró reprimir el impulso de alguna manera, aunque solo fuese porque verla perder los estribos era precisamente lo que esperaba conseguir su anfitriona.

Cuando el silencio se prolongaba ya demasiado, la señora Trentham preguntó:

—¿Tiene usted hermanos o hermanas, señorita Salmon?

—No, soy hija única.

—Me sorprende, la verdad.

—¿Y eso por qué? —preguntó inocentemente Becky.

—Siempre había pensado que la clase baja se reproducía como los conejos —dijo la señora Trentham mientras le echaba otro terrón de azúcar al té.

—Madre, por favor… —protestó Guy.

—Solo era una broma —lo interrumpió ella—. A veces Guy se toma mis palabras demasiado en serio, señorita Salmon. Sin embargo, recuerdo perfectamente que mi padre, sir Raymond, solía decir…

—Otra vez no —murmuró el mayor.

—… que las clases son como el vino y el agua. Bajo ninguna circunstancia deberían mezclarse.

—Pues yo creía que fue Jesucristo el que consiguió transformar el agua en vino —dijo Becky.

La señora Trentham hizo oídos sordos a su observación.

—Precisamente por ese motivo tenemos oficiales y todo tipo de rangos, porque así lo planeó Dios.

—¿Y cree usted que Dios planeó también que entráramos en guerra, para que esos mismos oficiales pudieran masacrarse indiscriminadamente entre ellos?

—Eso es algo que ignoro, señorita Salmon —replicó la señora Trentham—. Entiéndalo, carezco de la ventaja de ser una intelectual como usted. Solo soy una mujer franca y sencilla a la que le gusta decir lo que piensa. Aunque si algo sé es que todos tuvimos que hacer sacrificios durante la guerra.

—¿Qué sacrificios tuvo que hacer usted, señora Trentham?

—Un número considerable de ellos, jovencita —replicó la mujer mientras erguía la espalda —. Para empezar, me las tuve que apañar sin muchas cosas que son fundamentales para la existencia.

—¿Como un brazo o una pierna? —Becky se arrepintió de sus palabras en cuanto comprendió que acababa de caer en la trampa de la señora Trentham.

La madre de Guy se levantó de la silla y se dirigió con parsimonia a la chimenea, donde tiró con violencia del cordón de la campana de los criados.

—No tengo por qué soportar que me insulten en mi propia casa —dijo. En cuanto apareció Gibson, se giró hacia él y añadió—: Encárgate de que Alfred recoja las pertenencias de la señorita Salmon de su habitación. Se vuelve a Londres antes de lo planeado.

Becky se quedó muda junto a la chimenea, sin saber qué hacer a continuación. La señora Trentham se limitó a mirarla fríamente hasta que la muchacha se acercó al mayor, le estrechó la mano y dijo:

—Me despido, mayor Trentham. Tengo la impresión de que no volveremos a vernos.

—Peor para mí, señorita Salmon —dijo el hombre diplomáticamente antes de besarle la mano. Becky se dio la vuelta y abandonó el gabinete caminando despacio, sin mirar a la señora Trentham. Guy salió al pasillo detrás de ella.

En el camino de regreso a Londres, Guy formuló todas las excusas que se le ocurrieron para justificar la conducta de su madre, pero Becky sabía que en realidad no se creía sus propias palabras. Cuando el vehículo se detuvo delante del número 97, Guy desmontó de un salto y abrió la puerta del copiloto.

—¿Puedo subir? —preguntó el muchacho—. Me gustaría decirte una cosa.

—Esta noche, no. Necesito pensar y preferiría estar sola.

Guy suspiró.

—Solo quería decirte cuánto te quiero, y hablar tal vez de nuestros planes para el futuro.

—¿Incluyen a tu madre esos planes?

—Mi madre puede irse al diablo. ¿No ves que estoy loco por ti?

Becky titubeó.

—Anunciemos nuestro compromiso en el *Times* lo antes posible y al cuerno con lo que opine ella. ¿Qué te parece?

Becky se giró y lo rodeó con los brazos.

—Ay, Guy, yo también te quiero, pero será mejor que no subas esta noche. Daphne podría volver en cualquier momento. En otra ocasión, a lo mejor.

La desilusión de Guy se plasmó en sus facciones. La besó antes de decir:

—Buenas noches.

Becky abrió la puerta y subió las escaleras corriendo.

Una vez en el apartamento, comprobó que Daphne todavía no había vuelto de la campiña. Se sentó en el sofá, sola, sin molestarse en encender la lamparita de gas cuando el sol empezó a

ponerse. Aún habrían de pasar dos horas antes de que Daphne irrumpiera en el piso como una exhalación.

—¿Cómo ha ido todo? —fueron las primeras palabras que pronunció su amiga mientras entraba en la salita de estar, ligeramente sorprendida por haber encontrado a Becky sentada en la oscuridad.

—Un desastre.

—Entonces, ¿se acabó todo?

—No, no exactamente. De hecho, me da la impresión de que Guy acaba de pedirme que me case con él.

—Pero ¿has aceptado?

—Sospecho que sí.

—¿Y qué vas a hacer en la India?

A la mañana siguiente, mientras deshacía la pequeña maleta, Becky descubrió horrorizada que faltaba el delicado broche que le había prestado Daphne para el fin de semana. Dio por sentado que debía de habérselo dejado en el Palacio de Ashurst.

Puesto que no le apetecía volver a ponerse en contacto con la señora Trentham, le dejó una nota a Guy en el barracón de su regimiento para informarle de su angustia. El muchacho respondió al día siguiente, asegurándole que echaría un vistazo el domingo, cuando tenía previsto comer con sus padres en Ashurst.

Becky se pasó los cinco días siguientes preocupada por si Guy sería capaz de encontrar el objeto perdido: afortunadamente, Daphne no parecía haber notado su ausencia. Becky solo esperaba que el broche reapareciera antes de que a su amiga se le ocurriera volver a ponérselo.

Guy escribió el lunes para decir que, pese a haber sometido el cuarto de invitados a un registro exhaustivo, no había conseguido localizar el broche perdido. Y, en cualquier caso, Nellie le había informado de que recordaba perfectamente haber guardado todas las joyas de Becky.

La noticia la dejó desconcertada, puesto que recordaba haber hecho la maleta ella misma tras su desalojo fulminante del Palacio de Ashurst. Se quedó levantada hasta tarde esa noche, muy preocupada, esperando a que Daphne volviera de su largo fin de semana en la campiña para explicarle a su amiga lo que había ocurrido. Se temía que ahorrar el dinero suficiente para reemplazar lo que seguramente era una herencia familiar podría llevarle meses, o incluso años.

Cuando su compañera de piso llegó a Chelsea Terrace, escasos minutos después de medianoche, Becky ya se había tomado varias tazas de café solo y a punto había estado incluso de encenderse uno de los cigarrillos de Daphne.

—Qué trasnochadora, bonita —fueron las primeras palabras de Daphne—. ¿Han empezado ya los exámenes?

—No —dijo Becky antes de relatarle atropelladamente toda la historia del broche de diamantes desaparecido. Concluyó preguntando cuánto calculaba que podría tardar en pagárselo.

—Supongo que más o menos una semana —replicó Daphne.

—¿Una semana? —dijo Becky, extrañada.

—Pues sí. No era más que bisutería de atrezo…, causa furor en estos momentos. Si no me falla la memoria, debió de costarme la fortuna de tres chelines.

Aliviada, Becky aprovechó su cena del martes con Guy para explicarle por qué buscar la

alhaja extraviada carecía ya de importancia.

Al lunes siguiente, Guy se presentó en Chelsea Terrace con el broche de la discordia. La explicación que le ofreció a Becky fue que Nellie lo había encontrado en la Habitación Wellington.

9

Becky empezó a notar algunos cambios en Charlie; sutiles, al principio, aunque se fueron volviendo más evidentes.

Daphne, por su parte, aprovechaba la menor ocasión para alardear de lo que, según sus propias palabras, era:

—El hallazgo social de la década, mi Charlie Doolittle particular. Imagínate —declaró—, este fin de semana lo llevé al Palacio de Harcourt y causó sensación. Incluso mi madre dijo que le parecía fantástico.

—¿A tu madre le cae bien Charlie Trumper? —preguntó Becky, incrédula.

—Huy, sí. Aunque también es cierto que sabe que no tengo la menor intención de casarme con él.

—Cuidado, tampoco yo pensaba casarme con Guy.

—Cariño, no olvides que tu origen está en las clases románticas, mientras que yo provengo de un entorno más práctico. Esa es la clave de que la aristocracia haya sobrevivido durante tantísimo tiempo. No, yo me acabaré casando con un tal Percy Wiltshire y no será porque esté escrito en las estrellas, sino por puro sentido común.

—Pero ¿está el señor Wiltshire al corriente de tus planes de futuro?

—El marqués de Wiltshire —la corrigió Daphne—. Y no, por supuesto que no. Su madre todavía no le ha dicho nada.

—Pero ¿y si Charlie se enamorase de ti?

—Imposible. Verás, hay otra mujer en su vida.

—Santo cielo —murmuró Becky—. Y pensar que ni siquiera me la ha presentado.

Las cifras semestrales de la tienda mostraban una considerable mejoría con respecto a las del primer trimestre, como descubrió Daphne a su pesar cuando recibió los dividendos que le correspondían. A ese paso, le contó a Becky, podía irse olvidando de que su préstamo le rindiera intereses a largo plazo. Por lo que a la propia Becky respectaba, cuanto más cerca estaba el momento de que Guy se marchase a la India, menos tiempo dedicaba a pensar en Daphne, Charlie o la tienda.

La India… Becky no había pegado ojo la noche que se enteró de que Guy iba a pasar tres años destinado en ese país. Le habría gustado enterarse por él de algo que afectaba tanto a su futuro, en vez de haber tenido que hacerlo por boca de Daphne. Becky siempre había aceptado sin rechistar que, dadas las obligaciones de Guy para con el regimiento, no iban a poder verse con regularidad. Conforme se aproximaba la fecha de su partida, sin embargo, le sentaban cada vez peor las labores de guardia, las maniobras nocturnas y, sobre todo, las operaciones de fin de semana en las que se esperaba que participaran los fusileros.

Se había temido que las atenciones de Guy se enfriaran tras su desolador paso por el Palacio

de Ashurst, pero lo cierto era que el muchacho se había vuelto aún más fogoso, si cabe, y no paraba de repetirle cuánto cambiarían las cosas cuando se hubieran casado.

De todos modos, casi sin avisar, los meses se convirtieron en semanas, las semanas en días, y el temido círculo que había trazado Becky alrededor del 3 de febrero de 1920 en el calendario que había junto a su cama se les echó encima de pronto.

—Vayamos a cenar al Café Royal, donde pasamos juntos nuestra primera velada —sugirió Guy el lunes anterior a su viaje.

—No —dijo Becky—. No quiero compartirte con cien desconocidos en nuestra última noche. —Vaciló antes de añadir—. Si no te repele la idea de que cocine yo, preferiría invitarte a cenar a mi apartamento. Por lo menos así estaremos a solas.

Guy sonrió.

Aunque la tienda iba viento en popa y Becky ya no se dejaba caer por allí con la misma frecuencia de antes, siempre sucumbía a la tentación de asomarse al escaparate cada vez que pasaba por delante del número 147. Se sorprendió al ver que, aquella mañana de lunes en particular, detrás del mostrador no había ni rastro de Charlie.

—¡Por aquí! —oyó que exclamaba una voz. Al girarse, descubrió a Charlie sentado en el banco que había enfrente del establecimiento. El mismo en el que se lo había encontrado cuando regresó a Londres. Cruzó la carretera para reunirse con él.

—¿Qué es esto, disfrutando de la jubilación anticipada cuando todavía no hemos terminado de devolver el préstamo?

—Ni por asomo. Estoy trabajando.

—¿Trabajando? Explíquese, señor Trumper. Me gustaría saber qué tiene que ver trabajar con pasarse un lunes por la mañana holgazaneando en el parque.

—Fue Henry Ford el que nos enseñó que «por cada minuto de acción debería haber una hora de reflexión» —dijo Charlie, cuyo acento cockney ya era una sombra de lo que siempre había sido. A Becky tampoco se le escapó la forma en la que había pronunciado el nombre de «Henry».

—¿Y qué rumbo están tomando esos pensamientos fordianos tuyos en este momento en particular?

—El de esa fila de tiendas de enfrente.

—¿Todas? —Becky inspeccionó la fachada—. ¿Y a qué conclusión llegaría el señor Ford si estuviera sentado en el mismo banco que tú? Ilústrame, por favor.

—A la de que representan treinta y seis formas distintas de ganar dinero.

—No las he contado nunca, pero me fío de tu palabra.

—¿Qué más ves al otro lado de la carretera?

Becky dejó vagar la mirada por Chelsea Terrace.

—Mucha gente paseando, principalmente señoritas con parasoles, niñeras con carritos de bebé y alguna que otra chiquilla jugando a la comba o al aro. —Becky hizo una pausa—. Espera, ¿qué estás viendo tú?

—Dos carteles de «se vende».

—Reconozco que no me había fijado. —La muchacha volvió a mirar al otro lado de la carretera.

—Eso es porque no lo enfocamos desde el mismo punto de vista —le explicó Charlie—. El primero está en la carnicería de Kendrick. Bueno, todos sabemos lo que le pasó, ¿no? Después de que le diera el infarto, el médico le recomendó que se jubilara antes de tiempo si quería vivir mucho más.

—Y luego está el del señor Rutherford —dijo Becky al divisar el segundo cartel de «se vende».

—El comerciante de antigüedades. Pues sí, el bueno de Julian quiere vender y mudarse con su amigo a Nueva York, donde la sociedad es un poquito más permisiva con sus aficiones particulares, por llamarlo de alguna manera.

—¿Cómo te has enterado…?

—Información —dijo Charlie, tocándose la nariz—. La clave de todo negocio.

—¿Otro principio fordiano?

—No, la referencia es más próxima —admitió Charlie—. Daphne Harcourt-Browne.

Becky sonrió.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer al respecto?

—Quedarme con los dos, claro.

—¿Cómo?

—Con diligencia e ingenio.

—Charlie Trumper, ¿lo dices en serio?

—Totalmente en serio. —Charlie se giró para mirarla de nuevo—. Al fin y al cabo, ¿qué diferencia podría haber entre Chelsea Terrace y Whitechapel?

—Supongo que apenas un decimal —replicó Becky.

—Pues corramos ese decimal, señorita Salmon. Porque ha llegado el momento de que dejes de ser una socia en la sombra y empieces a cumplir con tu parte del trato.

—Pero ¿qué pasa con mis exámenes?

—Usa el tiempo extra que tendrás ahora que tu novio se ha ido a la India.

—Se marcha mañana, de hecho.

—Te concederé otro día de asuntos propios, en tal caso. Así se llaman los días libres en la jerga oficial, ¿no? Porque mañana quiero que vuelvas a hablar con John D. Wood y concientes una cita con ese pimpollo imberbe…, ¿cómo se llamaba?

—Palmer —dijo Becky.

—Eso, Palmer. Pídele que negocie un precio en nuestro nombre por esas dos tiendas, y avísale de que también nos interesa cualquier otra posibilidad de compra que surja en Chelsea Terrace.

—¿Todo lo que surja en Chelsea Terrace? —repitió Becky, que había empezado a tomar apuntes en el dorso de su libro de texto.

—Sí, y también habrá que reunir con antelación todo el dinero que nos va a costar la adquisición de esos inmuebles, así que date una vuelta por los bancos e intenta conseguir las mejores condiciones posibles. No aceptes nada por encima del cuatro por ciento.

—Nada por encima del cuatro por ciento… —Becky levantó la cabeza—. Pero ¿treinta y seis tiendas, Charlie?

—Nos tendremos que armar de paciencia, lo sé.

En la biblioteca de la escuela de Bedford, Becky se esforzó por dejar aparcados los sueños de Charlie, que parecía empeñado en convertirse en el nuevo Mr. Selfridge, mientras intentaba completar un ensayo sobre la influencia de Bernini en la escultura del siglo XVII. Sin embargo, sus pensamientos no paraban de saltar de Bernini a Charlie y de Charlie a Guy. Si ya le costaba asimilar los últimos acontecimientos, con los antiguos estaba teniendo menos éxito todavía, por lo que llegó a la conclusión de que el ensayo debería esperar hasta que encontrara algo de tiempo y pudiera dedicarle la concentración necesaria al pasado.

Se pasó el descanso para almorzar sentada en el muro de ladrillo rojo que había enfrente de la biblioteca, mordisqueando una manzana de Cox mientras continuaba pensando. Le pegó un último bocado a la fruta antes de tirar el corazón a una papelera cercana y volvió a guardar sus cosas en la mochila antes de emprender su viaje al oeste, hacia Chelsea.

Una vez en el Terrace, su primera parada fue la carnicería, donde compró una pierna de cordero y le dijo a la señora Kendrick cuánto lamentaba lo de su marido. Al pagar la cuenta se fijó en que los empleados, aunque parecían competentes, hacían gala de escasa iniciativa propia. Los clientes se iban únicamente con lo que habían ido a buscar, algo que Charlie no consentiría jamás. Después se puso a la cola en Trumper's y llamó por señas a Charlie para que fuese él quien la atendiera.

—¿Algo especial, señorita?

—Un kilo de patatas, medio de champiñones, una col y un melón.

—Hoy es su día de suerte, señorita. El melón habría que comérselo esta misma tarde —le dijo mientras presionaba la punta con delicadeza—. ¿No le apetece algo más? ¿Naranjas, un racimo de uvas quizá?

—No, gracias, buen hombre.

—En tal caso, serán tres chelines con cuatro peniques, señorita.

—Pero ¿no va a echarme una manzana de Cox como a las demás?

—Lo siento, pero no, señorita. Ese privilegio está reservado para nuestros clientes habituales. Aunque podría dejarme persuadir si me pidiera compartir ese melón con usted esta tarde. Lo que me brindaría la oportunidad de explicarle con todo lujo de detalles mi plan maestro para Chelsea Terrace, Londres, el mundo…

—Hoy no puedo, Charlie. Guy se va a la India por la mañana.

—Tonto de mí, se me había olvidado. Disculpa. —Charlie parecía inusitadamente azorado—. ¿A lo mejor mañana?

—Sí, ¿por qué no?

—En tal caso, por tratarse de una ocasión especial, te invitaré yo a cenar. ¿Te recojo a las ocho?

—Trato hecho, socio —dijo Becky, esperando sonar como si fuera Mae West.

Charlie se distrajo de repente con la corpulenta señora que era la siguiente en la cola.

—Ah, lady Nourse —la saludó, recuperando su acento cockney habitual—. ¿Los colinabos y las berzas de costumbre o nos sentimos hoy un poquito más aventureros, señora?

Becky observó de reojo a la tal lady Nourse, que ya debía de haber dejado atrás los sesenta, y vio que su generoso busto se henchía de satisfacción.

Ya de regreso en su apartamento, le echó un rápido vistazo a la sala de estar para cerciorarse de que todo estuviera limpio y ordenado. La doncella había hecho un trabajo concienzudo y,

puesto que Daphne aún no había vuelto de otro de sus largos fines de semana en el Palacio de Harcourt, Becky tenía poco que hacer aparte de ahuecar algún que otro cojín y correr las cortinas.

Decidió dejar la cena lo más preparada posible antes de meterse en la bañera. Empezaba a arrepentirse de haber declinado la oferta de Daphne cuando esta le dijo que podía avisar a un chef y un par de sirvientas de Lowndes Square para que le echaran una mano, pero estaba decidida a tener a Guy para ella sola, para variar, aunque sabía que a su madre no le parecería bien que cenara con un chico sin la presencia de Daphne u otra carabina que los vigilara.

Melón, seguido del cordero con patatas, col y champiñones: seguro que el menú gozaría de la aprobación de su madre. Aunque sospechaba que esa aprobación no se habría extendido al exorbitante precio de la botella de Nuits-St-Georges de 1912 que había comprado en la tienda del señor Cuthbert, en el número 101. Becky peló las patatas, rehogó el cordero y se aseguró de que quedaba algo de menta en la cocina antes de quitarle el tallo a la col.

Mientras se llenaba la bañera decidió que, en el futuro, debería hacer la compra en las tiendas de la zona si quería que sus conocimientos sobre todo lo que acontecía en el Terrace estuvieran tan al día como los de Charlie. Antes de desvestirse comprobó que quedara un poco de brandy en la botella que le habían regalado por navidades.

Se quedó un buen rato sumergida en el agua caliente mientras repasaba mentalmente la lista de bancos a los que iba a acudir y, sobre todo, cómo iba a exponerles su caso. Las cifras detalladas de los ingresos de Trumper's, los plazos requeridos para devolver cualquier posible préstamo… Sus pensamientos se desviaron hacia el hecho de que Charlie y Guy parecieran incapaces de cruzar ni media palabra.

Salió de la bañera de un salto cuando oyó que el reloj del dormitorio anunciaba que ya eran las tres y media, consciente de súbito del tiempo que la habían tenido ocupada sus divagaciones y de que Guy llamaría puntual a la puerta en cuanto dieran las ocho. Lo único de lo que se podía estar segura con un soldado, le había advertido Daphne, era que siempre llegaban a tiempo.

El suelo de los dos dormitorios acabó cubierto de ropa cuando Becky vació la mitad del armario de Daphne y la mayor parte del suyo en un intento desesperado por encontrar algo que ponerse. Al final eligió un vestido que Daphne había llevado al baile de los fusileros y no había vuelto a tocar desde entonces. Cuando consiguió abrocharse el último botón, se miró en el espejo y, satisfecha, se dijo que el resultado era más que aceptable. El reloj de la repisa y el timbre de la puerta sonaron a la vez a las ocho.

Guy, vestido con la chaqueta cruzada del regimiento y los pantalones de sarga propios de la caballería, entró con una botella de vino en una mano y un ramo de rosas en otra. Dejó las dos ofrendas encima de la mesa y tomó a Becky en sus brazos.

—Qué vestido tan bonito —dijo—. Creo que es la primera vez que lo veo.

—Bueno, es la primera vez que me lo pongo —replicó Becky, sintiéndose culpable por no haberle pedido permiso a Daphne para tomarlo prestado.

—¿No está ayudándote nadie? —preguntó Guy mientras miraba a su alrededor.

—Si te soy sincera, Daphne se ofreció voluntaria para hacer de carabina, pero le dije que no porque es la última noche que vamos a pasar juntos y no me apetecía compartirte con nadie.

Guy sonrió.

—¿Puedo hacer algo?

—Descorchar el vino mientras yo preparo las patatas.

—¿Patatas de Trumper's?

—Por supuesto —replicó Becky antes de volver a la cocina y echar la col en una olla con agua hirviendo. Titubeó un momento antes de decir—: No te cae bien Charlie, ¿verdad?

Guy les sirvió sendas copas de vino, pero, o bien no había oído la pregunta, o bien no se dignó responder.

—¿Qué tal tu día? —inquirió Becky al volver a la sala de estar. Aceptó la copa que le tendió Guy.

—Me lo he pasado haciendo un montón de maletas para el viaje de mañana. En ese dichoso país esperan que tengas cuatro cosas de cada.

—¿Cuatro de cada? —Becky probó el vino—. Hm, qué rico.

—Cuatro de cada. Y tú, ¿qué has hecho hoy?

—He hablado con Charlie de sus planes para conquistar Londres sin declararle la guerra a nadie, he descartado a Caravaggio como artista de segunda fila y he seleccionado unos cuantos champiñones, por no hablar de la oferta del día de Trumper's.

Mientras terminaba de hablar, Becky colocó medio melón en el plato de su invitado y la otra mitad en el suyo. Guy llenó las copas de nuevo.

Conforme transcurría la cena, Becky era cada vez más consciente de que probablemente esa serían la última velada que iban a pasar juntos en al menos tres años. Hablaron de teatro, del regimiento, de los problemas que había en Irlanda, de Daphne e incluso del precio de los melones, pero ni una sola vez de la India.

—Siempre podrías ir a visitarme —dijo por fin, sacando a colación el tema tabú mientras le servía otra copa de vino. La botella ya estaba prácticamente vacía.

—¿Ir y volver en el día? —sugirió Becky mientras recogía los platos vacíos de la mesa y se los llevaba a la cocina.

—Sospecho que incluso eso será posible no dentro de mucho.

Guy se llenó la copa y abrió la botella que había traído.

—¿A qué te refieres?

—En avión. A fin de cuentas, Alcock y Brown han cruzado el Atlántico sin hacer escalas, así que la India debería ser el próximo objetivo de cualquier pionero ambicioso.

—A lo mejor me podría sentar en un ala —dijo Becky cuando volvió de la cocina.

Guy se rio.

—No te preocupes. Seguro que estos tres años se pasan volando. Podemos casarnos en cuanto regrese.

Levantó la copa y la vio beber otro trago. Dejaron transcurrir un momento en silencio.

Becky se levantó de la mesa. Se sentía un poco mareada.

—Tengo que poner la tetera al fuego —explicó.

Al volver, la muchacha no se percató de que su copa estaba llena otra vez.

—Gracias por esta velada tan maravillosa —dijo Guy, y por un instante a Becky la preocupó que estuviera pensando en marcharse—. Ahora me temo que ha llegado el momento de fregar los platos, visto que no hay ningún sirviente en los alrededores y mi ordenanza se ha quedado en el barracón.

—No, vamos a olvidarnos de eso —hipó ella—. Después de todo, puedo dedicar el primer

año a fregar los platos, el segundo a escurrirlos y el tercero a guardarlos en su sitio.

El apremiante pitido de la tetera interrumpió la carcajada de Guy.

—No tardo nada. ¿Por qué no te sirves una copita de brandy? —añadió Becky antes de volver a la cocina, donde dedicó unos instantes a buscar dos tazas que no estuvieran desportilladas. Regresó con ellas cargadas de café caliente, y por un momento le pareció que la luz de gas brillaba con menos intensidad que antes. Dejó las dos tazas encima de la mesita que había junto al diván—. Deberíamos esperar un par de minutos antes de probarlo, está ardiendo.

Guy le pasó una copa de balón llena de brandy hasta la mitad. Levantó la suya y se quedó esperando. Becky titubeó, probó un sorbito y se sentó junto a él. Ninguno de los dos dijo nada durante unos instantes. Guy soltó la copa de improviso, la abrazó y comenzó a besarla apasionadamente primero en los labios, después en el cuello y por último en los hombros desnudos. Becky solo empezó a resistirse cuando notó que la mano que el muchacho tenía apoyada en su espalda se deslizaba hacia uno de sus pechos.

Guy se apartó de repente y dijo:

—Tengo una sorpresa especial para ti, querida. Estaba reservándola para esta noche.

—¿De qué se trata?

—El *Times* anunciará nuestro compromiso mañana.

Por un momento Becky se quedó tan sorprendida que solo acertó a quedarse mirándolo.

—Ay, cariño, es maravilloso. —Se abrazó a él y no hizo ningún intento por resistirse cuando la mano de Guy volvió a posarse en su seno—. Pero ¿cómo va a reaccionar su madre?

—Su reacción me importa un bledo —replicó Guy mientras la besaba de nuevo en el cuello. Le acarició el otro pecho mientras Becky separaba los labios y sus lenguas se tocaban.

Empezó a notar cómo se desabrochaban los botones en la espalda de su vestido, despacio al principio, después con más confianza antes de que Guy la soltara otra vez. Se ruborizó mientras él se quitaba la chaqueta del regimiento y la dejaba encima del respaldo del diván. Se preguntó si debería dejarle claro que ya habían ido demasiado lejos.

Experimentó un instante de pánico cuando Guy comenzó a desabrocharse la pechera de la camisa. La situación se le estaba yendo de las manos.

Guy se inclinó hacia delante y le quitó la parte superior del vestido levantándolo sobre sus hombros. Cuando se reanudaron sus besos, Becky notó que sus dedos forcejaban con los enganches del corpiño.

Pensó que se iba a salvar gracias al hecho de que ninguno de los dos sabía exactamente dónde estaban las trabillas, pero enseguida se hizo evidente que no era la primera vez que Guy se enfrentaba a semejante problema, puesto que soltó con destreza los enganches de la discordia y solo vaciló un momento antes de dirigir la atención a sus piernas. Se detuvo de súbito al llegar a la liga de las medias de la muchacha.

—Hasta ahora solo podía imaginarme este momento —murmuró mirándola a los ojos—. No tenía ni idea de lo hermosa que eres.

—Gracias. —Becky se sentó más erguida. Guy le acercó su copa y ella bebió otro trago de brandy mientras se preguntaba si lo más prudente no sería inventarse cualquier excusa, quizá que el café estaba quedándose frío, y refugiarse en la cocina para preparar otra tetera de agua hirviendo.

—Sin embargo —añadió Guy, con una mano apoyada todavía en su muslo—, debo decir que

me he llevado una desilusión esta noche.

—¿Una desilusión? —Becky soltó su copa de brandy. Empezaba a sentirse incuestionablemente mareada.

—Sí. Tu anillo de compromiso.

—¿Mi anillo de compromiso?

—Hace más de un mes que lo encargué en Garrard's. Me prometieron que estaría listo para que pudiera recogerlo esta tarde. Pero hoy mismo me han informado de que no podrían dármelo hasta mañana a primera hora.

—No tiene importancia —dijo Becky.

—Sí que la tiene. Quería ponértelo en el dedo esta noche, así que espero que puedas acudir a la estación un poco antes de lo previsto. Pretendo apoyar la rodilla en el suelo y dártelo entonces.

Becky se incorporó y sonrió mientras Guy se levantaba rápidamente y la estrechaba entre sus brazos.

—Siempre te he querido, lo sabes, ¿verdad?

El resto del vestido de Daphne resbaló y se cayó al suelo. Guy la tomó de la mano. Becky lo llevó al dormitorio.

Él apartó la colcha de inmediato, se encaramó a la cama de un salto y le tendió los brazos. Cuando Becky se hubo reunido con él, Guy se apresuró a quitarle el resto de la ropa y empezó a besarla por todo el cuerpo antes de hacerle el amor con una pericia que Becky sospechó que solo podía ser fruto de una práctica considerable.

Aunque el acto en sí fue indoloro, a Becky le sorprendió lo pronto que se acabó la sensación prometida. Se quedó aferrada a Guy durante lo que le pareció una eternidad. Él no dejaba de repetirle cuánto la quería, lo que hizo que Becky se sintiera menos culpable. Al fin y al cabo, estaban prometidos.

Estaba medio dormida cuando le pareció oír un portazo. Se giró, asumiendo que el sonido debía de provenir del apartamento de arriba. Guy apenas si se inmutó. La puerta del dormitorio se abrió sin previo aviso, y Daphne apareció frente a ellos.

—Lo siento mucho, no sabía nada —susurró antes de cerrar la puerta sin hacer ruido a su espalda. Becky observó con aprensión a su amado.

Guy sonrió y la rodeó con los brazos.

—No te preocupes por Daphne. Seguro que no se lo cuenta a nadie.

Estiró un brazo, la atrajo hacia él e hicieron el amor otra vez.

La estación de Waterloo ya estaba atestada de hombres uniformados cuando Becky llegó al andén número uno. Pasaban un par de minutos de la hora acordada, por lo que le sorprendió un poco que Guy no estuviera esperándola. Después se acordó de que habría tenido que ir a Albemarle Street para recoger el anillo.

Consultó la pizarra, donde se podían leer las palabras: «Tren con destino a Southampton, P&O a la India, hora de salida 11:30». Becky siguió mirando nerviosamente por todo el andén hasta que le llamó la atención un corrillo de muchachas escandalosas. Se arracimaban bajo el reloj de la estación, conversando con voz aguda y chillona sobre batidas de caza, partidos de polo y puestas de largo. Todas ellas eran perfectamente conscientes de que las despedidas estaban reservadas para la estación, puesto que no sería apropiado que una damisela acompañara a su

galán en el tren con rumbo a Southampton…, a menos que estuvieran casados o prometidos de forma oficial. Sin embargo, la edición del *Times* de esa mañana demostraría que Guy y ella estaban prometidos, pensó Becky, por lo que quizá la invitaran a viajar al menos hasta la costa.

Miró de nuevo el reloj: pasaban veintiún minutos de las once. Empezó a notar los primeros síntomas de intranquilidad. De repente lo vio, cruzando el andén a largas zancadas en su dirección, seguido por un hombre que acarreaba dos maletas y un porteador que empujaba un carrito con más equipaje todavía.

Guy se disculpó, pero no le ofreció ninguna explicación sobre su tardanza. Se limitó a ordenarle a su sirviente que subiera las maletas al tren y lo esperara. Dedicaron varios minutos a hablar de nada en particular, y hasta Becky se dio cuenta de lo distante que estaba. Era consciente, no obstante, de que en el andén había otros oficiales compañeros suyos que también estaban despidiéndose de sus parejas; algunos de sus esposas, incluso.

Sonó un silbato y Becky vio que el jefe de estación consultaba su reloj. Guy se agachó, le rozó la mejilla con los labios y le dio la espalda de súbito. Se montó a toda prisa en el tren, sin mirar atrás ni una sola vez. Ella, mientras tanto, solo podía pensar en sus cuerpos desnudos entrelazados en aquella cama tan diminuta mientras Guy murmuraba: «Te querré siempre. Lo sabes, ¿verdad?».

Un banderín verde ondeó mientras sonaba otro pitido. Becky se había quedado sola. Se estremeció con el golpe de viento que se levantó cuando la locomotora empezó a alejarse de la estación para seguir la sinuosa ruta a Southampton. También las alborotadoras jovencitas se habían marchado, pero en otra dirección, hacia sus cabriolés y sus vehículos a motor conducidos por chóferes.

Becky se acercó al quiosco que había en una esquina del andén número siete, pagó los tres peniques que costaba una copia del *Times* y leyó la lista de próximos enlaces, primero por encima y después con más detenimiento.

Entre Arbuthnot y Yelland no se veía el nombre de Trentham por ninguna parte. Y tampoco el de Salmon.

10

Becky se arrepintió de haber aceptado la invitación de Charlie para cenar en el restaurante del señor Scallini, el único que conocía el muchacho, antes incluso de que les hubieran servido el primer plato. Charlie estaba esforzándose al máximo por ser lo más considerado posible, lo que únicamente contribuía a que ella se sintiera aún más culpable.

—Me gusta tu vestido —dijo él, admirando la prenda de color pastel que había tomado prestada del armario de Daphne.

—Gracias.

Se hizo un largo silencio.

—Lo siento. Debería habérmelo pensado mejor antes de invitarte a salir el mismo día que el capitán Trentham se iba a la India.

—El anuncio de nuestro compromiso saldrá publicado mañana en el *Times* —replicó ella, sin levantar la vista del plato de sopa que todavía no había probado.

—Enhorabuena —dijo Charlie sin emoción.

—Guy no te cae bien, ¿verdad?

—Nunca he hecho buenas migas con los oficiales.

—Pero vuestros caminos se cruzaron durante la guerra. De hecho, lo conociste antes que yo, ¿no es así? —preguntó Becky de sopetón. Al ver que Charlie no respondía, añadió—: Me di cuenta la primera vez que cenamos todos juntos.

—«Conocerlo» me parece exagerado. Servimos en el mismo regimiento, pero hasta esa noche nunca habíamos comido en la misma mesa.

—Sin embargo, luchasteis en la misma guerra.

—Junto con los otros cuatro mil hombres que formaban nuestro regimiento —replicó Charlie, negándose a dejarse embrollar.

—¿Y era un oficial respetado y valiente?

Un camarero se materializó junto a ellos sin que nadie lo hubiera llamado.

—¿Con qué bebida le gustaría acompañar el pescado, caballero?

—Champagne —respondió Charlie—. Al fin y al cabo, estamos de celebración.

—¿Seguro? —dijo Becky, ajena al hecho de que su socio había utilizado esa expresión con la sola intención de cambiar de tema.

—Los resultados de nuestro primer año. ¿O se te había olvidado que ya le hemos devuelto a Daphne más de la mitad del dinero que nos prestó?

Becky consiguió esbozar una sonrisa. Mientras ella estaba preocupada por el traslado de Guy a la India, Charlie se había concentrado en solucionar sus otros problemas. A pesar de la buena noticia, sin embargo, la velada se vio caracterizada por un silencio interrumpido por los ocasionales comentarios de Charlie; comentarios que no siempre obtenían respuesta. Becky apenas probó su champagne, mareó el pescado en el plato, no pidió postre, y a duras penas

consiguió disimular su alivio cuando les llevaron la cuenta.

Charlie pagó al camarero y le dejó una generosa propina. Becky pensó que Daphne se habría sentido orgullosa de él.

Al levantarse de la silla notó como si la habitación empezara a dar vueltas a su alrededor.

—¿Estás bien? —preguntó Charlie mientras usaba un brazo para rodearle los hombros.

—Sí, no es nada. No estoy acostumbrada a tomar tanto vino dos noches seguidas.

—Y tampoco has cenado gran cosa. —Charlie la guio fuera del restaurante, donde soplaba una fría brisa nocturna.

Recorrieron Chelsea Terrace tomados del brazo, y Becky no pudo por menos de pensar que cualquiera que los viese podría haberlos tomado por dos tortolitos. Cuando llegaron al portal de Daphne, Charlie tuvo que hurgar en el fondo del bolso de Becky hasta dar con las llaves. Se las apañó como pudo para abrir la puerta y mantener a la muchacha apoyada contra la pared, pero a Becky le fallaron las piernas y tuvo que sujetarla para evitar que se desplomara. Una vez delante del apartamento, entrar en él sin que se le cayera la muchacha requirió un auténtico ejercicio de contorsión por su parte. Por fin llegó como pudo a la sala de estar y la dejó en el diván. Enderezó la espalda y miró a su alrededor, debatiéndose entre dejarla allí o investigar cuál era su dormitorio.

Charlie se disponía a marcharse cuando su socia se cayó al suelo murmurando incoherencias, de las cuales él solo consiguió entender la palabra «prometidos».

Volvió junto a Becky, y esta vez la sujetó con más firmeza para cargársela al hombro. La transportó hacia una puerta que, una vez abierta, resultó ser la de un dormitorio, y la depositó con delicadeza en la cama. Cuando se retiraba de puntillas en dirección a la puerta, la muchacha se dio la vuelta y Charlie tuvo que regresar corriendo para colocarla en el centro de la cama e impedir que se cayera. Tras un instante de vacilación, se agachó para levantarle los hombros y desabrochar los botones de la espalda de su vestido con la mano libre. Una vez suelto el último, la depositó de nuevo en la cama y le levantó las piernas con una mano antes de empezar a tirar con la otra, centímetro a centímetro, hasta quitarle el vestido. Se separó de ella tan solo un momento mientras dejaba la prenda pulcramente colocada encima del respaldo de una silla.

—Charlie Trumper —murmuró mientras la observaba—, estás ciego. Y desde hace mucho tiempo, además.

Retiró la manta y arropó a Becky entre las sábanas, repitiendo la operación que había visto hacer a las enfermeras del frente occidental con los soldados heridos.

La envolvió con firmeza para cerciorarse de que no se repitiera el mismo proceso. Lo último que hizo fue agacharse para darle un beso en la mejilla.

No solo estás ciego, Charlie Trumper, sino que eres un necio, se dijo mientras cerraba la puerta al salir.

—Enseguida estoy contigo —dijo Charlie, que estaba pesando unas patatas en la báscula. Becky se quedó esperando pacientemente en un rincón de la tienda—. ¿Alguna cosa más, señora? —preguntó a la primera clienta de la fila—. ¿Unas mandarinas, quizá? ¿Manzanas? También tengo unos pomelos espectaculares de Sudáfrica, recién llegados esta misma mañana.

—No, gracias, señor Trumper. Eso es todo por hoy.

—En tal caso, señora Symonds, serán dos chelines con cinco peniques. Bob, ¿te importa

atender al próximo cliente mientras yo hablo con la señorita Salmon?

—Sargento Trumper.

—Señor —fue la respuesta automática de Charlie al oír aquella voz resonante. Al girarse se encontró con un hombre muy alto que se conducía con la espalda recta, vestido con una chaqueta de tweed de Harris, pantalones de sarga y un sombrero de fieltro marrón.

—Nunca se me olvida una cara —dijo el hombre, aunque Charlie habría seguido sin reconocerlo de no ser por el monóculo.

—Dios santo —dijo el muchacho, poniéndose firme.

—No, con coronel me conformo —se rio el hombre—. Y ya no hace falta que nos andemos con esas zarandajas. Es agua pasada. Hacía tiempo que no nos veíamos, Trumper.

—Casi dos años, señor.

—Creía que más —dijo el coronel, pensativo—. Al final tenías tú razón sobre Prescott, ¿verdad? Y te portaste como un buen amigo con él.

—Igual que él conmigo.

—Era un soldado de primera. Se merecía su medalla.

—No podría estar más de acuerdo con usted, señor.

—Tú también deberías haber recibido alguna, Trumper, pero después de lo de Prescott empezamos a racionarlas. Me temo que tuviste que conformarte con una mención honorífica.

—La medalla fue parar a la persona adecuada.

—Qué forma tan horrible de morir… Todavía me atormenta ese recuerdo, ¿sabes? A escasos metros de la línea.

—Usted no tuvo la culpa, señor. Si hay algún culpable, soy yo.

—Si hay algún culpable —replicó el coronel—, será cualquiera antes que tú. De todas formas, intuyo que es mejor olvidarlo —añadió sin explicar lo que quería decir.

—¿Cómo le van las cosas al regimiento? ¿Sobreviven sin mí?

—Y sin mí, me temo —dijo el coronel mientras metía unas cuantas manzanas en la bolsa para la compra que acarreaba—. Se han ido a la India, pero no antes de aparcar en el establo a este viejo caballo.

—Lamento oír eso, señor. El regimiento era su vida.

—Cierto, pero ni siquiera los fusileros podían librarse del hacha de Geddes. Si te soy sincero, llevo la infantería en la sangre, siempre ha sido así. Nunca conseguí acostumbrarme a esos tanques tan modernos.

—Si los hubiéramos tenido un par de años antes, señor, muchas vidas se habrían salvado.

—Cumplieron con su función, debo admitirlo. —El coronel asintió con la cabeza—. Me gustaría pensar que yo también lo hice. —Se ajustó el nudo de su corbata con rayas—. ¿Te veré en la cena del regimiento, Trumper?

—Ni siquiera sabía que fuera a celebrarse una cena, señor.

—Dos, todos los años. La primera en enero, solo para hombres. La segunda en mayo, ya con las respectivas, puesto que también hay baile. Así los camaradas tienen ocasión de reunirse y recordar los viejos tiempos. Estaría bien que te animaras, Trumper. Me han nombrado presidente del comité encargado del baile de este año y agradecería que la afluencia fuese cuantiosa.

—Cuente conmigo, señor.

—Excelente. Me encargaré de que la oficina se ponga en contacto contigo lo antes posible. La

entrada son diez chelines e incluye todo lo que puedas beber. Seguro que no te tiembla el bolsillo —añadió el coronel mientras paseaba la mirada por el bullicioso establecimiento.

—¿Puedo ayudarle en algo ya que está aquí, señor? —preguntó Charlie, súbitamente consciente de la larga fila de clientes que se estaba formando detrás del coronel.

—No, no, tu capaz asistente ya me ha atendido de maravilla. Como verás, he completado con éxito las instrucciones que mi señora me había dejado por escrito.

El coronel le enseñó una hojita de papel en la que aparecía una lista de artículos marcados.

—En tal caso, me hará ilusión verlo la noche del baile, señor —dijo Charlie.

El coronel asintió con la cabeza y salió a la acera sin mediar otra palabra.

Becky se acercó a su socio, plenamente consciente de que este se había olvidado por completo de ella, que llevaba todo ese tiempo esperando para poder hablar un momento con él.

—Sigues poniéndote firme, Charlie —bromeó.

—Ese era mi comandante en jefe, el teniente coronel sir Danvers Hamilton —le explicó pomposamente Charlie—. Cuidó de nosotros en el frente. Todo un caballero, sí, señor. Y se acordaba de mi nombre.

—Charlie, si te pudieras escuchar a ti mismo… Quizá sea un caballero, pero también está sin empleo, mientras que tú diriges un negocio floreciente. Si me dieran a elegir entre ser uno u otro, lo tendría muy fácil.

—Pero él es el comandante en jefe, ¿no te das cuenta?

—Lo era —lo corrigió Becky—. Y poco ha tardado en señalar que el regimiento se ha ido a la India sin él.

—Eso no cambia nada.

—Acuérdate de lo que te digo, Charlie Trumper. Ese hombre terminará llamándote «señor» a ti.

Guy llevaba fuera casi una semana, y a veces Becky conseguía pasarse toda una hora sin pensar en él.

Aunque había dedicado la mayor parte de la noche anterior a escribirle una carta, cuando se fue a clase a la mañana siguiente pasó de largo sin echarla al buzón. Había logrado convencerse a sí misma de que la culpa de que esa misiva no fuese a llegar a su destinatario recaía exclusivamente sobre los hombros del señor Palmer.

Decepcionada tras comprobar que el *Times* tampoco había anunciado su compromiso al día siguiente, Becky empezó a sentirse desesperada al ver que la semana transcurría sin que el diario se hiciera eco de la noticia. Al lunes llamó por teléfono a Garrard’s, donde le aseguraron no saber nada de ningún anillo encargado por el capitán Trentham de los fusileros reales. Decidió esperar otra semana antes de notificárselo a Guy. Debía de haber una explicación muy sencilla.

Guy seguía estando muy presente en sus pensamientos cuando llegó a las oficinas de John D. Wood, en Mount Street. Tocó la campanilla que había encima del mostrador y le preguntó a un empleado si podía hablar con el señor Palmer.

—¿El señor Palmer? El señor Palmer ya no trabaja con nosotros —le informó el hombre—. Lo llamaron a filas hace cosa de un año, señorita. Si puedo ayudarla yo en algo…

Los dedos de Becky se crisparon sobre el mostrador.

—De acuerdo. En tal caso, me gustaría hablar con alguno de los socios —replicó con firmeza.

—¿Le importaría decirme cuál es el objetivo de su visita? —preguntó el muchacho.

—Por supuesto. He venido para interesarme por las condiciones de venta de los números 131 y 135 de Chelsea Terrace.

—Ah, sí. ¿Y a quién le gustaría saberlo?

—A la señorita Rebecca Salmon.

—Enseguida vuelvo —le prometió el empleado, aunque tardó varios minutos en reaparecer. Lo hizo acompañado de un hombre mucho mayor, vestido con un largo abrigo de color negro y gafas con montura de carey. Del bolsillo de su chaleco colgaba una cadenita de plata.

—Buenos días, señorita Salmon —la saludó el hombre—. Me llamo Crowther. Si tiene la bondad de acompañarme…

Levantó la puerta del mostrador para invitarla a pasar. Becky lo siguió dócilmente.

—Hace un tiempo estupendo para esta época del año, ¿no le parece a usted, señorita?

Becky miró por la ventana y vio los paraguas que se deslizaban dando saltitos por la acera, pero decidió abstenerse de corregir las observaciones meteorológicas del señor Crowther.

Cuando llegaron a su diminuta oficina, ubicada en la parte trasera del edificio, el hombre anunció con orgullo:

—Este es mi despacho. Siéntese usted, por favor, señorita Salmon. —Le indicó la incómoda sillita que había delante de la mesa antes de instalarse en su sillón de respaldo alto—. Soy socio de la firma —explicó—, aunque debo confesar que tengo poca antigüedad. —Se rio de su propio chiste—. Bueno, ¿en qué puedo ayudarla?

—A mi colega y a mí nos gustaría adquirir los números 131 y 135 de Chelsea Terrace.

—Muy bien. —El señor Crowther consultó su expediente—. ¿Y en esta ocasión, la señorita Daphne Harcourt-Browne…?

—La señorita Harcourt-Browne no tiene nada que ver con esta operación. Si eso le impide tratar con el señor Trumper o conmigo misma, abordaremos personalmente a los vendedores.

Becky contuvo el aliento.

—No, por favor. No me malinterprete usted, señorita. Estoy seguro de que no habrá ningún problema para que podamos colaborar con ustedes.

—Se lo agradezco.

—Veamos…, empecemos por el número 135. —El señor Crowther se empujó los anteojos sobre el puente de la nariz antes de hojear los documentos que tenía delante—. Ah, sí, nuestro querido señor Kendrick. Un carnicero de primera, ¿sabe usted? Está pensando en irse de jubilación anticipada, lamentablemente.

Becky exhaló, y el señor Crowther la miró por encima de la montura de sus lentes.

—El médico le ha dicho que no tiene elección si espera vivir más que unos meses.

—Correcto. —El señor Crowther volvió a concentrarse en los documentos—. Bueno, parece que pide un precio de ciento cincuenta libras por la propiedad, más cien libras por el fondo de comercio.

—¿Y cuánto está dispuesto a aceptar?

—No sé si la entiendo, señorita. —El socio minoritario de la firma arqueó las cejas.

—Señor Crowther, antes de hacernos perder mutuamente ni un minuto más de nuestro valioso tiempo me siento en la obligación de confiarle que tenemos la intención de adquirir, por un precio justo, todos los establecimientos que se pongan a la venta en Chelsea Terrace, con la

intención a largo plazo de convertirnos en propietarios del barrio al completo, aunque tardemos toda la vida en conseguirlo. No tengo ningún interés en pasarme los próximos veinte años acudiendo a su despacho cada dos por tres para discutir por cualquier minucia. Para entonces me imagino que usted ya será socio principal, y los dos tendremos cosas mejores que hacer. ¿Me he explicado bien?

—Perfectamente —dijo el señor Crowther, observando de reojo la nota que Palmer había adjuntado a la venta del 147: el muchacho no exageraba al mencionar el carácter directo de su clienta. Volvió a recolocarse las lentes sobre la nariz—. Creo que el señor Kendrick podría estar dispuesto a aceptar ciento veinticinco libras si accediera usted a pasarle una pensión anual de otras veinticinco libras hasta el momento de su muerte.

—Pero podría vivir para siempre.

—Me siento en la obligación de recordarle que ha sido usted, señorita, no yo, la que aludía antes al presente estado de salud del señor Kendrick.

El socio minoritario de la firma se reclinó en su sillón.

—No deseo arrebatarle su pensión al señor Kendrick —replicó Becky—. Tenga la amabilidad de ofrecerle cien libras por la propiedad y veinte libras al año durante un periodo de ocho años como pensión. Podría mostrarme flexible con la segunda parte de la transacción, pero no con la primera. ¿Me ha entendido usted, señor Crowther?

—Alto y claro, señorita.

—Y ya que voy a pasarle una pensión al señor Kendrick, también espero de él que esté disponible para ofrecernos asesoramiento esporádicamente, cuando se lo solicitemos.

—Por supuesto —dijo Crowther mientras apuntaba la cláusula en el margen del documento.

—Bueno, ¿y qué me puede decir del 131?

—Ahí ya podríamos encontrarnos con algún que otro problema. —Crowther abrió el segundo expediente—. No sé si está usted al corriente de todas las circunstancias, señorita, pero el caso es que…

Becky decidió no ayudarle en esta ocasión y se limitó a sonreír con dulzura.

—Bueno, veamos —prosiguió el socio minoritario—. El señor Rutherford se ha trasladado a Nueva York para abrir una tienda de antigüedades con un amigo, en un sitio que llaman «el Village». —Titubeó.

—¿Y la naturaleza de su relación es poco habitual, por llamarla de alguna manera? —le asistió Becky al ver que el silencio amenazaba con eternizarse—. Quizá prefiera pasar el resto de sus días en un apartamento de Nueva York en vez de en una celda de Brixton.

—Correcto —murmuró el señor Crowther, cuya frente había empezado a perlarse de gotitas de sudor—. En el caso particular que nos ocupa, al caballero le gustaría dejar las instalaciones vacías. Según sus propias palabras, su mercancía podría alcanzar un precio de venta más favorable en Manhattan. Por consiguiente, lo único que tendría que valorar usted es la adquisición de la propiedad.

—En tal caso, me imagino que no nos correspondería pagar ninguna pensión.

—Creo que lo podemos dar por sentado, efectivamente.

—¿Y también cabría esperar que su precio sea un poquito más razonable, teniendo en cuenta las presiones a las que se ve sometido?

—Cabría esperar algo así, sí —replicó el señor Crowther—, habida cuenta que el

establecimiento en cuestión es bastante más grande que la mayoría de los que se encuentran en Chelsea…

—Ciento treinta y dos metros cuadrados, para ser exactos —dijo Becky—. Si lo comparamos con los noventa y tres del número 147, que hemos adquirido por…

—Un precio más que razonable para los tiempos que corren, si me permite el atrevimiento, señorita Salmon.

—No obstante…

—Correcto. —En la frente del señor Crowther se condensó otra gota de sudor.

—¿Cuánto espera obtener a cambio de la propiedad, ahora que ya hemos establecido que no hará falta pasarle ninguna pensión?

—Su precio de salida —dijo el señor Crowther, cuya mirada había vuelto a posarse en el documento—, es de doscientas libras. Sin embargo, sospecho —añadió antes de que a Becky le diera tiempo a protestar—, que, si pudieran cerrar las negociaciones a la mayor brevedad, estaría dispuesto a desprenderse de la propiedad por la módica cantidad de ciento setenta y cinco. —Arqueó las cejas—. Tengo entendido que se quiere reunir con su amigo lo antes posible.

—Si tiene tanta prisa, intuyo que no le importará rebajar el precio hasta las ciento cincuenta por pronto pago. Y si la operación se alargara unos días, tal vez accediera a aceptar ciento sesenta.

—Correcto. —El señor Crowther sacó el pañuelo que llevaba en el bolsillo de la pechera y lo usó para secarse la frente. Becky miró por la ventana y vio que todavía estaba lloviendo—. ¿Alguna cosa más, señorita? —preguntó el hombre tras guardarse el pañuelo.

—Sí, señor Crowther. Me gustaría pedirle que no pierda de vista las propiedades de Chelsea Terrace y nos avise al señor Trumper o a mí en cuanto se entere de la salida al mercado de cualquiera de ellas.

—Podría elaborar un informe completo de todas las propiedades de esa calle y presentárselo para su valoración al señor Trumper y a usted.

—Eso sería de lo más práctico —replicó Becky, disimulando su sorpresa ante el inesperado arranque de iniciativa desplegado por aquel socio minoritario ya entrado en años.

Se levantó de la silla para que quedase claro que, por su parte, daba la reunión por concluida.

—Tengo entendido que el número 147 está volviéndose muy popular entre los habitantes de Chelsea —observó el señor Crowther camino del mostrador principal.

—¿Y cómo sabe usted eso? —preguntó Becky, sorprendida de nuevo.

—Mi señora —le explicó el hombre— se niega a comprar la fruta y las hortalizas en ninguna otra parte, y eso que vivimos en Fulham.

—Una mujer con buen gusto, su señora.

—Correcto.

Becky pensaba que los bancos reaccionarían a sus pesquisas con el mismo entusiasmo demostrado por el agente inmobiliario. Sin embargo, tras seleccionar ocho posibles candidatos, enseguida descubrió que postularse como compradora en potencia y tener que humillarse prácticamente para negociar un préstamo eran dos cosas distintas. Cada vez que presentaba sus planes (siempre a alguien con tan poco peso dentro de la entidad que le habría resultado imposible tomar cualquier decisión de todas maneras), lo único que recibía eran negativas y

rechazos. Incluso en el banco que ya gestionaba la cuenta de Trumper's.

—De hecho —le contó a Daphne esa noche—, uno de los empleados del Penny Bank tuvo incluso la desfachatez de sugerir que, si alguna vez me casaba, estarían encantados de hablar de negocios con mi marido.

—Es la primera vez que te enfrentas al mundo de los hombres, ¿verdad? —Daphne soltó en el suelo la revista que estaba leyendo—. Sus grupitos, sus clubes… El lugar de una mujer está en la cocina, y, si eres medianamente atractiva, quizás en el dormitorio de vez en cuando.

Becky asintió con gesto fúnebre mientras recogía la revista y la dejaba encima de una mesita auxiliar.

—Debo confesar que a mí no me ha preocupado nunca esa mentalidad —añadió Daphne mientras embutía los pies en un par de zapatos con la punta elegantemente estilizada—. Claro que, por otra parte, yo no he nacido con esa ambición tuya tan desmesurada, bonita. En cualquier caso, a lo mejor ha llegado el momento de echarte otro cable.

—¿Otro cable?

—Sí. Verás, lo que necesitas para resolver tu problema es una corbata elegante.

—¿No parecería un poco tonta con ella?

—En realidad te quedaría muy bien, pero esa no es la cuestión. El dilema al que te enfrentas estriba en tu género…, por no hablar del acento de Charlie, aunque ya casi he terminado de corregir esa manía que tiene el muchacho. Una cosa es segura, sin embargo: todavía no se ha descubierto la manera de que las personas cambien de sexo.

—¿Adónde va a parar todo esto? —preguntó inocentemente Becky.

—Qué impaciente eres, cariño. Como Charlie. Tenéis que aprender a concedernos a los humildes mortales un poquito de tiempo para explicar lo que queremos decir.

Becky se sentó en la esquina del diván y recogió las manos sobre el regazo.

—Para empezar, debes entender que todos los banqueros son unos snobs de primera —prosiguió Daphne—. De lo contrario, harían como tú y regentarían su propio negocio. De modo que lo que necesitas para tenerlos comiendo de la palma de tu mano es un portavoz respetable.

—¿Un portavoz?

—Sí. Alguien que te acompañe en tus visitas al banco cada vez que haga falta. —Daphne se levantó y se miró en el espejo antes de continuar—. Quizás esa persona carezca de tu cerebro privilegiado, pero, por otra parte, no se verá lastrado ni por tu género ni por el acento de Charlie. Llevará puesta, eso sí, una corbata respetable, y a ser posible algún título a juego. A los banqueros les gustan los baronets, pero lo más importante de todo es que se trate de alguien incuestionablemente necesitado de dinero. Dinero que obtendrá de ti por los servicios prestados, no sé si me entiendes.

—Pero ¿esas personas existen? —preguntó Becky, incrédula.

—Te aseguro que sí. Es más fácil encontrar a alguien así, de hecho, que a alguien dispuesto a pasarse el día entero trabajando. —Daphne esbozó una sonrisa tranquilizadora—. Dame un par de semanas y estoy segura de que podré presentarte una lista con al menos tres candidatos. Ya lo verás.

—Eres increíble.

—A cambio, te pediré un pequeño favor.

—Lo que sea.

—Nunca digas eso cuando estés negociando con una mantis religiosa como yo, cariño. En cualquier caso, se trata de algo muy simple en esta ocasión, y perfectamente dentro de tus posibilidades. Si Charlie te pide que lo acompañes al baile de su regimiento, tú dile que sí.

—¿Por qué?

—Porque Reggie Arbuthnot ha cometido el error de invitarme a tan infausta ocasión y no puedo negarme si quiero pasar una temporada en su hacienda de Escocia cuando llegue noviembre. —Becky se rio mientras Daphne añadía—: No me importa ir al baile con Reggie, pero me niego a tener que volver a casa con él. Así que, si hemos llegado a un acuerdo, yo te proporcionaré el baronet desesperado que necesitas y lo único que tendrás que hacer tú es decir que sí cuando Charlie te invite.

—Sí.

Charlie no se sorprendió cuando Becky aceptó sin pestañear ser su acompañante para el baile del regimiento. Al fin y al cabo, Daphne ya le había explicado los detalles del acuerdo al que ambas habían llegado. Lo que sí lo pilló por sorpresa, sin embargo, fue ver que, cuando Becky ocupó su asiento en la mesa, los demás sargentos parecían incapaces de apartar la mirada de ella.

El escenario de la cena era un gimnasio enorme, lo que dio pie a los compañeros de Charlie a contar una anécdota tras otra sobre sus primeros días de adiestramiento en Edimburgo. Allí terminaban las comparaciones, no obstante, puesto que la comida era de mucha mejor calidad que la que Charlie recordaba que les habían servido en Escocia.

—¿Dónde está Daphne? —preguntó Becky mientras depositaban ante ella una ración de tarta de manzana bañada con una generosa capa de mermelada.

—Allí delante, en la mesa de la nobleza —dijo Charlie, señalando con el pulgar por encima del hombro—. Sería un escándalo que la vieran con unos pobretones como nosotros, ¿eh? —añadió con una sonrisa.

Al finalizar la cena se pronunció una serie de brindis; a la salud de todo el mundo, pensó Becky, menos del rey. Charlie le explicó que Guillermo IV había dispensado al regimiento de tener que pronunciar el brindis de lealtad, puesto que su lealtad a la corona era incuestionable. Todos los batallones se turnaron para levantar sus copas por las fuerzas armadas, no obstante, y finalmente por el regimiento, junto con el nombre de su antiguo coronel. Cada brindis culminaba en vítores clamorosos. Becky, atenta a la reacción de los soldados que estaban sentados a su alrededor en la mesa, comprendió por primera vez cuántos hombres de esa generación se consideraban afortunados por el mero hecho de seguir aún con vida.

El antiguo comandante en jefe, sir Danvers Hamilton, condecorado con la Orden del Servicio Distinguido, con el monóculo siempre en su sitio, pronunció un sentido discurso sobre todos aquellos de sus camaradas que, por distintos motivos, no los podían acompañar esa noche. Becky vio que Charlie se crispaba al escuchar el nombre de Tommy Prescott. Por último, los asistentes se pusieron en pie y brindaron por los amigos ausentes. Becky se descubrió inesperadamente conmovida.

Cuando el coronel hubo vuelto a su asiento, las mesas se despejaron y colocaron a un lado para que pudiera comenzar el baile. Daphne apareció en la otra punta de la sala en cuanto la banda del regimiento entonó la primera nota.

—Vamos, Charlie. No tengo tiempo que perder esperando a que te animes a acercarte a la

mesa de honor.

—Será un placer, señorita —dijo Charlie mientras se levantaba de la silla—. Pero ¿qué pasa con ese tal Reggie como se llame?

—Arbuthnot. He dejado al muy memo agarrado a una debutante de Chelmsford. Horrorosa, debo añadir.

—¿Qué tiene de «horrorosa» la pobre? —inquirió Charlie con retintín.

—Jamás pensé que llegaría el día que su majestad consintiera que alguien de Essex se presentara en sociedad en la corte. Aunque lo peor de todo es su edad.

—¿Por qué? ¿Cuántos años tiene? —preguntó Charlie mientras conducía a Daphne con confianza por toda la pista de baile.

—No estoy segura, pero tuvo la desfachatez de presentarme al viudo de su padre.

A Charlie se le escapó una carcajada.

—Deberías mostrarte solidario en vez de reírte de mí, Charles Trumper. Te queda mucho por aprender.

Becky se había quedado admirada con las dotes de bailarín de Charlie.

—Esa tal Daphne es una mujer de cuidado —dijo el soldado que tenía sentado junto a ella, el cual se presentó como el sargento Mike Parker y resultó ser un carnicero de Camberwell que había servido con Charlie en el Marne.

Becky no reaccionó a su comentario, y cuando el hombre ensayó una reverencia y le pidió que le hiciera el honor de concederle el próximo baile, la muchacha aceptó a regañadientes. El antiguo sargento procedió a transportarla por toda la pista como si fuera una pieza de cordero camino de la cámara frigorífica. Lo único que consiguió hacer mientras sonaba la música, antes de devolverla a la relativa seguridad de la mesa pringosa de manchas de cerveza, fue darle varios pisotones. Becky se quedó sentada en silencio mientras veía cómo se divertían los demás, esperando que nadie más la sacara a bailar. Sus pensamientos regresaron a Guy y al reencuentro que no podría evitar si dentro de dos semanas…

—¿Me concede este baile, señorita?

Todos los soldados sentados a la mesa se pusieron firmes mientras el comandante en jefe escoltaba a Becky a la pista de baile.

Descubrió que el coronel Hamilton era tanto un bailarín consumado como un conversador agradable, carente de esa tendencia a subestimarla que tantos empleados de banca habían exhibido recientemente con ella. Una vez terminado el baile, la invitó a la mesa de honor y le presentó a su esposa.

—Te advierto una cosa —le dijo Daphne a Charlie mientras miraba de reojo en dirección al coronel y lady Hamilton—. Mantener el ritmo de la ambiciosa señorita Salmon no te va a resultar nada fácil. Pero mientras no te separes de mí y prestes atención a mis palabras, conseguiremos que seas un digno rival para ella.

Un par de temas después, Daphne informó a Becky de que ya había cumplido de sobra con su deber y había llegado el momento de que todos se fueran. Becky, por su parte, se alegró de tener una excusa para rehuir la atención de todos los jóvenes oficiales que la habían visto bailando con el coronel.

—Tengo una buena noticia para vosotros —les dijo Daphne mientras la calesa recorría King's Road en dirección a Chelsea Terrace, con Charlie aferrado todavía a su botella de champagne

medio vacía.

—¿De qué se trata, bonita? —preguntó después de que se le escapara un eructo.

—A mí no me llames «bonita» —lo reconvino Daphne antes de añadir—: quizás esté dispuesta a invertir en la clase baja, Charlie Trumper, pero no olvides que provengo de noble cuna.

—Bueno, ¿y cuál es esa noticia? —preguntó Becky con una risa.

—Habéis cumplido con vuestra parte del trato, así que me corresponde hacer lo mismo.

—¿De qué estás hablando? —murmuró Charlie, medio dormido.

—He elaborado una lista con tres candidatos que podrían ser vuestros portavoces, lo que resolverá vuestro problema con los bancos.

Charlie se despejó de inmediato.

—El primero es hijo de un conde —enumeró Daphne—. Sin blanca, pero respetable. El segundo es un baronet que aceptaría el encargo a cambio de un porcentaje, pero la guinda del pastel es un vizconde al que se le ha agotado la suerte en las mesas de juego de Deauville y se ve obligado a aceptar encargos de manutención esporádicos.

—¿Cuándo podremos conocerlos? —preguntó Charlie, esforzándose para no arrastrar las palabras.

—Cuando queráis —le prometió Daphne—. Mañana…

—Eso no será necesario —la interrumpió Becky con delicadeza.

—¿Por qué no? —preguntó Daphne, sorprendida.

—Porque ya he encontrado a nuestro portavoz ideal.

—¿En quién estás pensando, cariño? ¿En el príncipe de Gales?

—No. En el teniente coronel sir Danvers Hamilton, baronet y condecorado con la Orden del Servicio Distinguido.

—Pero si es el puñetero coronel del regimiento —farfulló Charlie. La botella de champagne se le cayó y rodó por el piso del carruaje—. Imposible, jamás aceptaría algo así.

—Aceptará, te lo aseguro.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque ya he concertado una cita con él. Mañana por la mañana, a las once.

11

Daphne agitó el parasol cuando llegó la calesa. El conductor detuvo el carruaje y se levantó el sombrero.

—¿Adónde van, señorita?

—Al 172 de Harley Street —lo instruyó Daphne antes de que las dos mujeres montaran en el vehículo.

El conductor se levantó el sombrero de nuevo e hizo chasquear el látigo para que el caballo pusiera rumbo a Hyde Park Corner.

—¿Se lo has dicho ya a Charlie? —preguntó Becky.

—No, lo he estado evitando —reconoció Daphne.

Se quedaron calladas un momento mientras el conductor guiaba el caballo hacia Marble Arch.

—Quizá no haga falta decirle nada.

—Esperemos que no —suspiró Becky.

El silencio se prolongó de nuevo hasta que el caballo entró trotando en Oxford Street.

—¿Tu médico es una persona comprensiva?

—Siempre lo ha sido.

—Dios, estoy aterrada.

—No te preocupes. Será solo un momento, y por lo menos así habrás salido de dudas.

La calesa se detuvo frente al número 172 de Harley Street y las dos mujeres se apearon. Becky acarició la crin del caballo mientras Daphne le daba seis peniques al hombre antes de tocar la aldaba de bronce. Al oír los golpes, Becky se giró y subió corriendo los tres escalones de la entrada para reunirse con su amiga.

Les abrió la puerta una enfermera vestida con un uniforme azul almidonado, con la cofia y el cuello blancos, que les pidió a las dos damiselas que la siguieran. Tras guiarlas por un pasillo en penumbra, iluminado por una lamparita de gas solitaria, las dejó solas en una sala de espera vacía. En el centro de la habitación había una mesa en la que se amontonaban ordenadamente varios ejemplares de las revisats *Punch* y *Tatler*. Rodeaban el mueble varias sillas de aspecto cómodo pero desparejadas. Ambas se sentaron, pero ninguna volvió a pronunciar palabra hasta que la enfermera se hubo alejado.

—Me… —empezó Daphne.

—Si… —dijo Becky a la vez.

Las dos se rieron, un sonido forzado que resonó en la habitación de techo elevado.

—No, tú primero —dijo Becky.

—Solo quería saber cómo se está portando el coronel.

—Aguantó la sesión informativa como un campeón. Mañana celebraremos nuestra primera reunión oficial. Child y cía., en Fleet Street. Le he dicho que se lo tome como un ensayo general, porque me estoy reservando para dentro de unos días la entidad con la que creo que tenemos más

posibilidades.

—¿Y Charlie?

—Le está costando encajarlo. Sigue pensando que el coronel es su oficial al mando.

—A ti te pasaría lo mismo si Charlie hubiera sugerido que tu profesor de contabilidad fuera al 147 para echar las cuentas de la semana.

—Estoy evitando a ese caballero en particular en estos momentos —dijo Becky—. Mis esfuerzos académicos se limitan a evitar que me reprendan. Hace tiempo que mis mejores notas no dejan de caer en picado, mientras que las mediocres se han vuelto directamente deplorables. Como no consiga el título al final, la culpa será toda mía.

—Serás una de las pocas mujeres con una licenciatura en Humanidades. Aunque, tratándose de ti, le deberían poner otro nombre.

—¿Por ejemplo?

—Licenciatura en Calamidades.

Se rieron de lo que ambas sabían que solo era una manera de pasar el tiempo mientras seguían eludiendo el verdadero motivo que las había llevado a aquella sala de espera. La puerta se abrió de improviso, y levantaron la cabeza para ver que la enfermera había vuelto.

—El doctor la recibirá ahora.

—¿Puedo entrar yo también?

—Sí, seguro que no hay ningún inconveniente.

Las dos mujeres se levantaron y siguieron a la enfermera por el mismo pasillo de antes hasta llegar a una puerta blanca con una plaquita de bronce, desgastada por el roce, en la que se podía leer: «Dr. Fergus Gold». La enfermera llamó con los nudillos, alguien respondió «sí» desde dentro, y Daphne y Becky entraron juntas en la consulta.

—Buenos días, buenos días —saludó jovialmente el médico con un ligero acento escocés antes de estrecharles la mano—. Siéntense, por favor. Ya hemos completado las pruebas y tengo buenas noticias para usted.

Regresó al sillón que había detrás de la mesa y abrió el expediente que tenía delante. Las dos sonrieron. Becky se relajó por primera vez en días.

—Me alegra decirle que goza usted de un excelente estado de salud, pero, dado que este es su primer embarazo —el médico vio cómo las dos mujeres palidecían—, yo le recomendaría que se tomara usted con precaución los próximos meses. En cualquier caso, mientras tanto, no preveo ninguna complicación para el parto. Permítame ser el primero en felicitarla.

—Ay, Dios, no —jadeó Becky, a punto de desmayarse—. ¿No decía que tenía buenas noticias?

—Bueno, pues claro… —replicó el doctor Gould—. Daba por sentado que se alegraría.

—Hay un problema, doctor —intervino Daphne—. No está casada.

—Ah, claro, ya veo. —El médico había cambiado inmediatamente de tono—. Lo siento, no tenía ni idea. Si me hubiera informado en la primera consulta…

—No, toda la culpa es mía, doctor Gould. Esperaba…

—Al contrario, he pecado de una falta de tacto imperdonable. —El doctor Gould hizo una pausa, pensativo—. Aunque sigue siendo ilegal en este país, estoy seguro de que en Suecia hay médicos excelentes que…

—Imposible —lo interrumpió la embarazada—. Atentaría contra todo lo que mis padres

considerarían una conducta aceptable.

—Buenos días, Hadlow —dijo el coronel al entrar en el banco, antes de entregarle el abrigo, el sombrero y el bastón al gerente.

—Buenos días, sir Danvers —replicó este mientras le entregaba el abrigo, el sombrero y el bastón a un asistente—. Permítame decirle lo honrados que nos sentimos porque haya considerado este humilde establecimiento digno de su atención.

Becky no pudo por menos de reflexionar que ese recibimiento no era el mismo que le habían prodigado a ella hacía apenas unas semanas, cuando visitó otro banco de similares características.

—Si tiene la bondad de acompañarme a mi despacho… —prosiguió el gerente, extendiendo un brazo como un guardia de tráfico.

—Por supuesto, pero antes permítame presentarle al señor Trumper y la señorita Salmon, ambos socios míos en esta iniciativa.

—Un placer, por supuesto —dijo el gerente mientras se empujaba las lentes sobre el puente de la nariz antes de estrecharles la mano a Charlie y a Becky.

Esta se fijó en que el muchacho se mostraba inusitadamente callado y no paraba de tirarse del cuello de la camisa, que daba la impresión de estar apretándole demasiado. Sin embargo, tras haber pasado toda una mañana en Savile Row la semana anterior, dejando que lo midieran de la cabeza a los pies para que le hicieran un traje nuevo, se había negado a esperar ni un momento cuando Daphne sugirió que se dejara tomar las medidas también para una camisa, por lo que al final Daphne había tenido que elegirla más o menos a ojo.

—¿Café? —preguntó el gerente cuando todos se hubieron instalado en su oficina.

—No, gracias —dijo el coronel.

A Becky no le habría venido mal una taza, pero era consciente de que el director del banco daba por sentado que sir Danvers hablaba en nombre de los tres. Se mordió el labio.

—Bueno, ¿y en qué puedo ayudarle, sir Danvers? —El gerente se tocó el nudo de la corbata con un gesto nervioso.

—Mis socios y yo somos los actuales propietarios de un inmueble en Chelsea Terrace…, el número 147…, el cual, pese a tratarse de una empresa modesta en estos momentos, progresa satisfactoriamente, no obstante. —El gerente no perdió la sonrisa—. Adquirimos el negocio hace dieciocho meses, aproximadamente, al precio de cien libras, y esa inversión nos ha reportado unos beneficios de algo más de ciento cuarenta y tres libras en el último año.

—Muy satisfactorio —observó el gerente—. He leído la carta y los informes que tuvo la amabilidad de hacerme llegar a través de un mensajero, por supuesto.

Charlie se sintió tentado de contarle quién había sido dicho mensajero.

—Sin embargo, pensamos que ha llegado el momento de expandirse —continuó el coronel—. Y para hacerlo necesitaremos un banco capaz de demostrar un poquito más de iniciativa que la entidad con la que estamos negociando actualmente. Un banco con visión de futuro. A veces me da la impresión de que muchos asesores financieros se han quedado anclados en el siglo XIX. Con franqueza, es como si sirvieran para poco más que aceptar depósitos, mientras que lo que nosotros buscamos son los servicios de un banco de verdad.

—Lo entiendo.

—Con permiso, pero siento curiosidad… —dijo el coronel, interrumpiéndose de repente mientras se ajustaba el monóculo.

—¿Curiosidad? —El señor Hadlow se inclinó hacia delante en la silla, con cara de preocupación.

—Su corbata.

—¿Mi corbata? —El gerente se toqueteó el nudo de nuevo.

—Sí, su corbata. No me diga que…, ¿los Buffs?

—Tiene usted razón, sir Danvers.

—Entonces vio algo de acción, ¿no es así, Hadlow?

—Bueno, no exactamente, sir Danvers. La vista, ¿sabe usted? —El señor Hadlow empezó a juguetear con sus gafas.

—Mala suerte, camarada —dijo el coronel, cuyo monóculo volvía a colgar de su cadenita—. Bueno, sigamos. Mis colegas y yo estamos pensando en expandirnos, pero considero justo informarle de que ya hemos concertado una cita con una sucursal de la competencia para la tarde del jueves.

—La tarde del jueves… —repitió el gerente tras mojar otra vez su pluma en el tintero del escritorio y añadir esa información a las demás notas que ya había tomado.

—De todos modos —continuó el coronel—, espero que no pase inadvertido el hecho de que primero hemos acudido a hablar con ustedes.

—Nos honra —dijo el señor Hadlow—. ¿Y qué condiciones espera que seamos capaces de ofrecerle en este banco, sir Danvers, a diferencia del suyo?

El coronel se quedó callado un momento y Becky lo miró de reojo, alarmada; no recordaba si le había enumerado los términos. Ninguno de ellos esperaba llegar tan lejos en la primera reunión.

El coronel carraspeó.

—Esperaríamos condiciones competitivas, naturalmente, antes de trasladar nuestro negocio a su banco, conscientes de las consecuencias a largo plazo.

La respuesta pareció impresionar a Hadlow, que contempló las cifras que tenía delante.

—Bueno, veo que solicita un préstamo de doscientas cincuenta libras para la compra de los números 131 y 135 de Chelsea Terrace, para lo cual, teniendo en cuenta el estado de sus finanzas, haría falta un crédito al descubierto por valor de… —Hizo una pausa mientras realizaba los cálculos de cabeza—. Ciento setenta libras, al menos.

—Correcto, Hadlow. Veo que ha evaluado usted nuestra situación a las mil maravillas.

El gerente sonrió.

—Dadas las circunstancias, sir Danvers, creo que le podríamos conceder ese préstamo, efectivamente, siempre y cuando a sus colegas y a usted les parezca bien un interés anual del cuatro por ciento.

El coronel titubeó de nuevo, hasta que se fijó en la sonrisita crispada de Becky.

—Nuestro banco actual nos concedería el préstamo por un tres por ciento —dijo el coronel—, como sin duda ya sabe.

—Pero ellos no correrían ningún riesgo —señaló el señor Hadlow—, como tampoco les permitirían tener un descubierto de más de cincuenta libras. Sin embargo —añadió antes de que el coronel pudiera rechistar—, creo que en este caso en particular no nos importaría igualar ese

tres por ciento. ¿Qué le parece?

El coronel se abstuvo de hacer ningún comentario hasta haber observado la cara de Becky, cuya sonrisa ya se había ensanchado.

—Creo que hablo en nombre de mis colegas, Hadlow, si le digo que su propuesta nos parece más que aceptable.

Becky y Charlie mostraron su conformidad asintiendo con la cabeza.

—En tal caso, comenzaré a procesar todo el papeleo. Podría tardar unos días, por supuesto.

—Por supuesto —dijo el coronel—. Y permítame añadir, Hadlow, que estamos encantados de iniciar una larga y fructífera relación con su banco.

El gerente se las compuso de alguna manera para incorporarse y hacer una reverencia con el mismo movimiento, proeza que Becky pensó que incluso a sir Henry Irving le habría costado igualar.

A continuación, el señor Hadlow procedió a escoltar al coronel y a sus jóvenes asociados hasta el vestíbulo.

—¿Todavía trabaja para esta firma el bueno de Chubby Duckworth? —inquirió el coronel.

—Lord Duckworth es nuestro presidente, de hecho —murmuró reverencialmente el señor Hadlow.

—Buen tipo…, servimos juntos en Sudáfrica. En los Fusileros del Rey. Le mencionaré nuestro encuentro a Chubby, con su permiso, la próxima vez que lo vea en el club.

—Sería un detalle por su parte, sir Danvers.

Cuando llegaron a la puerta, el gerente habló con su asistente y ayudó personalmente al coronel a ponerse el abrigo, le devolvió su sombrero y su bastón, y se despidió de nuevos clientes.

—No dude en venir a verme si necesita usted cualquier cosa —fueron sus últimas palabras mientras hacía otra reverencia. Se quedó en la puerta hasta que los tres se hubieron perdido de vista.

Una vez en la calle, el coronel se apresuró a doblar la esquina y se detuvo detrás del primer árbol que encontró. Becky y Charlie corrieron detrás de él sin saber qué ocurría.

—¿Se encuentra usted bien, señor? —preguntó Charlie en cuanto hubieron llegado a su altura.

—Estoy bien, Trumper —replicó el coronel—. No te preocupes. Te aseguro, eso sí, que preferiría enfrentarme a un ejército de rebeldes afganos antes que volver a pasar por esto. En fin, ¿cómo lo he hecho?

—Ha estado usted magnífico —dijo Becky—. Le juro que, si le hubiera pedido a Hadlow que le limpiara los zapatos, habría echado mano a su pañuelo y se habría puesto a sacarles brillo sin pensarlo dos veces.

El coronel sonrío.

—Ah, bueno. Al final todo ha salido bien, ¿no?

—A la perfección. No se podría pedir más. Esta tarde iré a las oficinas de John D. Wood para realizar el ingreso por las dos tiendas.

—Gracias por la sesión informativa, señorita Salmon —dijo el coronel, ya más erguido—. ¿Sabe una cosa? Habría destacado usted en el ejército.

Becky sonrió.

—Me lo tomaré como un cumplido, coronel.

—¿No estás de acuerdo, Trumper? Menuda compañera te has buscado —añadió.

—Sí, señor —dijo Charlie mientras el coronel echaba a andar a paso ligero—. Aunque, ¿le importa que le pregunte una cosa? No dejo de darle vueltas.

—Por supuesto, Trumper. Dispara.

—Si es usted amigo del presidente del banco —dijo Charlie, caminando a la par de su antiguo superior—, ¿por qué no ha intentado hablar antes con él?

El coronel se detuvo de golpe.

—Mi querido Trumper —le explicó—, uno no se ve con el presidente de un banco para pedirle un crédito de doscientas míseras libras. En cualquier caso, digamos que tengo el presentimiento de que iremos a verlo no dentro de mucho. En estos momentos, sin embargo, tenemos prioridades más acuciantes.

—¿Prioridades?

—Sí, Trumper. Yo, para empezar, necesito un whisky. ¿Tú no? —El coronel divisó un cartel que se mecía en la fachada de un pub al otro lado de la carretera—. Y que sea doble, ya puestos.

—¿De cuánto estás? —preguntó Charlie al día siguiente, cuando Becky le dio la noticia.

—De tres meses, semana arriba o abajo. —La muchacha evitaba mirarlo directamente a los ojos.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —Charlie parecía un poco dolido mientras giraba el cartel de la tienda, de Abierto a Cerrado. Empezó a subir las escaleras.

—Esperaba que no hiciera falta. —Becky lo siguió al interior del apartamento.

—Se lo habrás dicho a Trentham, al menos.

—No. Pensaba escribirle una carta, pero todavía no he encontrado el valor para hacerlo. —Empezó a recoger la habitación. Cualquier cosa con tal de no mirarlo a la cara.

—¿«Pensabas»? Ese malnacido se tendría que haber enterado hace semanas. Es la primera persona que debería saberlo. Al fin y al cabo, él es el único responsable de este cochino desastre, con perdón.

—No es tan fácil, Charlie.

—Por todos los santos… ¿Por qué no?

—Sería el fin de su carrera y Guy vive para el regimiento. Es como tu coronel. No sería justo pedirle que renunciara a ser un soldado con tan solo veintitrés años.

—No se parece en nada al coronel —dijo Charlie—. Y, en cualquier caso, sigue siendo lo bastante joven como para sentar la cabeza y tener un trabajo normal, como hacemos los demás.

—Está casado con el ejército, Charlie, no conmigo. ¿Por qué arruinarnos la vida a los dos?

—De todas formas, debería saber qué ha pasado. Al menos así tendría elección.

—No tendría ninguna elección, Charlie, ¿no te das cuenta? Volvería a casa en el primer barco que zarpase para Inglaterra y se casaría conmigo. Es una persona íntegra.

—Conque una persona íntegra, ¿eh? Bueno, en tal caso, me podrás prometer una cosa.

—¿El qué?

—Que le escribirás esta noche y le contarás la verdad.

Becky se lo pensó un momento antes de decir:

—De acuerdo, le escribiré.

—¿Esta noche?

—Esta noche, sí.

—Y también deberías avisar a sus padres, ya que te pones.

—No, Charlie, no me puedes pedir que haga eso —replicó la muchacha, plantándole cara.

—¿Y cuál es el motivo esta vez? ¿Se arruinarían también sus carreras?

—No, pero su padre insistiría en que Guy volviera a casa y se casara conmigo.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Después su madre me acusaría de embaucadora, o peor aún…

—¿Peor?

—Podría decir que el hijo no es suyo.

—¿Y quién se lo iba a creer?

—Todo el que quisiera.

—Pero eso es injusto —se indignó Charlie.

—La vida es injusta, por citar a mi padre. Yo también me he hecho mayor, Charlie, como te ocurrió a ti en el frente.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

—¿Te refieres a nosotros?

—A nosotros, sí. Seguimos siendo socios, ¿sabes? ¿O se te había olvidado?

—Para empezar, tendré que mudarme. No quiero abusar de la confianza de Daphne…

—La verdad es que ha resultado ser una amiga excelente.

—Lo es, y de ambos —dijo Becky mientras Charlie se levantaba, metía las manos en los bolsillos y empezaba a deambular de un lado para otro entre los estrechos confines de la habitación. Becky se acordó de su época juntos en la escuela.

—Supongo… —Ahora era el muchacho el que parecía incapaz de mirarla a la cara.

—¿Qué? ¿Qué supones?

—Supongo que no…

—¿Sí?

—Supongo que no te plantearías la posibilidad de casarte conmigo.

Se hizo un prolongado silencio antes de que Becky, muda de asombro, se repusiera de su perplejidad.

—Pero ¿qué pasa con Daphne? —consiguió preguntar, al cabo.

—¿Daphne? No te habrás creído nunca que tenemos ese tipo de relación… Es cierto que me ha estado dando clases nocturnas, pero no de esa clase. En cualquier caso, en la vida de Daphne solo hay un hombre, y sin duda no es Charlie Trumper, por la sencilla razón de que ella ha sabido desde el principio que solo hay una mujer en la mía.

—Pero…

—Te quiero desde hace muchísimo tiempo, Becky.

—Santo cielo —murmuró esta, llevándose las manos a la cabeza.

—Lo siento. Pensaba que lo sabías. Daphne me había dicho que las mujeres teníais un sexto sentido para estas cosas.

—No tenía ni idea, Charlie. Estaba ciega, además de haber sido una estúpida.

—No he mirado a otra mujer desde el día que volví de Edimburgo. Supongo que esperaba que tú también me quisieras, por lo menos un poco.

—Siempre te tendré cariño, Charlie, pero me temo que estoy enamorada de Guy.

—Afortunado él. Y pensar que fui yo el que te vio primero… Tu padre me echó de la tienda una vez, ¿sabes?, cuando me oyó llamarte «Ricachona» a tus espaldas.

Becky esbozó una sonrisa.

—Siempre he alcanzado todo lo que me he propuesto en la vida. ¿Cómo es posible que te haya dejado escapar a ti?

La muchacha era incapaz de mirarlo a los ojos.

—Él es un alto mando, por supuesto, y yo no. Eso lo explicaría todo.

Charlie dejó de recorrer la habitación de un lado a otro y se detuvo ante ella.

—Tú diriges tu propio negocio, Charlie.

—Pero no es lo mismo, ¿a que no?

12

97 Chelsea Terrace
Londres SW3
20 de mayo de 1920

Mi estimado Guy:

Esta es la carta más difícil que he tenido que escribir en mi vida. Ni siquiera sé muy bien por dónde empezar, de hecho. Solo han pasado tres meses desde que te fuiste a la India, pero ha ocurrido algo que creo que deberías saber cuanto antes. He ido a ver al médico de Daphne, en Harley Street, y

Becky se detuvo, repasó meticulosamente las pocas frases que había redactado, arrugó la hoja con un gruñido de frustración y tiró la pelota a la papelera que había junto a ella, en el suelo. Se puso de pie, se desperezó y empezó a deambular de un lado a otro con la esperanza de que se le ocurriera alguna excusa para abandonar la tarea que se había autoimpuesto. Ya eran las doce y media, por lo que podría acostarse so pretexto de estar demasiado cansada para continuar…, aunque sabía que sería incapaz de conciliar el sueño hasta haber terminado la carta. Volvió a la mesa e intentó tranquilizarse antes de reformular el inicio. Agarró la pluma.

97 Chelsea Terrace
Londres SW3
20 de mayo de 1920

Mi querido Guy:

Me imagino que esta carta te pillará por sorpresa, sobre todo después de todos los cotilleos irrelevantes que compartía contigo hace solamente un mes. He estado aplazando el momento, con la esperanza de que mis temores resultaran ser infundados. Lamentablemente, no ha sido así, y ahora me siento abrumada por las circunstancias.

Después de haber pasado una maravillosa noche juntos antes de tu viaje a la India, al mes siguiente no me bajó la regla, pero no quise importunarte con mis problemas con la esperanza de que

No, no, no, pensó Becky, que rompió en pedazos el último borrador y dejó caer los restos a la papelera. Se dirigió a la cocina para prepararse un té. Después de la segunda taza, a regañadientes, se sentó al escritorio de nuevo.

97 Chelsea Terrace
Londres SW3

20 de mayo de 1920

Querido Guy:

Espero que todo vaya bien por la India, y que no te estén haciendo trabajar demasiado. No tengo palabras para expresar cuánto te echo de menos, pero con los exámenes cada vez más cerca y Charlie comportándose como si fuera el próximo Mr. Selfridge, estos tres primeros meses desde tu partida se me han pasado volando. De hecho, seguro que te sorprenderá saber que tu antiguo comandante en jefe, el teniente coronel sir Danvers Hamilton, se ha convertido en

—Y estoy embarazada, por cierto —dijo Becky en voz alta antes de descartar el tercer borrador. Le puso el tapón a la pluma y decidió que había llegado el momento de salir a la plaza para dar un paseo. Descolgó el abrigo del perchero del pasillo y bajó las escaleras corriendo.

Deambuló sin rumbo por la calle desierta, como si lo intempestivo de la hora que era no fuese con ella. La satisfizo ver que ya se habían colocado sendos carteles de «Vendido» en los escaparates de los números 131 y 135. Se detuvo un momento frente a la tienda de antigüedades e hizo visera con las manos para mirar a través de la ventana. Horrorizada, descubrió que el señor Rutherford se lo había llevado absolutamente todo, hasta las lamparitas de gas y la repisa de la chimenea que ella había dado por supuesto que estaría adosada a la pared. Para la próxima habré aprendido a fijarme mejor en los documentos de oferta, pensó. Mientras continuaba escudriñando el establecimiento vacío, un ratoncito se paseó por las tablas del suelo.

—A lo mejor deberíamos abrir una tienda de mascotas —dijo en voz alta.

—Con permiso, señorita.

Becky se dio la vuelta para encontrarse con un policía que procedió a tirar del pomo del 133 para cerciorarse de que las instalaciones estuvieran cerradas con llave.

—Ah, buenas noches, agente —dijo Becky tímidamente, sintiéndose culpable sin tener ningún motivo para ello.

—Son casi las dos de la mañana, señorita. Un poco tarde para dar las «buenas noches».

—Oh, ¿ya? —Becky consultó su reloj—. Vaya, pues parece que sí. Tonta de mí. Mire, vivo en el 97. —Presintiendo que el hombre esperaba algún tipo de explicación, añadió—: No podía dormir, así que decidí salir a dar un paseo.

—Alístese en el cuerpo, que estarán encantados de tenerla toda la noche caminando de acá para allá.

Becky se rio.

—No, gracias, agente. Creo que volveré al piso e intentaré conciliar el sueño. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita —dijo el policía, y se tocó el casco a modo de saludo antes de comprobar que también la tienda de antigüedades estuviera cerrada a cal y canto.

Becky dio media vuelta y regresó sobre sus pasos caminando con decisión, abrió la puerta del 97 de Chelsea Terrace, subió las escaleras del apartamento, dejó colgado el abrigo y se sentó de inmediato al pequeño escritorio. Se lo pensó tan solo un momento antes de echar mano a la pluma y empezar a escribir.

Las palabras fluyeron sin esfuerzo, a diferencia de antes, puesto que ahora sabía exactamente lo que quería decir.

97 Chelsea Terrace
Londres SW3
20 de mayo de 1920
Querido Guy:

Le he dado mil vueltas a cómo informarte de todo lo que ha pasado desde que te fuiste a la India, y al final he llegado a la conclusión de que lo más razonable es contarte la verdad sin rodeos.

Estoy embarazada de catorce semanas y el bebé es tuyo, lo cual me llena de felicidad y, al mismo tiempo, confieso que también me produce cierta inquietud. Felicidad, porque tú eres el único hombre al que alguna vez he amado realmente, e inquietud por las repercusiones que podría tener esta noticia para tu futuro en el regimiento.

Vaya por delante que no tengo la menor intención de perjudicar tu carrera obligándote a casarte conmigo. Sería inaceptable para los dos que semejante compromiso estuviera motivado únicamente por algún sentimiento de culpa, que te pasaras el resto de tu vida participando en una farsa por culpa de algo que solo ocurrió una noche.

Por mi parte, no es ningún secreto la devoción que siento por ti, pero, si el sentimiento no es mutuo, no me gustaría ser la artífice de que sacrificaras una carrera tan prometedora en aras de la hipocresía.

Sin embargo, cariño, espero que no te queda ninguna duda de que el amor que te profeso es incondicional y solo albergo los mejores deseos para tu futuro y tu bienestar, hasta el punto incluso de estar dispuesta a negar tu responsabilidad en este asunto, si tú así lo quisieras.

Te adoraré siempre, Guy, y ten por seguro que acataré la decisión que tomes, sea cual sea, con suma lealtad.

Todo mi cariño,
Becky

No fue capaz de contener las lágrimas al releer aquellas palabras. Estaba doblando la hoja cuando la puerta del dormitorio se abrió de improviso y una Daphne somnolienta se presentó delante de ella.

—¿Estás bien, bonita?

—Sí. Un poco preocupada, eso es todo —le explicó Becky—. Decidí que necesitaba un poco de aire.

Introdujo discretamente la carta en un sobre en blanco.

—Ahora que estoy levantada —dijo Daphne—, ¿te apetece una taza de té?

—No, gracias. Ya me he tomado dos.

—Bueno, me parece que voy a servirme una. —Daphne se metió en la cocina, momento que Becky aprovechó para tomar la pluma de nuevo y escribir en el sobre:

Capitán Guy Trentham, C.M.
II Batallón de los Fusileros Reales
Cuartel de Wellington
Poona

INDIA

Salió del apartamento, echó la carta al buzón que había en la esquina de Chelsea Terrace y regresó al número 97 antes incluso de que le hubiese dado tiempo a hervir al agua de la tetera.

Aunque Charlie recibía alguna que otra carta de Canadá, en las que Sal le informaba del nacimiento de su último sobrino o sobrina, y Grace le llamaba de vez en cuando, siempre que sus responsabilidades en el hospital se lo permitían, las visitas de Kitty eran realmente raras. Cuando aparecía por el apartamento, sin embargo, siempre era con el mismo objetivo.

—Solo necesito un par de libras, Charlie, lo justo para ir tirando —le explicó su hermana mientras se instalaba en la silla más cómoda nada más entrar en la sala.

Charlie la observó fijamente. Solo se llevaban dieciocho meses de diferencia, pero aparentaba estar en la treintena. Bajo su cárdigan holgado e informe no se apreciaba ni rastro de la figura que antes atraía todas las miradas lascivas del East End, y sus facciones sin maquillar se veían moteadas y surcadas de arrugas.

—La última vez era solo una libra —le recordó Charlie—. Y no hace tanto de eso.

—Pero es que desde entonces me ha abandonado mi hombre, Charlie. Vuelvo a estar sola y desamparada, ni siquiera tengo un techo sobre mi cabeza. Venga, haznos ese favor.

Mientras continuaba mirándola fijamente, el muchacho se alegró de que Becky todavía estuviera en clase esa tarde, aunque sospechaba que Kitty solo aparecía cuando tenía la certeza de que la caja estaba llena y no iba a tropezarse con Becky.

—Enseguida vuelvo —dijo Charlie tras un prolongado silencio. Salió de la habitación y bajó las escaleras para ir a la tienda. Cuando se hubo asegurado de que los empleados no estaban mirando, sacó dos libras con diez chelines de la registradora. Remontó las escaleras con resignación.

Kitty ya lo estaba esperando en la puerta. Charlie le dio los tres billetes. Su hermana poco menos que se los arrebató de un manotazo, se los guardó en un guante y se marchó sin pronunciar palabra.

Bajó las escaleras detrás de ella y la vio agarrar un melocotón de la ordenada pirámide que había en una esquina de la tienda. Kitty le pegó un mordisco antes de salir a la calle y alejarse por la acera con paso vivo.

Charlie tendría que encargarse de cerrar la caja esa noche. Nadie podía enterarse de la cantidad exacta que le había dado.

—Al final te vas a tener que comprar este banco, Charlie Trumper —dijo Becky mientras se sentaba a su lado.

—Cuando todas las tiendas de la calle sean mías, bonita —replicó él mientras se giraba para observarla—. ¿Cómo estás? ¿Falta mucho para que nazca el bebé?

—Otras cinco semanas, más o menos, según el médico.

—Ya has preparado el piso para su llegada, ¿verdad?

—Sí, gracias a que Daphne dejó que me quedara con él.

—La extraño —dijo Charlie.

—Y yo, aunque la veo más contenta que nunca desde que Percy se licenció de la guardia

escocesa.

—Seguro que no tardan mucho en casarse.

—Esperemos que no —dijo Becky, con la mirada fija al otro lado de la carretera.

En la acera de enfrente relucían tres carteles de Trumper's, todos con letras doradas sobre fondo azul. La tienda de frutas y hortalizas seguía generando excelentes ingresos, y Bob Makins parecía haber pegado un estirón en el último año. La carnicería había perdido algunos clientes después de que el señor Kendrick se jubilara, pero los había vuelto a recuperar cuando Charlie contrató a Mike Parker para ocupar su lugar.

—Esperemos que sea mejor carnicero que bailarín —fue el comentario de Becky cuando Charlie le contó cuál era el nuevo destino del sargento Parker.

En cuanto a la tienda de comestibles, el más reciente orgullo de Charlie, llevaba subiendo como la espuma desde el primer día, aunque, por lo que a sus empleados respectaba, su jefe daba la impresión de estar en los tres establecimientos a la vez.

—Transformar la tienda de antigüedades en un colmado fue un golpe de genio —observó Charlie.

—Así que ahora te consideras un experto en todo tipo de comestibles, ¿verdad?

—En absoluto. Lo mío son las frutas y las verduras, nada más, y siempre lo será.

—Me pregunto si será eso lo que les cuentes a las chicas cuando toda la calle sea tuya.

—Aún falta para eso. Bueno, ¿y qué pinta tienen las cuentas de los nuevos negocios?

—Según los libros, lo más probable es que arrojen pérdidas el primer año.

—Pero también podrían generar beneficios, o cubrir pérdidas, por lo menos —protestó Charlie, indignado—. Y el colmado seguro que…

—No levantes tanto la voz. Quiero que el señor Hadlow y sus colegas del banco descubran que nos está yendo mucho mejor de lo que predijimos originalmente.

—Eres maquiavélica, Rebecca Salmon, eso es indudable.

—Veremos si dices lo mismo, Charlie Trumper, cuando necesites que vaya a suplicar que nos concedan otro préstamo.

—Ya que eres tan lista, explícame por qué no me puedo hacer con la librería —dijo Charlie mientras apuntaba al otro lado de la carretera, al número 141, donde una luz solitaria era la única prueba de que el edificio todavía estaba habitado—. Ese sitio lleva semanas sin ver ni un solo cliente, que yo sepa, y las pocas personas que entran solo lo hacen para preguntar cómo se vuelve a Brompton Road.

—No tengo ni idea —se rio Becky—. Ya he hablado largo y tendido con el señor Sneddles acerca de nuestra intención de adquirir el inmueble, pero no le interesa. Entiéndelo, desde que falleció su mujer, llevar la tienda se ha convertido en su única razón para seguir adelante.

—Ya, pero ¿seguir adelante haciendo qué? ¿Desempolvando libros viejos y amontonando manuscritos arcaicos?

—Se conforma con pasarse las horas releyendo a William Blake y sus queridos poetas de guerra. Mientras venda uno o dos libros todos los meses, la tienda seguirá abierta. Como Daphne está recordándome siempre, no todo el mundo aspira a ser millonario, ¿sabes?

—Es posible. Entonces, ¿por qué no le ofrecemos al señor Sneddles ciento cincuenta guineas por la propiedad y después le cobramos, no sé, diez guineas de alquiler al año? De ese modo, a su muerte, el negocio caería en nuestras manos de forma automática.

—Eres un inconformista, Charlie Trumper, pero si eso es lo que quieres, lo intentaré.

—Eso es lo que quiero, Rebecca Salmon, así que pon manos a la obra.

—Haré lo que pueda, aunque no sé si te has dado cuenta de que estoy a punto de tener un bebé y, al mismo tiempo, intento sacarme la licenciatura.

—Esa combinación no me da buena espina. En cualquier caso, quizá necesite que realices otra proeza de las tuyas.

—¿Otra proeza?

—La tienda de Fothergill.

—La bodega de la esquina.

—La misma. Y ya sabes lo que pienso de las bodegas, señorita Salmon.

—Me consta, señor Trumper, como me consta también que las sutilezas del arte de la negociación te resultan ajenas. No tienes madera de subastador.

—No mucha, no —admitió Charlie—. Pero después de un par de visitas a New Bond Street, donde he visto cómo se ganan la vida en Sotheby's, seguidas de un corto paseo por esa misma calle hasta St. James's para estudiar a sus únicos rivales de verdad, Christie's, he llegado a la conclusión de que tarde o temprano podríamos encontrarle utilidad a ese título tuyo en Humanidades.

Becky arqueó las cejas.

—Me muero de ganas por descubrir cuáles son tus planes para el resto de mi vida.

—Cuando hayas terminado los estudios —continuó Charlie, ignorando sus comentarios—, quiero que eches una solicitud para trabajar en Sotheby's o en Christie's, cualquiera de las dos me vale, donde te pasarás de tres a cinco años aprendiendo todo lo que te puedan enseñar. Cuando consideres que ya es suficiente y estés lista para marcharte, recluta a todo el que te parezca digno de ser empleado, vuelve para dirigir el número 1 de Chelsea Terrace y abre un auténtico rival para esos dos establecimientos.

—Tienes toda mi atención, Charlie Trumper.

—Verás, Rebecca Salmon, tienes la experiencia del negocio de tu padre. Combínala con aquello que siempre te ha entusiasmado y para lo que posees un talento natural, y el éxito está garantizado.

—Gracias por el cumplido, pero, ya que estamos, ¿te importa que te pregunte cómo encaja el señor Fothergill en tu plan maestro?

—No encaja de ninguna manera.

—¿Qué quieres decir?

—Lleva los tres últimos años perdiendo dinero a espuertas —dijo Charlie—. En estos momentos, el valor de su propiedad y el saldo de sus mejores productos alcanzarían a duras penas para cubrir pérdidas, pero esa situación no se puede prolongar mucho tiempo. Y ahora, ya sabes lo que espero de ti.

—Me ha quedado muy claro, señor Trumper.

Cuando pasó septiembre sin recibir noticias de él, incluso Becky empezó a aceptar que Guy no tenía la menor intención de contestar a su carta.

En agosto, Daphne les contó que se había encontrado con la señora Trentham en Goodwood. La madre de Guy le aseguró que su hijo no solo estaba encantado en la India, sino que tenía

motivos para esperar que pronto se anunciara su ascenso a mayor. A Daphne le costó un esfuerzo tremendo respetar su promesa y guardar silencio acerca del estado de Becky.

Conforme se acercaba la fecha en que su socia debía salir de cuentas, Charlie se aseguró de que Becky no perdiera el tiempo teniendo que salir a comprar comestibles. Incluso había llegado a pedirle a una de las chicas del 147 que la ayudara a limpiar el apartamento. Becky protestó y los acusó a los dos de mimarla en exceso.

Para el octavo mes, Becky ya ni siquiera se molestaba en mirar el correo por la mañana, puesto que la opinión que Daphne había tenido siempre del capitán Trentham empezaba a ganar cada vez más credibilidad. Le sorprendió descubrir lo rápido que estaba borrándose de su memoria, pese a estar a punto de dar a luz a su hijo.

También la mortificaba que casi todo el mundo diera por sentado que el padre era Charlie, a lo que contribuía el hecho de que, cada vez que le preguntaban a él, se resistiera a negarlo.

Mientras tanto, Charlie le había echado el ojo a un par de comercios cuyos propietarios podrían estar dispuestos a vender no dentro de mucho, en su opinión, aunque Daphne no quería ni oír hablar de más transacciones hasta que el niño hubiera nacido.

—No quiero ver a Becky implicada en ninguna de tus turbias empresas antes de haber parido y completado su titulación. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, señora —dijo Charlie, entrechocando los talones. Se abstuvo de mencionar que tan solo la semana antes Becky había cerrado el trato con el señor Sneddles, por lo que la librería pasaría a ser de su propiedad cuando muriera el anciano. A Charlie solo le preocupaba una de las cláusulas del acuerdo, pues no sabía cómo se las iba a apañar para deshacerse de tantísimos libros.

—Acaba de llamar la señorita Becky —susurró Bob al oído del jefe una tarde, cuando Charlie estaba sirviendo en la tienda—. Dice que puede usted ir de inmediato. Parece que el bebé ya está al caer.

—Pero si no sale de cuentas hasta dentro de dos semanas —murmuró Charlie mientras se quitaba el delantal.

—Yo no sé nada de eso, señor Trumper. Dice que se dé usted prisa, eso es todo.

—¿Ha avisado ya a la matrona? —preguntó Charlie, que dejó a su clienta con la compra a medias para agarrar el abrigo.

—No tengo ni idea, señor.

—Vale, encárgate de la tienda. Puede que yo ya no vuelva hoy por aquí. —Charlie se despidió de la sonriente clientela y corrió por la acera hasta llegar al número 97, subió los escalones volando, abrió la puerta de un empujón y se dirigió sin perder tiempo al dormitorio de Becky.

Se sentó a su lado en la cama y le sostuvo la mano un momento, sin que ninguno de los dos abriera la boca.

—¿Has avisado a la matrona? —preguntó, al cabo.

—Efectivamente —dijo una voz a su espalda, al tiempo que una mujer de enormes dimensiones entraba en el cuarto. Se cubría con un viejo chubasquero de color marrón que le quedaba demasiado pequeño y llevaba una bolsa negra de cuero en la mano. A juzgar por sus resuellos, remontar las escaleras le había supuesto un esfuerzo tremendo—. Soy la señora

Westlake, del hospital de St. Stephen —anunció—. Espero haber llegado aquí a tiempo.

Becky asintió con la cabeza mientras la matrona se giraba hacia Charlie.

—Ve y pon agua a hervir, rápido. —Por su voz se notaba que no estaba acostumbrada a que nadie le llevara la contraria. Charlie se levantó del pie de la cama sin rechistar y salió de la habitación.

La señora Westlake dejó la abultada bolsa de Gladstone en el suelo y le tomó las pulsaciones a Becky.

—¿Cada cuánto son las contracciones? —preguntó desapasionadamente.

—Cada veinte minutos —respondió Becky.

—Excelente. No tendremos que esperar mucho más.

Charlie reapareció en la puerta cargando con un cazo de agua caliente.

—¿Puedo hacer algo más?

—Sí, por supuesto. Necesito todas las toallas limpias que encuentres, y tampoco me vendría mal una taza de té.

Charlie volvió a salir corriendo del cuarto.

—Los maridos siempre son un incordio en estos casos —declaró la señora Westlake—. El truco está en no dejar que se queden quietos.

Becky se disponía a explicarle que Charlie y ella no estaban casados cuando la atenazó otra contracción.

—Respira hondo y acompasadamente, bonita —la animó la señora Westlake, ya con más delicadeza, mientras Charlie regresaba con tres toallas y una tetera de agua hirviendo.

Sin girarse para ver quién era, la señora Westlake continuó:

—Deja las toallas encima de la cómoda, echa el agua en la fuente más grande que encuentres y coloca la tetera al fuego de nuevo para que haya agua caliente siempre que la necesite.

Charlie se esfumó de nuevo sin rechistar.

—Ojalá pudiera hacer yo lo mismo con él —jadeó Becky, admirada.

—Oh, no te preocupes, bonita. A mí me pasa lo mismo con mi marido y tenemos siete hijos.

Charlie empujó la puerta con el pie un par de minutos después y dejó otra olla llena de agua humeante junto a la cama.

—Encima de la cómoda —dijo la señora Westlake, señalando con el dedo—. Y que no se te olvide mi té. Después de eso necesitaré más toallas —añadió.

A Becky se le escapó un sonoro gemido.

—Apriétame la mano y sigue respirando acompasadamente —dijo la matrona.

Charlie reapareció con otra tetera poco después, y de inmediato se le instruyó vaciar la olla antes de volver a llenarla con el agua caliente. Cuando hubo completado esa tarea, la señora Westlake dijo:

—Puedes esperar fuera hasta que te llame.

Charlie salió de la habitación y cerró la puerta con delicadeza a su espalda.

Su cometido parecía consistir en preparar innumerables tazas de té y acarrear innumerables teteras llenas de agua caliente de aquí para allá. Llegaba siempre con lo que no era cuando no tocaba, hasta que finalmente lo desterraron de la habitación y tuvo que conformarse con deambular por la cocina de un lado a otro, temiéndose lo peor, hasta que oyó un gritito plañidero.

Becky observó desde la cama mientras la matrona levantaba el bebé por una pierna y le daba

una suave palmada en las nalgas.

—Siempre me ha gustado este momento —dijo la señora Westlake—. Es agradable saber que has traído algo nuevo al mundo.

Envolvió el bebé en una toalla y se lo dio a su madre.

—¿Es…?

—Niño, me temo —proclamó la matrona—. Por lo que es poco probable que el mundo mejore ni un ápice. Tendrás que parir una niña la próxima vez —dijo con una amplia sonrisa—. Si todavía le quedan ganas a ese.

Apuntó con el pulgar a la puerta cerrada.

—Pero si es… —lo intentó Becky de nuevo.

—Un inútil, lo sé. Como todos los hombres. —La señora Westlake abrió la puerta del dormitorio para llamar a Charlie—. Ya ha acabado todo, señor Salmon. Puede dejar de merodear como un gato enjaulado y venir a ver a su hijo.

Charlie entró tan deprisa que estuvo a punto de derribar a la matrona. Se quedó al pie de la cama y contempló la figura diminuta que Becky sostenía en los brazos.

—Mira que es feo el condenado —dijo Charlie.

—Bueno, ya sabemos a quién echarle la culpa de eso —replicó la matrona—. Esperemos que este no acabe con la nariz rota. En cualquier caso, como ya le he explicado a su esposa, lo que necesitan es tener una hija. ¿Cómo van a llamar al pequeño, por cierto?

—Daniel George —contestó Becky sin vacilación—. Por mi padre —explicó, mirando a Charlie.

—Y el mío —dijo él mientras se acercaba al cabecero de la cama y pasaba un brazo por los hombros de Becky.

—Bueno, tengo que irme ya, señora Salmon. Pero volveré mañana a primera hora.

—No, es señora Trumper, de hecho —la corrigió Becky—. Salmon es mi apellido de soltera.

—Oh —dijo la matrona, que por primera vez parecía desconcertada—. Se habrán liado con los nombres en el expediente que me pasaron. Bueno, hasta mañana, señora Trumper —se despidió mientras cerraba la puerta.

—¿Señora Trumper? —preguntó Charlie, extrañado.

—He tardado una barbaridad en recuperar mi sano juicio, ¿no cree usted, señor Trumper?

DAPHNE
1918-1921

13

Cuando abrí la carta, debo admitir que no reconocí el nombre de Becky Salmon a la primera. Pero después recordé que había tenido una compañera de clase extraordinariamente brillante con ese nombre en St. Paul, una niña regordeta que parecía gozar de un suministro inagotable de bollos de crema. Si no me engaña la memoria, lo único que le di a cambio alguna vez fue un libro de arte que me había regalado por navidades una tía mía de Cumberland.

De hecho, cuando llegué al último año de secundaria, la precoz sabionda estaba ya en el penúltimo, a pesar de que por edad nos llevábamos al menos dos años de diferencia.

Tras releer su carta seguía sin entender lo que quería esa chica de mí, por lo que concluí que la única forma de averiguarlo pasaba por invitarla a tomar el té en mi piso de Chelsea.

Casi no la reconocí al verla. No solo había perdido sus buenos diez kilos, sino que habría podido posar perfectamente como modelo para uno de esos anuncios de Pepsodent que lucían en el morro todos los tranvías…, ya sabes, esos en los que salía una chica preciosa con una sonrisa deslumbrante llena de dientes perfectos. Confieso que me sentí un poquito celosa.

Becky me explicó que lo único que necesitaba era una habitación en Londres mientras cursaba sus estudios en la universidad. Acepté encantada. Al fin y al cabo, mi madre ya me había dejado claro en varias ocasiones lo poco que le gustaba verme sola en mi apartamento y no se cansaba de decirme que no entendía qué tenía de malo el 26 de Lowndes Square, la residencia londinense de nuestra familia. Me moría de ganas por compartir la noticia con ella, y también con papá, por supuesto, después de todas las veces en que habían insistido para que me buscara una compañera de piso adecuada.

—Pero ¿quién es esa chica? —fue lo primero que me preguntó mi madre cuando bajé al Palacio de Harcourt ese fin de semana—. ¿La conocemos?

—Lo dudo, mamá —repliqué—. Una antigua compañera de clase en St. Paul. Bastante estudiosa.

—Una marisabidilla, quieres decir —terció mi padre.

—Sí, has captado la idea, papá. Está estudiando en la Escuela de Bedford, cosas relacionadas con la historia del Renacimiento o algo por el estilo.

—No sabía que las chicas se pudieran sacar un diploma —dijo mi padre—. Seguro que forma parte del plan de ese dichoso enano galés para renovar Gran Bretaña.

—Tienes que dejar de referirte a Lloyd George en esos términos —lo reprendió mi madre—. Nos guste o no, es nuestro primer ministro.

—Será el tuyo, querida, porque el mío seguro que no. La culpa la tienen las sufragistas —añadió mi padre, pronunciando uno de esos *non sequitur* a los que era tan dado.

—Cariño, para ti las sufragistas siempre tienen la culpa de todo —le recordó mi madre—, hasta de las malas cosechas del año pasado. Sin embargo —continuó—, volviendo a esa chica, presiento que podría ser una influencia positiva para ti, Daphne. ¿De dónde has dicho que eran

sus padres?

—No lo he dicho —repliqué—. Creo que su padre tenía un negocio en alguna parte, en el East End, y la semana que viene voy a tomar el té con su madre.

—¿Singapur, tal vez? —dijo papá—. Vienen muchas materias de allí, caucho y cosas por el estilo.

—No, me parece que no se dedica al negocio del caucho, papá.

—Bueno, da igual, invítala a tomar el té una tarde de estas —insistió mamá—. O que venga a pasar el fin de semana. ¿Le gusta la caza?

—Me extrañaría, mamá, pero ten por seguro que la invitaré a tomar el té para que los dos podáis echarle un vistazo.

Debo confesar que me divertía la idea de que me hubieran invitado a tomar el té con la madre de Becky, para que ella también pudiera cerciorarse de que yo era una compañía adecuada para su hija. Al fin y al cabo, estaba segura de no serlo. No había estado nunca más al este de Aldwych, que yo recordara, por lo que la perspectiva de visitar Essex me resultaba más estimulante que cualquier viaje por el extranjero.

La peregrinación a Romford transcurrió sin incidentes, por suerte, debido en gran parte a que Hoskins, el chófer de mi padre, conocía la carretera. Resulta que era oriundo de un sitio llamado Dagenham, el cual, según me informó él mismo, se encontraba aún más en el interior de la jungla de Essex.

Hasta ese día yo no tenía ni idea de que existieran esas personas. No eran criados, ni profesionales, ni miembros de la nobleza, y faltaría a la verdad si dijera que me quedé prendada de Romford. Sin embargo, la señora Salmon y su amiga, la señorita Roach, no podrían haber sido más hospitalarias conmigo. La madre de Becky resultó ser una mujer práctica, sensata y temerosa de Dios que también sabía preparar un té excelente, por lo que el viaje no fue en balde del todo.

Becky se mudó a mi apartamento a la semana siguiente, y me horrorizó descubrir lo mucho que trabajaba esa chica. Parecía pasarse el día entero en ese sitio de Bedford, volvía a casa para mordisquear un sándwich y tomarse un vaso de leche, y continuaba con sus estudios hasta quedarse dormida, mucho después de que yo me hubiera acostado. Nunca me quedó claro para qué se esforzaba tanto.

Fue después de su imprudente visita a las oficinas de John D. Wood cuando supe por primera vez de Charlie Trumper y sus ambiciones. Menudo alboroto, y todo porque ella había vendido su carro sin preguntar. Me sentí en la obligación de señalar que dos de mis antepasados habían sido decapitados por intentar robar sendos condados, y que a otro lo habían mandado a la Torre acusado de alta traición; en fin, reflexioné, por lo menos hay alguien de mi familia que pasó sus últimos días en los aledaños del East End.

Becky, como siempre, actuaba como si tuviera la razón de su parte.

—Pero si no son más que cien libras —insistía.

—Cien libras que tú no posees.

—Pero tengo cuarenta, y estoy segura de que la inversión me permitirá recaudar las otros sesenta sin demasiados problemas. A fin de cuentas, Charlie sería capaz de venderles bloques de hielo a los esquimales.

—¿Y cómo piensas dirigir la tienda en su ausencia? —le pregunté—. ¿Entre clase y clase,

quizá?

—Oh, no seas tan frívola, Daphne. Charlie se hará cargo de la tienda en cuanto haya vuelto del frente. Ya no creo que tarde mucho.

—La guerra acabó hace unas semanas —le recordé—, y tu Charlie sigue sin dar señales de vida.

—No es «mi» Charlie —fue lo único que dijo.

En cualquier caso, me pasé los treinta días siguientes vigilando de cerca a Becky, y enseguida me quedó muy claro que no iba a conseguir el dinero. Sin embargo, era demasiado orgullosa como para reconocerlo delante de mí. Por consiguiente, decidí que había llegado el momento de visitar Romford de nuevo.

—Qué sorpresa tan inesperada, señorita Harcourt-Browne —me saludó la madre de Becky cuando me presenté sin avisar en su casita de Belle Vue Road. Debería señalar, en mi defensa, que habría informado de mi inminente llegada a la señora Salmon si esta hubiera tenido teléfono. Como buscaba cierta información que solo ella podía proporcionarme antes de que vencieran los treinta días…, información que salvaría no solo la reputación de su hija sino también sus finanzas…, me resistía a depositar mi confianza en el servicio postal—. No le habrá pasado nada malo a Becky, espero —fue la reacción inicial de la señora Salmon cuando me vio en la puerta.

—En absoluto, tranquila —le aseguré—. Está mejor que nunca.

—Es que, desde que murió su padre, me preocupo mucho por ella —me explicó la señora Salmon. Cojeaba ligeramente cuando me condujo a una sala de estar que se veía tan impecable como el primer día que la había visto, cuando acepté su amable invitación a tomar el té. Había una fuente de fruta en la mesa que ocupaba el centro de la habitación. Recé para que la señora Salmon no apareciera nunca por el número 97 sin avisarme con un año de antelación, por lo menos—. ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó momentos después de que la señorita Roach se hubiera metido en la cocina para preparar el té.

—Estoy pensando en invertir una pequeña suma en un negocio de hortalizas que hay en Chelsea —empecé—. John D. Wood me asegura que se trata de una propuesta sólida, pese a la actual escasez de alimentos y los problemas en aumento con los sindicatos…, esto es, siempre y cuando pueda encontrar un gerente de primera.

La sonrisa de la señora Salmon dio paso a una expresión de perplejidad.

—Becky me ha hablado maravillas de un tal Charlie Trumper, y el propósito de mi visita es recabar su opinión sobre el caballero en cuestión.

—De «caballero» no tiene ni un pelo, eso seguro —replicó sin titubear la señora Salmon—. «Rufián sin educación» sería una definición más precisa.

—Oh, qué desilusión. Sobre todo porque Becky me había hecho creer que su difunto esposo lo tenía en muy alta estima.

—Como vendedor de frutas y hortalizas, sin duda. De hecho, me atrevería a decir que el señor Salmon pensaba que el joven Charlie podría terminar siendo tan bueno como su abuelo.

—¿Y cómo de bueno sería eso?

—Aunque yo no me mezclaba con esas personas, entiéndalo —prosiguió la señora Salmon—, tengo entendido…, de oídas, por supuesto…, que era el mejor que hubiese habido nunca en Whitechapel.

—Excelente. Pero ¿también era honrado?

—Nunca he oído lo contrario —admitió la señora Salmon—. Y sabe Dios que está dispuesto a trabajar todas las horas del día si es necesario, pero no me encaja con usted, señorita Harcourt-Browne.

—Pensaba contratar a ese hombre como tendero, señora Salmon, no invitarlo a acompañarme a las carreras en Ascot. —La señorita Roach reapareció en ese momento con una bandeja de té, tartaletas de mermelada y hojaldres rellenos de crema. La merienda resultó estar tan deliciosa que mi estancia se prolongó mucho más de lo anticipado.

A la mañana siguiente, me acerqué a las oficinas de John D. Wood y deposité un cheque por valor de las noventa libras restantes. Después visité a mi asesor y le pedí que redactara un contrato, el cual, una vez completado, me resultó indescifrable.

Endurecí las negociaciones cuando Becky se enteró de lo que había hecho, pues sabía que no me perdonaría la intromisión a menos que le pudiera demostrar que iba a obtener alguna ventaja del trato.

En cuanto la hube convencido de eso, Becky inmediatamente añadió otras treinta libras para reducir la deuda. Es evidente que se tomaba muy en serio su empeño, porque en cuestión de días se había llevado a un joven empleado de un comercio de Kensington para que se hiciera cargo de Trumper's hasta el regreso de Charlie. También continuaba trabajando más horas de las que yo pensaba que pudieran caber en un día. Jamás conseguí que me explicara qué sentido tenía levantarse de la cama cuando el sol ni siquiera había salido.

Después de que Becky se instalara en su nueva rutina, llegué incluso a invitarla a la ópera una noche para ver *La Bohème*. Nunca había mostrado el menor interés por acompañarme en ninguna de mis salidas, y menos desde que la tienda añadía nuevas responsabilidades a su ya de por sí larga lista. En esta ocasión, sin embargo, le supliqué que se uniera al grupo porque una amiga mía se había caído en el último momento y necesitaba desesperadamente otra chica.

—Pero si no tengo nada que ponerme —declaró, desvalida.

—Echa un vistazo a mi armario y elige lo que más te guste —le dije mientras la guiaba a mi dormitorio.

Era evidente que la oferta le pareció irresistible. Una hora más tarde reapareció con un largo vestido turquesa que evocaba la figura del maniquí original de la tienda.

—¿Quiénes son los otros invitados? —preguntó Becky.

—Algernon Fitzpatrick, el mejor amigo de Percy Wiltshire. El hombre que todavía no sabe que voy a casarme con él, ya sabes.

—¿Y el último del cuarteto?

—Guy Trentham, capitán de los fusileros reales. Un regimiento aceptable —añadí—. Ha vuelto hace poco del frente occidental, donde dicen que no se le dio mal la guerra. Condecorado con la Cruz Militar o algo de eso. Nos criamos juntos en la misma aldea de Berkshire, aunque te confieso que no tenemos nada en común. Es muy apuesto, pero tiene fama de mujeriego, así que ándate con cuidado.

La Bohème me pareció todo un éxito, aunque Algernon no supiera decirme gran cosa sobre las actividades de Percy. Guy se pasó todo el segundo acto sin quitarle ojo a Becky, que no daba la impresión de sentirse interesada en absoluto por él.

Para mi sorpresa, sin embargo, en cuanto volvimos a casa, Becky se puso a hablar sin parar sobre Guy: su aspecto, su sofisticación, su encanto y lo solícito que se había mostrado durante

toda la velada. A la larga conseguí irme a la cama, pero no antes de haber tranquilizado a Becky asegurándole que sus sentimientos se veían indudablemente correspondidos.

Involuntariamente, de hecho, me convertí en el Cupido de su incipiente romance. Al día siguiente, Guy me pidió que invitara a la señorita Salmon a acompañarlo a ver una obra al West End. Becky aceptó, por supuesto, como yo ya había augurado que haría.

Tras su visita al Haymarket, fue como si no pudiera parar de tropezarme por todas partes con ellos, y empecé a temer que, si la relación se volvía más seria, la cosa solo podría terminar en llanto, como solía decir mi ama de llaves. Empecé a arrepentirme de haberlos presentado, aunque era indudable que, por utilizar una expresión conocida, ella bebía los vientos por él.

Pese a todo, durante unas cuantas semanas se restauró el equilibro entre las inquilinas del 97…, y entonces licenciaron a Charlie.

No lo conocí oficialmente hasta algún tiempo después de su vuelta, y cuando lo hice, debo reconocer que en Berkshire no había hombres como él. La ocasión fue una cena que compartimos todos juntos en ese deplorable restaurante italiano que hay cerca de mi apartamento.

En honor a la verdad, la velada no fue lo que se podría describir como un éxito, en parte porque Guy no puso nada de su parte por socializar, pero sobre todo porque Becky no se tomó la molestia de incluir a Charlie en la conversación. Recayó sobre mí la responsabilidad de hacer casi todas las preguntas, primero, y contestarlas después, mientras que Charlie, por su parte, daba la impresión de ser un personaje torpe y cohibido.

Después de cenar, cuando caminábamos de regreso al apartamento, le sugerí que deberíamos dejar a solas a Becky y a Guy. Al pasar por delante de su tienda, Charlie no pudo evitar detenerse para explicarme todos los cambios que había hecho desde que asumió la dirección. Su entusiasmo habría bastado para convencer al más cínico de los inversores, pero lo que más me impresionó fueron sus conocimientos sobre un negocio al que yo, hasta momento, no le había dedicado ni un pensamiento. Fue entonces cuando tomé la decisión de ayudar en sus dos causas a Charlie.

No me sorprendió en absoluto enterarme de lo que sentía por Becky, mientras que ella, por su parte, estaba tan colada por Guy que ni siquiera era consciente de la existencia de Charlie. Fue durante uno de sus interminables monólogos sobre las virtudes de la muchacha cuando empecé a fraguar un plan para el futuro de Charlie. Estaba decidida a que recibiera algún tipo de educación, quizá no tan formal como la de Becky, pero no por ello menos valiosa para su porvenir.

Le aseguré que Guy no tardaría en aburrirse de Becky, dado que esa era la pauta invariable que había seguido con todas las chicas con las que se había cruzado antes. Añadí que debía tener paciencia y que, tarde o temprano, la manzana caería por sí sola en su regazo. También tuve que explicarle quién era Newton.

Daba por sentado que el llanto al que tan a menudo hacía referencia mi ama de llaves no tardaría en fluir después de que Becky recibiera una invitación para pasar el fin de semana en Ashurst con los padres de Guy. Me aseguré de que los Trentham me pidieran que tomase el té con ellos el domingo por la tarde para ofrecerle a Becky todo el apoyo moral que necesitara.

Llegué un poco después de las cuatro menos veinte, hora que siempre me ha parecido la más apropiada para merendar, tan solo para descubrir a la señora Trentham rodeada de loza y

cubiertos, pero a solas, por lo demás.

—¿Dónde se han metido los tortolitos? —pregunté mientras entraba en la sala de estar.

—Si te refieres, Daphne, a tu zafia manera, a mi hijo y a la señorita Salmon, ya han vuelto a Londres.

—Supongo que juntos.

—Sí, aunque no entiendo qué le ve el pobre a esa chica. —La señora Trentham me sirvió una taza de té—. A mí me pareció de lo más ordinaria.

—Algo tendrán que ver su inteligencia y su aspecto —sugerí mientras el mayor entraba en la sala. Sonreí a aquel hombre al que conocía desde que era pequeña y que para mí había llegado a ser como un tío. Lo más misterioso de él, por lo que a mí respectaba, era cómo había llegado a casarse con alguien como Ethel Hardcastle.

—¿También se ha ido Guy? —preguntó.

—Sí, ha vuelto a Londres con la señorita Salmon —repitió la señora Trentham.

—Ah, lástima. Parece una chica excelente.

—A su parroquiana manera —matizó la señora Trentham.

—Me da la impresión de que a Guy le gusta bastante —dije, esperando alguna reacción.

—Dios no lo quiera —murmuró la señora Trentham.

—Dudo que Dios tenga nada que decir al respecto —repliqué para provocarla.

—Pues lo diré yo. No consentiré de ninguna manera que mi hijo se case con la descendiente de un mercader del East End.

—No veo por qué no —intervino el mayor—. Al fin y al cabo, ¿no lo era tu abuelo?

—Gerald, por favor. Mi abuelo fundó y levantó partiendo de cero su extraordinariamente lucrativo negocio en Yorkshire, no en el East End.

—En tal caso, creo que todo el debate se limita a emplazamientos geográficos —dijo el mayor—. Recuerdo perfectamente cómo me contaba tu padre…, no sin enorgullecerse de ello, debo añadir…, que los orígenes de Hardcastle's se remontaban a la trastienda de un cobertizo perdido en los alrededores de Huddersfield.

—Gerald…, estoy segura de que exageras.

—Nunca me dio la impresión de ser alguien propenso a las exageraciones —repuso el mayor —. Al contrario, le gustaba hablar sin rodeos. Era brutalmente franco.

—Debe de hacer mucho tiempo de aquello —dijo la señora Trentham.

—Más aún, tengo el dichoso presentimiento de que viviremos para ver cómo a los hijos de Rebecca Salmon les va mucho mejor que a cualquiera de nosotros —añadió el mayor.

—Gerald, ojalá dejaras de usar la palabra «dichoso» con tanta frecuencia. Todos nos estamos dejando influir por ese dramaturgo socialista, el señor Shaw, y su deleznable *Pigmalión*, que parece no ser otra cosa más que una obra sobre la señorita Salmon.

—Lo dudo —tercié yo—. Al fin y al cabo, Becky saldrá de la universidad de Londres con una licenciatura en Humanidades, que ya es más de lo que ha conseguido mi familia al completo en once siglos.

—Aunque así sea —claudicó la señora Trentham—, no son esas las cualificaciones que considero apropiadas para respaldar la carrera militar de Guy, sobre todo ahora que su regimiento va a realizar una misión en la India.

Esa información me pilló por sorpresa. Deduje que tampoco Becky estaría al corriente.

—Y cuando vuelva a nuestras costas —prosiguió la señora Trentham—, espero que su futura esposa sea alguien de buena familia, con dinero y por lo menos dos dedos de frente. Quizá Gerald se haya quedado, por culpa de los mezquinos prejuicios, sin llegar a comandante en jefe de ningún regimiento, pero no toleraré que a Guy le suceda lo mismo, eso os lo aseguro.

—Yo no daba la talla, eso es todo —refunfuñó el mayor—. Sir Danvers estaba más preparado para el puesto. Y, de todas formas, tú eras la única que querías que me nombraran comandante.

—Fuera como fuese, presiento que, tras los resultados obtenidos por Guy en Sandhurst…

—Se las apañó para pasar de la media —le recordó el mayor—. Tampoco puede decirse que le concedieran la espada de honor, querida.

—Pero sí la Cruz Militar por su valor demostrado en el campo de batalla y una condecoración…

El resoplido con el que la interrumpió el mayor sugería que no era la primera vez que trataban ese asunto en particular.

—Verás —continuó la señora Trentham—, tengo la seguridad de que Guy acabará siendo comandante en jefe del regimiento, y no me importa decirte que ya tengo a alguien en mente para que le ayude a alcanzar ese objetivo. Después de todo, la esposa de un hombre puede impulsar o arruinar su carrera, ¿no estás de acuerdo, Daphne?

—Por lo menos en eso solo puedo darte toda la razón, querida —murmuró su marido.

Regresé a Londres aliviada en parte, consciente de que, después de semejante encuentro, la relación de Becky con Guy estaba abocada al fracaso. Cuanto más veía a ese condenado hombre, menos me fiaba de él, eso seguro.

Ya en el apartamento, esa noche me encontré a Becky sentada en el diván, temblorosa y con los ojos enrojecidos. Me contó su versión de lo que había ocurrido el fin de semana, el cual consideraba que había sido un desastre, pero añadió que creía que Guy se le había declarado.

Me disponía a mencionar la India cuando dijo:

—Esa mujer me odia.

—Todavía no ha aprendido a apreciarte —es como recuerdo haber formulado mi respuesta—, pero te garantizo que al mayor le pareces una chica estupenda.

—Es muy amable —dijo Becky—. Me enseñó la hacienda, ¿sabes?

—Cariño, unos terrenos de trescientas hectáreas no pueden calificarse de «hacienda». Señorío, a lo mejor, pero hacienda seguro que no.

—¿Crees que Guy dejará de verme después de lo que pasó en Ashurst?

«Eso espero», me habría gustado decirle, pero conseguí morderme la lengua.

—No, si tiene un ápice de personalidad —fue mi diplomática respuesta.

Y Guy continuaba viéndola una semana después. Que yo sepa, en ningún momento sacó a colación ni la conducta de su madre ni lo ocurrido durante aquel desastroso fin de semana.

Consideraba, sin embargo, que mis planes a largo plazo para Charlie y Becky iban aún viento en popa, hasta que volví a casa después de un largo fin de semana para encontrar uno de mis vestidos preferidos tirado de cualquier manera en el suelo de la sala de estar. Seguí el rastro de ropa hasta llegar a la puerta de Becky, que abrí con cuidado para descubrir, horrorizada, que había todavía más prendas de vestir mías desperdigadas alrededor de la cama, junto con las de Guy. Esperaba que Becky lo hubiese identificado como el caradura que estaba hecho mucho antes de dejarse arrastrar y cruzar esa línea.

Guy partió hacia la India al día siguiente, y en cuanto se hubo marchado, Becky empezó a contarle a todo el que quisiera escuchar que el muy sinvergüenza y él estaban comprometidos, pese a no lucir ninguna sortija en la mano ni existir anuncio alguno en los periódicos que confirmara su versión de la historia.

—Con la palabra de Guy me basta —llegó a asegurarme, lo que me dejó sin palabras.

Aquella noche llegué a casa para encontrarla dormida en mi cama. Durante el desayuno, Becky me contó que Charlie la había llevado hasta allí, sin entrar en explicaciones.

El domingo siguiente me autoinvité de nuevo a tomar el té con los Trentham, tan solo para enterarme por boca de la madre de Guy de que su hijo le había asegurado que no había mantenido el contacto con la señorita Salmon desde su inopinada salida de Ashurst, aproximadamente nueve meses antes.

—Pero eso no es… —empecé, pero dejé la frase inacabada al recordar que le había prometido a Becky no alertar a la madre de Guy de que aún seguían viéndose.

Un par de semanas más tarde, Becky me confesó que no le había bajado la regla. Aunque prometí guardar el secreto, no dudé en informar a Charlie aquel mismo día. Casi se vuelve loco cuando le di la noticia. Lo peor de todo era que, cuando la viese, debería hacer como si no estuviera al corriente de nada.

—Como a ese malnacido de Trentham se le ocurra volver a pisar Inglaterra, te juro que lo mato —repetía Charlie una y otra vez mientras deambulaba sin interrupción por la sala de estar.

—Si estuviera en Inglaterra —repliqué—, sé de por lo menos tres chicas cuyos padres estarían encantados de hacerlo por ti.

—Bueno, ¿y qué puedo hacer yo al respecto? —me preguntó por fin Charlie.

—Poca cosa. Presiento que el tiempo…, y los más de doce mil kilómetros de distancia…, terminarán siendo tus principales aliados.

El coronel también encajaba en la categoría de quienes habrían estado encantados de pegarle un tiro a Guy Trentham si se le presentara la oportunidad, en su caso por una cuestión de honor del regimiento y cosas de esas. Llegó incluso a murmurar una siniestra amenaza acerca de ir a ver al mayor Trentham y cantarle las cuarenta. Podría haberle dicho que el mayor no era el problema. Sin embargo, no estaba segura de que el coronel, pese a su amplia experiencia con distintos tipos de adversarios, se hubiera enfrentado nunca a alguien tan formidable como la señora Trentham.

Debió de ser por aquel entonces cuando Percy Wiltshire se licenció por fin de la guardia escocesa. Hacía tiempo que había dejado de preocuparme por si su madre me llamaba por teléfono. Durante aquellos años tan horribles, entre 1916 y 1919, daba por sentado que sería para comunicarme que Percy había fallecido en el frente occidental, al igual que su padre y el mayor de sus hermanos antes que él. Habrían de pasar años antes de que le confesara a la viuda marquesa que, cada vez que llamaba, me aterrorizaba oír su voz al otro lado de la línea.

Inesperadamente, Percy me pidió que me casara con él. Me temo que, a partir de ese momento, me distraje tanto pensando en nuestro futuro juntos y visitando a todos los miembros de su numerosa familia que descuidé mis deberes con Becky, aunque había dejado que se quedara con el apartamento. Antes casi de que me pudiera dar cuenta, había dado a luz al pequeño Daniel. Recé para que fuese capaz de superar el inevitable estigma que la esperaba.

Unos meses después del bautizo, cuando regresaba de pasar un fin de semana en la campiña con la madre de Percy, decidí darle una sorpresa a Becky y visitarla sin avisar.

Cuando se abrió la puerta fue Charlie el que me recibió, con un periódico bajo el brazo mientras Becky, sentada en el diván, parecía estar remendando un calcetín. Bajé la mirada para ver a Daniel gateando hacia mí a una velocidad que se podría haber medido en nudos marinos. Tomé al niño en brazos antes de que pudiera precipitarse escaleras abajo y salir a la calle como una exhalación.

—¡Qué alegría verte! —exclamó Becky, levantándose de un salto—. Hacía siglos… Deja que te prepare una taza de té.

—Gracias —dije—. Solo he venido para preguntarte si estás libre el… —Me fijé en el pequeño óleo que había encima de la repisa de la chimenea—. Ese cuadro es precioso —observé.

—Pero si ya lo habrás visto mil veces —dijo Becky—. Después de todo, estaba en el piso de Charlie…

—Pues no, es la primera vez que lo veo —la interrumpí, sin entender muy bien lo que insinuaba.

14

El día que la tarjeta con ribetes dorados llegó a Lowndes Square, Daphne dejó la invitación entre una que solicitaba su presencia en las carreras de Ascot y otra que requería su asistencia a una fiesta en los jardines del Palacio de Buckingham. Sin embargo, pensó que esa invitación en concreto bien podría quedarse encima de la repisa de la chimenea para que todos la admirasen mucho después de que tanto Ascot como el palacio hubieran quedado relegados a la papelera.

Si bien Daphne se había pasado una semana en París, seleccionando tres atuendos para las tres ocasiones distintas, reservaba el más espectacular de todos para la ceremonia de graduación de Becky, la cual ahora le describía a Percy como «el gran acontecimiento».

Su prometido (aunque todavía no se acostumbraba a pensar en Percy en esos términos) hubo de reconocer que era la primera vez que lo invitaban a una ceremonia de esas características.

El brigadier Harcourt-Browne le sugirió a su hija que le pidiera a Hoskins que los llevara a la Casa del Senado en el Rolls, y confesó sentirse un poco celoso porque no lo hubieran invitado también a él.

Cuando llegó por fin la mañana señalada, Percy acompañó a Daphne a almorzar en el Ritz, y tras repasar por enésima vez la lista de invitados y los himnos que se iban a entonar durante el servicio, volcaron toda su atención en los detalles de la ocasión vespertina.

—Espero que no me hagan ninguna pregunta demasiado académica —dijo Daphne—. Porque no me voy a saber la respuesta, eso seguro.

—Bueno, me extrañaría que nos pusieran en semejante compromiso, tesoro —la tranquilizó Percy—. Por otra parte, no tengo ninguna experiencia con este tipo de encuentros. Los Wiltshire no destacamos precisamente por nuestra familiaridad con los rectorados —añadió con una risita, la cual a menudo terminaba sonando como una tos.

—Tienes que perder esa mala costumbre, Percy. Si te quieres reír, ríete. Y si vas a toser, tose.

—Lo que tú digas, tesoro.

—Y deja de llamarme «tesoro», como si fuese una niña. Ya tengo veintitrés años, y mis padres me bautizaron con un nombre perfectamente aceptable.

—Lo que tú digas, tesoro —repitió Percy.

—No has escuchado ni una sola palabra de lo que te he dicho. —Daphne miró el reloj—. Y ahora creo que ha llegado el momento de que nos pongamos en marcha. Será mejor que no lleguemos tarde esta vez.

—Por supuesto —replicó él, y llamó al camarero para que les trajera la cuenta.

—¿Seguro que sabes adónde vamos, Hoskins? —preguntó Daphne mientras el chófer le abría la puerta trasera del Rolls.

—Sí, milady. Me tomé la libertad de recorrer esta ruta el mes pasado, cuando su señoría y usted estaban en Escocia.

—Bien pensado, Hoskins —dijo Percy—. De lo contrario, nos podríamos pasar toda la tarde

dando vueltas, nunca se sabe.

Mientras Hoskins se sentaba al volante, Daphne miró al hombre al que amaba y no pudo por menos de pensar en lo afortunada que era por haberlo elegido. Elección, de hecho, que había tomado a los dieciséis años, sin que en ningún momento flaqueara su convicción de que era el compañero perfecto para ella…, aunque él no lo supiera. Percy siempre le había parecido maravilloso, amable, considerado y gentil, y si bien no era exactamente apuesto, al menos poseía un aire ciertamente distinguido. Todas las noches daba gracias a Dios por haberle permitido escapar intacto de aquella guerra espantosa. Cuando Percy le contó que se iba a Francia para servir con la guardia escocesa, Daphne había vivido los tres años más infelices de su vida. A partir de aquel momento daba por sentado que cualquier carta, cualquier mensaje, cualquier llamada de teléfono solo podía tener como objetivo informarla de su fallecimiento. Otros hombres habían intentado cortejarla en su ausencia, pero todos fracasaron mientras Daphne aguardaba, como Penélope, el regreso de su elegido. Solo aceptó que aún seguía con vida cuando lo vio desembarcar en los muelles de Dover. Atesoraría siempre las primeras palabras que le dirigió al verla:

—Qué ilusión verte por aquí, tesoro. Menuda casualidad, ¿no?

Percy no hablaba nunca del ejemplo sentado por su padre, aunque el *Times* le había dedicado media página a la esquela del difunto marqués. En ella se describía su misión en el Marne, en el transcurso de la cual había desarticulado sin ayuda de nadie toda una batería alemana, acción por la cual había sido distinguido con la Cruz Victoria, la condecoración militar más alta al valor frente al enemigo. Un mes más tarde, cuando el hermano mayor de Percy perdió la vida en Ypres, Daphne pensó en todas las familias que estaban compartiendo la misma y horrible experiencia. Percy heredó el título que ahora ostentaba: XII marqués de Wiltshire. De décimo a decimosegundo en cuestión de semanas.

—¿Seguro que vamos en la dirección correcta? —preguntó Daphne mientras el Rolls se adentraba en Shaftesbury Avenue.

—Sí, milady —replicó Hoskins, que evidentemente había decidido referirse a Daphne por ese título a pesar de que Percy y ella aún no se habían casado.

Daphne se había alegrado mucho cuando Percy le contó que había decidido renunciar a su puesto en la guardia escocesa para hacerse cargo de las propiedades de la familia. Por mucho que le gustara verlo con su uniforme azul marino, con los cuatro botones de bronce simétricamente espaciados, las botas altas y esa gorrita tan graciosa de cuadros rojos, blancos y azules, ella no quería casarse con un soldado, sino con alguien que trabajase la tierra. Nunca le había atraído la idea de pasarse toda la vida saltando de la India a África y de allí a las colonias.

Al entrar en Malet Street vieron una multitud de personas que subía por las escaleras de piedra para entrar en un edificio monumental.

—¡Esa debe de ser la Casa del Senado! —exclamó, como si acabara de descubrir las pirámides.

—Sí, milady —replicó Hoskins.

—Recuerda, Percy… —empezó Daphne.

—¿Sí, tesoro?

—… no abras la boca a menos que alguien hable primero contigo. En esta ocasión pisamos terreno desconocido y me niego a que ninguno de los dos haga el ridículo. Bueno, ¿te has

acordado de traer la invitación y las entradas especiales con la ubicación de nuestros asientos?

—Sé que las he puesto en alguna parte. —Percy comenzó a rebuscar en los bolsillos.

—Están en el bolsillo interior superior izquierdo de su chaqueta, señoría —dijo Hoskins mientras detenía el vehículo.

—Sí, por supuesto, ahí están —dijo Percy—. Gracias, Hoskins.

—Un placer, milord —entonó Hoskins.

—Tú sigue el tumulto —lo instruyó Daphne—. Y compórtate como si hicieras esto todas las semanas.

Se cruzaron con varios porteros y botones uniformados antes de que un recepcionista examinara sus entradas y los condujera a la fila M.

—Es la primera vez que me siento tan lejos del escenario —dijo Daphne.

—Solo una vez he intentado estar tan lejos de la acción —admitió Percy—. Cuando los actores eran alemanes. —De nuevo esa tos.

Los dos guardaron silencio con la mirada fija ante ellos, esperando a que sucediera algo. El escenario estaba vacío salvo por catorce sillas, dos de las cuales, colocadas en el centro, se podrían haber calificado de tronos.

A las tres menos cinco, diez hombres y dos mujeres, todos ellos vestidos con lo que a Daphne le parecieron largos camisones negros con bufandas moradas colgadas del cuello, cruzaron el escenario en serpenteante procesión antes de ocupar sus respectivos asientos. Solo los dos tronos permanecían vacíos. Cuando dieron las tres, Daphne dirigió su atención a la galería de los músicos, donde una fanfarria de trompetas anunció la llegada de los visitantes. Todos los presentes se pusieron en pie mientras el rey y la reina entraban para ocupar sus lugares en el centro del senado. Todos se quedaron levantados hasta que la orquesta hubo terminado de tocar el himno nacional.

—El rey tiene buen aspecto, dentro de lo que cabe —dijo Percy mientras ocupaba su asiento.

—Silencio —dijo Daphne—. Nadie más lo conoce.

Un hombre mayor de larga toga negra, la única persona que todavía estaba de pie, espero a que todos se hubieran sentado antes de dar un paso al frente, saludar a la pareja real con una reverencia y proceder a dirigirse a los asistentes.

Cuando el vicecanciller, sir Russell Russell-Wells, ya llevaba hablando un buen rato, Percy le preguntó a su prometida:

—¿Cómo esperan que siga uno toda esta cháchara después de haber abandonado la opción de latín antes de acabar secundaria?

—Yo solo soporté esa asignatura el primer año.

—Entonces tú tampoco podrás serme de ayuda, tesoro —susurró Percy.

Alguien que estaba sentado en la fila que tenían delante se giró para fulminarlos con la mirada.

Daphne y Percy se esforzaron por permanecer callados durante el resto de la ceremonia, aunque más de una vez Daphne tuvo que apoyar una mano con firmeza en la rodilla de Percy para conseguir que este dejara de rebullirse en la incómoda silla de madera.

—Para el rey es muy fácil —murmuraba él—. Mira el pedazo de cojín que le han puesto.

Por fin llegó el momento para el que los habían invitado.

El vicecanciller, que estaba leyendo una lista de nombres del cuadro de honor y por fin había

llegado a la T, declaró:

—La señora de Charles Trumper, licenciada en Humanidades por la Escuela de Bedford.

Se redoblaron los aplausos, como llevaba ocurriendo cada vez que subía al escenario una mujer para recoger su título de manos del visitante. Becky hizo una reverencia ante el rey mientras este colocaba lo que el programa describía como una «banda morada» sobre su toga y le entregaba un pergamino enrollado. Becky hizo otra reverencia y retrocedió dos pasos caminando de espaldas antes de regresar a su asiento.

—Yo no lo habría hecho mejor —dijo Percy mientras se sumaba al aplauso—. Y no hace falta que me digas quién ha ensayado esos movimientos con ella —añadió, con lo que consiguió que Daphne se ruborizara.

Esperaron en sus asientos hasta que todos los licenciados cuyos apellidos empezaban por U, V, W e Y hubieron recibido sus títulos, después de lo cual se les permitió escapar a los jardines para tomar el té.

—No los veo por ninguna parte —dijo Percy mientras giraba lentamente sobre los talones en medio del césped.

—Ni yo —dijo Daphne—. Pero sigue buscando. Tienen que andar por aquí.

—Buenas tardes, señorita Harcourt-Browne.

Daphne se dio la vuelta de golpe.

—Ah, hola, señora Salmon, cuánto me alegro de verla. Y qué sombrero tan encantador, señorita Roach, me encanta. Percy, esta es la madre de Becky, la señora Salmon; y su tía, la señorita Roach. Mi prometido…

—Encantada de conocerlo, señoría —dijo la señora Salmon, preguntándose quién se iba a creer aquello cuando se lo contara a sus compañeras del club de Romford.

—Debe de sentirse usted muy orgullosa de su hija —dijo Percy.

—Así es, señoría.

La señorita Roach, tan inmóvil como una estatua, no hizo ninguna declaración.

—¿Y dónde se ha metido nuestra pequeña erudita? —quiso saber Daphne.

—Aquí estoy —dijo Becky—. Pero ¿dónde estabas tú? —preguntó mientras se apartaba de un grupo de recién licenciados.

—Buscándote.

Las dos muchachas se abrazaron.

—¿Has visto a mi madre?

—Estaba con nosotros hace un momento —dijo Daphne, mirando a su alrededor.

—Ha ido a buscar unos sándwiches, creo —explicó la señorita Roach.

—Típico de mamá —se rio Becky.

—Hola, Percy —dijo Charlie—. ¿Cómo van las cosas?

—Las cosas van viento en popa —replicó Percy con una tos—. Y bien hecho, Becky, debo añadir.

La señora Salmon regresó en ese momento portando una generosa bandeja de emparedados.

—Si Becky ha heredado el sentido común de su madre, señora Salmon —dijo Daphne mientras seleccionaba un sándwich de pepino para Percy—, seguro que le va bien en la vida. Presiento que, dentro de quince minutos, no quedará ni uno de estos. —Eligió uno de salmón ahumado para ella—. ¿Estabas muy nerviosa cuando subiste al escenario? —preguntó,

dirigiéndose a Becky de nuevo.

—¡Y tanto! Me temblaban las rodillas cuando el rey me pasó la banda por la cabeza. Además, para colmo de males, cuando volví a mi asiento descubrí que Charlie estaba llorando.

—Eso no es cierto —protestó su marido.

Becky se enganchó de su brazo sin decir nada más.

—Pues a mí me gusta esa banda morada —observó Percy—. Creo que causaría sensación si me pusiera algo así para ir al próximo baile del club de caza. ¿Tú qué opinas, tesoro?

—Tengo entendido que hay que esforzarse mucho para que te dejen engalanarte con una de esas, Percy —replicó una voz que no era la de Daphne.

Todos se giraron al mismo tiempo para ver quién se había metido en la conversación.

Percy inclinó la cabeza.

—Su majestad tiene toda la razón, como de costumbre. Debo añadir, señor, que me temo que, dados mis antecedentes, es poco probable que se me considere apto para recibir tal distinción.

—Lo cierto, Percy —añadió el monarca con una sonrisa—, es que esta velada te has alejado mucho de tu hábitat natural.

—Una amiga de Daphne —explicó Percy.

—Daphne, querida, me alegro mucho de verte —dijo el rey—. Aún no había tenido ocasión de felicitarte por tu compromiso.

—Justo ayer recibí una nota muy amable de la reina, majestad. Es un honor para nosotros que los dos puedan asistir a la boda.

—Sí, nos sentimos afortunados —dijo Percy—. Le presento a la señora Trumper, que hoy ha recibido su título. —Becky volvió a estrecharle la mano al monarca—. Su marido, el señor Trumper, y la madre de la señora Trumper, la señora Salmon…, y su tía, la señorita Roach.

El rey les dio la mano a los cuatro.

—Bien hecho, señora Trumper —felicitó a Becky—. Espero que le resulte útil su título.

—De momento, majestad, me ha servido para conseguir un empleo dentro de la plantilla de Sotheby's como aprendiz en su departamento de obras de arte.

—Excelente. En tal caso, señora Trumper, solo puedo desearle que continúe cosechando éxitos en el futuro. Espero verte en la boda, Percy, como muy tarde.

El monarca inclinó la cabeza y se fue a hablar con otro corrillo de gente.

—Buen tipo —dijo Percy—. Ha sido un detalle por su parte acercarse a saludar.

—No tenía ni idea de que conocieras al… —empezó Becky.

—Bueno —explicó Percy—, la verdad es que mi tátara-tátara-tatarabuelo intentó asesinar a su tátara-tátara-tatarabuelo. De haber tenido éxito, es muy probable que nuestros respectivos papeles se hubieran invertido. En cualquier caso, siempre se ha mostrado de lo más comprensivo con todo ese asunto.

—¿Y qué le pasó a tu tátara-tátara-tatarabuelo? —preguntó Charlie.

—Exiliado. Y justificadamente, debo añadir. De lo contrario, el muy desaprensivo lo habría intentado de nuevo.

—Santo cielo —dijo Becky, riéndose.

—¿Qué ocurre? —preguntó Charlie.

—Acabo de caer en la cuenta de quién es el tátara-tátara-tatarabuelo de Percy.

Daphne no tuvo ocasión de ver a Becky otra vez antes de la ceremonia nupcial, pues que las últimas semanas de preparativos parecían mantenerla totalmente ocupada. Sin embargo, consiguió ponerse al corriente sobre los últimos acontecimientos de Chelsea Terrace tras tropezarse con el coronel y su esposa en Onslow Square, donde lady Denham estaba celebrando una recepción. El coronel la informó, *sotto voce*, de que Charlie estaba empezando a adelantar los pagos de su crédito al banco y ya había saldado sus deudas con los demás acreedores. Daphne sonrió al recordar cómo Charlie, fiel a su tradición, le había ingresado el último pago varios meses antes de que vencieran los plazos.

—Y me acabo de enterar de que el hombre ya le ha echado el ojo a otra tienda —añadió el coronel.

—¿Cuál toca ahora?

—La panadería…, el número 145.

—El antiguo negocio del padre de Becky —dijo Daphne—. ¿Creen que podrán hacerse con ella?

—Sí, presiento que sí. Aunque me temo que Charlie va a tener que pagar un poco más de la cuenta esta vez.

—¿Y eso?

—El obrador está pegado a la tienda de frutas y hortalizas, y el señor Reynolds sabe perfectamente las ganas que tiene Charlie de comprar su negocio. Sin embargo, Charlie ha tentado al señor Reynolds con la oferta de dejar que siga dirigiendo su panadería, además de compartir con él un porcentaje de los beneficios.

—Hmm… ¿Cuánto cree usted que durará ese acuerdo?

—El tiempo que tarde Charlie en dominar el negocio del pan.

—¿Y Becky?

—Ya está trabajando en Sotheby's. Como oficinista.

—¿Oficinista? —dijo Daphne, indignada—. ¿Para qué tomarse la molestia de obtener un título si luego iba a acabar haciendo de secretaria?

—Al parecer todo el mundo empieza así en Sotheby's, da igual cuáles sean sus cualificaciones. Becky me lo ha explicado todo —replicó el coronel—. Por lo visto puedes ser el hijo del presidente, haber trabajado durante años en cualquiera de las galerías más importantes del West End, poseer una titulación o incluso ninguna en absoluto, que a pesar de todo empezarás atendiendo al público detrás de un mostrador. Después, si demuestras tu valía, te ascenderán a algún departamento especializado. Se parece un poco al ejército, de hecho.

—Bueno, ¿y Becky le ha echado el ojo a algún departamento en concreto?

—Parece ser que le gustaría trabajar con un tal señor Pemberton, un hombre bastante mayor con fama de ser todo un experto en cuadros del Renacimiento.

—Me apuesto lo que sea —dijo Daphne—, a que habrá salido de detrás de ese mostrador dentro de un par de semanas.

—Charlie no la tiene en tan baja estima —bromeó el coronel.

—Oh, ¿cuánto tiempo le da él?

El coronel esbozó una sonrisa.

—A lo sumo, diez días.

15

Cuando llegaba el correo de la mañana a Lowndes Square, Wentworth, el mayordomo, colocaba las cartas en una bandeja de plata y se las llevaba al brigadier en su estudio, donde su señor se quedaba con las que iban dirigidas personalmente a él antes de devolverle la bandeja al sirviente. Este, a continuación, procedía a llevar las demás cartas a las señoras de la casa.

Sin embargo, desde el anuncio del próximo enlace de su hija en el *Times* y el subsiguiente envío de más de quinientas invitaciones para la boda, el brigadier se había aburrido del proceso de selección y le había pedido a Wentworth que invirtiera su ruta, para que solo le diera aquellas cartas que iban dirigidas a él.

Así, un lunes por la mañana de junio de 1921, Wentworth llamó a la puerta del dormitorio de la señorita Daphne, entró cuando se le indicó que pasara y le hizo entrega de un enorme fajo de correspondencia. Después de separar las cartas dirigidas a su madre o a ella misma, Daphne le devolvió las pocas que quedaban a Wentworth, que ensayó una sutil reverencia y continuó con su ruta en el sentido contrario de las agujas del reloj.

En cuanto Wentworth hubo cerrado la puerta a su espalda, Daphne se levantó de la cama de un salto, dejó el montón de misivas encima de la mesa de su tocador y se dirigió al cuarto de baño. Un poco después de las diez y media, sintiéndose preparada para afrontar los rigores de la jornada, regresó al tocador y empezó a rasgar los sobres con un abrecartas. Las confirmaciones de asistencia o ausencia debían separarse en pilas distintas antes de ponerles una marquita o una cruz en la lista maestra; de ese modo, su madre podría calcular el número exacto de comensales y proceder a planificar cómo sentarlos. La criba de las treinta y una cartas de esa mañana en particular arrojó un resultado de veintidós síes, incluidos el de una princesa, un vizconde, dos lores, un embajador y los estimados coronel y lady Hamilton. Había también cuatro noes, entre ellos los de dos parejas que estarían en el extranjero, un tío ya anciano que padecía diabetes avanzada y otro cuya hija había tenido el poco tino de elegir el mismo día que Daphne para casarse. Tras colocar las marquitas y las cruces correspondientes en la lista maestra, Daphne dirigió su atención a las cinco cartas restantes.

La primera resultó ser de su tía Agatha, que a sus ochenta y siete años residía en Cumberland y ya había declarado con anterioridad que no pensaba asistir al enlace, temerosa de que el viaje a Londres pudiera pasarle una factura excesiva para su delicada salud. Sin embargo, la tía Agatha continuaba sugiriendo que quizá Daphne debería llevar a Percy al norte para visitarla en cuanto hubieran vuelto de su luna de miel, puesto que le encantaría conocerlo en persona.

—Ni loca —dijo Daphne en voz alta—. Cuando vuelva a Inglaterra, visitar a parientes tan lejanos como entrados en años será la menor de mis preocupaciones.

Después leyó la postdata:

Y si te acercas a Cumberland, querida, sería conveniente que me ayudaras a redactar mi

testamento, porque no estoy segura de a quién dejarle los cuadros, sobre todo el Canaletto, que considero que se merece un hogar adecuado.

Vieja retorcida, pensó Daphne, perfectamente consciente de que la tía Agatha utilizaba la misma postdata con todos los miembros de la familia, por lejanos que fueran, lo que garantizaba que rara vez se pasara un fin de semana sin compañía.

La segunda carta era de Michael Fishlock y cía., los especialistas en cáterin, quienes adjuntaban un presupuesto estimado para proveer de té a ochocientos invitados en Vincent Square en la recepción inmediatamente posterior a la boda. A Daphne las trescientas guineas le parecían una suma escandalosa, pero dejó el presupuesto a un lado para que su padre se encargara de aprobarlo más tarde. Hizo lo mismo con otras dos cartas dirigidas a su madre, remitidas por sendas amigas de esta, que no la concernían a ella.

Había dejado la quinta para el final porque el sobre, además de estar engalanado con sellos de vivos colores, exhibía la corona real inscrita en un óvalo en la esquina superior derecha, sobre las palabras «10 annas».

Abrió el sobre con cuidado y sacó varias hojas de papel recio, la primera de las cuales lucía un relieve con el símbolo y el lema de los fusileros reales.

«Querida Daphne», empezaba la carta. Se apresuró a pasar a la última hoja para mirar la firma, que rezaba: «Tu amigo, como siempre, Guy».

Volvió a la primera hoja y echó un somero vistazo a la dirección del remitente antes de leer las palabras de Guy con cierta aprensión.

Cuartel de oficiales
2º batallón
Fusileros reales
Barracón Wellington
Poona
India
15 de mayo de 1921

Querida Daphne:

Espero que sepas disculparme por recurrir a la larga amistad que une a nuestras familias, pero ha surgido un problema del que estoy seguro que tienes constancia, y por desgracia me veo en la necesidad de recurrir a ti para pedirte ayuda y consejo.

Hace tiempo recibí una carta de tu amiga, Rebecca Salmon

Daphne dejó las páginas sin leer encima del tocador, bocabajo, deseando que la carta hubiera llegado unos días después de que ella se hubiera ido de viaje de novios, en vez de unos días antes. Dedicó unos instantes a revisar la lista de invitados, pero comprendió que tarde o temprano tendría que averiguar qué era lo que Guy esperaba de ella. Continuó leyendo la carta.

informándome de que estaba embarazada y yo era el padre del niño.

Permíteme asegurarte desde el principio que no podría haber nada más lejos de la verdad, puesto que la única ocasión que pasé la noche en vuestro piso, Rebecca y yo no

tuvimos ningún contacto físico.

Para que conste en acta, fue ella la que insistió para que cenáramos juntos en el 97 de Chelsea Terrace aquella noche, a pesar de que yo ya había reservado una mesa para dos en el Ritz.

Conforme avanzaba la velada, me di cuenta de que estaba intentando emborracharme. Tanto es así que, cuando se me ocurrió irme de allí, reconozco que me sentía un poco mareado y dudaba de poder regresar al barracón sin peligro.

Rebecca se apresuró a sugerir que me quedara allí esa noche «para dormir la mona». Cito sus palabras textuales. Yo me negué, naturalmente, hasta que señaló que podía quedarme en tu habitación, ya que no esperaba que volvieras de la campiña hasta el día siguiente por la tarde…, hecho que tú misma confirmaste más tarde.

Acepté la amable oferta de Rebecca, por tanto, y cuando me fui a la cama no tardé en quedarme dormido tan solo para que unos golpes en la puerta me despertaran un rato después. Para mi horror, te descubrí plantada delante de mí. Más aún me sorprendió ver que Rebecca, sin que yo me percatara de ello, se había metido en la cama conmigo.

Tú, naturalmente azorada, te marchaste de inmediato. Yo me levanté sin decir nada, me vestí y volví al cuartel, donde llegué a mi habitación a la una y cuarto, como muy tarde.

Cuando me personé en la estación de Waterloo más tarde esa misma mañana, para comenzar mi viaje a la India, me sorprendió, como te podrás imaginar, encontrarme con que Rebecca estaba esperándome en el andén. Tan solo pasé unos instantes con ella, pero le hice saber en términos inequívocos lo que opinaba de la treta que me había jugado la noche anterior. Después me despedí de ella con un apretón de manos y subí al tren con destino a Southampton, sin imaginarme ni por un momento que volvería a tener noticias de ella. El siguiente contacto que tuve con la señorita Salmon se produjo unos meses más tarde, cuando recibí su inesperada y calumniosa misiva, lo que me lleva al porqué de que ahora necesite tu ayuda.

Daphne pasó la hoja y se detuvo para mirarse en el espejo. No le apetecía en absoluto averiguar lo que Guy esperaba de ella. Se le había olvidado incluso en qué habitación lo había descubierto. Apenas unos segundos después, sin embargo, su mirada saltó al primer renglón de la página siguiente y continuó leyendo.

No sería necesario emprender ninguna acción si no fuera por el hecho de que el teniente coronel sir Danvers Hamilton se ha tomado la libertad de escribirle una carta a mi nuevo comandante en jefe, el coronel Forbes, para informarle de la versión de la señorita Salmon de la historia, de resultas de lo cual me he visto en la obligación de defenderme frente a un tribunal especial compuesto por mis compañeros oficiales.

Ya les he contado exactamente lo que sucedió aquella noche, por supuesto, pero debido a la persistente influencia del coronel Hamilton dentro del regimiento, hay quienes se resisten a aceptar mi versión de los hechos. Afortunadamente, mi madre escribió al coronel Forbes unas semanas más tarde para informarle de que la señorita Salmon se había casado con su amante desde hace tiempo, Charlie Trumper, el cual no niega que ese hijo nacido fuera del matrimonio sea suyo. Si el coronel no hubiera aceptado la palabra de mi madre,

podría haberme visto obligado a presentar mi dimisión de inmediato. Injusticia que, sin embargo, se ha podido evitar.

Desde entonces, no obstante, mi madre me ha hablado de que planeas visitar la India en tu viaje de novios (mi más sincera enhorabuena, por cierto). Es casi seguro, por tanto, que acabes conociendo al coronel Forbes, el cual me temo que podría sacar a colación este asunto, dado que tu nombre ya se ha mencionado en conexión con la historia.

Me gustaría implorarte, por tanto, que no digas nada que pueda perjudicar mi carrera. De hecho, si te sintieras capaz de corroborar mi versión, quizá se pudiera enterrar definitivamente todo este lamentable malentendido.

Tu amigo, como siempre,
Guy

Daphne dejó la carta encima del tocador y empezó a cepillarse el cabello mientras pensaba en cómo debería obrar a continuación. No le apetecía discutir el problema con sus padres, y menos aún involucrar a Percy. También tenía muy claro que no iba a alertar a Becky sobre la existencia de la misiva de Trentham hasta haber planeado exactamente cuáles eran las medidas que iba a tomar. La asombraba la mala memoria que debía de atribuirle Guy para distanciarse de esa forma de la realidad.

Soltó el cepillo y se miró en el espejo antes de volver a la carta para dedicarle una segunda lectura, y una tercera después. Luego la guardó de nuevo en el sobre e intentó alejar su contenido de sus pensamientos. Por mucho que intentara distraerse con otros asuntos, sin embargo, las palabras de Guy continuaban resonando en su mente. La ofendía especialmente que se imaginara que era tan crédula.

Daphne comprendió de repente a quién debería pedirle consejo. Echó mano del teléfono, y tras preguntar a la operadora por un número de Chelsea, la alegró descubrir que el coronel todavía estaba en casa.

—Salía para el club en estos momentos, Daphne —dijo el hombre—. Pero dime en qué puedo ayudarte, por favor.

—Necesito hablar con usted urgentemente —le explicó ella—, aunque preferiría no hacerlo por teléfono.

—Entendido. —El coronel hizo una pausa antes de añadir—. Si estás libre, ¿por qué no me acompañas a comer en el In and Out? Solo tengo que cambiar la reserva para que nos preparen una mesa en el salón de señoras.

Daphne aceptó la oferta encantada. Cuando se hubo arreglado el maquillaje, Hoskins la llevó en coche hasta Piccadilly. Pasaban escasos minutos de la una cuando llegó al Naval and Military.

El coronel estaba esperando de pie en el vestíbulo del local para recibirla.

—Qué sorpresa tan agradable —dijo sir Danvers—. No todos los días puedo dejarme ver almorzando con una joven tan guapa. Esto hará que mi reputación suba como la espuma en el club. Pienso saludar a todos los brigadieres y generales con los que nos crucemos.

El hecho de que Daphne no se riera de sus bienintencionados comentarios provocó que el coronel adoptara una expresión más seria de inmediato. Tomó a su invitada del brazo con delicadeza y la guio al salón reservado para las mujeres. Tras apuntar su pedido y entregarle la nota a uno de los camareros, Daphne sacó del bolso la carta de Guy y se la dio a su anfitrión sin

decir palabra.

El coronel se ajustó el monóculo y empezó a leer, levantando la cabeza ocasionalmente para mirar a Daphne, tan solo para observar que la muchacha no había probado la sopa de Brown Windsor que le habían puesto delante.

—Menudo mezquino —dijo mientras guardaba la carta en el sobre y se la devolvía a Daphne.

—Estoy de acuerdo, pero ¿qué me sugiere que haga al respecto?

—Bueno, una cosa está clara, querida, no puedes revelarles su contenido ni a Charlie ni a Becky. Tampoco veo cómo podrías dejar de decirle a Trentham que, si se te planteara directamente la pregunta de quién es el padre del niño, tu obligación sería contar la verdad. —Hizo una pausa para tomar una cucharada de sopa—. Te juro que no pienso volver a hablar con la señora Trentham mientras viva —añadió sin más explicación.

Su observación sorprendió a Daphne, que hasta ese momento ignoraba que la mujer y él se hubieran cruzado en alguna ocasión.

—Quizá deberíamos aunar fuerzas para pensar en una respuesta adecuada, querida —sugirió el coronel tras otro instante de reflexión. Se interrumpió para permitir que una camarera les sirviera sendas porciones del plato del día del club.

—Si me pudiera ayudar, le estaría eternamente agradecida —dijo Daphne, nerviosa—. Pero antes creo que debería contarle todo lo que sé.

El coronel asintió con la cabeza.

—Como estoy segura de que usted ya es consciente, la culpable de que esos dos se conocieran soy yo.

Para cuando Daphne hubo terminado de relatar su historia, el plato del coronel ya estaba vacío.

—Estaba al corriente de la mayoría de los detalles —replicó el hombre mientras se limpiaba los labios con la servilleta—, pero, a pesar de todo, has rellenado una o dos lagunas importantes que tenía. Confieso que no tenía ni idea de que Trentham fuera tan golfo. En retrospectiva, está claro que debería haberme informado mejor antes de dejarme convencer para que su nombre optara a recibir la Cruz Militar. —Se levantó—. Ahora, si eres tan amable de entretenerte tú sola un momento leyendo una revista en la cafetería, veré qué se me ocurre a modo de borrador inicial.

—Lamento mucho las molestias —se disculpó Daphne.

—No digas tonterías. Me halaga que me consideres digno de tu confianza.

El coronel se despidió y se recluyó en la sala de escritura.

Tardó casi una hora en reaparecer, cuando Daphne ya estaba releyendo los anuncios de quienes solicitaban niñera en la *Lady*.

Dejó la revista encima de la mesa y se sentó más erguida en la silla. El coronel le entregó el fruto de sus esfuerzos, que Daphne inspeccionó durante varios minutos antes de hablar.

—Sabe Dios qué haría Guy si le escribiera una carta como esta —dijo por fin.

—Presentará su dimisión, querida, así de simple. En mi opinión, ya está tardando en hacerlo. —El coronel arrugó el entrecejo—. Va siendo hora de que Trentham se entere de las consecuencias de sus actos, y no solo por las responsabilidades que tiene todavía para con Becky y el niño.

—Pero ahora que ella está felizmente casada —se lamentó Daphne—, no me parece justo

para Charlie.

—¿Has visto a Daniel últimamente? —preguntó el coronel, bajando la voz.

—Hace unos meses, ¿por qué?

—Fíjate mejor la próxima vez, porque no hay muchos Trumper…, ni Salmon, ya puestos…, con el pelo rubio, la nariz aguileña y los ojos azules. Me temo que las réplicas más evidentes se encuentran en Ashurst, Berkshire. En cualquier caso, Becky y Charlie tendrán que contarle la verdad a ese niño tarde o temprano, si no quieren allanarse el terreno para tener más problemas en el futuro. Envía la carta —dijo, tamborileando con los dedos sobre la mesa de centro—, ese es mi consejo.

Cuando Daphne hubo regresado a Lowndes Square, se fue directamente a su cuarto. Se sentó al escritorio y, tras vacilar tan solo un momento, empezó a copiar las palabras del coronel.

Una vez completada su tarea, Daphne releyó el único párrafo de las deliberaciones del coronel que ella había decidido omitir y rezó para que sus ominosos vaticinios estuvieran equivocados.

Tras finalizar su propia versión, rompió el borrador del coronel y llamó a Wentworth.

—Hay que mandar esta carta —fue lo único que le dijo.

Los preparativos nupciales adquirieron un tinte tan voraginoso que, tras dejar la carta en manos de Wentworth, Daphne prácticamente se olvidó del problema que representaba Guy Trentham. Entre elegir a las damas de honor sin ofender a media familia, soportar las interminables pruebas de vestuario que nunca terminaban a tiempo, estudiar quién iba a sentarse con quién para asegurarse de que aquellos de sus parientes que llevaban años sin dirigirse la palabra no acabaran juntos en la misma mesa (ni en el mismo banco durante la ceremonia, ya puestos) y, por último, soportar a su futura suegra, la viuda marquesa, quien, tras haber casado a tres hijas, siempre tenía tres opiniones distintas que ofrecer sobre cualquier minucia, Daphne estaba agotada.

Cuando solo faltaba una semana para la fecha señalada, le sugirió a Percy que deberían acudir al juez de paz más cercano y ventilar el asunto lo antes posible…, sin molestarse en avisar a nadie, preferiblemente.

—Lo que tú digas, tesoro —fue la respuesta de Percy, quien ya hacía tiempo que había dejado de escuchar a nadie cuando salía el tema del matrimonio.

El 16 de julio de 1921, Daphne se despertó a las cinco y cuarenta y tres sintiéndose exhausta, pero para cuando salió al radiante sol que iluminaba Lowndes Square, a la una y cuarenta y cinco, estaba exultante y tenía ganas incluso de celebrar la ocasión.

Su padre la ayudó a subir los escalones del mismo carruaje descubierto en el que habían viajado su abuela y su madre antes que ella el día de sus respectivos enlaces. Una pequeña multitud de sirvientes y curiosos vitorearon a la novia durante el trayecto hasta Westminster, mientras que otros saludaban con la mano desde las aceras. Los oficiales se ponían firmes, los galanes le lanzaban besos y las jovencitas en edad casadera suspiraban a su paso.

Daphne, del brazo de su padre, entró en la iglesia por la puerta de la cara norte unos minutos antes de que el Big Ben anunciara las dos y procedió a recorrer lentamente el pasillo al son de la marcha nupcial de Mendelssohn. Solo se detuvo un momento antes de reunirse con Percy, para hacer una reverencia ante el rey y la reina, sentados a solas en sus bancos privados junto al altar.

Después de tantos meses de espera, el servicio dio la impresión de acabar en un abrir y cerrar de ojos. Mientras el órgano entonaba el último himno y la pareja de recién casados era conducida a una antesala para firmar el registro, Daphne solo pensaba en lo mucho que le gustaría poder repetir toda la ceremonia desde el principio.

Marido y mujer abandonaron la iglesia envueltos en un atronador doblar de campanas y desfilaron por las calles de Westminster bajo el radiante sol de la tarde. Cuando llegaron a la enorme carpa erigida en el césped de Vincent Square, empezaron a recibir a sus invitados.

En su intento por cruzar al menos una palabra con cada uno de ellos, Daphne estuvo a punto de quedarse sin probar su propia tarta de bodas, y en cuanto le hubo pegado un bocado, la viuda marquesa apareció de repente para anunciar que, como no dieran paso pronto a los discursos, podían irse olvidando de zarpar con la última marea.

Algernon Fitzpatrick alabó a las damas de honor y brindó por la novia y el novio. Percy pronunció una réplica sorprendentemente ingeniosa que obtuvo una calurosa acogida. Después Daphne se dejó conducir al 45 de Vincent Square, la residencia de un tío lejano, para cambiarse de ropa y ponerse su atuendo de viaje.

Mientras Hoskins esperaba para trasladar a los recién casados en coche a Southampton, la muchedumbre ocupó las aceras una vez más para lanzarles arroz y pétalos de rosa.

Treinta minutos más tarde, Hoskins conducía plácidamente por la A307 a la altura de Kew Gardens, alejándose de los invitados que continuaban con la celebración sin los novios.

—Bueno —le dijo Daphne a su esposo—, ahora me vas a tener que aguantar para siempre, Percy Wiltshire.

—Sospecho que nuestras respectivas madres ya habían llegado a ese acuerdo mucho antes de que nosotros naciéramos. Sin necesidad, la verdad.

—¿Sin necesidad?

—Sí. Podría haber puesto fin a sus complots hace años. Me habría bastado con decirles que jamás aceptaría casarme con otra.

Daphne estaba pensando seriamente en la luna de miel por primera vez cuando Hoskins detuvo el Rolls en el muelle, más de dos horas antes de que los pistones del *Mauritania* se pusieran en marcha. Con la ayuda de varios porteadores, el chófer descargó dos baúles del maletero del coche (otros catorce habían zarpado con antelación en la víspera), y Daphne y Percy se dirigieron a la pasarela, donde los esperaba el sobrecargo del barco.

Justo cuando el hombre avanzaba para recibir al marqués y su esposa, resonó una voz procedente de la multitud:

—¡Buena suerte, señoría! ¡Y permítame decirle, de parte de mi señora y la mía, que la marquesa es una alegría para la vista!

Los dos se giraron y se echaron a reír al ver a Charlie y a Becky, todavía vestidos de gala, mezclados entre el gentío.

El sobrecargo los condujo a los cuatro por la pasarela y los llevó al salón Nelson, donde encontraron otra botella de champagne esperando a que alguien la abriera.

—¿Cómo habéis conseguido llegar antes que nosotros? —preguntó Daphne.

—Bueno —dijo Charlie, exagerando su acento cockney—, a lo mejor nosotros no tenemos un Rolls-Royce, milady, pero eso no nos impidió adelantar a Hoskins en nuestro pequeño biplaza justo al otro lado de Winchester, ¿a que no?

Todos se rieron, menos Becky, que no podía apartar la mirada del pequeño broche de diamante que resaltaba exquisito sobre la solapa del traje de Daphne.

La sirena sonó tres veces y el sobrecargo sugirió que los Trumper deberían desembarcar ya, a menos que tuvieran la intención de acompañar a los Wiltshire hasta Nueva York.

—¡Nos vemos dentro de un año o así! —gritó Charlie mientras se giraba para despedirse con la mano desde la pasarela.

—Para entonces ya habremos dado la vuelta al mundo, tesoro —le susurró Percy a su esposa.

Daphne agitó la mano.

—Sí, y a saber qué les ha dado tiempo a tramar a esos dos.

CORONEL HAMILTON
1920-1922

16

No se me suele olvidar una cara, así que reconocí de inmediato al hombre que estaba pesando aquellas patatas. Entonces recordé el cartel que colgaba sobre la puerta del establecimiento. Por supuesto, Trumper, cabo mayor. No, acabó llegando a sargento, si no me falla la memoria. ¿Y cómo se llamaba su amigo, el que recibió la Medalla Militar…? Ah, sí, Prescott, soldado de primera. Fallecido en circunstancias extrañas. Es curioso, los detalles que retiene uno en la cabeza.

Cuando volví a casa para almorzar para almorzar le conté a mi señora que me había encontrado con el sargento Trumper, aunque no mostró mucho interés hasta que le enseñé el cargamento de frutas y hortalizas. Fue entonces cuando me preguntó dónde las había comprado. «En Trumper's», le dije, y ella asintió con la cabeza mientras se apuntaba mentalmente el nombre.

Al día siguiente le pedí al secretario del regimiento que le enviara a Trumper dos entradas para nuestra fiesta anual, y no volví a pensar en él hasta que los vi a los dos sentados en la mesa de los sargentos la noche del baile. Digo «a los dos» porque Trumper estaba acompañado por una chica extraordinariamente atractiva. Durante la mayor parte de la velada, sin embargo, pareció ignorarla a favor de otra con cuyo nombre no me había quedado, una joven que, podría añadir, había visto antes sentada a escasos puestos de mí en la mesa de honor. Cuando el oficial administrativo sacó a bailar a Elizabeth, aproveché sin dilación la oportunidad. Crucé la pista de baile, consciente de que la mitad del batallón tenía los ojos puestos en mí, saludé con una reverencia a la señorita en cuestión y le pedí que me hiciera el honor de concederme ese baile. Su nombre, como descubrí, era Salmon, y la señorita bailaba como la esposa de un oficial. También era inteligente y graciosa. Sencillamente no entiendo en qué diablos estaría pensando Trumper, y si hubiera sido de mi incumbencia, se lo habría dicho con esas mismas palabras.

Al terminar el baile llevé a la señorita Salmon a conocer a Elizabeth, que se mostró igual de encantada. Mi señora me contó más tarde que se había enterado de que la muchacha estaba prometida con un tal capitán Trentham, del regimiento, destinado a la India en esos momentos. Trentham, Trentham… Recordaba haber conocido a un joven oficial que respondía a su nombre en el batallón (se había ganado la Cruz Militar en el Marne), pero también había algo más que no logré precisar de inmediato. Pobre chica, pensé, puesto que yo había hecho pasar a Elizabeth por el mismo suplicio cuando me enviaron a Afganistán en 1882. Perdí un ojo por culpa de aquellos malditos afganos, y poco me faltó para quedarme también sin la única mujer que he amado en mi vida. Pese a todo, es de mala educación casarse antes de ser capitán…, o después de que te hayan nombrado mayor, ya puestos.

Mientras volvíamos a casa, Elizabeth me advirtió que había invitado a la señorita Salmon y a Trumper a pasarse por Tregunter Road a la mañana siguiente.

—¿Por qué? —pregunté.

—Parece ser que tienen una propuesta que hacerte.

Llegaron a nuestra casita de Tregunter Road antes incluso de que el carillón hubiera terminado de anunciar que ya eran las once. Los conduje a la sala de estar antes de preguntarle a Trumper.

—Bueno, ¿de qué se trata, sargento? —No obtuve ninguna respuesta por su parte; en vez de eso, fue la señorita Salmon la que habló por los dos. Sin andarse con rodeos, me presentó unos argumentos de lo más convincentes para que me uniera a su empresa (en calidad de consejero, por supuesto) con un sueldo de cien libras anuales. Aunque no me consideraba la persona más indicada para desempeñar esas funciones, me conmovió la confianza que depositaban en mí y les prometí pensármelo con detenimiento. Acordé escribirles para comunicarles mi decisión lo antes posible.

Elizabeth coincidía con mi valoración, pero opinaba que, cuando menos, debería hacer un reconocimiento del terreno por mi cuenta antes de declinar su oferta.

Me pasé la semana siguiente asegurándome de rondar las proximidades del 147 de Chelsea Terrace todos los días laborables. A menudo me sentaba en el banco que había en la acera opuesta a la tienda, desde donde podía observar cómo llevaban el negocio sin que ellos me vieran. Por razones obvias, elegía distintos momentos de la jornada para llevar a cabo mis observaciones. A veces acudía a primera hora de la mañana; otras, en el momento de más ajetreo, o quizás ya entrada la tarde. En una ocasión los vi cerrar, incluso, tras descubrir que el sargento Trumper nunca estaba pendiente del reloj: el número 147 resultó ser el último establecimiento de la calle en cerrar sus puertas al público. No me importa reconocer que tanto Trumper como la señorita Salmon me causaron una impresión francamente favorable. Formaban una pareja extraordinaria, le dije a Elizabeth después de mi primera jornada de reconocimiento.

Unas semanas antes me había sondeado el conservador del Museo Imperial de la Guerra, invitándome a formar parte de su consejo, pero lo cierto era que, aparte de esa oferta, la de Trumper era la única que había recibido tras colgar los galones el año anterior. Puesto que el conservador no había mencionado remuneración alguna, deduje que no la habría, y a juzgar por los últimos documentos del consejo que me había enviado para que los examinara, presentía que mis responsabilidades para con el museo no iban a robarme más de una hora a la semana.

Tras largas deliberaciones conmigo mismo, una conversación con la señorita Daphne Harcourt-Browne y las palabras de aliento de Elizabeth (que no aspiraba a tenerme en casa todas las horas del día), le envié una nota a la señorita Salmon para informarles de que habían encontrado a su hombre.

A la mañana siguiente descubrí exactamente dónde me había metido cuando la antedicha señorita volvió a presentarse en Tregunter Road para explicarme cuál era mi nuevo cometido. Y lo hizo con todo lujo de detalles, además, tan minuciosa como cualquiera de los muchos oficiales administrativos que yo alguna vez hubiera tenido a mi mando.

Becky (me había pedido que dejara de llamarla «señorita Salmon» ahora que éramos socios) dijo que debería tomarme nuestra primera visita a Child’s, en Fleet Street, como un «ensayo general», puesto que la pieza que realmente se quería cobrar no estaba programada hasta la semana siguiente. Sería entonces cuando «entraríamos a matar». No dejaba de utilizar unas expresiones que para mí no tenían sentido.

Reconozco que salí de casa atenazado por los nervios la mañana de nuestra reunión con aquel

primer banco, y lo cierto es que estuve a punto de batirme en retirada antes incluso de recibir la orden de avanzar. De no haber sido por los dos rostros jóvenes y expectantes que me esperaban en la puerta de la entidad, creo que me habría retirado por completo de la campaña.

Fuera como fuese, pese a todas mis reservas, menos de una hora más tarde salimos del banco tras haber completado con éxito nuestra primera misión, y creo que puedo asegurar sin temor a equivocarme que no defraudé sus expectativas. Tampoco es que tuviera una elevada opinión de Hadlow, que me parecía un tipo más bien extraño, aunque, por otra parte, los Buffs nunca habían sido un cuerpo de primera, precisamente. Aquel hombrecillo nunca había visto el blanco de los ojos del enemigo, lo cual, en mi opinión, es lo que realmente forja a un soldado.

A partir de ese momento seguí muy de cerca las actividades de Trumper, insistiendo en reunirnos en la tienda una vez a la semana para mantenerme al día de los acontecimientos. De vez en cuando, incluso me atrevía a ofrecerles alguna que otra palabra de aliento o consejo. No habría sido justo aceptar un sueldo y después no arrimar el hombro para merecérselo.

De entrada, las cosas parecían estar saliendo a pedir de boca; las cifras trimestrales, de hecho, eran directamente impresionantes. Luego, a finales de mayo de 1920, Trumper solicitó verme en privado. Sabía que le había echado el ojo a otro de los establecimientos de Chelsea Terrace y andábamos un poco justos de presupuesto, así que di por sentado que querría hablarme de eso.

Accedí a visitar a Trumper en su apartamento, puesto que nunca parecía sentirse cómodo del todo cuando le pedía que fuese a mi club o a Tregunter Road. Cuando llegué aquella tarde, lo encontré bastante alterado. Supuse que alguno de nuestros tres establecimientos nos estaría dando problemas, pero me aseguró que no era ese el caso.

—Bueno, Trumper —le dije—, pues desembucha.

—No es fácil, la verdad, señor —replicó, por lo que guardé silencio con la esperanza de que eso le ayudara a tranquilizarse y pudiera sacarse del pecho lo que le preocupaba—. Se trata de Becky, señor —dijo atropelladamente por fin.

—Una muchacha excelente —le aseguré.

—Sí, señor, estoy de acuerdo. Pero me temo que está embarazada.

Confieso que yo ya me había enterado de la noticia unos días antes, por boca de la propia Becky, pero, como le había dado mi palabra de no contárselo a nadie, ni siquiera a Charlie, me hice el sorprendido. Aunque entiendo que los tiempos han cambiado, sabía que Becky había recibido una educación muy estricta y, en cualquier caso, no me había parecido nunca de esa clase de chicas, no sé si me explico.

—Comprensiblemente —añadió Charlie—, querrá usted saber quién es el padre.

—Daba por sentado… —empecé, pero Charlie sacudió la cabeza.

—Yo no —dijo—. Ojalá lo fuera. Así, por lo menos, podría casarme con ella y no tendría que molestarlo a usted con este problema.

—Entonces, ¿quién es el culpable?

Titubeó antes de responder:

—Guy Trentham, señor.

—¿El capitán Trentham? Pero si está en la India, si no me falla la memoria.

—Correcto, señor. Y me ha costado lo indecible convencer a Becky para que le escriba y le cuente lo que ha pasado. Dice que así solo conseguiría arruinar su carrera.

—Pero, si no se lo dice, ella bien podría arruinarse la vida —murmuré—. Imagínate el

estigma de ser una madre soltera, por no hablar de criar a un hijo ilegítimo. En cualquier caso, me imagino que Trentham se acabará enterando tarde o temprano.

—Quizá no descubra nunca la verdad por boca de Becky, y yo está claro que no poseo la influencia necesaria para obligarle a hacer lo correcto.

—¿Estás callándote algo más sobre Trentham que yo debería saber, Trumper?

—No, señor —replicó Trumper, demasiado rápido como para convencerme del todo.

—En tal caso, tendrás que dejarme a mí el problema de Trentham —le dije—. Mientras tanto, sigue dirigiendo las tiendas. Pero no vaciles en avisarme en cuanto todo salga a la luz, para no quedar como si no tuviera ni idea de lo que pasa.

Me levanté con la intención de marcharme.

—El mundo se habrá enterado dentro de no mucho —me aseguró Charlie.

Le había dicho que me dejara a mí el problema de Trentham sin tener ni la menor idea de lo que iba a hacer al respecto, pero cuando volví a casa esa noche se lo conté todo a Elizabeth. Esta me aconsejó que hablara con Daphne, quien seguro que sabía considerablemente más sobre lo que estaba pasando que Charlie. Sospeché que tenía razón.

Elizabeth y yo invitamos a Daphne a tomar el té en Tregunter Road un par de días más tarde. Corroboró todo lo que Charlie me había contado, y añadió además un par de piezas que le faltaban al rompecabezas.

En opinión de Daphne, Trentham había sido el primer romance serio de Becky, la cual, que ella supiera, no se había acostado con ningún otro antes de conocerlo a él, y con Trentham solo una vez. El capitán Trentham, nos aseguró, no podría alardear de compartir la misma reputación intachable.

El resto de sus revelaciones no hacía presagiar una solución fácil, pues nos enteramos de que la madre de Guy era poco probable que le insistiera a su hijo para arreglar las cosas con Becky.

—Pero ¿qué hay del padre de Trentham? —pregunté—. ¿Crees que debería tener unas palabras con él? Estuvimos en el mismo regimiento, aunque no en el mismo batallón.

—Es el único miembro de esa familia que me cae bien —admitió Daphne—. Es parlamentario por Berkshire West, de los liberales.

—En tal caso, esa será mi estrategia —repuse—. Aunque no comparta sus convicciones políticas, estoy seguro de que no le impedirán reconocer la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal.

El mayor respondió de inmediato a la carta que le envié, redactada en uno de los papeles del club, y me invitó a tomar algo con él en Chester Square al lunes siguiente.

Llegué puntualmente a las seis y fui conducido a la sala de estar, donde me recibió una señora encantadora que se presentó como la señora Trentham. No era en absoluto lo que esperaba tras la descripción de Daphne; me pareció bastante atractiva, de hecho. Se disculpó profusamente: su marido, al parecer, estaba retenido en la Cámara de los Comunes por culpa de una votación que debía de ser muy importante para su partido, lo que incluso yo supe interpretar como ya sería muy tarde cuando le dejaran salir del Palacio de Westminster. Tomé una decisión espontánea (y equivocada, en retrospectiva) y, seguro de que sería contraproducente aplazar el verdadero motivo de mi visita, opté por transmitirle mi mensaje al mayor a través de su esposa.

—Todo esto es bastante embarazoso, la verdad —empecé.

—Le ruego que hable usted con absoluta franqueza, coronel. Puedo garantizarle que gozo de

la plena confianza de mi marido. No tenemos secretos el uno para el otro.

—Bueno, si le soy sincero, señora Trentham, el asunto que me gustaría tratar concierne a Guy, su hijo.

—Ya veo —dijo por toda respuesta.

—Y a su prometida, la señorita Salmon.

—La señorita Salmon no es su prometida —replicó la señora Trentham, cuya voz denotaba una crispación inesperada—, ni lo ha sido nunca.

—Pero, pensaba…

—¿Que mi hijo le había hecho alguna promesa a la señorita Salmon? Nada más lejos de la verdad, coronel, se lo aseguro.

Ligeramente desconcertado por su reacción, no se me ocurrió cuál podría ser la forma más diplomática de explicarle a esa mujer el porqué de que quisiera entrevistarme con su marido, por lo que me limité a decir:

—Tanto si se hizo alguna promesa como si no, señora, considero que es mi deber informarles, tanto a usted como al mayor Trentham, de que la señorita Salmon está embarazada.

—¿Y en qué me atañe eso a mí? —La señora Trentham me miraba directamente a la cara, sin que sus ojos mostraran la menor sombra de miedo.

—En el sentido de que su hijo indudablemente es el padre.

—Solo si nos fiamos de lo que diga esa chica, coronel.

—Eso, señora, me parece indigno de usted —repliqué—. Me consta que la señorita Salmon es una persona íntegra, decente y honrada. Y, de todos modos, si no fue su hijo, ¿quién más podría haber sido?

—Sabe Dios —insistió la señora Trentham—. Cualquiera, diría yo, a juzgar por su reputación. Después de todo, su padre era inmigrante.

—Igual que el abuelo del rey, señora —le recordé—. Pero eso no le habría impedido saber cómo comportarse si se hubiera tenido que enfrentar al mismo dilema.

—Le aseguro que no entiendo a qué se refiere usted, coronel.

—Me refiero, señora, a que su hijo debería casarse con la señorita Salmon o presentarle su dimisión al regimiento y tomar las medidas adecuadas para que a ese niño no le falte de nada.

—Parece que debo dejarle muy claro una vez más, coronel, que esta lamentable situación no tiene absolutamente nada que ver con mi hijo. Puedo asegurarle que Guy dejó de ver a esa chica varios meses antes de zarpar con rumbo a la India.

—Me consta que eso no es cierto, señora, porque…

—¿Le consta, coronel? En tal caso, me veo en la obligación de preguntarle a qué se debe exactamente su implicación en todo este asunto.

—Mi implicación se debe a que la señorita Salmon, el señor Trumper y yo somos socios profesionales —le expliqué.

—Ya veo —dijo ella—. En tal caso, sospecho que no necesitará investigar mucho para averiguar quién es el auténtico padre.

—Señora, eso también ha estado fuera de lugar. Charlie Trumper no es…

—No le veo ningún sentido a continuar con esta conversación, coronel. —La señora Trentham se levantó de la silla y se encaminó a la puerta sin molestarse a mirar en mi dirección —. Debo advertirle, coronel, que como vuelva a escuchar semejantes calumnias no vacilaré en

informar a nuestros abogados para que tomen las medidas oportunas a fin de defender la reputación de mi hijo.

La seguí hasta el pasillo, tan molesto como decidido a no zanjar aún el asunto. Estaba más convencido que nunca de que el mayor Trentham era mi única esperanza.

—Doy por sentado —dije mientras la señora Trentham me abría la puerta—, que no omitirá usted ningún detalle cuando le hable a su esposo de la conversación que hemos tenido.

—En esta vida nunca se puede dar nada por sentado, coronel —fueron sus últimas palabras antes de cerrarme la puerta en las narices. La última vez que una mujer me trató así había sido en Rangoon, y debo decir que la señorita en cuestión tenía muchos más motivos para sentirse agraviada.

Cuando le relaté la conversación a Elizabeth, con tanta fidelidad como me lo permitió la memoria, mi esposa me hizo ver a su clara y concisa manera que solo me quedaban tres opciones. La primera pasaba por escribir al capitán Trentham directamente y exigirle que tuviera un mínimo de decencia; la segunda, por informar a su comandante en jefe de todo lo que sabía.

—¿Y la tercera? —pregunté.

—No volver a mencionar este asunto.

Tras sopesar sus palabras con detenimiento, me decanté por la vía de en medio y le mandé una nota a Ralph Forbes (mi sucesor como comandante en jefe, un tipo de primera) para referirle los hechos, tal y como a mí me los habían contado. Elegí mis palabras con sumo cuidado, consciente de que, si la señora Trentham cumplía su amenaza y emprendía acciones legales, el buen nombre del regimiento quedaría en entredicho y se podría ver ridiculizado. Al mismo tiempo, sin embargo, decidí prestarle más atención a Becky, como haría un padre, pues tenía la impresión de que estaba intentando abarcar demasiado. Al fin y al cabo, mientras todo el que se cruzaba con ella por la calle podía ver que le faltaban escasas semanas para dar a luz, la muchacha seguía estudiando para sus exámenes además de trabajar como secretaria y contable no remunerada para un negocio de éxito.

Conforme transcurrían esas semanas, aumentaba mi preocupación por el silencio de los Trentham, pese a haber recibido una respuesta de Forbes en la que este me aseguraba que había nombrado un comité de investigación. Lo cierto es que, cuando les pregunté, ni Daphne ni Charlie me dieron la impresión de estar mejor informados que yo.

Daniel George nació aquel mismo año, en octubre, y me conmovió que Becky me ofreciera ser su padrino, junto con Bob Makins y Daphne. Más aún me alegré cuando Becky me informó de que Charlie y ella iban a casarse una semana después. Eso no pondría freno a las habladurías, por supuesto, pero al menos el niño sería considerado legítimo ante la ley.

Elizabeth y yo, junto con Daphne, Percy, la señora Salmon, la señorita Roach y Bob Makins, asistimos a la sencilla ceremonia civil en los juzgados de paz de Chelsea, seguida de una bulliciosa recepción en el que apartamento que tenía Charlie encima de la tienda.

Empecé a pensar que quizá todo se hubiera resuelto de forma satisfactoria, hasta que Daphne me llamó por teléfono unos meses más tarde para pedir que nos viéramos con carácter de urgencia. La invité a almorzar en el club, donde me enseñó la carta del capitán Trentham que había recibido esa misma mañana. Mientras leía sus palabras me asaltó la dolorosa certeza de que la señora Trentham debía de haberse enterado de que yo había escrito a Forbes a mi vez, había decidido tomar cartas en el asunto y le había advertido de las consecuencias a las que

podría enfrentarse si se empeñaba en levantar lo que para ella era un falso testimonio. Pensé que había llegado el momento de que su hijo se enterara por fin de que sus actos no iban a quedar impunes.

Dejé a mi invitada tomando el café mientras yo me retiraba a la sala de escritura y, con la ayuda de un brandy cargado, empecé a redactar una misiva aún más cargada, eso seguro. Me satisfizo ver que el borrador definitivo cubría todos los puntos relevantes de la forma más diplomática y realista, dadas las circunstancias. Daphne me dio las gracias y prometió enviarle la carta a Trentham, palabra por palabra.

No volví a hablar con ella hasta que nos encontramos en su boda, un mes más tarde, ocasión que no se prestaba a abordar el tema del capitán Trentham.

Una vez terminada la ceremonia me dirigí a pie a Vincent Square, donde estaba previsto que se celebrase la recepción. No dejaba de prestar atención a mi alrededor, atento a la posible aparición de la señora Trentham, quien yo daba por sentado que también habría sido invitada. No me apetecía tener otra discusión con esa mujer en particular.

Disfruté, sin embargo, poniéndome al corriente con Charlie y Becky en la enorme carpa erigida especialmente para la ocasión. Ella se veía más radiante que nunca, y Charlie casi se podría haber calificado de refinado con su chaqueta con faldones, su corbata gris y su sombrero de copa. El elegante reloj de bolsillo que colgaba de su chaleco resultó ser un regalo de bodas de Becky, heredado de su padre, me explicó la muchacha, aunque el resto del conjunto, me informó Charlie, habría que devolverlo a Moss Bros a primera hora de la mañana siguiente.

—¿No ha llegado todavía el momento —le sugerí— de que te compres tu propia chaqueta? A fin de cuentas, es muy probable que se te presenten muchas más ocasiones como esta en el futuro.

—De ninguna manera —replicó él—. Sería un despilfarro innecesario.

—¿Puedo preguntarte por qué? No creo que el precio de…

—Porque tengo la intención de comprar mi propia sastrería —me interrumpió—. Hace tiempo que le tengo echado el ojo al número 143, y según el señor Crowther, podría salir al mercado en cualquier momento.

No me sentí capaz de rebatir su razonamiento, aunque la siguiente pregunta me dejó absolutamente desconcertado.

—¿Le suena el nombre de Marshall Field, coronel?

—¿Estaba en el regimiento? —pregunté, esforzándome por hacer memoria.

—No —replicó Charlie con una sonrisa—. Marshall Field es una tienda que hay en Chicago, unos grandes almacenes en los que se puede comprar todo lo que a uno se le ocurra. Casi veinte hectáreas de establecimientos bajo el mismo tejado.

Aunque a mí aquel concepto se me antojaba sobrecogedor, no me apetecía sabotear el entusiasmo que parecía infundirle al muchacho.

—El edificio ocupa un bloque entero —me informó—. ¿Se imagina una tienda con veintiocho entradas? Según los anuncios, allí tienen de todo: desde automóviles a manzanas, y veinticuatro variedades distintas de cada. Han revolucionado el comercio en los Estados Unidos al convertirse en la primera tienda que ofrece facilidades de pago en forma de créditos. También aseguran que, si no tienen lo que buscas, te lo pueden conseguir en menos de una semana. Su lema es: «Hay que darle lo que quiere al cliente».

—¿Estás sugiriendo que deberíamos comprar Marshall Field a cambio del 147 de Chelsea Terrace? —pregunté, ingenuo de mí.

—Todavía no, coronel. Pero si, con el tiempo, consiguiera echarles el guante a todas las tiendas del Terrace, podríamos repetir la misma operación en Londres, y quizás incluso borrar la primera línea de su presuntuosa campaña publicitaria actual.

Sabía que me estaba tendiendo una emboscada, pero le pregunté de todos modos qué era lo que decía esa primera línea en cuestión.

—«La tienda más grande del mundo» —fue la respuesta de Charlie.

—¿Y tú qué opinas de todo esto? —dije dirigiéndome a Becky, que contestó:

—Tratándose de Charlie, tendríamos que hablar del carro más grande del mundo.

17

La primera asamblea general anual de Trumper's se celebró encima de la tienda de frutas y hortalizas, en el salón del 147 de Chelsea Terrace. El coronel, Charlie y Becky se sentaron alrededor de una pequeña mesa de caballete sin saber muy cómo empezar la reunión, hasta que el coronel rompió el hielo con las siguientes palabras:

—Ya sé que aquí solo estamos los tres, pero sigo pensando que todas nuestras futuras reuniones deberían conducirse de forma profesional. —Aunque Charlie arqueó las cejas, no hizo ningún intento por interrumpirlo—. Por consiguiente, me he tomado la libertad —continuó sir Danvers— de preparar un orden del día.

El coronel procedió a entregarles a sus socios una hoja con cinco puntos pulcramente caligrafiados de su puño y letra.

—A tal fin, el primer tema a tratar lleva por título «informe de cuentas», y me gustaría comenzar pidiéndole a Becky que nos hable de cómo ve nuestra actual posición financiera.

Becky había escrito meticulosamente su informe palabra por palabra, utilizando para ello los dos grandes libros de cuentas con tapas de cuero, uno rojo y otro azul, que había comprado en la papelería del 137. Llevaba las dos últimas semanas levantándose escasos minutos después de que Charlie se hubiera ido a Covent Garden para asegurarse de ser capaz de responder a cualquier pregunta que pudiera surgir en el transcurso de su primera reunión. Abrió el libro rojo y empezó a leer de forma pausada, consultando ocasionalmente el azul, igual de grande e imponente. La cubierta contenía una sola palabra estampada en caracteres dorados: «Contabilidad».

—El año que terminó el 31 de diciembre de 1921, nuestras siete tiendas arrojaron unos ingresos totales por valor de mil trescientas doce libras con cuatro chelines, de las cuales declaramos como beneficios doscientas diecinueve libras con once chelines, lo que equivale a un volumen de facturación del diecisiete por ciento. Nuestra deuda con el banco asciende en estos momentos a setecientas setenta y una libras, incluida nuestra responsabilidad fiscal anual, pero el valor de las siete tiendas se mantiene en los libros en mil doscientas noventa libras, el precio exacto que pagamos por ellas. Esto, por tanto, no refleja su valor de mercado actual.

»He desglosado las cifras de cada una de las tiendas para que las examinéis —dijo Becky, dándoles sendas copias de su trabajo a Charlie y al coronel. Los dos las estudiaron con detenimiento antes de hablar.

—Las hortalizas siguen reportándonos la mayoría de las ganancias —murmuró el coronel, cuyo monóculo se deslizaba sobre las columnas de debes y haberes—. Las herramientas cubren pérdidas, mientras que la sastrería se está comiendo nuestros beneficios.

—Sí —dijo Charlie—. Hice un negocio redondo al comprar esa tienda.

—¿Crees que te engañaron? —preguntó el coronel, desconcertado.

—Eso me temo —dijo Becky sin levantar la vista del libro.

—Verá —empezó a explicar Charlie—, el inmueble me costó una fortuna, demasiado para lo

que valía la mercancía, y después me encontré con que los empleados casi no tenían ni formación. Sin embargo, las cosas han cambiado a mejor desde que el mayor Arnold se hizo cargo de todo.

El coronel sonrió ante la constatación de que contratar a uno de sus antiguos oficiales había dado como resultado un éxito inmediato. Tom Arnold había vuelto a Savile Row poco después de la guerra, tan solo para descubrir que su antiguo puesto como subdirector en Hawkes lo ocupaba ahora alguien que se había licenciado pocos meses antes que él, por lo que la empresa esperaba que se conformara con trabajar como asistente principal. No se conformó. Cuando el coronel le dijo que podría haber una vacante para él en Trumper's, Arnold no se lo pensó dos veces.

—Debo decir —murmuró Becky mientras revisaba las cifras— que, a la hora de pagar a su sastre, la gente parece regirse por un código ético totalmente distinto del que le aplicaría a cualquier otro comerciante. Fijaos en la columna de acreedores.

—Coincido —dijo Charlie—. Y me temo que no veremos grandes mejorías en ese sentido hasta que el mayor Arnold haya encontrado a los sustitutos adecuados para, al menos, tres miembros de su plantilla actual. Me imagino que no obtendrá beneficios en los primeros seis meses, aunque espero que para el tercer trimestre sean capaces de cubrir pérdidas, al menos.

—Bien. ¿Y qué pasa con las herramientas? —preguntó el coronel—. Veo que el número 129 declaró unas ganancias aceptables el año pasado, así que, ¿por qué han caído tanto las ventas en este? En 1920 sufrieron pérdidas por primera vez, un total que asciende a más de sesenta libras.

—Me temo que la explicación es muy sencilla —dijo Becky—. Han robado el dinero.

—¿Robado?

—Eso me temo —replicó Charlie—. Ya en octubre del año pasado, Becky detectó un descenso en los resguardos semanales. Poco, al principio, pero la cantidad siguió aumentando hasta que pudimos detectar un patrón.

—¿Se sabe quién es el culpable?

—Sí, eso no fue difícil. Mandamos allí a Bob Makins, aprovechando que uno de los empleados de la ferretería estaba de vacaciones, y detuvo al culpable en un periquete.

—Díselo de una vez, Charlie. No dejes al coronel con la intriga.

—Resulta que el encargado, Reg Larkins, tiene un problema con las apuestas y estaba utilizando nuestro dinero para cubrir sus deudas. Cuanto mayores eran estas, mayores eran las sumas que se llevaba.

—Habrás despedido a Larkins, por supuesto —dijo el coronel.

—El mismo día. No lo encajó bien e intentó negar que se hubiera llevado un penique, pero no hemos vuelto a saber nada de él y en las tres últimas semanas hemos empezado a ver un pequeño incremento en los beneficios. Sin embargo, todavía estoy buscando un nuevo encargado para que entre a trabajar lo antes posible. Le he echado el ojo a un chico que trabaja en Cudsons, cerca de Charing Cross Road.

—Estupendo —dijo el coronel—. Eso cubre los problemas del año pasado, Charlie. Ahora puedes asustarnos con tus planes para el futuro.

Charlie abrió el elegante maletín de cuero que Becky le había regalado el 20 de enero, sacó el informe más reciente de John D. Wood y carraspeó con gesto teatral. Becky tuvo que taparse la boca con una mano para que no se le escapara la risa.

—El señor Crowther —empezó Charlie— ha preparado una evaluación exhaustiva de todas las propiedades de Chelsea Terrace.

—Informe por el cual nos ha cobrado diez guineas, por cierto —matizó Becky tras consultar el libro de contabilidad.

—No me parece mal —dijo el coronel—, mientras demuestre haber sido una buena inversión.

—Lo es. —Charlie les dio las copias del informe de Crowther—. Como ya sabéis, en Chelsea Terrace hay treinta y seis locales comerciales, de los cuales poseemos siete en estos momentos. Según Crowther, en los próximos doce meses podrían ponerse a la venta cinco más. Sin embargo, como él señala, todos los comerciantes de la zona están al corriente de mi papel como comprador, lo que no contribuirá a reducir el precio de venta.

—Supongo que era inevitable que pasara tarde o temprano.

—Estoy de acuerdo, coronel. Aun así, ha ocurrido mucho antes de lo que esperaba. De hecho, Syd Wrexall, el presidente del Comité de Comercio, nos mira con bastante recelo.

—¿Por qué Wrexall en particular? —preguntó el coronel.

—Es el dueño de la taberna Musketeer, en la otra punta de Chelsea Terrace. Ha empezado a decirles a sus clientes que mi objetivo a largo plazo pasa por hacerme con todas las propiedades de la calle y expulsar a los pequeños comerciantes.

—No va desencaminado —observó Becky.

—Es posible, pero no me esperaba de él que creara toda una cooperativa con el único objetivo de impedirme adquirir determinadas propiedades. Esperaba echarle el guante a tiempo al Musketeer, pero cada vez que surge el tema, me dice que por encima de su cadáver.

—Es un contratiempo, está claro —murmuró el coronel.

—En absoluto. Nadie puede esperar ir por la vida sin enfrentarse a algún momento de crisis que otro. El secreto estará en localizar a Wrexall cuando salga a la venta y actuar con celeridad. Aunque eso significa que, por ahora, tendré que pagar un poco más de la cuenta cada vez que algún propietario se anime a vender.

—Sospecho que no podemos hacer gran cosa al respecto —dijo el coronel.

—Salvo ver el farol de vez en cuando.

—¿Ver el farol? Me temo que no te entiendo.

—Bueno, recientemente nos han abordado dos comerciantes interesados en deshacerse de sus respectivos negocios. A los dos les dije de entrada que no.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque pretendían vender a un precio desorbitado. Por no mencionar que Becky no deja de recordarme nuestra apretada situación actual.

—¿Y han reconsiderado su postura?

—Sí y no —replicó Charlie—. Uno de ellos ya ha vuelto con unas condiciones mucho más realistas, en tanto el otro continúa aferrándose al precio original.

—¿Quién es el obstinado?

—Cuthbert, el propietario de la bodega del número 101. Pero no hace falta emprender ninguna acción en ese sentido todavía porque, según Crowther, el señor Cuthbert ha estado mirando varias propiedades en Pimlico. Dice que nos mantendrá informados de cualquier novedad al respecto. En cuanto Cuthbert se decida, podremos hacerle una oferta razonable.

—Bien por Crowther. ¿Quién te proporciona toda esta información, por cierto? —preguntó el

coronel.

—Syd Wrexall y el señor Bales, el vendedor de periódicos.

—Pero ¿no has dicho antes que Wrexall no estaba siendo muy útil?

—Y no lo está siendo —replicó Charlie—, pero tampoco le importa dar su opinión sobre cualquier tema por lo que cuesta una de sus pintas de cerveza, así que Bob Makins se ha convertido en habitual y ha aprendido a no quejarse cuando los vasos llegan con más espuma que otra cosa. Incluso recibo una copia del boletín del Comité de Comercio minutos antes que sus propios socios.

El coronel se rio.

—¿Y qué hay de la casa de subastas del número 1? ¿Hemos sondeado ya ese negocio?

—No lo dude usted ni por un momento, coronel. El propietario, el señor Fothergill, ha tenido un mal año y está cada vez más ahogado por las deudas. Consigue mantenerse a flote a duras penas, pero presiento que terminará quebrando en los próximos meses, dentro de un año como muy tarde, y yo estaré atento para lanzarle un flotador cuando lo necesite. Sobre todo si Becky considera que ya estará lista para abandonar Sotheby's cuando llegue el momento.

—Estoy aprendiendo muchísimo —reconoció Becky—, por lo que me gustaría aguantar allí todo el tiempo que pueda. Ya he completado un año en el departamento de clásicos —añadió—, y ahora intento que me pasen al de arte contemporáneo…, o impresionista, como están empezando a llamarlo. Sigo pensando que necesito reunir toda la experiencia posible antes de que descubran lo que me propongo. Asisto a todas las subastas que organizan, desde las de cubiertos de plata a las de libros antiguos, pero respiraría mucho más tranquila si supiera que podemos dejar el número 1 para el último momento.

—Pero si Fothergill se hunde otra vez, Becky, tú serás nuestro bote salvavidas. ¿Y si su negocio saliera de repente al mercado?

—Supongo que podría apañármelas. Ya le echado el ojo al hombre que debería ser nuestro próximo director general. Simon Matthews. Lleva doce años en Sotheby's y está molesto después de que otros lo hayan adelantado ya tantas veces. También hay un joven muy brillante de prácticas, con tres años de experiencia, al que sospecho que elegirán para encargarse de las subastas no dentro de mucho. Solo tiene dos años menos que el hijo del presidente, por lo que creo que estaría encantado de unirse a nosotros si le hiciéramos una oferta lo suficientemente atractiva.

—Por otra parte, quizá nos convenga que Becky prolongue al máximo su estancia en Sotheby's —dijo Charlie—, porque el señor Crowther ha detectado otro problema que tendremos que resolver lo antes posible.

—¿De qué se trata? —preguntó el coronel.

—En la página nueve de su informe, Crowther señala que todos los números desde el 25 al 99, un bloque de treinta y siete apartamentos en pleno corazón de Chelsea Terrace…, Daphne y Becky compartieron uno de ellos hasta hace un par de años…, podrían salir al mercado no dentro de mucho. En estos momentos son propiedad de una fundación benéfica que ya no está contenta con los dividendos que reciben por su inversión, y Crowther dice que están pensando en deshacerse de ellos. Sin perder de vista nuestro plan a largo plazo, me parece que sería recomendable comprar ese bloque lo antes posible en vez de esperar durante años y arriesgarnos a tener que pagar un precio mucho más elevado, o peor aún, a no ser capaces de hacernos con

ellos.

—Treinta y siete apartamentos —musitó el coronel—. Hm, ¿qué precio espera Crowther que alcancen?

—Alrededor de dos mil libras, según sus cálculos. En estos momentos generan unos ingresos de tan solo doscientas diez libras al año, y entre las reparaciones y el mantenimiento, es probable que no obtengan ningún beneficio. Si la propiedad termina saliendo al mercado y podemos permitírnoslo, Crowther recomienda emitir contratos de únicamente diez años en el futuro e intentar colocar cualquier apartamento vacío entre el personal de las embajadas o los visitantes extranjeros, personas que no suelen protestar por tener que mudarse con escasa antelación.

—De modo que los beneficios de los comercios acabarán teniendo que sufragar el coste de esos apartamentos —reflexionó Becky.

—Me temo que sí —dijo Charlie—. Pero, con suerte, solo tardaría dos años, tres a lo sumo, en obtener beneficios de ellos. También hay que tener en cuenta, no obstante, que con los inspectores de la fundación benéfica de por medio, el papeleo podría eternizarse.

—En cualquier caso —precisó el coronel—, teniendo en cuenta nuestra ajustada situación financiera actual, quizás haya que almorzar con Hadlow de nuevo antes de exigirle ese esfuerzo a nuestros recursos. No veo otra alternativa, si de verdad queremos comprar esos pisos. A lo mejor aprovecho la ocasión para tropezarme con Chubby Duckworth en el club y comentarle la situación de pasada. —Sir Danvers hizo una pausa—. Para ser justos, lo cierto es que a Hadlow también se le han ocurrido un par de buenas ideas que considero dignas de tener en cuenta. Por eso las he incluido en el siguiente punto del orden del día.

Becky dejó de escribir y levantó la cabeza.

—Permitidme que empiece diciendo que Hadlow está muy contento con los resultados de nuestros primeros dos años, a pesar de lo cual opina que, por razones tributarias y dado nuestro riesgo de descubierto, deberíamos dejar de ser una sociedad y formar una empresa.

—¿Por qué? —quiso saber Charlie—. ¿Qué ventajas nos reportaría algo así?

—Será por la nueva ley de finanzas que se acaba de aprobar en la Cámara de los Comunes —le explicó Becky—. El cambio en la normativa de tributación podría ser positivo para nosotros, porque en estos momentos estamos haciendo operaciones con siete negocios distintos y se nos grava en consecuencia, mientras que si agrupáramos todas las tiendas bajo el nombre de una sola compañía podríamos contrarrestar las pérdidas de, por ejemplo, la sastrería y la ferretería con las ganancias que generan la frutería y la carnicería, lo que reduciría nuestra carga fiscal. Nos resultaría especialmente útil si viniera un año mal dado.

—Todo eso me parece de lo más razonable —dijo Charlie—. Así que adelante con ello.

—Bueno, no es tan sencillo —dijo el coronel mientras se ajustaba el monóculo sobre el ojo sano—. Para empezar, si queremos formar una empresa, el señor Hadlow nos recomienda nombrar directores nuevos para cubrir aquellas áreas en las que tengamos menos experiencia profesional.

—¿Por qué quiere Hadlow que hagamos eso? —preguntó Charlie con aspereza—. Nadie de fuera ha interferido nunca con nuestros negocios.

—Porque estamos creciendo muy deprisa, Charlie. Es posible que necesitemos que alguien nos asesore en el futuro, persona con una experiencia que nosotros sencillamente no poseemos en estos momentos. La adquisición de esos apartamentos sería un buen ejemplo.

—Pero para eso está el señor Crowther.

—Cuya adhesión a nuestra causa sería aún mayor si formase parte de la junta directiva.

Charlie arrugó el entrecejo.

—Entiendo tu rechazo —continuó el coronel—. Trumper's es tu espectáculo y no quieres que venga ningún extraño a explicarte cómo dirigirlo. Bueno, aunque nos convirtiéramos en una empresa, el espectáculo seguiría siendo tuyo porque todas las acciones estarían a tu nombre y al de Becky, lo que garantizaría que cualquier activo permaneciera bajo tu control. Pero el asesoramiento de esos directores no ejecutivos representaría una ventaja añadida.

—Se gastarían nuestro dinero y se opondrían a nuestras decisiones —dijo Charlie—. No me gusta la idea de que alguien de fuera me diga lo que tengo que hacer.

—No tendría por qué ser así —terció Becky.

—Estoy seguro de que no dará resultado.

—Charlie, deberías oírte. Tus ideas a veces son un poquito retrógradas.

—Quizá deberíamos votar —dijo el coronel, intentando que las aguas volvieran a su cauce—. Para ver lo que pensamos todos, nada más que eso.

—¿Votar? ¿Para qué? ¿Por qué? Las tiendas son mías.

Becky levantó la cabeza.

—Son de los dos, Charlie, y el coronel se ha ganado de sobra el derecho a exponer su opinión.

—Lo siento, coronel, no pretendía…

—Ya lo sé, Charlie, pero Becky tiene razón. Si quieres alcanzar tus metas a largo plazo, es indudable que necesitarás ayuda externa. Cumplir un sueño como ese en solitario es materialmente imposible.

—¿Y los entrometidos de fuera harán que sea posible?

—Considéralos refuerzos desde dentro, más bien —dijo el coronel.

—Bueno, ¿cuál es el objetivo de la votación? —preguntó Charlie, irascible.

—Veamos —empezó Becky—, alguien debería proponer la moción de convertirnos en empresa. Si se aprueba, podríamos invitar al coronel a ocupar el puesto de presidente, que después te nombrará a ti director general y a mí secretaria. Creo que también deberíamos ofrecerle un puesto en la junta al señor Crowther, junto con algún representante del banco.

—Parece que ya has estado dándole muchas vueltas a esto —refunfuñó Trumper.

—En eso consistía mi parte del trato, señor Trumper, si recuerdas correctamente nuestro acuerdo original.

—No somos Marks y Spencer, ¿sabes?

—Todavía no —dijo el coronel con una sonrisa—. No olvides que fuiste tú, Charlie, el que nos enseñó a pensar de esta forma.

—Sabía que, tarde o temprano, todo acabaría siendo culpa mía de alguna manera.

—Bueno, propongo la moción de formar una empresa —dijo Becky—. ¿Votos a favor?

El coronel y ella levantaron la mano. Charlie hizo lo propio instantes después, a regañadientes.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó.

—Mi segunda propuesta —dijo Becky— es que el teniente coronel sir Danvers Hamilton se convierta en nuestro primer presidente.

Esta vez Charlie levantó la mano sin pensarlo dos veces.

—Gracias —dijo el coronel—. Mi primera medida como presidente es nombrar director general al señor Trumper y secretaria a la señora Trumper. Y, con vuestro permiso, me gustaría hablar con el señor Crowther, y creo que también con el señor Hadlow, con la intención de pedirles que se unan a la junta.

—De acuerdo —dijo Becky, que estaba escribiendo a toda velocidad en el libro de actas mientras intentaba seguirle el ritmo.

—¿Más asuntos que tratar? —preguntó el coronel.

—Me gustaría sugerir, señor presidente —dijo Becky, y el coronel no pudo reprimir una sonrisa—, que fijemos una fecha para la primera reunión mensual de la junta al completo.

—Cualquier día me parecerá bien —dijo Charlie—. Porque una cosa está clara: no conseguiremos sentar a todo el mundo a la misma hora alrededor de esta mesa, a menos que queráis celebrar las reuniones a las cuatro y media de la mañana. Por lo menos así averiguaríamos quién tiene espíritu de trabajador de verdad.

El coronel se rio.

—Bueno, así te asegurarías de que todas tus propuestas se aprueben sin que los demás nos demos ni cuenta, Charlie. Aunque te advierto que, a partir de ahora, con uno solo de nosotros ya no habrá cuórum.

—¿Cuórum?

—El mínimo de personas necesario para aprobar una propuesta —le explicó Becky.

—Antes ese era yo —suspiró Charlie.

—Lo mismo debía de ocurrirle al señor Marks antes de conocer al señor Spencer —dijo el coronel—. Bueno, fijaremos la próxima reunión para dentro de un mes.

Becky y Charlie asintieron con la cabeza.

—Y ahora, a menos que haya más asuntos que tratar, me gustaría dar por clausurada esta asamblea.

—Hay uno —replicó Becky—, aunque me parece que esta información no debería constar en acta.

—Tienes la palabra —dijo el presidente, intrigado.

Becky estiró los brazos por encima de la mesa para tomar la mano de Charlie entre las suyas.

—Entraría en la categoría de gastos varios —explicó ella—. Porque, verás, el caso es que vamos a tener otro bebé.

Por una vez, Charlie se quedó sin palabras. Fue el coronel el que terminó preguntando si había alguna botella de champagne en los alrededores.

—Me temo que no —dijo Becky—. Charlie no quiere comprar nada en la bodega hasta que la tienda sea nuestra.

—Comprensible —convino el coronel—. En ese caso, tendremos que dar un paseo hasta mi casa —añadió mientras se levantaba de la silla y recogía el paraguas—. Así Elizabeth se podrá sumar a la celebración. Doy por concluida la sesión.

Momentos más tarde, los tres salieron a Chelsea Terrace justo cuando el cartero entraba en la tienda. Traía una carta para Becky.

—Con esos sellos, solo puede ser de Daphne —dijo ella mientras abría el sobre y empezaba a leer.

—Bueno, ¿y qué se cuenta? —preguntó Charlie mientras se dirigían a Tregunter Road.

—Ya han pasado por América y China, y por lo visto la siguiente parada es la India —anunció Becky—. También ha engordado cinco kilos y ha conocido a un tal Calvin Coolidge, quienquiera que sea.

—El vicepresidente de los Estados Unidos —le explicó Charlie.

—¿En serio? Dice también que esperan haber vuelto a casa en agosto, así que no tendremos que esperar mucho más para enterarnos de todo de primera mano. —Becky levantó la cabeza para descubrir que únicamente el coronel caminaba aún junto a ella—. ¿Dónde está Charlie?

Los dos se giraron para descubrir que se había quedado mirando fijamente una casita con un cartel de «se vende» en la pared.

Se acercaron a él.

—¿Qué te parece? —preguntó él, sin apartar la vista de la propiedad.

—¿Cómo que «qué me parece»?

—Sospecho, querida, que a Charlie gustaría conocer qué opinión te merece esta casa.

Becky contempló el pequeño edificio de tres plantas, con la fachada cubierta de hiedra.

—Es muy bonita…, preciosa.

—Y lo mejor de todo —dijo Charlie, enganchado los pulgares en los bolsillos de su chaleco —, es que es nuestra, y también ideal para alguien con una mujer y tres hijos que trabaja de director general en un floreciente negocio de Chelsea.

—Pero si todavía no ha nacido el segundo, aún es pronto para hablar de un tercero.

—Hay que planificar con antelación. Eso me lo enseñaste tú.

—¿Nos la podemos permitir?

—No, qué va. Pero estoy seguro de que el valor de la propiedad subirá pronto en la zona, en cuanto la gente se dé cuenta de que van a tener unos grandes almacenes a tiro de piedra. En cualquier caso, ya es demasiado tarde, porque he depositado la entrada esta mañana.

Charlie metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una llave.

—Pero ¿por qué no lo has consultado antes conmigo? —preguntó Becky.

—Porque sabía que solo ibas a decir que no nos lo podemos permitir, como hiciste con la segunda tienda, la tercera, la cuarta, la quinta y todas las demás.

Se dirigió a la puerta principal con Becky todavía a un metro de distancia de él.

—Pero…

—Os dejaré a solas para que arregléis vuestras diferencias —dijo el coronel—. Venid a mi casa para brindar con champagne en cuanto hayáis terminado de inspeccionar vuestro nuevo hogar.

Sir Danvers reanudó la marcha en dirección a Tregunter Road, balanceando su paraguas bajo el sol de la mañana, complacido consigo mismo y con el mundo. Llegó justo a tiempo para tomarse el primer whiskey de la jornada.

Le dio la noticia a Elizabeth, que tenía muchas más preguntas sobre el bebé y la casa que sobre el estado actual de las finanzas de la empresa o la designación como presidente de su marido. Tras exonerarse como buenamente pudo, el coronel le pidió a su criado que metiera una botella de champagne en una cubeta con hielo y se retiró al estudio para revisar el correo mientras esperaba a que llegaran los Trumper.

Había tres cartas sin abrir encima de su mesa: una factura de su sastre (lo que le recordó lo

estricta que era Becky con esas cuestiones), una invitación para asistir a la competición de tiro al blanco de Ashburton Shield, en Bisley, acontecimiento al que le gustaba asistir todos los años, y una carta de Daphne, la cual esperaba que se limitara a repetir lo mismo que Becky ya le había contado.

A juzgar por el franqueo, el sobre había salido de Delhi. El coronel lo abrió con expectación. Daphne repetía lo mucho que estaba disfrutando del viaje, aunque omitía mencionar sus problemas de peso. Continuaba, sin embargo, diciendo que tenía inquietantes novedades relacionadas con Guy Trentham. En la carta explicaba que, durante su estancia en Poona, Percy se había cruzado con él una noche en el club de oficiales, vestido con ropa de civil. Había adelgazado tanto que a su marido le costó reconocerlo. Trentham informó a Percy de que le habían obligado a presentar su dimisión, desafortunado incidente para el que solo había un culpable: un cabo que ya había mentido sobre él en el pasado y se relacionaba con delincuentes reconocidos. Guy afirmaba haberlo descubierto robando en una ocasión. Cuando regresara a Inglaterra, Trentham se proponía…

Sonó el timbre de la entrada.

—¿Puedes abrir tú, Danvers? —dijo Elizabeth, asomada a la barandilla de la escalera—. Estoy arriba, arreglando las flores.

El coronel todavía estaba furioso cuando abrió la puerta para encontrar a Charlie y a Becky aguardando en el umbral, expectantes. Debió de mostrarse sorprendido al verlos, porque Becky tuvo que decir:

—El champagne, presidente. ¿O ya se le había olvidado mi estado?

—Ah, sí, perdón. Tenía la cabeza en otra parte. —El coronel se guardó la carta de Daphne en el bolsillo de la chaqueta—. El champagne ya debería estar a la temperatura perfecta —añadió mientras conducía al salón a sus huéspedes—. ¡Han llegado dos Trumper y cuarto! —anunció por el hueco de la escalera para que lo oyera su esposa.

18

Al coronel siempre le había hecho gracia que Charlie se pasara tanto tiempo corriendo de una tienda a otra, esforzándose por controlar de cerca a todos sus empleados al tiempo que intentaba concentrar su energía en aquellos establecimientos que no estuvieran generando los ingresos que cupiera esperar. Sin embargo, por muchos problemas que lo acuciaran, el coronel sabía que Charlie era incapaz de resistirse a atender de vez en cuando a su clientela en la tienda de frutas y hortalizas, su mayor orgullo. Sin abrigo, con las mangas enrolladas y su acento cockney más pronunciado que nunca, Charlie disfrutaba de la hora que Bob Makins le permitía pasar todos los días imaginándose que había vuelto a la esquina de Whitechapel Road y estaba vendiendo su mercancía en el carretón del abuelo.

—Un cuarto de tomates, unas cuantas habichuelas y su medio kilo de zanahorias de costumbre, señora Symonds, si no me falla la memoria.

—Muchísimas gracias, señor Trumper. ¿Y cómo está la señora Trumper?

—Mejor que nunca.

—¿Y para cuándo es el bebé?

—Para dentro de tres meses, más o menos, según el médico.

—Últimamente casi no se deja usted ver por la tienda.

—Solo cuando sé que se van a pasar mis clientes más importantes, bonita —dijo Charlie—. Al fin y al cabo, usted fue la primera.

—Me acuerdo muy bien. Bueno, ¿y ya están apalabrados los pisos, señor Trumper?

Charlie, incapaz de disimular su sorpresa, se quedó mirando fijamente a la señora Symonds mientras le daba el cambio.

—¿Los pisos?

—Sí, ya sabe usted, señor Trumper. Del número 25 al 99.

—¿Por qué lo pregunta, señora Symonds?

—Porque no es usted el único que se ha interesado por ellos.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé porque el domingo por la mañana vi a un joven con un manojo de llaves delante del edificio, esperando a un cliente.

Charlie recordó que la casa de los Symonds se encontraba en la otra punta del Terrace, justo enfrente de la entrada del bloque de apartamentos.

—¿Los reconoció usted?

—No. Vi acercarse un vehículo, pero justo entonces mi marido decidió que su desayuno era más importante que mi curiosidad, así que me quedé sin ver quién se bajaba del coche.

Charlie continuó mirando fijamente a la señora Symonds mientras esta agarraba su bolsa, se despedía de él con voz cantarina y abandonaba el establecimiento.

A pesar de la bomba que había soltado la señora Symonds y a los intentos de Syd Wrexall por contenerlo, Charlie continuó planeando su próxima adquisición. Gracias al efecto combinado de las hábiles gestiones del mayor Arnold, la información privilegiada del señor Crowther y los préstamos del señor Hadlow, para finales de julio Charlie se había asegurado la propiedad de otro comercio en el Terrace: el número 39, una tienda de ropa de señora. Becky aprovechó la asamblea de la junta en agosto para proponer el ascenso del mayor Arnold a subdirector general de la empresa, con el cometido de vigilar de cerca todo cuanto sucediera en Chelsea Terrace.

Hacía tiempo que Charlie necesitaba otro par de ojos y oídos, y con Becky trabajando aún en Sotheby's a jornada completa, Arnold había empezado a desempeñar ese papel a la perfección. El coronel accedió gustoso a que Becky apuntara por escrito la selección del mayor. La asamblea prosiguió sin incidentes, hasta que sir Danvers preguntó:

—¿Más asuntos que tratar?

—Sí —dijo Charlie—. ¿Qué pasa con los apartamentos?

—Como se me indicó —respondió Crowther—, he pujado por ellos con una oferta de dos mil libras. El agente me aseguró que les recomendaría a sus clientes que la aceptaran, pero, de momento, no he podido cerrar el acuerdo.

—¿Por qué?

—Porque Savill's me llamó esta mañana para informarme de que han recibido otra oferta muy superior a lo que esperaban por esa propiedad en cuestión. Me recomendaron avisar a la junta de la situación actual.

—Acertada recomendación —dijo Charlie—. Pero ¿a cuánto asciende esa oferta? Eso es lo que me gustaría saber.

—A dos mil quinientas libras —replicó Crowther.

Transcurrieron varios minutos antes de que los miembros de la junta se atrevieran a ofrecer su opinión.

—¿Cómo diablos esperan obtener beneficios de esa clase de inversión? —exclamó por fin Hadlow.

—No es posible —dijo Crowther.

—Ofréceles tres mil libras.

—¿Qué has dicho? —preguntó el presidente mientras todos se giraban para mirar a Charlie.

—Que vamos a ofrecerles tres mil.

—Pero, Charlie, hace unas semanas estábamos de acuerdo en que dos mil ya era un precio muy alto —señaló Becky—. ¿Cómo es posible que los apartamentos valgan tanto de repente?

—Valen lo que uno esté dispuesto a pagar por ellos —replicó Charlie—. No nos dejan otra elección.

—Pero, señor Trumper… —empezó Hadlow.

—Si conseguimos el resto de la calle, pero nos quedamos sin esos pisos, todos mis esfuerzos habrán sido en vano. No estoy dispuesto a correr ese riesgo por tres mil libras…, o por quinientas, más bien, desde mi punto de vista.

—Ya, pero ¿nos podemos permitir semejante desembolso en estos momentos? —preguntó el coronel.

—Cinco de las tiendas están arrojando beneficios en estos momentos —dijo Becky, consultando su inventario—. Dos cubren pérdidas y solo una está perdiendo dinero

consistentemente.

—Debemos tener el valor de seguir adelante —dijo Charlie—. Comprar los apartamentos, derribarlos y levantar media docena de comercios en su lugar. Obtendremos beneficios de ellos en menos que canta un gallo.

Crowther les concedió a todos unos instantes para valorar la estrategia de Charlie antes de preguntar:

—Entonces, ¿cuáles son las instrucciones de la junta?

—Propongo ofrecer tres mil libras —dijo el coronel—. Como ha señalado el director general, debemos pensar a largo plazo, aunque solo si el banco se siente capaz de respaldarnos en esta ocasión. ¿Señor Hadlow?

—Ahora mismo os podéis permitir las tres mil libras, aunque por los pelos —dijo el gerente del banco, examinando las cifras—. Sin embargo, ese desembolso llevaría vuestro descubierto al límite. Otra consecuencia sería que tuvierais que dejar de seguir comprando más tiendas.

—No tenemos elección —dijo Charlie, mirando directamente a Crowther—. Hay alguien más detrás de esos pisos y, a estas alturas, no podemos permitirnos que la competencia se haga con ellos.

—Bueno, si esas son las instrucciones de la junta, intentaré cerrar el trato por tres mil libras hoy mismo.

—Creo que eso es precisamente lo que a la junta le gustaría que hicieras —confirmó el presidente mientras miraba a los asistentes—. Bueno, si no hay más asuntos que tratar, declaro cerrada esta sesión.

Una vez disuelta la reunión, el coronel se llevó a un lado a Crowther y Hadlow.

—No me gusta nada todo este asunto de los apartamentos. Es inexplicable que una oferta como esa haya surgido de la nada.

—Estoy de acuerdo —dijo Crowther—. Mi intuición me dice que es Syd Wrexall y su Comité de Comercio intentando evitar que Charlie se haga con toda la calle antes de que sea demasiado tarde.

—No —dijo Charlie, uniéndose a ellos—. No puedo ser Syd, porque no tiene coche —añadió misteriosamente—. En cualquier caso, el límite de Wrexall y sus secuaces estaría muy por debajo de las dos mil quinientas libras.

—Entonces —preguntó Hadlow—, ¿crees que es alguien de fuera el que tiene sus propios planes para el desarrollo de Chelsea Terrace?

—Lo más probable —aventuró Crowther— es que se trate de un inversor que ha descubierto tus planes a largo plazo y está dispuesto a aguantar hasta que no nos quede más remedio que dar un ojo de la cara por ellos.

—No sé ni quién ni qué está detrás de esto —dijo Charlie—. Mi única seguridad es que al intentar pujar más que ellos hemos tomado la decisión acertada.

—Opino lo mismo —dijo el coronel—. Crowther, avísame en cuanto hayas cerrado el acuerdo. Me temo que debo irme ya. He quedado con una damisela muy especial para almorzar en el club.

—¿La conocemos? —preguntó Charlie.

—Daphne Wiltshire.

—Dele muchos recuerdos de mi parte —dijo Becky—. Y dígale que los dos tenemos muchas

ganas de cenar con ellos el miércoles.

El coronel se levantó el sombrero y dejó a sus cuatro compañeros para que continuaran discutiendo las distintas teorías sobre quién más podía estar interesado en el bloque de pisos.

Puesto que la asamblea se había prolongado más de lo que esperaba, el coronel solo consiguió tomarse un whiskey antes de que Daphne se reuniera con él en el salón reservado para las mujeres. Era cierto que había engordado unos kilos, pero no le pareció que hubiera perdido ningún atractivo por ello.

Le pidió al camarero del club una ginebra con tónica para su invitada, que no paraba de hablar del bullicio de América y del calor que hacía en África. El coronel, sin embargo, sospechaba que era otro continente el que ocupaba sus pensamientos.

—¿Y qué tal en la India? —preguntó.

—No tan bien, me temo —dijo Daphne, haciendo una pausa para probar su bebida—. Espantoso, de hecho.

—Qué raro, sus gentes siempre me han parecido de lo más cordiales —dijo sir Danvers.

—No fueron los nativos los que resultaron ser un problema.

—¿Trentham?

—Eso me temo.

—¿No había recibido tu carta?

—Oh, sí, pero las circunstancias ya habían superado con creces su contenido, coronel. Ahora me arrepiento de no haber seguido su consejo al pie de la letra. Debería haber copiado su nota palabra por palabra y haberle advertido de que, si alguna vez alguien me lo preguntaba directamente, tendría que decir que él es el padre de Daniel.

—¿Por qué? ¿A qué viene este cambio?

Daphne apuró su copa de un trago.

—Perdón, coronel, pero lo necesitaba. Bueno, cuando Percy y yo llegamos a Poona, lo primero que nos dijo Ralph Forbes, el comandante al mando del regimiento, fue que Trentham había renunciado a su cargo.

—Sí, eso ya lo mencionabas en tu carta. —El coronel dejó el cuchillo y el tenedor encima de la mesa—. Lo que me gustaría saber es por qué.

—Algún problema con la esposa del oficial administrativo, según se enteró Percy más tarde, aunque nadie estaba dispuesto a entrar en detalles. El tema es tabú, evidentemente. No es el tema de conversación más apropiado para el comedor de oficiales.

—Será malnacido…, ojalá pudiera…

—No podría estar más de acuerdo con usted, coronel, pero debo advertirle que lo peor está aún por llegar.

Sir Danvers pidió otra ginebra con tónica para su invitada y un whisky para él antes de que Daphne continuara.

—Cuando visité Ashurst el fin de semana pasado, el mayor Trentham me enseñó la carta que Guy le había enviado a su madre para explicar por qué se había visto obligado a dimitir de su puesto en los fusileros. Le aseguraba que todo se debía a que usted había escrito al coronel Forbes para informarle de que él, Guy, era el responsable de que «una fulana de Whitechapel» se hubiera cruzado en el camino de su familia. Cito sus palabras literalmente.

Las mejillas del coronel se volvieron escarlatas de rabia.

—«Mientras que el tiempo ha demostrado que el padre de ese niño era Trumper desde el principio». Esa es la versión de Trentham, al menos.

—¿Es que ese hombre no sabe lo que es la decencia?

—Ni siquiera de oídas, al parecer —dijo Daphne—. Verá, la carta continuaba sugiriendo que Charlie Trumper le ha dado un empleo para asegurarse de que mantenga la boca cerrada. «Treinta monedas de plata», es la expresión exacta que utilizaba.

—Se merecería que lo fustigaran.

—Incluso el mayor Trentham aprobaría esa idea. Pero el mayor de mis temores no es por usted…, ni siquiera por Becky, ya puestos. Sino por Charlie.

—¿A qué te refieres?

—Antes de salir de la India, Trentham advirtió a Percy cuando estaban a solas en el club de oficiales que Trumper se arrepentiría de esto el resto de su vida.

—Pero ¿por qué culpar a Charlie?

—Percy le hizo la misma pregunta, y Guy le informó de que era evidente que Trumper lo había convencido a usted para que le ayudara a zanjar una antigua deuda.

—Pero eso no es cierto.

—Eso mismo le dijo Percy, pero Guy no se lo creyó.

—Y, de todos modos, ¿a qué se refería con eso de «zanjar una antigua deuda»?

—Lo ignoro, aunque esa noche Guy no paró de preguntarme por un cuadro de la Virgen María con el Niño Jesús.

—¿El que está colgado en el salón de Charlie?

—El mismo, y cuando acabé reconociendo que lo había visto, se olvidó del asunto por completo.

—Ese hombre no está en sus cabales.

—A mí me pareció bastante cuerdo —dijo Daphne.

—Bueno, demos gracias por lo menos a que está atrapado en la India. Eso nos da un poco de margen para pensar qué medidas podríamos tomar.

—Muy poco margen, me temo.

—¿A qué te refieres?

—Según la señora Trentham, Guy habrá vuelto a Inglaterra en el plazo de un mes.

El coronel regresó a Tregunter Road después de su almuerzo con Daphne. Aunque todavía estaba furioso cuando el mayordomo le abrió la puerta, seguía sin saber muy bien qué podía hacer él al respecto. El mayordomo informó a su señor de que el señor Crowther lo esperaba en el estudio.

—¿Crowther? ¿Qué querrá ahora? —refunfuñó el coronel antes de enderezar una litografía de la isla de Skye que colgaba en el pasillo e ir a reunirse con su invitado.

—Buenas tardes, presidente —lo saludó Crowther, levantándose de la silla del coronel—. Me pidió usted que lo avisara en cuanto tuviera alguna novedad sobre los apartamentos.

—Ah, sí, en efecto —dijo el coronel—. ¿Ha cerrado el acuerdo?

—No, señor. Hablé con Savill's para pedirles que registraran nuestra puja de tres mil libras, como se me había instruido, pero aproximadamente una hora más tarde fueron ellos los que me llamaron para informarme de que la otra parte había subido su oferta a cuatro mil.

—Cuatro mil libras —murmuró el coronel, incrédulo—. Pero ¿quién…?

—Repliqué que nos resultaba imposible igualar esa suma y me interesé discretamente por la identidad de su cliente. Me informaron de que no era ningún secreto a quién estaban representando. He pensado que debería comunicárselo a usted de inmediato, presidente, puesto que el nombre de una tal señora Gerald Trentham a mí no me sonaba de nada.

CHARLIE
1919-1926

19

Sentado a solas en aquel banco de Chelsea Terrace, con la mirada fija en el toldo de aquella tienda en el que se podía leer «Trumper's», me rondaban la cabeza un millar de preguntas. Entonces vi a la Ricachona…, o, para ser exactos, me pareció verla, porque si se trataba de ella, se había convertido en toda una mujer en mi ausencia. ¿Qué había pasado con aquel pecho plano, aquellas piernas delgaduchas…, por no hablar de aquella cara cubierta de manchas? De no ser porque conservaba los mismos ojos castaños, radiantes, no habría salido nunca de dudas.

Entró directamente en la tienda y habló con el hombre que se comportaba como si fuese el gerente. Lo vi negar con la cabeza. Después, ella se giró hacia las dos muchachas que estaban detrás del mostrador, quienes reaccionaron de la misma manera. Se encogió de hombros antes de acercarse a la caja registradora; sacó la bandeja y empezó a contar los ingresos de la jornada.

Llevaba observando al gerente en acción durante más de una hora antes de la llegada de Becky y, para ser justos, era bastante bueno, aunque ya me había fijado en varios detalles que le habrían ayudado a aumentar las ventas, entre ellos retirar el mostrador al fondo de la tienda y sacar a la acera unas cuantas cajas con mercancía para tentar a los compradores. «Hay que presentar los productos, no quedarte sentado esperando que la gente se tropiece con ellos», decía mi abuelo. Sin embargo, aguardé pacientemente en el banco hasta que los empleados empezaron a vaciar las estanterías, preparándose para cerrar el establecimiento.

Unos minutos más tarde, Becky salió de nuevo a la calle y miró a los lados como si estuviera esperando a alguien. El muchacho, ahora con un candado y una llave en las manos, se reunió con ella y apuntó con la cabeza en mi dirección. Becky dirigió la mirada hacia el banco por primera vez.

Cuando me vio, me levanté de un salto y crucé la carretera para reunirme con ella. Ninguno de los dos dijo nada durante unos instantes. Me habría gustado darle un abrazo, pero terminamos estrechándonos la mano con formalidad antes de que yo preguntara:

—Bueno, ¿y de qué va todo esto?

—No conseguí encontrar a nadie más que me abasteciera gratis de bollitos de crema —replicó antes de explicarme por qué había vendido la panadería y cómo había llegado a hacerse con el 147 de Chelsea Terrace. Me enseñó el apartamento cuando los empleados se hubieron retirado a sus casas. No me podía creer lo que veían mis ojos: un cuarto de baño con inodoro, una cocina equipada con vajilla y cubiertos, un salón con su mesa y sus sillas…, por no mencionar la cama del dormitorio, que no daba la impresión de amenazar con romperse si te sentabas en ella.

Me dieron ganas de abrazarla de nuevo, pero me limité a preguntarle si se quería quedar a cenar, puesto que tenía otro centenar de preguntas para las que necesitaba respuesta.

—Lo siento, esta noche no puedo —dijo mientras yo abría el paquete en el que llevaba mis cosas y empezaba a desempacar—. He quedado con un amigo para ir a un concierto.

Hizo algún comentario sobre el cuadro de Tommy, sonrió y se marchó. De repente, volvía a

estar solo.

Me quité el abrigo, me arremangué, bajé a la tienda y me pasé varias horas cambiando las cosas de sitio hasta dejarlo todo exactamente donde quería. Para cuando hube retirado la última caja me sentía tan cansado que estuve a punto de desplomarme en la cama y quedarme dormido con la ropa puesta. Dejé las cortinas abiertas para que no se me pasara despertarme a las cuatro.

A la mañana siguiente me vestí enseguida, ilusionado por la idea de volver a un mercado que llevaba sin pisar casi dos años. Llegué al Garden escasos minutos antes que Bob Makins, el cual no tardé en descubrir que sabía lo que se hacía…, aunque no supiera exactamente lo que tenía que hacer. Yo aceptaba el hecho de que me llevaría varios días averiguar qué abastecedores recibían sus suministros de los agricultores más fiables, quién tenía los mejores contactos en los muelles, quién obtenía los precios más sensatos un día tras otro y, lo más importante de todo, quién cuidaría de ti cuando se produjera alguna escasez. Ninguno de esos problemas parecía preocupar a Bob, que se paseaba por el mercado sin pararse a hacer preguntas, limitándose a recoger sus productos.

Me enamoré de la tienda en cuanto abrimos aquella primera mañana…, mi primera mañana. Tardé un poco en acostumbrarme a que Bob y las chicas me llamaran «señor», pero a ellos les llevó casi el mismo tiempo acostumbrarse al emplazamiento que yo había elegido para el mostrador y a tener que sacar las cajas a la acera antes de que se despertaran los clientes. Sin embargo, incluso Becky convino que era una idea inspirada colocar la mercancía justo delante de las narices de los compradores en potencia, aunque tenía sus dudas sobre cuál sería la reacción de las autoridades locales cuando se enteraran.

—¿No han oído hablar en Chelsea de la clientela de paso? —le pregunté.

En cuestión de un mes me sabía el nombre de todos los clientes habituales que frecuentaban la tienda, y en cuestión de dos conocía sus gustos, sus pasiones e incluso la extravagancia ocasional que cada uno de ellos debía de pensar que era exclusivamente suya. Cuando los empleados cerraban al finalizar la jornada, yo cruzaba la carretera y me sentaba en el banco de enfrente para observar las idas y venidas de Chelsea Terrace SW3. No hacía falta pensar mucho para darse cuenta de que una manzana sería siempre una manzana, quienquiera que le pegase un bocado, y el Terrace no se diferenciaba en nada de Whitechapel por lo que a entender las necesidades de la clientela respectaba: supongo que debió de ser entonces cuando se me ocurrió abrir otra tienda. ¿Por qué no? Trumper's era el único establecimiento de Chelsea Terrace cuyos clientes hacían cola a diario frente a su puerta.

Becky, mientras tanto, continuaba con sus estudios en la universidad y seguía intentando convencerme para conocer a su amigo. La verdad sea dicha, yo había estado intentando evitar a Trentham porque estaba convencido de que era el responsable de la muerte de Tommy y no me apetecía encontrarme con él.

Cuando se me agotaron las excusas, acepté quedar con ellos para cenar. Becky entró en el restaurante acompañada de Daphne y Trentham, y nada más verlos me arrepentí de haber accedido a pasar la velada con ellos. El sentimiento debía de ser mutuo, porque la cara de Trentham reflejaba el mismo desprecio que yo sentía por él, aunque la amiga de Becky, Daphne, se esforzó por mostrarse agradable. Era una chica bonita y no me habría sorprendido que a muchos hombres les gustara su risa fácil. Sin embargo, las rubias con rizos y los ojos azules no habían sido nunca mi tipo. A fin de guardar las formas, hice como si Trentham y yo no nos

conociéramos de nada.

Pasé una de las noches más miserables de mi vida, ardiendo en deseos de contarle a Becky todo lo que sabía sobre aquel desgraciado, pero consciente, al verlos juntos, de que ninguna de mis revelaciones surtiría el menor efecto sobre ella. Tampoco contribuyó a levantarme el ánimo que Becky pareciera haberse enfadado conmigo sin razón aparente. Me limité a agachar la cabeza y seguir pescando los guisantes con la cuchara.

La compañera de piso de Becky, Daphne Harcourt-Browne, insistía en aliviar la tensión, pero ni siquiera Charlie Chaplin habría sido capaz de arrancarnos una sonrisa a los tres.

Pedí la cuenta poco después de las once, y escasos minutos más tarde salimos todos del restaurante. Dejé que Becky y Trentham tomaran la delantera con la esperanza de que eso me permitiera escurrir el bulto sin que nadie me viera, pero, para mi sorpresa, la aristocrática Daphne se quedó rezagada conmigo, so pretexto de interesarse por los cambios que había realizado en la tienda.

Ya desde su primera pregunta, mientras yo metía la llave en la cerradura, me di cuenta de que a esa mujer no se le escapaba ni una.

—Estás enamorado de Becky, ¿a que sí? —preguntó sin andarse por las ramas.

—Pues sí —contesté sin reparos, y procedí a desnudar mis sentimientos con ella como no habría sido capaz de hacerlo con alguien a quien conociera mejor.

Su segunda pregunta me pilló más desprevenido todavía, si cabe.

—¿Y cuánto hace que os conocéis Guy Trentham y tú?

Mientras subíamos por la escalera que conducía a mi pequeño apartamento le conté que habíamos servido juntos en el frente occidental, aunque, debido a la diferencia de rango, nuestros caminos apenas se habían cruzado.

—¿Por qué te cae tan mal, entonces? —inquirió Daphne tras sentarse enfrente de mí.

Titubeé de nuevo, pero luego, en un arrebato de ira incontrolable, le conté lo que nos había pasado a Tommy y a mí cuando intentábamos regresar a las líneas, y cómo estaba convencido de que Guy Trentham le había pegado un tiro a mi mejor amigo.

Cuando acabé, los dos nos quedamos callados un momento antes de que yo añadiera:

—No puedes contarle nunca a Becky lo que te acabo de decir, porque no tengo pruebas.

Asintió con la cabeza y procedió a hablarme del único hombre que había en su vida, como si quisiera intercambiar un secreto por otro para cimentar nuestra amistad. El amor que sentía por esa persona era tan transparente que me conmovió. Y cuando Daphne se marchó, alrededor de la medianoche, prometió hacer cuanto estuviera en su mano por acelerar la caída de Guy Trentham. Recuerdo que utilizó esa expresión porque tuve que preguntarle a qué se refería exactamente. Su respuesta supuso una lección para mí…, y la advertencia de que Becky me sacaba mucha ventaja, puesto que no había empleado los últimos diez años en vano.

Mi segunda lección fue el porqué de que Becky me hubiera lanzado unas miradas tan críticas durante la cena. Me habría indignado, pero comprendí que tenía razón.

Daphne y yo nos vimos muy a menudo en el transcurso de los meses siguientes, sin que Becky se percatara en ningún momento de la relación que nos unía. Me enseñó muchas cosas sobre el mundo de mis nuevos clientes e incluso me acompañó a comprar ropa, a museos y a teatros del West End para ver un montón de obras a las que, pese a no tener ninguna bailarina sobre el escenario, terminé aficionándome. Únicamente me mantuve firme cuando intentó

convencerme para que dejara de pasar los sábados por la tarde viendo jugar al West Ham para asistir a los partidos de un equipo de rugby que se llamaba los Quins. Sin embargo, fue su introducción a los cinco mil lienzos de la Galería Nacional lo que habría de impulsarme a establecer una relación amorosa que terminaría costándome más dinero que cualquier mujer. No tuvieron que pasar muchos meses antes de que fuera yo el que la arrastrara a las últimas exposiciones: Renoir, Manet e incluso Picasso, un joven español que estaba empezando a llamar la atención de la alta sociedad londinense. Abrigaba la esperanza de que Becky se percatase del cambio que se había operado en mí, pero solo tenía ojos para el capitán Trentham.

A insistencia de Daphne, comencé a leer dos periódicos al día. Seleccionó para mí el *Daily Express* y el *News Chronicle*, y de vez en cuando, cuando me invitaba a Lowndes Square, hojeaba también alguna de sus revistas, como la *Punch* o la *Strand*. Poco a poco descubrí quién era quién y quién hacía qué, y a quién se lo hacía. Acudí incluso a Sotheby's por primera vez, donde vi un Constable primerizo alcanzar el precio récord de novecientas guineas, más de lo que habría costado Trumper's con todos sus accesorios. Confieso que ni aquel magnífico paisaje ni ningún otro cuadro de los que vi en cualquier galería de arte o casa de subastas se podía comparar para mí con la imagen de la Virgen María y el Niño Jesús que me había legado Tommy, cuadro del que me enorgullecía y adornaba aún la pared sobre el cabecero de mi cama.

En enero de 1920, cuando Becky me presentó las cifras del primer año, comprendí que mi ambición de poseer una segunda tienda ya no tenía por qué ser solo un sueño. Y de súbito, sin previo aviso, aquel mismo mes salieron a la venta dos propiedades. Le pedí a Becky inmediatamente que se las ingeniase como pudiera para conseguir el dinero necesario para comprarlas.

Daphne me advirtió unas semanas después de que Becky estaba teniendo serios problemas para reunir el capital requerido, y aunque yo no dije nada, reconozco que esperaba que me dijese que era sencillamente imposible, sobre todo porque sus pensamientos parecían girar en exclusiva alrededor de Trentham y el hecho de que pronto lo iban a destinar a la India. Cuando zarpó por fin y Becky anunció ese mismo día que se habían prometido oficialmente, podría haberle rebanado el pescuezo a ese miserable…, y después el mío también…, pero Daphne me aseguró que en Londres abundaban las muchachas que, en algún momento de sus vidas, habían compartido esa misma ilusión de creer que se iban a casar con Guy Trentham. Becky, sin embargo, parecía estar tan segura de las intenciones de su adorado capitán que yo ya no sabía a cuál de las dos mujeres creer.

Una semana más tarde me sorprendió reencontrarme con mi antiguo comandante en jefe, que había ido a la tienda con la lista de la compra que le había preparado su esposa. Nunca olvidaré el momento en que sacó la cartera del bolsillo de su chaqueta y lo vi rebuscar entre las monedas. No se me había ocurrido hasta entonces que el coronel viviera en el mundo real. Sin embargo, se marchó con la promesa de conseguirme dos entradas para el baile del regimiento; resultó ser tan fiel a su palabra como cabría esperar.

Mi euforia (otra palabra que me había enseñado la señorita Harcourt-Browne) por ver de nuevo al coronel duró veinticuatro horas, el tiempo que tardó Daphne en informarme de que Becky estaba embarazada. Mi primera reacción fue desear haber matado a Trentham en el frente occidental en vez de ayudar a salvarle la vida a ese canalla. Di por sentado que regresaría inmediatamente de la India para casarse con ella antes de que naciera el bebé. Detestaba la idea

de que volviera a entrometerse en nuestra existencia, pero era la única posibilidad que podría contemplar un caballero; de lo contrario, Becky viviría el resto de sus días marginada por la sociedad.

Fue más o menos por aquel entonces cuando Daphne me explicó que, si queríamos que los bancos nos concedieran dinero de verdad, necesitaríamos un representante respetable. El sexo de Becky jugaba ahora en su contra (otra de las expresiones de Daphne), aunque tuvo la delicadeza de no mencionar que mi acento también estaba «jugando en mi contra».

Mientras volvíamos a casa, después de haber pasado la noche en el baile del regimiento, Becky me informó con una sonrisa de que Daphne había decidido que el coronel era el candidato idóneo para representarnos cada vez que tuviéramos que pasar la gorra por alguna entidad. Aunque yo no compartía su optimismo, Becky insistió en que, después de haber hablado con la esposa del coronel, lo mínimo que podíamos hacer era ir a verlo y exponer nuestro caso.

Accedí a ello y, para mi sorpresa, diez días más tarde recibimos una carta en la que sir Danvers aceptaba ser nuestro hombre.

Unos días después, Becky me confesó que estaba esperando un bebé. A partir de ese instante me poseyó la obsesión por averiguar cuáles eran las intenciones de Trentham y qué sabía mi socia de ellas. Me horrorizó descubrir que Becky ni siquiera le había escrito para comunicarle la noticia, pese a encontrarse ya en el cuarto mes de gestación. La obligué a jurar que lo haría esa misma noche, aunque se negara a contemplar la posibilidad de afearle la conducta por haber faltado a su palabra cuando dijo que pensaba casarse con ella. Al día siguiente Daphne me aseguró que, desde la ventana de la cocina, había visto cómo Becky echaba la carta al buzón.

Concerté una cita con el coronel y lo puse al corriente del estado de Becky antes de que se enterara todo el mundo. «Deja que yo me ocupe de Trentham», fueron sus misteriosas palabras.

Seis semanas más tarde, Becky me dijo que seguía sin recibir noticias del hombre, y por primera vez presentí que sus sentimientos hacia él comenzaban a tambalearse.

Llegué incluso a pedirle que se casara conmigo, pero no se tomó en serio la propuesta, pese a no haber sido más sincero sobre nada en toda mi vida. Me pasé toda la noche despierto, preguntándome qué más podría ofrecerle para que me considerase digno de ella.

Conforme transcurrían las semanas, Daphne y yo empezamos a cuidar más de Becky, que cada vez se parecía más a una ballena varada en la playa. Seguía sin saber nada de la India, pero dejó de pronunciar el nombre de Trentham mucho antes de que naciera su hijo.

Quise convertirme en el padre de Daniel en cuanto mis ojos se posaron en él, y mis expectativas se vieron desbordadas cuando Becky dijo que esperaba que yo aún la quisiera.

¡Que esperaba que yo aún la quisiera!

Nos casamos una semana más tarde, con el coronel, Bob Makins y Daphne en calidad de padrinos.

Daphne y Percy se casaron a su vez el verano siguiente, no en los juzgados de paz de Chelsea, sino en la iglesia de santa Margarita, en Westminster. Estuve atento por si aparecía la señora Trentham, pues sentía curiosidad por conocer al menos su aspecto, hasta que recordé que Percy me había dicho que la mujer no estaba invitada.

Daniel crecía como la hiedra, y me conmovía que una de las primeras cosas que había aprendido a decir fuese «papá», palabra que no se cansaba de repetir. Pese a todo, no podía evitar preguntarme cuánto tiempo íbamos a esperar antes de sentarnos con él y explicarle la verdad al

muchacho. «Bastardo» es una palabra muy fea bajo cuya sombra no debería criarse ninguna criatura inocente.

«Todavía no hace falta que nos preocupemos por eso», insistía Becky una y otra vez, pero eso no apaciguaba mis temores sobre las consecuencias a largo plazo si nos obstináramos en nuestro silencio. Al fin y al cabo, en el Terrace había personas que ya conocían la verdad.

Sal me escribió desde Toronto, tanto para darme la enhorabuena como para informarme de que ella, por su parte, ya no pensaba seguir trayendo más niños al mundo. Con dos hembras (Maureen y Babs) y dos varones (David y Rex), opinaba que ya había cubierto su cupo de buena católica. Su marido, me decía en la carta, había sido ascendido a representante comercial en la firma E.P. Taylor, por lo que, a grandes rasgos, las cosas les iban bastante bien. En sus cartas no mencionaba nunca Inglaterra ni mostraba el menor interés por regresar al país que la había visto nacer. Yo no podía culparla, en realidad, puesto que de nuestro antiguo hogar solo debía de recordar que dormíamos tres en la misma cama, que nuestro padre era un borracho y que en la mesa nunca había comida suficiente para repetir ningún plato.

Procedió a regañarme por consentir que Grace fuese más constante con su correspondencia que yo. Ni siquiera podía excusarme con el trabajo, añadió, puesto que, como enfermera de sala en un hospital universitario londinense, mi hermana disponía aún de menos tiempo libre que yo. Después de que Becky leyera la carta y se mostrara de acuerdo con ella asintiendo con la cabeza, me pasé los meses siguientes esforzándome por escribir más a menudo.

Kitty visitaba Chelsea Terrace de vez en cuando, pero solo para intentar convencerme de que le prestara dinero, sumas cada vez más altas. Sin embargo, siempre se aseguraba de que Becky no anduviera por allí cuando ella se presentaba. Aunque las cantidades que me sacaba eran exorbitantes, nunca llegaban al extremo de amenazar con llevarnos a la quiebra.

Yo le imploraba que se buscara un empleo, incluso le ofrecí un puesto en la tienda, pero Kitty se limitaba a alegar que el trabajo y ella no congeniaban. Nuestras conversaciones rara vez se prolongaban más de unos minutos, puesto que ella volvía a desaparecer en cuanto yo le daba el dinero. Era consciente de que, con cada nuevo establecimiento que abriera, me costaría cada vez más convencer a Kitty para que sentara la cabeza, y cuando Becky y yo nos mudamos a nuestro nuevo hogar, en Gilston Road, sus visitas se fueron volviendo cada vez más frecuentes.

Pese a todos los intentos de Syd Wrexall por frustrar mi ambición de intentar adquirir todos los negocios que estuvieran disponibles en el Terrace (ya había conseguido hacerme con siete prácticamente sin oposición), ahora le había echado el ojo a los apartamentos que iban del número 25 al 99, un bloque de viviendas que me proponía comprar sin que Wrexall se enterase de nada. Por no hablar de mi deseo de echarle el guante al 1 de Chelsea Terrace, número que, por su emplazamiento en la calle, continuaba formando parte esencial de los planes a largo plazo con los que pretendía acabar siendo el dueño de toda la calle.

Ya en 1922, las piezas parecían estar encajando en su sitio y yo anhelaba el regreso de Daphne de su luna de miel para contarle con pelos y señales todo lo que había conseguido en su ausencia.

Una semana después de haber vuelto a Inglaterra, Daphne nos invitó a cenar a su nuevo hogar, en Eaton Square. Yo me moría de ganas por escuchar todas sus anécdotas, y sabía que se sentiría impresionada cuando le dijéramos que ahora poseíamos ocho establecimientos, además de una casa en Gilston Road, y que de un momento a otro sumaríamos todo un bloque de

apartamentos al portafolio de los Trumper. Sin embargo, sabía lo que me iba a preguntar en cuanto entrara por la puerta, así que tenía la respuesta preparada: «Ser el dueño de toda la calle me llevará aproximadamente diez años más…, siempre y cuando no se produzcan ni inundaciones, ni plagas, ni guerras inesperadas».

Becky y yo nos disponíamos a salir para acudir a la reunión cuando un sobre atravesó la ranura para el correo del 11 de Gilston Road.

Reconocí la caligrafía casi antes de que tocara el felpudo. Abrí la carta y leí las palabras del coronel. Al terminar, me sentí mareado. No entendía por qué acababa de presentarnos su dimisión.

20

De pie en el pasillo, a solas, Charlie decidió no hablarle de la carta del coronel a Becky hasta haber vuelto de su cena con Daphne. Su mujer llevaba mucho tiempo esperando esa ocasión y no quería que la inexplicable dimisión de sir Danvers le estropeara la velada.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó Becky cuando llegó al pie de las escaleras—. Te has puesto pálido.

—No es nada —replicó Charlie, nervioso. Se guardó la carta en un bolsillo interior—. En marcha o llegaremos tarde, y eso sería imperdonable. —Miró a su esposa y se fijó en que esta se había puesto su vestido rosa, el que tenía un lazo enorme en el pecho. Recordó haberla ayudado a elegirlo—. Estás espectacular —dijo—. Daphne se pondrá verde de envidia cuando te vea con ese vestido.

—Tú tampoco estás nada mal.

—Cada vez que me pongo uno de estos trajes de pingüino me siento como un *maître* del Ritz —admitió Charlie mientras Becky le enderezaba la corbata de color blanco.

—Qué sabrás tú, si no has estado nunca en el Ritz —se rio Becky.

—Por lo menos esta vez el traje ha salido de una de mis tiendas —replicó Charlie mientras abría la puerta de la calle.

—Ah, pero ¿has pagado ya la factura?

Durante el trayecto en coche hasta Eaton Square, a Charlie le costó concentrarse en la animada conversación de su mujer. No dejaba de darle vueltas al hecho de que el coronel hubiera decidido presentarles su dimisión justo cuando todo parecía estar yendo tan bien.

—Bueno, ¿cómo crees tú que debería abordarlo? —preguntó Becky.

—Como a ti te parezca más conveniente —empezó Charlie.

—No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho desde que salimos de casa, Charlie Trumper. Y pensar que llevamos casados dos años…

—Perdón —dijo Charlie, deteniendo su pequeño Austin Seven detrás del Silver Ghost que estaba aparcado directamente enfrente del número 14 de Eaton Square—. No me importaría vivir aquí —añadió mientras le abría la puerta del coche a su esposa.

—Todavía no —sugirió Becky.

—¿Por qué no?

—Algo me dice que el señor Hadlow no se sentiría predispuesto a concedernos el préstamo necesario.

Un mayordomo les abrió la puerta antes incluso de que hubieran llegado al rellano.

—Tampoco me importaría tener uno de esos.

—Compórtate, Charlie —le advirtió Becky.

—Por supuesto. Debo recordar cuál es mi sitio.

El mayordomo los condujo al salón, donde encontraron a Daphne pegándole un sorbito a su

martini seco.

—Queridos —los saludó. Becky se acercó a ella corriendo y la estrechó entre sus brazos. Sus barrigas chocaron.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Mi pequeño secreto. —Daphne se dio unas palmaditas en la tripa—. De todas formas, parece que me has tomado la delantera, como de costumbre.

—Por poco. ¿Para cuándo esperas el tuyo?

—Las predicciones del doctor Gould apuntan a enero. Clarence, si es niño; Clarissa, si es niña.

A sus invitados se les escapó la risa.

—No os atreváis a burlaros. Así se llamaban los antepasados más distinguidos de Percy —les dijo Daphne justo cuando su marido entraba en el cuarto.

—Cierto, por Júpiter —dijo Percy—, aunque ahora mismo no recuerdo exactamente por qué deberían ser tan famosos.

—Bienvenido a casa —dijo Charlie, estrechándole la mano.

—Gracias, Charlie —dijo Percy, que procedió a darle dos besos a Becky—. Me alegra mucho veros de nuevo. —Uno de los criados le dio un whisky con soda—. Bueno, Becky, cuéntame todo lo que ha pasado en mi ausencia. Y no escatimes detalles.

Percy y Becky se sentaron juntos en el diván mientras Daphne se reunía con Charlie, que estaba recorriendo la habitación lentamente, estudiando los inmensos retratos que cubrían las paredes.

—Los ancestros de Percy —le explicó Daphne—. Todos ellos retratados por artistas de segunda. Cambiaría el lote completo por la imagen de la Virgen María que hay en tu sala de estar.

—Este sospecho que no —dijo Charlie, deteniéndose frente al segundo marqués de Wiltshire.

—Ah, sí, el Holbein. Tienes razón. Aunque desde entonces me temo que el declive ha sido imparable.

—No soy ningún experto, señorita —dijo Charlie con una sonrisa—. Mis antepasados no salen en muchos retratos. Ahora que lo pienso…, me pregunto si Holbein aceptaría alguna vez un encargo de algún vendedor ambulante del East End.

Daphne se rio.

—Lo que me recuerda, Charlie… ¿Qué ha pasado con tu acento cockney?

—¿Qué se esperaba usted, señora marquesa, una velada de punta en blanco o medio de tomates y un cuarto de uvas?

—Eso ya me gusta más. No dejes que un puñado de clases nocturnas se te suban a la cabeza.

—Shhh. —Charlie miró de reojo a su esposa, cómodamente instalada en el diván—. Becky todavía no sabe nada y yo no pienso decir ni pío hasta que…

—Lo entiendo. Y te prometo que no va a enterarse por mí. Ni siquiera se lo he contado a Percy. —Daphne observó de soslayo a Becky, enfrascada en una animada conversación con su esposo—. Por cierto, ¿cuánto tiempo falta para que…?

—Diez años, calculo —la interrumpió Charlie, dándole la respuesta que llevaba preparada.

—Oh, pensaba que estas cosas solían llevar nueve meses —dijo Daphne—. A menos que estemos hablando de elefantes, por supuesto.

Charlie sonrió al darse cuenta de su error.

—Otros dos meses, diría yo. Tommy si es niño y Debbie si es niña. Con un poco de suerte, espero que lo que produzca Becky sea el partido ideal para Clarence o Clarissa.

—Bonita idea, pero a juzgar por el rumbo que está tomando el mundo en estos momentos —dijo Daphne—, no me extrañaría que los míos terminaran trabajando de dependientes para los vuestros.

Aunque Daphne lo estaba bombardeando a preguntas, Charlie era incapaz de apartar la mirada del Holbein. Al final Daphne lo tentó diciendo:

—Bueno, Charlie, cenemos algo. No sé qué me pasa, pero últimamente estoy siempre muerta de hambre.

Percy y Becky se levantaron y siguieron a Daphne y a Charlie camino del comedor.

Daphne condujo a sus invitados por un largo pasillo hasta otra habitación del mismo tamaño y con idénticas proporciones que la que acababan de abandonar. Los seis lienzos de tamaño natural que adornaban las paredes eran todos de Reynolds.

—Y esta vez solo el más feo es una venganza —les aseguró Percy mientras ocupaba su lugar en un extremo de la mesa y señalaba a la dama larguirucha vestida de gris que colgaba a su espalda—. De no ser por la generosa dote que la acompañaba, jamás habría conseguido cazar a un Wiltshire.

Se sentaron alrededor de una mesa preparada para cuatro a la que se podrían haber sentado cómodamente ocho y procedieron a degustar un menú de cuatro platos con el que perfectamente se podrían haber alimentado dieciséis. Junto a cada una de las sillas había un criado de uniforme preparado para satisfacer todas sus necesidades.

—Debería haber uno de estos en todo hogar que se precie —le susurró Charlie a su esposa por encima de la mesa.

Durante la cena, la conversación les brindó a los cuatro la posibilidad de ponerse al corriente sobre todo lo que había acontecido en el transcurso del último año. Cuando llegó la hora de servir el segundo café, Daphne y Becky dejaron a los dos hombres disfrutando de sendos puros y Charlie no pudo por menos de pensar que era como si los Wiltshire no se hubieran marchado nunca.

—Me alegra que las chicas nos hayan dejado a solas —dijo Percy—, porque me temo que tenemos asuntos menos agradables que tratar.

Charlie le pegó otra calada a su puro, preguntándose cómo debía de ser soportar esa tortura un día sí y otro también.

—Cuando Daphne y yo estábamos en la India —continuó Percy—, nos encontramos con el golfo de Trentham.

Charlie tosió cuando se le fue el humo por mal sitio y empezó a prestar más atención mientras su anfitrión le revelaba el contenido de la conversación que había mantenido con Trentham.

—Su amenaza de «hacértelo pagar, como fuera» podría haber sido poco más que una baladronada, por supuesto —dijo Percy—, pero a Daphne le ha parecido prudente que te previniera.

—Pero ¿qué puedo hacer yo al respecto? —Charlie soltó una larga columna de ceniza en la bandejita de plata que le habían puesto delante justo a tiempo.

—No mucho, sospecho. Salvo recordar que hombre precavido vale por dos. Es de esperar que

vuelva a Inglaterra en cualquier momento, y ahora su madre está contándole a todo el que quiera escuchar que Guy ha recibido una oferta de trabajo en la ciudad, tan irresistible como para animarlo a renunciar a su puesto dentro del ejército. Me cuesta imaginar que alguien se lo vaya a creer y, de todas formas, la mayoría de las personas decentes opinan que la ciudad sería el sitio perfecto para alguien como Trentham.

—¿Crees que debería decírselo a Becky?

—No lo creo, no. De hecho, yo mismo no le he hablado a Daphne de mi segundo encuentro con Trentham en el club de oficiales. Así que, ¿para qué molestar a Becky con los detalles? Después de todo lo que nos ha contado esta noche, deduzco que ya tiene bastantes preocupaciones.

—Por no mencionar que está a punto de dar a luz —añadió Charlie.

—Precisamente. Así que, dejémoslo correr por ahora. Bueno, ¿nos reunimos con nuestras señoras?

Mientras degustaba una copa enorme de brandy en otra sala distinta pero igualmente poblada de ancestros, incluido un pequeño óleo del gentil príncipe Carlos, Becky escuchó la descripción de Daphne sobre los americanos, a los que adoraba, aunque en su opinión los ingleses nunca deberían haber renunciado a esa colonia; sobre los africanos, que le parecían encantadores, pero de los que habría que desembarazarse lo antes posible; y sobre los indios, quienes tenía entendido que no veían la hora de independizarse de sus colonizadores, según un hombrecillo con taparrabos que no paraba de frecuentar la Casa del Gobernador.

—¿No estarás refiriéndote a Gandhi, por casualidad? —preguntó Charlie mientras aspiraba el humo de su cigarro, ya con más confianza—. A mí me parece un hombre impresionante.

En el camino de regreso a Gilston Road, Becky se mostró muy animada mientras le contaba todos los chismorreos de los que se había enterado gracias a Daphne. Para Charlie era evidente que las dos mujeres no habían hablado de Trentham ni de la amenaza que representaba en esos momentos.

Charlie se pasó la noche intranquilo, en parte por el exceso de comida y alcohol, pero sobre todo porque sus pensamientos rebotaban entre el porqué de que el coronel les hubiera presentado su dimisión y el problema al que debería enfrentarse con el inminente regreso a Inglaterra de Trentham.

A las cuatro de la mañana se levantó y se puso la ropa más vieja que tenía antes de ir al mercado, algo que seguía intentando hacer al menos una vez a la semana, convencido de que en Trumper’s no había nadie más que supiera negociar como él en el Garden. Convencido hasta hacía poco, al menos, cuando un tal Ned Denning había conseguido colarle un par de cajas de aguacates demasiado maduros; un día después, el mismo vendedor había insistido hasta que Charlie se llevó una caja de naranjas que no tenía la menor intención de comprar. A la mañana siguiente, Charlie madrugó con la intención de ingeniárselas para apartar de su puesto a ese hombre.

El mismo lunes de la semana siguiente, Ned Denning se sumaba a la plantilla de Trumper’s en calidad de director general.

Charlie aprovechó la mañana aprovisionándose de género para los números 131 y 147, y Bob Makins llegó una hora más tarde para llevarlos a Ned y a él de regreso a Chelsea Terrace en su flamante furgoneta nueva.

Cuando llegaron a la tienda de frutas y hortalizas, Charlie ayudó a descargar y colocar la mercancía antes de volver a casa para desayunar cuanto todavía faltaban unos minutos para las siete. Le pareció que todavía era demasiado temprano para llamar por teléfono al coronel.

La cocinera le sirvió unos huevos con beicon que compartió con Daniel y su niñera. Becky, que aún no se había recuperado de los estragos provocados por la cena con Daphne, prefirió quedarse en la cama.

Charlie se pasó la mayor parte del desayuno contestando a la interminable retahíla de preguntas inconexas de Daniel, hasta que la niñera, desoyendo las protestas del niño, se lo llevó al cuarto de juegos de la planta de arriba. Charlie levantó la tapa de su reloj de bolsillo para mirar la hora. Aunque solo faltaban unos minutos para las ocho, ya no se sentía capaz de seguir esperando más tiempo; se dirigió al pasillo, descolgó el teléfono y le pidió a la operadora que lo conectara con Kensington 1729. La llamada entró instantes más tarde.

—¿Podría hablar con el coronel?

—Le diré que está usted al aparato, señor Trumper —fue la respuesta. A Charlie le hizo gracia pensar que jamás conseguiría disimular su acento al teléfono.

—Buenos días, Charlie —sonó otro acento que también era inmediatamente reconocible.

—Quería preguntarle si le importaría que fuese a verlo a su casa, señor —dijo Charlie.

—Por supuesto. Pero ¿podrías esperar a las diez, viejo amigo? A esa hora Elizabeth ya se habrá ido a Camden Hill para visitar a su hermana.

—Estaré allí a las diez en punto —le aseguró Charlie. Colocó el auricular de nuevo en su gancho y decidió ocupar las dos horas siguientes haciendo una ronda completa por todas las tiendas. Por segunda vez esa mañana, y antes de que Becky se hubiera levantado de la cama, se marchó a Chelsea Terrace.

Charlie sacó al mayor Arnold de la ferretería antes de hacer una inspección sorpresa por los ocho establecimientos. Al pasar frente al bloque de apartamentos, le explicó en detalle a su subalterno los planes que tenía para reemplazar el edificio por seis nuevos comercios.

Cuando salieron del número 129, Charlie le confesó a Arnold que estaba preocupado por la bodega, la cual opinaba que no estaba rindiendo como debería pese a haber implantado el novedoso sistema de pedido a domicilio del que la tienda de frutas y hortalizas había sido pionera. Charlie se preciaba de que el suyo fuera uno de los primeros establecimientos de Londres que aceptaba encargos por teléfono y entregaba los pedidos el mismo día a los clientes que tenían cuenta con ellos. Era otra idea que les había robado a los americanos, y cuanto más leía sobre las innovaciones que estaban implantando sus contrapartidas en los Estados Unidos, más ganas le daban de visitar ese país y verlo con sus propios ojos.

Todavía se acordaba del primer pedido a domicilio que había recibido, con el carretón del abuelo como método de transporte y Kitty como repartidora. Ahora conducía una elegante furgoneta de tres caballos con las palabras «Trumper, el mercader respetable, casa fundada en 1823» pintadas en caracteres azules a los costados.

Se detuvo en la esquina de Chelsea Terrace y contempló la tienda que dominaría siempre esa calle, con su escaparate arqueado y sus grandes puertas de doble hoja. Sabía que era el momento propicio para entrar allí y ofrecerle al señor Fothergill un generoso cheque con el que cubrir las deudas de su casa de subastas: un antiguo empleado del número 1 le había asegurado recientemente que su descubierto ya superaba las dos mil libras.

Charlie entró en el número 1 para pagar una factura mucho menos cuantiosa y le preguntó a la muchacha que atendía el mostrador si ya habían terminado de cambiar el marco de su cuadro de la Virgen María, que debería haber recogido hacía tres semanas.

No protestó por el retraso, puesto que le proporcionaba una excusa para husmear por el establecimiento. El papel estaba empezando a despegarse de la pared que había detrás de la zona de recepción y solo había una secretaria en el escritorio, lo que le sugirió a Charlie que las pagas semanales no siempre se satisfacían.

Instantes después, el señor Fothergill apareció con el cuadro con su nuevo marco dorado y le entregó el pequeño óleo a Charlie.

—Gracias —dijo este mientras estudiaba una vez más las vigorosas pinceladas rojas y azules que componían el retrato. Se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos—. Me pregunto cuánto valdrá —comentó de pasada mientras le daba un billete de diez chelines a Fothergill.

—Un puñado de libras, a lo sumo —declaró el experto, ajustándose la pajarita—. A fin de cuentas, el continente europeo está plagado de innumerables variaciones sobre el mismo tema firmadas por artistas anónimos.

—Ya me imagino —dijo Charlie mientras consultaba el reloj y se guardaba la factura en el bolsillo. Aún le quedaba tiempo para relajarse dando un paseo por Princess Gardens antes de dirigirse a la residencia del coronel, a la que esperaba llegar un par de minutos antes de las diez. Con esa intención salió a la calle tras desearle al señor Fothergill que pasara un buen día.

Aunque todavía era bastante temprano, las calles de Chelsea ya estaban llenas de viandantes y Charlie se levantó el sombrero para saludar a todos los clientes que lo reconocían.

—Buenos días, señor Trumper.

—Buenos días, señora Symonds —dijo Charlie mientras cruzaba la calzada para atajar por los jardines.

Intentó elaborar mentalmente la respuesta que le iba a dar el coronel cuando este le contara por qué el presidente había considerado necesario presentar su dimisión. Fuera cual fuese el motivo, Charlie estaba decidido a no perder al viejo soldado. Cerró la cancela del parque a su espalda y empezó a caminar por el sendero artificial.

Se hizo a un lado para dejar que lo adelantara una señorita que iba empujando un carrito de bebé y saludó con aire marcial a un veterano de guerra que estaba liándose un Woodbine sentado en un banco. Cruzó la diminuta extensión de hierba, salió a Gilston Road y cerró la verja tras él.

Charlie apretó el paso al aproximarse a Tregunter Road. Sonrió cuando pasó por delante de su casita, olvidándose de que aún llevaba el cuadro debajo del brazo, demasiado absorto en sus cavilaciones sobre los posibles motivos de la dimisión del coronel.

Se giró en redondo al oír un grito y un portazo en los alrededores, más por un acto reflejo que por cualquier deseo genuino de averiguar qué ocurría. Frenó en seco al ver una figura desaliñada que cruzaba la carretera corriendo en su dirección.

Charlie se quedó hipnotizado mientras el pordiosero se acercaba cada vez más, hasta que el hombre se detuvo a escasa distancia de él. Transcurrieron varios segundos en los que ambos se quedaron mirándose fijamente, sin pronunciar palabra. Aquel rostro medio oculto por una barba hirsuta no era ni el de un rufián ni el de un caballero. Charlie lo reconoció con una mezcla de asombro e incredulidad.

Le costaba aceptar que aquella figura desaseada y descuidada, cubierta por una gabardina militar andrajosa y un maltrecho sombrero de fieltro, perteneciera al mismo hombre al que había visto por primera vez en la estación de Edimburgo hacía aproximadamente cinco años.

De ese momento, lo que habría de grabarse en la memoria de Charlie fueron los tres círculos limpios que lucía el abrigo de Trentham en ambas solapas, allí donde debían de haberle arrancado recientemente los galones de capitán.

La mirada de Trentham se detuvo en el cuadro un minuto y de repente, sin previo aviso, sorprendió a Charlie abalanzándose sobre él para arrebatárselo. Se dio la vuelta y se alejó corriendo por la carretera en la dirección que había llegado. Charlie emprendió la persecución de inmediato y no tardó en acortar la distancia que lo separaba de su agresor, obstaculizado tanto por el recio abrigo como por la obra que se había llevado.

Charlie había llegado a un metro de su objetivo y se disponía a agarrar a Trentham por la cintura cuando oyó otro grito. Titubeó al comprender que las voces desesperadas provenían del interior de su domicilio. Alteró su rumbo, consciente de que no le quedaba más remedio que permitir que Trentham se escapara con el cuadro, y subió corriendo los escalones del número 11. Irrumpió en la sala de estar para encontrarse a Becky rodeada por la cocinera y a la niñera, tumbada en el sofá y desgañitándose de dolor.

Al verlo, a su mujer se le iluminó la mirada.

—Ya viene el bebé —acertó a decir.

—Levántala con cuidado —le pidió Charlie a la cocinera— y ayúdame a llevarla hasta el coche.

Juntos, sacaron a Becky de la casa y cruzaron el camino de acceso mientras la niñera se les adelantaba para abrir la puerta del vehículo y permitir que la acomodaran en el asiento de atrás. Charlie miró fijamente a su esposa, que estaba muy pálida y tenía los ojos vidriosos. Le pareció que había perdido el conocimiento cuando cerró la puerta del coche.

Charlie se sentó al volante de un salto y le gritó a la cocinera que se diera prisa en girar la manivela para arrancar el motor.

—Llama a mi hermana, en el Hospital de Guy, y explícale que estamos en camino. Y dile que se prepare para una emergencia.

El motor cobró vida con un traqueteo y la cocinera se apresuró a apartarse mientras Charlie se adentraba en la carretera y, sin frenar en ningún momento, esquivaba a los peatones, las bicicletas, los tranvías, los caballos y a otros vehículos, cambiando las marchas a toda velocidad mientras se dirigía al sur, hacia el Támesis.

Cada pocos segundos giraba la cabeza para mirar a su esposa, sin saber si Becky seguía con vida.

—¡Por favor, que no se muera ninguno! —imploró a voz en cuello mientras continuaba circulando por el Embankment tan deprisa como podía, aporreando la bocina y gritándoles a las personas que, ajenas a su calvario, intentaban cruzar tranquilamente la carretera. Estaba cruzando el puente de Southwark cuando un gemido escapó de los labios de Becky—. Enseguida llegamos, cariño —le prometió—. Aguanta un poco más.

Una vez al otro lado del puente, giró a la izquierda y mantuvo la velocidad hasta que divisó las grandes puertas de hierro del Hospital de Guy. Tras internarse en el patio y rodear la rotonda de flores, vio a Grace esperándolo junto con dos hombres vestidos con batas blancas que tenían

una camilla a su lado. El vehículo de Charlie prácticamente les rozó las punteras de los zapatos cuando se detuvo.

Los enfermeros levantaron a Becky con delicadeza y la tumbaron encima de la camilla antes de alejarse corriendo con ella. Subieron por una rampa y se metieron en el hospital. Charlie se apeó de un salto y se colocó junto a la camilla, sosteniendo la mano de Becky mientras remontaban un tramo de escaleras, con Grace corriendo a su lado y explicándole que el señor Armitage, el jefe de obstetricia del hospital, los aguardaba en uno de los quirófanos de la primera planta.

Para cuando Charlie llegó a la puerta de la sala de operaciones, Becky ya estaba dentro. Lo dejaron fuera, en el pasillo, sin compañía. Empezó a deambular de un lado a otro, ajeno a todos los profesionales vestidos de blanco que se cruzaban con él.

Grace salió unos minutos más tarde para tranquilizarlo y decirle que el señor Armitage tenía la situación controlada y que Becky no podría estar en mejores manos. El bebé nacería de un momento a otro. Le apretó la mano en un gesto reconfortante y regresó al quirófano. Charlie reanudó su deambular, pensando únicamente en su mujer y su primer hijo juntos; el encuentro con Trentham parecía ya un espejismo. Rezó para que fuese niño, Tommy, que sería como un hermano para Daniel y quizás algún día heredaría los negocios de Trumper's. Le suplicó a Dios que Becky no estuviera sufriendo mucho dolor al dar a luz a su hijo. Caminaba arriba y abajo por aquel largo pasillo murmurando para sus adentros, consciente una vez más de lo mucho que quería a su esposa.

Hubo de pasar otra media hora antes de que un hombre alto y corpulento saliera al pasillo seguido de Grace. Charlie se giró para mirarlos, pero, puesto que el cirujano aún llevaba el rostro cubierto, le resultó imposible saber cómo había ido la operación. El señor Armitage se quitó la mascarilla: su expresión respondió a la plegaria muda de Charlie.

—Su esposa está fuera de peligro, señor Trumper —dijo—, pero no he podido hacer nada por salvar a su hija, lo siento muchísimo.

21

Tras la operación, Becky se pasó varios días confinada en la habitación del hospital.

Charlie se enteró más tarde por Grace de que, aunque el señor Armitage le había salvado la vida a su esposa, aún podrían pasar semanas antes de que se recuperase por completo, sobre todo porque, como ya le habían explicado a Becky, jamás podría tener otro hijo sin que su vida corriera peligro.

Charlie la visitaba todas las mañanas y todas las noches, pero tuvieron que pasar dos semanas antes de que Becky se sintiera capaz de contarle a su marido cómo Guy Trentham había entrado por la fuerza en su casa y había amenazado con matarla a menos que le dijera dónde estaba el cuadro.

—¿Por qué? No entiendo por qué —dijo Charlie.

—¿Ha aparecido el cuadro por alguna parte?

—Todavía no hay ni rastro de él.

En ese momento llegó Daphne, con una cesta enorme cargada de provisiones. Le dio un beso en la mejilla a Becky antes de confirmar que había comprado la fruta en Trumper's esa misma mañana. Becky consiguió sonreír mientras mordisqueaba un melocotón. Daphne se sentó al pie de la cama y se lanzó de inmediato a contarle las últimas novedades.

Les informó de que, tras una de sus visitas periódicas a los Trentham, Guy se había ido a Australia. Su madre, sin embargo, juraba que en ningún momento había pisado Inglaterra, sino que había llegado a Sídney directamente desde la India.

—Pasando por Gilston Road —masculló Charlie.

—No es eso lo que piensa la policía —dijo Daphne—. Están convencidos de que salió de Inglaterra en 1920 y no encuentran pruebas de que haya regresado aquí desde entonces.

—Bueno, nosotros no vamos a sacarlos de su error, eso está claro —dijo Charlie, estrechando la mano de su esposa.

—¿Por qué no? —quiso saber Daphne.

—Porque hasta a mí me parece que Australia está lo bastante lejos como para dejar que Trentham se las apañe allí como pueda. En cualquier caso, perseguirlo ahora no serviría de nada. Si los australianos le dan la cuerda suficiente, estoy seguro de que acabará ahorcándose él solo.

—Pero ¿por qué Australia? —preguntó Becky.

—La señora Trentham va por ahí diciendo que a Guy le han ofrecido un puesto importante en una empresa que se dedica a la venta de ganado…, una oferta tan irresistible que su hijo no podía rechazarla, aunque eso le obligase a dejar el ejército. Que yo sepa, el vicario es el único que se traga esa historia.

Sin embargo, ni siquiera Daphne tenía ninguna teoría que explicara el interés de Trentham por echarle el guante a aquel óleo.

El coronel y Elizabeth también visitaron a Becky en varias ocasiones, y puesto que sir

Danvers se refería constantemente al porvenir de la empresa y no había mencionado su carta de dimisión ni una sola vez, Charlie no le preguntó al respecto.

Sería Crowther el que arrojara algo de luz finalmente sobre la identidad del comprador del bloque de apartamentos.

Charlie llevó a su esposa de regreso a Gilston Road (a una velocidad mucho más moderada que en el viaje de ida) seis semanas más tarde, después de que el señor Armitage le propusiera a Becky que se tomara un mes de tranquilidad y reposo antes de reincorporarse al trabajo. Charlie le prometió al cirujano que no le permitiría a Becky hacer nada hasta estar seguro de que se hubiera recuperado por completo.

La mañana en que Becky volvió a casa, Charlie la dejó reclinada en la cama con un libro y regresó a Chelsea Terrace, donde entró directamente en la joyería que había comprado durante la ausencia de su mujer.

Charlie dedicó un buen rato a seleccionar un collar de perlas cultivadas, una pulsera de oro y un reloj victoriano de señora, con las instrucciones de que se los enviaran a Grace, a la jefa de enfermeras y a la enfermera que había cuidado de Becky durante su imprevista estancia en el Hospital de Guy. Su siguiente parada fue en la tienda de frutas y hortalizas, donde le pidió a Bob que preparase una cesta con los mejores productos, mientras él elegía personalmente una botella de vino del número 101 para acompañarlos.

—Envía estas dos cosas a la casa del señor Armitage en el 7 de Cadogan Square, Londres SW1, con mi agradecimiento —añadió.

—Enseguida —dijo Bob—. ¿Algo más, ya que estoy?

—Sí, quiero que repitas el mismo pedido todos los lunes mientras viva ese hombre.

Aproximadamente un mes más tarde, en noviembre de 1922, Charlie se enteró de los problemas que estaba teniendo Arnold para realizar la sencilla tarea de reemplazar a la dependienta de uno de sus establecimientos. Lo cierto era que la selección de personal estaba dándole muchos quebraderos de cabeza a Arnold de un tiempo a esa parte, puesto que, por cada vacante que se producía, se presentaban de cincuenta a cien candidatos para ocuparla. Arnold reducía el número a una lista más manejable y se la presentaba a Charlie, que insistía en entrevistarlos personalmente a todos antes de confirmar su valía y asignarles un puesto.

Aquel lunes en particular, Arnold ya había evaluado a varias muchachas para el puesto de vendedora en la floristería, tras la jubilación de una de las empleadas más antiguas de la empresa.

—Aunque ya me he quedado solamente con tres aspirantes —dijo Arnold—, creo que te interesaría saber algo más sobre una de las candidatas que no han pasado la criba. Me pareció que no reunía las condiciones necesarias para este puesto en concreto. Sin embargo…

Charlie le echó un vistazo por encima a la hoja que le pasó Arnold.

—Joan Moore. ¿Por qué debería…? —empezó Charlie mientras examinaba la carta de presentación—. Ah, ya veo. Muy observador, Tom. —Leyó unas cuantas líneas más—. Pero yo no necesito ninguna…, aunque, por otra parte, a lo mejor sí. —Levantó la cabeza—. Concierta una entrevista con la señorita Moore para la semana que viene.

El jueves siguiente Charlie habló con Joan Moore durante más de una hora en su casa de Gilston Road, y la impresión inicial que se llevó fue la de estar ante una muchacha risueña y bien

educada, aunque quizás algo inmadura. Sin embargo, antes de ofrecerle el puesto de ama de llaves al servicio de la señora Trumper, necesitaba que le respondiera a un par de preguntas.

—¿Ha solicitado este empleo porque conocía la relación entre mi mujer y su antigua empleadora?

La joven lo miró directamente a los ojos.

—Sí, señor. En efecto.

—¿La ha despedido su antigua empleadora?

—No exactamente, señor, pero rehusó proporcionarme una carta de recomendación cuando me marché.

—¿Qué razón le dio para eso?

—Estaba saliendo con el ayuda de cámara y no se lo había dicho al mayordomo, que siempre debe estar al corriente de lo que ocurre con la servidumbre.

—¿Y sigue usted saliendo con el ayuda de cámara?

La muchacha titubeó.

—Sí, señor. Verá, esperamos casarnos en cuanto hayamos ahorrado lo suficiente.

—Bien —dijo Charlie—. En tal caso, puede empezar a trabajar el próximo lunes por la mañana. El señor Arnold preparará todos los documentos necesarios.

Cuando Becky se enteró de que Charlie había contratado un ama de llaves para ella, lo primero que hizo fue reírse.

—¿Y para qué quiero yo una de esas? —preguntó. Charlie le contó exactamente para qué quería «una de esas». Cuando hubo terminado, lo único que dijo Becky fue—: Eres maquiavélico, Charlie Trumper, eso está claro.

Durante la asamblea general de febrero de 1924, Crowther advirtió a sus colegas de que el número 1 de Chelsea Terrace podría salir a la venta antes de lo previsto.

—¿Y eso? —inquirió Charlie con expectación.

—Tu estimación de que Fothergill tendría que dar su brazo a torcer en cuestión de un par de años está empezando a resultar profética.

—Bueno, ¿y cuánto pide?

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

—Porque ha decidido subastar la propiedad en persona.

—¿Subastarla? —preguntó Becky.

—Correcto —dijo Crowther—. De ese modo evitará pagar la tarifa de agentes externos.

—Ya veo. Bueno, ¿y qué precio es de esperar que alcance esa propiedad? —quiso saber el coronel.

—Tampoco esa pregunta tiene fácil respuesta —replicó Crowther—. Con sus cinco plantas, es cuatro veces más grande que cualquier otra tienda del Terrace…, más incluso que el pub de Syd Wrexall en la otra punta. También tiene la fachada más grande de Chelsea, y una entrada doble en la esquina que da a Fulham Road. Por todos esos motivos, estimar su valor no es tarea sencilla.

—Aun así, ¿nos podrías aventurar una cifra? —preguntó el presidente.

—Si no me quedara otro remedio, yo diría que alrededor de dos mil libras, aunque podría

llegar a las tres mil si se mostrara interesado alguien más.

—¿Qué hay de las existencias? —preguntó Becky—. ¿Se sabe algo a ese respecto?

—Sí, todo el catálogo se vende con el edificio.

—¿Y cuánto vale? —preguntó Charlie—. Aproximadamente.

—Intuyo que esa es la especialidad de la señora Trumper más que la mía —replicó Crowther.

—Ya no es tan impresionante como antes —dijo Becky—. Las mejores obras de Fothergill se han subastado ya en Sotheby's, y sospecho que Christie's también ha vendido muchas en el transcurso del último año. Sin embargo, me imagino que las que quedan podrían alcanzar un precio de alrededor de mil libras.

—Por lo tanto —murmuró Hadlow—, el valor combinado de la propiedad y su contenido se aproxima a las tres mil libras.

—Pero el número 1 alcanzará un precio mucho más alto —dijo Charlie.

—¿Por qué? —preguntó Hadlow.

—Porque la señora Trentham va a estar entre los postores.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó el presidente.

—Porque el ama de llaves de la señora aquí presente está saliendo con su ayuda de cámara.

Los demás se rieron, pero lo único que dijo el presidente de la junta fue:

—Otra vez no. Primero los apartamentos y ahora esto. ¿Cuándo va a terminar?

—No antes de que esté muerta y enterrada, sospecho —dijo Charlie.

—Puede que ni siquiera entonces —añadió Becky.

—Si os referís a su hijo —dijo el coronel—, dudo que sea capaz de causar muchos problemas a veinte mil kilómetros de distancia. En cuanto a la madre, sin embargo, «no hay furia en el infierno…».

—Cita frecuentemente mal empleada —lo interrumpió Charlie.

—¿Disculpa?

—Congreve, coronel. La cita completa sería: «El cielo no conoce rabia como la del amor convertido en despecho, ni el infierno furia como la de una mujer despreciada». Sin embargo —continuó Charlie, mientras el coronel se quedaba boquiabierto y mudo de asombro—, volviendo al asunto que nos ocupa, necesito saber cuál es límite que me permitiría ofrecer la junta por el número 1.

—Sospecho que podría ser necesario llegar a las cinco mil, dadas las circunstancias —dijo Becky.

—Pero no más —dijo Hadlow, estudiando la hoja de balance que tenía delante.

—¿Quizás una por encima? —sugirió Becky.

—Perdón, no lo entiendo —dijo Hadlow—. ¿Qué significa «una por encima»?

—Las subastas nunca se cierran con la cifra exacta que uno anticipa, señor Hadlow. Las personas que asisten a una puja suelen tener en mente un precio fijo y redondo, por lo general, de modo que, si ofreces una libra por encima de esa cifra, lo más normal es que termines llevándote el lote.

Incluso Charlie asintió con la cabeza mientras Hadlow decía, admirado:

—En tal caso, mi voto a favor de la una por encima.

—Me gustaría sugerir —dijo el coronel— que la encargada de pujar sea la señora Trumper, porque con su experiencia…

—Es usted muy amable, coronel, pero de todos modos necesitaré la ayuda de mi marido —dijo Becky con una sonrisa—. Y de toda la junta, en realidad, ya puestos. Verán, ya he formulado un plan.

Procedió a explicarles a sus colegas lo que había pensado.

—Qué divertido —dijo el coronel cuando Becky hubo acabado—. Pero ¿podré asistir yo también al proceso?

—Oh, sí —dijo Becky—. Deberán estar presentes todos ustedes y, a excepción de Charlie y yo misma, unos minutos antes de que empiece la subasta, se sentarán discretamente justo detrás de la señora Trentham.

—Demonio de mujer —masculló el coronel, que se apresuró a añadir—: Con perdón.

—Cierto. Pero, lo más importante de todo, no debemos olvidar que también es una aficionada.

—¿Qué relevancia tiene eso? —preguntó Hadlow.

—A veces —les explicó Becky—, los aficionados se dejan llevar por la emoción del momento, y cuando eso ocurre los profesionales no tienen la menor oportunidad, porque el aficionado a menudo termina pujando de más. Debemos recordar que esta bien pudiera ser la primera subasta en la que participa la señora Trentham, quizás incluso la primera a la que asiste, y como tiene tantas ganas como nosotros de hacerse con el inmueble y nos saca ventaja en lo que a capital se refiere, si queremos llevarnos el pato al agua habrá que recurrir a la astucia.

Nadie se mostró en desacuerdo con esas palabras.

Una vez finalizada la reunión, Becky le explicó a Charlie en más detalle cuáles eran sus planes para la inminente subasta, e incluso le pidió que fuese a Sotheby's una mañana con el cometido de pujar por tres piezas de plata holandesa. Charlie siguió las instrucciones de su esposa, pero acabó con un recipiente para la mostaza de factura georgiana que en realidad nunca había tenido la menor intención de comprar.

—Es la mejor forma de aprender —le aseguró Becky—. Da gracias porque no se estuviera subastando ningún Rembrandt.

Aquella noche, mientras cenaban, continuó explicándole a Charlie las sutilezas de las subastas, con mucho más detenimiento de lo que había hecho delante de la junta. Charlie se enteró así de que había distintas señales que uno le podía hacer al subastador para que la competencia no se enterase de que todavía estabas pujando, mientras al mismo tiempo podías descubrir quién pujaba en tu contra.

—Pero ¿no te verá la señora Trentham? —dijo Charlie tras cortarle una rebanada de pan a su esposa—. Al fin y al cabo, seréis las dos únicas en pujar por ese edificio.

—No si tú te encargas de distraerla antes de que yo me una a la batalla —dijo Becky.

—Pero la junta ha acordado que tú…

—Que yo podría ofrecer una por encima de cinco mil, si hace falta.

—Pero…

—Nada de peros, Charlie —dijo Becky mientras le servía a su marido otra ración de estofado irlandés—. La mañana de la subasta quiero que te pavonees por allí engalanado con tu mejor traje y que te sientes en la séptima fila del pasillo dándote aires de grandeza. Luego procederás a pujar ostentosamente hasta llegar a una por encima de las tres mil libras. Cuando la señora Trentham supere tu oferta, como hará sin lugar a dudas, tú te levantarás y abandonarás la sala

con gesto abatido mientras yo continúo pujando en tu ausencia.

—No está mal —dijo Charlie, pinchando un par de guisantes con el tenedor—. Pero ¿no se dará cuenta la señora Trentham de cuáles son tus intenciones exactas?

—De ninguna manera —replicó Becky—. Porque yo habré acordado con el subastador un código que ella ni siquiera podrá detectar, menos aún descifrar.

—Pero ¿entenderé yo lo que te propones?

—Oh, sí —dijo Becky—, porque sabrás exactamente lo que estoy haciendo cuando utilice el ardid de las gafas.

—¿El ardid de las gafas? Pero si tú ni siquiera usas gafas.

—Las usaré el día de la subasta, y cuando me las ponga, sabrás que aún sigo pujando. Si me las quito, habré terminado. Así que, cuando abandones la sala, lo único que verá el subastador cuando mire en mi dirección es que todavía llevo puestas las gafas. La señora Trentham pensará que te has ido, y sospecho que se conformará con dejar que cualquier otra persona continúe pujando, siempre y cuando se convenza de que no lo hace en tu nombre.

—Es usted una joya, señora Trumper —dijo Charlie mientras se levantaba para llevarse los platos—. Pero ¿y si te ve hablando con el subastador? O peor aún, ¿y si descubre tu código antes de que el señor Fothergill dé por finalizada la subasta?

—Imposible —dijo Becky—. Acordaré el código con el señor Fothergill minutos antes de que empiece la subasta. De todas formas, será en ese momento cuando tú harás tu aparición estelar, instantes después de que los demás miembros de la junta se hayan sentado directamente detrás de la señora Trentham. Con un poquito de suerte, estará tan distraída por todo lo que ocurre a su alrededor que ni siquiera se fijará en mí.

—Me casé con una chica muy lista.

—Quién te lo iba a decir a ti cuando íbamos juntos a la escuela de primaria de Jubilee Street.

La mañana de la subasta, mientras desayunaban, Charlie confesó lo nervioso que estaba. Becky, por su parte, se mostraba asombrosamente tranquila, sobre todo después de que Joan hubiera informado a su señora de que el ayuda de cámara se había enterado por la cocinera de que la señora Trentham se había autoimpuesto un límite de cuatro mil libras para pujar.

—Me pregunto… —murmuró Charlie.

—¿Si habrá plantado esa suma intencionadamente en la cabeza de la cocinera? —dijo Becky —. Es posible. Después de todo, es tan retorcida como tú. Pero mientras nos ciñamos al plan que hemos acordado…, y recuerda que todo el mundo, incluso la señora Trentham, tiene un límite…, la derrotaremos.

Se había anunciado que la subasta comenzaría a las diez de la mañana. Veinte minutos antes de que se iniciara la puja, la señora Trentham entró en la sala y cruzó el pasillo con porte regio. Tras ocupar su asiento en el centro de la tercera fila, dejó el bolso encima de la silla que tenía a su izquierda y un catálogo en la de su derecha para que nadie se pusiera a su lado. El coronel y sus dos colegas entraron en la sala ya medio llena a las diez menos diez y, según lo acordado, se sentaron justo detrás de su adversaria. La señora Trentham no dio la impresión de percatarse de su presencia. Charlie apareció cinco minutos más tarde. Recorrió el pasillo central, se levantó el sombrero para saludar a una señora que lo reconoció, les estrechó la mano a sus clientes habituales y ocupó por fin su lugar en uno de los extremos de la séptima fila. Continuó hablando

con su vecino de la competición australiana de críquet en la que estaba participando Inglaterra, explicando por enésima vez que no lo unía ningún parentesco con el formidable bateador australiano con el que compartía apellido. El minutero del reloj de péndulo que había detrás de la tarima del subastador se desplazaba lánguidamente hacia la hora señalada.

Aunque el local no era mucho más grande que el salón de Daphne en Eaton Square, la organización se las había apañado para distribuir más de cien sillas de todas las formas y tamaños. El desgastado tapete verde que cubría las paredes estaba tachonado de marchas de ganchos, recuerdo de los cuadros que debían de haberse exhibido allí alguna vez, y la moqueta estaba tan raída que Charlie pudo ver las tablas del suelo en algunos lugares. Tuvo el presentimiento de que dejar el número 1 a la altura del resto de las tiendas de Trumper iba a ser mucho más caro de lo que se imaginaba.

Miró de reojo a su alrededor y calculó que debía de haber unas setenta personas sentadas en la casa de subastas. Se preguntó cuántas de ellas habrían acudido con la intención de pujar y cuántas lo habrían hecho movidas por el simple interés de ser testigos del duelo entre los Trumper y la señora Trentham.

El generoso corpachón de Syd Wrexall ocupaba dos asientos en la primera fila, lugar que le correspondía como representante del Comité de Comercio que era. Con los brazos cruzados, se esforzaba por aparentar más serenidad de la que sin duda sentía. Charlie se imaginó que no iría mucho más allá de la segunda o la tercera oferta. Divisó enseguida a la señora Trentham, sentada en la tercera fila, con la mirada fija en el carillón.

En ese momento, cuando faltaban dos minutos para las diez, Becky entró en la sala. Charlie estaba sentado al filo de su asiento, listo para ejecutar sus instrucciones al pie de la letra. Se levantó y, con paso decidido, se dirigió a la salida. La señora Trentham se giró esta vez para ver qué se proponía. Con gesto inocente, Charlie tomó otro programa del fondo de la sala y regresó a su asiento con parsimonia, deteniéndose para hablar con otro comerciante que evidentemente se había tomado una hora libre para presenciar el espectáculo.

Cuando regresó a su sitio, Charlie no miró en dirección a su esposa, la cual sabía que ya debía de haberse escondido en alguna parte, hacia el fondo de la sala. Tampoco miró ni una sola vez a la señora Trentham, aunque podía notar sus ojos clavados en él.

En cuanto el reloj dio las diez, el señor Fothergill (un hombre alto y espigado que llevaba una flor en la solapa y ni un solo rizo plateado fuera de sitio) subió los cuatro escalones del estrado circular de madera. Cuando se irguió sobre la concurrencia, a Charlie le pareció que ofrecía un aspecto imponente. Una vez preparado, apoyó una mano en el borde de la tarima mientras empuñaba el martillo con la otra y, con una sonrisa radiante, entonó:

—Buenos días, damas y caballeros.

Se hizo el silencio en la sala.

—Esta venta concierne a la propiedad conocida como el número 1 de Chelsea Terrace, con sus enseres, muebles y contenidos, abiertos al público para su inspección durante las últimas dos semanas. El mejor postor deberá pagar por adelantado un diez por ciento del precio final al término de la subasta y formalizar la transacción final en un plazo de noventa días. Estas son las condiciones expuestas en el programa, y únicamente las repito para que no haya malentendidos.

El señor Fothergill carraspeó, y Charlie notó que su corazón latía cada vez más deprisa. Vio que el coronel apretaba un puño cuando Becky sacó unas gafas del bolso y las dejó en su regazo.

—El precio de salida es de mil libras —informó Fothergill en medio del silencio de los asistentes, muchos de los cuales observaban de pie a un lado de la sala o apoyados en la pared, puesto que ya quedaban pocas sillas vacías. Charlie no perdía de vista al subastador. El señor Fothergill sonrió en dirección al señor Wrexall, cuyos brazos permanecían cruzados en un gesto de resuelta determinación—. ¿Alguien da más?

—Mil quinientas —dijo Charlie, más alto de lo necesario. Quienes no estaban implicados en la intriga miraron a su alrededor para ver quién había ofrecido esa cantidad. Varios de los asistentes se giraron hacia sus vecinos y empezaron a cuchichear animadamente.

—Mil quinientas libras —repitió el subastador—. ¿Alguien ofrece dos mil?

El señor Wrexall descruzó los brazos y levantó la mano como un escolar decidido a demostrarle al profesor que se sabía la respuesta a su pregunta.

—Dos mil quinientas —dijo Charlie antes de que a Wrexall le hubiera dado tiempo a bajar la mano.

—Dos mil quinientas libras en el centro de la sala. ¿Alguien ofrece tres mil?

El señor Wrexall levantó la mano de forma casi imperceptible sobre su rodilla y volvió a bajarla de nuevo. Un surco profundo se había formado en su frente.

—¿Alguien ofrece tres mil libras? —preguntó por segunda vez el señor Fothergill.

Charlie no daba crédito a su suerte. Iba a conseguir el número 1 a cambio de dos mil quinientas libras. Cada segundo que pasaba le parecía un minuto mientras esperaba a que sonara el martillo.

—¿Alguien en la sala ofrece tres mil? —insistió Fothergill, desilusionado—. En tal caso, ofrezco el número 1 de Chelsea Terrace por dos mil quinientas libras a la una… —Charlie contuvo el aliento—. A las dos… —El subastador empezó a levantar el martillo—. Tres mil libras —anunció el señor Fothergill con un hondo suspiro de alivio mientras la mano enguantada de la señora Trentham volvía a posarse sobre su regazo.

—Tres mil quinientas —dijo Charlie mientras el señor Fothergill sonreía en su dirección, pero en cuanto miró de nuevo a la señora Trentham, esta asintió con la cabeza para aceptar el precio de cuatro mil libras que acababa de ofrecer el subastador.

Charlie dejó que transcurrieran un par de segundos, se levantó, se ajustó el nudo de la corbata y, con gesto fúnebre, desfiló por el centro del pasillo hasta salir a la calle. No vio si Becky se ponía las gafas, ni la expresión triunfal que iluminaba las facciones de la señora Trentham.

—¿Alguien ofrece cuatro mil quinientas libras? —preguntó el subastador, que tras echar un vistazo de soslayo adonde Becky estaba sentada, añadió—: Cuatro mil quinientas.

Fothergill se volvió hacia la señora Trentham para preguntar:

—¿Cinco mil libras, señora?

La mujer miró rápidamente a su alrededor, pero todos los presentes pudieron darse cuenta de que no lograba localizar a la persona que había lanzado la última puja. Los murmullos dieron paso a conversaciones en voz alta mientras los asistentes se esforzaban por encontrar al misterioso postor. Becky, a salvo en su asiento de la última fila, fue la única que no movió un músculo.

—Silencio, por favor —rogó el subastador—. Han ofrecido cuatro mil quinientas libras. ¿Alguien en la sala ve cinco mil? —Volvió la mirada hacia la señora Trentham. Esta levantó la mano muy despacio mientras se giraba para ver si conseguía localizar a la persona que estaba

pujando en su contra. Sin embargo, nadie se había movido cuando el subastador anunció—: Cinco mil quinientas. Han ofrecido cinco mil quinientas libras.

El señor Fothergill observó a la concurrencia.

—¿Alguien da más?

Miró en dirección a la señora Trentham, que, desconcertada, dejó las manos apoyadas en el regazo.

—En ese caso, serán cinco mil quinientas a la una —dijo el señor Fothergill—. Cinco mil quinientas a las dos… —Becky tuvo que esforzarse para reprimir la sonrisa de satisfacción que amenazaba con aflorar a sus labios—. Y cinco mil quinientas a la de…

Empezó a levantar el martillo.

—Seis mil —dijo la señora Trentham, con voz alta y clara, al tiempo que agitaba una mano en el aire. Un jadeo colectivo recorrió la sala. Becky se quitó las gafas con un suspiro, aceptando el fracaso de su ardid, tan meticulosamente trazado, aunque para ello la señora Trentham hubiera tenido que pagar el triple de lo que cualquier otro negocio del Terrace había alcanzado antes.

El subastador volvió a mirar en dirección al fondo de la sala, pero Becky sostenía las gafas firmemente aferradas en su regazo, por lo que desvió su atención a la señora Trentham, muy erguida en su asiento y con una sonrisa petulante en la cara.

—Seis mil a la una —dijo el subastador mientras recorría la sala con la mirada—. Seis mil a las dos… Y, si nadie ofrece un precio más alto, seis mil libras a la de…

Levantó el martillo de nuevo.

—Siete mil libras —resonó una voz al fondo de la sala. Todos se giraron para ver que Charlie había vuelto y estaba ahora de pie en el pasillo, con la mano alzada en el aire.

El coronel miró a su alrededor, y cuando vio quién había pujado empezó a sudar, cosa que no le gustaba hacer en público. Sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta para secarse la frente.

—Han ofrecido siete mil libras —dijo el señor Fothergill, tan sorprendido como el que más.

—Ocho mil —dijo la señora Trentham mirando a Charlie fijamente, con beligerancia.

—Nueve mil —replicó Charlie.

El tono de las conversaciones se transformó en un auténtico clamor en la sala. Becky se tuvo que contener para no levantarse de un salto y sacar a su marido a la calle a empujones.

—Silencio, por favor —rogó el señor Fothergill—. ¡Silencio! —repitió, prácticamente gritando. El coronel seguía enjugándose el ceño, el señor Crowther se había quedado boquiabierto y el señor Hadlow había enterrado la cabeza en las manos.

—Diez mil —dijo la señora Trentham. Becky era consciente de que, al igual que su marido, la mujer había perdido por completo el control.

—¿Alguien ofrece once mil? —preguntó el subastador.

La preocupación de Charlie se reflejaba en su cara, pero se limitó a arrugar el entrecejo, sacudió la cabeza y metió las manos en los bolsillos.

Becky exhaló un suspiro de alivio, desenlazó las manos y volvió a ponerse las gafas con gesto nervioso.

—Once mil —dijo el señor Fothergill mirando hacia Becky mientras volvía a desencadenarse el caos en la sala y ella se levantaba para protestar al tiempo que se apresuraba a quitarse las gafas. Charlie daba la impresión de estar pasándolo en grande.

La señora Trentham por fin había localizado a Becky y tenía toda su atención fija en ella.

—Doce mil libras —declaró con una sonrisa de satisfacción.

El subastador miró a Becky, que, tras guardar las gafas en el bolso, lo cerró con un chasquido. El señor Fothergill miró a continuación a Charlie, cuyas manos permanecían firmemente ocultas en sus bolsillos.

—En las primeras filas de la sala han ofrecido doce mil libras. ¿Alguien da más? —preguntó el subastador. Su mirada volvió a saltar de Becky a Charlie antes de fijarse en la señora Trentham—. Así pues, doce mil a la una… —Miró a su alrededor una vez más—. Doce mil a las dos…, y doce mil a la de tres. —El martillazo resonó con estruendo—. Declaro la propiedad vendida por doce mil libras a la señora Gerald Trentham.

Becky se dirigió corriendo a la puerta, pero Charlie ya había salido a la calle.

—¿Qué te proponías, Charlie? —preguntó al llegar a su altura.

—Sabía que podía subir hasta las diez mil libras —dijo Charlie—, porque esa es la cantidad que todavía tiene depositada en el banco.

—Pero ¿cómo sabes tú eso?

—El ayuda de cámara de la señora Trentham me facilitó la información esta mañana. Lo he contratado, por cierto, como mayordomo.

El presidente se reunió con ellos en ese momento.

—Debo decir, Rebecca, que tu plan era brillante. Me habías engañado por completo.

—Y a mí —dijo Charlie.

—Has corrido un riesgo espantoso, Charlie Trumper —dijo Becky, dispuesta a no perdonar todavía a su esposo.

—Es posible, pero al menos sabía cuál era su límite. No tenía ni idea de lo que pensabas hacer tú.

—Cometí un error de bulto —dijo Becky—. Cuando volví a ponerme las gafas… ¿De qué te ríes ahora, Charlie Trumper?

—Gracias a Dios por los auténticos aficionados.

—¿A qué te refieres?

—La señora Trentham se pensó que estabas pujando de verdad y la habíamos engañado, así que acabó rebasando su límite. De hecho, no fue la única que se dejó llevar por el fragor del momento. Incluso empiezo a compadecerme de…

—¿De la señora Trentham?

—Por supuesto que no —dijo Charlie—. Del señor Fothergill, que se va a pasar noventa días en el paraíso antes de volver a estrellarse contra la tierra.

LA SEÑORA TRENTHAM
1919-1927

22

No creo que nadie me pueda tachar de clasista. Sin embargo, creo que la máxima «hay un lugar para cada cosa, y cada cosa en su lugar» se aplica exactamente igual a los seres humanos.

Nací en Yorkshire, en la cúspide del imperio victoriano, y puedo decir sin temor a equivocarme que, durante ese periodo de la historia de nuestra isla, mi familia representó un papel destacado.

Mi padre, sir Raymond Hardcastle, además de ser un inventor y visionario industrial dotado de una imaginación y un talento notables, fundó una de las empresas más importantes del país. Al mismo tiempo, siempre trató a sus empleados como si formaran parte de la familia, y el ejemplo que daba en su relación con quienes eran menos afortunados que él se convirtió en un estándar que he aspirado a imitar durante toda mi vida.

Solo tengo una hermana mayor, Amy. Aunque hubo un par de años en los que no puedo fingir que estuviéramos especialmente unidas, quizá porque yo era una niña extrovertida, incluso vivaz, mientras que ella era tímida y reservada hasta el punto de evitar el contacto con otras personas, sobre todo en lo concerniente a los miembros del sexo opuesto. Padre y yo intentamos buscarle un marido adecuado, pero la tarea demostró ser imposible, e incluso él se dio por vencido cuando Amy hubo pasado la barrera de su cuadragésimo cumpleaños. Tras la prematura muerte de nuestra madre, mi hermana ocupa su tiempo cuidando de nuestro padre en su ancianidad; acuerdo, debo añadir, que les sienta admirablemente bien a los dos.

A mí, en cambio, encontrar marido nunca me supuso un problema. Si no me engaña la memoria, Gerald fue el cuarto o tal vez el quinto pretendiente en hincar la rodilla para pedirme la mano en matrimonio. Nos conocimos cuando yo estaba de visita en la casa de campo de lord y lady Fanshaw, en Norfolk. Los Fanshaw y mi padre eran viejos amigos, y yo llevaba algún tiempo saliendo con Anthony, el menor de sus hijos. Así las cosas, se me advirtió sobre el hecho de que Anthony no iba a heredar ni el título ni las tierras de su padre, por lo que deduje que no tenía sentido dejar que aquel joven abrigara alguna esperanza de que nuestra relación perdurara. Creo recordar que a padre no le entusiasmó mi conducta, es posible incluso que me reconviniera en ese momento, pero, como intenté explicarle razonadamente, aunque Gerald no fuese el más apuesto de mis galanes, poseía la indudable ventaja de provenir de una familia cuyos terrenos cultivables se repartían entre tres condados distintos, por no hablar de su mansión de Aberdeen.

Nos casamos en St. Mary, Great Ashton, en julio de 1894, y nuestro primogénito, Guy, fue concebido un año más tarde. Es recomendable esperar hasta que haya pasado un periodo prudencial antes de traer tu primer hijo al mundo, a fin de evitar que se desaten los rumores infundados.

Mi padre siempre nos trató igual a mi hermana y a mí, aunque a menudo me daba la impresión de que yo era su favorita. Me lo habría legado todo de no ser por su carácter ecuánime, sencillamente porque bebía los vientos por Guy; sin embargo, será Amy la que herede la inmensa

fortuna de mi padre a su muerte. Sabe Dios qué uso podrá darles a semejantes riquezas, cuando sus únicos intereses en la vida son la jardinería, el crochet y sus ocasionales visitas al festival de Scarborough.

Volviendo a Guy, todo el que tuvo algún contacto con él durante aquellos primeros años resaltaba invariablemente el niño tan guapo que era, y aunque yo nunca lo consentí ni dejé que se malcriara, consideraba que mi deber era proporcionarle el empujón que necesitaría para representar el importantísimo papel que sin duda le había tocado en la vida. Con esa idea en mente, antes incluso de que se bautizara, lo apunté a la escuela preparatoria de Aysgarth, primero, y después en Harrow, desde donde yo tenía muy claro que daría el salto a la Real Academia Militar de Sandhurst. Su abuelo no reparaba en gastos por lo que a su educación respectaba; tratándose del mayor de sus nietos, su generosidad no conocía límites.

Seis años después di a luz a mi segundo hijo, Nigel, que nació prematuro, lo que podría explicar por qué tardó bastante más que su hermano mayor en destacar de algún modo. Guy, por su parte, tuvo numerosos tutores privados, uno o dos de los cuales lo encontraron tal vez un poquito demasiado revoltoso para su gusto. Pero, a fin de cuentas, ¿qué niño no te mete sapos en la bañera de vez en cuando o usa unas tijeras para cortarte los cordones por la mitad?

Al cumplir los nueve años Guy procedió a estudiar en Aysgarth, como estaba previsto, y de allí pasó a Harrow. Le recordé al reverendo prebendado Anthony Wood, el director de la institución en ese momento, que con Guy eran ya siete las generaciones de Trentham que estudiaban allí.

Durante su estancia en Harrow, Guy destacó tanto en el cuerpo de cadetes (donde lo nombraron sargento de la compañía en su último año) como en el cuadrilátero, donde derrotaba a todos los rivales que se medían con él…, salvo en la competición contra la escuela de Radley, donde lo enfrentaron a un nigeriano que, como descubrí más tarde, ya había cumplido los veinticinco.

Me apenó que no lo nombraran auxiliar a su paso por Harrow, aunque entendía que, con todas las actividades distintas en las que se había involucrado, le desaconsejaran aceptar más responsabilidades. Si bien esperaba que sus calificaciones hubieran sido un poquito más satisfactorias, siempre he pensado que es una de esas personas dotadas de un intelecto natural, con independencia de sus méritos académicos. Tras una última evaluación, sin duda sesgada y evidentemente inesperada para todos, en la que se sugería que Guy podría haber recibido un trato de favor en los exámenes finales, mi hijo consiguió que lo admitieran en Sandhurst.

Una vez en la academia, donde demostró ser un cadete de primera, Guy aún encontró tiempo para seguir boxeando y llegó a alzarse con el título de campeón de peso mediano. Dos años más tarde, en julio de 1916, entró en la mitad superior del cuadro de honor antes de unirse al antiguo regimiento de su padre.

Debería mencionar que Gerald había abandonado los fusileros a la muerte de su padre para regresar a Berkshire y dirigir los negocios de la familia. En el momento de su retiro anticipado era coronel honorario, y muchos lo consideraban el sucesor natural para el puesto de comandante en jefe del regimiento. Sin embargo, lo adelantó alguien que ni siquiera estaba en el primer batallón, un tal Danvers Hamilton. Aunque yo no conocía a ese caballero en cuestión, varios oficiales afines me expresaron su opinión de que su ascenso había sido una injusticia. Pese a todo, no me cabía la menor duda de que Guy redimiría el buen nombre de la familia y, con el

tiempo, llegaría a liderar el regimiento en persona.

Aunque Gerald no participó directamente en la Primera Guerra Mundial, en aquellos años tan difíciles sirvió a su país permitiendo que se propusiera su nombre como candidato parlamentario por Berkshire West, papel que, a mediados del siglo pasado, su padre había representado para los liberales por Palmerston. Fue elegido sin oposición en tres elecciones seguidos y defendió a su partido con denuedo desde la bancada del fondo, tras haberle dejado claro a todo el mundo que no le interesaba figurar en un puesto más importante.

Tras recibir la categoría de oficial comisionado por Su Majestad, Guy fue destinado a Aldershot en calidad de alférez a fin de continuar con su formación antes de unirse al regimiento en el frente occidental. Después de que le concedieran su segundo galón en menos de un año lo transfirieron a Edimburgo, donde se sumó al segundo batallón escasas semanas antes de recibir la orden de zarpar rumbo a Francia.

Nigel, mientras tanto, acababa de ingresar en Harrow e intentaba seguir la estela de su hermano…, me temo, sin embargo, que sin el donaire natural de Guy. De hecho, durante una de esas vacaciones interminables que les dan hoy en día a los niños, se quejó de que se metían con él en la escuela. Le dije que fuese fuerte y que recordara que estábamos en guerra. También le señalé que no recordaba que Guy se hubiera lamentado nunca de nada por el estilo.

Observé muy de cerca a mis hijos en el transcurso de aquel largo verano de 1917 y no puedo afirmar que Guy disfrutase de la compañía de Nigel cuando volvía a casa de permiso; la toleraba a duras penas, de hecho. Yo no paraba de decirle a Nigel que se tenía que esforzar por ganarse el respeto de su hermano mayor, pero lo único que conseguía era que Nigel se marchara corriendo al jardín y se pasara horas enteras sin dar señales de vida.

Ese verano, durante una de sus estancias, le recomendé a Guy que fuese a Yorkshire para visitar a su abuelo; le busqué incluso una primera edición de *Augurios de inocencia* para que se la regalara, pues sabía que mi padre llevaba mucho tiempo deseando añadir ese libro a su colección. Guy regresó una semana más tarde y me confirmó que procurarle un William Blake que le faltaba había puesto de muy buen humor al anciano.

Naturalmente, como cualquier madre, durante aquel azaroso capítulo de nuestra historia me corroía la preocupación por saber si Guy sabría defenderse cuando estuviera cara a cara con el enemigo, hasta que, Dios mediante, pudiera volver a casa de una pieza. Sin embargo, creo poder afirmar sin temor a equivocarme que ninguna madre, por orgullosa que fuera, podría haberle pedido más a su hijo.

Guy ascendió al rango de capitán a una edad muy temprana y, tras la segunda batalla del Marne, lo condecoraron con la Cruz Militar. Quienes lo acompañaron durante la ceremonia opinaban que solo la mala suerte le había impedido obtener la Cruz Victoria también. Me abstuve de explicarles que, puesto que era su comandante en jefe en el campo de batalla el que tendría que haber aprobado esa distinción, y dicho comandante en jefe no era otro que un tal Danvers Hamilton, la injusticia tenía poco de inexplicable.

Guy volvió a casa poco después de la firma del armisticio para servir en el barracón de los fusileros en Hounslow. Durante uno de sus permisos, me llevé sus dos medallas (la del uniforme y la miniatura) a Spink’s para que grabaran las iniciales G.F.T. en ellas. Mientras tanto, después de que Gerald hubiera movido unos cuantos hilos, a su hermano Nigel lo habían aceptado por fin como cadete en la Real Academia Militar.

Durante el tiempo que pasó en Londres, estoy segura de que Guy tuvo que meterse en algún que otro lío (¿de qué hombre se podría esperar lo contrario a esa edad?), pero entendía a la perfección que contraer matrimonio antes de haber cumplido los treinta perjudicaría sus posibilidades de continuar ascendiendo en el escalafón.

Aunque traía a varias jovencitas a Ashurst los fines de semana, yo sabía que no iba en serio con ninguna de ellas y, de todas formas, ya le había echado el ojo a una chica en particular de la villa de al lado, amiga de la familia desde hacía tiempo. Aunque carecía de títulos, su linaje se remontaba a la conquista de los normandos. Y, lo más importante, todas las tierras por las que pisaran desde Ashurst a Hastings les pertenecerían a ambos.

Supuso para mí, por consiguiente, una sorpresa sumamente desagradable cuando Guy se presentó un fin de semana acompañado de una tal Rebecca Salmon, la cual, aunque en su momento me costase creerlo, compartía residencia con la hija de los Harcourt-Browne.

Como ya he dejado bien claro, no me considero elitista. Sin embargo, me temo que la señorita Salmon es la clase de persona que consigue sacar lo peor que hay en mí. Que nadie me malinterprete, por favor. No tengo nada contra nadie por el simple hecho de aspirar a una educación. De hecho, en el fondo estoy a favor de tales empresas (en su justa medida), pero, al mismo tiempo, opino que eso no le da permiso a nadie para asumir automáticamente que tiene derecho a ocupar un puesto en la sociedad. Sencillamente no tolero que nadie finja ser algo que evidentemente no es, e incluso antes de conocer a la señorita Salmon presentí que tras su visita a Ashurst solo existía una posible motivación.

Todos entendimos que Guy estaba teniendo una aventura aprovechando su paso por Londres; al fin y al cabo, la señorita Salmon era esa clase de chica. Cuando, el fin de semana siguiente, tuve a Guy para mí sola durante unos momentos pude advertirle que jamás permitiría que alguien como la señorita Salmon le pusiera las zarpas encima, y que debía darse cuenta de que, para alguien con el trasfondo de esa muchacha, él representaba una presa muy codiciada.

Guy se rio de mis observaciones y me aseguró que no tenía ningún plan a largo plazo para la hija del panadero. En cualquier caso, me recordó, no tardaría mucho en partir rumbo a Poona con el regimiento, por lo que el matrimonio quedaba descartado de antemano. Debió de presentir, sin embargo, que no iba a aplacar mis temores con tanta facilidad, porque tras reflexionar un instante añadió: «Por si te interesa saberlo, madre, en estos momentos la señorita Salmon está saliendo con un sargento del regimiento con el que parece haber llegado a una especie de acuerdo».

Lo cierto es que, cuando Guy volvió a Ashurst, dos semanas más tarde, lo hizo acompañado de la señorita Victoria Berkeley, una elección mucho más juiciosa cuya madre y yo nos conocíamos desde hacía años. Si la muchacha no hubiera tenido otras cuatro hermanas y un archidiácono depauperado por progenitor, es probable que, con el tiempo, hubiera sido un partido admirable.

En honor a la verdad, después de aquella única aunque lamentable ocasión, Guy no volvió a mencionar el nombre de Rebecca Salmon en mi presencia, por lo que cuando se fue a la India unos meses después di por sentado que no volvería a saber nada de esa condenada muchacha.

Cuando Nigel se licenció en Sandhurst, a la larga, no se unió al regimiento siguiendo el ejemplo de Guy, puesto que durante sus dos años en la academia había quedado patente que no tenía madera de soldado. Sin embargo, Gerald le encontró un puesto en una firma de corredores de bolsa en la ciudad, de la que uno de sus primos era socio principal. Debo confesar que los

informes que llegaban ocasionalmente hasta mí no eran nada halagüeños, pero cuando le mencioné al primo de Gerald que tarde o temprano necesitaría que alguien controlase la cartera de su abuelo, Nigel empezó a subir puestos gradualmente en la firma.

Debió de ser aproximadamente seis meses más tarde cuando el teniente coronel sir Danvers Hamilton le dejó a Gerald aquella nota en el 19 de Chester Square. Me olí los problemas en cuanto Gerald me contó que Hamilton deseaba hablar a solas con él. En el transcurso de los años había establecido contacto con muchos de los oficiales compañeros de Gerald, por lo que sabía perfectamente cómo manejarlos. Gerald, en cambio, una persona ingenua por naturaleza por lo que concierne a los asuntos de índole personal, siempre está dispuesto a concederle el beneficio de la duda a su interlocutor. Consulté de inmediato la agenda de mi marido en la Cámara de los Comunes para la semana siguiente y lo organicé todo para que sir Danvers nos visitara el lunes por la tarde, a las seis, sabiendo perfectamente que, debido a sus responsabilidades, era casi seguro que Gerald debería cancelar la reunión en el último momento.

El día en cuestión, mi marido llamó poco después de las cinco para explicarme que no iba a terminar a tiempo y sugirió que el coronel se reuniera con él en la Cámara de los Comunes. Le dije que vería qué podía hacer. Sir Danvers llegó a Chester Square una hora más tarde. Tras disculparme por la ausencia de Gerald, lo convencí para que me confiara el mensaje que deseaba comunicarle. Cuando el coronel me informó de que la señorita Salmon estaba esperando un bebé, le pregunté, como es lógico, en qué nos concernía eso a Gerald o a mí. Solo titubeó un momento antes de sugerir que Guy podría ser el padre. Comprendí de inmediato que, de permitir que semejante calumnia se propagara, podría llegar a oídos incluso de sus compañeros oficiales en Poona, lo cual no haría sino perjudicar considerablemente las probabilidades de que mi hijo continuara ascendiendo. Descarté aquella idea absurda, por tanto, y me despedí del coronel sin perder tiempo.

Unas semanas más tarde, durante una partida de bridge en casa de Celia Littlechild, supe que esta había contratado a un detective privado que respondía al nombre de Harris para espiar a su primer marido, tras convencerse de que la estaba engañando. Tras descubrir esa información, para irritación de mi anfitriona, me resultó imposible mantener la concentración en las cartas.

Busqué el nombre en la guía de Londres en cuanto volví a casa. Allí estaba: Max Harris, detective privado…, antiguo agente de Scotland Yard, para más señas. Tras pasarme varios minutos con la mirada fija en el teléfono, lo descolgué y le pedí a la operadora que me pusiera con el 3720 de Paddington. Tuve que esperar un momento antes de que alguien se dignara atender por fin mi llamada.

—Harris —dijo sin preámbulos una voz ronca.

—¿Es la agencia de detectives? —pregunté, tentada de colgar el teléfono antes de que el hombre contestase siquiera.

—Así es, señora, en efecto —dijo la voz, ya con algo más de entusiasmo.

—Es posible que necesite su ayuda…, para una amiga, ¿sabe usted? —dije, azorada.

—Para una amiga —repitió la voz—. Sí, por supuesto. En tal caso, quizá nos deberíamos ver en persona.

—Pero no en su oficina —insistí.

—Lo comprendo, señora. ¿Le vendría bien mañana a las cuatro de la tarde en el hotel St. Agnes de Bury Street, en South Kensington?

—Sí —dije antes de colgar, percatándome de repente de que ni él sabía mi nombre ni yo conocía su aspecto.

Al día siguiente, cuando llegué al St. Agnes (un sitio horrible en la desembocadura de Brompton Road), di varias vueltas alrededor del edificio antes de reunir el valor necesario para entrar en el vestíbulo. Había un hombre de unos treinta o treinta y cinco años apoyado en el mostrador de recepción. Se enderezó en cuanto me vio.

—¿Busca al señor Harris, por casualidad? —inquirió.

Asentí con la cabeza antes de que me condujera al salón para el té, donde me llevó hasta una silla en la esquina más alejada. Cuando se hubo sentado frente a mí, lo inspeccioné con más detenimiento. Debía de medir algo menos de un metro ochenta y era de constitución recia, con el pelo castaño oscuro y un bigote aún más oscuro. Llevaba puesta una chaqueta de tweed a cuadros marrones, una camisa beige y una fina corbata amarilla. Había empezado a explicarle por qué creía que podría necesitar sus servicios cuando me distrajo haciéndose crujir los nudillos, uno por uno, primero los de la mano izquierda y después los de la derecha. Me dieron ganas de levantarme y marcharme de allí, y lo habría hecho si hubiera pensado por un momento que sería tarea sencilla encontrar a alguien menos ordinario para llevar a cabo la misión que quería encargarle.

También me llevó una considerable cantidad de tiempo convencer a Harris de que mi objetivo no era el divorcio. En el transcurso de aquel primer encuentro le expliqué, con tanto lujo de detalles como fui capaz, el dilema al que me enfrentaba. Me sentí escandalizada cuando me pidió la exorbitante suma de cinco chelines por hora para comenzar sus pesquisas. Sin embargo, sospechaba que no tenía elección al respecto. Acordamos que empezara al día siguiente y que nos volviéramos a ver una semana después.

El señor Harris me contó en su primer informe que, según quienes dedicaban la mayor parte de sus horas laborables a frecuentar un pub de Chelsea llamado el Musketeer, el padre del hijo de Rebecca Salmon no era otro que Charlie Trumper, quien no se molestaba en negarlo cuando alguien se lo preguntaba directamente. Como si quisiera corroborarlo a la vista de todos, la señorita Salmon y él se casaron días después de que naciera el bebé…, discretamente y por lo civil.

Al señor Harris no le costó obtener una copia de la partida de nacimiento del niño. El documento confirmaba que este, Daniel George Trumper, era hijo de Rebecca Salmon y Charlie George Trumper, residentes en el 147 de Chelsea Terrace. También decía que el niño había recibido ese nombre en honor de ambos abuelos. En la siguiente carta que le mandé a Guy adjunté una copia de esa partida de nacimiento junto un par de detalles que me había proporcionado Harris, como los pormenores de la boda y el nombramiento del coronel Hamilton como presidente de la junta de Trumper’s. Debo confesar que di por sentado que con eso quedaría zanjado el asunto.

Sin embargo, dos semanas más tarde recibí una carta de Guy: me imagino que debió de cruzarse con la mía en el correo. En ella me explicaba que sir Danvers se había puesto en contacto con su comandante en jefe, el coronel Forbes, a cuya insistencia se había celebrado un juicio en el que Guy se había visto obligado a comparecer frente a un grupo de compañeros oficiales para explicar su relación con la señorita Salmon.

Me senté de inmediato para escribirle una larga misiva al coronel Forbes, puesto que era

evidente que Guy no estaba en condiciones de presentar las pruebas fehacientes que yo había conseguido reunir. Incluí asimismo otra copia de la partida de nacimiento, para que no le quedara ninguna duda de que era absolutamente imposible que mi hijo tuviese algo que ver con esa tal Salmon, y añadí sin el menor reparo que el coronel Hamilton estaba empleado como presidente de la junta de Trumper's, puesto por el que sin duda debía de percibir algún tipo de remuneración. Debo admitir que los prolijos informes que el señor Harris me proporcionaba con carácter semanal estaban demostrando poseer un valor considerable.

Durante algún tiempo, las cosas volvieron a la normalidad. Gerald se afanaba en sus quehaceres parlamentarios mientras yo me concentraba en nada más exigente que la designación del nuevo ayudante del párroco y mi grupo de bridge.

El problema, sin embargo, era más peliagudo de lo que me imaginaba, puesto que descubrí por casualidad que se nos había borrado de la lista de invitados a la boda de Daphne Harcourt-Browne y el marqués de Wiltshire. Percy, por supuesto, jamás se habría convertido en el duodécimo marqués de no ser porque tanto su padre como su hermano habían perdido la vida en el frente occidental. Sin embargo, gracias a unos contactos que sí asistieron a la ceremonia supe que el coronel Hamilton y los Trumper se habían dejado ver tanto en St. Margaret como en la recepción posterior.

Durante este periodo, el señor Harris continuó proporcionándome todos los detalles que recababa sobre las idas y venidas de los Trumper y su floreciente imperio comercial. Debo confesar que no sentía el menor interés por sus transacciones: era un mundo que me resultaba totalmente ajeno, aunque no le pedí que dejara de investigar, pues me proporcionaba una información muy valiosa sobre los adversarios de Guy.

Unas semanas más tarde recibí una carta del coronel Forbes en la que agradecía mi escrito, aunque no decía nada nuevo sobre el lamentable malentendido relacionado con Guy. Di por sentado, por tanto, que las aguas debían de haber vuelto a su cauce y que las falacias del coronel Hamilton habían caído en oídos sordos, como correspondía.

Hasta que una mañana de junio del año siguiente Gerald fue llamado a personarse en la Oficina de Guerra para asistir, o eso pensó él al principio, a otra sesión informativa de rutina en el parlamento.

Aquella misma tarde, cuando mi marido regresó a Chester Square inesperadamente antes de tiempo, me pidió que me sentara y me tomara un generoso trago de whisky antes de explicarme que era portador de desagradables noticias. Rara vez lo había visto tan serio, pensé mientras aguardaba sentada en silencio, preguntándome qué podía ser tan importante como para obligarle a volver a casa cuando todavía no se había hecho de noche.

—Guy ha renunciado a su puesto —anunció Gerald, sucinto—. Regresará a Inglaterra en cuanto se haya formalizado el papeleo necesario.

—¿Por qué? —pregunté, sorprendida.

—No me han dado ningún motivo —replicó Gerald—. Me avisó Billy Cuthbert, un antiguo compañero de los fusileros, cuando llegué a la Oficina de Guerra esta mañana. Según me ha informado en confianza, si Guy no hubiera dimitido, sin duda habría sido expulsado.

Mientras esperaba a que Guy volviera a Inglaterra, examiné minuciosamente cada migaja de información que el señor Harris me proporcionaba sobre la veloz expansión del imperio de los

Trumper, por diminuta o insignificante que pudiera parecer a primera vista. Entre las innumerables páginas de material que me enviaba el detective, sin duda para justificar sus onerosas tarifas, me tropecé con algo que sospeché que debía de ser tan importante para los Trumper como lo era para mí la reputación de mi hijo.

Llevé a cabo todas las pesquisas necesarias yo misma, y tras visitar la propiedad un domingo por la mañana, el lunes llamé por teléfono a Savill's y ofrecí un precio de dos mil quinientas libras por el inmueble en cuestión. El agente se puso en contacto conmigo unos días más tarde para informarme de que alguien (que solo podían ser los Trumper, evidentemente) había ofrecido tres mil.

—Que sean cuatro mil, entonces —le dije antes de colgar el teléfono.

Los agentes inmobiliarios me confirmaron aquella misma tarde que había adquirido el bloque de treinta y siete apartamentos que incluía del número 25 al 99 de Chelsea Terrace. Me aseguraron que notificarían inmediatamente la identidad de su nueva vecina al representante de Trumper's.

23

Guy Trentham llegó a la puerta del 19 de Chester Square una fría tarde de septiembre de 1922, justo después de que Gibson hubiera retirado los restos del té. Su madre no olvidaría nunca ese momento, puesto que, cuando el mayordomo llevó a Guy al salón, le costó reconocerlo. La señora Trentham estaba redactando una carta cuando Gibson anunció:

—El capitán Guy.

Se giró para ver entrar a su hijo en la sala y acercarse directamente a la chimenea, donde se quedó inmóvil con las piernas separadas, de espaldas al fuego. Tenía la mirada vidriosa fija en algún punto indeterminado ante él y aún no había dicho ni una palabra.

La señora Trentham se alegró de que su marido estuviera participando en un debate en la Cámara de los Comunes y no fuese a volver antes de la votación programada para las diez de la noche.

Saltaba a la vista que Guy llevaba varios días sin afeitarse. Tampoco le habría venido mal frotarse con una esponja, en tanto el traje que llevaba puesto era una sombra casi irreconocible del que le habían hecho a medida en Gieves tan solo tres años antes. La desaliñada figura permanecía de espaldas a los relucientes rescoldos de la chimenea, tiritando perceptiblemente. Cuando por fin se giró hacia su madre, la señora Trentham se dio cuenta de que su hijo sujetaba un paquete de papel marrón bajo el brazo.

Aunque no tenía frío, también la señora Trentham se estremeció. Se quedó sentada al escritorio, no obstante, sin sentir el menor deseo por abrazar a su primogénito o ser la primera en romper el silencio que mediaba entre ambos.

—Madre, ¿qué te han contado? —habló Guy al cabo, con la voz temblorosa cargada de inseguridad.

—Nada importante. —Ella lo miró con gesto intrigado—. Aparte de que has renunciado a tu puesto y que, de no haberlo hecho, te habrían expulsado.

—Eso es cierto —reconoció él, soltando por fin el paquete al que estaba aferrado y dejándolo encima de la mesa que había a su lado—. Pero solo porque conspiraron contra mí.

—¿Quiénes?

—El coronel Hamilton, Trumper y la chica.

—¿Después de la carta que le escribí, el coronel Forbes ha antepuesto la palabra de la señorita Salmon a la mía? —preguntó con voz glacial la señora Trentham.

—Sí…, sí, así es. Al fin y al cabo, el coronel Hamilton todavía tiene muchos amigos en el regimiento, y algunos de ellos se mostraron encantados de seguirle la corriente para eliminar a la competencia.

Su madre lo observó un momento mientras él cambiaba el peso de pie a otro, nervioso.

—Pensaba que ese asunto había quedado zanjado. Después de todo, la partida de nacimiento…

—Habría sido decisiva si tuviera la firma de Charlie Trumper además de la de la muchacha, pero en el certificado solo había una…, la de ella. Para empeorar las cosas, el coronel Hamilton le recomendó a la señorita Salmon que me amenazara con presentar una alegación en la que se me designaría como el padre de la criatura. Si lo hubiera hecho, por supuesto, pese a ser inocente de todos los cargos que quieran presentar en mi contra, el buen nombre del regimiento habría sufrido un daño irreparable. Por ese motivo, decidí que no me quedaba más remedio que tomar la vía más honorable y presentar mi dimisión. —La voz de Guy se cargó aún más de amargura—. Y todo porque a Trumper le daba miedo que la verdad saliera a la luz.

—¿De qué estás hablando, Guy?

Este evitó mirar a su madre a los ojos mientras se alejaba de la chimenea para dirigirse al mueble bar, donde se sirvió un generoso vaso de whisky. Dejó el sifón de soda sin tocar y pegó un largo trago. Su madre esperó en silencio a que continuara.

—Tras la segunda batalla del Marne, el coronel Hamilton me ordenó investigar la cobardía demostrada por Trumper en el campo de batalla —dijo Guy mientras regresaba junto a la chimenea—. Muchos opinaban que debería haberse enfrentado a un consejo de guerra, pero el único testigo aparte de mí, el soldado Prescott, cayó abatido por una bala perdida a unos metros escasos de nuestras trincheras. Yo había cometido la insensatez de guiar a Prescott y a Trumper de regreso hasta nuestras líneas, y cuando Prescott se desplomó, me giré para ver una sonrisa en el rostro de Trumper. «Mala suerte, capitán —fue lo único que me dijo—. Ahora se ha quedado usted sin testigos, ¿verdad?».

—¿Se lo contaste a alguien?

Guy volvió al mueble bar para rellenar su vaso.

—¿Quién me habría creído sin el testimonio de Prescott para respaldar mis palabras? Lo mínimo que podía hacer era asegurarme de que le concedieran una Medalla Militar a título póstumo. Aunque eso dejara a Trumper libre de todos los cargos. Luego descubrí que Trumper ni siquiera había confirmado mi versión de lo ocurrido en el campo de batalla, con lo que estuvo a punto de conseguir que no me dieran la Cruz Militar.

—Y ahora que te ha obligado a presentar tu dimisión, solo puede ser tu palabra contra la suya.

—Así sería, si Trumper no hubiera cometido un error absurdo que aún podría suponer su caída.

—¿A qué te refieres?

—Bueno —continuó Guy, que había recuperado ligeramente la compostura—, la batalla estaba en pleno apogeo cuando acudí al rescate de esos dos hombres. Los encontré escondidos en una iglesia bombardeada. Tomé la decisión de permanecer allí hasta que se hiciera de noche, cuando los conduciría a la seguridad de nuestras trincheras. Mientras esperábamos a que se pusiera el sol y Trumper creía que yo estaba dormido, lo vi dirigirse a la capilla, furtivo, para llevarse un cuadro espléndido de la Virgen María que había detrás del altar. Seguí observándolo mientras guardaba el pequeño lienzo en su mochila. No dije nada entonces porque me di cuenta de que esa era la prueba que necesitaba para demostrar su duplicidad. A fin de cuentas, siempre se podría devolver el cuadro a la iglesia más adelante. Una vez detrás de nuestras líneas, ordené de inmediato que registraran las pertenencias de Trumper para detenerlo por robo. Pero, para mi sorpresa, el cuadro no estaba por ninguna parte.

—Entonces, ¿cómo podría serte útil ahora?

—Porque ha reaparecido.

—¿Reaparecido?

—Sí —dijo Guy con voz estridente—. Daphne Harcourt-Browne me contó que lo había visto en la sala de estar de los Trumper. Después de que me lo describiera en detalle, no me cupo la menor duda de que se trataba del mismo retrato de la Virgen María con el Niño Jesús que él se había llevado de aquella iglesia.

—Pero no habrá nada que hacer mientras el cuadro esté colgado en su hogar.

—Ya no lo está. Ese es el motivo de que me haya disfrazado de esta guisa.

—Déjate de acertijos —dijo su madre—. Explícate con claridad, Guy.

—Esta mañana visité la casa de los Trumper y le dije al ama de llaves que había servido con su señor en el frente.

—¿No te parece una imprudencia, Guy?

—Le dije que me llamaba Fowler, cabo Denis Fowler, y que llevaba ya tiempo intentando retomar el contacto con Trumper. Sabía que él no estaba en casa porque minutos antes lo había visto salir camino de una de sus tiendas de Chelsea Terrace. La doncella…, que me miró con recelo…, me pidió que esperase en el pasillo mientras ella subía a llamar a la señora Trumper. Aquello me dio tiempo de sobra para colarme en el salón y descolgar el cuadro de la pared en la que Daphne me había dicho que estaba colgado. Salí de la casa antes de que se dieran cuenta de nada.

—Pero habrán dado parte del robo a la policía y te arrestarán.

—Ni por asomo —replicó Guy mientras agarraba el paquete de papel de estraza y empezaba a desenvolverlo—. Lo último que le interesa a Trumper es que esto caiga en manos de la policía.

Le dio el cuadro a su madre. La señora Trentham contempló fijamente el pequeño óleo.

—A partir de ahora, deja que yo me encargue de Trumper —dijo sin más explicaciones. Guy sonrió por primera vez desde su llegada—. Sin embargo —añadió la mujer—, debemos concentrarnos en el problema más inmediato de qué hacer para solucionar tu futuro. Sigo estando segura de poder conseguirte un empleo en la ciudad. Ya he hablado con…

—Eso no servirá de nada, madre, y lo sabes. En Inglaterra, por ahora, no tengo futuro. No hasta que haya limpiado mi nombre, al menos. Fuera como fuese, no me apetece ir a Londres para explicarle a tu círculo de bridge por qué ya no estoy con el regimiento en la India. No, tendré que pasar una temporada en el extranjero hasta que se calmen las aguas.

—En ese caso, necesitaré más tiempo para reflexionar —replicó la madre de Guy—. Mientras tanto, sube a darte un baño y afeitarte. Y cámbiate de ropa, ya puestos. Yo pensaré en lo que tenemos que hacer.

En cuanto Guy se hubo marchado del cuarto, la señora Trentham volvió al escritorio y guardó el pequeño cuadro en el cajón inferior izquierdo del mueble. Metió la llave en su bolso y empezó a concentrarse en el problema más inmediato de proteger el buen nombre de los Trentham.

Se empezó a formar un plan en su mente mientras miraba por la ventana. Aunque requeriría emplear aún más de sus ya de por sí mermados recursos, quizá por lo menos le concediera el margen de maniobra necesario para exponer a Trumper como el ladrón embustero que era y, al mismo tiempo, exonerar a su hijo.

La señora Trentham calculó que solo quedaban unas cincuenta libras en efectivo en la caja fuerte de su dormitorio, pero aún poseía mil seiscientas de las veinte mil que le había dado su

padre cuando se casó. «Siempre tendrás ahí ese dinero —habían sido sus proféticas palabras—, en caso de emergencia o imprevisto».

La señora Trentham sacó una hoja del cajón y empezó a apuntar una lista. Era consciente de que, cuando su hijo saliera de Chester Square esa noche, podría pasar mucho tiempo antes de que se vieran de nuevo. Cuarenta minutos más tarde, repasó lo que había escrito:

50 £ (efectivo)
Sídney
Max Harris
Abrigo
5.000 £ (cheque)
Bentley's
Cuadro
Policía local

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas por el regreso de Guy, que volvía a parecerse al hijo que ella recordaba. El traje arrugado había sido sustituido por una chaqueta deportiva y unos pantalones de sarga, y sus mejillas, aunque pálidas, por lo menos se veían recién rasuradas. La señora Trentham, que ya había decidido exactamente cuáles eran las medidas que se debían tomar, dobló la hoja de papel.

—Y ahora —dijo—, siéntate y escúchame bien.

Guy Trentham salió de Chester Square unos minutos después de las nueve, una hora antes de que su padre volviera de la Casa de los Comunes. En un bolsillo interior portaba cincuenta y tres libras en efectivo y un cheque por valor de otras cinco mil. Había accedido a escribir a su padre en cuanto desembarcara en Sídney, para explicarle por qué había viajado directamente a Australia. Su madre había prometido que, mientras estuviese fuera, haría todo cuanto estuviera en su mano por limpiar el nombre de su hijo para que este, una vez reivindicado, pudiera regresar a Inglaterra y ocupar el lugar que le correspondía como legítimo heredero de la familia.

Los dos únicos criados que habían visto al capitán Trentham esa noche recibieron órdenes de su señora de no mencionarle su visita a nadie, especialmente a su marido, so pena de perder su trabajo en la casa.

La última tarea de la señora Trentham, antes de que su esposo volviera a casa esa noche, fue llamar a la policía local. Un tal agente Wrigley fue el encargado de tomar nota de la denuncia del robo.

La señora Trentham no se quedó ociosa mientras transcurrían las semanas que habría de tardar en llegar la carta de su hijo. Un día después de que Guy hubiera zarpado a Australia, hizo una de sus visitas periódicas al hotel St. Agnes (con un paquete nuevamente envuelto bajo el brazo) y se lo entregó al señor Harris para, a continuación, darle toda una serie de instrucciones detalladas.

Dos días más tarde, el detective le confirmó que el retrato de la Virgen María y el Niño estaba en posesión del prestamista de Bentley's y no se podría vender en cinco años, al menos, cuando venciera la fecha que figuraba en el recibo que le habían entregado. Le enseñó una fotografía del cuadro y del recibo para demostrarlo. La señora Trentham se la guardó en el bolso sin molestarse en preguntarle a Harris dónde estaban las cinco libras que había obtenido a cambio del cuadro.

—Bien —dijo mientras dejaba el bolso junto a la silla—. Sumamente satisfactorio, de hecho.

—Entonces, ¿quiere que apunte al hombre indicado de Scotland Yard en dirección a Bentley's? —preguntó Harris.

—Ni mucho menos —replicó la señora Trentham—. Necesito que investigues un poco acerca de ese cuadro, antes de que alguien más lo vea. Si mi información es correcta, la próxima vez que ese lienzo aparezca en público será cuando Sotheby's lo saque a subasta.

24

—Buenos días, señora. Lamento tener que molestarla de esta manera.

—No es ninguna molestia —le dijo la señora Trentham al agente de policía que Gibson había anunciado como el inspector Richards.

—En realidad no esperaba verla a usted, señora Trentham —explicó el inspector—. Sino a su hijo, el capitán Guy Trentham.

—En tal caso, inspector, lo espera un viaje muy largo.

—No sé si la entiendo, señora.

—Mi hijo —dijo la señora Trentham— está ocupándose de los intereses de la familia en Australia, donde es socio de una importante firma de tratantes de ganado.

Richards no pudo disimular su sorpresa.

—¿Y cuánto tiempo lleva él allí, señora?

—Mucho, inspector.

—¿Le importaría ser más precisa?

—El capitán Trentham salió de Inglaterra con rumbo a la India en febrero de 1920 para servir con su regimiento. Se ganó la Cruz Militar en la segunda batalla del Marne, ¿sabe usted? —La señora Trentham inclinó la cabeza en dirección a la repisa de la chimenea. El inspector, como cabía esperar, se mostró impresionado—. Evidentemente —continuó la señora Trentham—, nunca tuvo la menor intención de quedarse en el ejército, puesto que siempre había planeado pasar una temporada en las colonias antes de volver para encargarse de nuestros negocios en Berkshire.

—Pero ¿regresó a Inglaterra antes de aceptar ese empleo en Australia?

—Me temo que no, inspector —dijo la señora Trentham—. Tras renunciar a su puesto, viajó directamente a Australia para asumir sus nuevas responsabilidades. Mi marido, que como usted sabe es miembro del parlamento por Berkshire West, podría confirmarle las fechas exactas.

—No creo que haga falta molestarlo en esta ocasión, señora.

—¿Y para qué quería usted hablar con mi hijo, si me permite la pregunta?

—Estamos investigando el robo de un cuadro que se ha producido en Chelsea.

La señora Trentham no hizo ningún comentario, por lo que el detective añadió:

—Alguien que encaja con la descripción de su hijo fue visto en los alrededores vestido con un viejo gabán del ejército. Esperábamos, por tanto, que él pudiera ayudarnos con nuestras pesquisas.

—¿Y cuándo se cometió ese delito?

—En septiembre, señora. El cuadro no ha sido recuperado y seguimos investigando el asunto. —La señora Trentham agachó ligeramente la cabeza y continuó escuchando con suma atención —. Pero ahora se nos ha avisado de que el propietario no va a presentar cargos, por lo que es de esperar que en breve se haya cerrado este caso. —El inspector apuntó a una fotografía de Guy

vestido de uniforme que había encima de una mesita auxiliar—. ¿Ese es su hijo?

—El mismo, inspector.

—No encaja exactamente con la descripción que nos habían proporcionado —dijo el agente, desconcertado—. De todos modos, como usted dice, debía de encontrarse en Australia por aquel entonces. Convincente coartada.

En los labios del inspector se dibujó una sonrisa conciliadora, pero la expresión de la señora Trentham permaneció inalterable.

—No estará sugiriendo que mi hijo tuvo algo que ver con ese robo, ¿verdad? —preguntó secamente.

—De ninguna manera, señora. Es solo que hemos encontrado un abrigo que Gieves, la sastrería de Savile Row, confirma haber hecho a medida para un tal capitán Trentham. El viejo soldado que lo llevaba puesto nos…

—Así que ya han encontrado al ladrón —dijo con desdén la señora Trentham.

—Me temo que no, señora. Verá usted, al caballero en cuestión le falta una pierna.

La señora Trentham seguía sin mostrar indicios de preocupación.

—En tal caso, le sugiero que hable con la comisaría de Chelsea —dijo—, donde seguro que podrán arrojar algo más de luz sobre todo este asunto.

—Pero si la comisaría de Chelsea es mi lugar de trabajo —replicó el inspector, cada vez más perplejo.

La señora Trentham se levantó del diván y se dirigió con paso lento al escritorio, donde abrió uno de los cajones y sacó una hoja de papel. Se la dio al inspector. Este se ruborizó cuando vio lo que contenía. Al terminar de leer el documento, se lo devolvió.

—Me disculpo, señora. Ignoraba que hubiera denunciado la desaparición del abrigo ese mismo día. Hablaré con el joven alguacil Wrigley en cuanto llegue a comisaría. —La señora Trentham se mostró imperturbable ante el azoramiento del inspector—. Bueno, ya no le robo más tiempo —dijo este—. Sé dónde está la salida.

La señora Trentham esperó a oír cómo se cerraba la puerta antes de echar mano del teléfono y pedir que la comunicaran con un número de Paddington.

Le dijo una sola frase al detective antes de volver a colgar.

La señora Trentham supo que Guy había llegado sano y salvo a Australia cuando Coutts y cía. liquidaron su cheque a través de un banco de Sídney. La carta prometida a su padre apareció encima del felpudo seis semanas después. Cuando Gerald le contó lo que ponía en ella, explicando que Guy se había unido a una firma de tratantes de ganado, la señora Trentham fingió sorprenderse por la atípica acción de su hijo, pero su marido no mostró demasiado interés.

En el transcurso de los meses siguientes, los informes de Harris continuaron mostrando que la recién creada empresa de Trumper marchaba viento en popa, aunque el recuerdo de cómo había frenado en seco a Charles Trumper por cuatro mil míseras libras todavía le ponía una sonrisa en los labios.

Esa sonrisa no habría de volver a iluminar las facciones de la señora Trentham hasta que, tiempo después, recibió una carta de Savill’s en la que se le ofrecía la oportunidad de infligirle a Rebecca Trumper el mismo revés frustrante que ya había sufrido su marido gracias a ella, aunque en esta ocasión el precio podría ser un poco más alto. Tras consultar el estado de sus cuentas, la

satisfizo ver que aún le quedaba dinero de sobra para llevar a cabo lo que planeaba.

A lo largo de los años, Savill's había mantenido a la señora Trentham bien informada al respecto de todos los negocios que se ponían a la venta en Chelsea Terrace, pero no se había molestado en intentar evitar que Trumper los adquiriera con el razonamiento de que su dominio de los apartamentos bastaría para echar por tierra cualquier plan a largo plazo que ese hombre pudiera tener para toda la calle. Sin embargo, cuando le comunicaron los pormenores del número 1 de Chelsea Terrace, comprendió que las circunstancias eran distintas. La tienda, aparte de estar ubicada en una esquina que daba a Fulham Road y tratarse del inmueble más grande del bloque, era también una galería de arte y casa de subastas algo abandonada pero que gozaba de cierto prestigio. Representaba el objetivo más evidente para todos los años de preparación que la señora Trumper había invertido en la escuela de Bedford y, más recientemente, en Sotheby's.

La carta que acompañaba al folleto informativo preguntaba si la señora Trentham deseaba que la representaran en la subasta que iba a presidir personalmente el actual propietario del inmueble, el señor Fothergill.

Escribió su respuesta a Savill's ese mismo día, dando las gracias pero explicando que preferiría pujar en persona, y que aún más se lo agradecería si pudieran proporcionarle una estimación aproximada sobre el valor que podría alcanzar esa propiedad.

La respuesta de Savill's contenía varios síes y peros, puesto que, en su opinión, el inmueble poseía ciertas características que le conferían un carácter único. También señalaban que no estaban autorizados a ofrecer ninguna opinión sobre su valor. Sin embargo, apuntando por lo alto, estimaban que podía llegar a las cuatro mil libras.

En el transcurso de las semanas siguientes, la señora Trentham se dejó ver con regularidad sentada en la fila del fondo de Christie's, observando en silencio las distintas subastas que se celebraban allí. En ningún momento inclinó la cabeza ni levantó la mano. Quería asegurarse de que, cuando llegara el momento de pujar de verdad, estaría perfectamente familiarizada con el protocolo de ese tipo de ocasiones.

La mañana de la venta del número 1 de Chelsea Terrace, la señora Trentham entró en la casa de subastas engalanada con un largo vestido rojo oscuro cuyas faldas barrían el suelo. Seleccionó un lugar en la tercera fila y se sentó aproximadamente veinte minutos antes de que comenzara la puja. Su mirada, inquieta, no paraba de posarse en los distintos asistentes conforme entraban en la sala y ocupaban sus puestos. El señor Wrexall, que había llegado poco después que ella, eligió una silla central en la primera fila. Parecía serio pero resuelto. Era tal y como se lo había descrito el señor Harris: entrado en los cuarenta, corpulento y medio calvo. La señora Trentham pensó que el sobrepeso le hacía parecer mayor que los años. Tenía la piel muy morena, y se le pronunciaba la papada cada vez que agachaba la cabeza. Fue entonces cuando la señora Trentham decidió que, si el número 1 de Chelsea Terrace no caía en sus manos, entrevistarse con el señor Wrexall podría resultar ventajoso.

Exactamente a las diez menos cinco, el coronel Hamilton recorrió el pasillo escoltado por dos de sus socios. El trío ocupó los asientos vacíos que había justo detrás de la señora Trentham. Aunque esta le lanzó una mirada de soslayo al coronel, él no se dignó reconocer su presencia. A las diez menos cinco, el señor y la señora Trumper seguían sin dar señales de vida.

Savill's le había advertido a la señora Trentham que cabía dentro de lo posible que Trumper hubiera elegido un representante ajeno a su empresa, pero, por lo que ella había aprendido de ese

hombre con el devenir de los años, le costaba creer que permitiera que un extraño pujara en su nombre. Sus expectativas no se vieron defraudadas, puesto que, cuando el reloj que había detrás del subastador marcaba que pasaban ya cinco minutos de la hora, Charles Trumper entró con aplomo en la sala. Pese a tener unos cuantos años más de los que aparentaba en la fotografía que ella tenía en la mano, no le cupo la menor duda de que se trataba del hombre en cuestión. El elegante traje hecho a medida que llevaba puesto le ayudaba a disimular el hecho de que empezaba a tener un problema de peso. Lucía una sonrisa perenne en los labios, aunque la señora Trentham estaba decidida a borrársela. Daba la impresión de querer que todo el mundo se enterase de que había llegado, puesto que, antes de ocupar un asiento reservado en el pasillo unas cuatro filas por detrás de ella, no paró de repartir apretones de manos y de parlotear con todo el mundo. La señora Trentham se ladeó ligeramente en la silla para observar tanto a Trumper como al subastador sin tener que estar torciendo la cabeza continuamente.

El señor Trumper se levantó de improviso y se dirigió al fondo de la sala, donde se limitó a agarrar un folleto informativo de la mesa que había en la entrada antes de volver a su asiento reservado junto al pasillo. La señora Trentham sospechó que esa maniobra obedecía a alguna razón en concreto. Inspeccionó todas las filas con la mirada, y aunque no encontró nada sospechoso, se quedó no obstante intranquila.

La sala ya estaba llena cuando el señor Fothergill subió los peldaños de la tribuna del subastador. Aunque prácticamente todos los asientos estaban ocupados, la señora Trentham seguía sin distinguir a la señora Trumper entre la nutrida concurrencia.

Desde el momento que el señor Fothergill anunció en voz alta el precio de salida, la subasta no procedió tal y como la señora Trentham había imaginado…, ni planeado. Ninguna de sus experiencias vividas en Christie’s a lo largo del último mes podría haberla preparado para el resultado final, apenas seis minutos más tarde, cuando el señor Fothergill anunció:

—Declaro la propiedad vendida por doce mil libras a la señora Gerald Trentham.

Se sentía indignada consigo misma por haber hecho el ridículo de tal manera delante de todos, aunque hubiera obtenido una galería de arte envidiable y Rebecca Trumper se hubiera llevado un bien merecido revés. Había pagado un precio muy alto por ello, no obstante, y ahora ni siquiera estaba segura de poseer el dinero suficiente para cubrir la suma total con la que se había comprometido.

Después de ochenta días de introspección, en los que contempló la posibilidad de recurrir a su marido e incluso a su padre para afrontar el montante, la señora Trentham decidió finalmente sacrificar el depósito de mil doscientas libras, batirse en retirada y lamerse las heridas. La alternativa pasaba por explicarle a Gerald exactamente qué había ocurrido en el número 1 de Chelsea Terrace aquel día.

Aún le quedaba un consuelo, no obstante. Ya no le haría falta solicitar los servicios de Sotheby’s cuando llegara el momento de deshacerse de la pintura robada.

Conforme transcurrían los meses, la señora Trentham iba recibiendo cartas de su hijo periódicamente, primero desde Sídney y después desde Melbourne, correspondencia en la que Guy le informaba de sus distintos azares. Entre nueva y nueva, a menudo la instaba a enviar más dinero. Cuanto más crecía su sociedad, le explicaba Guy, más capital añadido necesitaba para conservar su parte de las acciones. Un total de aproximadamente seis mil libras cruzaron el

océano Pacífico hasta un banco de Sídney durante un periodo de cuatro años sin que a la señora Trentham le pesara enviar ni una sola de ellas, puesto que la nueva vocación de Guy parecía estar reportándole un éxito enorme. También abrigaba la confianza de que cuando consiguiera desenmascar a Charles Trumper como el ladrón embustero que era, la reputación de Guy habría quedado reparada, incluso a los ojos de Gerald, y su hijo podría volver a Inglaterra.

De súbito, justo cuando la señora Trentham empezaba a pensar que había llegado el momento de poner en marcha la siguiente fase de su plan, recibió un telegrama desde Melbourne. La dirección desde la que lo habían enviado dejaba a la preocupada mujer sin más elección que poner rumbo sin demora a esa ciudad tan lejana.

Cuando, en el transcurso de la cena, informó a Gerald de que se disponía a partir hacia las antípodas con la primera marea propicia, la noticia fue recibida con diplomática indiferencia. Eso no supuso ninguna sorpresa, dado que el nombre de Guy había salido muy rara vez por boca de su marido desde el día en que visitara la Oficina de Guerra, cuatro años antes. De hecho, el único rastro de la existencia de su primogénito que perduraba tanto en Ashurst Hall como en Chester Square lo representaban la solitaria fotografía del muchacho vestido de uniforme que adornaba la mesita de noche de su madre y la Cruz Militar que Gerald había consentido en dejar encima de la repisa de la chimenea.

Por lo que al señor Trentham respectaba, su único vástago respondía al nombre de Nigel.

Gerald era perfectamente consciente de que a su mujer le gustaba contarles a todos los amigos de la familia que Guy estaba cosechando un gran éxito como socio en una importante firma de tratantes de ganado cuya sede se encontraba en Australia. Sin embargo, él hacía mucho que ya no se creía semejantes historias, y de un tiempo a esa parte había empezado incluso a dejar de escucharlas. Cada vez que esos sobres esporádicos, con esa letra tan familiar, traspasaban la ranura para el correo de las puertas de Chester Square, Gerald Trentham se abstenía de preguntar cómo le iban las cosas al mayor de sus hijos.

El primer barco programado para zarpar rumbo a Australia era el SS *Orontes*, que tenía previsto salir de Southampton el lunes siguiente. La señora Trentham respondió a aquella dirección de Melbourne para avisar del momento estimado de su llegada.

Las cinco semanas de travesía por dos océanos distintos se le hicieron eternas, sobre todo porque había decidido pasar la mayor parte del tiempo encerrada en su camarote, negándose a establecer el menor tipo de relación informal con ninguno de sus compañeros de viaje…, o peor aún, a tropezarse con algún conocido. Aunque las invitaciones a cenar en la mesa del capitán se sucedieron durante todo el trayecto, la señora Trentham las declinó todas.

Una vez el barco hubo atracado en los muelles de Sídney, la señora Trentham solo pernoctó en esa ciudad antes de reemprender la marcha camino de Melbourne. Al llegar a la estación de Spencer Street montó en un taxi que la condujo directamente al hospital Royal Victoria, donde la hermana al mando le explicó sin rodeos que a su hijo únicamente le quedaba otra semana de vida.

Le concedieron de inmediato el permiso necesario para visitarlo, cosa que hizo después de que un agente de policía la escoltara hasta el pabellón de aislamiento especial. Se quedó de pie junto a su cama, contemplando presa de la incredulidad un rostro que reconoció a duras penas. Guy tenía el pelo tan ralo y encanecido, tan profundos eran los surcos de sus facciones, que por un instante la señora Trentham temió encontrarse ante el lecho de muerte de su marido.

Uno de los médicos la informó de que la dolencia que lo aquejaba no era inusitada una vez emitido el veredicto, cuando el afectado se daba cuenta de que ya no le quedaba escapatoria posible. Tras pasar casi una hora al pie de la cama, se marchó sin haber conseguido extraerle ni una sola palabra a su hijo. En ningún momento permitió que el personal del centro se percatara de sus auténticos sentimientos.

Aquella noche, la señora Trentham se alojó en un tranquilo club de campo en las afueras de Melbourne. Solo le hizo una petición al joven expatriado que lo regentaba, un tal señor Sinclair-Smith, antes de retirarse a su cuarto.

A la mañana siguiente se personó en las oficinas del bufete de abogados más antiguo de la ciudad, Asgarth, Jenkins y cía., donde un mequetrefe prácticamente imberbe se atrevió a preguntarle que «qué problema tenía».

—Desearía hablar con su socio principal —replicó la señora Trentham.

—En ese caso —le dijo el muchacho—, deberá usted sentarse en la sala de espera.

La señora Trentham se armó de paciencia hasta que el señor Asgarth hubo quedado en disposición de atenderla.

El socio principal del bufete, un caballero entrado en años que, a juzgar por su atuendo, podría haber ejercido su profesión en Lincoln's Inn Fields en vez de en Victoria Street, Melbourne, escuchó su triste historia en silencio y aceptó solucionar cualquier problema que pudiera derivar de la administración de las propiedades de Guy Trentham. A tal efecto, prometió enviar de inmediato una solicitud para que les permitieran transportar el cuerpo a Inglaterra.

La señora Trentham visitó a su hijo a diario durante toda aquella semana, hasta el momento de su muerte. Aunque hablaron poco, se enteró de que aún le quedaba por salvar un escollo antes de emprender el viaje de vuelta a su hogar.

El miércoles por la tarde, la señora Trentham regresó a las oficinas de Asgarth, Jenkins y cía. para que el socio principal la asesora sobre lo que debería hacer tras su último hallazgo. El veterano abogado invitó a su cliente a sentarse antes de escuchar su revelación con detenimiento, apuntando ocasionalmente algún que otro detalle en la libreta que tenía delante. Cuando la señora Trentham hubo terminado, aguardó una cantidad de tiempo considerable antes de ofrecer su opinión.

—Si no quiere que nadie más descubra lo que se propone —sugirió al fin—, habrá que efectuar un cambio de nombre.

—Debemos asegurarnos de que nadie pueda trazar su parentesco más adelante —dijo la señora Trentham.

El anciano letrado arrugó el entrecejo.

—Para eso deberá depositar una confianza extraordinaria en… —Consultó el nombre que había anotado en su libreta—. La señorita Benson.

—Páguele lo que pida para garantizar su silencio. Coutts, en Londres, se encargará de todos los detalles financieros.

El abogado asintió con la cabeza y, tras quedarse sentado a su escritorio casi hasta la medianoche durante los cuatro días siguientes, logró completar toda la documentación necesaria para satisfacer las indicaciones de su cliente tan solo horas antes de que la señora Trentham zarpara rumbo a Londres de nuevo.

El médico responsable levantó el acta de defunción de Guy Trentham a las seis y tres minutos

del 23 de abril de 1927, un día antes de que su madre emprendiera su sombrío viaje de vuelta a Inglaterra, acompañada del féretro. Su único consuelo era la certeza de que solo dos personas en el continente australiano poseían la misma información que ella: un caballero ya muy mayor al que le faltaban meses escasos para jubilarse y una mujer que ahora se pasaría el resto de su existencia gozando de un estilo de vida con el que sin duda, apenas unos días antes, solo habría podido soñar.

La señora Trentham le envió un telegrama a su marido, con el mínimo indispensable de información, antes de regresar a Southampton tan anónima y discretamente como había salido de allí. Cuando volvió a pisar suelo inglés, se dirigió de inmediato a su hogar en Chester Square, donde le contó los detalles de la tragedia a su esposo. Este, a regañadientes, aceptó que habría que publicar una esquela en el *Times* al día siguiente. El texto rezaba:

Por la presente se anuncia el fallecimiento del capitán Guy Trentham, condecorado con la Cruz Militar, tras una larga batalla contra la tuberculosis. El entierro tendrá lugar en la iglesia de St. Mary, Ashurst, Berkshire, el martes 8 de junio de 1927.

El encargado de celebrar la misa por el difunto fue el párroco de la localidad, quien le aseguró a la congregación que la muerte del capitán Trentham representaba una tragedia para todos quienes lo conocían.

Guy Trentham recibió sepultura en el lugar reservado originalmente para su padre. El mayor Trentham y su señora, parientes, amigos de la familia, feligreses y miembros de la servidumbre abandonaron el cementerio apesadumbrados.

En el transcurso de los días siguientes, la señora Trentham recibió más de un centenar de cartas de condolencia, una o dos de las cuales señalaban que al menos le quedaba el consuelo de saber que aún le quedaba un segundo hijo para llenar el vacío dejado por Guy.

Al día siguiente, una fotografía de Nigel reemplazó a la de su hermano mayor en la mesita de noche.

CHARLIE
1926-1945

25

Estaba paseando por Chelsea Terrace un lunes por la mañana, haciendo mi ronda habitual en compañía de Tom Arnold, cuando este me reveló algo que lo preocupaba.

—Eso no pasará nunca —repliqué.

—Quizá tenga usted razón, señor. Pero, en estos momentos, muchos comerciantes empiezan a estar asustados.

—Hatajo de cobardes. Con casi un millón de desempleados, únicamente un puñado de personas se atreverán a sumarse a la huelga general.

—Tal vez, pero el Comité de Comercio está aconsejando a sus miembros que protejan los escaparates con tablas.

—Syd Wrexall recomendaría proteger los escaparates con tablas si viera a un pequinés levantando la patita junto a la puerta del Musketeer. Y eso antes de que el dichoso animal hubiera soltado ni gota, me atrevería a añadir.

En los labios de Tom aleteó una sonrisa.

—Entonces, ¿usted está dispuesto a luchar, señor Trumper?

—Ya lo creo que sí. En este caso, el señor Churchill cuenta con todo mi apoyo. —Me detuve para observar una exposición de sombreros y bufandas—. ¿Cuántos empleados tenemos en estos momentos?

—Setenta y uno.

—¿Y cuántos de ellos se estarían planteando hacer huelga, según tus cálculos?

—Yo diría que media docena…, diez a lo sumo, todos ellos miembros del Sindicato de Trabajadores. Sin embargo, el parón del transporte público podría suponer un problema para los que sí quisieran acudir a sus puestos.

—En tal caso, proporcióname los nombres de todos los indecisos para esta noche y a lo largo de la semana hablaré personalmente con cada uno de ellos. Por lo menos de esa manera podría tranquilizar a alguno sobre su futuro a largo plazo en la empresa.

—¿Y qué pasará con el futuro a largo plazo de la empresa si la huelga sale adelante?

—¿Cuándo te va a entrar en la cabeza, Tom, que nada de lo que ocurra afectará a Trumper's?

—Pero Syd Wrexall piensa…

—Te aseguro que pensar no es lo suyo.

—Piensa que a lo largo del próximo mes saldrán a la venta por lo menos tres tiendas, y si prosperase la huelga general, quizá su número aumente de pronto. Los mineros están convenciendo…

—A Charlie Trumper no lo están convenciendo de nada —le dije—. Así que avísame en cuanto te enteres de que alguien quiere vender, porque sigo siendo el mismo comprador de siempre.

—¿Aunque todos los demás se conviertan en vendedores?

—Es precisamente entonces cuando hay que comprar —repliqué—. El momento de subir a un tranvía es cuando todo el mundo se baja. Tú dame esos nombres, Tom. Mientras tanto, me están esperando en el banco.

Me alejé con paso decidido en dirección a Knightsbridge.

En la intimidad de su nuevo despacho de Brompton Road, Hadlow me informó de que Trumper's poseía ahora algo más de doce mil libras en depósito: un colchón apañado, según sus propias palabras, en caso de que la huelga general prosperara.

—No me vengas tú también con lo mismo —protesté, exasperado—. Esa huelga no se va a producir. Y aunque lo haga, preveo que se acabará en cuestión de unos días.

—¿Como la última guerra? —dijo Hadlow, observándome por encima de la montura de sus gafas de media luna—. Soy una persona precavida por naturaleza, señor Trumper…

—Bueno, pues yo no —lo atajé—. Así que prepárate para darle una utilidad a todo ese efectivo.

—Ya había reservado aproximadamente la mitad, por si la señora Trentham no fuera capaz de afrontar su compromiso con el número 1 —me recordó—. Todavía le quedan… —Consultó el calendario que había en la pared—. Treinta y dos días.

—En tal caso, presiento que este mes va a poner a prueba nuestro temple.

—Si el mercado se desplomara, arriesgarlo todo sería una imprudencia. ¿No cree usted, señor Trumper?

—No, no lo creo, pero por eso voy a… —empecé, conteniéndome a duras penas para no dar rienda suelta a mis auténticos sentimientos.

—Sería una imprudencia —insistió Hadlow, lo cual contribuyó a aumentar mi turbación—. Pero también es el motivo por el que lo he respaldado a usted siempre —añadió en un gesto magnánimo.

Conforme pasaban los días, debo reconocer que la huelga general parecía cada vez más probable. En esa atmósfera de incertidumbre y desconfianza por el futuro, los comercios empezaron a salir a la venta uno detrás de otro.

Compré los dos primeros a precio de saldo, con la condición de que el traspaso se hiciera efectivo de inmediato, y gracias a la rapidez con la que Crowther ultimó el papeleo y Hadlow cumplió con el pago, la zapatería y la farmacia no tardaron en sumarse a mi lista de adquisiciones.

Cuando por fin se declaró la huelga general, el martes 4 de mayo de 1926, el coronel y yo salimos a la calle al amanecer para recorrer todas nuestras propiedades, de norte a sur. Los miembros del comité de Syd Wrexall ya habían sellado sus escaparates, lo que me pareció equivalente a sucumbir a la presión de los huelguistas. Sin embargo, acepté el plan propuesto por el coronel para que, a una señal mía, Tom Arnold dejara los trece establecimientos cerrados a cal y canto en menos de tres minutos. El sábado anterior había sido testigo de varios de sus «simulacros», como los llamaba Tom, para regocijo de los transeúntes.

Aunque aquella primera mañana de huelga hacía buen tiempo y las calles estaban repletas de gente, la única concesión que hice frente a la aglomeración de tantos manifestantes fue retirar los productos de los números 147 y 131 de la acera.

Tom Arnold me informó a las ocho de que solo cinco empleados habían faltado al trabajo, pese a las espectaculares congestiones de tráfico que inmovilizaban el transporte público durante

horas, y uno de ellos parecía estar enfermo de verdad y todo.

Aunque el coronel y yo recibimos alguna que otra imprecación en nuestro recorrido de un extremo a otro por Chelsea Terrace, no me dio la impresión de que se estuviera fraguando ningún tumulto. Teniendo en cuanta la situación, de hecho, la mayoría de la gente parecía estar de un humor excelente. Los chiquillos se animaban incluso a jugar al balón en la calle.

El primer indicio real de violencia se produjo a la mañana siguiente, cuando un ladrillo atravesó el escaparate de la relojería del número 5. Vi a dos o tres jóvenes que saquearon todo lo que pudieron del escaparate principal antes de internarse corriendo en el Terrace. Cuando la multitud, cada vez más airada, empezó a entonar consignas reivindicativas, le hice la señal convenida a Tom Arnold, que se encontraba a unos cincuenta metros carretera arriba. De inmediato, tocó el silbato seis veces. En menos de los tres minutos estipulados por el coronel, todas nuestras tiendas cerraron y aseguraron sus puertas. Yo me quedé donde estaba mientras llegaba la policía para detener a varias personas. Aunque los ánimos seguían estando muy caldeados, en cuestión de una hora pude pedirle a Tom que las tiendas reabrieran y continuaran atendiendo a los clientes como si nada hubiera ocurrido. Los empleados de la ferretería tardaron tres horas en arreglar el escaparate del número 5; de todas formas, esa mañana no íbamos a vender muchas joyas.

Solo tres personas faltaron al trabajo el jueves, aunque conté cuatro tiendas más en el Terrace con las ventanas selladas. Las calles estaban mucho más tranquilas. Mientras desayunábamos, Becky me contó que no habría ningún ejemplar del *Times* esa mañana porque las imprentas estaban en huelga, aunque en respuesta el gobierno había sacado su propio periódico, la *Gaceta británica*, una idea del señor Churchill, que informaba a sus lectores de que se iba a reanudar el funcionamiento del ferrocarril y otros medios de transporte público. Pese a todo, Norman Cosgrave, el pescadero del número 11, me contó que él ya había tenido bastante y me preguntó cuánto estaría dispuesto a ofrecerle por su negocio. Tras acordar una suma por la mañana, esa misma tarde acudimos juntos al banco para cerrar el acuerdo. Bastó con una llamada telefónica para que Crowther redactara todos los documentos necesarios, y Hadlow ya había escrito el cheque cuando llegamos, por lo que yo solo tuve que firmar. En cuanto volví a Chelsea Terrace le pedí a Tom Arnold que se hiciera cargo de la pescadería hasta que encontráramos al candidato adecuado para llevar el negocio de Cosgrave. Aunque no le dije en ese momento, lo cierto es que Tom tardó varias semanas en quitarse el persistente olor a pescado después de dejar la tienda en manos de un chico de Billingsgate.

La huelga general terminó oficialmente a la novena jornada, y para el último día del mes yo ya había adquirido otros siete establecimientos en total. Era como si no parase de entrar y salir del banco, pero al menos el precio de todas mis compras le arrancaba una sonrisa a Hadlow, aunque este no dejara de recordarme que nos estábamos quedando sin fondos.

En la siguiente asamblea general pude informar a la junta de que Trumper’s poseía ya veinte tiendas en Chelsea Terrace, más que todos los miembros del Comité de Comercio juntos. Sin embargo, Hadlow nos aconsejó embarcarnos en un periodo prolongado de consolidación si queríamos que las propiedades recién adquiridas rindieran con los mismos estándares de calidad que las trece originales. Por mi parte, en aquella reunión me limité a hacer una sola sugerencia que me parecía importante y recibió el respaldo unánime de mis colegas: invitar a Tom Arnold a sumarse a la junta.

Seguía sin poder resistirme a pasar alguna que otra hora sentado en el banco que había en la acera opuesta al número 147, desde donde era testigo de la transformación que se estaba operando en Chelsea Terrace frente a mis ojos. Por primera vez, me costaba distinguir los negocios que me pertenecían de los que me faltaban por adquirir, entre ellos los catorce que pertenecían a los miembros del comité de Wrexall…, sin olvidar el prestigioso número 1 o el Musketeer.

Habían pasado setenta y dos días desde que se celebrase aquella subasta, y aunque el señor Fothergill seguía acudiendo al 147 para abastecerse de frutas y hortalizas, en ningún momento me insinuó ni una sola palabra sobre si la señora Trentham había cumplido o no con su parte del trato. Joan Moore informó a mi mujer de que su antigua empleadora había recibido recientemente una visita del señor Fothergill, y aunque la cocinera no pudo enterarse bien de la conversación, aseguraba haber oído alguna que otra voz más alta que otra.

Cuando Daphne fue a verme a la tienda, una semana más tarde, le pregunté si poseía alguna información privilegiada sobre lo que se proponía hacer la señora Trentham.

—Deja de preocuparte por esa dichosa mujer —fue todo lo que tenía que decir Daphne al respecto—. En cualquier caso —añadió—, los noventa días habrán vencido enseguida. Francamente, deberías preocuparte más por la segunda parte de tu plan que por los problemas financieros de la señora Trentham.

—Estoy de acuerdo. Pero si sigo a este ritmo, tardaré por lo menos otro año en completar mi proyecto —dije después de seleccionar una docena de ciruelas perfectas y colocarlas en la balanza.

—Siempre tienes tanta prisa, Charlie… ¿Por qué te impones unos plazos tan inflexibles para todo?

—Porque me motiva.

—Pero Becky se sentirá igual de impresionada por tus logros, aunque te lleve otro año más.

—No sería lo mismo —repliqué—. Habrá que esforzarse más, eso es todo.

—Los días tienen un número limitado de horas —me recordó Daphne—. Hasta para ti.

—Bueno, por lo menos de eso nadie puede echarme la culpa.

Daphne se rio.

—¿Cómo va Becky con su tesis sobre Luini?

—Ha terminado ya el mamotreto. Solo le falta revisar las treinta mil palabras de su último borrador, así que me lleva mucha ventaja. Pero entre la huelga general y la compra de todas esas propiedades nuevas, por no hablar de la señora Trentham, ni siquiera he tenido tiempo de llevar a Daniel a ver al West Ham esta temporada.

Empecé a guardar su compra en una bolsa de papel de estraza.

—¿Todavía no ha descubierto Becky lo que te propones? —preguntó Daphne mientras me daba un billete de diez chelines.

—No, porque solo me esfumo cuando se queda trabajando hasta tarde en Sotheby's, catalogando alguna de esas colecciones tan grandes. Todavía no se ha dado cuenta de que todas las mañanas me levanto a las cuatro y media, que es cuando más me cunde el tiempo.

Le entregué la bolsa y su cambio de siete chelines con diez peniques.

—Parecemos dos personajes de Trollope, ¿verdad? —dijo Daphne—. Por cierto, todavía no le

he contado nuestro secreto a Percy, pero me muero por ver la cara que ponen cuando…

—Shh, ni una palabra.

Resulta extraño que, a menudo, el ansiado objetivo que uno lleva persiguiendo durante muchísimo tiempo termine cayendo en tus manos cuando menos te lo esperas.

Estaba atendiendo el mostrador del número 147 aquella mañana. Bob Makins siempre se irritaba conmigo en cuanto veía que me arremangaba, pero me gusta conversar con los clientes más fieles, y últimamente esa era mi única oportunidad de ponerme al corriente con los chismorreos, además de enterarme de lo que opinaba realmente el público de mis otros comercios. Sin embargo, confieso que para cuando le tocó el turno al señor Fothergill, la cola llegaba casi hasta la tienda de comestibles que Bob todavía pensaba que nos hacía la competencia.

—Buenos días —dije cuando el señor Fothergill llegó al mostrador—. ¿Qué puedo ofrecerle hoy, caballero? Tengo unas…

—Me gustaría hablar con usted en privado, señor Trumper.

Me dejó tan sorprendido que tardé unos instantes en reaccionar. Sabía que a la señora Trentham aún le quedaban nueve días para cumplir con su contrato y había dado por sentado que no sabría nada de ese asunto hasta entonces. Al fin y al cabo, seguro que ella tenía sus propios Hadlows y Crowthers para gestionar esa clase de trámites.

—Me temo que el almacén es el único lugar que está disponible en estos momentos —le advertí mientras me quitaba el delantal de color verde, me bajaba las mangas y me volvía a poner la chaqueta—. Es que el jefe vive en el piso de arriba, ¿sabe usted? —le expliqué al subastador mientras lo conducía a la parte de atrás de la tienda.

Le pedí que se sentara en una caja de naranjas puesta del revés y yo me acomodé en otra delante de él. Nos quedamos cara a cara, separados por un par de palmos de distancia, como dos jugadores de ajedrez enfrentados. Qué escenario tan curioso, pensé, para hablar de la operación más importante de mi vida. Me esforcé por guardar la calma.

—Iré directo al grano —dijo Fothergill—. Hace varias semanas que no sé nada de la señora Trentham, y últimamente se niega a atender mis llamadas. Más aún, Savill's nos ha dejado muy claro que no han recibido instrucciones para completar la transacción en su nombre. Ha llegado incluso a decir que sospechan que la propiedad ya no le interesa.

—Pese a todo, siempre le quedará su depósito de mil doscientas libras —le recordé, esforzándome por disimular una sonrisa.

—No voy a negarlo —replicó Fothergill—. Pero desde entonces he adquirido otros compromisos, y entra la huelga general…

—Corren tiempos difíciles, estoy de acuerdo. —Noté que empezaban a sudarme las manos.

—Usted no ha ocultado nunca su deseo de convertirse en el propietario del número 1.

—Cierto, pero desde que se celebró la subasta me he dedicado a comprar otras propiedades con el dinero que había reservado para esa tienda.

—Lo sé, señor Trumper. Sin embargo, ahora estaría dispuesto a conformarme con un precio mucho más razonable…

—Y yo estaba dispuesto a ofrecer un máximo de tres mil quinientas libras, como sin duda recordará usted.

—Su última puja fue por valor de nueve mil, si no me falla la memoria.

—Estrategia, señor Fothergill, pura estrategia. En ningún momento tuve la menor intención de pagar nueve mil libras, aunque usted eso seguro que ya lo sabía.

—Pero si su esposa ofreció cinco mil quinientas…, por no hablar de las once mil de su puja final.

—Ahí no le voy a llevar la contraria —dije, recuperando mi acento cockney—. Pero si usted estuviera casado, señor Fothergill, entendería por qué decimos en el East End que las mujeres nos traen de cabeza.

—Estaría dispuesto a venderle la propiedad por siete mil libras, pero solo por tratarse de usted.

—Estaría dispuesto a venderle la propiedad por cinco mil a cualquiera que aceptara desembolsar esa suma.

—Eso nunca —dijo Fothergill.

—Eso será dentro de nueve días, como mucho, pero déjeme decirle una cosa —añadí, a punto de caerme de la caja cuando me incliné hacia delante—. Le pagaré las cinco mil quinientas libras a las que se comprometió mi mujer…, confieso que ese era el límite que nos había impuesto la junta…, pero solo si deja usted todos los documentos preparados para que yo los firme hoy antes de las doce de la noche.

El señor Fothergill abrió la boca para protestar, indignado.

—Me imagino —añadí antes de que pudiera articular palabra— que no le supondrá un gran esfuerzo. Después de todo, el contrato lleva ochenta y un días acumulando polvo en su mesa. Lo único que tiene que hacer es cambiar el nombre y eliminar algún que otro cero. Bueno, si me disculpa usted, señor Fothergill, me reclaman ya mis clientes.

—Nadie me había tratado nunca con semejante descaro, señor —declaró Fothergill, furioso, mientras se incorporaba de un salto. Giró sobre los talones y se alejó con paso airado, dejándome sentado a solas en el almacén.

—Y a mí nadie me había acusado nunca de ser un descarado —le dije a la caja de naranjas vuelta del revés—. Cabezota, en cambio…, eso sí.

Después de leerle a Daniel otro capítulo de *A través del espejo* y esperar hasta que se hubo quedado dormido, bajé las escaleras y me reuní con Becky para cenar. Le conté los detalles de mi conversación con Fothergill mientras me servía un plato de sopa.

—Lástima —fue su reacción inicial—. Ojalá me hubiera buscado a mí antes. Ahora es posible que no consigamos nunca el número 1.

Me lo repitió justo antes de acostarnos, y apagué la lámpara de gas de la mesita pensando que quizá Becky estuviera en lo cierto. Ya empezaba a vencerme el sueño cuando llamaron al timbre.

—Son más de las once y media —murmuró Becky, adormilada—. ¿Quién será?

—¿Alguien que sabe lo que es una fecha límite? —sugerí mientras volvía a encender la lámpara. Me levanté, me eché una bata por encima y bajé para abrir la puerta—. Pasa a mi estudio, Peregrine —saludé al señor Fothergill.

—Gracias, Charles —replicó él. Me aguanté la risa mientras apartaba una copia de *Matemáticas, segunda parte* de la mesa para abrir el cajón en el que guardaba los cheques de la compañía.

—Cinco mil quinientas libras, si no me falla la memoria —dije mientras desenroscaba el

capuchón de la estilográfica y consultaba la hora en el reloj de la repisa de la chimenea. Eran las once y treinta y siete cuando le entregué la suma completa al señor Fothergill a cambio de la titularidad del número 1 de Chelsea Terrace.

Sellamos el acuerdo con un apretón de manos y acompañé al antiguo subastador hasta la puerta. Cuando volví al dormitorio me sorprendió ver a Becky sentada a su mesa.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Redactar mi dimisión para Sotheby's.

Un mes antes de que Becky se uniera a nosotros en calidad de directora de la nueva casa de subastas y tratantes de arte de Trumper's, Tom Arnold inspeccionó minuciosamente el número 1. Sabía que yo quería que nuestra última adquisición se convirtiera enseguida en el buque insignia de todo el imperio de Trumper, aunque, para desolación de Hadlow, los costes estuvieran empezando a parecer más bien los de un barco de guerra.

Becky se despidió de su puesto en Sotheby's el viernes 16 de julio de 1926, y a las siete en punto de la mañana siguiente entró en Trumper's, antes Fothergill's, para asumir la responsabilidad de acondicionar el edificio y dejar que Tom regresara a sus quehaceres habituales. Lo primero que hizo fue convertir el sótano del número 1 en un almacén, dejando la recepción en la planta baja y la sala de subastas en la primera.

Becky y su equipo de especialistas ocuparían las plantas segunda y tercera, mientras que la última, donde antes estaba el apartamento del señor Fothergill, se transformó en las oficinas administrativas de la compañía, con una habitación libre que resultó ser el escenario perfecto para celebrar nuestras asambleas.

La junta en pleno se reunió por primera vez en el número 1 de Chelsea Terrace el 17 de octubre de 1926.

Tres meses después de haberse despedido de Sotheby's, Becky ya les había «robado» siete del equipo de once personas que quería reunir; los otros cuatro los sacó de Bonham's y Phillips. En la primera reunión informativa nos advirtió que podríamos tardar hasta tres años en saldar las deudas acumuladas tras la compra y posterior renovación del número 1, y que podrían pasar hasta tres más antes de que empezaran a contribuir realmente a los beneficios del grupo.

—A diferencia de mi primer negocio —le dije a la junta—. No sé si saben que solo me llevó tres semanas empezar a ver beneficios.

—Intenta darte menos aires, Charlie Trumper —me dijo mi esposa—, y recuerda que yo no estoy vendiendo patatas.

—Bueno, no sé yo. —El 21 de octubre de 1926, para celebrar nuestro sexto aniversario de boda, le regalé a Becky un óleo de Van Gogh que llevaba por nombre *Los comedores de patatas*.

El señor Reed, de la galería Lefevre, que había sido amigo personal del artista, afirmaba que era un ejemplo casi tan bueno como el que se exhibía en el *Rijksmuseum*. Tuve que darle la razón, aunque el precio de salida me pareció un poco caro. De todas formas, tras regatear un poquito, cerramos la transacción por seiscientas guineas.

Durante mucho tiempo, las aguas dieron la impresión de haber vuelto a su cauce por lo que a la señora Trentham respectaba. Esta tranquilidad siempre me preocupaba, porque daba por sentado que no debía de estar tramando nada bueno. Esperaba que pujara contra mí cada vez que algún

comercio salía a la venta, y si alguna vez se producía cualquier tipo de problema en el Terrace, me preguntaba si sería ella la responsable. Becky y Daphne habían llegado a la conclusión de que estaba volviéndome paranoico, hasta que Arnold me contó que estaba tomando algo en el pub cuando Wrexall recibió una llamada de la señora Trentham. No había escuchado nada de especial relevancia porque Syd se fue a la trastienda para hablar. Después de aquello, mi esposa tuvo que reconocer que era evidente que el paso del tiempo no había mitigado la sed de venganza de aquella mujer.

Transcurría el mes de marzo cuando Joan nos informó de que su antigua empleadora se había pasado dos días preparando el equipaje antes dirigirse en coche a Southampton, donde embarcó en un transatlántico que habría de llevarla hasta Australia. Daphne lo corroboró una semana más tarde, cuando acudió a Gilston Road para cenar con nosotros.

—Es fácil asumir, queridos, que va a visitar a ese espantoso hijo suyo.

—Nunca le ha importado hablar largo y tendido sobre los éxitos de ese condenado con cualquiera que se dignase escuchar, así que, ¿por qué no le ha contado a nadie qué es lo que se propone esta vez?

—No tengo ni idea —dijo Daphne.

—¿Crees que Guy podría estar planeando volver a Inglaterra ahora que los ánimos se han calmado un poquito?

—Lo dudo. —Daphne frunció el ceño—. De ser así, el barco habría zarpado en dirección contraria, ¿no crees? Fuera como fuese, si hubiera que guiarse por los sentimientos de su padre, yo diría que Guy no va a ser recibido como el proverbial hijo pródigo como se le ocurra asomar la patita por Ashurst Hall.

—A mí me huele a chamusquina —le dije—. Habría que averiguar a qué viene todo este secretismo que se trae la señora Trentham desde hace algún tiempo.

Tres meses después, en junio de 1927, el coronel me llamó la atención sobre la esquela de Guy Trentham que se había publicado en el *Times*.

—Qué forma tan horrible de morir —fue su único comentario.

Daphne asistió al funeral en la parroquia de Ashurst. Como nos explicaría más tarde, quería ver cómo metían el ataúd en la tumba antes de convencerse definitivamente de que Guy Trentham había dejado este mundo.

Percy me informó un tiempo después de que poco menos que había tenido que sujetarla para evitar que se uniera a los sepultureros cuando estos empezaron a cubrir el hoyo. Sin embargo, Daphne nos confesó que la supuesta causa de su muerte seguía llenándola de escepticismo, pese a la falta de cualquier prueba que sugiriera otra cosa.

—Por lo menos ya se acabaron los problemas para ti, en ese sentido —fueron las últimas palabras que Percy pronunció sobre el tema.

Arrugué el entrecejo.

—Habrían tenido que enterrar a la señora Trentham junto a su hijo para que yo me quedara tranquilo.

26

En 1929, los Trumper se mudaron a una casa más grande en los Little Boltons. Daphne les había asegurado que, aunque el barrio no fuese nada del otro mundo, por lo menos representaba un paso en la dirección adecuada.

—Sin embargo —añadió, mirando a Becky de reojo—, sigue estando muy lejos de ser Eaton Square, queridos.

La fiesta de inauguración del hogar de los Trumper tenía un significado especial para Becky, puesto que al día siguiente iban a concederle su título de doctorado. Cuando Percy le tomó el pelo subrayando lo mucho que había tardado en terminar su tesis sobre su amor no correspondido, Bernardino Luini, Becky culpó a su marido.

Charlie, que ni siquiera intentó defenderse, se limitó a servirle otro brandy a Percy antes de cortarle la punta a su puro.

—Hoskins nos va a llevar en coche a la ceremonia —anunció Daphne—, así que te veremos allí. Bueno, suponiendo que esta vez se dignen ofrecernos algún asiento en las primeras treinta filas.

Llegado el momento, Charlie se alegró al ver que Daphne y Percy se sentaban directamente detrás de él, lo bastante cerca de la tribuna como para no perderse ningún detalle de la ocasión.

—¿Quiénes son? —quiso saber Daniel cuando catorce venerables ancianos, todos ellos vestidos con largas togas negras y birretes morados, aparecieron sobre el escenario y ocuparon sus respectivos sillones.

—El tribunal —le explicó Becky a su hijo, que ya tenía ocho años—. Son los encargados de recomendar a los alumnos que van a recibir su diploma. Pero no hagas tantas preguntas, Daniel, o molestarás a las personas que tenemos al lado.

En ese momento, el vicerrector se puso de pie para entregar los cuadros de honor.

—Me temo que van a desfilar todos los recién licenciados antes de que lleguen a mí —dijo Becky.

—No seas tan pomposa, querida —la regañó Daphne—. Algunas nos acordamos perfectamente de cuando pensabas que recibir un título era el día más importante de tu vida.

—¿Por qué papá no tiene título? —preguntó Daniel mientras recogía el programa de Becky del suelo—. Es igual de listo que tú, mamá.

—Cierto —dijo Becky—. Pero su padre no le obligó a quedarse en la escuela tanto tiempo como hizo el mío conmigo.

Charlie se inclinó hacia su hijo.

—Sin embargo, mi abuelo me enseñó a vender frutas y verduras para poder pasar el resto de mis días haciendo algo útil.

Daniel se quedó callado un momento, sopesando el valor de esas dos opiniones contrarias.

—La ceremonia va a durar una eternidad como siga yendo a este ritmo —susurró Becky al

ver que todavía iban por la P media hora más tarde.

—Podemos esperar —replicó Daphne animadamente—. Percy y yo no tenemos ningún plan hasta Goodwood.

—Oh, mira, mamá —dijo Daniel—. He encontrado otro Arnold, otro Moore y otro Trumper en mi lista.

—Son apellidos comunes —dijo Becky, sin molestarse en mirar el programa mientras colocaba al niño en el borde de su asiento.

—Me pregunto qué aspecto tendrá. ¿Se parecen todos los Trumper, mamá?

—No, tonto, los hay de todas las formas y tamaños.

—Pero su nombre empieza por la misma inicial que el de papá —insistió Daniel, lo bastante alto para que todos los ocupantes de las tres filas que tenían delante se sintieran incluidos en la conversación.

—Shh —dijo Becky. Un par de personas ya se habían girado y miraban fijamente en su dirección.

—Licenciado —declaró el vicerrector—. Segunda clase de Matemáticas, Charles George Trumper.

—Y hasta se parece a tu padre —dijo Charlie mientras se levantaba de la silla y subía a la tarima para recibir su título de manos del vicerrector. Los aplausos se intensificaron cuando la concurrencia reparó en la edad de ese graduado en particular. Becky se quedó boquiabierta de incredulidad y Percy se limpió las gafas, mientras que Daphne no parecía sorprendida en absoluto.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó su amiga con los dientes apretados.

—Se matriculó en la escuela de Birkbeck un día después de que a ti te dieran el título.

—Pero ¿de dónde ha sacado el tiempo?

—Han sido ocho años de madrugones mientras tú dormías aún como un tronco.

Al término de su segundo año al frente del número 1, las previsiones económicas de Becky daban la impresión de haber sido un poquito optimistas. Los meses se sucedían y su descubierto se mantenía constante. Tuvieron que pasar veintisiete meses antes de que empezara a hacer mella en la deuda.

Se quejó a la junta de que, si bien el director ejecutivo la ayudaba continuamente con la facturación, en realidad no estaba contribuyendo a que aumentaran los beneficios, puesto que siempre daba por sentado que podía adquirir los artículos más codiciados por su precio original.

—Pero, al mismo tiempo, señora Trumper —le recordó el hombre—, estamos acumulando una importante colección de arte.

—Y ahorrándonos mucho dinero en impuestos a la vez que consolidamos nuestra inversión —señaló Hadlow—. Quizá nos podría servir incluso como garantía más adelante.

—Es posible, señor presidente, pero mientras tanto, el hecho de que el director ejecutivo no pare de desprenderse de las piezas más comerciales de nuestro catálogo no contribuye a igualar mi hoja de balance…, como tampoco ayuda el hecho de que haya descifrado el código de los subastadores y sepa en todo momento cuál es nuestro precio de reserva.

—Debe entender que no trabaja usted sola, señora Trumper, sino que forma parte de la compañía —dijo Charlie con una sonrisa—. Aunque confieso que nos podríamos haber ahorrado

mucho dinero si no la hubiéramos sacado de Sotheby's.

—Que no conste en acta —intervino el presidente con gesto solemne—. A propósito, ¿cuál es el código de los subastadores?

—Números representados por una serie de letras de una o varias palabras concretas. Por ejemplo, Charlie sería C-1, H-2, A-3…, pero, si se repite alguna letra, hay que ignorarla. De ese modo, quien conozca las dos palabras que estamos usando y tenga acceso a nuestro catálogo sabrá en todo momento cuál es el precio de reserva estipulado para cada obra.

—¿Por qué no cambiamos esas palabras de vez en cuando?

—Porque, una vez descifrado el código, adivinar cuáles son esas palabras es pan comido. De todos modos, se necesitan horas de práctica para echarle un vistazo a QNHH y saber de inmediato que cuesta…

—Mil trescientas libras —dijo Charlie con una sonrisa de satisfacción.

Mientras Becky se esforzaba por estabilizar la situación del número 1, Charlie había adquirido otros cuatro establecimientos, entre ellos la barbería y el puesto de prensa, sin que la señora Trentham se entrometiera en sus planes.

—Sospecho —les dijo a sus compañeros de la junta— que carece de los recursos necesarios para representar una amenaza.

—Hasta que muera su padre —matizó Becky—. Podría enfrentarse al señor Selfridge cuando herede esa fortuna, y entonces Charlie no podrá hacer nada al respecto.

Aunque su marido estaba de acuerdo, le aseguró a la junta que pensaba adquirir el resto de la calle mucho antes de que esa posibilidad se materializara.

—No hay ningún motivo para pensar que a ese hombre no le queden todavía unos cuantos años por delante.

—Lo que me recuerda —dijo el coronel—, que en mayo cumpliré los sesenta y cinco. Creo que sería el momento propicio para renunciar a mi puesto como presidente.

El inesperado anuncio dejó de piedra a Charlie y a Becky, que ni siquiera se habían planteado que el coronel estuviera pensando ya en jubilarse.

—¿No se podría quedar por lo menos hasta los setenta? —preguntó Charlie en voz baja.

—No, Charlie, aunque te agradezco el ofrecimiento. Verás, hace tiempo que le prometí a Elizabeth que pasaríamos nuestros últimos días en su adorada isla de Skye. Y, en cualquier caso, creo que ya va siendo hora de que seas tú el presidente.

El coronel se retiró oficialmente en mayo. Charlie organizó en su honor una fiesta en el Savoy a la que acudieron todos los empleados de la empresa con sus respectivos cónyuges. Con el menú de cinco platos y tres vinos distintos que había encargado, esperaba que el coronel recordara siempre aquella velada.

Cuando la cena hubo tocado a su fin, Charlie se levantó de la silla para brindar por el primer presidente de Trumper's antes de regalarle una pequeña carretilla de plata que contenía una botella de Glenlivet, la marca de whisky favorita del coronel. Todos los empleados aporrearon las mesas, reclamando que el presidente saliente pronunciase unas palabras.

El coronel se puso en pie con la espalda muy recta y comenzó dando las gracias a todos los presentes por sus buenos deseos. Continuó recordándoles que cuando se unió al señor Trumper y

la señorita Salmon en 1920 solo poseían una tienda en Chelsea Terrace, el número 147. Vendía frutas y hortalizas, y la habían adquirido por la espléndida suma de cien libras. Al mirar de reojo a su alrededor, Charlie vio que a muchos de los empleados más jóvenes (y a Daniel, que estrenaba pantalones largos por primera vez) les costaba creer lo que el coronel les estaba contando.

—En estos momentos —continuó sir Danvers— poseemos veinticuatro establecimientos y una plantilla de ciento setenta y dos trabajadores. Hace muchos años le dije a mi esposa que esperaba vivir para ver a Charlie… —Su comentario suscitó risas entre los asistentes—. Para ver al señor Trumper convertido en dueño de toda la calle y creador del carretón más grande del mundo. Ahora estoy seguro de que lo veré. —Se volvió hacia Charlie y levantó su copa—. Le deseo que tenga usted suerte, caballero.

Lo jalearon cuando regresó a su asiento como presidente de la compañía por última vez.

Charlie se levantó para responder.

—Señor presidente —empezó—, quiero que todos los presentes en la sala tengan muy claro que, sin su apoyo, Becky y yo no podríamos haber elevado Trumper's a la posición de la que goza hoy en día. A decir verdad, ni siquiera podríamos haber comprado los números dos y tres. Es un orgullo para mí tomar su testigo y convertirme en el segundo presidente de la compañía; cada vez que tenga que enfrentarme a alguna decisión importante, me lo imaginaré a usted mirando por encima de mi hombro. La última propuesta que ha realizado en calidad de presidente de la empresa se hará efectiva a partir de mañana. Tom Arnold será el nuevo director ejecutivo, y Ned Denning y Bob Makins se unirán a la junta. Porque la política de Trumper's será siempre promover desde dentro.

»Vosotros sois la nueva generación —dijo Charlie, recorriendo con la mirada a sus empleados reunidos en el salón—, y esta es la primera ocasión que habéis tenido de reuniros bajo el mismo techo. Así que permitidnos fijar la fecha en la que todos trabajaremos bajo el mismo techo, Trumper's de Chelsea Terrace. Será… en 1940.

Todos los empleados se pusieron en pie coreando «¡1940!» y vitorearon a su nuevo presidente. Cuando Charlie se sentó, el maestro de ceremonias levantó su bastón de mando para indicar que podía comenzar el baile.

El coronel se levantó de su asiento e invitó a Becky a salir con él a la pista, todavía desierta, para el vals inaugural.

—¿Se acuerda de la primera vez que me sacó a bailar? —dijo Becky.

—Por supuesto que sí. Como diría el señor Hardy, «y en menudo lío nos hemos metido».

—Échele las culpas a él —replicó Becky mientras Charlie pasaba junto a ellos, dirigiendo a Elizabeth Hamilton por la pista de baile.

El coronel sonrió.

—Cuando sea Charlie el que se jubile —musitó el coronel—, el discurso de despedida va a ser espectacular. No consigo imaginarme quién se atreverá a ocupar su lugar.

—¿Quizás una mujer?

27

En 1935, Trumper's al completo celebró el jubileo de plata del rey George V y la reina Mary. Se colgaron carteles y fotos a color de la pareja en los escaparates de todas las tiendas, y Tom Arnold organizó un concurso para ver qué establecimiento preparaba la exposición más original para conmemorar la ocasión.

Charlie se hizo cargo del número 147, pues seguía considerándolo su feudo personal, y con la ayuda de la hija de Bob Makins, que estaba cursando su primer año en la Escuela de Artes de Chelsea, crearon una réplica del rey y la reina con todas las frutas y hortalizas originarias del imperio británico.

Se quedó pálido cuando el jurado (compuesto por el coronel y los marqueses de Wiltshire) les concedió el segundo puesto por detrás de la floristería, que estaba teniendo un éxito arrollador vendiendo ramos de crisantemos rojos, blancos y azules; habían quedado en primer lugar gracias a su gigantesco mapamundi hecho por entero de flores, con el imperio británico representado por rosas carmesíes.

Les dio el día libre a todos los empleados y se llevó a Becky y a Daniel al Mall a las cuatro y media de la madrugada para encontrar un buen sitio desde el que ver cómo el rey y la reina desfilaban desde el palacio de Buckingham a la catedral de St. Paul, donde se celebraría una ceremonia en su honor.

Cuando llegaron al Mall descubrieron que las calles ya estaban cubiertas por los millares de personas que habían pernoctado allí en sacos de dormir, tiendas de campaña o cubiertos por mantas. Las que no estaban desayunando sencillamente permanecían inmóviles como estatuas para que nadie les robara su sitio.

Las horas de espera se pasaron volando mientras Charlie trababa amistad con visitantes procedentes de todos los rincones del imperio. Cuando el desfile dio comienzo por fin, Daniel se quedó mudo de asombro al ver a los distintos soldados que venían de la India, África, Australia, Canadá y treinta y seis países más. Cuando el rey y la reina pasaron frente a ellos en la carroza real, Charlie se puso firme y se quitó el sombrero, acción que repitió cuando los fusileros reales aparecieron tocando el himno de su regimiento. Cuando todos se hubieron perdido de vista, pensó con envidia en Daphne y Percy, que habían sido invitados a asistir a la ceremonia en St. Paul.

Después de que el rey y la reina hubieran vuelto al palacio de Buckingham (con tiempo de sobra para almorzar, como les explicó Daniel a todos los que los rodeaban), los Trumper emprendieron el regreso a casa. Por el camino pasaron por Chelsea Terrace, donde Daniel vio el enorme «segundo puesto» en el escaparate del número 147.

—¿Por qué está eso ahí, papá? —preguntó de inmediato. Su madre disfrutó explicándole el funcionamiento de la competición—. ¿En qué puesto has quedado tú, mamá?

—Diecisiete de veintiséis —dijo Charlie—. Y eso que los tres miembros del jurado eran

amigos de toda la vida.

El rey falleció ocho meses después.

Charlie, que esperaba que con el ascenso al trono de Edward VIII comenzase una nueva era, decidió que por fin había llegado el momento de peregrinar a América.

Anunció el viaje que se proponía hacer en la siguiente reunión de la junta.

—¿Algún problema de consideración que deberá resolverse en mi ausencia? —le preguntó el presidente a su director ejecutivo.

—Todavía estoy buscando a alguien que se haga cargo de la joyería —replicó Arnold— y un par de asistentes para la tienda de ropa de mujer. Por lo demás, ahora mismo todo está bastante tranquilo.

Con la certeza de que Tom Arnold y la junta sabrían defender el fuerte durante el mes que pensaba pasar fuera, Charlie se terminó de convencer de que debería irse ya cuando leyó un artículo sobre los preparativos para la botadura del *Queen Mary*. Reservó un camarote para dos en su viaje inaugural.

Becky pasó cinco días maravillosos a bordo del *Queen* en el trayecto de ida, y la alegró descubrir que incluso su marido empezaba a relajarse cuando comprendió que le iba a resultar imposible ponerse en contacto con Tom Arnold, o incluso con Daniel, que estaba aclimatándose a su primer internado. De hecho, cuando Charlie aceptó el hecho de que no iba a poder incordiar a nadie, pareció pasárselo en grande al descubrir las distintas actividades que ofrecía el crucero a los hombres como él: con un ligero sobrepeso, de mediana edad y bajos de forma.

El majestuoso *Queen* atracó un lunes por la mañana en el puerto de Nueva York, donde lo recibió una multitud de miles de personas; Charlie no pudo evitar pensar en la experiencia tan distinta que debían de haber vivido los peregrinos originales que viajaron a bordo del *Mayflower*, sin comité de bienvenida e inseguros sobre la reacción de los nativos. Aunque, a decir verdad, tampoco Charlie sabía muy bien qué esperar de estos nativos.

Por recomendación de Daphne, Charlie había reservado una habitación en el Waldorf Astoria, pero cuando Becky y él hubieron terminado de deshacer las maletas, ya no había ninguna necesidad de quedarse sentado y seguir relajándose. Se levantó a las cuatro y media a la mañana siguiente, y al hojear el *New York Times* leyó el nombre de la señora Wallis Simpson por primera vez. Tras devorar los periódicos, salió del hotel y recorrió la Quinta Avenida de arriba abajo, fijándose en las distintas exposiciones de los escaparates. No tardó en quedarse absorto con la creatividad y originalidad de los comerciantes de Manhattan en comparación con sus equivalentes de Oxford Street.

A las nueve en punto, en cuanto abrieron las tiendas, pudo continuar explorando con más minuciosidad todavía. Esta vez se dedicó a recorrer de arriba abajo los pasillos de las elegantes tiendas que había prácticamente en todas las esquinas. Examinó el género, observó a los empleados e incluso siguió a algunos clientes por el interior de los establecimientos para ver qué compraban. Al finalizar cada una de aquellas tres primeras jornadas en Nueva York, regresaba por la noche al hotel sintiéndose exhausto.

No fue hasta la tercera mañana cuando Charlie, que ya había completado su recorrido por la Quinta Avenida y Madison, se desplazó a Lexington, donde descubrió Bloomingdale’s, y a partir de ese momento Becky comprendió que había perdido a su marido para el resto de su estancia en

Nueva York.

Charlie se pasó el primer par de horas sin hacer nada más que subir y bajar por las escaleras mecánicas, hasta que se hubo familiarizado por completo con la distribución del edificio. Empezó a estudiar cada una de las plantas a continuación, departamento por departamento, sin parar de tomar apuntes. En la primera planta vendían perfumes, joyas y artículos de cuero; en la segunda, ropa de hombre; la de mujer estaba en la tercera; en la cuarta planta se encontraban los artículos para el hogar, y así una tras otra hasta encontrar las oficinas de la empresa en la número doce, discretamente ocultas tras un cartel de «prohibido el acceso». Charlie se quedó con las ganas de ver cómo era la distribución de ese piso.

Dedicó el cuarto día a analizar con detenimiento la posición de los distintos mostradores, cuya organización individual quedó reflejada en los bocetos de su libreta. Aquella mañana, al subir a las escaleras mecánicas para subir a la tercera planta, se encontró con que dos jóvenes de aspecto atlético le bloqueaban el paso. A Charlie no le quedó más remedio que detenerse ante ellos, si no quería bajar por las escaleras en el sentido contrario.

—¿Ocurre algo?

—No estamos seguros, señor —dijo uno de los dos fortachones—. Somos los detectives del establecimiento, y nos preguntábamos si tendría usted la amabilidad de venir con nosotros.

—Encantado —dijo Charlie, incapaz de dilucidar cuál podía ser el problema.

Subieron al ascensor, lo escoltaron a una planta en la que no había tenido ocasión de husmear hasta entonces y recorrieron un largo pasillo que desembocaba en una puerta sin distintivos tras la que había una habitación espartana. No había cuadros en las paredes ni alfombra en el suelo, y el único mobiliario consistía en tres sillas de madera y una mesa. Lo dejaron a solas. Instantes después se reunieron con él dos hombres mayores.

—¿Le importaría contestar a unas pocas preguntas, caballero? —preguntó el que era más alto.

—En absoluto —replicó Charlie, desconcertado por el trato tan extraño que le estaban dispensando.

—¿De dónde es usted? —preguntó el primero.

—De Inglaterra.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí? —quiso saber el segundo.

—En la travesía inaugural del *Queen Mary*. —Charlie vio que su respuesta parecía haberlos puesto nerviosos.

—En tal caso, señor, ¿por qué lleva dos días paseándose por toda la tienda, apuntando cosas, sin comprar ni un solo artículo?

A Charlie se le escapó una carcajada.

—Porque soy el propietario de veintiséis tiendas en Londres —les explicó—. Solo quería comparar la forma que tienen de hacer las cosas en América con la forma en que yo dirijo mis negocios en Inglaterra.

Los dos hombres empezaron a cuchichear entre ellos.

—¿Le importaría decirnos cómo se llama usted, caballero?

—Trumper, Charlie Trumper.

Uno de los hombres se levantó y salió de la habitación. Charlie tuvo el presentimiento de que no se habían creído su historia, lo que hizo que se acordara de cuando le había hablado a Tommy de su primera tienda. El hombre que permanecía sentado frente a él no abrió la boca, por lo que

ambos aguardaron en silencio varios minutos antes de que abriera la puerta de golpe un caballero alto y elegantemente vestido con un traje marrón oscuro, zapatos también marrones y una corbata dorada. El recién llegado corrió prácticamente al encuentro de Charlie para darle un abrazo.

—Acepte usted nuestras más sinceras disculpas, señor Trumper —fue lo primero que dijo—. No teníamos ni idea de que estuviera usted en Nueva York, y mucho menos en nuestro establecimiento. Soy John Bloomingdale, el propietario de esta humilde tienda que, por lo que tengo entendido, ha estado usted inspeccionando.

—En efecto —replicó Charlie.

Antes de que pudiera decir otra palabra, el señor Bloomingdale añadió:

—Me parece justo, porque yo también he visitado sus famosas tiendas de Chelsea Terrace, de las que me llevé prestadas un par de excelentes ideas.

—¿De Trumper's? —preguntó Charlie, desconcertado.

—Oh, por supuesto. ¿No ha visto la bandera de los Estados Unidos en el escaparate principal, con los cuarenta y ocho estados representados por flores distintos colores?

—Bueno, sí —empezó Charlie—, pero…

—Le robé esa idea cuando mi esposa y yo fuimos a Inglaterra para ver el jubileo de plata. Así que considéreme en deuda con usted, caballero.

Los dos detectives sonreían ahora.

Esa noche, Becky y Charlie quedaron para cenar con los Bloomingdale en su casa de la 61 con Madison, donde su anfitrión se quedó hasta las tantas respondiendo a las innumerables preguntas de Charlie.

Al día siguiente, John Bloomingdale acompañó a Charlie en una visita guiada por «su tiendecita» mientras su mujer, Patty, llevaba a Becky al Museo Metropolitano y el Frick, donde la acribilló a preguntas sobre la señora Simpson. Preguntas para las que Becky no tenía respuesta, puesto que no había oído hablar de esa mujer hasta que desembarcó en América.

A los Trumper les apenó tener que despedirse de los Bloomingdale antes de tomar el tren en el que habrían de proseguir su viaje a Chicago, donde tenían una habitación reservada en el Stevens. A su llegada a la ciudad de los vientos descubrieron que los esperaba una suite y que el señor Joseph Field, de Marshall Field, les había dejado una nota de su puño y letra en la que expresaba su deseo de que pudieran quedar con él para cenar al día siguiente.

Ya en el hogar de los Field, en Lake Shore Drive, Charlie le recordó al señor Field el anuncio en el que afirmaba que su tienda era la más grande del mundo, y le advirtió que Chelsea Terrace le ganaba por dos metros de largo.

—Ah, pero ¿le dejarán construir veintiún pisos, señor Trumper?

—Veintidós —replicó Charlie, pese a no tener ni la más remota idea de las dimensiones autorizadas por el consejo del condado de Londres.

Al día siguiente, Charlie continuó expandiendo sus conocimientos sobre grandes almacenes al recorrer el interior de Marshall Field's. Lo admiró especialmente el hecho de que los empleados dieran la impresión de formar un auténtico equipo, con las chicas vestidas con elegantes uniformes verdes con las iniciales «MF» bordadas en las solapas con hilo dorado y los supervisores con trajes de color gris. Los jefes de sección, por su parte, se distinguían por sus chaquetas azul marino.

—Así los clientes pueden encontrar fácilmente a cualquiera de mis empleados cuando necesitan que alguien les eche una mano —explicó el señor Field—, sobre todo si el establecimiento está abarrotado de gente.

Mientras Charlie se quedaba fascinado con las estrategias de Marshall Field, Becky pasaba horas en el Instituto de Arte de Chicago, de donde salió especialmente fascinada por las obras de Wyeth y Remington; en su opinión, deberían realizarse exposiciones de ambos en Londres. Regresó a Inglaterra con una muestra de cada artista en sendas maletas compradas a tal efecto, aunque el público británico no vería ni el lienzo ni la escultura hasta varios años más tarde porque, una vez desembalados, Charlie no quería perderlos de vista y se opuso a que salieran de casa.

Al finalizar el mes, los dos estaban rendidos y seguros de una sola cosa: querían volver a los Estados Unidos una y otra vez, aunque les preocupaba no ser capaces de igualar la hospitalidad que les habían prodigado en ese país si los Field o los Bloomingdale decidían dejarse caer por Chelsea Terrace algún día. Sin embargo, Joseph Field le pidió un pequeño favor a Charlie, del que este prometió encargarse personalmente en cuanto llegara a Londres.

Los rumores sobre la aventura del rey con la señora Simpson, tan minuciosamente detallada por la prensa americana, empezaban a llegar ya a oídos de los ingleses, y a Charlie le apenó que el monarca terminara considerando preciso anunciar que abdicaba. La inesperada responsabilidad recayó sobre los poco preparados hombros del duque de York, que se convirtió en el rey George VI.

La otra noticia de primera plana que Charlie seguía con atención era el ascenso al poder de Adolf Hitler en la Alemania nazi. Jamás lograría entender por qué su jefe de Gobierno, el señor Chamberlain, no se dejaba de zarandajas y le arreaba un buen mamporro a ese hombre.

—Porque Neville Chamberlain es el primer ministro —le explicó Becky a su marido mientras desayunaban—, no un carretillero del East End.

—Con más motivo —dijo Charlie—. Si *herr* Hitler pusiera un pie en Whitechapel, se llevaría una buena.

Tom Arnold, que no tenía nada destacable de lo que informar a su jefe cuando este volvió de los Estados Unidos, enseguida notó el efecto que la visita a América había surtido en su presidente por el incesante bombardeo de órdenes e ideas que cayó sobre él desde todos los frentes en los próximos días.

—El Comité de Comercio —advirtió Arnold al presidente durante la reunión del lunes por la mañana, después de que Charlie hubiera terminado de enumerar por enésima vez las virtudes de América— está considerando seriamente el efecto que una guerra con Alemania podría tener sobre los negocios.

—No me extraña —dijo Charlie mientras se sentaba tras su escritorio—. Conciliadores, hasta el último de ellos. De todos modos, los alemanes no le declararán la guerra a ningún aliado británico…, no se atreverían. Al fin y al cabo, no se les puede haber olvidado la paliza que les pegamos la última vez. Bueno, ¿qué otros problemas tenemos?

—Yéndonos a lo práctico —replicó Tom desde el otro lado de la mesa—, todavía no he encontrado a la persona adecuada para llevar la joyería cuando Jack Slade se jubile.

—Pues empieza a poner anuncios en las bolsas de trabajo y avísame antes de hablar con

cualquier candidato. ¿Algo más?

—Sí, el señor Ben Schubert ha estado preguntando por usted.

—¿Y qué quiere?

—Es un refugiado judío que viene de Alemania, pero no me ha dicho para qué quiere verlo.

—Concierta una cita con él la próxima vez que se ponga en contacto contigo.

—Está sentado en la sala de espera ahora mismo.

—¿En la sala de espera? —preguntó Charlie, desconcertado.

—Sí. Viene todas las mañanas y se queda ahí sentado, en silencio.

—Pero ¿no le explicaste que yo estaba en América?

—Claro que sí —dijo Tom—. Sin embargo, no pareció importarle un comino.

—El sufrimiento es la marca de nuestra tribu… —murmuró Charlie—. Dile a ese hombre que pase.

Una figura menuda, encorvada y con aspecto cansado que Charlie calculó que no debía de tener muchos más años que él entró en el despacho y esperó a que le pidieran que se sentase. Charlie se levantó y condujo al visitante hasta una butaca que había junto a la chimenea antes de preguntarle en qué le podía ayudar.

El señor Schubert dedicó unos instantes a explicarle a Charlie cómo había escapado de Hamburgo con su esposa y sus dos hijas, después de que muchos de sus amigos hubieran sido enviados a los campos de concentración para no volver a saberse de ellos.

Charlie escuchó sin pronunciar palabra el relato de las experiencias sufridas por el señor Schubert a manos de los nazis. La huida del hombre y su descripción de lo que estaba sucediendo en Alemania, mucho más vívidas que cualquiera de las crónicas publicadas por los periódicos en los últimos meses, parecían extraídas directamente de las páginas de una novela de John Buchan.

—¿Cómo puedo ayudarle? —preguntó Charlie cuando le pareció que el señor Schubert había terminado de contarle su angustioso relato.

El refugiado sonrió por primera vez, revelando dos dientes de oro. Agarró el maletín que reposaba en el suelo a su lado, lo dejó encima del escritorio de Charlie y lo abrió muy despacio. Charlie se quedó mirando fijamente la colección de piedras preciosas más impresionante que hubiera visto en su vida, diamantes y amatistas, algunas de ellas en monturas espectaculares. Su visitante levantó a continuación lo que resultó no ser más que una bandeja muy fina para mostrarle más piedras sueltas, rubíes, topacios, diamantes, perlas y jade que ocupaban por completo la caja.

—Esto solo es una pequeña muestra de lo que he tenido que dejar atrás, en un negocio fundado por mi padre y por el suyo antes que él. Ahora me veo obligado a vender todo lo que me queda para que mi familia no se muera de hambre.

—¿Trabajaba usted en una joyería?

—Durante veintiséis años —replicó el señor Schubert—. Toda mi vida.

—¿Y cuánto espera obtener a cambio de este lote? —Charlie apuntó al maletín abierto.

—Tres mil libras —dijo sin titubear el señor Schubert—. Es mucho menos de lo que valen, pero ya no tengo tiempo ni fuerzas para regatear.

Charlie abrió el cajón de su mano derecha, sacó una chequera y escribió las palabras: «Páguese al señor Schubert la cantidad de tres mil libras». Deslizó la hoja sobre la mesa.

—Pero si no ha comprobado usted su valor —dijo el señor Schubert.

—No me hace falta. —Charlie se levantó de la silla—. Porque las va a vender usted como encargado de mi joyería. Lo que también significa que deberá responder personalmente ante mí si no alcanzan el precio que usted asegura que tienen. Hablaremos de su comisión cuando me haya devuelto este adelanto.

El rostro del señor Schubert se iluminó con una sonrisa.

—Les enseñan bien en el East End, señor Trumper.

—Hay muchos de los suyos allí, por lo que no podemos dormirnos en los laureles —repuso Charlie con una sonrisa—. Y no olvide que mi suegro se contaba entre ellos.

Ben Schubert se incorporó y le dio un abrazo a su nuevo jefe.

Lo que Charlie no había previsto era la cantidad de refugiados judíos que terminarían recalando en la joyería de Trumper's, donde el señor Schubert cerraría tantos y tan lucrativos acuerdos que Charlie no tendría que volver a preocuparse jamás por esa faceta de su negocio.

Debía de ser una semana más tarde cuando Tom Arnold entró sin llamar en el despacho del presidente. Charlie se dio cuenta enseguida de que su director ejecutivo estaba hecho un manojo de nervios, por lo que se limitó a preguntar:

—¿Qué ocurre, Tom?

—Un robo.

—¿Dónde?

—En el número 133…, la tienda de ropa de mujer.

—¿Qué se han llevado?

—Dos pares de zapatos y una falda.

—Pues sigue el procedimiento habitual estipulado en las normas de la compañía. Lo primero que debes hacer es llamar a la policía.

—No es tan sencillo.

—Por supuesto que sí. Un robo es un robo.

—Pero la mujer dice…

—¿Que su madre de noventa años se está muriendo de cáncer, por no mencionar que todos sus hijos tienen alguna minusvalía?

—No…, que es su hermana.

Charlie se reclinó en la silla, se quedó pensativo un momento y exhaló un hondo suspiro.

—¿Qué has hecho?

—Todavía nada. Le pedí al encargado que esperase hasta que yo hubiera hablado con usted.

—Bueno, pues en marcha. —Charlie se levantó y se dirigió con paso decidido a la puerta.

Ninguno de los dos volvió a abrir la boca hasta que llegaron al número 133, donde un gerente preocupado los esperaba junto a la puerta.

—Lo siento, señor presidente —fue lo primero que dijo Jim Grey.

—No tienes por qué disculparte, Jim —replicó Charlie mientras lo conducían a la trastienda, donde encontraron a Kitty sentada a una mesa, polvera en mano, repasándose el pintalabios con la ayuda de un espejito.

En cuanto vio a Charlie, cerró la polvera de golpe y la dejó caer en su bolso. Encima de la mesa, ante ella, había dos pares de elegantes zapatos de cuero y una falda plisada de color morado. Era evidente que Kitty seguía teniendo buen gusto, puesto que toda su selección

pertenecía a la gama más cara. Le dedicó una sonrisa a su hermano. El pintalabios no contribuía a reforzar su presunta inocencia.

—Ahora que ha llegado el jefazo —dijo Kitty, fulminando con la mirada a Jim Grey—, quizá por fin te creas quién soy.

—Una ladrona —dijo Charlie—. Eso es lo que eres.

—Venga ya, Charlie, te lo puedes permitir. —No había ni rastro de remordimiento en su voz.

—Esa no es la cuestión, Kitty. Si te…

—Si me llevaras a los tribunales acusada de robo, la prensa enloquecería. No te atreverías nunca a permitir que me arresten, Charlie, y lo sabes.

—Esta vez es posible que no, pero te juro que será la última. —Charlie se giró hacia el gerente y añadió—: Si esta señorita intenta marcharse sin pagar en cualquier otra ocasión, llame a la policía y asegúrese de que la detengan sin mencionar para nada mi nombre. ¿Ha quedado claro, señor Grey?

—Sí, señor.

—Sí, señor. No, señor. Tres bolsas llenas, señor. No te preocupes, Charlie, no volveré a molestarte.

Charlie no parecía muy convencido.

—Verás, la semana que viene me iré a Canadá, donde por lo visto hay al menos un miembro de nuestra familia al que todavía le importa lo que sea de mí.

Charlie se disponía a protestar cuando Kitty agarró la falda y los zapatos y lo metió todo en su bolso. Se abrió paso a través de los tres hombres.

—Un momento —dijo Tom Arnold.

—Que te den —dijo Kitty por encima del hombro mientras cruzaba la tienda.

Tom se giró hacia el presidente, que se quedó paralizado viendo cómo su hermana salía a la calle sin tan siquiera mirar atrás.

—No le des más importancia, Tom. No merece la pena.

El 30 de septiembre de 1938 el primer ministro regresó de Múnich, donde había estado dialogando con el canciller alemán. Charlie seguía sin estar muy convencido de que el documento llamado «Paz para nuestros tiempos, paz con honor» que Chamberlain no se cansaba de agitar ante las cámaras fuese a servir para algo, puesto que, después de haber escuchado personalmente la descripción de Ben Schubert de lo que estaba sucediendo en el Tercer Reich, se había convencido de que la guerra con Alemania era inevitable. En el parlamento ya se había hablado de introducir el reclutamiento obligatorio para todos los varones mayores de veinte, y con Daniel cursando su último curso en St. Paul, esperando a presentar su solicitud de ingreso en la universidad, Charlie no toleraba la idea de perder a su hijo en otra guerra con los alemanes. Sus temores no hicieron sino aumentar unas semanas después, cuando Daniel recibió una beca para estudiar en el Trinity College de Cambridge.

Hitler invadió Polonia el 1 de septiembre de 1939, y Charlie comprobó que las historias de Ben Schubert no eran exageradas. Dos días más tarde, Gran Bretaña estaba en guerra de nuevo.

Las primeras semanas posteriores al inicio de las hostilidades transcurrieron envueltas en una calma casi anticlimática, y de no ser por el descenso en las ventas y por el número cada vez mayor de hombres uniformados que se veían por Chelsea Terrace, Charlie podría haber tenido

excusa para pensar que el conflicto no afectaba en absoluto a Inglaterra.

Durante esa época, el único establecimiento que se puso en venta fue el restaurante del señor Scallini. Charlie le ofreció un precio justo y el hombre lo aceptó sin rechistar antes de regresar a su Florencia natal. Tuvo más suerte que muchos que acabaron internados por la única razón de poseer un apellido alemán o italiano. Charlie cerró el local de inmediato, pues no sabía muy bien qué hacer con él en esos momentos; en 1940, salir a cenar no estaba en la lista de prioridades de los londinenses. Después del traspaso de Scallini, ya solo quedaban en manos de otros comerciantes la tienda de libros antiguos y el sindicato presidido por el señor Wrexall. Sin embargo, la relevancia del bloque de pisos desocupados de la señora Trentham era cada vez más evidente para todos conforme pasaban los días.

El falso sentimiento de calma terminó el 7 de septiembre de 1940, cuando la Luftwaffe ejecutó su primer bombardeo indiscriminado sobre la capital. Después de aquello, los londinenses empezaron a abandonar el país en oleadas. Charlie, que seguía resistiéndose a dar su brazo a torcer, llegó incluso a ordenar que se colgaran carteles con la leyenda «Abierto como de costumbre» en los escaparates de todas sus tiendas. De hecho, la única concesión que le hizo a *herr* Hitler fue trasladar su dormitorio al sótano y cambiar todas las cortinas por otras de color negro.

Dos meses más tarde, en plena noche, un alguacil de guardia despertó a Charlie para informarle de que había caído la primera bomba sobre Chelsea Terrace. Salió de su hogar en los Little Boltons y corrió por toda Tregunter Road, en pijama y con zapatillas, para inspeccionar los desperfectos.

—¿Algún muerto? —preguntó sobre la marcha.

—Que nosotros sepamos, no —replicó el alguacil mientras se esforzaba por igualar su ritmo.

—¿En qué tienda ha caído la bomba?

—No le puedo dar ninguna respuesta, señor Trumper. Solo sé que es como si todo el Terrace estuviera siendo pasto de las llamas.

Unas llamas cegadoras y una densa columna de humo que se elevaba hacia el cielo recibieron a Charlie cuando este dobló la esquina de Fulham Road. La bomba había caído justo en el centro de los pisos de la señora Trentham, arrasándolos por completo; al mismo tiempo, el techo de la sombrerería había sufrido desperfectos y otras tres de las tiendas de Charlie habían sufrido daños en los escaparates.

Cuando los bomberos por fin se fueron del Terrace, lo único que quedaba de los apartamentos era un cascarón gris, hueco y humeante en el centro de la calle. Con el paso de las semanas, Charlie se dio cuenta de que la señora Trentham no tenía la menor intención de hacer nada con el montón de escombros que ahora dominaba el corazón de Chelsea Terrace.

En mayo de 1940 el señor Churchill tomó el relevo del señor Chamberlain como primer ministro, lo que le inspiró a Charlie un poco más de confianza sobre el futuro. Llegó incluso a confesarle a Becky que estaba pensando en alistarse de nuevo.

—Pero ¿tú te has mirado últimamente en el espejo? —replicó su esposa, riéndose.

—Me podría poner en forma otra vez, lo sé —dijo Charlie mientras encogía el estómago—. De todas formas, los soldados no hacen falta solo en el frente.

—Puedes realizar un servicio mucho más útil manteniendo estas tiendas abiertas y

abastecidas para el resto de la población.

—Arnold se podría encargar de eso sin mi ayuda. Además, es quince años mayor que yo.

Sin embargo, Charlie aceptó a regañadientes que Becky tenía razón cuando Daphne les contó que Percy se había reincorporado a su antiguo regimiento.

—Gracias a Dios, le han dicho que está demasiado mayor para servir en el extranjero esta vez —les confesó—. Así que le han dado un puesto administrativo en la Oficina de Guerra.

Al día siguiente, por la tarde, mientras Charlie inspeccionaba las reparaciones tras otra noche de bombardeos, Tom Arnold le advirtió que el comité de Syd Wrexall había empezado a hablar de vender las once tiendas restantes además del mismísimo Musketeer.

—No tenemos ninguna prisa —dijo Charlie—. Dentro de un año estará regalando esos establecimientos.

—Pero para entonces la señora Trentham podría haberlos adquirido todos a precio de saldo.

—No lo hará, no mientras estemos librando esta guerra. En cualquier caso, la condenada sabe perfectamente que, mientras ese dichoso cráter siga estando en pleno centro de Chelsea Terrace, tengo las manos atadas.

—Oh, rayos —dijo Tom al oír el ensordecedor alarido de las sirenas—. Deben de volver a la carga.

—Seguro que sí —murmuró Charlie, con la mirada fija en el cielo—. Será mejor que te lleves al sótano a todos los empleados…, y rápido.

Charlie salió corriendo a la calle, donde un vigilante del cuerpo de Precauciones contra Incursiones Aéreas daba vueltas en bicicleta por el centro de la carretera, voceando instrucciones para que todo el mundo se dirigiera al refugio antiaéreo más cercano lo antes posible. Tom Arnold había adiestrado a sus gerentes para que cerraran las tiendas y pusieran a sus clientes y sus trabajadores a salvo en el sótano, equipados con linternas y un pequeño suministro de alimentos, en cuestión de cinco minutos. Charlie no podía evitar acordarse de la huelga general. Sentado en el espacioso almacén del número 1, esperando a que los avisaran de que ya había pasado el peligro, Charlie paseó la mirada por aquella congregación de compatriotas londinenses y se dio cuenta del gran número de jóvenes empleados que ya se habían ido de Trumper's para unirse al ejército. Le quedaban menos de dos terceras partes de su plantilla permanente, compuesta por mujeres en su mayoría.

Algunas acunaban niños pequeños en sus brazos, en tanto otras intentaban conciliar el sueño. En una esquina, dos clientes habituales jugaban al ajedrez como si la guerra no fuese más que un inconveniente pasajero. Un par de muchachas ensayaban el paso de baile de moda en un pequeño espacio despejado en el centro del sótano, mientras que otros se limitaban a dormir.

Todos podían oír las bombas que caían sobre sus cabezas, y Becky le dijo a Charlie que estaba segura de que una había explotado muy cerca de allí.

—¿En el pub de Syd Wrexall, por casualidad? —preguntó Charlie, intentando disimular una sonrisa—. Así aprenderá a no racanear tanto con las bebidas.

Cuando sonó por fin la sirena que indicaba que ya había pasado el peligro, salieron al aire nocturno cargado de polvo y cenizas.

—Tenías razón sobre lo del pub de Syd Wrexall —dijo Becky con la mirada fija en el extremo más alejado de la calle, pero Charlie no estaba pendiente del Musketeer.

Transcurridos unos instantes, Becky se giró para ver qué era lo que acaparaba la atención de

su esposo. Una bomba había impactado de lleno en su tienda de frutas y hortalizas.

—Malnacidos —masculló Charlie—. Esta vez se han pasado. Ahora sí que me alisto.

—Pero ¿qué conseguirías con eso?

—Ni idea —dijo Charlie—, pero por lo menos me sentiré implicado en esta guerra y no como un mero espectador.

—¿Y qué hay de las tiendas? ¿Quién va a encargarse de ellas?

—Arnold se puede ocupar en mi ausencia.

—Pero ¿qué pasa con Daniel y conmigo? ¿También va a cuidar Tom de nosotros? —preguntó su mujer, levantando la voz.

Charlie guardó silencio un momento mientras sopesaba las palabras de Becky.

—Daniel ya es mayorcito y no necesita que nadie cuide de él, y tú estarás ocupada a tiempo completo trabajando para que Trumper's se mantenga a flote. Así que ni una palabra más, Becky. La decisión ya está tomada.

Después de aquello, su esposa no pudo decir ni hacer nada para que Charlie cejara en su empeño. Para su sorpresa, los fusileros se mostraron encantados de acoger en sus filas a su antiguo sargento y lo enviaron de inmediato a un campamento de instrucción cerca de Cardiff.

Con Tom Arnold como preocupado testigo, Charlie se despidió de Becky con un beso, de su hijo con un abrazo y de su director ejecutivo con un apretón de manos antes de decirles adiós a los tres.

Camino de Cardiff, a bordo de un tren lleno de muchachos barbilampiños no mucho mayores que Daniel (la mayoría de los cuales se empeñaban en llamarlo «señor»), Charlie notó que se le echaban los años encima. Una vapuleada camioneta recibió a los nuevos reclutas en la estación y los transportó al barracón.

—Me alegra tenerlo de vuelta, Trumper —oyó que decía una voz al pisar un campo de prácticas por primera vez en más de veinte años.

—Stan Russell. Santo cielo, ¿ahora eres el sargento mayor del ejército? Pero si todavía eras soldado de primera la última vez que…

—En efecto, señor —dijo Stan. Su voz se convirtió en un susurro—: Me encargaré de que no te traten igual que a los otros, amigo.

—No, Stan, ni se te ocurra. Necesito el mismo trato y más —dijo Charlie, sujetándose la barriga con las dos manos.

Aunque los instructores se apiadaban más de él que del resto de los reclutas, la primera semana de adiestramiento básico supuso para Charlie un doloroso recordatorio de la falta de ejercicio que había caracterizado su vida en los veinte últimos años. Cuando tenía hambre, comprobó rápidamente lo poco apetitoso que era el menú ofrecido por las Fuerzas Armadas, mientras que intentar conciliar el sueño todas las noches en una cama de muelles implacables contenidos por un colchón de crin de caballo de cinco centímetros de grosor tampoco contribuía a que *herr* Hitler le cayera mejor.

Charlie fue ascendido a cabo al finalizar la segunda semana, y le dijeron que, si deseaba quedarse en Cardiff en calidad de instructor, lo nombrarían inmediatamente oficial de formación con el rango de capitán.

—Es de esperar que los alemanes desembarque en Cardiff, ¿verdad, muchacho? —fue su respuesta—. No sabía que jugaran al rugby.

Sus palabras exactas sobre el tema fueron transmitidas al oficial al mando, por lo que Charlie continuó siendo cabo hasta completar el adiestramiento básico. Al llegar la octava semana lo habían ascendido a sargento y tenía su propio pelotón que poner en forma y preparar para cualquiera que fuese el destino que les iban a dar. A partir de ese momento no había competición, ni de tiro al blanco ni de boxeo, en la que permitiera perder a sus hombres, y durante las cuatro semanas siguientes los «Terriers de Trumper» sentaron el precedente al que aspiraba el resto del batallón.

Cuando solo les faltaban diez días para completar el adiestramiento, Stan Russell informó a Charlie de que el batallón iba a ir a África, donde se reuniría con Wavell en el desierto. Charlie recibió la noticia con entusiasmo, puesto que admiraba la reputación del General Poeta desde hacía tiempo.

El sargento Trumper pasó la mayor parte de aquella última semana ayudando a sus chicos a escribirles cartas a sus familias y novias. Por su parte, no echó mano de la pluma hasta el último momento. A falta de una semana para partir, le confesó a Stan que no estaba preparado para enfrentarse a los alemanes en nada más serio que un combate dialéctico.

Se encontraba en plena demostración del funcionamiento de una ametralladora ligera Bren con pelotón, explicando cómo se amartillaba y recargaba, cuando un teniente llegó corriendo hasta él con las facciones congestionadas.

—Trumper.

—Señor —dijo Charlie, poniéndose firme de un salto.

—El comandante lo quiere ver sin demora.

—Sí, señor. —Charlie le ordenó a su cabo que continuara con las prácticas y se alejó corriendo detrás del teniente—. ¿A qué viene tanta prisa?

—A que el comandante también estaba corriendo cuando vino a buscarme.

—En tal caso —replicó Charlie—, debe de tratarse de un caso de alta traición, por lo menos.

—Sabe Dios de qué se trata, sargento, pero enseguida lo averiguará —dijo el teniente mientras llegaban a la puerta del comandante. El teniente, seguido de cerca por Charlie, entró en la oficina del coronel sin llamar.

—Sargento Trumper, número 7312087, presente…

—Déjate de memeces, Trumper —lo atajó el coronel, que deambulaba de un lado a otro golpeándose el muslo con su bastón de mando—. Mi coche lo está esperando en la puerta. Se va usted a Londres.

—¿A Londres, señor?

—Sí, Trumper, a Londres. Acabo de hablar por radio con el señor Churchill. Quiere verlo lo antes posible.

28

El chófer del coronel hizo todo cuanto estaba en su mano por conseguir que el sargento Trumper llegara a Londres lo antes posible, aplastando el acelerador bajo la suela de su bota una y otra vez en un intento porque la aguja no bajara de los ciento treinta por hora. Sin embargo, puesto que obstaculizaban continuamente su ruta los convoyes de tropas, los camiones de transporte e incluso, en un momento dado, una columna de tanques Warrior, la misión representaba un auténtico desafío. Cuando Charlie llegó por fin a Chiswick, en las afueras de Londres, lo recibió primero un apagón general, después una incursión aérea, a continuación un «todo despejado», y más adelante una interminable sucesión de puntos de control que lo acompañaron hasta Downing Street.

Pese a haber tenido seis horas para pensar en el porqué de que el señor Churchill quisiera verlo precisamente a él, cuando el vehículo se detuvo delante del número 10 Charlie seguía sin estar más cerca de llegar a una conclusión que cuando salió de los barracones de Cardiff.

Tras explicarle quién era al policía que vigilaba la puerta, el agente consultó su carpeta y dio un golpe seco con la aldaba de bronce antes de invitar al sargento Trumper a pasar al pasillo. La primera reacción de Charlie al estar dentro del número 10 fue de sorpresa al descubrir lo pequeña que era la casa en comparación con el hogar de Daphne en Eaton Square.

Una joven oficial de la armada recibió al sargento de mediana edad antes de conducirlo a una antesala.

—El primer ministro está hablando con el embajador estadounidense en estos momentos —le explicó la mujer—. Pero su encuentro con el señor Kennedy no debería durar mucho más.

—Gracias —dijo Charlie.

—¿Le apetece una taza de té?

—No, gracias. —Charlie estaba demasiado nervioso como para pensar en tomar el té ahora. Cuando la mujer hubo cerrado la puerta, agarró un ejemplar de *Lilliput* de una mesita de centro y la hojeó sin esforzarse por leer las palabras.

Tras haber visto por encima todas las revistas que había en la mesa (más antiguas incluso que las de su dentista), empezó a interesarse por los cuadros de la pared. Wellington, Palmerston y Disraeli: todos ellos retratos de segunda que Becky ni siquiera se habría molestado en poner a la venta en el número 1. Becky… Santo cielo, pensó, ni siquiera sabe que estoy en Londres. Miró fijamente el teléfono del aparador, consciente de que no podía llamarla desde el número 10. Frustrado, empezó a recorrer la habitación sintiéndose como un paciente esperando a que el médico le dijera si su diagnóstico era terminal. La oficial de la armada abrió la puerta de súbito.

—El primer ministro lo verá ahora, señor Trumper —dijo antes de proceder a guiarlo por una estrecha escalera, pasando ante las fotografías enmarcadas de los antiguos primeros ministros. Para cuando llegaron a Chamberlain, Charlie se encontró en el rellano frente a un hombre de un metro con setenta y cinco centímetros de alto que lo observaba fijamente, desafiante, con las

piernas separadas y los brazos en jarras.

—Trumper —dijo Churchill, tendiéndole la mano—. Me alegra que haya podido acudir con tan poco tiempo de antelación. Espero no haberlo distraído de nada importante.

Tan solo unas maniobras con la Bren, pensó Charlie, que decidió no mencionar ese hecho mientras seguía a la bamboleante figura hasta su estudio. Churchill le indicó a su invitado que se sentara en una cómoda silla con brazos junto a la chimenea encendida; Charlie contempló los troncos en llamas y se acordó de los estrictos discursos del primer ministro sobre el despilfarro de carbón en la nación.

—Se preguntará usted de qué va todo esto —dijo el primer ministro mientras se encendía un puro y abría la carpeta que sujetaba apoyada contra su rodilla. Empezó a leer.

—Sí, señor —dijo Charlie, aunque su respuesta no suscitó ninguna explicación. Churchill continuó leyendo las abundantes notas que tenía delante.

—Veo que tenemos algo en común.

—¿Sí, primer ministro?

—Los dos luchamos en la Primera Guerra Mundial.

—La guerra que iba a acabar con todas las guerras.

—Sí, Wilson se equivocó otra vez, ¿no? —dijo Churchill—. Por otra parte, qué se podría esperar de un político. —El primer ministro se rio por lo bajo antes de seguir leyendo los documentos. Levantó la cabeza de repente—. Sin embargo, usted y yo tenemos un papel mucho más importante que representar en esta guerra, Trumper, y no puedo permitir que malgaste su tiempo enseñándoles a los reclutas de Cardiff cómo se maneja una Bren.

El muy zorro lo sabía todo desde el principio, pensó Charlie.

—Cuando un país está en guerra, Trumper —dijo el primer ministro, cerrando la carpeta—, la gente se imagina que la victoria estará garantizada mientras tengamos más soldados y estemos mejor equipados que el enemigo. Pero los combates se pueden ganar o perder en función de algo sobre lo que los generales no poseen ningún control en el campo de batalla. Un pequeño engranaje capaz de impedir que toda la maquinaria funcione correctamente. Hoy mismo he tenido que fundar un nuevo departamento en la Oficina de Guerra para hacer frente al reto de los mensajes en clave. He robado dos de los mejores profesores que tienen en Cambridge, junto con sus asistentes, para intentar solucionar ese problema. Engranajes de un valor incalculable, Trumper.

—Sí, señor —replicó Charlie, sin tener ni idea de lo que estaba intentando decirle ese hombre.

—Tengo un problema con otro de esos engranajes, Trumper, y mis consejeros me aseguran que usted es la persona indicada para resolverlo.

—Gracias, señor.

—Comida, Trumper, y lo más importante, su distribución. Por lo que me cuenta lord Woolton, el ministro correspondiente, nos estamos quedando sin víveres a marchas forzadas. Ni siquiera conseguimos importar suficientes patatas de Irlanda. Así que uno de los principales problemas a los que me enfrento en estos momentos es cómo evitar que el país pase hambre mientras libramos una guerra en costas enemigas y, al mismo tiempo, mantener abiertas nuestras rutas de abastecimiento. El ministro me ha contado que, cuando el alimento llega a los puertos, no es inusitado que pasen semanas antes de que la condenada mercancía se ponga en marcha, a

veces para acabar en el sitio equivocado.

»Añádase a esto —continuó el primer ministro— que nuestros agricultores se quejan de que no pueden hacer correctamente su trabajo porque estamos llevándonos a los mejores hombres para las fuerzas armadas, sin recibir a cambio ningún tipo de ayuda por parte del gobierno.

Churchill hizo una pausa para reavivar las brasas de su cigarro.

—Así que estoy buscando a alguien que se haya pasado toda su vida comprando, vendiendo y distribuyendo alimentos, alguien para el que la plaza de abastos sea como su segunda casa, respetado por los agricultores y los proveedores a partes iguales. En pocas palabras, Trumper, lo necesito a usted. Quiero que se convierta en la mano derecha de Woolton y se encargue tanto de obtener suministros como de llevarlos al lugar adecuado. No se me ocurre un trabajo más importante que ese en estos momentos. Espero que esté usted dispuesto a aceptar el reto.

El deseo de poner manos a la obra de inmediato debió de reflejarse en los ojos de Charlie, porque el primer ministro ni siquiera se molestó en esperar su respuesta.

—Bien, veo que ha entendido el fondo de la cuestión. Me gustaría que se presentara en el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación mañana por la mañana, a las ocho. A las ocho menos cuarto irá un coche a buscarlo a su casa.

—Gracias, señor —dijo Charlie, sin molestarse en explicarle al primer ministro que el chófer que fuera a buscarlo a las ocho menos cuarto llegaría más de tres horas tarde.

—Y, Trumper, voy a nombrarlo brigadier para que goce usted de cierta autoridad.

—Preferiría seguir siendo Charlie Trumper a secas.

—¿Por qué?

—Es posible que, de vez en cuando, le tenga que soltar alguna grosería a algún general.

El primer ministro se sacó el puro de la boca y profirió una carcajada estentórea antes de acompañar a su invitado hasta la puerta.

—Y, Trumper —dijo, apoyando una mano en el hombro de Charlie—, en caso de necesidad, no vacile en ponerse directamente en contacto conmigo si cree que eso podría servirle de algo. A cualquier hora del día o de la noche. Dormir no es mi actividad favorita.

—Gracias, señor —dijo Charlie mientras emprendía el descenso de las escaleras.

—Buena suerte, Trumper, y procure que nuestra gente no pase hambre.

La oficial de la armada escoltó a Charlie de regreso a su coche y lo saludó con porte marcial mientras ocupaba su sitio en el asiento delantero, lo que sorprendió a Charlie, puesto que todavía llevaba puesto el uniforme de sargento.

Le pidió al conductor que lo llevara a los Little Boltons pasando por Chelsea Terrace. Mientras recorrían lentamente las calles del East End, lo apenó ver tantos sitios conocidos arrasados por la Luftwaffe, aunque comprendía que nadie en Londres había escapado a las implacables incursiones aéreas de los alemanes.

Cuando llegó a casa, Becky abrió la puerta y abrazó a su marido.

—¿Qué quería el señor Churchill? —fue lo primero que le preguntó.

—¿Cómo sabes que he visto al primer ministro?

—El número 10 llamó aquí primero para preguntar dónde podían encontrarte. Bueno, ¿y qué quería?

—Alguien que pueda repartir sus frutas y hortalizas con regularidad.

A Charlie le cayó bien su nuevo jefe desde el primer momento que se conocieron. Aunque James Woolton había llegado al Ministerio de Alimentación con la reputación de ser un empresario brillante, reconoció que no era ningún experto en el campo particular de Charlie y le aseguró que su departamento estaba allí para procurar que recibiera toda la ayuda que necesitara.

Le asignaron un despacho enorme en el mismo pasillo que el ministro y un equipo de catorce personas capitaneado por un joven asistente personal llamado Arthur Selwyn, prácticamente recién salido de Oxford.

No tardó en descubrir que Selwyn poseía un intelecto privilegiado, y aunque no tenía experiencia en el mundo de Charlie, no hacía falta repetirle las cosas.

La armada le proporcionó una secretaria personal llamada Jessica Allen, que parecía estar dispuesta a trabajar las mismas horas que él. Charlie se preguntó por qué una chica tan atractiva e inteligente como ella carecía de vida social, hasta que examinó su expediente con más detenimiento y descubrió que su joven prometido había perdido la vida en las playas de Dunquerque.

No tardó en recuperar su antigua rutina de empezar a trabajar a las cuatro y media, antes incluso de que llegaran las limpiadoras, lo que le permitía leer sus documentos sin temor a que nadie lo molestara.

La naturaleza especial de su cometido y el apoyo evidente que recibía por parte de su ministro le abrían todas las puertas. En cuestión de un mes, la mayor parte de su plantilla se incorporaba al trabajo a las cinco, aunque Selwyn resultó ser el único de ellos que además poseía la resistencia necesaria para pasarse la noche entera trabajando a su lado.

Durante aquel primer mes Charlie no hizo nada más que leer informes y escuchar la detallada evaluación de Selwyn de los problemas que llevaban casi un año afrontando, mientras se acercaba ocasionalmente a ver al ministro para esclarecer aquellos puntos concretos que no entendiera del todo.

El segundo mes Charlie decidió visitar los puertos más importantes del reino para averiguar qué estaba obstaculizando la distribución de los alimentos, alimentos que a veces se quedaban pudriéndose durante días en los almacenes de los muelles de todo el país. Al llegar a Liverpool descubrió enseguida que los víveres, comprensiblemente, no recibían la misma prioridad que los tanques o los soldados en cuanto a su transporte, por lo que solicitó permiso para que su ministerio operase una flota de vehículos propios cuyo único propósito sería el reparto de suministros a lo largo y ancho de la nación.

Woolton de alguna manera consiguió proporcionarle sesenta y dos camionetas, la mayoría de ellas, confesó, excedentes de guerra.

—Como yo —dijo Charlie.

El ministro, sin embargo, no podía prescindir de los hombres necesarios para conducirlas.

—A falta de hombres, señor ministro, necesitaré doscientas mujeres —sugirió Charlie, y pese a las bienintencionadas pullas de los caricaturistas, las transportistas solo tardaron un mes más en conseguir que los alimentos salieran de los muelles apenas unas horas después de su desembarco.

Los estibadores, por su parte, reaccionaron bien a la presencia de las transportistas, en tanto los líderes de los sindicatos no se percataron nunca de que Charlie se dirigía a ellos con un acento y utilizaba otro distinto cuando regresaba al ministerio.

Toda vez que Charlie había empezado a resolver el problema de la distribución, se le

presentaron otros dos dilemas. Por una parte, los agricultores se quejaban de que no podían producir las cantidades suficientes porque las fuerzas armadas se estaban llevando a sus mejores hombres; por otra, Charlie descubrió que no estaba recibiendo los suministros necesarios del extranjero por culpa del éxito de la campaña submarina de los alemanes.

Le planteó dos posibles soluciones a Woolton.

—Ya me ha proporcionado usted conductoras —le dijo Charlie—, ahora necesito que me facilite trabajadoras agrícolas. Cinco mil, esta vez, porque esa es la cifra de mano de obra que les falta a los productores.

Al día siguiente, Woolton concedió una entrevista a la BBC e hizo un llamamiento especial a las jóvenes del país. Quinientas de ellas presentaron su solicitud en las primeras veinticuatro horas, y en cuestión de diez semanas el ministro terminó de reunir las cinco mil requeridas por Charlie. Este dejó que las solicitudes continuaran llegando hasta sumar siete mil, cifra que el presidente del Sindicato Nacional de Agricultores recibió con una sonrisa radiante.

Por lo que al segundo problema respectaba, la falta de suministros, Charlie le aconsejó a Woolton hacer acopio de arroz para sentar las bases de una nueva dieta por todo el país debido a la escasez de patatas.

—Pero ¿de dónde vamos a sacar ese producto? —preguntó Woolton—. Importarlo desde China y el Lejano Oriente sería demasiado peligroso en estos momentos.

—Soy consciente de ello —dijo Charlie—, pero conozco un proveedor en Egipto que nos podría suministrar un millón de toneladas al mes.

—¿Es de confianza?

—Todo lo contrario —dijo Charlie—. Pero su hermano trabaja en el East End, y si lo encarceláramos durante unos cuantos meses, estoy seguro de que podría llegar a un acuerdo con su familia.

—Como la prensa se entere de lo que estamos tramando, Charlie, se harán un cinturón con mis tripas.

—No seré yo el que les cuente nada, señor ministro.

Al día siguiente, Eli Calil se descubrió ingresado en la prisión de Brixton mientras Charlie volaba hasta el Cairo para llegar a un acuerdo con su hermano: un millón de toneladas de arroz al mes…, arroz encargado originalmente por los italianos.

Charlie convino con Nasim Calil que el pago se realizaría una mitad en libras esterlinas y la otra mitad en piastras, y que, mientras los envíos llegaran puntualmente, nadie tenía por qué ver ningún documento relacionado con ese dinero en el Cairo. De lo contrario, los pormenores de su transacción llegarían a oídos del gobierno de Calil.

—Muy justo, Charlie, como siempre. Pero ¿qué hay de mi hermano Eli? —preguntó Nasim Calil.

—Lo liberaremos al finalizar la guerra, pero solo si todos los envíos llegan a tiempo.

—Muy considerado —replicó Nasim—. Un par de años entre rejas no le harán ningún daño a Eli. Después de todo, era un poco de los pocos miembros de mi familia que todavía no había sido detenido por las autoridades de Su Majestad.

Charlie procuraba pasar un par de horas a la semana con Tom Arnold para estar al corriente de lo que sucedía en Chelsea Terrace. Tom tuvo que informarle de que Trumper’s estaba perdiendo

dinero de forma constante, por lo que había considerado necesario cerrar cinco establecimientos y sellar otros cuatro; a Charlie lo entristeció la noticia, puesto que Syd Wrexall le había escrito recientemente para ofrecerle su conjunto de locales y el pub bombardeado a cambio de tan solo seis mil libras, suma que, según Wrexall, Charlie ya le había ofrecido en una ocasión. Lo único que debía hacer Charlie, le comunicaba Wrexall a Arnold en una carta aparte, era firmar el cheque correspondiente.

—Le hice esa oferta mucho antes de que estallara la guerra —dijo Charlie tras leer el contrato que había adjuntado Wrexall—. Devuélvele todos los documentos. Estoy seguro de que estará dispuesto a desprenderse de todas sus tiendas por cuatro mil libras dentro de un año. De todas formas, Tom, intenta congraciarte con él.

—Eso va a ser complicado —repuso Tom—, porque desde que cayó esa bomba en el Musketeer, Syd se ha ido a vivir a Cheshire. Ahora regenta un pub en un sitio llamado Hatherton.

Charlie tuvo que despedirse de Tom para desplazarse a Southampton, donde había llegado el primer cargamento de arroz de Calil. Sus transportistas habían ido a recoger los sacos, pero el responsable de los servicios portuarios se negaba a dejar que se los llevaran sin antes presentarle toda la documentación debidamente firmada. A Charlie no le habría importado no tener que hacer ese viaje, y esperaba que la experiencia no se repitiera todos los meses.

Cuando llegó a los muelles descubrió que no había ningún problema con los sindicatos de estibadores, los cuales habrían estado más que dispuestos a descargar la mercancía, ni con las chicas, que se limitaban a esperar sentadas en los guardabarros de sus camionetas.

Mientras se tomaba una pinta en el pub de la zona, Alf Redwood, el líder de los estibadores, le advirtió a Charlie que el señor Simkins, el director general de la Asociación de Puertos y Terminales, era muy puntilloso en lo tocante al papeleo y le gustaba que todo se hiciera según las reglas.

—¿Ah, sí? —dijo Charlie—. En tal caso, habrá que hacerlo según las reglas, ¿no? —Pagó la ronda y se acercó al edificio de administración, donde solicitó hablar con el señor Simkins.

—Está ocupado en estos momentos —replicó la recepcionista, sin tomarse la molestia de levantar la mirada de las uñas que se estaba pintando. Charlie pasó de largo y entró en el despacho de Simkins, donde se encontró con un hombre calvo y muy flaco que estaba sentado tras un escritorio enorme, mojando una galleta en el té.

—¿Quién es usted? —preguntó el oficial portuario, tan sorprendido que se le cayó la galleta dentro de la taza.

—Charlie Trumper. He venido para averiguar por qué no deja que me lleve mi arroz.

—Faltan los permisos pertinentes —dijo Simkins mientras intentaba rescatar la galleta, que ahora flotaba en su tentempié matutino—. No han mandado ningún documento oficial desde el Cairo, y los formularios de Londres son muy irregulares.

Le dedicó a Charlie una sonrisita de satisfacción.

—Pero obtener la documentación necesaria podría llevar varios días.

—Ese no es mi problema.

—Estamos en guerra, amigo.

—Razón de más para que todos nos esforcemos por respetar las normas. Seguro que los alemanes lo hacen.

—Me trae sin cuidado lo que hagan los alemanes —replicó Charlie—. Por este puerto va a

pasar un millón de toneladas de arroz todos los meses, y me propongo distribuir hasta el último grano lo antes posible. ¿Me he expresado con claridad?

—Con toda claridad, señor Trumper. Sin embargo, necesitaré ver la documentación pertinente si quiere llevarse ese arroz.

—Le ordeno que libere mi arroz de inmediato —insistió Charlie, cada vez más encrespado.

—No hace falta que levante la voz, señor Trumper. Como ya le he explicado, carece usted de la autoridad necesaria para ordenarme hacer nada. Estamos en la Asociación de Puertos y Terminales, la cual no depende del Ministerio de Alimentación, como usted sin duda ya sabe. Debería volver a Londres, y esta vez procure que se rellenen los formularios correctos.

Charlie decidió que ya estaba demasiado mayor como para llegar a las manos con ese hombre, por lo que se limitó a descolgar el teléfono de la mesa de Simkins y le dio un número a la operadora.

—¿Qué hace usted? —preguntó Simkins—. Ese teléfono es mío…, no tiene usted permiso para usar mi teléfono.

Charlie aferró al aparato y se giró de espaldas a Simkins. Cuando oyó una voz al otro lado de la línea:

—Charlie Trumper al habla. ¿Puede ponerme con el primer ministro?

Las mejillas de Simkins enrojecieron y palidecieron en veloz sucesión cuando toda la sangre abandonó sus facciones.

—De verdad, no hace falta que… —empezó.

—Buenos días, señor —dijo Charlie—. Estoy en Southampton. El problema con el arroz que le mencioné anoche. Resulta que ha surgido una complicación en los muelles. Me parece que no…

En aquel momento Simkins hacía aspavientos como si tuviera dos banderas de señalización en las manos, esforzándose por llamar la atención de Charlie, al tiempo que agitaba enérgicamente la cabeza arriba y abajo.

—He encargado un millón de toneladas al mes, primer ministro, y las chicas están sentadas de brazos cruzados…

—No hay ningún problema —susurró Simkins mientras rodeaba la mesa—. Ninguno en absoluto, se lo aseguro.

—¿Se quiere poner usted al teléfono, caballero?

—No, no —dijo Simkins—. Eso no será necesario. Ya tengo todos los formularios…, toda la documentación necesaria…, todo.

—Se lo comunicaré, señor. —Charlie hizo una breve pausa—. Volveré a Londres esta misma tarde. Sí, señor, sí, hablaré con usted a mi regreso. Adiós, primer ministro.

—Adiós —dijo Becky mientras colgaba el teléfono—. Y espero que me cuentes a qué ha venido todo esto en cuanto llegues a casa.

El ministro no podía parar de reír cuando Charlie le repitió toda la historia a Jessica Allen y a él esa noche.

—¿Sabes? —dijo Woolton—, al primer ministro no le habría importado hablar con ese hombre si se lo hubieras pedido.

—Sospecho que a Simkins le habría dado un infarto —replicó Charlie—, y entonces sí que se habría quedado para siempre el arroz en el puerto, por no hablar de las conductoras. De todas

formas, con la escasez de alimentos que estamos sufriendo, no me gustaría que a ese pobre diablo se le hubiera colado otra galleta en el té.

Charlie se encontraba en Carlisle, asistiendo a una conferencia de agricultores, cuando recibió una llamada urgente procedente de Londres.

—¿Quién es? —preguntó mientras intentaba concentrarse en la intervención de un delegado, sobre los problemas que estaban teniendo para incrementar la producción de nabos.

—La marquesa de Wiltshire —susurró Arthur Selwyn.

—En tal caso, hablaré con ella. —Charlie salió de la sala de conferencias y se fue a su habitación, donde la operadora del hotel le pasó la llamada—. Daphne, ¿qué puedo hacer por ti, bonita?

—No, querido, se trata de lo que yo puedo hacer por ti, como siempre. ¿Has visto el *Times* de esta mañana?

—He leído por encima los titulares. ¿Por qué?

—Fíjate bien en la página de las esquelas. En la última línea, para ser exactos. No te entretengo más, querido, que el primer ministro no para de recordarme el papel tan crucial que estás representando para ganar esta guerra.

Charlie se rio mientras se cortaba la conexión.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —preguntó Selwyn.

—Sí, Arthur, necesito una copia del *Times*.

Cuando Selwyn volvió con un ejemplar de la edición matutina del periódico, Charlie pasó las hojas rápidamente hasta llegar a los obituarios: almirante sir Alexander Dexter, comandante de portentosas dotes estratégicas durante la Primera Guerra Mundial; J. T. Macpherson, aeronauta y escritor; sir Raymond Hardcastle, empresario…

Charlie ojeó los pormenores resumidos de la carrera de sir Raymond: nacido y educado en Yorkshire, amplió la firma de ingeniería de su padre a comienzos de siglos. Durante los años 20, Hardcastle's se había expandido hasta pasar de ser una empresa en ciernes a convertirse en una de las principales fuerzas industriales del norte de Inglaterra. En 1938, Hardcastle había vendido sus acciones a John Brown y cía. a cambio de setecientas ochenta mil libras. Pero Daphne tenía razón: la última línea era la única que realmente concernía a Charlie.

—Sobreviven a sir Raymond, cuya esposa falleció en 1914, dos hijas: la señorita Amy Hardcastle y la señora de Gerald Trentham.

Charlie echó mano del teléfono que había encima de la mesa que estaba a su lado y solicitó que lo pusieran con un número de Chelsea. Tom Arnold se puso al aparato instantes más tarde.

—¿Dónde diablos me dijiste que estaba Wrexall? —preguntó Charlie sin más preámbulo.

—Como le expliqué la última vez, señor presidente, ahora regenta un pub en Cheshire, el Furtivo Feliz, en la localidad de Hatherton.

Charlie le dio las gracias a su director ejecutivo y colgó el auricular sin decir nada más.

—¿Cuál es mi agenda para el resto de la jornada, Arthur?

—Bueno, todavía no han terminado con los nabos, y después está previsto que asista a más conferencias durante toda la tarde. Por la noche está previsto que pronuncie un discurso sobre la solidez del gobierno, durante la cena, y mañana por la mañana le toca conceder los premios anuales del gremio de agricultores.

—Entonces reza para que me dé tiempo a volver antes de que sirvan la cena. —Charlie se levantó y agarró el abrigo.

—¿Quiere que lo acompañe? —preguntó Selwyn mientras se esforzaba por seguir el ritmo de su jefe.

—No, Arthur, gracias. Se trata de un asunto personal. Pero cúbreme si no vuelvo a tiempo.

Charlie bajó las escaleras corriendo y salió al patio. Su chófer dormitaba plácidamente detrás del volante.

Charlie montó en el coche de un salto y lo despertó al cerrar la puerta de golpe.

—Llévame a Hatherton.

—¿A Hatherton, señor?

—A Hatherton, sí. Sal de Carlisle por el sur y te daré las indicaciones necesarias.

Charlie abrió el mapa de carreteras, le dio la vuelta y empezó a recorrer la columna de la hache con el dedo. Había cinco localidades que compartían el nombre de Hatherton, pero por suerte solo una de ellas estaba en Cheshire. Lo único que dijo durante todo el trayecto fue «más deprisa», orden que repitió en varias ocasiones. Dejaron atrás Lancaster, Preston y Warrington antes de detenerse delante del Furtivo Feliz por la tarde, media hora antes de que el local cerrara sus puertas.

A Syd Wrexall se le salieron los ojos de las órbitas cuando lo vio aparecer.

—Un huevo a la escocesa y una pinta de su mejor cerveza, camarero, y nada de racanear con las medidas —dijo Charlie con una sonrisa mientras dejaba su maletín en el suelo.

—Menuda sorpresa verlo a usted por estos lares, señor Trumper —declaró Syd tras girar la cabeza para repetir el pedido a gritos por encima del hombro—. Hilda, un huevo escocés, y mira quién ha venido.

—Iba camino de una conferencia de agricultores en Carlisle —le explicó Charlie—, y se me ocurrió que podía parar a llenar el estómago con un viejo amigo.

—Qué detalle por tu parte —dijo Syd mientras dejaba la pinta de cerveza encima de la barra —. Últimamente leemos mucho sobre ti en los periódicos, con todo el trabajo que estáis haciendo lord Woolton y tú para ayudarnos a ganar la guerra. Te has vuelto famoso.

—El primer ministro me ha encomendado una misión fascinante —dijo Charlie—, y creo que de momento estoy demostrando estar a la altura —añadió, esperando sonar lo suficientemente pomposo.

—Pero ¿qué hay de tus tiendas, Charlie? ¿Quién se va a hacer cargo de ellas si tú te tienes que pasar tanto tiempo fuera?

—Arnold está haciendo lo que puede, dadas las circunstancias, aunque me temo que ya he cerrado cuatro o cinco, por no hablar de las que están selladas. —Charlie bajó la voz—. En confianza, Syd, como esta situación se alargue mucho más, pronto tendré que buscarme un comprador yo también.

La esposa de Wrexall apareció con una bandeja de comida.

—Hola, señora Wrexall —dijo Charlie mientras la mujer colocaba delante de él un huevo a la escocesa con ensalada—. Es un placer verla de nuevo. ¿Por qué no se toman algo conmigo su marido y usted?

—Te tomo la palabra, Charlie. ¿Te encargas tú, Hilda? —Se inclinó por encima de la barra en un gesto de complicidad—. No sabrás tú de nadie al que le interesaría comprar las tiendas del

sindicato…, y el pub, ya que estamos.

—No se me ocurre ningún nombre ahora mismo. Si no me falla la memoria, Syd, pedías un montón de dinero por el Musketeer, teniendo en cuenta que ya solo es un agujero en el suelo. Por no hablar de las condiciones de los pocos comercios del sindicato que todavía están sellados.

—Acepté la cifra de seis mil libras que me ofreciste porque pensaba que ya habíamos llegado a un acuerdo, pero Arnold dice que ya no estás interesado —murmuró Syd mientras su mujer dejaba dos pintas en el mostrador antes de irse a atender a otro cliente.

—¿Eso te ha dicho? —replicó Charlie, haciéndose el sorprendido.

—Oh, sí —insistió Wrexall—. Acepté la oferta de las seis mil, hasta te mandé el contrato firmado para que le dieras el visto bueno, pero Arnold me devolvió los documentos sin mediar palabra.

—Me cuesta creerlo —dijo Charlie—. Después de haberte dado mi palabra, Syd… ¿Por qué no te pusiste en contacto directamente conmigo?

—Últimamente no es tan sencillo. Con el puesto tan importante que tienes ahora, me imagino que no te sobrará el tiempo.

—Arnold no tenía ningún derecho a hacer eso —dijo Charlie—. Es evidente que le molesta que tú y yo nos conozcamos desde hace ya tanto tiempo. Te pido disculpas, Syd, y recuerda que para ti siempre estoy disponible. No conservarás todavía ese contrato, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Así verás que te he contado la verdad.

Wrexall dejó a Charlie probando un bocado del huevo a la escocesa y un sorbo de la cerveza de la localidad.

El tabernero regresó unos minutos más tarde y soltó un fajo de documentos encima de la barra.

—Ahí lo tienes, Charlie, tan cierto como que el sol sale todas las mañanas.

Charlie examinó el contrato que Arnold le había enseñado aproximadamente dieciocho meses atrás. Incluía la firma de Sydney Wrexall y la cifra de seis mil libras tras las palabras «por valor de».

—Lo único que necesitaba era la fecha y tu firma —dijo Syd—. Jamás pensé que me la jugarías de esa manera, Charlie, después de tantos años.

—Como bien sabes, Syd, me gusta cumplir mi palabra. Lamento que mi director ejecutivo no estuviera al corriente de nuestro acuerdo personal.

Charlie se sacó la cartera del bolsillo, extrajo un talonario y anotó las palabras «Syd Wrexall» en la línea de arriba y «seis mil libras» en la de abajo antes de firmar el cheque con una floritura.

—Eres todo un caballero, Charlie, siempre lo he dicho. ¿A que sí, Hilda?

La señora Wrexall asintió enfáticamente con la cabeza mientras Charlie sonreía, agarraba el contrato, guardaba todos los papeles en su maletín y les daba la mano al tabernero y su esposa.

—¿Qué se debe? —preguntó tras apurar la cerveza.

—Invita la casa —dijo Wrexall.

—Pero, Syd…

—No, por favor, insisto. Jamás se me ocurriría tratar a un viejo amigo como si fuese un cliente cualquiera, Charlie. Invita la casa —repitió justo cuando sonaba el teléfono. Hilda Wrexall atendió la llamada.

—Bueno, tengo que irme —dijo Charlie—. De lo contrario llegaré tarde a la conferencia, y

todavía me queda otro discurso que dar esta noche. Ha sido un placer hacer negocios contigo, Syd.

Acababa de llegar a la puerta del pub cuando la señora Wrexall volvió corriendo a la barra.

—Hay una señora al aparato que pregunta por ti, Syd. Es una llamada de larga distancia. Dice que se llama Trentham.

Con el paso de los meses, Charlie se convirtió en toda una autoridad en su campo. Ningún responsable portuario sabía cuándo podría irrumpir en su oficina, ningún proveedor se sorprendía cuando exigía cobrar sus facturas, y el presidente del Sindicato Nacional de Agricultores se deshacía en elogios cada vez que surgía el nombre de Charlie en alguna conversación.

Nunca consideró necesario importunar por teléfono al primer ministro, aunque el señor Churchill sí que lo llamó a él en una ocasión. Eran las cinco menos cuarto de la mañana cuando Charlie descolgó el auricular en su despacho.

—Buenos días —dijo.

—¿Trumper?

—Sí, ¿quién es?

—Churchill.

—Buenos días, primer ministro. ¿Qué puedo hacer por usted, señor?

—Nada. Solo quería comprobar si era cierto lo que dicen sobre usted. Gracias, por cierto.

Se cortó la comunicación.

Charlie conseguía sacar tiempo incluso para almorzar con Daniel de vez en cuando. El muchacho ahora estaba vinculado a la Oficina de Guerra, aunque nunca desvelaba exactamente en qué consistía su trabajo. Después de que lo nombraran capitán, a Charlie le preocupaba cómo reaccionaría Becky si lo viera de uniforme algún día.

Cuando Charlie visitó a Tom Arnold, a finales de mes, supo que el señor Hadlow se había jubilado como director del banco y que su sustituto, un tal Paul Merrick, estaba resultando ser bastante menos comprensivo.

—Dice que nuestro descubierto está llegando a niveles inaceptables —le explicó Tom—, y que quizás haya llegado el momento de hacer algo al respecto.

—Ah, ¿sí? —replicó Charlie—. En tal caso, es evidente que tendré que ver al señor Merrick y decirle unas cuantas verdades.

Aunque Trumper's poseía ya todas las tiendas de Chelsea Terrace, a excepción de la librería, Charlie seguía teniendo que enfrentarse al dilema de la señora Trentham y sus apartamentos bombardeados, por no mencionar la preocupación añadida de *herr* Hitler y su guerra inconclusa: problemas a los que solía asignar aproximadamente la misma categoría, y casi siempre por ese orden.

La guerra con *herr* Hitler empezó a avanzar en la dirección adecuada a finales de 1942, con la victoria del VIII Ejército en El Alamein. Charlie confiaba plenamente en Churchill cuando este anunció que por fin habían cambiado las tornas, como evidenciaban las sucesivas victorias en África, Italia, Francia y, por último, en la misma Alemania.

Llegado ese punto, sin embargo, era el señor Merrick el que insistió en reunirse con Charlie.

La primera vez que entró en el despacho del señor Merrick, le sorprendió descubrir lo joven que era el sustituto del señor Hadlow. También tardó unos momentos en acostumbrarse a que un

director de banco no usara chaleco ni corbata. Paul Merrick era un poquito más alto que Charlie y casi de igual de corpulento, aunque sonreía bastante menos. Charlie no tardó en descubrir que al señor Merrick le gustaba hablar sin rodeos.

—Como sabe usted, señor Trumper, la cuenta de su compañía presenta un descubierto de aproximadamente cuarenta y siete mil libras, y sus ingresos actuales ni siquiera cubren…

—Pero la propiedad debe de valer cuatro o cinco veces esa cantidad.

—Solo si es usted capaz de encontrar a alguien que esté dispuesto a comprarla.

—Pero yo no soy vendedor.

—Quizá no le quede otra opción, señor Trumper, si el banco decide ejecutar la hipoteca.

—En ese caso, no me quedaría más remedio que cambiar de banco, ¿no cree?

—Es evidente que últimamente no ha debido de tener usted tiempo para leer las actas de sus propias reuniones asamblearias, porque en la última el señor Arnold, su director ejecutivo, informó a la junta de que había visitado seis bancos en un mes y ninguno de ellos mostró el menor interés por hacerse cargo de la cuenta de Trumper's.

Merrick esperó la respuesta de su cliente, pero ante el silencio de Charlie, continuó:

—El señor Crowther también le explicó a la junta en esa ocasión que el problema al que se enfrentan es fruto de los precios de la propiedad, más bajos ahora que en ningún otro momento desde la década de los 30.

—Pero eso cambiará de un día para otro en cuanto termine la guerra.

—Es posible, aunque quizás el conflicto se prolongue aún varios años y su empresa se vuelva insolvente mucho antes de eso.

—Más bien doce meses, según mis cálculos.

—Sobre todo si continúa usted firmando cheques por valor de seis mil libras a cambio de propiedades que no valen ni la mitad de esa suma.

—Pero si no lo hubiera hecho…

—Ahora su situación podría ser mucho menos precaria.

Charlie reflexionó unos instantes.

—Bueno, ¿y qué quiere que haga? —preguntó finalmente.

—Proponer todas las propiedades e inmuebles de su empresa como aval para liquidar ese descubierto. Ya he redactado la documentación necesaria.

Merrick giró en su dirección la carpeta que había encima de la mesa.

—Firme usted aquí —añadió, señalando una línea de puntos enmarcada entre dos aspas trazadas con lápiz al pie de la última página— y yo estaré dispuesto a extender su crédito durante un año más.

—¿Y si no lo hago?

—No me quedará más remedio que emitir una orden de insolvencia en el plazo de veintiocho días.

Charlie contempló el documento y vio que Becky ya había firmado una línea por encima de la suya. Los dos hombres guardaron silencio mientras Charlie sopesaba sus alternativas. A continuación, sin decir nada, Charlie sacó su pluma, garabateó una firma entre las dos cruces, le devolvió el documento al director del banco, dio media vuelta y salió del despacho sin pronunciar palabra.

El general Jodl firmó la rendición de Alemania el 7 de mayo de 1945, en Reims, y el general Bedell Smith la aceptó en representación de los aliados.

Charlie habría acudido a Trafalgar Square para sumarse a las celebraciones del Día de la Victoria, de no ser porque Becky le recordó que su descubierto rozaba ya las sesenta mil libras y que Merrick volvía a amenazar con declararlos en bancarrota.

—Ya le ha echado el guante a todas nuestras propiedades e inmuebles. ¿Qué más quiere que haga? —preguntó Charlie.

—Ahora se le ha ocurrido que podríamos vender algo que saldaría esa deuda y podría dejarnos incluso con algo de capital para seguir aguantando un par de años.

—¿Qué quiere que vendamos?

—*Los comedores de patatas* de Van Gogh.

—¡Eso nunca!

—Pero Charlie, si ese cuadro debería estar en…

Charlie concertó una cita para ver a lord Woolton a la mañana siguiente y le explicó al ministro que se enfrentaba a unos problemas personales que requerían su atención inmediata. Por consiguiente, ahora que la guerra había terminado, le preguntó si podía renunciar a su cargo.

Lord Woolton se mostró comprensivo con la tesitura de Charlie y dijo hablar en nombre de todo el departamento al expresar el pesar que su marcha iba a producirles a todos.

Cuando Charlie abandonó su despacho por última vez, un mes más tarde, lo único que se llevó fue a Jessica Allen.

Los problemas de Charlie se prolongaron durante 1945, mientras los precios de la propiedad seguían cayendo y la inflación iba en aumento. No obstante, se sintió conmovido cuando, después de la declaración de paz con Japón y la derrota de Winston Churchill en las elecciones generales, el antiguo primer ministro celebró una cena en su honor antes de salir del número 10. Daphne, que reconocía no haber entrado nunca en ese edificio, le confesó a Becky que ni siquiera estaba segura de querer hacerlo. Percy, por su parte, admitió que a él sí le gustaría y que le daban envidia.

A la ocasión asistieron varios ministros líderes de sus respectivas carteras. Becky se sentó entre Churchill y la joven estrella en alza Rab Butler, en tanto Charlie lo hizo entre la señora Churchill y lady Woolton. Becky observó a su marido mientras este conversaba distendidamente con el primer ministro y lord Woolton, y no pudo por menos de sonreír cuando Charlie tuvo el atrevimiento de ofrecerle al anciano un puro que había seleccionado especialmente esa misma tarde en el número 139. Ninguno de los presentes en la sala podría haberse imaginado que los Trumper estaban al borde de la bancarrota.

Cuando la velada tocó a su fin, Becky le dio las gracias al primer ministro, que también se las dio a ella a su vez.

—¿Por qué? —preguntó Becky.

—Por hacerse pasar por mí al teléfono y tomar decisiones excelentes en mi nombre —dijo el señor Churchill mientras los acompañaba por el largo pasillo que desembocaba en el recibidor.

—No sabía que estuviera usted al corriente —dijo Charlie, ruborizándose.

—¿Al corriente? Woolton se lo contó a todo el gabinete al día siguiente. Nunca los había visto reírse de esa manera.

Cuando el primer ministro llegó a la puerta del número 10, hizo una ligera reverencia y dijo:

—Buenas noches, lady Trumper.

—Sabes lo que significa eso, ¿no? —dijo Charlie mientras conducía por Downing Street antes de girar a la derecha para entrar en Whitehall.

—¿Que te van a nombrar caballero?

—Sí, pero aparte de eso, que vamos a tener que vender el Van Gogh.

DANIEL
1931-1947

29

«Daniel es un bastardo», esas son las primeras palabras que recuerdo. Tenía cinco años y tres cuartos cuando me las gritó una niña desde el otro lado del patio de la escuela mientras me apuntaba con el dedo y bailaba dando saltitos. Toda la clase se quedó petrificada, observándome fijamente, hasta que me acerqué a ella corriendo y la inmovilicé contra la pared.

—¿Qué me has llamado? —pregunté mientras le apretaba los brazos.

Se echó a llorar antes de decir:

—No lo sé. He oído que mi madre se lo decía a mi padre, que eres un bastardo.

—Yo sé lo que significa esa palabra —nos interrumpió una voz a mi espalda. Al girarme, me encontré rodeado por el resto de los alumnos de mi clase, pero no pude distinguir quién había hablado.

—¿Qué significa? —insistí, levantando la voz.

—Dame seis peniques y te lo digo.

Clavé la mirada en Neil Watson, el matón de la clase, que se sentaba una fila por detrás de mí.

—Solo tengo tres.

Sopesó la oferta un momento antes de replicar:

—De acuerdo, te lo diré por tres peniques.

Se acercó a mí, extendió la palma de la mano y esperó mientras yo abría muy despacio el pañuelo en el que guardaba la asignación para toda la semana y le daba el dinero. Después ahuecó las manos y me susurró al oído:

—Que nadie sabe quién es tu padre.

—¡Eso es mentira! —exclamé, y empecé a golpearlo en el pecho. Era mucho más grande que yo, sin embargo, por lo que se limitó a burlarse de mis endebles esfuerzos. En ese instante sonó el timbre que anunciaba el final del recreo y todos los niños volvieron corriendo a sus aulas, varios de ellos riéndose y coreando al unísono:

—¡Daniel es un bastardo!

Cuando la niñera fue a recogerme esa tarde y me hube cerciorado de que ninguno de mis compañeros de clase iba a escucharme, le pregunté lo que significaba esa palabra.

—Qué pregunta tan grosera, Daniel —se limitó a replicar—. Espero que no sea eso lo que os están enseñando en St. David. Haz el favor de prometerme que no se va a repetir.

Más tarde, cuando estaba tomando el té en la cocina y la niñera había salido para llenar la bañera, le pedí a la cocinera que me explicase lo que significaba la palabra «bastardo».

—Me temo que no lo sé, señorito Daniel —fue lo único que dijo—. Y te recomiendo que no llames nunca así a nadie.

No me atreví a preguntárselo a mis padres, por si acaso lo que había dicho Neil Watson resultaba siendo verdad, y me pasé toda la noche en vela preguntándome cómo podría salir de dudas.

Entonces recordé que, hacía mucho tiempo, mi madre había ingresado en el hospital y debería haber vuelto con un hermanito o una hermanita para mí, solo que no fue así. Me pregunté si sería eso lo que te convertía en bastardo.

Aproximadamente una semana después, la niñera me había llevado al hospital de Guy para visitar a mamá, aunque no recuerdo gran cosa de aquella excursión, solo que parecía triste y muy pálida. Recuerdo haberme alegrado mucho cuando volvió a casa.

El siguiente capítulo de mi existencia del que me acuerdo nítidamente es haber empezado a estudiar en la escuela de St. Paul cuando contaba once años. Allí me obligaron a esforzarme de verdad por primera vez en mi vida. En primaria estaba acostumbrado a sacar las mejores notas en casi todas las asignaturas sin tener que hacer mucho más que cualquier otro niño, y aunque me llamaban «empollón», no me molestó nunca. En St. Paul, sin embargo, había un montón de chicos muy listos, aunque ninguno de ellos me podía hacer sombra con las matemáticas. No solo me gustaba una asignatura que a muchos de mis compañeros parecía infundirles pavor, sino que las notas que llevaba a casa al final de cada evaluación siempre parecían hacer las delicias de mamá y papá. No veía el momento de enfrentarme a la siguiente ecuación de álgebra, el siguiente rompecabezas geométrico o el desafío de resolver mentalmente un problema de aritmética mientras el resto de la clase se dedicaba a mordisquear el lapicero durante los exámenes, apabullados por todas aquellas páginas de cifras escritas a mano.

Se me daban bastante bien las otras asignaturas, y aunque no destacaba en los juegos, aprendí a tocar el chelo y me invitaron a formar parte de la orquesta del centro; sin embargo, el profesor decía que eso no era importante, porque estaba claro que de mayor iba a ser matemático. En aquel momento no entendí lo que quería decir, pues sabía que papá había dejado los estudios con catorce años para trabajar en el puesto de frutas y verduras que tenía mi abuelo en Whitechapel, y aunque mamá había ido a la universidad de Londres, aún debía trabajar en el número 1 de Chelsea Terrace para que papá pudiera seguir llevando «el tren de vida al que se había acostumbrado». O por lo menos eso es lo que mamá le decía a veces cuando estábamos desayunando.

Debió de ser por aquel entonces cuando descubrí lo que significaba realmente la palabra «bastardo». Estábamos leyendo *El rey Juan* en clase, en voz alta, lo que me permitió preguntárselo al profesor de inglés, el señor Quilter, sin que mi duda llamara mucho la atención. Un par de chicos se rebulleron en los asientos y se rieron por lo bajo, pero en esta ocasión no hubo dedos acusadores ni cuchicheos, y cuando el señor Quilter me explicó la definición recuerdo haber pensado que Neil Watson no había estado tan desencaminado. No se me podía lanzar esa acusación, sin embargo, porque en mis primeros recuerdos mamá y papá siempre habían estado juntos. Siempre habían sido el señor y la señora Trumper.

Supongo que habría borrado de mi memoria aquel incidente de no ser porque una noche, al bajar a la cocina para tomarme un vaso de leche, oí sin querer a Joan Moore hablando con Harold, nuestro mayordomo.

—Al joven Daniel le está yendo bien en la escuela —dijo Harold—. Habrá heredado la cabeza de su madre.

—Cierto, pero recemos para que no descubra nunca la verdad sobre su padre.

Aquellas palabras me dejaron petrificado contra la barandilla de las escaleras. Seguí escuchando con suma atención.

—Bueno, una cosa está clara —continuó Harold—. La señora Trentham no va a reconocer nunca que el niño es su nieto, así que sabe Dios quién terminará heredando todo ese dinero.

—El capitán Guy ya no, eso seguro —dijo Joan—. Quizá se lleve el gato al agua ese lechuguino de Nigel.

Después, aquella la conversación derivó hacia quién debería servir el desayuno a la mañana siguiente, de modo que regresé a mi dormitorio caminando de puntillas. Pero no me dormí. Aunque me pasé muchas horas sentado en esos mismos escalones, durante meses, esperando pacientemente a escuchar cualquier migaja de información que pudiera escapar de labios de los criados, ese tema en particular no volvió a surgir entre ellos.

Recordaba haber oído el nombre de Trentham en otra ocasión, hacía ya tiempo, cuando la marquesa de Wiltshire, íntima amiga de mi madre, acudió a nuestra casa para tomar el té. Me quedé en el pasillo al oír que mi madre le preguntaba:

—¿Has ido al entierro de Guy?

—Sí, aunque tampoco es que los parroquianos de Ashurst no acudieran en masa —le aseguró la marquesa—. Los que lo conocían mejor me dieron la impresión de estar tratando la ocasión como si de una bendición se tratara.

—¿Estaba presente sir Raymond?

—No, su ausencia llamó la atención —oí que replicaba mi madre—. La señora Trentham lo disculpó diciendo que está demasiado mayor para viajar, lo que solo sirvió para recordarnos a todos que el momento en que esa mujer herede una fortuna está cada vez más cerca.

Estaba aprendiendo cada vez más cosas nuevas, aunque para mí seguían sin tener mucho sentido.

El nombre de Trentham surgió en mi presencia una vez más cuando oí a papá hablando con el coronel Hamilton antes de que este se marchara tras haber mantenido una reunión a puerta cerrada en su estudio.

—Por mucho dinero que le ofrezcamos a la señora Trentham —estaba diciendo mi padre—, no nos venderá nunca esos apartamentos.

El coronel asintió vigorosamente con la cabeza, pero lo único que replicó fue:

—Condenada mujer.

La próxima vez que me quedé solo en casa, busqué «Trentham» en el listín telefónico. Solo aparecía una entrada: mayor G. H. Trentham, MP, 19 Chester Square. Me quedé como estaba.

En 1939, cuando el Trinity College me ofreció la Beca Honorífica de Matemáticas Newton, a papá no le cabía el corazón en el pecho de lo orgulloso que estaba. Aquel fin de semana fuimos en coche a la ciudad universitaria para echar un vistazo a mi futura vivienda antes de pasear por los claustros y los jardines.

El único nubarrón que ensombrecía ese horizonte, radiante por lo demás, lo representaba la amenaza de la Alemania nazi. En el parlamento se hablaba de declarar la llamada a filas obligatoria para todos los jóvenes que ya hubieran cumplido los veinte, y yo no veía el momento de cumplir con mi deber como a Hitler se le ocurriera plantar aunque solo fuese la punta del zapato en suelo polaco.

Mi primer año en Cambridge fue bien, sobre todo porque mi tutor era Horace Bradford, el cual, junto con su esposa Virginia, estaba considerado una eminencia entre los profesores extraordinariamente dotados que enseñaban matemáticas en la universidad por aquel entonces.

Aunque se rumoreaba que la señora Bradford debería haber ganado el premio Wrangler tras quedar la primera de su promoción, su marido explicaba que no le habían concedido ese prestigioso galardón por el mero hecho de tratarse de una mujer. En su lugar se lo habían dado al segundo, un hombre, información que hacía que mi madre hirviera de rabia.

La señora Bradford se alegró mucho cuando mi madre le contó que la universidad de Londres le había concedido su título en 1921, puesto que, en 1939, Cambridge seguía sin reconocer el de ella.

Al término de mi primer año presenté mi solicitud para unirme al ejército, como tantos otros alumnos del Trinity, pero mi tutor me preguntó no preferiría trabajar junto a él y su esposa en la Oficina de Guerra, en un novedoso departamento cuya especialidad era el cifrado de códigos.

Acepté la oferta sin pensarlo dos veces, relamiéndome ante la perspectiva de pasarme las horas sentado en un discreto cuartucho en alguna parte de Bletchley Park, intentando desentrañar los mensajes en clave de los alemanes. Papá me dio el dinero para comprarme un viejo MG, lo que significaba que podría ir a Londres de vez en cuando para visitarlos a él y a mamá.

Ocasionalmente conseguía sacar una hora libre y almorzábamos juntos en la cafetería del Ministerio de Alimentación, donde papá solo comía pan con queso acompañado de un vaso de leche para dar ejemplo al resto de su equipo. Quizá fuese edificante, me advirtió el señor Selwyn, pero sin duda era también poco nutritivo, y añadió que mi padre había convencido incluso al ministro para que siguiera esa dieta frugal.

—¿Y al señor Churchill? —pregunté.

—Tengo entendido que está el siguiente en su lista.

Me nombraron capitán en 1943, un simple reconocimiento de la Oficina de Guerra a la labor que estábamos realizando en nuestro incipiente departamento. Mi padre, por supuesto, se mostró entusiasmado, aunque a mí me apenaba no poder compartir con él la ilusión que nos había hecho descifrar el código utilizado por los comandantes de los submarinos alemanes. Hasta este día me desconcierta que se empeñaran en usar la clave Enigma de cuatro ruedas mucho después de que nosotros la hubiéramos resuelto. Aquel código, el sueño de cualquier matemático, lo desentrañamos en el dorso de uno de los menús de Lyons Corner House, en Piccadilly. La camarera que atendía nuestra mesa me tachó de vándalo. Yo me reí, y recuerdo haber pensado que me tomaría el resto del día libre e iría a visitar a mi madre para darle una sorpresa y dejar que me viese con el uniforme de capitán. Pensaba que me confería un aspecto de lo más apuesto, pero cuando abrió la puerta para recibirme, me desconcertó su sorpresa. Se me quedó mirando como si hubiera visto un fantasma. Aunque se repuso enseguida, aquella reacción inicial al verme de uniforme se convirtió en otra pieza de un rompecabezas cada vez más complicado; un rompecabezas que nunca abandonaba por completo mis pensamientos.

La siguiente pista se materializó en forma de la última línea de un obituario, una esquela a la que yo no le estaba prestando mucha atención hasta que descubrí que una tal señora Trentham iba a heredar una fortuna. Aquel dato no fue determinante de por sí, pero al releer la entrada me enteré de que la mujer era hija de alguien llamado sir Raymond Hardcastle, nombre que me permitió rellenar varias lagunas. Me intrigó, sin embargo, que no se mencionara a ningún Guy Trentham entre los familiares del difunto.

A veces desearía no haber nacido con la clase de mente que disfruta descifrando códigos y resolviendo fórmulas matemáticas, pero lo cierto es que «bastardo», «Trentham», «hospital»,

«capitán Guy», «apartamentos», «sir Raymond», «ese lechuguino de Nigel», «funeral» y mi madre palideciendo al verme vestido con mi uniforme de capitán eran todos ellos puntos sueltos en apariencia que debían de estar relacionados de alguna manera. Sin embargo, era consciente de que necesitaría reunir aún más pistas antes de que la lógica me condujera a la solución correcta.

Hasta que un día comprendí de repente a quién se referían tantos años atrás, cuando la marquesa estaba tomando el té con mi madre y le contó que había asistido al entierro de Guy. Debía de referirse al capitán Guy. Pero ¿por qué tenía eso tanta importancia?

El sábado siguiente madrugué para ir a Ashurst, donde se había criado la marquesa de Wiltshire; deduje que no era ninguna casualidad. Llegué a la parroquia poco después de las seis y, como me imaginaba, a esa hora aún no había nadie en los alrededores. Recorrí el cementerio leyendo los nombres: muchos Yardley, Baxter, Flood y Harcourt-Brown. Algunas lápidas estaban cubiertas de maleza, mientras que otras se veían cuidadas e incluso con flores frescas. Me detuve un momento frente a la tumba del abuelo de mi madrina. Debía de haber más de cien personas enterradas alrededor de aquel campanario, pero no tardé mucho en encontrar el sepulcro familiar de los Trentham, a escasos metros de la puerta de la sacristía.

Noté un sudor frío cuando llegué a la lápida más reciente:

CAPITÁN GUY TRENTHAM, C.M.

1896-1927

Fallecido tras sufrir una larga enfermedad.

Toda su familia lo echa de menos.

Y así el misterio tocaba literalmente a su fin, ante la tumba de la única persona que sin duda podría haber despejado todas mis incógnitas…, de haber seguido con vida.

Al terminar la guerra regresé al Trinity, donde me concedieron un año extra para completar mi titulación. Aunque mi nombramiento como mejor estudiante de matemáticas, acompañado de una oferta para seguir trabajando en la universidad, representó el mejor momento del año para mis padres, a mí me pareció que la investidura de papá en el palacio de Buckingham tampoco era moco de pavo.

La ceremonia incluyó el aliciente de permitirme ver cómo mi antiguo tutor, el profesor Bradford, era nombrado caballero por su papel en el campo de la criptografía…, aunque su esposa no recibiera ningún reconocimiento, como señaló mi madre. Recuerdo haber compartido su indignación por lo que a la doctora Bradford respectaba. Quizá papá hubiera representado un papel muy importante contribuyendo a llenar el estómago de la población británica, pero, tal y como había observado Churchill en la Casa de los Comunes, sin nuestro pequeño equipo las hostilidades se podrían haber prolongado otro año.

Después, todos convergimos en el Ritz para tomar el té, y como era natural, las conversaciones derivaron a lo largo de la tarde hacia el rumbo que quería darle a mi carrera ahora que la guerra había acabado. Mi padre, la verdad sea dicha, no había insinuado ni una sola vez que yo debería seguir sus pasos en Trumper’s, aunque yo sabía lo mucho que le habría gustado tener otro hijo al que pasarle el testigo. De hecho, durante las vacaciones de verano me di más cuenta aún de lo mucho que me había sonreído la suerte hasta entonces, puesto que papá parecía preocupado por los negocios y mi madre no lograba ocultar la ansiedad que le producía el futuro de la empresa. Sin embargo, cada vez que le preguntaba si podía hacer algo para ayudar, se

limitaba a decir:

—No te preocupes, todo saldrá bien al final.

A mi regreso a Cambridge, me convencí de que, si el nombre de Trentham volvía a cruzarse alguna vez en mi camino, no dejaría que me atormentara. Sin embargo, debido quizás al hecho de que ese nombre nunca se pronunciara libremente en mi presencia, continuaba ocupando mis pensamientos. Mi padre había sido siempre una persona muy franca, lo que volvía aún más extraño el secretismo que envolvía ese asunto en particular. Tanto era así, de hecho, que no me atrevía a abordar el tema personalmente con él.

Podrían haber pasado años sin que me molestara en hacer nada por investigar por el misterio, de no ser porque una mañana descolgué una extensión del teléfono en los Little Boltons y oí que Tom Arnold, la mano derecha de mi padre, decía:

—Bueno, dé gracias al menos por haber encontrado a Syd Wrexall antes que la señora Trentham.

Colgué el auricular de inmediato, resuelto a llegar al fondo de la cuestión de una vez por todas…, y más aún, sin que mis padres se enteraran. ¿Por qué tiene uno que imaginarse siempre lo peor en situaciones así? Seguro que, al final, la solución resultaba ser algo totalmente inofensivo.

Aunque no había hablado nunca con Syd Wrexall, recordaba que había sido el propietario del Musketeer, un pub que se erguía orgulloso en la otra punta de Chelsea Terrace hasta que le cayó una bomba encima. Mi padre había comprado el edificio durante la guerra, y después lo había convertido en una tienda de muebles de lujo.

No hacía falta ser Dick Barton para descubrir que el señor Wrexall se había ido de Londres durante el conflicto y regentaba ahora otro pub en la remota localidad de Hatherton, oculta en algún rincón del condado de Cheshire.

Me pasé tres días elaborando una estrategia para abordar al señor Wrexall, y solo cuando estuve seguro de conocer todas las preguntas que le quería hacer reuní la confianza necesaria para desplazarme hasta Hatherton. Debía formular mis palabras de tal modo que obtuviera las respuestas que necesitaba sin que el hombre sospechara que lo estaba sometiendo a un interrogatorio; sin embargo, aún esperé un mes más antes de dirigirme en coche hacia el norte, tiempo durante el cual me había dejado crecer la barba con la esperanza de que Wrexall no me reconociera. Aunque no me sonaba que nos hubiéramos visto en el pasado, sabía que era posible que Wrexall se hubiera tropezado conmigo hasta tres o cuatro años antes, por lo que me desenmascararía en cuanto pusiera un pie en su pub. Llegué incluso a comprarme unas gafas modernas con las que reemplazar las anticuadas lentes que siempre había usado.

Elegí un lunes para realizar mi viaje, pues sospechaba que sería el día más tranquilo de la semana para almorzar en un pub. A fin de asegurarme de que el señor Wrexall estuviera trabajando ese día, antes de partir llamé por teléfono al Furtivo Feliz. Su mujer me confirmó que estaría, y colgué antes de que pudiera preguntarme para qué quería saberlo.

Durante el trayecto hasta Cheshire ensayé una y otra vez la misma serie de preguntas disimuladas. Una vez en la localidad de Hatherton, aparqué en una carretera secundaria algo alejada del pub antes de dirigirme a pie al Furtivo Feliz, donde había tres o cuatro personas conversando en la barra y otra media docena bebiendo alrededor de una chimenea bien alimentada. Me senté en un extremo del mostrador y le pedí una ración de *shepherd's pie* y

media pinta de su mejor cerveza a una señora regordeta de mediana edad que, como descubrí más tarde, era la esposa del propietario. No tardé mucho en averiguar quién era este, puesto que todos los clientes se dirigían a él como Syd, pero decidí ser paciente y prestar atención a su parloteo sobre cualquier tema y cualquier persona, desde lady Docker a Richard Murdoch, como si todos ellos fueran amigos íntimos suyos.

—¿Lo mismo, caballero? —me preguntó cuando volvió a mi puesto en la barra para llevarse el vaso vacío.

—Sí, por favor —dije, aliviado al ver que no daba la impresión de haberme reconocido.

Cuando regresó con mi cerveza, solo quedábamos dos o tres personas en la barra.

—¿Es usted de por aquí, caballero? —preguntó, acodándose en el mostrador.

—No —dije—. He venido para realizar una inspección que me llevará un par de días. Trabajo para el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

—¿Y qué lo trae a Hatherton?

—Una epidemia de fiebre aftosa que se ha desatado en las granjas de la zona.

—Ah, sí, los periódicos no hablan de otra cosa —dijo, jugueteando con un vaso vacío.

—¿Acepta que lo invite a una copa, señor?

—Bueno, gracias, caballero. Me tomaré un whisky, con su permiso.

Dejó el vaso de media pinta vacío en el fregadero que había debajo del mostrador y se sirvió un doble. Tras cobrarme media corona, me preguntó por el estado de mis pesquisas.

—Todo en orden, de momento —repliqué—. Aunque todavía me quedan varias granjas por comprobar en el norte del condado.

—Conozco a alguien que trabajaba para su departamento —dijo.

—Ah, ¿sí?

—Sir Charles Trumper.

—Se fue antes de que yo llegara —dije mientras le pegaba un trago a mi cerveza—, aunque todavía hablan de él en el ministerio. Debía de ser de armas tomar, si la mitad de las historias que cuentan son ciertas.

—Y tanto —dijo Wrexall—. De no ser por él, ahora yo sería rico.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Verá, antes de mudarme aquí tenía una pequeña propiedad en Londres. Un pub, además de cierta participación en unas cuentas tiendas de Chelsea Terrace, para ser exactos. Durante la guerra, Trumper se quedó con todo a cambio de seis mil míseras libras. Si hubiera esperado otras veinticuatro horas, podría haberlas vendido por veinte mil…, quizás incluso treinta.

—Pero la guerra no terminó de un día para otro.

—No, no, no estoy sugiriendo ni por un momento que no fuese honrado conmigo, aunque siempre me ha parecido algo más que mera casualidad que, después de años sin verlo, se presentara de repente en mi pub aquella mañana.

El vaso de Wrexall ya estaba vacío.

—¿Otra ronda para los dos? —pregunté con la esperanza de que, invirtiendo otra media corona, se le soltara más todavía la lengua.

—Es usted muy generoso, caballero —replicó, y cuando volvió preguntó—: ¿Por dónde iba?

—Aquella mañana…

—Ah, sí, sir Charles… Charlie, como lo he llamado yo siempre. En fin, habíamos cerrado el trato aquí mismo, en esta barra, en menos de diez minutos, pero que me aspen si otra parte interesada no me llamó acto seguido para preguntar si las propiedades todavía estaban en venta. Tuve que decirle a la dama en cuestión que acababa de firmar el contrato por el que me despedía de ellas.

Me abstuve de preguntar quién era «la dama» en cuestión, aunque sospechaba que ya lo sabía.

—Pero eso no demuestra que ella quisiera ofrecerle veinte o treinta mil libras a cambio de ellas —observé.

—Lo habría hecho, sí, ya lo creo —replicó Wrexall—. La señora Trentham habría estado dispuesta a pagar lo que fuera con tal de impedir que sir Charles les echara el guante a esas tiendas.

—Caray —murmuré, evitando nuevamente preguntar por qué.

—Oh, sí, hace años que los Trumper y los Trentham no se pueden ni ver. La mujer todavía posee un bloque de apartamentos en pleno centro de Chelsea Terrace, lo único que le impide a Charlie levantar su grandioso mausoleo soñado. Es más, cuando ella intentó comprar el número 1 de Chelsea Terrace, él se la dio con queso de una forma espectacular. Jamás he visto otra cosa igual en mi vida.

—Pero eso debió de ocurrir hacer mucho tiempo —dijo—. Me asombra lo rencorosas que pueden llegar a ser algunas personas.

—Ahí lleva usted razón. Que yo sepa, su rencilla se remonta a comienzos de los años veinte, cuando el petimetre de su hijo abandonó a la señorita Salmon.

Contuve el aliento.

—A la señora Trentham no le hacía gracia esa relación, no, qué va. En el Musketeer lo teníamos muy claro. Y de pronto, el hijo se larga a la India y la chica de los Salmon va y se casa con Charlie. Pero el misterio no acaba ahí.

—¿No?

—Ni mucho menos —continuó Wrexall—. Porque, hasta la fecha, nadie sabe a ciencia cierta quién era el padre.

—¿El padre?

Wrexall titubeó.

—Será mejor que me calle, ya he hablado más de la cuenta.

—Con la de tiempo que ha pasado, me sorprendería que a alguien le importara algo así todavía —dije a modo de último intento antes de apurar mi vaso.

—Supongo que no va usted desencaminado… De todas formas, para mí también ha sido siempre un misterio, pero con la gente nunca se sabe. Bueno, debería ir cerrando ya, caballero, o se me echará encima la policía.

—Por supuesto. Y yo debería volver con mis reses.

Antes de regresar a Cambridge, me quedé un rato sentado en el coche y apunté todo lo que recordaba de mi conversación con el tabernero. Durante el largo camino a casa me esforcé por ordenar las nuevas piezas del rompecabezas. Aunque Wrexall me había proporcionado mucha información, también me había dejado con unas cuantas incógnitas nuevas. Lo único que había sacado en claro de mi visita a ese pub era que ahora ya no podía parar.

A la mañana siguiente decidí volver a la Oficina de Guerra y le pregunté a la veterana

secretaria de sir Horace si había alguna manera de consultar el historial de un antiguo oficial del ejército.

—¿Nombre? —preguntó la mujer de mediana edad, que todavía llevaba el pelo recogido en un moño, estilo que se había hecho popular durante la guerra.

—Guy Trentham —le dije.

—¿Rango y regimiento?

—Capitán de los fusileros reales, creo.

La secretaria desapareció detrás de una puerta cerrada, pero quince minutos más tarde regresó con una fina carpeta marrón de la que sacó una hoja de papel.

—Capitán Guy Trentham, condecorado con la Cruz Militar —leyó en voz alta—. Sirvió en la primera guerra, después en la India, presentó su dimisión en 1922. Sin explicaciones. No consta ninguna dirección.

—Es usted un genio —dije, y para su consternación le di un beso en la frente antes de marcharme para volver a Cambridge.

Cuando más descubría, más necesitaba saber, aunque de momento parecía haber llegado a otro callejón sin salida.

Me pasé las semanas siguientes absorto en mi trabajo de profesor, hasta que los alumnos se hubieron ido a disfrutar de las vacaciones de Navidad.

Regresé a Londres para pasar las tres semanas con mis padres en los Little Boltons. Papá parecía estar mucho más relajado que la última vez que lo vi, en verano, e incluso mamá me dio la impresión de haberse desprendido de su enigmática ansiedad.

Durante las fiestas surgió otro misterio, sin embargo, y como estaba seguro de que no guardaba ninguna relación con los Trentham, no vacilé en pedirle a mi madre que me ayudara a resolverlo.

—¿Qué ha pasado con el cuadro preferido de papá?

Su respuesta me apenó enormemente, y mamá me suplicó que no mencionara nunca el tema de *Los comedores de patatas* delante de mi padre.

Una semana antes de volver a Cambridge estaba paseando por Beaufort Street, en dirección a los Little Boltons, cuando vi a un veterano retirado con su uniforme de sarga azul que estaba teniendo problemas para cruzar la calle.

—Permítame ayudarlo —le ofrecí.

—Gracias, caballero —dijo, mirándome con una sonrisita temblorosa.

—¿Le importa que le pregunte con quién sirvió usted? —pregunté mientras lo acompañaba al otro lado de la carretera.

—Estuve en el regimiento del Príncipe de Gales. ¿Y usted?

—En los fusileros reales. —Cruzamos juntos la calle—. Seguro que conoce usted a más de uno.

—Los *fussies* —dijo—. Sí, ya lo creo. Banger Smith, que participó en la Primera Guerra Mundial. Sammy Tomkins, que se sumó más tarde…, en el veintidós o el veintitrés, si no me falla la memoria, y se quedó inválido después de Tobruk.

—¿Banger Smith?

—Sí —replicó el oficial jubilado cuando llegamos a la acera de enfrente—. Estaba hecho un

gandul de cuidado. —Se rio por lo bajo—. Pero todavía acude un día a la semana como voluntario al museo del regimiento, si lo que cuentan es cierto.

Al día siguiente fui el primer visitante del pequeño museo militar, donde el conservador me explicó que Banger Smith solo iba los jueves, y ni siquiera todos. Eché un vistazo alrededor de la sala, repleta de recuerdos del regimiento, banderas de desfile raídas, una vitrina con uniformes, anticuados instrumentos bélicos de eras pasadas y enormes mapas cubiertos de chinchetas de distintos colores que representaban cómo, cuándo y dónde se habían concedido los distintos honores.

Puesto que el conservador solo era unos años mayor que yo, decidí no importunarlo con ninguna pregunta sobre la Primera Guerra Mundial.

Regresé el jueves, cuando encontré a un viejo soldado sentado en un rincón del museo, fingiendo estar muy ocupado.

—¿Banger Smith?

El arrugado veterano, que debía de medir un metro y medio escaso, no hizo ademán de levantarse de su silla. Me observó con recelo.

—¿Qué pasa?

Saqué un billete de diez libras del bolsillo interior de la chaqueta.

Miró primero el billete y después a mí con ojillos inquisitivos.

—¿Qué busca?

—¿Se acuerda de un tal capitán Guy Trentham, por casualidad? —pregunté.

—¿Es usted de la policía?

—No, soy procurador y estoy investigando algo relacionado con su testamento.

—Me extrañaría que el capitán Trentham le hubiera dejado algo a alguien.

—Eso es confidencial —repliqué—. ¿Sabe usted qué fue de él cuando abandonó los fusileros? Verá, desde 1922 no hay ni rastro de él en los expedientes del regimiento.

—Eso no tiene nada de extraño. La banda no tocó ningún himno en su honor cuando se largó, eso seguro. En mi opinión, deberían haberlo azotado con un látigo de siete colas.

—¿Por qué?

—No pienso decir ni una palabra. Secretos del regimiento —añadió, dándose unos golpecitos en la nariz.

—Pero ¿sabe usted adónde fue cuando salió de la India?

—Eso le costará algo más de diez libras —dijo el viejo soldado con una risita.

—¿A qué se refiere?

—A que se largó a Australia, donde estiró la pata antes de que su madre lo mandara de vuelta aquí para enterrarlo. Tanta paz lleve como descanso deja y todo eso. Si por mí fuera, quitaría su dichoso retrato de la pared ahora mismo.

—¿Su retrato?

—Sí. Los condecorados con la Cruz Militar están justo al lado de los condecorados con la Orden del Servicio Distinguido, en la esquina superior izquierda —dijo, consiguiendo levantar un brazo para apuntar en la dirección indicada.

Me acerqué despacio al lugar señalado por Banger Smith, dejando atrás a siete fusileros condecorados con la Cruz de la Victoria y varios más con la Orden del Servicio Distinguido hasta llegar a los que habían recibido la Cruz Militar. Estaban ordenados por orden cronológico:

en 1914, tres; en 1915, trece; en 1916, diez; en 1917, once; en 1918, diecisiete… El capitán Guy Trentham, según rezaba la inscripción, se había ganado su Cruz Militar el 18 de julio de 1918, durante la segunda batalla del Marne.

Contemplé fijamente aquel retrato de un joven oficial vestido con el uniforme de capitán y supe en el acto que debía planificar un viaje a Australia.

30

—¿Cuándo pensabas marcharte?

—Durante las vacaciones de verano.

—¿Tienes dinero para costearte ese viaje?

—Todavía conservo la mayor parte de las quinientas libras que me diste por mi graduación. De todas formas, a un soltero que vive en una residencia de estudiantes tampoco le hace falta ganar un sueldazo.

Daniel miró a su madre cuando esta entró en la habitación.

—Daniel está pensando en pasar el verano en los Estados Unidos.

—Qué emocionante. —Becky dejó unas flores encima de la mesita que había junto al Remington—. Deberías ir a ver a los Field en Chicago y a los Bloomingdale en Nueva York, y si te da tiempo, también podrías…

—En realidad —dijo Daniel, apoyándose en la repisa de la chimenea—, creo que intentaré ir a ver a Waterstone en Princeton y a Stinstead en Berkeley.

—¿Los conozco? —Becky examinó su arreglo floral con el ceño fruncido.

—Me extrañaría, madre. Los dos son profesores de matemáticas en la universidad.

Charlie se rio.

—Bueno, tú escríbenos a menudo —dijo su madre—. Me gusta saber dónde estás y qué haces en todo momento.

—Por supuesto que sí, madre —replicó Daniel, esforzándose por disimular su exasperación —. Si tú prometes acordarte de que ya tengo veintiséis años.

Becky lo miró desde la otra punta de la habitación con una sonrisa.

—¿De verdad, cariño?

Aquella noche, Daniel volvió a Cambridge con la intención de resolver el problema de cómo mantener el contacto desde América cuando en realidad su destino era Australia. No le hacía gracia engañar a su madre, pero sabía que a ella le habría dolido aún más contarle la verdad sobre el capitán Trentham.

Para colmo de males, Charlie le regaló un billete de primera clase para viajar a Nueva York a bordo del *Queen Mary* en la fecha exacta que él había mencionado. Costaba ciento tres libras y venía con flexibilidad para la travesía de vuelta incluida.

Al final se le ocurrió una solución. Decidió que, si embarcaba en el *Queen Mary* con rumbo a Nueva York una semana después de que terminara el trimestre y proseguía su viaje en el Twentieth Century Limited y el Super Chief para cruzar los Estados Unidos hasta San Francisco, llegaría con un día de antelación para subir al SS *Aorangi* con destino a Sídney. Así dispondría de cuatro semanas en Australia antes de tener que repetir el viaje a la inversa, lo que le permitiría llegar con el tiempo justo para regresar a Southampton unos días antes de que comenzara el nuevo curso en septiembre.

Como siempre que abordaba cualquier problema, Daniel se pasó horas documentándose y organizando todos los preparativos mucho antes de partir en dirección a Southampton. Reservó tres días para visitar la embajada australiana en el Strand y procuró sentarse al lado del doctor Marcus Winters, un profesor visitante de Adelaide, cada vez que lo veía en el comedor del Trinity College. Aunque algunas de las preguntas de Daniel sorprendieron tanto al primer secretario como a la directora de la biblioteca de la Casa de Australia, y los motivos del joven matemático dejaron sin duda intrigado al doctor Winters, al finalizar la evaluación Daniel estaba seguro de haber aprendido lo suficiente como para no malgastar el tiempo cuando por fin desembarcara en el subcontinente. Sin embargo, era consciente de que toda la empresa seguía siendo una apuesta arriesgada; una apuesta que perdería si la primera pregunta que se proponía hacer obtenía por toda respuesta un: «Eso no hay forma de averiguarlo».

Cuatro días después de que los alumnos se hubieran marchado y él hubiese terminado de redactar sus informes de evaluación, Daniel hizo el equipaje y se preparó para emprender su odisea. A la mañana siguiente, su madre lo recogió en la universidad para llevarlo a Southampton. Mientras se dirigían a la costa, Daniel se enteró de que Charlie le había solicitado al consejo del condado de Londres el permiso de edificación necesario para transformar Chelsea Terrace en un gigantesco complejo comercial.

—Pero ¿qué pasa con los apartamentos bombardeados?

—El consejo les ha dado a los propietarios un plazo de tres meses para presentar la solicitud de reconstrucción. De lo contrario, se enfrentarán a una orden de venta obligatoria.

—Lástima que no podamos comprarlos nosotros —dijo Daniel, intentando utilizar una de sus preguntas que no parecían preguntas con la esperanza de tirarle de la lengua a su madre. Esta, no obstante, continuó conduciendo por la A30 sin ofrecerle ninguna opinión.

Resultaba irónico, pensó Daniel, que si su madre hubiera confiado en él lo suficiente como para explicarle por qué la señora Trentham se negaba a colaborar con su padre, ahora podrían dar media vuelta y regresar a Cambridge sin perder ni un momento.

Decidió volver a terreno seguro.

—Bueno, ¿y papá cómo espera reunir el dinero necesario para una empresa tan ambiciosa?

—Se debate entre pedirle otro crédito al banco y abrir las acciones al público.

—¿De qué suma estaríamos hablando?

—Alrededor de ciento cincuenta mil libras, según los cálculos del señor Merrick.

Daniel soltó un silbidito.

—A los bancos no les importaría adelantarnos el total de esa cantidad ahora que los precios de la propiedad se han disparado —continuó Becky—, pero nos piden como aval todo lo que tenemos, incluidas las tiendas de Chelsea Terrace, la casa, nuestra colección de arte… Y, por si fuera poco, quieren que firmemos una garantía personal y cobrarle un cuatro por ciento del descubierto a la empresa.

—Entonces, quizá la respuesta sea abrir las acciones al público.

—Tampoco es tan fácil. Si eligiéramos esa opción, la familia podría quedarse únicamente con el cincuenta y uno por ciento de las acciones.

—El cincuenta y uno por ciento equivaldría a retener el control.

—Cierto —dijo Becky—, pero si en el futuro nos hiciera falta más capital y tuviéramos que seguir diluyendo nuestra influencia dentro de la compañía para conseguirlo, posiblemente

acabaríamos perdiendo la mayoría de las acciones. De todas formas, ya sabes qué opina tu padre sobre eso de otorgarle demasiada influencia a la gente de fuera. Si tuviera que rendir cuentas periódicamente ante más directores no ejecutivos, por no hablar de los accionistas, sería un desastre. Siempre ha llevado sus negocios guiándose por el instinto, mientras que el Banco de Inglaterra aboga por enfoques más ortodoxos.

—¿Cuándo tenéis que tomar esa decisión?

—El asunto ya debería haberse zanjado, para bien o para mal, cuando vuelvas de América.

—¿Qué hay del futuro del número 1?

—No pierdo la esperanza de restaurarlo. Dispongo del personal adecuado y tengo suficientes contactos, por lo que, si nos conceden el permiso de edificación completo que hemos solicitado, creo que con el tiempo podríamos hacerles la competencia incluso a Sotheby's y Christie's.

—No si papá continúa llevándose los mejores cuadros…

—Cierto. —Becky sonrió—. Por otra parte, como siga a este ritmo, nuestra colección particular acabará valiendo más que la empresa, como quedó cruelmente demostrado cuando le vendimos mi Van Gogh a la galería Lefevre. Para tratarse de un aficionado, tiene el mejor ojo del mundo…, pero no le cuentes nunca que yo he dicho eso.

Becky se concentró en las señales que la dirigían al puerto y acabó aparcando junto al transatlántico, aunque no tan cerca como lo había hecho Daphne una vez, si la memoria no la engañaba.

Daniel zarpó de Southampton a bordo del *Queen Mary* esa noche, con su madre diciéndole adiós con la mano desde la orilla.

Durante la travesía les escribió a sus padres una carta muy larga que envió cinco días más tarde desde la Quinta Avenida. Después compró un billete en la estación del Twentieth Century Limited y tomó un Pullman que iba a Chicago. El tren se detuvo en la estación de Penn a las ocho de esa misma tarde, después de que Daniel se pasara un total de seis horas en Manhattan, donde su única compra había sido una guía de los Estados Unidos.

Tras llegar a Chicago, el vagón del Pullman se acopló al Super Chief que habría de llevarlo hasta San Francisco.

En sus cuatro días de viaje a través de América se empezó a arrepentir de que su destino final fuese Australia. Conforme dejaba atrás Kansas City, Newton City, La Junta, Alburquerque y Barstow, cada ciudad le parecía más interesante que la anterior. Cada vez que el tren se detenía en alguna estación, Daniel se apeaba de un salto, compraba una postal colorida que indicaba exactamente dónde se encontraba y llenaba el espacio en blanco con la información extraída de su guía antes de que el tren llegara a su nuevo destino. Después echaba la postal en el primer buzón que encontraba en la siguiente parada y repetía la operación. Cuando el expreso llegó a la estación de Oakland, en San Francisco, ya había enviado veintisiete postales distintas a la dirección de sus padres en los Little Boltons.

Después de que el autobús lo dejara en St. Francis Square, Daniel reservó una habitación en un pequeño hotel cerca del puerto tras comprobar que el precio se ajustara a su presupuesto. Puesto que todavía faltaban treinta y seis horas para que el SS *Aorangi* levantara el ancla, se dirigió a Berkeley y se pasó todo el segundo día en compañía del matemático Stinstead. La investigación sobre cálculo terciario del profesor lo dejó tan fascinado que volvió a lamentar no poder quedarse más tiempo, pues sospechaba que quedándose en Berkeley aprendería mucho

más de lo que jamás iba a descubrir en Australia.

En vísperas de la travesía, Daniel compró otras veinte postales y se pasó toda la noche llenándoles de detalles inventados. Al llegar a la última, su imaginación amenazaba con agotarse. A la mañana siguiente, tras pagar por la habitación, le pidió al conserje que echara una postal al buzón cada tres días hasta su regreso. Le dio diez dólares y prometió darle otros diez cuando volviera a San Francisco, pero solo si el número de postales que quedaban era el correcto, puesto que la fecha exacta de su regreso todavía estaba en el aire.

Aunque el veterano conserje se mostró desconcertado, se guardó los diez dólares y le confesó a su joven colega de recepción que en el pasado había aceptado hacer cosas mucho más raras a cambio de mucho menos dinero.

Cuando Daniel embarcó en el SS *Aorangi*, su barba ya no era una simple sombra áspera y su plan estaba tan bien trazado como cabía esperar, teniendo en cuenta que toda la información de la que disponía la había recabado en la cara opuesta del globo. Durante la travesía, Daniel se descubrió sentado a una enorme mesa circular con una familia australiana que volvía a casa tras sus vacaciones en los Estados Unidos. En el transcurso de las tres semanas siguientes contribuyeron enormemente a ampliar sus conocimientos sobre el subcontinente, ajenos al hecho de que él escuchaba con un interés inusitado todo lo que decían.

Daniel desembarcó en Sídney el primer lunes de agosto de 1947. Desde la cubierta, contempló la puesta de sol tras el puente de la bahía mientras un barco piloto guiaba lentamente al transatlántico hasta el embarcadero. Extrañó mucho su hogar de repente, y no por primera vez deseó no haber emprendido nunca ese viaje. Una hora más tarde se alejaba del SS *Aorangi* para reservar una habitación en la pensión que le habían recomendado sus compañeros de travesía.

La dueña, que se presentó como la señora Snell, resultó ser una mujer corpulenta, de amplia sonrisa y carcajadas sonoras, que le enseñó lo que ella describió como su cuarto de lujo. Daniel se alegró de no haber terminado en una habitación ordinaria, puesto que la cama se hundía por el centro cuando se tumbaba y los muelles se le clavaban en las lumbares cada vez que se daba la vuelta. De los dos grifos del lavabo salía agua fría, aunque en distintos tonos de marrón, y la única bombilla pelada que colgaba en el centro del techo imposibilitaba leer nada, a menos que colocara una silla justo debajo de ella. Silla que la señora Snell no le había proporcionado.

A la mañana siguiente, tras un desayuno consistente en huevos con beicon, patatas y pan frito, la casera no pudo ocultar su desilusión cuando le preguntó si iba a volver a la pensión para comer a mediodía o si prefería almorzar fuera; Daniel respondió «fuera» sin pensarlo dos veces.

La primera y crucial visita que había planeado era a la Oficina de Inmigración. Si allí no le ofrecían ninguna información relevante, sabía que podía embarcar en el SS *Aorangi* y regresar a Inglaterra esa misma noche. Opción que a Daniel empezaba a resultarle cada vez menos desagradable.

El inmenso edificio marrón de Market Street que contenía los expedientes oficiales de todas las personas que habían llegado a la colonia desde 1823 abría a las diez. Aunque llegó con media hora de antelación, Daniel no se libró de tener que incorporarse a una de las ocho filas de personas interesadas en constatar algún hecho sobre los inmigrantes registrados, lo que hizo que tardara otros cuarenta minutos en llegar a la ventanilla.

Cuando por fin lo hubo logrado se encontró frente a un hombre de facciones rubicundas, con el cuello de la camisa azul abierto, arrumbado en su silla.

—Estoy siguiendo la pista de un ciudadano inglés que llegó a Australia entre 1922 y 1925.

—¿No puede usted ser más preciso?

—Me temo que no.

—Conque se teme que no, ¿eh? —dijo el funcionario—. ¿Me puede facilitar algún nombre?

—Ah, sí —dijo Daniel—. Guy Trentham.

—Trentham. ¿Cómo se deletrea?

Daniel se lo deletreó.

—Bueno, pues ya estaría. Dos libras. —Daniel sacó la cartera del bolsillo interior de su chaqueta deportiva y le dio el dinero—. Firme aquí —dijo el funcionario, dándole la vuelta a un formulario y colocando el dedo índice sobre la última línea—. Y vuelva el jueves.

—¿El jueves? Pero para eso faltan tres días.

—Me alegra ver que en Inglaterra todavía les enseñan los números. Siguiente.

Daniel salió del edificio con un recibo por valor de dos libras, pero sin ninguna información relevante. Una vez en la acera, compró un ejemplar del *Sydney Morning Herald* y buscó alguna cafetería que estuviera cerca del puerto para ir a almorzar. Eligió una que estaba atestada de gente joven. La camarera le abrió paso a través de la bulliciosa concurrencia y lo sentó en una mesita en la esquina. Para cuando la mujer hubo vuelto con la ensalada que había pedido Daniel, este ya casi había terminado de leerse el periódico. Lo dejó a un lado, sorprendido por no haber encontrado entre sus páginas ni una sola mención a lo que sucedía en Inglaterra.

Mientras mordisqueaba una hoja de lechuga y se preguntaba cuál sería la forma más productiva de emplear los próximos días de espera, la chica que estaba sentada en la mesa de al lado le preguntó si podía pasarle el azúcar.

—Por supuesto, permítame —dijo Daniel, que no le habría prestado más atención a la desconocida si esta no hubiera estado leyendo el *Principia Mathematica* de A. N. Whitehead y Bertrand Russell—. ¿Eres estudiante de matemáticas, por casualidad? —preguntó mientras le daba el azucarero.

—Sí —replicó ella sin mirar en su dirección.

—Te lo preguntaba —dijo Daniel, sospechando haber importunado a la muchacha— porque soy profesor de esa asignatura.

—Cómo no —dijo ella, sin molestarse en darse la vuelta—. Y en Oxford, seguro.

—En Cambridge, de hecho.

Con esta información, Daniel consiguió que la muchacha lo mirase por fin y lo observara con más atención.

—Entonces, ¿me podrías explicar la regla de Simpson? —preguntó ella de pronto.

Daniel desdobló su servilleta de papel, sacó una estilográfica y dibujó unos diagramas para ilustrar el método en cuestión, paso a paso, como tantas veces había hecho en St. Paul.

La joven comparó el resultado con el gráfico que aparecía en su libro, sonrió y dijo:

—Qué alucine, pues sí que eres profesor de mates —lo que dejó a Daniel desconcertado, puesto que no estaba seguro de lo que significaba exactamente «alucine» en ese contexto. Dado que la expresión venía acompañada de una sonrisa, no obstante, dedujo que se trataba de algún tipo de aprobación. Su sorpresa no hizo sino aumentar cuando la desconocida se levantó, tomó su plato de judías con huevo y se sentó con él en la mesa—. Me llamo Jackie —dijo—. Oriunda de Perth.

—Yo soy Daniel, y…

—Vienes de Cambridge. Ya lo habías dicho, ¿te acuerdas?

Daniel se fijó con más detenimiento en la chica que se había sentado delante de él. Jackie debía de rondar la veintena, llevaba el pelo rubio muy corto y tenía la nariz respingona. Su atuendo consistía en unos pantalones cortos y una camiseta amarilla con la palabra PERTH estampada en el pecho. No se parecía en nada a ninguno de los estudiantes del Trinity.

—¿Vas a la universidad? —preguntó.

—Sí. Es mi segundo año en Perth. Bueno, ¿y qué te trae por Sídney, Dan?

A Daniel no se le ocurrió qué contestar de inmediato, pero en realidad no importaba, porque Jackie ya se había lanzado a explicarle qué hacía en la capital de Nueva Gales del Sur mucho antes de que él pudiera abrir la boca siquiera. La joven llevó el peso de la conversación, de hecho, hasta que les llevaron la cuenta. Daniel insistió en pagar por los dos.

—Qué generoso por tu parte —dijo Jackie—. Bueno, ¿qué vas a hacer esta noche?

—No había planeado nada especial.

—Estupendo, porque yo estaba pensando en ir al Teatro Real. ¿Por qué no me acompañas?

—Oh, ¿cuál es la obra? —preguntó Daniel, incapaz de disimular su sorpresa. Era la primera vez que ligaban con él en su vida.

—*Esta noche a las ocho y media*, de Noël Coward, con Cyril Ritchard y Madge Elliott.

—Suena bien —fue la diplomática respuesta de Daniel.

—Genial. Quedamos en la entrada a las ocho menos diez, Dan. Y no llegues tarde.

Jackie agarró su mochila, se la puso a la espalda, abrochó la hebilla y desapareció en cuestión de segundos.

Daniel la vio salir de la cafetería antes de que se le pudiera ocurrir una excusa para oponerse a la idea. Decidió que sería de mala educación darle plantón ahora y, de todas formas, tuvo que reconocer que la compañía de Jackie no le desagradaba. Consultó su reloj y decidió pasar el resto de la tarde paseando por la ciudad.

Cuando llegó al Teatro Real esa tarde, unos minutos antes de las ocho menos veinte, Daniel compró dos entradas de seis chelines y se quedó en el vestíbulo esperando a que llegara su invitada…, ¿o era más bien su anfitriona? Cuando sonó el timbre que anunciaba que ya solo faltaban cinco minutos para que empezara la función y Jackie seguía sin aparecer, Daniel se percató de que tenía más ganas de verla de lo que pensaba. El timbre anunció que solo faltaban dos minutos y su inesperada compañera de mesa todavía no daba señales de vida, por lo que Daniel dio por sentado que le tocaría ver la obra a solas. Cuando solo faltaba un minuto para que se levantara el telón, sin embargo, notó una mano en el brazo y oyó una voz que decía:

—Hola, Dan. Creía que no ibas a venir.

Otra primera experiencia: Daniel nunca había pasado una velada en compañía de una chica vestida con pantalones cortos.

Sonrió. Aunque le gustó la obra, descubrió que aún más le gustaba la compañía de Jackie durante el descanso, después del espectáculo y mientras cenaban en Romano’s, un discreto restaurante italiano con el que ella parecía estar muy familiarizada. Nunca había conocido a nadie que, tras conocerlo desde hacía tan solo unas horas, se mostrase tan cordial y abierta con él. Hablaron de todo, desde las matemáticas a Clark Gable; fuera cual fuese el tema de conversación, Jackie siempre tenía una opinión contundente.

—¿Me permites que te acompañe a tu hotel? —preguntó Daniel cuando salieron del restaurante.

—No me alojo en ninguno —replicó Jackie con una sonrisa radiante. Tras colgarse la mochila del hombro, añadió—: Podría acompañarte yo al tuyo.

—¿Por qué no? Seguro que a la señora Snell le queda alguna habitación libre para que pases la noche.

—Esperemos que no.

Cuando la señora Snell abrió la puerta, después de que Jackie hubiera pulsado varias veces el timbre, les dijo:

—No sabía que ibais a ser dos. Eso os costará más dinero, por supuesto.

—Pero si no… —empezó Daniel.

—Gracias —lo interrumpió Jackie, tomando la llave de manos de la dueña de la pensión mientras esta le guiñaba un ojo a Daniel.

Una vez en los reducidos confines del cuarto, Jackie se quitó la mochila y dijo:

—No te preocupes por mí, Daniel, puedo dormir en el suelo.

Sin saber muy bien qué replicar a eso, el muchacho se dirigió al aseo sin pronunciar palabra, se puso el pijama y se lavó los dientes antes de irse a la cama sin mirar ni siquiera de reojo en dirección a Jackie. Instantes después oyó que la puerta del dormitorio se cerraba, por lo que se levantó sin hacer ruido y apagó la luz antes de volver a meterse entre las sábanas. Transcurrieron unos minutos antes de que la puerta del dormitorio se abriera de nuevo. Cerró los ojos y se hizo el dormido. Un momento más tarde notó un cuerpo que se deslizaba junto al suyo y dos brazos que lo envolvían.

—Ay, Daniel. —En la oscuridad, la voz de Jackie adoptaba un exagerado acento británico—. Librémonos de estos horribles pijamas.

Cuando la muchacha empezó a tirar del cordón de su pantalón, Daniel se giró para protestar… y se descubrió oprimido contra su cuerpo desnudo. Daniel se quedó inmóvil sin decir nada, con los ojos cerrados, prácticamente petrificado mientras Jackie le acariciaba las piernas con parsimonia. Su desconcierto dio paso a la excitación, y esta seguidamente a una placentera somnolencia. Aunque el muchacho no estaba seguro de lo que acababa de pasar, lo cierto era que había disfrutado de cada momento.

—¿Sabes? —dijo Jackie cuando Daniel abrió los ojos por fin—. Sospecho que eres virgen.

—No —la corrigió él—. Era virgen.

—Me temo que, en términos absolutos, todavía lo eres. Pero no te preocupes. Te prometo que lo habremos solucionado antes de que amanezca. Por cierto, Dan, la próxima vez estás invitado a colaborar.

Daniel se pasó los tres días siguientes en la cama, disfrutando de las lecciones de una alumna de segundo curso de la universidad de Perth. A la segunda mañana, había descubierto lo hermoso que podía ser un cuerpo de mujer. En la tercera noche, a Jackie se le escapó un gemido que lo llevó a pensar que, aunque todavía no se hubiera graduado, por lo menos ya no era un novato absoluto.

Lo apenó que Jackie le dijera que había llegado el momento de volver a Perth. La muchacha se colgó la mochila del hombro por última vez, y después de acompañarla a la estación, Daniel se quedó mirando cómo el tren se alejaba del andén mientras Jackie emprendía el viaje de

regreso al oeste de Australia.

—Si alguna vez voy a Cambridge, Dan, te buscaré —fueron las últimas palabras que le dedicó.

—Eso espero —dijo él mientras reflexionaba que en la junta directiva del Trinity había más de uno al que no le habría venido nada mal pasar unos días bajo la experta tutela de Jackie.

Daniel volvió al Departamento de Inmigración el jueves por la mañana, tal y como le habían instruido, y tras otra hora de espera en la inevitable cola, le entregó su recibo al mismo funcionario de la vez anterior, arrumbado en la misma ventanilla con la misma camisa.

—Ah, sí, Guy Trentham, me acuerdo. Encontré su expediente unos minutos después de que usted se marchara. Lástima que no haya vuelto antes.

—En tal caso, solo puedo darle las gracias.

—Las gracias…, ¿por qué? —preguntó el hombre con desconfianza.

Daniel agarró la tarjetita verde que le tendió el funcionario.

—Por tres de los días más felices de mi vida.

—No entiendo a qué se refiere usted, amigo —replicó el hombre, pero Daniel ya se había marchado.

Se sentó en los escalones de la entrada del alto edificio colonial e inspeccionó la ficha oficial. Como se temía, no revelaba gran cosa:

Nombre:	Guy Trentham (registrado como inmigrante)
	18 de noviembre de 1922
Ocupación:	Administrador de fincas
Dirección:	117 Manley Drive
	Sídney

Daniel no tardó en localizar Manley Drive en el callejero de la ciudad que Jackie le había dejado y tomó un autobús a la cara norte de Sídney, donde se apeó en un suburbio con muchos árboles y vistas al puerto. Las residencias, aunque eran bastante grandes, parecían algo abandonadas, de lo que dedujo que la zona debía de haber sido bastante próspera en otros tiempos.

Cuando tocó el timbre de lo que podría haber sido una antigua casa de huéspedes colonial, le abrió la puerta un joven en pantalones cortos y camiseta. Daniel empezaba a sospechar que ese era el atuendo tradicional de los australianos.

—Sé que es un tiro a ciegas —empezó—, pero estoy siguiendo la pista de alguien que podría haber vivido aquí en 1922.

—Un poco antes de que yo naciera —dijo el chico con una sonrisa—. Lo mejor será que pase usted y le pregunte a mi tía Sylvia…, seguro que ella le puede ayudar.

Daniel siguió al joven por el pasillo hasta una sala de estar que parecía llevar varios días sin ver una escoba y salió a la veranda, la cual mostraba indicios de haber estado pintada de blanco en algún momento de su historia. Allí, sentada en una mecedora, había una mujer que quizás aún no hubiera cumplido los cincuenta, pero con el pelo teñido y la cara cubierta de maquillaje a Daniel le habría resultado imposible precisar su edad. Continuó meciéndose con los ojos cerrados, disfrutando del sol de la mañana.

—Disculpe que la moleste…

—No estoy dormida —dijo la mujer, abriendo los ojos para observar al desconocido. Lo miró con recelo—. ¿Quién es usted? Su cara me suena.

—Me llamo Daniel Trumper. Estoy intentando encontrar el rastro de alguien que podría haberse alojado aquí en 1922.

La mujer se rio.

—Hace veinticinco años de eso. Me parece usted un poco optimista.

—Su nombre era Guy Trentham.

La mujer enderezó la espalda de súbito y lo miró fijamente.

—Y usted es su hijo, ¿verdad? —A Daniel se le heló la sangre en las venas—. No olvidaría nunca esa cara de impostor zalamero, ni aunque viviera cien años.

Daniel ya no podía seguir negando la realidad.

—¿Ha venido después de todos estos años para saldar sus deudas?

—No entiendo…

—Se esfumó dejando a deber el alquiler de la mayor parte de un año, ¿no lo sabía? Siempre estaba escribiendo a su madre para que le mandase más dinero desde Inglaterra, pero cuando lo recibía, yo ni lo olía. Supongo que pensaba que acostarse conmigo era pago suficiente, así que ya se imaginará usted que no me he olvidado de ese malnacido. Y menos después de cómo acabó.

—¿Significa eso que sabe usted adónde fue cuando salió de esta casa?

La mujer titubeó unos instantes, como si estuviera intentando ordenar sus ideas. Se giró para mirar por la ventana mientras Daniel esperaba.

—Lo último que supe de él —dijo tras una larga pausa— fue que había conseguido trabajo haciendo de mensajero para un corredor de apuestas, pero eso fue antes…

—¿Antes…? —preguntó Daniel.

—No, será mejor que eso lo averigüe usted solo. No me gustaría ser yo la que se lo cuente. Pero, si quiere un consejo, súbase al primer barco que vaya a Inglaterra y olvídese de Melbourne.

—Pero usted es la primera persona con la que hablo que podría ayudarme.

—Su padre ya me tomó por tonta una vez, así que no espere que me quede tan tranquila mientras su hijo me engaña también. Acompáñalo hasta la puerta, Kevin.

A Daniel se le cayó el alma a los pies. Le agradeció a la mujer que lo hubiera recibido y se fue sin pronunciar otra palabra. Una vez en la calle, tomó el autobús con destino a Sídney e hizo el resto del camino a pie hasta su pensión. Se pasó la noche sintiéndose muy solo, extrañando a Jackie, mientras se preguntaba por qué se habría portado tan mal su padre durante su estancia en Australia, y si debería seguir el consejo de la «tía Sylvia».

A la mañana siguiente, Daniel se despidió de la señora Snell y de su amplia sonrisa, pero no antes de que la mujer le presentara un recibo exorbitante. Lo pagó sin rechistar y se dirigió a la estación de ferrocarril.

Cuando el tren de Sídney se detuvo en la estación de Spencer Street, en Melbourne, esa tarde, lo primero que hizo Daniel fue mirar en el listín telefónico por si acaso apareciese algún Trentham en la guía, pero no había ninguno. A continuación llamó a todos los corredores de apuestas registrados en la ciudad, pero solo al noveno intento encontró a alguien para el que significaba algo ese nombre.

—Me suena —dijo una voz al otro lado de la línea—, aunque no recuerdo por qué. Debería

hablar con Brad Morris. Llevaba esta oficina por aquel entonces y quizá pueda ayudarle. Encontrará su número en la guía.

Daniel buscó el número. Cuando lo pusieron con el anciano señor Morris, la conversación fue tan breve que no le hizo falta echar una segunda moneda.

—¿Le suena de algo el nombre de Guy Trentham? —preguntó de nuevo.

—¿El inglés?

—Sí —dijo Daniel, notando cómo se le aceleraba el pulso.

—¿Uno que tenía un acento muy estirado y le contaba a todo el mundo que había sido mayor en el ejército?

—Es posible.

—Pregunte usted en la cárcel, porque fue allí donde acabó.

Daniel le habría preguntado por qué, pero el señor Morris ya había colgado.

Seguía temblando de pies a cabeza cuando acarreó su maleta hasta la estación y se registró en el hotel Railway, al otro lado de la carretera. Volvió a tumbarse a solas en la cama de la pequeña habitación, a oscuras, debatiéndose entre proseguir con sus indagaciones o evitar la verdad y aceptar el consejo de Sylvia: «Súbase al primer barco que vaya a Inglaterra».

Se quedó dormido enseguida, todavía vestido, pero se despertó en plena noche. Para cuando los primeros rayos de sol entraron por la ventana, Daniel ya había tomado una decisión. No quería saberlo, no necesitaba saberlo, y volvería a Inglaterra sin más demora.

Pero antes decidió darse un baño y cambiarse de ropa, y para cuando lo hubo hecho, también había cambiado de parecer.

Daniel bajó al vestíbulo media hora más tarde y le preguntó al recepcionista dónde estaba la comisaría más próxima. El hombre que estaba detrás del mostrador le indicó que siguiera la carretera hasta Bourke Street.

—¿Tan mala le ha parecido la habitación? —preguntó.

Daniel se rio con desgana antes de encaminarse, sin prisa y con aprensión, en la dirección señalada. Aunque tardó apenas unos minutos en llegar a Bourke Street, dio varias vueltas a la manzana antes de remontar finalmente los escalones de piedra de la comisaría y entrar en el edificio.

El joven sargento de guardia no dio muestras de reconocer el nombre de Trentham y se limitó a inquirir quién preguntaba por él.

—Un familiar suyo de Inglaterra —replicó Daniel. El sargento lo dejó en la ventanilla y se dirigió a la otra punta de la sala para hablar con un oficial más veterano que en esos momentos examinaba pacientemente unas fotografías sentado a su mesa. El agente dejó lo que estaba haciendo y escuchó con suma atención a su compañero, al que después pareció preguntarle algo. En respuesta, el sargento se giró y señaló a Daniel con el dedo. «Bastardo —pensó este—. Daniel es un bastardo». Momentos después, el sargento regresó al mostrador.

—El expediente de Trentham está cerrado —dijo—. Si quiere saber algo más, deberá preguntar en el departamento de prisiones.

A Daniel se le formó un nudo en la garganta, pero aun así logró preguntar:

—¿Dónde está eso?

—Séptima planta —dijo el hombre, apuntando con un dedo hacia arriba.

Cuando se bajó del ascensor en la séptima planta, Daniel se topó de bruces con un cartel a

tamaño natural en el que salía un hombre de facciones risueñas que llevaba por nombre Hector Watts, inspector general de prisiones.

Daniel se acercó a la ventanilla de información y solicitó ver al señor Watts.

—¿Tiene usted cita?

—No.

—En ese caso, me temo que…

—¿Tendría la amabilidad de explicarle al inspector general que he viajado desde Inglaterra específicamente para verlo?

Daniel se quedó esperando unos minutos antes de que lo invitaran a subir al piso número ocho, donde lo recibió en carne y hueso la misma sonrisa afectuosa que iluminaba el cartel de la planta de abajo, aunque las arrugas que surcaban el semblante de Hector Watts eran más pronunciadas. Daniel calculó que el inspector debía de estar próximo a su sexagésimo cumpleaños, y aunque se veía entrado en carnes, daba la impresión de seguir pudiendo cuidar de sí mismo.

—¿De qué parte de Inglaterra viene usted? —preguntó Watts.

—De Cambridge. Soy profesor de matemáticas en la universidad.

—Yo soy de Glasgow. Lo que no lo pillará por sorpresa, dado mi nombre y mi acento. Bueno, siéntese usted, por favor, y dígame en qué puedo ayudarle.

—Estoy siguiendo el rastro de Guy Trentham, y el departamento de policía me ha remitido a usted.

—Ah, sí, me suena ese nombre. Pero ¿de qué? —El escocés se levantó del escritorio y se acercó a la fila de archivadores que cubría la pared a su espalda. Abrió el cajón marcado con las letras «STV» y sacó una caja enorme llena de expedientes—. Trentham… —musitó mientras rebuscaba entre los papeles hasta que por fin extrajo dos hojas.

Volvió a su mesa y, tras colocar las hojas delante de él, empezó a leer. Tras permanecer unos instantes absorto en los detalles, levantó la cabeza y observó a Daniel con más atención.

—¿Lleva usted mucho por aquí, joven?

—Llegué a Sídney hace menos de una semana —respondió Daniel, desconcertado por la pregunta.

—¿Y no había estado antes en Melbourne?

—No, nunca.

—Entonces, ¿a qué se debe tanto interés?

—Quería averiguar lo que pudiera sobre el capitán Guy Trentham.

—¿Por qué? —insistió el inspector general—. ¿Es usted periodista?

—No, soy profesor de matemáticas. Pero…

—Siendo así, tendrá usted alguna razón de peso para haber viajado hasta aquí.

—Curiosidad, supongo —dijo Daniel—. Verá, aunque nunca llegamos a conocernos, Guy Trentham era mi padre.

El director del servicio de prisiones consultó la lista de nombres que contenía la hoja en la categoría de familiares cercanos: esposa, Anna Helen (fallecida); una hija, Margaret Ethel. No se mencionaba ningún hijo por ninguna parte. Miró a Daniel de nuevo y, tras varias cavilaciones, llegó a una decisión.

—Lamento informarle, señor Trentham, de que su padre falleció estando bajo la custodia de

la policía.

Daniel empezó a temblar, conmocionado.

Watts lo miró desde el otro lado de la mesa y añadió:

—Siento tener que darle tan tristes noticias, sobre todo después de que haya hecho usted un viaje tan largo.

—¿De qué murió? —preguntó Daniel con un hilo de voz.

El inspector general pasó la página, consultó la última línea del historial que tenía delante y releyó las palabras: Condenado a morir en la horca. Volvió a mirar a Daniel.

—De un fallo cardiaco.

31

Daniel regresó a Sídney en un tren nocturno, pero no pegó ojo. Lo único que quería era poner tanta tierra de por medio entre Melbourne y él como le fuera posible. Se fue tranquilizando conforme pasaban los kilómetros, y después de un rato consiguió incluso comerse medio sándwich del vagón restaurante. Cuando el tren se detuvo en la ciudad más grande de Australia, Daniel bajó de un salto, metió su maleta en un taxi y se fue directamente al puerto, donde compró un billete para la primera embarcación que zarpara con rumbo a la costa oeste de los Estados Unidos.

El diminuto barco de vapor, con licencia para transportar únicamente cuatro pasajeros, zarpaba a medianoche hacia San Francisco. Daniel solo pudo subir a bordo tras abonarle al capitán el importe completo en efectivo, lo que lo dejó con el dinero justo para llegar a Inglaterra…, siempre y cuando no surgiera ningún imprevisto por el camino.

Durante aquella bamboleante, azarosa e interminable travesía de regreso a América, Daniel se pasó la mayor parte del tiempo en su catre, lo que le dio tiempo más que de sobra para reflexionar lo que debería hacer con la información que había obtenido. También intentó reconciliarse con la ansiedad que debía de haber sufrido su madre durante tantos años, y con la persona tan extraordinaria que era su padrastro. Cómo odiaba esa palabra… «Padrastro». Jamás pensaría en Charlie de esa manera. Si hubieran confiado en él desde el principio, sin duda podría haber empleado sus talentos para ayudar en vez de desperdiciar tanta energía en averiguar la verdad. Pero ahora era todavía más dolorosamente consciente de que no podía hacerles partícipes de lo que había descubierto, pues probablemente poseía más información que ellos.

Daniel dudaba que su madre supiera que Trentham había muerto en la cárcel, dejando una ristra de deudores resentidos desde Victoria hasta Nueva Gales del Sur. La lápida de Ashurst omitía mencionar ese pequeño detalle, eso seguro.

Mientras Daniel estaba de pie en la cubierta, viendo cómo la pequeña embarcación proseguía su bamboleante rumbo bajo el Golden Gate hasta la bahía, su plan empezó a cobrar forma por fin.

Tras pasar por la aduana, tomó un autobús hasta el centro de San Francisco y volvió a registrarse en el mismo hotel en el que había pasado la noche antes de zarpar rumbo a Australia. El conserje le enseñó las dos postales que le quedaban y Daniel le dio el billete de diez dólares prometido. Garabateó unas letras y las echó al buzón antes de subir al Transcontinental Express con destino a Nueva York.

Con cada hora que pasaba, con cada nuevo día de soledad, sus ideas continuaban fraguándose, aunque todavía le preocupaba pensar en todas las preguntas que no se atrevería a hacerle a su madre. Sin embargo, al menos ahora estaba seguro de que su padre era Guy Trentham y de que este se había ido de la India o de Inglaterra perseguido por algún tipo de escándalo. La temible señora Trentham, por consiguiente, debía de ser su abuela, quien por

alguna razón insondable culpaba a Charlie de lo que le había pasado a su hijo.

Al llegar a Nueva York, Daniel descubrió con exasperación que el *Queen Mary* había zarpado hacia Inglaterra un día antes. Tras transferir su pasaje al *Queen Elizabeth*, se quedó con un puñado de dólares en efectivo. Lo último que hizo en suelo estadounidense fue telegrafiar a su madre con la hora estimada de su llegada a Southampton.

Daniel comenzó a relajarse por fin cuando la Estatua de la Libertad se perdió de vista desde la popa del transatlántico. La señora Trentham, no obstante, continuó ocupando sus pensamientos durante las cinco jornadas de travesía. Le costaba considerarla su abuela, y cuando llegó el momento de desembarcar en Southampton, necesitaba que su madre le ofreciera varias respuestas antes de seguir trazando su plan.

Al bajar por la pasarela y pisar suelo inglés de nuevo, se fijó en que las hojas de los árboles habían pasado del verde al dorado en su ausencia. Se propuso solventar el problema de la señora Trentham antes de que terminaran de caerse.

Su madre lo estaba esperando en el muelle para recibirlo. Daniel, que nunca se había alegrado tanto de verla, le dio un abrazo tan caluroso que la mujer no pudo disimular su sorpresa. Durante el trayecto de regreso a Londres se enteró de la triste noticia de que su otra abuela había fallecido mientras él estaba en América, y aunque su madre había recibido varias postales, no recordaba el nombre de los profesores que él le había dicho que iba a visitar, por lo que no había podido contactar con él para decírselo antes. Se alegraba de que le hubiera escrito tan a menudo, no obstante.

—Sospecho que todavía deben de estar por llegar una o dos —dijo Daniel, sintiéndose culpable por primera vez.

—¿Te dará tiempo a pasar unos días con nosotros antes de volver a Cambridge?

—Sí. He regresado un poco antes de lo que esperaba, así que es posible que tengáis que aguantarme unas cuantas semanas.

—Tu padre se alegrará mucho.

Daniel se preguntó cuánto tiempo tendría que pasar antes de que se dejara de formar una visión de Guy Trentham en su mente cada vez que escuchase las palabras «tu padre».

—¿Habéis tomado alguna decisión con respecto al dinero que necesitáis para el nuevo edificio?

—Vamos a abrir las acciones al público —dijo su madre—. Al final era una simple cuestión de aritmética. El arquitecto ya ha terminado el borrador del proyecto y tu padre quiere lo mejor de lo mejor, por supuesto, por lo que me temo que el precio definitivo estará cerca del medio millón de libras.

—¿Conseguiréis retener el cincuenta y uno por ciento de las acciones?

—A duras penas. Según esas cifras, va a estar muy ajustado. Quizá tengamos que empeñar hasta el carretón de tu abuelo.

—Y los apartamentos…, ¿alguna novedad sobre ellos? —Daniel se fijó en el reflejo de la ventanilla, atento a la reacción de su madre. Esta vaciló unos instantes.

—Los propietarios le han hecho caso al consejo y ya han empezado a demoler lo que quedaba de ellos.

—¿Significa eso que le van a conceder el permiso de edificación a papá?

—Eso espero, porque ahora parece que podríamos tardar más de lo previsto. Uno de los

residentes…, el señor Simpson, portavoz de la Federación para el Rescate de los Pequeños Comercios…, ha presentado un recurso contra nuestro plan ante el consejo. Así que, por favor, no le hagas ninguna pregunta al respecto a tu padre. La mera mención de esos apartamentos lo saca de quicio.

«Me imagino que detrás del señor Simpson estará la señora Trentham», le habría gustado decir a Daniel, que se limitó a preguntar:

—¿Cómo está Daphne?

—Intentando todavía que Clarissa se case con el hombre correcto y que Clarence ingrese en el regimiento adecuado.

—Deduzco que no se conformará con menos de un duque real para la primera y un puesto en la guardia escocesa para el segundo.

—Más o menos —convino su madre—. También espera que Clarissa tenga una niña enseguida, para poder casarla con el príncipe de Gales.

—Pero si la princesa Elizabeth acaba de anunciar su compromiso.

—Me consta, pero ya sabemos todos cómo le gusta a Daphne planificar las cosas con tiempo.

El muchacho hizo caso a su madre y omitió mencionar los apartamentos esa noche, durante la cena, mientras hablaba con Charlie del lanzamiento de la nueva compañía. También se fijó en que el Van Gogh que colgaba antes en la pared había sido reemplazado por un bodegón que llevaba por título *Manzanas y peras*, obra de un artista llamado Courbet. Otro detalle sobre el que prefirió no hacer ningún comentario.

Daniel se pasó el día siguiente en el Salón Condal, más concretamente en la sección de atención al público del departamento de planificación del consejo del condado de Londres. Aunque el funcionario que lo atendió le proporcionó toda la documentación que necesitaba, también se apresuró a señalar, para su frustración, que los papeles originales no podían salir del edificio.

Por consiguiente, dedicó la mañana a leérselos todos una y otra vez, apuntando palabra por palabra las cláusulas pertinentes antes de aprendérselas de memoria para no tener que llevar sus apuntes encima. No quería que sus padres se tropezaran por accidente con su investigación. Para las cinco de la tarde, cuando cerraron las puertas del edificio a su espalda, Daniel estaba seguro de haber memorizado los detalles más relevantes.

Salió del Salón Condal, se sentó en un muro bajo con vistas al Támesis y repitió en voz alta la información que se había estudiado.

Había descubierto que Trumper's había solicitado permiso para construir un edificio de grandes almacenes que abarcaría toda la calle conocida como Chelsea Terrace. El edificio consistiría en dos torres de doce pisos de altura, cada una de las cuales ocuparía una superficie de setenta y cinco mil metros cuadrados. Encima de los establecimientos habría otras cinco plantas de oficinas y varias pasarelas que unirían las estructuras gemelas. El consejo del condado de Londres había concedido permiso para planificar el proyecto. Sin embargo, Martin Simpson, de la Federación para el Rescate de los Pequeños Comercios, había interpuesto un recurso contra la edificación de las cinco plantas que iban a unir las dos estructuras principales sobre una zona vacía en el centro del terrace. No hacía falta elucubrar demasiado para darse cuenta de quién estaba proporcionándole al señor Simpson el respaldo financiero preciso.

Al mismo tiempo, la señora Trentham había obtenido permiso para planificar la creación de

un bloque de viviendas de alquiler económicas. Daniel repasó mentalmente la detallada solicitud de la mujer, donde se explicaba que los apartamentos serían de hormigón y dispondrían de los servicios mínimos indispensables tanto en el interior como en el exterior; toda la idea olía a chapuza. A Daniel no le costó llegar a la conclusión de que la idea de la señora Trentham consistía en levantar el edificio más feo que le permitiera el consejo, justo en el centro de la ubicación propuesta por Charlie.

Consultó sus apuntes y, tras comprobar que no se le hubiera olvidado nada, hizo trocitos la hoja y tiró los pedazos a una papelera que había en la esquina de Westminster Bridge antes de volver al hogar de sus padres en los Little Boltons.

El siguiente paso de Daniel fue llamar por teléfono a David Oldcrest, profesor de derecho en el Trinity, especializado en planificación urbana y rural. Su colega se pasó más de una hora explicándole que, entre las apelaciones y recursos que podían llegar hasta la Casa de los Lores, se podrían tardar años en obtener el permiso necesario para sacar adelante un proyecto tan ambicioso como las Torres Trumper. Para cuando se hubiera tomado una resolución, el doctor Oldcrest estimaba que los únicos que habrían salido ganando con todo el proceso serían los abogados implicados en el caso.

Daniel le dio las gracias a su amigo y, tras analizar el problema, llegó a la conclusión de que el éxito o el fracaso de las ambiciones de Charlie estaban por completo en manos de la señora Trentham. A menos, claro está, que él pudiera…

En el transcurso de las dos semanas siguientes se pasó una considerable cantidad de tiempo en la cabina que había en la esquina de Chester Square, sin hacer ni una sola llamada. El resto de cada día lo dedicó a seguir por toda la capital a una señora mayor que siempre iba impecablemente vestida, envuelta en un aura de evidente presencia y confianza en sí misma, procurando que la mujer no lo descubriera mientras él se fijaba tanto en su aspecto como en las cosas que hacía y la clase de mundo en el que se desenvolvía.

No tardó en descubrir que para la ocupante del número 19 de Chester Square solo había tres actividades sacrosantas. La primera, sus reuniones con los abogados de Lincoln’s Inn Fields, que parecían tener lugar cada dos o tres días, aunque no con regularidad. La segunda, sus sesiones de bridge, que eran siempre a las dos en punto, tres veces a la semana: los lunes en el 9 de Cadogan Place, los miércoles en el 117 de Sloane Avenue y los viernes en su casa de Chester Square. En todas las ocasiones parecía concurrir el mismo grupo de señoras mayores. Y en tercer lugar, sus ocasionales visitas a un hotel destartalado en South Kensington, donde se sentaba en el rincón más apartado de la salita para el té para conversar con un hombre que no tenía pinta de ser la selecta compañía en la uno esperaría ver a la hija de sir Raymond Hardcastle.

Una semana más tarde, Daniel decidió que solo podría ejecutar su plan el último viernes antes de tener que volver a Cambridge. Por consiguiente, se pasó toda una mañana con un sastre especializado en uniformes militares. La tarde la dedicó a redactar un guion que ensayó esa misma noche. Después realizó varias llamadas telefónicas, incluida una a Spink’s, el especialista en medallas, quien le aseguró que tendría su pedido preparado a tiempo. Las últimas dos mañanas, pero solo tras cerciorarse de que sus padres no estuvieran en casa, hizo una prueba de vestuario completa en la intimidad de su dormitorio.

Daniel debía asegurase no solo de sorprender a la señora Trentham, sino de que el desconcierto de esta se prolongara durante los veinte minutos que, según sus estimaciones,

necesitaría para llevar todo su plan a buen término.

Ese viernes, mientras desayunaban, Daniel confirmó que sus padres no tenían pensado volver a casa antes de las seis de la tarde. Aceptó encantado cuando le dijeron que deberían cenar todos juntos esa noche, puesto que al día siguiente iba a volver a Cambridge. Esperó pacientemente a que su padre se fuese a Chelsea Terrace, pero después tuvo que aguardar otra media hora antes de salir, puesto que su madre se entretuvo al teléfono justo cuando ya se disponía a marcharse. Daniel dejó la puerta del dormitorio abierta y se dedicó a caminar en círculos.

La conversación de su madre acabó finalmente y Becky se fue al trabajo. Veinte minutos más tarde, Daniel salía de la casa acarreando un maletín que contenía el uniforme que había obtenido de Johns & Pegg el día anterior. Tuvo la precaución de recorrer tres calles en la dirección opuesta antes de parar un taxi.

Al llegar al Museo de los Fusileros Reales, Daniel dedicó unos minutos a estudiar el retrato de su padre que colgaba en la pared. El cabello era más ondulado que el suyo, y a juzgar por sepia de la foto, un poquito más claro. De súbito se temió no ser capaz de recordar los detalles exactos. Daniel esperó a que el conservador del museo se diera la vuelta y, con una punzada de culpabilidad, descolgó la pequeña fotografía y la guardó en su maletín.

Tomó otro taxi que lo llevó a una barbería de Kensington, donde accedieron encantados a decolorar el pelo del caballero, cambiarle la raya de sitio e incluso añadirle un par de ondas, creando así un duplicado lo más exacto posible del retrato sepia que les había pedido que utilizaran como modelo. Daniel comprobaba los cambios en el espejo cada pocos minutos, y cuando estuvo seguro de que el parecido ya no se iba a poder mejorar, pagó la cuenta y se fue. El siguiente taxi lo dejó en Spink's, el especialista en medallas de King Street, en St. James, donde pagó en efectivo por las cuatro condecoraciones que había encargado previamente por teléfono. Para su alivio, el joven dependiente no le preguntó si tenía derecho a lucirlas. Otro taxi lo llevó de St. James al hotel Dorchester, donde reservó una habitación e informó a la joven recepcionista de que pensaba abandonar el hotel antes de las seis de la tarde. La muchacha le dio una llave marcada con el número 309. Daniel rechazó educadamente la oferta del botones cuando este se ofreció a llevarle el maletín y se limitó a pedir que le indicara el camino hasta el ascensor.

Una vez a salvo en su cuarto, cerró la puerta con llave, vació el maletín y desplegó su contenido encima de la cama. En cuanto hubo terminado de cambiarse el traje por el uniforme, añadió la ristra de medallas sobre el bolsillo izquierdo de la pechera tal y como aparecían en la foto y, por último, se echó un vistazo en el espejo de cuerpo entero adosado a la puerta del cuarto de baño. Le devolvió la mirada la viva imagen de un capitán de los fusileros reales de la Primera Guerra Mundial; la cinta plateada y morada de la Cruz Militar y las dos medallas de campaña añadían el toque final al conjunto.

Tras comprobar una vez más hasta el último detalle en la fotografía robada, Daniel empezó a sentirse inseguro por primera vez. Si no seguía adelante con el plan, sin embargo… Se sentó al pie de la cama, consultando su reloj cada pocos minutos. Pasó una hora antes de que se incorporara. Respiró hondo y se puso su largo gabán, prácticamente el único artículo de su atuendo que le pertenecía por derecho propio. Cerró la puerta a su espalda y bajó al vestíbulo. Tras cruzar la puerta giratoria, detuvo otro taxi que lo llevó a Chester Square. Pagó al conductor y miró la hora. Las tres y cuarenta y siete minutos. Dedujo que aún disponía de otros veinte

minutos antes de que se disolviera el grupo de jugadoras de bridge.

Desde su ya familiar cabina telefónica, ubicada en la esquina de la plaza, Daniel vio cómo las ancianas comenzaban a abandonar el número 19. Cuando hubo contado que salían de la casa once de ellas, dedujo que la señora Trentham ya debía de haberse quedado a solas por fin, sin tener en cuenta a los criados. Gracias al programa parlamentario detallado en el *Daily Telegraph* de esa mañana sabía que el marido de la señora Trentham no regresaría a Chester Square antes de las seis de la tarde. Esperó otros cinco minutos antes de salir de la cabina y cruzar la carretera a paso ligero. Sabía que si titubeaba, aunque solo fuera un momento, sucumbiría a la indecisión. Utilizó la aldaba para llamar con firmeza a la puerta y esperó lo que se le antojó una eternidad antes de que el mayordomo la abriera por fin.

—¿Puedo ayudarle, caballero?

—Buenas tardes, Gibson. Tengo una cita con la señora Trentham, a las cuatro y cuarto.

—Sí, por supuesto, señor —dijo Gibson. Tal y como Daniel había previsto, el mayordomo daría por sentado que alguien que conocía su nombre debía de haber concertado previamente, en efecto, una cita—. Acompáñeme usted, caballero —dijo antes de agarrar el gabán de Daniel. Cuando llegaron a la puerta de la sala de estar, Gibson preguntó—: ¿Cómo quiere que lo anuncie?

—Capitán Daniel Trentham.

El mayordomo se mostró sorprendido, pero abrió la puerta de la sala de estar y anunció:

—El capitán Daniel Trentham, señora.

La señora Trentham estaba de pie junto a la ventana cuando Daniel entró en la habitación. Giró sobre los talones, miró fijamente al muchacho, dio un par de pasos al frente, vaciló y se dejó caer de golpe en el diván.

«Por el amor de Dios, no te desmayes», fue lo primero que pensó Daniel mientras se situaba en el centro de la alfombra, de cara a su abuela.

—¿Quién eres? —preguntó la anciana con un hilo de voz.

—Dejémonos de rodeos, abuela. Sabes perfectamente quién soy —dijo Daniel, esperando aparentar una confianza que distaba de sentir.

—Te ha enviado ella, ¿verdad?

—Si te refieres a mi madre, no, no me ha enviado ella. De hecho, ni siquiera sabe que estoy aquí.

La señora Trentham abrió la boca para protestar, pero no emitió ningún sonido. Daniel cambió el peso del cuerpo de un pie a otro durante lo que le pareció una eternidad de insoportable silencio. Su mirada empezó a concentrarse en la Cruz Militar que engalanaba la repisa de la chimenea.

—¿Qué quieres?

—He venido para hacer un trato contigo, abuela.

—¿A qué te refieres con eso? No estás en condiciones de hacer ningún trato.

—Oh, yo creo que sí, abuela. Verás, acabo de volver de un viaje por Australia. —Daniel hizo una pausa—. Viaje que ha resultado ser muy esclarecedor.

La señora Trentham se sobresaltó, pero no apartó la mirada de él ni un momento.

—No me gustaría tener que repetir lo que he aprendido allí sobre mi padre. Como sospecho que sabes tanto como yo, no hará falta que entre en detalles.

La mujer, que continuaba observándolo fijamente, empezaba a dar señales de estar recuperándose de la impresión.

—A no ser, claro está, que quieras saber dónde pensaban enterrar a mi padre en un primer momento. Porque no era en la parcela familiar de la parroquia de Ashurst, eso seguro.

—¿Qué quieres?

—Como ya he dicho antes, abuela, he venido para hacer un trato contigo.

—Te escucho.

—Quiero que renuncies a construir esos apartamentos tan espantosos en Chelsea Terrace, y al mismo tiempo, que retires cualquier recurso que hayas interpuesto contra el detallado permiso de edificación solicitado por Trumper's.

—Nunca.

—En tal caso, me temo que ha llegado el momento de que todo el mundo conozco el verdadero porqué de tu cruzada personal contra mi madre.

—Eso la perjudicaría a ella tanto como a mí.

—Lo dudo mucho, abuela —dijo Daniel—. Sobre todo cuando la prensa se entere de que tu hijo dimitió de su cargo en circunstancias sospechosas antes de morir en Melbourne envuelto en asuntos más turbios aún…, a pesar de lo cual recibió sepultura en una apartada aldea de Berkshire después de que tú enviaras su cadáver a casa y les contaras a todas tus amistades que había sido un exitoso tratante de ganado fallecido trágicamente por culpa de la tuberculosis.

—Eso es chantaje.

—No, abuela. Eso no es más que un hijo preocupado y desesperado por averiguar lo que había sucedido realmente con su padre ausente, consternado tras descubrir la verdad oculta tras el secreto familiar de los Trentham. Sospecho que la prensa lo calificaría de simples «disputas internas». Una cosa es segura: mi madre saldría de rositas, mientras que no estoy seguro de cuántas personas seguirían queriendo jugar al bridge contigo después de enterarse de los detalles más escabrosos.

La señora Trentham se levantó de un salto, apretó los puños y avanzó hacia él con actitud amenazadora. Daniel se mantuvo impertérrito.

—Sin histerismos, abuela. No olvides que lo sé todo sobre ti —añadió, dolorosamente consciente de lo poco que sabía en realidad.

La señora Trentham se detuvo e incluso dio un paso atrás.

—¿Y si accedo a tus demandas?

—Saldré de esta habitación y no volverás a tener noticias de mí mientras vivas. Te doy mi palabra.

La mujer exhaló un hondo suspiro, pero tardó unos instantes en responder.

—Tú ganas —dijo por fin, con una compostura encomiable—. Aunque yo también tengo una condición para ti.

Daniel se quedó sorprendido. No esperaba recibir ningún ultimátum a su vez.

—¿De qué se trata? —preguntó con suspicacia.

Escuchó atentamente las palabras de la mujer, y aunque lo desconcertaron, no vio ningún motivo para sentirse alarmado.

—Acepto tus términos —dijo.

—Los voy a poner por escrito —añadió en voz baja la señora Trentham—. Ahora mismo.

—En tal caso, a mí también me gustaría que nuestro acuerdo quedase reflejado por escrito —dijo Daniel, intentando apuntarse un tanto a su vez.

—Conforme.

La señora Trentham se dirigió al escritorio con paso tembloroso. Se sentó, abrió el cajón central y sacó dos hojas de papel de correspondencia. Redactó meticulosamente los dos acuerdos por separado antes de dejárselos a Daniel para que los examinara. El muchacho leyó los borradores con atención. La mujer había cubierto todos los puntos que él le había exigido, sin omitir nada, incluida la enrevesada cláusula en la que ella misma había insistido. Daniel expresó su conformidad asintiendo con la cabeza y le devolvió los documentos.

La mujer firmó ambas copias y le dejó su estilográfica a Daniel, que añadió su firma a su vez bajo la de ella en ambas hojas de papel. La señora Trentham le devolvió uno de los acuerdos a Daniel antes de tirar del cordón de la campanilla que había junto a la repisa de la chimenea. El mayordomo reapareció un momento después.

—Gibson, necesitamos que des fe como testigo de nuestras firmas en estos dos documentos —anunció—. Cuando lo hayas hecho, acompaña al caballero hasta la puerta.

El mayordomo firmó las dos hojas de papel sin hacer preguntas ni comentarios.

Instantes más tarde Daniel se encontró de nuevo en la calle, con la inquietante sensación de que no todo había salido exactamente como él había previsto. Una vez sentado en un taxi, camino del hotel Dorchester, releyó el documento que ambos habían firmado. Aunque sabía que no habría sido razonable esperar un mejor resultado, lo seguía desconcertando la cláusula que la señora Trentham se había empeñado en añadir, puesto que para él no tenía sentido. Relegó esa desazón al fondo de sus pensamientos.

De nuevo en el hotel Dorchester, ya en la intimidad de la habitación 309, Daniel se apresuró a cambiar el uniforme por su atuendo de civil. Se sintió limpio por primera vez ese día. Después guardó el uniforme y la gorra en el maletín antes de bajar a la recepción, donde devolvió la llave, pagó la cuenta y se despidió.

Otro taxi lo llevó de vuelta a Kensington, donde el barbero se llevó una desilusión al ver que su nuevo cliente ahora deseaba eliminar cualquier rastro de decoloración, alisar sus ondas y devolver la raya del pelo a su posición original.

La última parada que hizo Daniel antes de volver a casa fue en una obra desierta en Pimlico. Se puso detrás de una grúa, y cuando se hubo cerciorado de que nadie lo veía, tiró el uniforme y la gorra en un contenedor para los escombros y le prendió fuego a la fotografía.

Con un estremecimiento, vio cómo las llamas devoraban a su padre hasta dejarlo reducido a cenizas.

LA SEÑORA TRENTHAM

1938-1948

32

—Te he invitado a pasar el fin de semana en Yorkshire para informarte exactamente de lo que puedes esperar de mi testamento. —Mi padre estaba sentado a su escritorio y yo ocupaba un sillón de cuero frente a él, el que siempre le había gustado a mi madre. Aunque me había puesto el nombre de Margaret Ethel en su honor, ahí terminaba cualquier parecido, como él no dejaba nunca de recordarme. Lo observé mientras prensaba con esmero el tabaco en la cazoleta de su pipa de madera de espino, preguntándome qué sería lo que me iba a decir. Se tomó su tiempo antes de mirarme a los ojos para anunciar—: He tomado la decisión de dejarle todas mis posesiones a Daniel Trumper.

La revelación me dejó tan sorprendida que tardé unos instantes en articular una respuesta aceptable.

—Pero, padre, ahora que Guy ha muerto, ¿no debería ser Nigel el legítimo heredero?

—Daniel habría sido el legítimo heredero si tu hijo se hubiera comportado con honor. Guy tendría que haber vuelto de la India para casarse con la señorita Salmon en cuanto esta le informó de que estaba esperando a su hijo.

—Pero el padre de Daniel es Trumper —protesté—. Él mismo lo ha reconocido siempre. La partida de nacimiento…

—No lo ha negado nunca, eso es cierto. Pero no me tomes por tonto, Ethel. Lo único que demuestra esa partida de nacimiento es que, a diferencia de mi difunto nieto, Charlie Trumper sabe lo que es el sentido de la responsabilidad. En cualquier caso, la relación entre ambos es incuestionable para los que hemos visto crecer tanto a Guy como a Daniel.

No estaba segura de haber entendido bien a mi padre.

—¿Has visto a Daniel Trumper?

—Oh, sí —replicó mientras echaba mano de la caja de cerillas que había encima de la mesa —. He visitado St. Paul en dos ocasiones. La primera, cuando el chico estaba actuando en un recital. Me senté cerca del escenario y lo observé con atención durante dos horas…, no se le daba nada mal, la verdad. Y después al año siguiente, el Día de los Fundadores, cuando le concedieron el premio Newton de matemáticas. Lo seguí mientras acompañaba a sus padres a tomar el té en los jardines del director. Así que te puedo asegurar que su parecido con el difunto Guy no se limita al físico.

—Pero Nigel merece ser tratado como su igual, por lo menos —protesté mientras me devanaba los sesos en busca de alguna respuesta racional que pudiera motivar a mi padre a cambiar de opinión.

—Nigel no es su igual ni lo será nunca —replicó mi padre, prendiendo una cerilla antes de emprender el interminable proceso de aspiración que precedía siempre a sus intentos por encender la pipa—. No nos engañemos, Ethel. Los dos sabemos desde hace tiempo que el crío ni siquiera es digno de ocupar un puesto en la junta de Hardcastle’s, menos aún de que nadie lo

considere mi sucesor.

Mientras mi padre le daba enérgicas caladas a la pipa, dejé vagar la mirada hasta el cuadro de un prado con dos caballos que colgaba en la pared a su espalda y me esforcé por imponer algo de orden a mis pensamientos.

—Quizá se te haya olvidado ya, querida, que Nigel se las apañó incluso para suspender sus exámenes finales en Sandhurst. Proeza, según entendido, que hoy en día consiguen muy pocos. También se me ha informado hace poco de que, si todavía conserva su puesto actual con Kitcat y Aitken, se debe exclusivamente a que tú le has metido en la cabeza al socio principal la idea de que, no dentro de mucho, serán ellos los que gestionen el portafolio de los Hardcastle. —Cada una de sus frases venía subrayada por los penachos de humo que expulsaba su pipa—. Cosa que no va a ocurrir, te lo aseguro.

Me descubrí incapaz de mirarlo a la cara. En vez de eso, mis ojos saltaron del Stubbs que había en la pared detrás de su escritorio a las filas y más filas de libros que se había pasado toda una vida coleccionando. Dickens, todas las primeras ediciones; Henry James, un autor moderno al que admiraba, e innumerables Blakes de todos los tipos, desde las cartas manuscritas que atesoraba a ediciones conmemorativas. Entonces llegó el segundo mazazo.

—Dado que no hay un solo miembro de esta familia que esté capacitado para sucederme al frente de la firma, he llegado a la conclusión, aunque me pese, de que debo reconsiderar el futuro de Hardcastle's, sobre todo ahora que la guerra parece inminente.

El penetrante olor del tabaco flotaba en el aire.

—No te atreverías a dejar que el negocio cayera en manos extrañas —murmuré con incredulidad—. Tu padre…

—Mi padre habría hecho lo mejor para todas las partes implicadas, y te aseguro que satisfacer las expectativas muy poco realistas de unos familiares demasiado ineptos habría estado muy abajo en su lista de prioridades. —La pipa se negaba a permanecer encendida, por lo que tuvo que prender una segunda cerilla. Le pegó unas cuantas caladas, adoptó una expresión satisfecha y reanudó su discurso—. Llevo muchos años en las juntas de Harrogate Haulage y del Banco de Yorkshire, y algunos menos también en la de John Brown Engineering, donde creo haber encontrado por fin a mi sucesor. Quizás el hijo de sir John no sea el líder más carismático para la empresa, pero es competente y, lo más importante, es de Yorkshire de pura cepa. Fuera como fuese, he llegado a la conclusión de que fusionarnos con esa compañía será lo mejor para todos.

Seguía sin poder mirar de frente a mi padre mientras me esforzaba por asimilar todo lo que estaba escuchando.

—Me han hecho una oferta muy generosa a cambio de mis acciones —añadió—. Es de esperar que, con el tiempo, ese dinero generará unos ingresos más que adecuados para cubrir tanto tus necesidades como las de Amy cuando yo ya no esté.

—Pero, padre, las dos esperamos que vivas aún muchos años.

—No te molestes, Ethel. Este anciano sabe perfectamente que la muerte ya está a la vuelta de la esquina. Seré viejo, pero todavía no me he vuelto senil.

—¡Padre! —protesté de nuevo, pero él se limitó a seguir chupando su pipa, mostrando un desinterés absoluto por mi agitación. De modo que cambié de estrategia—. ¿Significa eso que Nigel no va a recibir nada?

—Nigel recibirá lo que a mí me parezca justo y apropiado en función de las circunstancias.

—No sé si entiendo del todo lo que quieres decir, padre.

—Entonces, permite que te lo explique. Le he dejado cinco mil libras con las que, a mi muerte, podrá hacer lo que se le antoje. —Se interrumpió, como si estuviera considerando si debería añadir la siguiente información—. Por lo menos te he ahorrado un bochorno —dijo por fin—. Aunque Daniel Trumper vaya a heredar todas mis posesiones después de tu muerte, no se enterará de su buena fortuna hasta el día de su trigésimo cumpleaños. Para entonces tú ya habrás superado con creces los setenta y quizá te resulte más fácil vivir con mi decisión.

Doce años más, pensé mientras una lágrima solitaria rodaba por mi mejilla.

—No hace falta que llores, Ethel, ni que te pongas histérica…, ni que intentes argumentar nada razonablemente, siquiera. —Exhaló una larga columna de humo—. La decisión ya está tomada, y nada de lo que digas o hagas me hará cambiar de opinión.

La pipa humeaba ya como una locomotora. Saqué un pañuelo del bolso con la esperanza de ganar un poco más de tiempo para pensar.

—Y por si acaso se te ocurriera intentar anular el testamento más adelante, alegando que yo no estaba en mi sano juicio cuando lo redacté… —Me quedé boquiabierta—…, cosa de la que te considero más que capaz, el documento ha sido supervisado por el señor Baverstock y tiene como testigos a un juez jubilado, un ministro de gabinete y, quizá lo más relevante de todo, un médico de Sheffield cuya especialidad son los trastornos mentales.

Me disponía a protestar cuando llamaron discretamente a la puerta y Amy entró en la habitación.

—Disculpa que os interrumpa, papá, pero ¿sirvo el té en la sala de estar o prefieres tomarlo aquí?

Mi padre sonrió a la mayor de sus hijas.

—En la sala de estar me parece perfecto, cariño —respondió en un tono mil veces más afectuoso del que hubiera adoptado nunca para dirigirse a mí. Se levantó con torpeza detrás del escritorio, vació la pipa en el cenicero más próximo y, sin decir otra palabra, salió lentamente de la habitación detrás de mi hermana.

Me mantuve muy poco comunicativa durante la hora del té, que intenté aprovechar para pensar en las consecuencias de todo lo que acababa de decirme mi padre. Amy, por su parte, se dedicó a parlotear animadamente sobre el efecto que la reciente falta de lluvia estaba surtiendo sobre las petunias del arriate que había justo debajo de la habitación de mi padre.

—No les da el sol a ninguna hora del día —nos confió con expresión preocupada mientras su gato se subía al diván de un salto para acomodarse en su regazo. El viejo saco de pulgas de cuyo nombre nunca era capaz de acordarme siempre me había sacado de mis casillas, aunque nunca me había atrevido a decir nada porque, después de mi padre, era la criatura que Amy más quería en el mundo. Empezó a acariciar al animal, evidentemente ajena a la incomodidad provocada por la conversación que acababa de tener lugar en el estudio.

Aunque me acosté pronto, me pasé toda la noche en vela intentando dilucidar qué opciones tenía. Confieso que no esperaba que el testamento nos dejara nada substancial ni a Amy ni a mí, puesto que ambas éramos mujeres, sexagenarias, y no necesitábamos grandes ingresos. Sin embargo, siempre había dado por sentado que yo heredaría la casa y los terrenos, mientras que la empresa sería para Guy y, cuando este muriera, pasaría a manos de Nigel.

Por la mañana había llegado a la triste conclusión de que no había gran cosa que pudiera

hacer con respecto a la decisión de mi padre. Si el albacea del testamento era el señor Baverstock, su abogado de toda la vida además de amigo personal, ni el mismísimo F. E. Smith habría sido capaz de encontrarle algún fallo. Empezaba a aceptar que mi única esperanza de asegurar la herencia que le pertenecía a Nigel por derecho propio pasaba por implicar a Daniel Trumper en persona.

Al fin y al cabo, mi padre no iba a vivir para siempre.

Nos sentamos a solas, prácticamente a oscuras, en la esquina más lóbrega de la habitación. Empezó a crujirse los nudillos de la mano derecha, uno a uno.

—¿Dónde está en estos momentos? —pregunté, mirando en dirección al hombre al que ya le había pagado miles de libras desde que nos viéramos por primera vez, hacía casi veinte años. Aún acudía a nuestras reuniones semanales en el St. Agnes vestido con la misma chaqueta de tweed marrón y la misma corbata de color amarillo chillón, aunque daba la impresión de haber adquirido un par de camisas nuevas últimamente. Dejó su whisky, sacó un paquete de papel marrón de debajo de su silla y me lo entregó.

—¿Cuánto ha tenido que pagar para recuperarlo?

—Cincuenta libras.

—Le dije que no le ofreciera más de veinte sin consultarme a mí antes.

—Lo sé, pero había un tratante del West End husmeando por la tienda en ese momento. No podía correr ningún riesgo, ¿verdad?

No me creía ni por un momento que le hubiera costado cincuenta libras. Sin embargo, aceptaba el hecho de que Harris supiera lo importante que era ese cuadro para mis planes.

—¿Quiere que deje el cuadro en manos de la policía? —preguntó—. Podría propagar el rumor de que tal vez…

—De ninguna manera —dije sin titubear—. La policía es demasiado discreta en estos asuntos. Además, lo que tengo en mente para el señor Trumper será mucho más humillante que cualquier interrogatorio a puerta cerrada en la intimidad de Scotland Yard.

El señor Harris se arrellanó en la vieja silla de cuero y empezó a crujirse los nudillos de la mano izquierda.

—¿Qué más novedades me trae?

—Daniel Trumper ha ocupado su lugar en el Trinity College. Se puede encontrar en New Court, escalera B, habitación número siete.

—Todo eso ya estaba en su último informe.

Los dos guardamos silencio mientras un hombre mayor elegía una revista de una mesa cercana.

—Además, también ha empezado a verse a menudo con una chica llamada Marjorie Carpenter, estudiante de matemáticas de tercer año en Girton College.

—Ah, ¿sí? Bueno, si le parece que la cosa va en serio, avíseme de inmediato y empiece a recabar información sobre ella. —Miré en derredor para asegurarme de que nadie nos estuviera escuchando a hurtadillas. Cuando se reanudaron los chasquidos, me giré para descubrir a Harris observándome fijamente—. ¿Lo preocupa a usted algo? —pregunté mientras me servía otra taza de té.

—Bueno, para serle sincero, señora Trentham, lo cierto es que sí. Creo que ha llegado el

momento de solicitar otro aumento de sueldo. Al fin y al cabo, se espera de mí que guarde tantos secretos… —Tras un instante de vacilación, añadió—: Secretos que podrían…

—¿Que podrían qué?

—Poseer un valor incalculable para otras partes igualmente interesadas en ellos.

—¿Está amenazándome usted, señor Harris?

—De ninguna manera, señora Trentham, lo único que…

—Se lo diré una vez y no pienso repetirlo, señor Harris. Si alguna vez le revela a alguien lo que ha transpirado entre nosotros, la mayor de sus preocupaciones no será su tarifa por horas, sino el tiempo que va a pasar en la cárcel. Porque yo también tengo un expediente sobre usted, el cual sospecho que les podría interesar a algunos de sus antiguos colegas. Por no hablar del empeño de un cuadro robado y la eliminación de un abrigo del ejército después de que se cometiera un delito con él. ¿Me he expresado con claridad?

Por toda respuesta, Harris se limitó a crujirse todos los nudillos de nuevo, uno por uno.

Unas semanas después de que se declarase la guerra me enteré de que Daniel Trumper había evitado que lo llamaran a filas. Supe que trabajaba detrás de una mesa en Bletchley Park, por lo que era poco probable que experimentase las iras del enemigo, a no ser que le arrojaran una bomba directamente encima.

Así las cosas, los alemanes se las apañaron para soltar una bomba, sí, pero justo en el centro de mis apartamentos, que quedaron reducidos a escombros. La rabia que me provocó este desastre al principio se evaporó cuando vi el caos en el que se había sumido Chelsea Terrace. Durante varios días, extraje una considerable satisfacción del mero hecho de admirar el resultado de la acción de los alemanes desde el otro lado de la carretera.

Escasas semanas después, les tocó al Musketeer y la verdulería de Trumper sentir la fuerza de la Luftwaffe. El único resultado visible de este segundo bombardeo fue que Charlie Trumper se alistó en los fusileros a la semana siguiente. Sin embargo, por mucho que deseara ver a Daniel abatido por alguna bala perdida, necesitaba que Charlie Trumper siguiera vivito y coleando: lo que tenía en mente para él era una ejecución pública, más bien.

No hizo falta que Harris me informara del ingreso de Charlie Trumper en el Ministerio de Alimentación, puesto que todos los periódicos de la nación le dieron una más que amplia cobertura al suceso. Sin embargo, no hice ningún intento por aprovechar su prolongada ausencia, pues razoné que no tendría mucho sentido adquirir más propiedades en el terrace mientras se estuviera librando una guerra y, de todas formas, los informes mensuales de Harris revelaban que Trumper’s estaba perdiendo cada vez más dinero.

De súbito, cuando menos me lo esperaba, mi padre falleció de un ataque al corazón. Lo dejé todo sin demora y me apresuré a volver a Yorkshire para ayudar con los preparativos del funeral.

Dos días más tarde, Amy y yo encabezamos el cortejo fúnebre hasta la parroquia de Wetherby. Como cabeza titular de la familia, Amy se sentó a la izquierda en el banco principal, con Gerald y Nigel a su derecha. Al servicio asistieron numerosos miembros de la familia, amigos y socios empresariales por igual, entre ellos el solemne señor Baverstock, aferrado a su inseparable maletín, el cual me fijé que no perdía nunca de vista. Amy, sentada directamente delante de mí, se emocionó tanto durante el discurso del archidiácono que no creo que hubiera podido resistir el resto de la jornada si yo no hubiera estado allí para consolarla.

Cuando los dolientes se hubieron marchado, decidí quedarme unos días en Yorkshire mientras Gerald y Nigel regresaban a Londres. Amy se pasó la mayor parte del tiempo en su dormitorio, lo que me brindó la oportunidad de inspeccionar la casa y ver si había algo realmente de valor que pudiera rescatar antes de volver a Ashurst. A fin de cuentas, la propiedad se dividiría entre ambas…, en el peor de los casos…, tras la lectura del testamento.

Encontré las joyas de mi madre, evidentemente intactas desde su fallecimiento, y el Stubbs que todavía colgaba en el estudio de mi padre. Me llevé las primeras de la habitación de mi padre, y en cuanto al cuadro, Amy convino conmigo mientras tomábamos una cena ligera en su cuarto que, de momento, no tenía ningún inconveniente en que me lo llevara a Ashurst. El otro artículo que poseía auténtico valor, concluí, era la espectacular biblioteca de mi padre. Sin embargo, mis planes a largo plazo para su colección no incluían la venta de ningún libro suelto.

El primer día del mes me desplacé a Londres para visitar las oficinas de Baverstock, Dickens y Cobb, so pretexto de que se me informase oficialmente del contenido de la última voluntad de mi padre.

El señor Baverstock se mostró decepcionado por la ausencia de Amy, pero aceptó el hecho de que mi hermana todavía no se hubiera recuperado lo suficiente de la conmoción de la muerte de mi padre como para contemplar la posibilidad de realizar ese viaje. Había varios familiares más, a la mayoría de los cuales solo venía en bautizos, bodas y entierros, sentados en la sala con expresión esperanzada. Sabía exactamente lo que iban a recibir.

El señor Baverstock tardó una hora en cumplir con lo que a mí me parecía una responsabilidad de lo más sencilla, aunque, para ser justos, hizo gala de una destreza considerable al no desvelar el nombre de Daniel Trumper cuando llegó el momento de explicar lo que iba a suceder con las propiedades. Mis pensamientos comenzaron a divagar mientras los distintos parientes lejanos eran informados de las migajas de mil libras que iban a caerles del cielo, y solo volví en mí abruptamente cuando, durante su monótono discurso, el señor Baverstock pronunció mi nombre.

—La señora de Gerald Trentham y la señorita Amy Hardcastle recibirán en vida y a partes iguales todos los ingresos derivados del fideicomiso. —El abogado hizo una pausa para pasar la hoja antes de apoyar las palmas de las manos en el escritorio—. Y por último la casa, los terrenos de Yorkshire y todos sus contenidos, más la suma de veinte mil libras —continuó—, son para la mayor de mis hijas, la señorita Amy Hardcastle.

33

—Buenos días, señor Sneddles.

Al anciano bibliófilo le sorprendió tanto que aquella dama conociera su nombre que por un momento se limitó a observarla fijamente, desconcertado.

Por fin cruzó la tienda arrastrando los pies y la saludó con una reverencia. Al fin y al cabo, era el primer cliente que veía en más de una semana…, sin contar al doctor Halcombe, el profesor retirado, encantado de husmear por toda la tienda durante horas pese a no haber comprado ni un solo libro desde 1937.

—Buenos días, señora —dijo a su vez—. ¿Está usted buscando algún ejemplar en concreto?

Observó a la mujer, que llevaba puesto un largo vestido de encaje y un enorme sombrero de ala ancha cuyo velo le ocultaba los rasgos.

—No, señor Sneddles —respondió la señora Trentham—. No he venido para comprar ningún libro, sino para contratar sus servicios.

Miró fijamente al encorvado librero con sus mitones, su cárdigan y su gabardina, prendas todas las cuales asumió que se debían a que el hombre ya no podía seguir permitiéndose el lujo de encender la calefacción en la tienda. Pese al estado permanentemente semicircular de su espalda y al hecho de que su cabeza sobresalía como la de una tortuga bajo la concha de su gabardina, su mirada era atenta y su mente daba la impresión de conservar la agudeza.

—¿Mis servicios, señora? —repitió el anciano.

—Sí. He heredado una biblioteca muy extensa que me gustaría catalogar y tasar. Me han recomendado encarecidamente su nombre.

—Es usted muy amable, señora.

La señora Trentham respiró aliviada cuando el señor Sneddles se abstuvo de preguntar quién era el artífice de la supuesta recomendación.

—¿Y dónde se encuentra esta biblioteca, si me permite usted la pregunta?

—Unos cuantos kilómetros al este de Harrogate. Comprobará usted que se trata de una colección extraordinaria. Mi difunto padre, sir Raymond Hardcastle…, quizá le suene su nombre…, consagró una parte considerable de su vida a reunirla.

—¿Harrogate? —repitió Sneddles, como si le hubieran dicho a unos cuantos kilómetros al este de Bangkok.

—Yo cubriría todos sus gastos, por supuesto, durante tanto tiempo como dure la empresa.

—Pero eso significaría tener que cerrar la tienda —murmuró el hombre, como si estuviera reflexionando en voz alta.

—También le compensaría todos los ingresos perdidos, naturalmente.

El señor Sneddles tomó un libro del mostrador e inspeccionó el lomo.

—Me temo que eso va a ser imposible, señora, porque, verá usted…

—Mi padre era un especialista en William Blake, ¿sabe? Descubrirá que había conseguido

reunir todas las primeras ediciones de su obra, algunas de ellas en perfecto estado de conservación. Adquirió incluso un manuscrito de…

Amy Hardcastle se había acostado antes incluso de que su hermana volviera a Yorkshire por la tarde.

—Últimamente siempre está fatigada —le explicó el ama de llaves.

A la señora Trentham no le quedó más remedio que degustar su cena ligera a solas antes de retirarse a su antigua habitación unos minutos después de las diez. A primera vista, no había cambiado nada: la vista de los valles de Yorkshire, las nubes negras, incluso el cuadro de York Minster que colgaba sobre el cabecero de la cama de madera de nogal. Durmió a pierna suelta y bajó de nuevo las escaleras a las ocho de la mañana siguiente. La cocinera le explicó que la señorita Amy no se había levantado todavía, por lo que desayunó en solitario.

Cuando el servicio hubo retirado todos los platos sucios, la señora Trentham se sentó en la sala de estar para leer el *Yorkshire Post* mientras su esperaba a que su hermana se dignara hacer acto de presencia. Una hora más tarde, lo único que apareció fue el viejo gato. La señora Trentham ahuyentó al animal esgrimiendo el diario enrollado. El carillón del pasillo ya había anunciado las once cuando por fin entró Amy en la sala. Ayudada de un bastón, se acercó muy despacio a su hermana.

—Perdóname, Ethel, por no haber estado aquí anoche para recibirte cuando llegaste —empezó—. Me temo que la artritis me la está jugando de nuevo.

La señora Trentham no se molestó en replicar, pero observó a su hermana mientras esta renqueaba hacia ella, sin poderse creer el deterioro que había sufrido su estado en cuestión de tres meses.

Aunque Amy siempre había estado delgada, ahora parecía muy frágil. Y aunque siempre había sido muy callada, ahora su voz resultaba apenas audible. Su piel, que siempre había sido muy blanca, se veía ahora gris, y las arrugas que surcaban su rostro eran tan profundas que parecía mucho mayor de los sesenta y nueve años que tenía.

Amy se instaló en una silla junto a su hermana y se pasó unos instantes respirando con dificultad, dejando a su visitante con la impresión indeleble de que el paseo desde su dormitorio hasta la sala de estar le había costado un auténtico esfuerzo.

—Eres muy amable al dejar a tu familia para venir a verme aquí, a Yorkshire —dijo Amy mientras el felino de color calicó se encaramaba a su regazo—. Debo confesar que, desde que murió papá, no sé dónde asentarme.

—Es comprensible, querida. —Los labios de la señora Trentham esbozaron una sonrisa desprovista de humor—. Considero que es mi deber estar a tu lado…, además de un placer, por supuesto. Fuera como fuese, padre me advirtió que esto podría suceder cuando él no estuviera. Me dio instrucciones específicas, ¿sabes?, sobre qué hacer exactamente dadas las circunstancias.

—Oh, me alegra mucho oír eso. —La expresión de Amy se iluminó por primera vez—. Dime qué tenía en mente papá, por favor.

—Padre estaba convencido de que deberías vender la casa lo antes posible y venirte a vivir con Gerald y conmigo a Ashurst…

—Oh, jamás se me ocurriría ponerte en semejante compromiso, Ethel.

—Como alternativa, podrías mudarte a uno de esos coquetos hoteles de la costa,

especializados en parejas de jubilados y personas solteras. Padre opinaba que así podrías hacer nuevas amistades, al menos, y prolongar sin duda tus años de vida. Yo, naturalmente, preferiría que estuvieras con nosotros en Ashurst, pero entre las bombas…

—A mí nunca me dijo nada de vender la casa —murmuró Amy, nerviosa—. De hecho, me suplicó que…

—Ya lo sé, querida, pero era plenamente consciente de la carga que su muerte iba a suponer para ti y me pidió que te informara con tacto. Recordarás sin duda la larga reunión que tuvimos en su estudio la última vez que vine a verlo.

Amy asintió con la cabeza, pero la expresión de perplejidad no abandonó sus facciones.

—Recuerdo hasta la última palabra que me dijo —continuó la señora Trentham—. Naturalmente, haré todo cuanto esté en mi mano por cumplir con su voluntad.

—Pero no sabría cómo ni por dónde empezar.

—No hace falta que le des más vueltas, querida. —La señora Trentham le dio unas palmaditas en el brazo a su hermana—. Precisamente para eso estoy yo aquí.

—Pero ¿qué va a ser de los criados y de mi querido Garibaldi? —preguntó Amy, preocupada, mientras continuaba acariciando a su gato—. Padre no me lo perdonaría nunca si les pasara algo.

—No podría estar más de acuerdo —dijo la señora Trentham—. Sin embargo, como siempre, había pensado en todo y me dio instrucciones muy precisas sobre lo que deberíamos hacer con la servidumbre.

—Qué considerado fue siempre papá. Aunque sigo sin estar del todo segura…

La señora Trentham necesitó otros dos días de paciente persuasión para convencer a su hermana de que todos sus planes para el futuro saldrían a pedir de boca y, lo más importante, era lo que deseaba su «querido papá».

A partir de ese momento Amy solo bajaba por las tardes para dar un paseo muy corto por el jardín y arreglar ocasionalmente las petunias. Cada vez que la señora Trentham se cruzaba con su hermana, le suplicaba que no se esforzara en exceso.

Tres días más tarde, Amy empezó a prescindir de los paseos vespertinos.

Al lunes siguiente, la señora Trentham avisó a los criados de que sus servicios dejarían de ser necesarios en el plazo de una semana, a excepción hecha de la cocinera, a la que le pidió que se quedara hasta que la señorita Amy estuviera instalada en su nueva residencia. Aquella misma tarde habló con un agente inmobiliario de la zona y puso a la venta tanto la casa como las veinticinco hectáreas de terreno.

El jueves la señora Trentham concertó una cita con el señor Althwaite, un abogado de Harrogate. En una de las cada vez menos frecuentes visitas de su hermana a la planta de abajo, le explicó a Amy que no había hecho falta importunar al señor Baverstock: estaba segura de que un profesional de la zona sería perfectamente capaz de solucionar cualquier asunto relacionado con la propiedad.

Tres semanas después la señora Trentham transportó a su hermana, junto con algunas de sus pertenencias, a un pequeño hotel residencial con vistas a la costa este que se encontraba unos kilómetros al norte de Scarborough. Convino con el administrador que era una lástima que no se permitieran mascotas, aunque estaba segura de que su hermana lo entendería perfectamente. La última instrucción de la señora Trentham consistió en enviar los recibos mensuales a Coutts, donde se abonarían en el acto.

Antes de despedirse de Amy, la señora Trentham le pidió a su hermana que firmara tres documentos.

—Para que no tengas que preocuparte de nada más, querida —le explicó con dulzura.

Amy firmó los tres formularios desplegados ante ella sin molestarse en leerlos. La señora Trentham se apresuró a doblar los documentos legales redactados por el abogado de la zona y los guardó en su bolso.

—Volveré a verte muy pronto —le prometió a Amy antes de darle un beso en la frente. Minutos después, emprendió el viaje de regreso a Ashurst.

La campanilla que había encima de la puerta resonó con estruendo en medio del silencio cargado de humedad cuando la señora Trentham entró con brío en la librería. No detectó ningún indicio de actividad, al principio, hasta que el señor Sneddles salió de la pequeña trastienda acarreando tres volúmenes bajo el brazo.

—Buenos días, señora Trentham —dijo—. Le agradezco que haya respondido tan deprisa a mi carta. Me sentí en la necesidad de contactar con usted, puesto que ha surgido un problema.

—¿Un problema? —La señora Trentham se apartó el velo del rostro.

—Así es. Como usted ya sabe, mi labor en Yorkshire está prácticamente terminada. Lamento haber tardado tanto, señora, pero me temo que he pecado de una indulgencia excesiva con la asignación de mi tiempo, tal es el aprecio que…

La señora Trentham agitó una mano en el aire para indicar que eso no tenía importancia.

—Me temo —prosiguió el hombre— que pese a los eficientes servicios del doctor Halcombe como ayudante, y teniendo en cuenta también el tiempo que se tarda en ir y venir de Yorkshire, podría llevarnos aún varias semanas catalogar y tasar una colección tan exquisita… No hay que olvidar que reunir semejante biblioteca fue la labor de toda una vida para su padre.

—No se preocupe —lo tranquilizó la señora Trentham—. No tengo ninguna prisa. Tómese usted su tiempo, señor Sneddles, y avíseme cuando haya acabado.

El anticuario sonrió ante la idea de que se le permitiera continuar con sus labores de catalogación sin interrupciones.

Escoltó a la señora Trentham hasta la puerta y la abrió para franquearle el paso. Nadie que los hubiera visto juntos se habría creído que ambos habían nacido el mismo año. La mujer miró a ambos lados antes de salir a Chelsea Terrace, con las facciones ocultas de nuevo detrás de su velo.

El señor Sneddles cerró la puerta tras ella, se frotó las manos embutidas en sus mitones y regresó a la trastienda arrastrando los pies para reunirse con el doctor Halcombe.

Últimamente reaccionaba con irritación cada vez que algún cliente entraba en su establecimiento.

—Después de treinta años, no tengo la menor intención de cambiar de corredores de bolsa —dijo Gerald Trentham con aspereza mientras se servía una segunda taza de café.

—Pero ¿no te das cuenta, cariño, del espaldarazo que supondría algo así para que Nigel se asegurase tu cuenta para su compañía?

—¿Y el batacazo que supondría para David Cartwright y Vickers da Costa perder un cliente al que tan honorablemente han servido durante más de cien años? No, Ethel, ya va siendo hora

de que Nigel haga su trabajo sucio en persona. Por todos los demonios, que tiene más de cuarenta años.

—Razón de más para echarle una mano —sugirió su esposa mientras untaba de mantequilla su segunda tostada.

—No, Ethel. Te repito que no.

—Pero ¿no ves que una de las responsabilidades de Nigel es conseguir nuevos clientes para la firma? Algo de vital importancia en estos momentos, puesto que, ahora que la guerra ha terminado, estoy segura de que pronto le ofrecerán unirse a la junta.

El mayor Trentham no se esforzó por disimular la incredulidad que le producían esas declaraciones.

—En tal caso, debería aprovechar mejor sus propios contactos…, preferiblemente los que hizo en la escuela y en Sandhurst, por no mencionar la ciudad. No debería depender tanto de las amistades de su padre.

—Eso no es justo, Gerald. Si no puede confiar en su propia familia, ¿por qué debería esperar que alguien de fuera acuda en su ayuda?

—¿Acudir en su ayuda? Eso lo resume todo a la perfección. —La voz de Gerald iba en aumento con cada nueva palabra que pronunciaba—. Porque eso es precisamente lo que tú has estado haciendo desde el día en que nació, lo que tal vez explique por qué no es capaz de valerse por sí solo.

—Gerald —dijo la señora Trentham mientras extraía un pañuelo de la manga de su vestido—. Nunca pensé…

—En cualquier caso —replicó el mayor, esforzándose por recuperar la calma—, mi portafolio tampoco es tan impresionante. Como el señor Attlee y tú sabéis más que de sobra, todo nuestro capital está vinculado a los terrenos desde hace generaciones.

—No es la cantidad lo que importa —lo reconvino la señora Trentham—. Sino el principio.

—No podría estar más de acuerdo. —Gerald dobló la servilleta, se levantó de la mesa del desayuno y salió de la habitación antes de que su mujer pudiera añadir nada más.

La señora Trentham agarró el periódico de su marido y deslizó un dedo sobre la lista de nombres de quienes habían recibido el título de caballero durante la ceremonia de celebración del cumpleaños real. Su dedo tembloroso se detuvo al llegar a la T.

Durante las vacaciones de verano, según Max Harris, Daniel Trumper había viajado hasta América a bordo del *Queen Mary*. El detective privado, sin embargo, no supo responder a la pregunta de la señora Trentham: ¿por qué? De lo único que Harris estaba seguro era de que la universidad de Daniel esperaba que el joven profesor regresara a tiempo para el comienzo del próximo curso.

Durante las semanas que Daniel estuvo en los Estados Unidos, la señora Trentham se pasó una considerable cantidad de tiempo recluida con sus abogados de Lincoln’s Inn Fields mientras estos preparaban el borrador del permiso de obra que ella les había pedido.

Ya había encontrado tres arquitectos, todos ellos recién graduados. Les solicitó que dibujaran los planos de un bloque de apartamentos que pretendía construir en Chelsea. El ganador, les aseguró, recibiría el encargo, en tanto los otros dos se llevarían cien libras cada uno a modo de compensación. Los tres aceptaron de buen grado sus condiciones.

Aproximadamente doce semanas después, todos le presentaron sus respectivos proyectos, pero solo uno de ellos había encontrado lo que la señora Trentham buscaba.

En opinión del socio mayoritario del bufete de abogados, el proyecto del más joven de los tres, Justin Talbot, haría que la central eléctrica de Battersea pareciera el palacio de Versalles en comparación. La señora Trentham se abstuvo de confesarle al letrado que su decisión se había visto influida por el hecho de que el tío del señor Talbot fuese miembro del comité de planificación del consejo del condado de Londres.

Aunque el tío de Talbot respaldara el proyecto de su sobrino, la señora Trentham seguía sin estar convencida de que la mayoría del comité aceptara semejante monstruosidad. El edificio propuesto parecía un búnker que incluso a Hitler le habría provocado rechazo. Sus abogados, no obstante, le sugirieron subrayar en su petición que la finalidad principal del nuevo edificio era la creación de viviendas de bajo coste en el centro de Londres para ayudar a aquellos estudiantes y solteros desempleados que necesitaran alojamiento urgentemente. En segundo lugar, todos los ingresos derivados de esos apartamentos se destinarían a un fondo solidario para ayudar a otras familias que sufrieran el mismo problema. Tercero, la señora Trentham llamaría la atención del comité sobre los ingentes esfuerzos que se habían realizado para proporcionarle su primer encargo a un joven arquitecto recién graduado.

La señora Trentham no supo si alegrarse o llevarse las manos a la cabeza cuando el comité le concedió su aprobación al proyecto. Tras varias semanas de deliberaciones, insistieron en efectuar únicamente un puñado modificaciones de escaso calado sobre los planos originales del joven Talbot. La señora Trentham le pidió de inmediato a su arquitecto que despejara la zona bombardeada para que las obras pudieran comenzar sin demora.

La solicitud de erigir unos grandes almacenes en Chelsea Terrace, presentada por Charlie Trumper ante el consejo del condado de Londres, recibió una publicidad considerable en todo el territorio nacional, favorable en su mayoría. Sin embargo, a la señora Trentham no se le escapó que en varios de los artículos sobre la nueva propuesta de edificación se mencionaba a un tal Martin Simpson, quien se describía a sí mismo como el presidente de la Federación para el Rescate de los Pequeños Comercios, agrupación que rechazaba de plano el proyecto de Trumper’s. El señor Simpson insistía en que, a la larga, perjudicaría a los comerciantes más modestos; al fin y al cabo, el nuevo conglomerado de tiendas iba a representar una amenaza para su forma de ganarse el sustento. También se quejaba de que, para agrandar la injusticia, ningún pequeño comerciante de la zona poseía los medios necesarios para oponerse a alguien tan acaudalado e influyente como sir Charles Trumper.

—Oh, sí que los poseen —murmuró la señora Trentham durante el desayuno esa mañana.

—¿Quién posee qué?

—Nada importante —tranquilizó a su marido, pero unas horas más tarde le proporcionó a Harris los medios económicos necesarios para permitir que el señor Simpson interpusiera un recurso oficial contra los planes de Trumper. La señora Trentham se comprometió además a sufragar todos los costes en los que pudiera incurrir el señor Simpson en el desarrollo de su apelación judicial.

Comenzó a seguir el resultado de los esfuerzos del señor Simpson a diario en la prensa nacional, e incluso le confesó a Harris que habría estado dispuesta a pagarle un sueldo a ese hombre por los servicios prestados; como sucede con tantos activistas, sin embargo, lo único que

parecía importarle era la causa.

Cuando las excavadoras empezaron a funcionar en la obra de la señora Trentham y dejaron de hacerlo en la de Trumper, la mujer volvió a concentrarse en el problema de la herencia de Daniel.

Sus abogados le habían confirmado que revertir lo que preveía el testamento sería imposible a menos que Daniel Trumper renunciara voluntariamente a todos sus derechos. Llegaron a presentarle incluso el documento que debería firmar el muchacho si se dieran esas circunstancias, dejando a la señora Trentham con la tarea aparentemente imposible de conseguir su firma.

Puesto que la señora Trentham era incapaz de imaginarse una situación en la que Daniel y ella llegaran a verse en persona, pensó que aquello era una pérdida de tiempo. Pese a todo, guardó el borrador del abogado en el cajón inferior de su escritorio, en la sala de estar, junto con los demás documentos relacionados con Trumper.

—Me alegra mucho volver a verla, señora —dijo el señor Sneddles—. Me disculpo por lo mucho que he tardado en completar la tarea que me asignó. No espero que me pague ni una libra más de lo que acordamos originalmente, por supuesto.

El librero no pudo ver la expresión de la señora Trentham, puesto que esta no se había quitado aún el velo. Siguió al anciano, dejando atrás una estantería repleta de libros polvorientos tras otra, hasta llegar a la pequeña trastienda. Una vez allí, Sneddles le presentó al doctor Halcombe, quien, al igual que su socio, se cubría con un recio abrigo. La mujer declinó sentarse en la silla que le ofrecieron cuando vio que la recubría una fina de polvo.

El anciano señaló con orgullo las ocho cajas que había encima de su mesa. Tardó casi una hora en explicarle, con la ocasional intervención del doctor Halcombe, cómo habían catalogado la biblioteca completa de su difunto padre, primero por orden alfabético según el autor, después por categorías, y por último aplicando un orden de selección distinto para los títulos. En la esquina inferior derecha de cada ficha se podía leer, escrita a lápiz, una valoración estimada de los distintos volúmenes.

La señora Trentham se mostró sorprendentemente paciente con el señor Sneddles, haciéndole preguntas por cuya respuesta no sentía el menor interés mientras le permitía explayarse en prolijas y enrevesadas explicaciones sobre cómo había empleado su tiempo en los cinco últimos años.

—Ha hecho usted un trabajo formidable, señor Sneddles —dijo cuando el hombre le hubo dado la vuelta a la última ficha: Zola, Emile (1840-1902)—. No se podría pedir más.

—Es usted muy amable, señora —dijo el anciano con una honda reverencia—. Aunque, por otra parte, siempre ha demostrado usted un genuino interés por estos asuntos. Su padre no podría haber deseado una persona más adecuada para hacerse responsable de la obra de su vida.

—El precio acordado fue de cincuenta guineas, si no me falla la memoria. —La señora Trentham sacó un cheque del bolso y se lo dio al propietario de la librería.

—Gracias, señora —replicó el señor Sneddles, aceptando el talón antes de dejarlo distraídamente en un cenicero. Se abstuvo de añadir que habría estado dispuesto a pagarle él el doble de esa suma a cambio del privilegio de realizar semejante tarea.

La señora Trentham inspeccionó las tarjetas con detenimiento.

—Veo que el valor estimado de la colección completa está un poco por debajo de las cinco mil libras.

—Correcto, señora. Debería advertirle, no obstante, que podría haber pecado de conservador en ese sentido. Entiéndalo, algunos de estos ejemplares son tan extraordinarios que resulta complicado aventurar el precio que podrían alcanzar si se pusieran en venta.

—¿Significa eso que estaría dispuesto a ofrecerme esta suma a cambio de toda la biblioteca si deseara desprenderme de ella? —preguntó la señora Trentham, mirándolo directamente a los ojos.

—Nada me gustaría más, señora —replicó el encorvado librero—. Por desgracia, me temo que carezco de los fondos necesarios en estos momentos.

—¿Cómo reaccionaría usted si le encomendara la responsabilidad de su venta? —preguntó la señora Trentham, sin perder de vista al anciano.

—No se me ocurre un privilegio mayor, señora, pero podría tardar meses…, quizás incluso años en completar semejante tarea.

—En tal caso, señor Sneddles, creo que deberíamos llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo? No sé si entiendo muy bien a qué se refiere usted, señora Trentham.

—Señor Sneddles, le propongo convertirse en mi socio.

34

La señora Trentham reaccionó con aprobación cuando Nigel le anunció sus planes de boda; por otra parte, era ella la que había elegido a la novia.

Veronica Berry poseía todos los atributos que a su futura suegra le parecían indispensables para convertirse en una Trentham. Provenía de buena familia: su padre era un vicealmirante todavía en activo y su madre era hija de un obispo sufragáneo. Vivían desahogadamente, sin llegar a ser ricos, y lo más importante de todo, de sus tres hijas, todas ellas mujeres, Veronica era la mayor.

La ceremonia tuvo lugar en la parroquia de Kimmeridge, en Dorset, donde Veronica se había bautizado con el vicario, confirmado con el obispo sufragáneo y casado ahora con el obispo de Bath y Wells. La recepción fue lujosa sin estridencias y «los niños», como se refería la señora Trentham a los novios, pasarían su luna de miel, como le contó a todo el mundo, en la finca familiar de Aberdeen antes de regresar a la casa en Cadogan Place que ella les había elegido. El sitio estaba a tiro de piedra de Chester Square, explicaba cuando alguien se lo preguntaba, y también cuando no.

Hasta el último de los treinta y dos socios de Kitcat y Aitken, los corredores de bolsa para los que trabajaba Nigel, fue invitado al banquete nupcial, aunque únicamente cinco consiguieron hacer acto de presencia en Dorset.

Durante la recepción, celebrada en los jardines de la casa del vicealmirante, la señora Trentham se propuso hablar con todos los socios presentes. Para su consternación, ninguno de ellos se mostró excesivamente optimista con respecto al futuro de Nigel.

La señora Trentham esperaba que su hijo fuera nombrado socio poco después de su cuadragésimo cumpleaños, pues era consciente de que varios hombres más jóvenes ya habían visto su nombre impreso en la esquina superior izquierda del encabezamiento de los documentos de la firma a pesar de haberse unido a ella más tarde que Nigel.

Empezó a llover justo antes de que comenzaran los discursos, lo que empujó a todos los invitados a refugiarse corriendo bajo la carpa. La señora Trentham pensó que el discurso del novio podría haber recibido una acogida más calurosa. Sin embargo, reconoció que era difícil aplaudir cuando se sujetaba una copa de champagne con una mano y un canapé de espárragos en la otra. Lo cierto era que al padrino de Nigel, Hugh Folland, tampoco le había ido mucho mejor.

Una vez terminados los discursos, la señora Trentham buscó a Miles Renshaw, el socio principal de Kitcat y Aitken, y se lo llevó aparte para revelarle que, en un futuro cercano, pretendía invertir una suma considerable en una empresa que estaba a punto de abrir sus acciones al público. Por consiguiente, necesitaría su ayuda para elaborar lo que ella describió como una estrategia a largo plazo.

Estas declaraciones no suscitaron ninguna reacción en particular por parte de Renshaw, quien todavía recordaba cómo la señora Trentham le había asegurado el control del portafolio de

Hardcastle's a la muerte de su padre. Pese a todo, le sugirió que se dejara caer por sus oficinas en la ciudad para revisar los detalles de la operación cuando el pliego de condiciones oficial se hubiera hecho público.

La señora Trentham le dio las gracias al señor Renshaw y continuó conversando con todos los reunidos como si ella fuese la anfitriona.

No se fijó en el ceño fruncido de desaprobación con el que la observó Veronica en más de una ocasión.

Era el último viernes de septiembre de 1947 cuando Gibson llamó con delicadeza a la puerta de la sala de estar, entró y anunció:

—El capitán Daniel Trentham.

Cuando la señora Trentham vio al joven vestido con el uniforme de capitán de los fusileros reales, le flaquearon las piernas. El muchacho entró y se detuvo en el centro de la alfombra. La señora Trentham recordó de inmediato la reunión que había tenido lugar en aquella misma habitación, hacía aproximadamente veinticinco años. Sin saber muy bien cómo, consiguió cruzar la sala antes de desplomarse encima del diván.

Aferrándose al brazo del mueble para evitar desmayarse por completo, la señora Trentham miró fijamente a su nieto. Su parecido con Guy la dejó horrorizada, y los recuerdos que evocaba la repugnaron. Recuerdos que, durante tantos años, había conseguido relegar al fondo de sus pensamientos.

Tras recuperar la compostura, pensó en ordenarle a Gibson que lo expulsara de allí de inmediato, pero decidió esperar un momento, pues la intrigaba lo que tuviera que decir el muchacho. Cuando Daniel hubo pronunciado sus líneas, tan meticulosamente ensayadas, la señora Trentham empezó a preguntarse si no cabría la posibilidad de sacarle algún partido a ese encuentro inesperado.

Su nieto empezó a explicarle que había pasado el verano en Australia, no en los Estados Unidos, como Harris le había hecho creer. Continuó diciéndole que sabía que ella era la propietaria de los apartamentos y estaba al corriente de sus intentos por bloquear el permiso de edificación de los grandes almacenes, de las palabras grabadas en la lápida de Ashurst e incluso de sus reuniones clandestinas en el hotel St. Agnes. Concluyó su discurso asegurándole que sus padres ignoraban que él hubiera ido a visitarla esa tarde.

La señora Trentham dedujo que Daniel debía de haber descubierto la verdad sobre las circunstancias que rodeaban la muerte de su hijo en Melbourne. De lo contrario, ¿por qué habría hecho tanto hincapié en el bochorno —por decirlo suavemente— que sufrirían todos los implicados si la información que poseía cayera en manos de la prensa?

Consintió que siguiera hablando mientras ella se devanaba los sesos. Fue durante los vaticinios de Daniel para el futuro desarrollo de Chelsea Terrace cuando la señora Trentham se preguntó cuánto sabría realmente el muchacho que tenía delante. Decidió que solo había una forma de averiguarlo, aunque eso requiriera asumir un riesgo enorme por su parte.

Cuando Daniel le hubo expuesto sus últimas demandas, la señora Trentham se limitó a replicar:

—Yo también tengo una condición.

—¿Qué condición?

—Que renuncies a todos tus derechos sobre la propiedad de Hardcastle.

Daniel se mostró inseguro por primera vez. Era evidente que no se esperaba algo así. De súbito, la señora Trentham se convenció de que el muchacho no sabía absolutamente nada sobre el testamento: al fin y al cabo, su padre le había pedido a Baverstock que no informara al joven de su contenido antes de su trigésimo cumpleaños…, y el señor Baverstock era de los que cumplían su palabra.

—Me cuesta creer que tuvieras pensado dejarme algo en herencia —fue la respuesta inicial de Daniel.

La señora Trentham se quedó esperando en silencio hasta que Daniel hubo expresado su conformidad asintiendo con la cabeza.

—Tendrá que ser por escrito —añadió.

—Y lo mismo con mi parte del trato —exigió bruscamente el muchacho.

A la señora Trentham no le cupo duda de que Daniel ya no disponía de la red de seguridad de su discurso ensayado, por lo que ahora debía limitarse a reaccionar a los acontecimientos conforme estos fueran teniendo lugar.

Se incorporó, caminó pausadamente hasta su escritorio y abrió un cajón cerrado con llave. Daniel se quedó en el centro de la habitación, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro.

Tras localizar las dos hojas de papel que buscaba y sacar el borrador del abogado que había guardado bajo llave en el cajón inferior, la señora Trentham redactó dos acuerdos idénticos con la petición de Daniel: que ella retirase tanto su solicitud de permiso para construir los apartamentos como sus objeciones al programa de edificación de las Torres Trumper. La señora Trentham añadió asimismo en los acuerdos las palabras exactas de su abogado para que Daniel renunciara a todos los derechos sobre la propiedad de su bisabuelo.

Le dio el primer borrador a su nieto para que este lo examinara, esperando que el muchacho se diera cuenta de un momento a otro de todo lo que sacrificaría al firmar ese documento.

Daniel terminó de leer la primera copia del documento y comprobó que ambos borradores fuesen idénticos hasta el último detalle. Aunque no dijo nada, la señora Trentham seguía estando convencida de que debía de imaginarse por qué necesitaba tan desesperadamente ese acuerdo. De hecho, si el muchacho le hubiera pedido también que le vendiera los terrenos de Chelsea Terrace a su padre a precio de saldo, ella habría accedido encantada; lo que fuera con tal de que Daniel plasmara su firma al pie de esas hojas.

En cuanto Daniel hubo rubricado los dos documentos, la señora Trentham tocó la campanilla y le pidió al mayordomo que ejerciera de testigo de ambas firmas.

—Acompaña al caballero hasta la puerta —le ordenó con aspereza a Gibson cuando este hubo cumplido con su cometido. Mientras la figura uniformada salía de la habitación, la señora Trentham se preguntó cuánto tardaría el muchacho en percatarse del trato tan deplorable que había aceptado.

Al día siguiente, cuando los abogados de la señora Trentham estudiaron el documento de una página, la simplicidad de la transacción los dejó impresionados. Ella, sin embargo, se negó a explicarles cómo había logrado semejante proeza. El socio principal asintió con la cabeza para indicar que el acuerdo le parecía a prueba de bombas.

Todas las personas tienen un precio, y cuando Martin Simpson se dio cuenta de que su fuente de ingresos se había secado, un último pago de cincuenta libras en efectivo bastó para

convencerlo de que debería retirar su objeción a que el proyecto de las Torres Trumper procediera según lo planeado.

Al día siguiente, la señora Trentham volcó toda su atención sobre un asunto distinto: comprender el funcionamiento de los documentos de oferta.

La señora Trentham opinaba que Veronica se había quedado embarazada demasiado pronto.

Su nuera tuvo un varón, Giles Raymond, tan solo nueve meses y tres semanas después de que Nigel y ella se hubieran casado. Por lo menos el bebé no había sido prematuro. Así las cosas, la señora Trentham ya había pillado a los criados contando los meses con los dedos en más de una ocasión.

Fue después de que Veronica hubiera vuelto del hospital con el niño cuando la señora Trentham tuvo la primera diferencia de opinión con su nuera.

Veronica y Nigel habían empujado el carrito de Giles hasta Chester Square para que la abuela orgullosa admirara a su nieto. La señora Trentham acababa de echarle un vistazo al bebé cuando Gibson se llevó el cochecito y regresó con la bandeja para el té.

—Querréis apuntar al niño a las listas de espera de Aysgarth y Harrow sin demora, por supuesto —dijo la señora Trentham antes de que a Nigel y a Veronica les hubiera dado tiempo a elegir un sándwich—. Después de todo, hay que asegurarse de que no se quede sin plaza.

—Lo cierto —dijo Veronica— es que Nigel y yo ya hemos decidido cómo va a ser la educación de nuestro hijo, y ninguno de esos centros estaba incluido en nuestras deliberaciones.

La señora Trentham dejó la taza en su plato y miró a Veronica como si esta acabara de anunciar la muerte del rey.

—Disculpa, Veronica, me parece que no te he oído bien.

—Vamos a mandar a Giles a una escuela de primaria de la zona, en Chelsea, y después a Bryanston.

—¿Bryanston? ¿Y eso dónde está, si me permites la pregunta?

—En Dorset. Es donde estudió mi padre —añadió Veronica antes de agarrar un sándwich de salmón de la bandeja que tenía delante.

Nigel observó a su madre con preocupación mientras se tocaba la corbata de rayas plateadas y azules.

—Quizá sea ese el caso —replicó la señora Trentham—. Sin embargo, estoy segura de que necesitamos reflexionar un poco más sobre los primeros pasos en la vida de Raymond —sentenció, enfatizando el nombre de su nieto.

—No, eso no será necesario. Nigel y yo ya le hemos dado muchas vueltas a la educación de Giles. Lo apuntamos en Bryanston la semana pasada, de hecho. A fin de cuentas, hay que asegurarse de que no se quede sin plaza.

Dicho lo cual, Veronica se agachó para echar mano de otro sándwich de salmón.

El reloj que había encima de la repisa de la chimenea, en el extremo opuesto de la habitación, dio las tres.

Max Harris se levantó de la butaca que había elegido en una esquina del salón en cuanto vio que la señora Trentham entraba en el recibidor del hotel. Hizo una reverencia mientras esperaba a que su cliente se sentara frente a él.

Pidió un té para ella y otro whisky doble para él. La señora Trentham arrugó el entrecejo con desaprobación mientras el camarero se alejaba para preparar las bebidas. Su atención se volcó sobre Harris en cuanto oyó los primeros e inevitables crujidos.

—Me imagino que no habría solicitado usted esta reunión, señor Harris, a menos que tenga algo importante que contarme.

—Creo que puedo asegurar sin temor a equivocarme que soy portador de gratas noticias. Verá usted, una señorita que responde al nombre de Bennet ha sido detenida recientemente, acusada de robar en una tienda. Un abrigo de piel y un cinturón de cuero de Harvey Nichols, para ser exactos.

—¿Y por qué debería importarme lo que le pase a esa chica? —preguntó la señora Trentham mientras miraba hacia atrás por encima del hombro, irritada al ver que había empezado a llover y recordando que había salido de casa sin paraguas.

—Resulta que tiene una relación de lo más interesante con sir Charles Trumper.

—¿Relación? —preguntó la señora Trentham, cada vez más desconcertada.

—En efecto —dijo Harris—. La señora Bennet no es otra que la hermana pequeña de sir Charles.

La señora Trentham volvió a mirar a Max Harris.

—Pero Trumper solo tiene tres hermanas, si no me engaña la memoria. Sal, que vive en Toronto y está casada con un vendedor de seguros; Grace, a la que recientemente han nombrado matrona en el hospital de Guy; y Kitty, que se fue de Inglaterra hace años para reunirse en Canadá con su hermana.

—Y que ahora ha regresado.

—¿Regresado?

—Sí, convertida en la señora Kitty Bennett.

—No lo entiendo —dijo la señora Trentham, exasperada por el juego del gato y el ratón con el que Harris tan visiblemente estaba disfrutando.

—Durante su estancia en Canadá —prosiguió el detective, indiferente a la irritación de su cliente— se casó con un tal señor Bennett, de profesión estibador. Como el padre de ella, de hecho. El matrimonio duró casi un año entero antes de terminar en un desagradable divorcio en el que tuvieron que testificar varios hombres. Volvió a Inglaterra hace unas semanas, pero solo después de que su hermana Sal se negase a acogerla.

—¿Cómo has obtenido esta información?

—Me apuntó en la dirección indicada un amigo mío que trabaja en la cárcel Wandsworth. Tras leer el expediente de la señora Bennett y ver que su apellido de soltera era Trumper, decidió investigar. El nombre de Kitty despejó todas sus dudas. Me dejé caer por allí de inmediato para comprobar que se tratara efectivamente de ella.

Harris hizo una pausa para beber un trago de whisky.

—Continúa —dijo la señora Trentham, impacientándose.

—A cambio de cinco libras, cantó como un pajarito. Si hubiera podido darle cincuenta, sospecho que aún seguiría trinando.

Cuando Trumper's anunció que estaba preparándose para abrir sus acciones al público, la señora Trentham estaba de vacaciones en Aberdeenshire, en la finca de su marido. Tras leer la escueta

noticia en el *Telegraph* concluyó que, aunque ahora poseía el control combinado de la asignación mensual que su padre les había legado a su hermana y a ella, además de un colchón de veinte mil libras, seguiría necesitando todo el capital que había obtenido con la venta de los terrenos de Yorkshire si quería ser capaz de comprar un puesto influyente en la junta de accionistas de la nueva empresa. Esa misma mañana hizo tres llamadas de larga distancia.

Meses antes había dado instrucciones para transferir su portafolio a Kitcat y Aitken, y tras mucho insistirle a su marido, por fin lo había persuadido para que siguiera su ejemplo. A pesar de este sacrificio por el bien de su hijo, a Nigel seguían sin ofrecerle el puesto de socio. La señora Trentham le habría aconsejado que presentara su dimisión…, si pensara que en cualquier otra parte las cosas podrían irle mejor.

A pesar de aquel contratiempo, continuó invitando a los socios de Kitcat a cenar en Chester Square en rotaciones periódicas. Gerald, que le había dejado muy claro a su esposa el rechazo que le provocaba semejante estrategia, seguía sin estar convencido de que así contribuyeran a mejorar la situación de su hijo. Era consciente, no obstante, de que hacía tiempo que su opinión sobre tales menesteres había dejado de importarle a su esposa. Fuera como fuese, el mayor ya había alcanzado una edad en la que se sentía demasiado cansado como para ofrecer algo más que una mera resistencia testimonial.

Tras estudiar los pormenores de la propuesta de Trumper's en la copia del *Times* de su marido, la señora Trentham le pidió a Nigel que solicitara comprar el cinco por ciento de las acciones de la empresa en cuanto se anunciara el proyecto.

Sin embargo, eso fue antes de que uno de los últimos párrafos del artículo que publicaba el *Daily Mail*, firmado por un tal Vincent Mulchrone y titulado «Los Trumper triunfales», le recordara que seguía estando en posesión de cierto cuadro que aún no había alcanzado el máximo exponente de su valor.

Cada vez que el señor Baverstock solicitaba reunirse con ella, a la señora Trentham le parecía estar recibiendo una orden más que una invitación. Quizá se debiera al hecho de que el abogado había representado a su padre durante más de treinta años.

Era consciente de que, como albacea de su padre, el señor Baverstock seguía poseyendo una influencia notable, a pesar de que ella hubiera conseguido cortarle las alas recientemente imponiendo su voluntad por lo que a la venta de los terrenos respectaba.

Tras pedirle que se sentara frente a él al otro lado de la mesa de su despacho, el señor Baverstock regresó a su sillón, se caló las lentes de medialuna sobre la punta de la nariz y abrió una de sus inevitables carpetas de color gris.

El hombre daba la impresión de mantener su correspondencia del mismo modo que celebraba todas sus reuniones, de un modo que solo se podía calificar de distante. La señora Trentham se preguntaba a menudo si le habría dispensado el mismo trato a su padre.

—Señora Trentham —comenzó el señor Baverstock, apoyando las palmas de las manos encima de la mesa ante él y haciendo una pausa para consultar los apuntes que había tomado la noche anterior—. En primer lugar, permítame darle las gracias por tomarse la molestia de venir a verme a mis oficinas. También me gustaría añadir que me apenó saber que su hermana debía declinar mi invitación una vez más. No obstante, en una carta muy breve que me envió la semana pasada me comunicó que acepta gustosa que usted la represente tanto en esta ocasión como en

cualquier otra que pudiera surgir más adelante.

—Mi querida Amy —dijo la señora Trentham—. La pobre encajó muy mal la muerte de nuestro padre, aunque he hecho todo cuanto estaba en mi mano por suavizar el golpe.

La mirada del abogado regresó a la carpeta, que contenía una nota del señor Althwaite —de Bird, Collingwood y Althwaite, en Harrogate—, instruyéndole que, en el futuro, el talón mensual de la señorita Amy debería enviarse directamente a Coutts, en el Strand, a un número de cuenta que difería en un solo dígito de aquel al que el señor Baverstock ya enviaba la otra mitad de su asignación periódica.

—Aunque su padre les dejó a usted y a su hermana los ingresos derivados de su fideicomiso —continuó el abogado—, con el tiempo, como usted ya sabe, la mayor parte de su capital pasará a manos del doctor Daniel Trumper.

La señora Trentham asintió con la cabeza, impasible.

—Como sin duda es usted consciente también —añadió el señor Baverstock—, el fideicomiso contiene actualmente letras, acciones y bonos administrados en nuestro nombre por el banco comercial de Hambros y cía. Cuando ellos consideran prudente realizar una inversión cuantiosa por el bien del fideicomiso, a nosotros nos parece igual de importante informarla a usted de sus intenciones, a pesar de que sir Raymond nos dio plenos poderes en estas cuestiones.

—Es usted muy considerado, señor Baverstock.

El abogado volvió a dirigir su atención a la carpeta, donde inspeccionó otra nota, en esta ocasión de un agente inmobiliario de Bradford. Los terrenos y la casa del difunto sir Raymond Hardcastle, junto con todos sus contenidos, se habían vendido sin su conocimiento por cuarenta y una mil libras. Tras deducir las comisiones y los impuestos legales, el agente había enviado el balance de la suma directamente a la misma cuenta de Coutts que recibía la asignación mensual de la señorita Amy.

—Teniendo esto en cuenta —continuó el abogado de la familia—, he considerado que era mi deber informarle de que nuestros asesores recomiendan invertir generosamente en una nueva compañía que está a punto de salir al mercado.

—¿De qué compañía se trata?

—De Trumper's —dijo Baverstock, atento a la reacción de su cliente.

—¿Y por qué Trumper's en particular? —preguntó la señora Trentham, sin que sus facciones revelaran ninguna sorpresa.

—Principalmente porque a Hambros le parece una inversión sensata y rentable, pero también porque, con el tiempo, el dueño de la mayor parte de las acciones de la compañía será Daniel Trumper, cuyo padre, como usted sin duda ya sabe, es el presidente de la junta en estos momentos.

—Era consciente de ello —dijo la señora Trentham, sin añadir ningún comentario. Era evidente que al señor Baverstock le preocupaba que hubiera encajado la noticia con tanta serenidad.

—Por supuesto, si su hermana y usted se opusieran a que el fondo fiduciario realizara semejante inversión, cabría la posibilidad de que nuestros asesores reconsiderasen su postura.

—¿Cuánto pensaban invertir?

—Alrededor de doscientas mil libras —replicó el abogado—. De ese modo, el fideicomiso podría comprar aproximadamente el diez por ciento de las acciones de la compañía.

—¿No es un desembolso considerable para destinarlo todo a una única empresa?

—Lo es, sin duda, pero sigue estando dentro de los límites del fideicomiso.

—En tal caso, acepto encantada el consejo de Hambros —dijo la señora Trentham—, y estoy segura de que mi hermana tampoco tendría ninguna objeción.

El señor Baverstock consultó de nuevo su carpeta, donde el afidávit firmado por la señorita Amy Hardcastle le daba prácticamente carta blanca a su hermana a la hora de tomar cualquier decisión relacionada con la herencia del difunto sir Raymond Hardcastle, incluida la transferencia de veinte mil libras desde su cuenta personal. El señor Baverstock esperaba que la señorita Amy estuviera a gusto en el hotel residencial Cliff Top. Miró a la otra hija de sir Raymond.

—Así pues —concluyó—, no me queda sino informar a Hambros de su parecer sobre esta cuestión y mantenerla a usted al corriente más adelante, cuando se haya completado el reparto de las acciones de Trumper's.

El abogado cerró la carpeta, se levantó de detrás de la mesa y se dirigió a la puerta. La señora Trentham lo siguió, complacida al ver que tanto el fondo fiduciario de Hardcastle como sus asesores se habían aliado para ayudarla a alcanzar su tan ansiada meta sin que ninguna de las dos partes sospechara cuáles eran sus intenciones. Más aún la complacía pensar que, cuando Trumper's abriera por fin sus acciones al público, ella ya poseería el control del quince por ciento de la compañía.

Una vez en la puerta, el señor Baverstock se giró para estrecharle la mano.

—Que pase usted un buen día, señora Trentham.

—Igualmente, señor Baverstock. Ha sido usted de lo más minucioso, como siempre.

La señora Trentham desanduvo el camino hasta su coche, donde el chófer le abrió la puerta. Mientras se alejaban, se giró para mirar por el parabrisas trasero. El abogado se había quedado plantado junto a la puerta de sus oficinas, con una expresión preocupada en el rostro.

—¿Adónde, señora? —preguntó el chófer mientras se unían al tráfico de la tarde.

Consultó su reloj: la reunión con Baverstock había durado menos de lo previsto y ahora disponía de algo de tiempo libre antes de su siguiente cita. Aun así, le pidió al conductor que se dirigiera al hotel St. Agnes mientras apoyaba una mano encima del paquete envuelto en papel de estraza que reposaba en el asiento a su lado.

Le había pedido a Harris que reservara una habitación y colara a Kitty Bennett en el ascensor cuando se cerciorase de que no había nadie observando.

Al llegar al St. Agnes, con su paquete bajo el brazo, la contrarió ver que Harris no estaba esperándola en el lugar acostumbrado junto a la barra. Puesto que le desagradaba profundamente quedarse plantada a solas en el pasillo, se dirigió a regañadientes al conserje para interesarse por el número de la habitación de Harris.

—Catorce —dijo un hombre cuyo uniforme azul relucía más que sus botones—. Pero no puede…

La señora Trentham, que no tenía por costumbre dejar que nadie le explicara lo que podía hacer y lo que no, se dio la vuelta y remontó con parsimonia las escaleras que conducían a la primera planta. El conserje descolgó de inmediato el teléfono que había encima del mostrador.

La señora Trentham tardó unos minutos en localizar la habitación número 14, y casi el mismo tiempo en conseguir que Harris respondiera a sus vigorosos golpes con los nudillos. Cuando por

fin consiguió entrar en el cuarto, la sorprendió lo pequeño que era, sin espacio para nada más que una cama, una silla y un lavabo. Se fijó en la mujer que yacía despatarrada en la cama. Llevaba puesta una blusa de seda roja y una falda negra de cuero…, demasiado corta, en opinión de la señora Trentham, por no mencionar el hecho de que los dos primeros botones de la blusa estuvieran desabrochados.

Puesto que Kitty no hizo el menor ademán de quitar la vieja gabardina que estaba tirada encima de la silla, a la señora Trentham no le quedó más remedio que quedarse de pie.

Se volvió hacia Harris, que estaba arreglándose la corbata en el único espejo de la habitación. Era evidente que había decidido que sobraban las presentaciones.

Ansiosa por concluir el asunto que la había llevado hasta allí y regresar a la civilización lo antes posible, la señora Trentham no esperó a que Harris iniciara los procedimientos.

—¿Le has explicado a la señora Bennett lo que se espera de ella?

—Por supuesto —dijo el detective mientras se ponía la chaqueta—. Y Kitty está más que dispuesta a cumplir con su parte del trato.

—¿Es de fiar? —La señora Trentham miró con desconfianza a la mujer tumbada en la cama.

—Claro que sí, siempre que el precio sea justo —fueron las primeras palabras de Kitty—. Lo único que me interesa saber es cuánto voy a llevarme.

—El precio que alcance, más cincuenta libras —dijo la señora Trentham.

—Entonces quiero veinte por adelantado.

La señora Trentham titubeó un momento antes de expresar su conformidad con un ademán.

—¿Dónde está el truco?

—Es posible que tu hermano te intente convencer para que no lo hagas —dijo la señora Trentham—. Quizás intente incluso sobornarte a cambio de…

—Ni en sueños —dijo Kitty—. Por mí, como si se pone a hablar hasta que se le duerma la lengua, que eso no va a servirle de nada conmigo. Odio a Charlie casi tanto como usted.

La señora Trentham sonrió por primera vez. A continuación, dejó el paquete de papel marrón encima de la cama.

Harris esbozó una sonrisa burlona.

—Sabía que las dos os daríais cuenta de que tenéis algo en común.

BECKY

1947-1950

35

Me pasaba en vela una noche tras otra, preocupada por Daniel, que tarde o temprano averiguaría que Charlie no era su padre.

Cada vez que los veía juntos (Daniel tan alto y delgado, con el pelo claro ondulado y los ojos de un azul muy oscuro; Charlie al menos un palmo más bajo, robusto, con el cabello fuerte y moreno y los ojos castaños) daba por sentado que mi hijo terminaría haciendo algún comentario sobre esa disparidad tarde o temprano. El hecho de que yo también fuese morena de piel no arreglaba las cosas. Si las implicaciones no hubieran sido tan serias, las diferencias podrían haber resultado hasta cómicas. Sin embargo, Daniel no mencionó ni una sola vez los rasgos físicos y de personalidad que los distinguían a Charlie y a él.

Aunque Charlie quería contarle la verdad sobre Guy desde el principio, lo convencí de que deberíamos esperar hasta que Daniel fuese lo bastante mayor como para comprender todo lo que eso conllevaba. Cuando Guy murió de tuberculosis, sin embargo, pensé que ya no tenía sentido cargar a Daniel con el lastre de nuestro pasado.

Mucho más tarde, tras años de desasosiego e incesantes reproches por parte de Charlie, accedí por fin a contárselo todo a Daniel. Lo llamé al Trinity una semana antes de que zarpara con rumbo a América y le pregunté si podía llevarlo en coche a Southampton; así, al menos, sabía que dispondríamos de unas cuantas horas sin interrupciones. Mencioné que quería contarle algo importante.

Salí en dirección a Cambridge un poco antes de lo necesario y llegué con tiempo de sobra para ayudar a Daniel con el equipaje. Para las once ya estábamos circulando por la A10. Se pasó la primera hora parloteando animadamente sobre su trabajo en la universidad (demasiados alumnos, demasiado poco tiempo para investigar), pero en cuanto la conversación derivó hacia los problemas que estábamos teniendo con los apartamentos supe que acababa de brindarme una ocasión de oro para revelarle la verdad sobre su padre. De súbito, él cambió de tema y yo perdí el escaso valor que había conseguido reunir. Juro que habría abordado el asunto allí mismo, pero se me escapó la oportunidad.

Debido a todos los sinsabores que sufrimos mientras Daniel estaba en América, entre la muerte de mi madre y las maquinaciones de la señora Trentham, llegué a la conclusión de que había malgastado el mejor momento para sincerarme con mi hijo. Le rogué a Daniel que se olvidara del asunto de una vez por todas. Mi marido es una persona honrada, y aunque me dijo que me equivocaba, que Daniel era lo bastante maduro como para encajar la verdad, aceptaba que me correspondía a mí tomar una decisión tan importante. No volvió a mencionar ese tema.

Cuando Daniel volvió de los Estados Unidos, bajé a Southampton para recogerlo. No sé en qué sentido, pero parecía cambiado. Se veía distinto, para empezar, más tranquilo, y me sorprendió dándome un fuerte abrazo en cuanto me vio. Camino de Londres hablamos de su visita a América, que evidentemente le había gustado mucho, y sin entrar en detalles lo puse al

corriente de lo que estaba pasando con nuestro permiso de edificación en Chelsea Terrace. No se mostró muy interesado en las novedades, aunque lo cierto era que Charlie había dejado de involucrar a Daniel en el día a día de Trumper's cuando nos dimos cuenta de que estaba destinado a hacer carrera en el ámbito académico.

Daniel se quedó con nosotros unas semanas antes de regresar a Cambridge, e incluso Charlie, tan poco observador, comentó lo mucho que había cambiado. Seguía siendo tan serio y reservado…, taciturno incluso…, como siempre, pero también se mostraba mucho más cariñoso con nosotros. Tanto que no pude por menos de preguntarme si habría conocido a alguna chica durante sus viajes. Esperaba que sí. Sin embargo, salvo por alguna que otra insinuación tan críptica como esporádica, Daniel no se refirió nunca a nadie en particular. Reconozco que me gustaba la idea de que se casara con una americana. Nunca había llevado muchas chicas a casa, y siempre se mostraba muy tímido cuando le presentábamos a las hijas de cualquiera de nuestros amigos. De hecho, siempre escurría el bulto cuando andaba cerca Clarissa Wiltshire…, cosa que sucedía a menudo últimamente, pues los mellizos, que estudiaban en la universidad de Bristol, estaban trabajando tras el mostrador del número 1 durante las vacaciones.

Debía de haber pasado un mes desde que Daniel volviera de América cuando Charlie me contó que la señora Trentham había retirado todas sus objeciones a nuestra propuesta para unir las dos torres. Reaccioné a la noticia dando saltos de alegría. Cuando añadió que la señora Trentham no iba a seguir adelante con sus planes para reconstruir los apartamentos, me negué a creérmelo y asumí inmediatamente que debía de haber gato encerrado. Incluso Charlie admitió que no tenía ni idea de lo que se proponía esa mujer aquella vez. Ninguno de los dos aceptamos la teoría de Daphne: que la señora Trentham debía de estar ablandándose con la edad.

Dos semanas después, el consejo del condado de Londres nos confirmó que se habían retirado todas las objeciones a nuestro proyecto, por lo que podíamos dar comienzo a la fase de construcción. Era la señal que Charlie estaba esperando para anunciar a los cuatro vientos que pretendíamos abrir nuestras acciones al público.

Charlie convocó una asamblea para que la junta aprobara todas las resoluciones pertinentes.

El señor Merrick, al que Charlie no le había perdonado nunca que le hubiera obligado a vender el Van Gogh, nos aconsejó dejar que Robert Fleming y cía. fuese nuestro banco comercial en la fase previa a la emisión de acciones. También añadió que esperaba que la empresa recién formada continuara confiando en Child y cía. como su banco de liquidación. Aunque a Charlie nada le habría gustado más que mandarlo a hacer puñetas, sabía perfectamente que, si cambiaba de bancos unas semanas antes de salir al mercado, la ciudad reaccionaría con suspicacia. La junta terminó aceptando ambos consejos, y Tim Newman, de Robert Fleming y cía., recibió una invitación para unirse a la junta. Tim, que representaba a una nueva generación de banqueros, supuso un soplo de aire fresco para la compañía. Aunque Charlie y yo enseguida congeniamos con el señor Newman, nuestras diferencias con Paul Merrick continuaban siendo insalvables.

Conforme se acercaba el día de presentar el pliego de condiciones, Charlie se pasaba cada vez más tiempo en el banco comercial. Mientras tanto, Tom Arnold asumió el control como gestor de los establecimientos y supervisor del programa de edificación…, a excepción hecha del número 1, que seguía siendo de mi dominio exclusivo.

Varios meses antes había tomado la decisión de que, antes del anuncio definitivo, quería

organizar una venta a gran escala en la casa de subastas, previa a la declaración de nuestra salida al mercado por parte de Charlie; estaba segura de la colección italiana en la que había invertido tanto tiempo representaba una ocasión de oro para colocar el número 1 de Chelsea Terrace en el mapa.

Mi director de investigación, Francis Lawson, había tardado casi dos años en reunir los cincuenta y nueve lienzos, todos ellos pintados entre 1519 y 1768. Nuestra joya de la corona era *La basílica de san Marcos*, un Canaletto que Daphne había heredado de una anciana tía suya de Cumberland.

—Aunque no sea tan bueno como los dos que tiene Percy en Lanarkshire —nos informó con su desparpajo característico—, espero que alcance un precio aceptable. De lo contrario —añadió con una sonrisa—, a partir de ahora tendré que confiar en los servicios de Sotheby's.

Fijamos el precio de salida del cuadro en treinta mil libras. Una cifra razonable, le expliqué a Daphne, habida cuenta de que lo máximo que se había pagado por un Canaletto era treinta y ocho mil guineas, récord alcanzado por Christie's el año anterior.

Mientras yo ultimaba los preparativos de la subasta, Charlie y Tim Newman dedicaban la mayor parte de su tiempo a visitar instituciones, bancos, entidades financieras y grandes inversores para convencerlos de que apostaran por «el carretón más grande del mundo».

Tim se mostraba optimista sobre el resultado; según sus predicciones, cuando se formalizara la emisión de acciones nos veríamos desbordados por el interés de los inversores. Pese a todo, opinaba que Charlie y él deberían visitar Nueva York para suscitar algo de interés también entre los inversores americanos. Charlie programó su viaje a los Estados Unidos para estar de vuelta en Londres un par de días antes de que tuviera lugar mi subasta y tres semanas enteras antes de que nuestro pliego de condiciones se hiciera público al fin.

Era una fría mañana de lunes, en enero, y quizá me fallara la vista, pero juraría que el cliente que estaba hablando con una de nuestras nuevas empleadas me sonaba de algo. Me preocupaba no ser capaz de identificar con más precisión a aquella mujer de mediana edad que, vestida con un abrigo que debía de haber pasado de moda en los años 30, daba la impresión de haber conocido tiempos mejores. Quizás estuviera viéndose obligada a vender alguna reliquia de la familia.

Cuando la mujer hubo salido del edificio, me acerqué al mostrador y le pregunté a Cathy, nuestra adquisición más reciente, de quién se trataba.

—Una tal señora Bennett —dijo la joven detrás del mostrador.

El nombre no me sacó de dudas, así que le pregunté qué quería.

Cathy me enseñó un pequeño óleo de la Virgen María con el Niño Jesús.

—La señora quería saber si esto podría entrar en la subasta italiana. Ignoraba su procedencia y, por su aspecto, debo confesar que me pregunté si podría ser un cuadro robado. Estaba a punto de avisar al señor Lawson.

Miré fijamente el óleo y comprendí de inmediato que la desconocida no podía ser otra más que la hermana pequeña de Charlie.

—Deja que yo me ocupe de esto.

—Por supuesto, lady Trumper.

Subí a la última planta en el ascensor y entré en el despacho de Charlie sin esperar a que me anunciara su secretaria, Jessica Allen. Le di el cuadro para que lo inspeccionara y le conté

resumidamente cómo había llegado hasta allí.

Apartó los papeles que había encima de su mesa y contempló la obra durante largo rato, en silencio.

—Bueno, una cosa es segura —dijo por fin—: Kitty no tiene la menor intención de contarnos cómo se ha hecho con él. De lo contrario, habría acudido a mí directamente.

—¿Qué hacemos?

—Sigue sus instrucciones e inclúyelo en la subasta. Te aseguro que nadie va a pujar más alto que yo por esta pintura.

—Pero, si lo único que quiere es un poco de efectivo, ¿por qué no le hacemos una oferta justa?

—Si lo único que quisiera Kitty fuese un poco de efectivo, sería ella la que estaría ahora en este despacho. No, nada le gustaría más que verme arrastrándome ante ella, para variar.

—Pero ¿y si lo ha robado?

—¿A quién? Además, aunque así fuera, nada nos impide estipular su procedencia original en nuestro catálogo. Después de todo, la policía aún debe de tener los detalles del robo en sus archivos.

—Pero ¿y si se lo ha dado Guy?

—Guy —me recordó Charlie— está muerto.

Me entusiasmó ver el interés que empezaba a suscitar la subasta tanto en la prensa como entre el público en general. Otro presagio halagüeño fue que varios de los críticos y coleccionistas de arte más importante fueron vistos durante la semana previa estudiando los cuadros expuestos en la galería principal.

Comenzaron a aparecer artículos sobre Charlie y sobre mí, primero en las secciones financieras y después en las páginas principales. No me gustó demasiado cómo sonaba eso de «Los Trumper triunfales», como nos calificaba un diario, pero Tim Newman nos explicó lo importantes que eran las relaciones públicas cuando de recaudar grandes sumas de dinero se trataba. Conforme se sucedían los reportajes en periódicos y revistas, nuestro nuevo y joven director fue convenciéndose cada vez más de que la emisión de acciones iba a ser todo un éxito.

Francis Lawson y su nueva asistente, Cathy Ross, dedicaron varias semanas a trabajar en el catálogo de la subasta, revisando minuciosamente la historia de cada uno de los cuadros, quiénes habían sido sus antiguos propietarios y en qué exposiciones habían aparecido antes de que Trumper’s los sacara a la venta. Para nuestra sorpresa, lo que caló especialmente bien entre el público no fueron los cuadros en sí, sino nuestro catálogo, el primero con todas las láminas a color. Producirlo nos costó una fortuna, pero como tuvimos que encargar dos reimpresiones antes del día de la subasta y los vendíamos a cinco chelines, no tardamos en cubrir costes. En la siguiente reunión mensual pude informar a la junta de que, tras dos reimpresiones más, lo cierto era que habíamos terminado obteniendo incluso un pequeño margen de beneficios.

—A lo mejor deberías cerrar la galería de arte y montar una editorial —fue el comentario de Charlie, siempre tan práctico.

La nueva sala de subastas del número 1 tenía aforo para doscientas veinte personas. Nunca habíamos conseguido ocupar todas las plazas, pero ahora, conforme el cartero seguía trayéndonos nuevas solicitudes para conseguir entrada a diario, enseguida tuvimos que separar a

los auténticos postores de los meros curiosos.

A pesar de seleccionar, recortar, rechazar e incluso tener que ponernos directamente groseros con un par de personajillos que no daban su brazo a torcer, acabamos con casi trescientas personas que esperaban tener donde sentarse. Entre ellas se contaban varios periodistas, pero la guinda del pastel fue cuando el director de arte de la BBC nos llamó para preguntar si nos importaba que la emisora cubriera la subasta en su selecto Third Programme.

Charlie, que había vuelto de América dos días antes de la subasta, me contó en los escasos momentos que podíamos pasar juntos que el viaje había sido sumamente satisfactorio…, significara lo que significase eso. Añadió que acudiría a la venta acompañado de Daphne. «Hay que tener contentos a los grandes clientes», fueron sus palabras exactas. Me abstuve de mencionar el pequeño detalle de que se me había olvidado asignarle un asiento, pero Simon Matthews, al que recientemente había nombrado director auxiliar, encajó un par de sillas al final de la séptima fila y rezó para que entre los asistentes no hubiera ningún representante del cuerpo de bomberos.

Decidimos iniciar la subasta un martes por la tarde, a las tres en punto, después de que Tim Newman insistiera en que había que elegir el momento oportuno si queríamos que la prensa nacional se hiciera eco del evento al día siguiente.

Simon y yo nos pasamos toda la víspera con el personal de la sala, retirando cuadros de las paredes y recolocándolos en el orden correcto. A continuación comprobamos la iluminación del caballete en el que se exhibiría cada cuadro, y por último colocamos las sillas de la sala lo más juntas posible. Apartando un poco la tarima desde la que Simon iba a oficiar la subasta ganamos un par de metros en los que conseguimos introducir otra fila. Los observadores (que siempre se colocan junto al subastador para localizar a los postores) tendrían menos espacio, pero así resolveríamos muchos otros problemas.

La mañana de la subasta llevamos a cabo un ensayo: los asistentes colocaban cada cuadro en el caballete cuando Simon anunciaba el número de la obra en cuestión y lo retiraban cuando daba un mazazo y anunciaba el siguiente lote. Cuando le tocó el turno al Canaletto, el cuadro exhibía toda la técnica y la atención al detalle que siempre habían caracterizado al artista. No pude por menos de sonreír cuando esa obra maestra fue reemplazada por la pequeña imagen de la Virgen María con el Niño Jesús de Charlie. A pesar de las exhaustivas labores de investigación de Cathy Ross, esta había sido incapaz de rastrear su origen, por lo que nos habíamos limitado a cambiarle el marco y atribuirlo a la escuela del siglo XVI en nuestro catálogo. Le adjudiqué un precio estimado de doscientas guineas en mi cuaderno, aunque sabía perfectamente que Charlie se proponía comprarlo costara lo que costase. Seguía preocupándome cómo habría conseguido Kitty ese óleo, pero Charlie no se cansaba de repetirme que «no le diera más vueltas». Tenía problemas más acuciantes que averiguar cómo el regalo de Tommy había terminado en posesión de su hermana.

La tarde de la subasta, a las dos y cuarto ya se habían ocupado algunos asientos. Localicé a más de un galerista o comprador importante que nunca había visto Trumper’s lleno hasta la bandera, y sin embargo ese día se tuvo que situar al fondo de la sala.

Para las tres menos cuarto ya solo quedaban libres unos pocos asientos; los rezagados se apretaban como sardinas a los laterales, y alguno que otro incluso se había tenido que poner en

cuclillas en el pasillo central. Daphne hizo una entrada espectacular a las tres menos cinco, engalanada con un elegante vestido de cachemira negro azulado que había aparecido en la revista *Vogue* el mes anterior. Charlie, con aspecto cansado, entró detrás de ella. Ocuparon sus asientos al final de la séptima fila; lugar que, según él, poseía un significado especial. Daphne parecía muy complacida consigo misma, mientras que Charlie se rebullía impaciente.

Exactamente a las tres en punto me situé junto a la tribuna del subastador. A continuación, Simon subió los escalones y escudriñó la multitud para localizar a los compradores más importantes antes de que una serie de martillazos reclamara la atención de todos los presentes.

—Damas y caballeros —empezó—, buenas tardes y bienvenidos a Trumper's, la casa de subastas de obras de arte por excelencia.

Consiguió enfatizar el calificativo «por excelencia» sin que resultara pomposo, y cuando anunció el lote número uno se hizo el silencio en la sala. Consulté el cuadro en mi catálogo, aunque creo que ya me sabía de memoria todos los detalles de las cincuenta y nueve obras. Se trataba de una representación de san Francisco de Asís, firmada por Giovanni Battista Crespi en 1617. Había fijado el precio de salida del pequeño óleo en QIHH libras, según nuestro código, por lo que cuando el martillo de Simon cerró la puja al alcanzar las dos mil doscientas, setecientas libras por encima de mis estimaciones, me pareció que habíamos empezado con buen pie la subasta.

De las cincuenta y nueve obras en venta, habíamos reservado el Canaletto para el lote número treinta y siete; quería generar expectación antes de que el cuadro saliera a la palestra, pero sin esperar demasiado para evitar que la gente empezara a marcharse. Reunimos cuarenta y siete mil libras en una hora, y eso que aún no habíamos llegado al Canaletto. Cuando los focos iluminaron por fin el lienzo, de un metro con veinte de lado, quienes presenciaban esa obra maestra por vez primera exhalaron un suspiro colectivo de asombro.

—Una representación de la basílica de san Marcos, firmada por Canaletto en 1741 —anunció Simon, como si tuviéramos otra media docena de cuadros como ese apilados en el sótano—. El precio de salida de esta obra, que ha despertado un interés considerable, es de diez mil libras.

Dejó vagar la mirada sobre la audiencia enmudecida mientras los observadores y yo permanecíamos atentos al origen de la próxima puja.

—Quince mil —dijo Simon, observando a un delegado del gobierno italiano que estaba sentado en la quinta fila—. Veinte mil libras al fondo de la sala…

Sabía que debía de tratarse del representante de Mellon Collection. Siempre se sentaba en la penúltima fila, con un cigarrillo colgando de los labios para indicarnos que todavía estaba participando en la subasta.

—Veinticinco mil —dijo Simon, volviéndose de nuevo hacia el delegado italiano—. Treinta mil.

El cigarrillo todavía humeaba: Mellon seguía pujando.

—Treinta y cinco mil.

Divisé a un nuevo participante, sentado en la cuarta fila a mi derecha: el señor Randall, director de la galería Wildenstein, en Bond Street.

—Cuarenta mil —dijo Simon mientras una nueva columna de humo se elevaba al fondo de sala. Aunque ya superábamos la estimación que yo le había dado a Daphne, en mi rostro no se reflejaba la menor emoción—. Cincuenta mil.

Llegado este punto, en mi opinión, la cifra empezaba a resultar desorbitada. Miré a la tribuna y vi que la mano izquierda de Simon estaba temblando.

—Cincuenta mil —repitió con una nota de nerviosismo en la voz cuando un nuevo participante, al que no reconocí, empezó a asentir vigorosamente con la cabeza desde la primera fila.

El cigarrillo se avivó una vez más.

—Cincuenta y cinco mil…, sesenta mil. —Simon volvía a mirar al participante misterioso, que confirmó su interés asintiendo de nuevo con la cabeza—. Sesenta y cinco mil.

El representante de Mellon continuaba pegándole caladas a su cigarrillo, pero cuando Simon volvió su atención hacia el participante de la primera fila, el hombre negó con la cabeza.

—Ofrecen sesenta y cinco mil al fondo de la sala. ¿Alguien da más? —Simon miró de nuevo al participante de la primera fila—. Así pues, sesenta y cinco mil libras por el Canaletto a la de una…, sesenta y cinco mil a las dos… Adjudicado por sesenta y cinco mil libras.

Simon cerró la venta con un mazazo menos de dos minutos después de que se hubiera ofrecido la primera puja y yo apunté ZIHHH en mi catálogo mientras el público prorrumpía espontáneamente en aplausos, algo que no habíamos experimentado nunca en el número 1.

Mientras todos los presentes empezaban a hablar a la vez, Simon se volvió hacia mí y dijo en voz baja:

—Disculpa el error, Becky.

Comprendí que su salto de las cuarenta a las cincuenta mil libras se había debido a una confusión producida por los nervios. Me imaginé los titulares de la jornada siguiente: «Canaletto alcanza un precio récord en la subasta de Trumper's». Charlie estaría contento.

—Me imagino que el cuadro de Charlie no va a llegar a esa suma —añadió Simon con una sonrisa mientras la Virgen María con el Niño Jesús reemplazaba al Canaletto en el caballete y él se dirigía a los asistentes de nuevo—. Silencio, por favor. La siguiente obra, el lote número treinta y ocho en su catálogo, pertenece a la escuela de Bronzino.

Paseó la mirada por la sala.

—El precio de salida de este cuadro es de ciento cincuenta… libras —especificó tras un segundo de pausa—. ¿Alguien ofrece ciento setenta y cinco?

Reprimí una sonrisa al ver que Daphne, supuse que alentada por Charlie, levantaba la mano.

—Ciento setenta y cinco libras. ¿Veo doscientas? —Simon miró alrededor, expectante, pero no obtuvo respuesta—. En tal caso, adjudicada por ciento setenta y cinco libras a la de una, a la de dos, y…

Pero antes de que Simon pudiera dar el mazazo, un hombre robusto de bigote parduzco y pelo canoso, vestido con una chaqueta de tweed, camisa a cuadros y corbata amarilla, se levantó de un salto al fondo de la sala y exclamó:

—¡Ese cuadro no es «de la escuela de Bronzino»! Se trata de un verdadero Bronzino y fue robado de la iglesia de santa Agustina, cerca de Reims, durante la Primera Guerra Mundial.

Se desencadenó el caos mientras los asistentes contemplaban al hombre de la corbata amarilla, primero, y después el cuadro. Simon descargó su martillo sobre la tribuna una y otra vez, pero fue incapaz de imponer el orden mientras los periodistas garabateaban furiosamente en sus libretas. Miré de reojo para ver a Charlie y a Daphne, susurrando desesperadamente con la cabeza agachada.

Cuando las aguas se hubieron calmado, la atención comenzó a volcarse sobre el hombre que había formulado la acusación. Todavía estaba de pie en su sitio.

—Creo que se confunde usted, caballero —dijo Simon con firmeza—. Le aseguro que la galería conoce este cuadro desde hace años.

—Y yo le aseguro, señor —replicó el hombre—, que el cuadro es un original, y aunque no esté acusando de ladrón a su antiguo propietario, puedo demostrar que ha sido robado.

Varios de los asistentes inspeccionaron sus catálogos de inmediato para consultar el nombre del último propietario del cuadro. En la primera línea, impreso en grandes caracteres, se podía leer: «De la colección privada de sir Charles Trumper».

El alboroto se intensificó más aún, si cabe, pero el hombre se mantuvo imperturbable en su sitio. Me incliné hacia delante para tirarle de la pernera del pantalón a Simon. Cuando se agachó, le susurré mi decisión al oído. Después de varios martillazos más, la concurrencia empezó a serenarse. Miré a Charlie, que se había puesto tan blanco como si hubiera visto un fantasma, y a Daphne, que se veía bastante tranquila mientras le apretaba la mano. Yo, como creía que el misterio debía de tener una explicación muy sencilla, asistía sin inmutarme a lo que estaba ocurriendo. Cuando Simon hubo restaurado el orden por fin, anunció:

—Me informan de que este lote se retirará de la subasta hasta nuevo aviso. Lote número treinta y nueve —se apresuró a añadir mientras el hombre de la chaqueta de tweed se levantaba y abandonaba apresuradamente la sala, perseguido por un enjambre de periodistas.

Ninguno de los veintiún lotes restantes alcanzó su precio de salida, y cuando Simon descargó su mazo por última vez esa tarde, aunque habíamos batido todos los récords de la casa para tratarse de una venta italiana, me imaginaba la historia que iban a contar todos los periódicos al día siguiente. Miré a Charlie, que estaba haciendo un esfuerzo visible por conservar la calma. Me giré instintivamente hacia la silla que había ocupado el hombre de la chaqueta de tweed. La sala empezaba a vaciarse mientras los asistentes se dirigían a las puertas, y me fijé por primera vez en que justo detrás de la silla había una señora sentada con la espalda muy recta. Con las manos apoyadas en el mango de su parasol, se inclinó hacia delante y clavó los ojos en mí.

Cuando la señora Trentham se hubo cerciorado de que yo la había visto, se levantó plácidamente y salió de la galería caminando sin prisa, como si flotara.

A la mañana siguiente, la prensa se puso las botas. A pesar de que ni Charlie ni yo habíamos hecho ninguna declaración, nuestra foto ocupaba todas las primeras planas, salvo la del *Times*, junto con la del pequeño óleo de la Virgen María y el Niño. Prácticamente ningún artículo mencionaba el Canaletto en los diez primeros párrafos, y no se incluía ninguna fotografía suya, por supuesto.

El hombre que lanzó la acusación había desaparecido aparentemente sin dejar ni rastro y las aguas habrían vuelto a su cauce de no ser porque el monseñor Pierre Guichot, obispo de Reims, accedió a concederle una entrevista a Freddie Barker, corresponsal del *Daily Telegraph* que había estado presente en la subasta, después de que el periodista descubriera que Guichot había sido el sacerdote de la iglesia donde se encontraba originalmente el cuadro. El obispo le confirmó a Barker que la obra, en efecto, había desaparecido en misteriosas circunstancias durante la Primera Guerra Mundial. Por aquel entonces había denunciado el robo ante la sección pertinente de la Liga de las Naciones encargada de que, según la Convención de Ginebra, todas

las obras de arte sustraídas durante el conflicto fueran devueltas a sus legítimos propietarios tras el cese de las hostilidades. El obispo continuaba diciendo que reconocería el cuadro si volviera a verlo, por supuesto: los colores, los trazos, la serenidad de la Virgen… La genialidad de la composición de Bronzino permanecería grabada de forma indeleble en su memoria hasta el día de su muerte. Barker citó sus condenadas palabras punto por punto.

El corresponsal del *Telegraph* llamó a mi despacho un día después de que se publicara esa entrevista para informarme de que su periódico pretendía correr con los gastos de desplazamiento del clérigo a fin de que este pudiera examinar el cuadro personalmente y así establecer su origen sin sombra de duda. Nuestros asesores legales nos advirtieron de que sería contraproducente impedir que el obispo inspeccionara la obra; denegarle el acceso a la misma equivaldría a reconocer que intentábamos ocultar algo. Charlie, que se mostró de acuerdo sin titubear, se limitó a añadir:

—Que mire el cuadro todo lo que quiera. Estoy seguro de que Tommy salió de aquella iglesia sin nada más que el casco de un oficial alemán.

Al día siguiente, en la intimidad de su despacho, Tim Newman nos advirtió que, si el obispo de Reims identificaba la obra como un Bronzino original, el lanzamiento de Trumper's como empresa pública debería retrasarse al menos un año, mientras que la casa de subastas quizá no se recuperase nunca de semejante escándalo.

El obispo de Reims aterrizó en Londres el jueves de esa misma semana. Lo recibió un ejército de periodistas, cuyos flashes se dispararon una y otra vez antes de que el monseñor fuera trasladado a Westminster, donde se alojaría en calidad de invitado del arzobispo.

El obispo francés había accedido a visitar la galería esa tarde, a las cuatro; cualquiera que estuviese paseando por Chelsea Terrace aquel jueves podría haber pensado que el mismísimo Frank Sinatra estaba a punto de hacer una aparición estelar. Desbordaba las aceras una multitud de curiosos que aguardaba con expectación la llegada del clérigo.

Me reuní con el obispo en la entrada de la galería. Cuando le presenté a Charlie, este se agachó para besar el anillo episcopal. Creo que el hombre se sorprendió un poquito al descubrir que mi marido era católico romano. Yo, por mi parte, saludé con una sonrisa nerviosa a nuestro invitado, el cual parecía lucir un resplandor pertinaz en el rostro… más fruto del vino que de los efectos del sol, sospechaba. Se deslizó por el pasillo con su largo hábito púrpura mientras Cathy lo conducía en dirección a mi despacho, donde lo esperaba la obra. Barker, el reportero del *Telegraph*, se presentó ante Simon como si estuviera tratando con un ser inferior. No se esforzó por mostrarse más civilizado cuando Simon intentó entablar conversación con él.

El obispo pasó a mi pequeño despacho y aceptó la taza de café que le ofrecí. Yo ya había colocado el cuadro en un caballete, tras ceder ante la insistencia de Charlie y volver a utilizar el marco original de la obra. Todos nos sentamos alrededor de la mesa, en silencio, mientras el obispo contemplaba fijamente a la Virgen María.

—*Vous permettez?* —me preguntó, extendiendo los brazos.

—Por supuesto —repliqué, y le di el óleo.

Observé sus ojos con atención mientras sujetaba el cuadro ante él. Para sentir casi el mismo interés por Charlie, al que yo no había visto nunca tan nervioso, que por la pintura. También miró de reojo a Barker, que, a diferencia de mi marido, se mostraba tan expectante como ilusionado. Cuando el obispo volvió a dirigir su atención al cuadro, sonrió y pareció quedarse

transfigurado por la escena que representaba.

—¿Y bien? —inquirió el periodista.

—Precioso. Una inspiración para cualquier no creyente.

Barker sonrió también y apuntó sus palabras.

—¿Saben? —añadió el sacerdote—, este cuadro me trae tantos recuerdos… —Titubeó un momento. Cuando yo ya pensaba que se me iba a parar el corazón, declaró—. Pero, *hélas*, debo informarle, señor Barker, de que este no es el original, sino una mera copia de la madona que yo conocía tan bien.

El reportero dejó de escribir.

—¿Una copia?

—Sí, *je le regrette*. Una copia excelente, supongo que obra de alguno de los jóvenes pupilos del maestro, *peut-être*, pero copia al fin y al cabo.

Barker fue incapaz de disimular su decepción mientras dejaba la libreta encima de la mesa, haciendo un esfuerzo por contener sus protestas.

El obispo se incorporó e hizo una reverencia en mi dirección.

—Lamento las molestias, lady Trumper.

Me levanté a mi vez y lo acompañé hasta la puerta, donde volvió a recibirlo una horda de periodistas. Estos enmudecieron, esperando las declaraciones del sacerdote; por un momento, me pareció que este estaba disfrutando con la experiencia.

—¿Es auténtico, señor obispo? —preguntó a voz en cuello uno de los reporteros.

Monseñor Guichot esbozó una sonrisa beatífica.

—Se trata de un retrato de la Madre de Dios, en efecto, pero este ejemplo en particular solo es una réplica sin gran relevancia.

No añadió ni una sola palabra a sus declaraciones antes de montar en el coche que lo esperaba para alejarlo de allí.

—Menudo alivio —suspiré cuando el vehículo se hubo perdido de vista. Me giré, buscando a Charlie, pero no vi ni rastro de él. Regresé corriendo a mi despacho y lo encontré sosteniendo el cuadro en sus manos. Cerré la puerta detrás de mí para quedarnos a solas—. Menudo alivio —repetí—. Ahora nuestra vida puede volver a la normalidad.

—¿Te das cuenta —dijo Charlie, mirándome a los ojos— de que este es el verdadero Bronzino?

—No seas ridículo. El obispo…

—Pero ¿has visto cómo lo sujetaba? Uno no trata así una simple réplica. Y me estaba fijando en sus ojos cuando tomó una decisión.

—¿Una decisión?

—Sí, la de no arruinarnos la vida a cambio de su querida Virgen María.

—Entonces, ¿siempre hemos poseído una obra maestra sin sospecharlo siquiera?

—Eso parece, aunque todavía no sé quién se llevó el cuadro de aquella capilla.

—No sería Guy…

—¿Por qué no? Tenía más probabilidades que Tommy de reconocer su valor.

—Pero ¿cómo descubrió Guy dónde había acabado, por no mencionar lo que valía realmente?

—Algún rastro burocrático, posiblemente, o quizá Daphne lo pusiera sobre la pista con algún comentario de pasada.

—Aunque eso seguiría sin explicar cómo se enteró de que era el original.

—Cierto —dijo Charlie—. Sospecho que no lo sabía. Para él, el cuadro solo era otra forma de desacreditarme.

—Entonces, ¿cómo diantres…?

—Mientras que la señora Trentham ha tenido varios años para hacer sus pesquisas…

—Santo cielo… Pero ¿cómo encaja Kitty en todo esto?

—Era una distracción, nada más. La señora Trentham la ha utilizado para tendernos una emboscada.

—¿No va a detenerse ante nada esa mujer con tal de destruirnos?

—Sospecho que no. Y una cosa está clara: no le va a hacer ni pizca de gracia enterarse de que sus planes, pese a haberlos urdido tan bien, de nuevo se han visto frustrados.

Me senté de golpe en una silla junto a mi marido.

—¿Qué hacemos ahora?

Charlie continuaba aferrado a la pequeña obra maestra, como si temiese que alguien pudiera intentar arrebatárselo.

—Solo podemos hacer una cosa.

Aquella noche conduje hasta la casa del arzobispo y aparqué frente a la entrada de servicio.

—Qué apropiado —comentó Charlie antes de tocar con los nudillos en la vieja puerta de roble. La abrió un sacerdote, que, sin pronunciar palabra, nos condujo hasta el arzobispo. Lo encontramos tomándose una copa de vino con el obispo de Reims.

—Sir Charles y lady Trumper —entonó el sacerdote.

—Adelante, hijos míos —dijo el arzobispo mientras se acercaba a nosotros para recibirnos—. Qué sorpresa tan agradable —añadió después de que Charlie le besara el anillo—. Pero ¿qué os trae hasta mi hogar?

—Queríamos hacerle un humilde regalo al obispo —dije mientras le entregaba un paquete envuelto en papel a su excelencia reverendísima.

El obispo esbozó la misma sonrisa que cuando declaró que el cuadro era una copia. Abrió el paquete despacio, como un niño que sabe que le van a hacer un regalo aunque no sea su cumpleaños. Sostuvo la pequeña obra maestra durante un momento antes de dejársela al arzobispo para que la examinara.

—Realmente magnífico —dijo el arzobispo, que inspeccionó el cuadro con detenimiento antes de devolvérselo al obispo—. Pero ¿dónde lo vas a poner?

—En la capilla de santa Agustina, sobre la cruz, me parece un lugar apropiado —replicó el obispo—. Seguramente, con el tiempo, alguien más ducho que yo en estos menesteres corroborará la originalidad de este cuadro.

Miró al arzobispo con una sonrisita de complicidad.

El arzobispo se volvió hacia mí.

—¿Nos acompañarán a cenar su marido y usted?

Le agradecí su amable oferta y me excusé alegando tener otros compromisos antes de que los dos nos despidiéramos y saliéramos discretamente por donde habíamos entrado.

Mientras la puerta se cerraba detrás de nosotros, oí que el arzobispo decía:

—Has ganado la apuesta, Pierre.

36

—¿Veinte mil libras? —exclamó Becky mientras se detenía frente a la puerta del número 141—. Será una broma.

—Es lo que pide el agente —dijo Tim Newman.

—Pero si esa tienda no puede valer más de tres mil, a lo sumo —dijo Charlie, contemplando el único edificio de la calle que aún no poseía—. Además, el acuerdo que firmé con el señor Sneddles estipulaba que cuando…

—El acuerdo no incluía los libros —dijo el banquero.

—Pero si no queremos los libros —protestó Becky, fijándose por primera vez en la pesada cadena con candado que les bloqueaba el acceso.

—Entonces no podréis tomar posesión de la tienda, porque vuestro acuerdo con el señor Sneddles solo se hará efectivo cuando se haya vendido hasta el último libro.

—¿Cuánto valen realmente esos libros? —preguntó Becky.

—Fiel a su costumbre, el señor Sneddles ha escrito el precio a lápiz en cada uno de ellos —dijo Tim Newman—. Su colega, el doctor Halcombe, me informa de que el total asciende a cinco mil libras, aproximadamente, con la excepción…

—Pues compra todo el lote —dijo Charlie—. Conociendo al señor Sneddles, lo más probable es que se haya quedado corto en sus cálculos. Becky puede subastar la colección entera más adelante. De ese modo, el déficit no debería superar las mil libras.

—Con la excepción de una primera edición de los *Augurios de inocencia* de Blake —añadió Newman—. Una edición encuadernada en vitela que, según el inventario de Sneddles, está tasada en quince mil libras.

—Quince mil libras precisamente ahora, cuando tengo que mirar por cada penique. ¿Quién se imagina que…?

—¿Alguien que sabe que no podrás construir los grandes almacenes mientras no poseas esta tienda en particular? —sugirió Newman.

—Pero ¿cómo es posible…?

—Porque el Blake en cuestión fue adquirido originalmente en la librería de Heywood Hill, en Curzon Street, por el módico precio de cuatro libras con diez chelines, y sospecho que la dedicatoria resuelve la mitad del misterio.

—Seguro que en ella aparece el nombre de una tal Ethel Trentham —dijo Charlie.

—No, pero casi. Las palabras exactas, si no me falla la memoria, son: «De tu nieto Guy, con cariño. 9 de julio de 1917».

Charlie y Becky se quedaron mirando a Tim Newman durante unos instantes, hasta que Charlie preguntó:

—¿A qué te refieres con eso de la mitad del misterio?

—Sospecho que la mujer necesita el dinero —replicó el banquero.

—¿Para qué? —preguntó con incredulidad Becky.
—Para comprar aún más acciones de la empresa Trumper's de Chelsea.

El 19 de marzo de 1948, dos semanas después de que el obispo hubiera regresado a Reims, la prensa recibió el pliego de condiciones de Trumper's coincidiendo con los anuncios a página completa publicados por el *Times* y el *Financial Times*. Lo único que Charlie y Becky podían hacer ahora era sentarse y esperar la respuesta del público. En cuestión de tres días el número de acciones solicitadas por parte de los inversores superaba el número de acciones emitidas originalmente, y una semana después, los bancos comerciales habían recibido el doble de las solicitudes necesarias. Tras contar todas las peticiones, Charlie y Tim Newman solo tenían un problema: distribuir las acciones. Acordaron atender primero a las instituciones que habían solicitado grandes volúmenes, ya que eso facilitaría el acceso de la junta a la mayoría de las acciones en caso de surgiera algún contratiempo en el futuro.

La única petición que desconcertaba a Tim Newman provenía de Hambros, quienes no les ofrecieron ninguna explicación sobre por qué deseaban adquirir cien mil unidades, cifra que les conferiría el control del diez por ciento de la compañía. Sin embargo, Tim le recomendó al presidente no solo que aceptara su solicitud, sino que además les ofreciera un puesto en la junta. Charlie accedió a hacerlo, pero solo después de que Hambros le confirmara que no actuaban movidos por la señora Trentham o alguno de sus representantes. Otras dos instituciones solicitaron un cinco por ciento: Prudential Assurance, que había trabajado para la empresa desde su fundación, y una firma de los Estados Unidos que Becky descubrió que actuaba como fachada del conglomerado de empresas de la familia Field. Charlie aceptó ambas solicitudes y el resto de las acciones se dividió entre mil setecientos inversores corrientes, incluidas cien acciones, el mínimo requerido, que fueron a parar a un anciano pensionista de Chelsea. La señora Symonds le escribió una carta a Charlie para recordarle que ella había sido una de las primeras en confiar en él cuando abrió su tienda original.

Tras el reparto de acciones, Tim Newman le recomendó a Charlie que ampliara el número de miembros de la junta. Hambros propuso al señor Baverstock, socio principal de los abogados Baverstock, Dickens y Cobb, al que Charlie aceptó sin rechistar. Becky sugirió incluir también a Simon Matthews, quien prácticamente dirigía la casa de subastas cada vez que ella debía ausentarse. Charlie accedió de nuevo, con lo que el número de miembros de la junta ascendió a un total de nueve personas.

Fue Daphne la que avisó a Becky de que el 17 de Eaton Square iba a salir al mercado, y a Charlie le bastó con echarle un vistazo a la casa de ocho dormitorios para decidir que era allí donde quería pasar el resto de su vida. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que alguien tendría que supervisar la mudanza al mismo tiempo que comenzaban las obras de Trumper's. Becky habría protestado, de no ser porque ella también se había enamorado de la casa.

Un par de meses después, Becky organizó una fiesta para celebrar su cambio de residencia a Eaton Square. Más de cien invitados acompañaron a los Trumper en una cena que se habría de servir en cinco habitaciones distintas.

Daphne llegó tarde y quejándose de la congestión de tráfico que la había retenido en Sloane Square, mientras que el coronel se desplazó desde Skye sin ningún incidente. Daniel vino de

Cambridge en compañía de Marjorie Carpenter, y para sorpresa de Becky, Simon Matthews apareció con Cathy Ross de su brazo.

Tras los postres, Daphne pronunció un breve discurso y obsequió a Charlie con una maqueta a escala de Trumper's con forma de caja de plata para los puros.

Becky dedujo que el regalo había tenido que ser todo un éxito, porque cuando se hubo despedido el último de los invitados, su marido se llevó la caja a la planta de arriba y la colocó en su mesita de noche.

Charlie se acostó y echó un último vistazo a su nuevo juguete mientras Becky salía del cuarto de baño.

—¿Has pensado en ofrecerle el puesto de director a Percy? —preguntó mientras se metía en la cama.

Charlie la miró con escepticismo.

—Seguro que a los accionistas les gustaría tener un marqués en el membrete de la compañía. Les inspiraría confianza.

—Mira que eres snob, Rebecca Salmon. Siempre lo has sido y siempre lo serás.

—No me dijiste eso hace veinticinco años, cuando sugerí que el coronel se convirtiera en nuestro primer presidente.

—Cierto, pero porque pensaba que no iba a aceptar. De todas formas, puestos a meter a otra persona de fuera, preferiría tener a Daphne en la junta. Así, además de su apellido, nos beneficiaríamos de su característico sentido común.

—Se me tendría que haber ocurrido a mí antes.

Cuando Becky habló con Daphne para invitarla a unirse a la junta en calidad de directora no ejecutiva, la marquesa se sintió emocionada y aceptó sin pensarlo dos veces. Para sorpresa de todos, Daphne abordó sus nuevas responsabilidades con una energía y un entusiasmo encomiables. No se perdía ninguna asamblea, siempre se leía con atención todos los documentos y cuando le parecía que Charlie no había enfocado algún asunto desde todos los puntos de vista, o peor aún, que se intentaba salir con la suya, no cejaba hasta obtener una explicación pormenorizada de lo que tramaba.

—¿Sigue usted esperando construir Trumper's por el precio estipulado en su documento de oferta original, señor presidente? —le preguntó una y otra vez en el transcurso de los dos años siguientes.

—No sé yo si fue buena idea ofrecerle a Daphne el puesto de directora —refunfuñó Charlie una noche, después de una reunión especialmente acalorada en la que la marquesa había terminado imponiéndose a él.

—A mí no me mires —replicó Becky—. Yo me habría conformado con Percy, pero entonces me acusarías de ser una snob.

Los arquitectos tardaron casi dos años en completar las torres gemelas de Trumper's, la pasarela que las unía y los cinco pisos de oficinas sobre el solar de la señora Trentham. No facilitó las cosas el hecho de que Charlie esperase que los demás establecimientos continuaran funcionando como si no estuviera ocurriendo nada a su alrededor. A todos los implicados les pareció un milagro que, durante ese periodo de transición, Trumper's solo perdiera el diecinueve por ciento de sus ingresos anuales.

Charlie se había propuesto supervisarlo todo, desde el emplazamiento exacto de los ciento dieciocho departamentos al color de las diez hectáreas de enmoquetado, desde la velocidad de los doce ascensores al consumo de las cien mil bombillas, desde los artículos expuestos en los noventa y seis escaparates a los uniformes de más setecientos empleados, todos los cuales lucían una diminuta carreta plateada en la solapa.

Cuando Charlie se dio cuenta de todo el espacio de almacén que iba a necesitar, por no mencionar de las instalaciones para un garaje subterráneo ahora que casi todos los clientes conducían su propio vehículo, los costes se dispararon muy por encima del presupuesto inicial. Sin embargo, los contratistas se las apañaron de alguna manera para completar el edificio el 1 de septiembre de 1949, principalmente porque Charlie se presentaba en la obra a las cuatro y media de la mañana todos los días y no solía volver a casa mucho antes de las doce de la noche.

El 18 de octubre de 1949, la marquesa de Wiltshire, acompañada por su marido, presidió la ceremonia de apertura oficial.

Un millar de personas levantaron sus copas cuando Daphne declaró que el edificio quedaba inaugurado. A continuación, los invitados pusieron todo su empeño en comer y beber hasta acabar con los beneficios del primer año de la compañía, pero a Charlie no parecía importarle; se dedicó a ir de una planta a otra con una sonrisa en la cara, comprobando que todo estuviera exactamente como esperaba y asegurándose de que a los principales proveedores no les faltara de nada.

En todos los pisos había amigos, familiares, accionistas, compradores, vendedores, periodistas, curiosos, espontáneos e incluso clientes de celebración. Para la una, Becky estaba ya tan cansada que decidió buscar a su marido con la esperanza de que este accediera irse a casa. Encontró a su hijo en el departamento de los electrodomésticos, inspeccionando un frigorífico que no habría cabido en su habitación de Trinity. Daniel le aseguró a su madre que había visto a Charlie saliendo del edificio aproximadamente media hora antes.

—¿Saliendo del edificio? —repitió Becky, extrañada—. Tu padre no se habría marchado sin mí.

Fue en ascensor a la planta baja y se dirigió a la entrada principal sin perder ni un momento. El portero la saludó mientras sujetaba una de las inmensas puertas que comunicaban con Chelsea Terrace.

—¿Has visto a sir Charles, por casualidad? —le preguntó Becky.

—Sí, milady. —El hombre inclinó la cabeza en dirección al otro lado de la carretera.

Becky vio a Charlie sentado en su banco, con un señor mayor junto a él. Ambos conversaban animadamente mientras contemplaban el edificio de Trumper’s. El anciano señaló algo que le había llamado la atención y Charlie sonrió. Becky se apresuró a cruzar la calzada, pero el coronel ya se había levantado mucho antes de que ella llegara a su altura.

—Qué placer tan inesperado, querida —dijo mientras se agachaba para darle un beso en la mejilla—. Ojalá Elizabeth estuviera aún con nosotros para ver todo esto.

—Si no lo he entendido mal —dijo Charlie—, están intentando chantajearnos. Así que quizás haya llegado el momento de someter a votación este asunto.

Becky miró alrededor de la mesa de la junta, preguntándose qué decisión tomarían sus miembros. Sus miembros ya llevaban tres meses trabajando juntos, desde que Trumper’s abriera

sus puertas al público, pero este era el primer desacuerdo serio al que se enfrentaban.

Charlie presidía la mesa, inusitadamente contrariado por la idea de no salirse con la suya. A su derecha estaba la secretaria de la compañía, Jessica Allen. Aunque Jessica no tenía voto, estaba allí para que quedara constancia fehaciente cada vez que se emitiera alguno. Arthur Selwyn, que había trabajado con Charlie en el Ministerio de Alimentación durante la guerra, había abandonado recientemente el servicio civil para sustituir a Tom Arnold, retirado como director ejecutivo. Selwyn estaba demostrando haber sido una elección acertada, perspicaz y meticuloso en tanto que contrapunto ideal para el presidente, pues solía evitar las confrontaciones siempre que le resultaba posible.

Tim Newman, el joven banquero comercial de la empresa, era sociable, cordial y casi siempre respaldaba a Charlie, aunque no le hacía ascos a llevarle la contraria cuando le parecía que las arcas de la compañía podrían salir perjudicadas. Paul Merrick, el director financiero, no era ni cordial ni sociable y seguía empeñado en demostrar que su lealtad principal sería siempre para con el Child's Bank y su inversión. En cuanto a Daphne, que rara vez votaba lo que cabía esperar, sin duda no se dejaba influir por Charlie…, ni por nadie, ya puestos. El señor Baverstock, un abogado ya entrado en años que representaba el diez por ciento de las acciones de la compañía en nombre de Hambros, no hablaba mucho, pero todo el mundo lo escuchaba cuando lo hacía, hasta Daphne.

Ned Denning y Bob Makins, los cuales llevaban ya casi treinta años empleados al servicio de Charlie, rara vez se oponían a los deseos de su presidente, mientras que Simon Matthews mostraba frecuentes ramalazos de independencia que no hacían sino confirmar la alta estima que le había merecido a Becky desde el principio.

—Una huelga es lo que menos falta nos hace en estos momentos —dijo Merrick—. Justo cuando parecía que lo peor ya había pasado.

—Los términos del sindicato son sencillamente escandalosos —replicó Tim Newman—. Un aumento de diez chelines, semana de cuarenta y cuatro horas, horas extra garantizadas… Escandalosos, insisto.

—La mayoría de los demás grandes almacenes ya han aceptado esas condiciones —apuntó Merrick, citando un artículo del *Financial Times* que tenía abierto ante él.

—Sería más apropiado decir que ya se han dejado intimidar —reiteró Newman—. Debo advertirle a la junta que esto incrementaría nuestra partida salarial en veinte mil libras, aproximadamente, para el año en curso. Eso sin tener en cuenta las horas extra. Solo hay un colectivo que saldrá perjudicado a la larga: el de nuestros accionistas.

—¿Cuánto gana una cajera en estos momentos? —preguntó sin alterarse el señor Baverstock.

—Doscientas sesenta libras al año —respondió Arthur Selwyn, sin necesidad de consultarlo en ninguna parte—, con aumentos progresivos. De tal modo que, si han completado quince años de servicio con la compañía, la suma podría ascender hasta las cuatrocientas diez libras anuales.

—Ya hemos repasado una y otra vez esas cifras —intervino Charlie con aspereza—. Ha llegado el momento de tomar una decisión. ¿Nos mostramos firmes o cedemos a las exigencias del sindicato?

—Es posible que todos estemos exagerando un poquito, señor presidente —dijo Daphne, que no había hablado hasta ahora—. Quizá no sea tan blanco o negro como se imagina.

—¿Se le ocurre alguna alternativa? —preguntó Charlie, sin esforzarse por disimular su

incredulidad.

—Creo que sí, señor presidente. Para empezar, pensemos en lo que podríamos perder si la plantilla recibiera un aumento de sueldo: en primer lugar, recursos, por no hablar del peligroso precedente que estaríamos sentando. Por otra parte, si nos cerramos en banda a sus exigencias, cabe la posibilidad de que varios de nuestros mejores empleados acaben trabajando para alguno de nuestros principales rivales.

—Entonces, ¿qué sugiere usted, lady Wiltshire? —preguntó Charlie, que siempre se dirigía a Daphne por su título nobiliario cuando deseaba dejarle claro que no estaba de acuerdo con ella.

—Un término medio, tal vez —replicó Daphne, sin caer en la provocación—. Si el señor Selwyn cree que tal cosa es posible, llegado este punto. Por ejemplo, ¿estarían dispuestos los sindicatos a contemplar una propuesta alternativa de salarios y horas, sentándose a negociar para ello con nuestro director ejecutivo?

—Si la junta lo desea —dijo Arthur Selwyn—, a mí no me importaría parlamentar con el líder del USDAW, Don Short. Siempre me ha parecido una persona razonable y honrada, y su lealtad a Trumper's a lo largo de los años me parece incuestionable.

—¿El director ejecutivo negociando directamente con el representante del sindicato de trabajadores? —ladró Charlie—. ¿Qué será lo siguiente, invitarlo a entrar en la junta?

—Quizás el señor Selwyn debería adoptar un enfoque más informal —dijo Daphne—. Estoy segura de que él sabrá manejar con tacto al señor Short.

—Estoy de acuerdo con lady Wiltshire —dijo el señor Baverstock.

—En tal caso —continuó Daphne—, propongo que autoricemos al señor Selwyn a negociar en nuestro nombre. Y esperemos que sea capaz de encontrar la manera de evitar una huelga general sin ceder a todas las demandas de los sindicalistas.

—Por lo menos estoy dispuesto a intentarlo —dijo Selwyn—. Le presentaré mi informe a la junta en la próxima reunión general.

Una vez más, Becky admiró el modo en que Daphne y Arthur Selwyn habían desactivado una bomba de relojería que al presidente no le habría importado dejar que explotara sobre la mesa de la asamblea.

—Gracias, Arthur —refunfuñó Charlie—. Que así sea. ¿Más asuntos?

—Sí —dijo Becky—. Me gustaría llamar la atención de la junta sobre una venta de plata georgiana que celebraremos dentro de un mes. Los catálogos se repartirán la próxima semana, y espero sinceramente que procuren asistir todos los directores que ese día estén libres.

—¿Cómo fue la última venta de antigüedades? —preguntó el señor Baverstock.

Becky consultó su expediente.

—La subasta recaudó veinticuatro mil setecientas libras, y Trumper's retuvo el siete y medio por ciento de todos los artículos vendidos. Todos los artículos superaron el precio de salida, menos tres que fueron retirados de la puja.

—Mi curiosidad por el éxito de esa jornada en particular —explicó el señor Baverstock— se debe a que mi esposa compró una alacena de la corte de Carlos II.

—Uno de los artículos más selectos de la subasta.

—Eso debió de pensar mi mujer, porque ofreció por él mucho más de lo que esperaba. Le agradecería que no le enviara el catálogo de esa venta de plata.

Todos los miembros de la junta se rieron.

—En alguna parte he leído —dijo Tim Newman— que Sotheby's está pensando en aumentar su comisión al diez por ciento.

—Lo sé —dijo Becky—. Precisamente por eso no puedo contemplar la posibilidad de hacer yo lo mismo hasta que no haya pasado al menos un año. Si quiero robarles sus mejores clientes, debo mantener un precio competitivo a corto plazo.

Newman asintió con la cabeza.

—Sin embargo —continuó Becky—, conservando el siete y medio por ciento, los beneficios para 1950 serán menos elevados de lo que esperaba. Pero ese es un problema al que habrá que seguir haciendo frente hasta que los principales vendedores estén dispuestos a recurrir a nosotros.

—¿Y los compradores? —inquirió Paul Merrick.

—Ningún problema con ellos. Mientras tengas productos que vender, los compradores se las apañarán para llegar a tu puerta. Los vendedores representan la savia vital de cualquier casa de subastas, y son tan importantes como los compradores.

—Qué negocio más raro —observó Charlie con una sonrisa—. ¿Más asuntos que tratar?

Cuando nadie dijo nada, Charlie les dio las gracias por asistir a todos los miembros de la junta y se levantó del sillón, señal que siempre indicaba que la asamblea había tocado a su fin.

Becky recogió sus papeles y se encaminó a la galería con Simon.

—¿Has completado ya tus estimaciones para la venta de plata? —preguntó mientras se colaban en el ascensor justo antes de que se cerraran las puertas. Pulsó el botón correspondiente e iniciaron el lento trayecto a la planta baja.

—Sí, terminé anoche. Ciento treinta y dos artículos en total. Calculo que recaudaremos alrededor de siete mil libras.

—Esta mañana por fin he podido ver el catálogo —dijo Becky—. Parece que Cathy ha vuelto a hacer un trabajo de primera. Solo he encontrado un par de errores sin importancia, pero aun así me gustaría echarles un vistazo a las pruebas definitivas antes de enviarlas a imprenta.

—Por supuesto —dijo Simon—. Le pediré que lleve todas las hojas sueltas a tu despacho esta misma tarde.

Salieron del ascensor.

—Esa chica ha resultado ser todo un hallazgo —dijo Becky—. Sabe Dios qué hacía trabajando en un hotel antes de empezar con nosotros. La echaré de menos cuando se vuelva a Australia.

—Se rumorea que está pensando en quedarse.

—Buena noticia —dijo Becky—. Creía que solo iba a pasar un par de años en Londres antes de regresar a Melbourne.

—Ese era su plan original. Sin embargo, creo que la he convencido para que prolongue su estancia un poco más.

A Becky le habría gustado pedirle a Simon que se explicara con más lujo de detalles, pero en cuanto hubo puesto un pie la galería se vio rodeada de empleados ansiosos por reclamar su atención.

Tras resolver las distintas cuestiones que le plantearon, le encargó a una de las muchachas del mostrador que localizara a Cathy.

—No está aquí en estos momentos, lady Trumper —dijo la empleada—. La vi salir hace aproximadamente una hora.

—¿Sabes adónde ha ido?

—No tengo ni idea, lo siento.

—Bueno, dile que se presente en mi despacho en cuanto regrese. Mientras tanto, ¿te importaría mandarme las pruebas para el catálogo de la subasta de plata?

Becky se detuvo aún varias veces en el camino de vuelta a su oficina para hablar de otros problemas de la galería que habían surgido en su ausencia, por lo que, para cuando se hubo sentado por fin a su mesa, las pruebas que había solicitado ya estaban esperándola. Empezó a pasar las hojas despacio, contrastando cada una de las entradas con su fotografía y la descripción detallada. Estaba estudiando la imagen del recipiente para la mostaza por el que Charlie había pujado en exceso en Christie's unos años antes cuando llamaron a la puerta y una joven asomó la cabeza.

—¿Quería usted verme?

—Sí. Adelante, Cathy. —Becky miró a la muchacha, alta y esbelta, con una mata de cabello rubio rizado y un rostro que aún no había perdido todas sus pecas. Aunque le gustaba pensar que su figura había sido alguna vez por lo menos igual de atractiva que la de Cathy, el espejo del cuarto de baño le recordaba despiadadamente que su quincuagésimo cumpleaños estaba cada día un poquito más cerca—. Solo quería revisar las pruebas definitivas del catálogo para la venta de plata antes de enviarlas a imprenta.

—Perdón por no haber estado aquí cuando volvió usted de la reunión de la junta —se disculpó Cathy—. Es solo que ha pasado una cosa y estaba preocupada. Quizás esté exagerando, pero pensé que debería contárselo de todas formas, por si acaso.

Becky se quitó las gafas, las dejó encima de la mesa y observó con atención a su interlocutora.

—Te escucho.

—¿Se acuerda del hombre que se levantó durante la subasta italiana y provocó toda aquella polémica con el Bronzino?

—Cómo podría olvidarlo.

—Bueno, pues ha estado en la galería otra vez esta mañana.

—¿Estás segura?

—Prácticamente. Fornido, canoso, con el bigote parduzco y la piel macilenta. Incluso tuvo la desfachatez de usar el mismo conjunto espantoso de chaqueta de tweed con corbata amarilla.

—¿Qué quería esta vez?

—No lo tengo muy claro, aunque estuve vigilándolo de cerca. No habló con ningún empleado, pero mostró mucho interés por algunos de los artículos que se van a poner a la venta en la subasta de plata…, en particular el lote número diecinueve.

Becky se puso las gafas de nuevo y pasó las páginas del catálogo hasta encontrar el lote en cuestión.

—Un servicio para el té compuesto por cuatro piezas de plata georgiana, tetera, azucarero, colador y pinzas para los terrones, con un ancla como sello distintivo. —Se fijó en las letras «AH» impresas al margen—. Valor estimado: setenta libras. Uno de nuestros mejores artículos.

—Valoración con la que él debe de estar de acuerdo —replicó Cathy—, porque se tiró un buen rato examinando las piezas una por una y tomó varios apuntes antes de irse. Llegó incluso a comparar la tetera con una fotografía que llevaba encima.

—¿Nuestra?

—No, creo que esa era suya.

—Conque sí, ¿eh? —Becky volvió a inspeccionar la imagen que ilustraba el catálogo.

—La razón de que yo no estuviera aquí cuando usted volvió de la reunión de la junta es que, cuando el hombre se fue de la galería, decidí seguirlo.

—Buena rapidez de reflejos —dijo Becky con una sonrisa—. ¿Y dónde se metió nuestro hombre misterioso?

—Acabó en Chester Square —dijo Cathy—. En una casa bastante grande que hay hacia la mitad de la calle, a mano derecha. Introdujo un sobre por la ranura para el correo sin llamar a la puerta.

—¿El número 19?

—El mismo. —Cathy se mostró sorprendida—. ¿Conoce usted esa casa?

—Solo la he visto por fuera —dijo Becky por toda explicación.

—¿Puedo hacer algo más para ayudar?

—Pues sí, la verdad. Para empezar, ¿recuerdas algún detalle en concreto del cliente que trajo ese lote para ponerlo a la venta?

—Y tanto —replicó Cathy—, porque tuve que acudir al mostrador principal para lidiar con la mujer en cuestión. —Hizo una pausa antes de añadir—: No recuerdo cómo se llamaba, pero era bastante mayor y muy…, «señorial», creo que se la podría describir así. —Cathy titubeó antes de continuar—. Creo que venía de Nottingham. Me contó que había heredado el juego de té de su madre. Aunque no le hacía gracia desprenderse de una reliquia de la familia, «en las adversidades sale a la luz la virtud». Se me quedó grabada esa expresión, porque no la había oído antes.

—¿Y qué dijo el señor Fellowes cuando le enseñaste ese juego?

—Que era uno de los mejores ejemplos de su época que se hubieran subastado nunca…, todas las piezas están prácticamente nuevas. Peter está convencido de que alcanzarán un buen precio, como se deduce de su precio estimado.

—En tal caso —dijo Becky—, lo mejor será que llamemos directamente a la policía. Solo faltaría que nuestro hombre misterioso volviera a levantarse para anunciar que también estos artículos son el botín de algún robo.

Agarró el teléfono que había encima de su mesa y pidió que la conectaran con Scotland Yard. Instantes después se puso al aparato el inspector Deakins, del Departamento de Investigación Criminal, que, tras escuchar los pormenores de lo que había sucedido esa mañana, accedió a acercarse a la galería lo antes posible.

El inspector llegó poco después de las tres, acompañado por un sargento. Becky los llevó directamente a ver al director del departamento. Peter Fellowes le señaló un rasguño diminuto que había encontrado en una de las bandejas de plata. Becky frunció el ceño. El hombre dejó lo que estaba haciendo y se dirigió a la mesa central, donde se exhibían las cuatro piezas del servicio para el té.

—Una preciosidad. —El inspector se agachó para examinar el sello distintivo—. Birmingham..., de alrededor de 1820, diría yo.

Becky enarcó una ceja.

—Es mi afición —le explicó el inspector—. Seguramente por eso termino siempre

encargándome yo de estos casos.

Sacó una carpeta del maletín que portaba y consultó varias fotografías, junto con las descripciones detalladas de varios artículos de plata sustraídos recientemente en el área de Londres. Una hora más tarde, convino con Fellowes en que ninguno de ellos coincidía con la descripción del juego de té georgiano.

—Bueno, no se ha denunciado el robo de ningún otro objeto que coincida con estos artículos en particular —admitió—. Y los han pulido ustedes tan bien —añadió, mirando a Cathy de reojo — que encontrar alguna huella dactilar resulta tarea imposible.

—Perdón —se disculpó la muchacha, ruborizándose ligeramente.

—No, señorita, usted no tiene la culpa de nada. Ojalá mis piezas tuvieran tan buen aspecto. En cualquier caso, debería hablar con la policía de Nottingham, por si acaso ellos tuvieran algo en sus expedientes. De no ser así, enviaré una descripción a todas las comisarías del Reino Unido, por si las moscas. Y les pediré también que investiguen a la señora…

—Dawson —dijo Cathy.

—Eso, a la señora Dawson. Podría llevarnos algo de tiempo, claro, pero les avisaré en cuanto nos enteremos de algo.

—Mientras tanto, nuestra subasta está programada para dentro de tres semanas, el martes —le recordó Becky al inspector.

—Bueno, intentaré darles el visto bueno antes de que llegue ese día —prometió el hombre.

—¿Dejamos esa página en el catálogo o deberíamos retirar los artículos? —preguntó Cathy.

—Oh, no, no retire usted nada. Deje el catálogo exactamente igual, por favor. Quizás alguien reconozca el juego y se ponga en contacto con nosotros.

Alguien lo había reconocido ya, pensó Becky.

—Ya que estamos —continuó el inspector—, se lo agradecería si pudiera enviarme una copia de la fotografía del catálogo además de prestarme uno de los negativos durante un par de días.

Esa noche, durante la cena, cuando Charlie se enteró de lo que había pasado con el servicio de plata georgiana, su consejo fue muy sencillo: retirar las piezas de la subasta… y concederle a Cathy un ascenso.

—La primera sugerencia no es tan fácil como parece —dijo Becky—. Íbamos a enviar el catálogo a los compradores esta misma semana. ¿Y cómo le explicaríamos a la señora Dawson la retirada de esa reliquia de la familia de su anciana madre?

—Diciendo que no pertenecía a su anciana madre, para empezar, y que lo has retirado porque tienes razones fundadas para pensar que se trata de objetos robados.

—Si hiciéramos eso y más adelante descubriéramos que la señora Dawson es totalmente inocente de semejante acusación, nos podríamos enfrentar a una denuncia por incumplimiento del contrato. Si decidiera llevarnos a juicio, tendríamos todas las de perder.

—Si la tal señora Dawson es «totalmente inocente», como sugieres, ¿a qué viene ese interés de la señora Trentham por su juego de té? Porque algo me dice que ya tiene uno.

Becky se rio.

—Eso está claro. Lo sé porque lo he visto con mis propios ojos, aunque nunca haya catado la taza prometida.

El inspector Deakins llamó a Becky tres días más tarde para informar de que a la policía de

Nottingham no le constaba que se hubiera robado nada que encajase con la descripción de ese servicio para el té; también le habían confirmado que era la primera vez que oían hablar de la señora Dawson. Después de eso, había enviado los particulares sobre el caso a todas las comisarías del país.

—Sin embargo —añadió—, no todas las fuerzas del orden se muestran igual de dispuestas a cooperar con el Met cuando de intercambiar información se trata.

Mientras Becky colgaba el teléfono, decidió dar luz verde a los catálogos y enviarlos a pesar de los reparos de Charlie. Se publicaron ese mismo día, junto con las invitaciones para la prensa y un puñado de clientes selectos.

Un par de periodistas solicitaron sendas entradas para asistir al acto. Becky, inusitadamente suspicaz, decidió comprobar antes sus credenciales; la tranquilizó comprobar que ambos trabajaban para diarios de tirada nacional y ya habían cubierto varias subastas de Trumper's en el pasado.

Simon Matthews opinaba que la reacción de Becky era exagerada, mientras que Cathy estaba de acuerdo con sir Charles en que lo más prudente sería retirar el servicio para el té de la subasta hasta que Deakins les diera el visto bueno.

—Si tuviera que retirar un lote cada vez que ese hombre se interesa por alguno de nuestros artículos —dijo Simon—, podríamos echar el candado e ir pensando en dedicarnos a otra cosa.

El lunes antes de que tuviera lugar la subasta, el inspector Deakins llamó para preguntar si podía ver a Becky lo antes posible. Llegó a la galería treinta minutos después, acompañado de nuevo por su sargento. En esta ocasión, lo único que sacó de su maletín fue un ejemplar del *Evening Express* de Aberdeen, con fecha del 15 de octubre de 1949.

Deakins solicitó permiso para inspeccionar el juego de té una vez más. Después de que Becky se mostrara conforme, el policía contrastó meticulosamente cada una de las piezas con una fotografía publicada en las páginas interiores del periódico.

—Son idénticas, sin lugar a dudas —anunció tras realizar una segunda comparación. Le enseñó la fotografía a Becky.

Cathy y Peter Fellowes inspeccionaron también los artículos mientras observaban atentamente la ilustración del diario, y tuvieron que coincidir con Deakins en que el parecido era insólito.

—El Museo de la Plata de Aberdeen denunció el robo de estos artículos hace aproximadamente tres meses —les informó el inspector—. La condenada policía local ni siquiera se dignó darnos parte de los hechos. Seguro que pensaron que no era de nuestra incumbencia.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Becky.

—La policía de Nottingham ya ha visitado a la señora Dawson, donde encontraron varias joyas y más objetos de plata escondidos por toda la casa. La mujer ha sido trasladada a la comisaría para, como diría la prensa, «ayudar a las autoridades en su investigación». —Guardó el periódico en su maletín—. Les llamaré más tarde para corroborar mi teoría y me imagino que se le abrirá expediente hoy mismo. Sin embargo, me temo que debo llevarme el juego de té para que Scotland Yard lo procese.

—Por supuesto —dijo Becky.

—Mi sargento le expedirá un justificante, lady Trumper. Muchas gracias por su colaboración. —El inspector hizo una pausa mientras contemplaba el juego de té con anhelo—. El sueldo de un

mes —suspiró—, robado sin sombra de escrúpulos.

Se levantó el sombrero para despedirse y los dos agentes salieron de la galería.

—Bueno —dijo Cathy—, ¿qué hacemos ahora?

—No podemos hacer gran cosa. —Becky exhaló un suspiro—. Seguiremos adelante con la subasta, como si no hubiera pasado nada, y cuando le llegue el turno a este lote anunciaremos que hemos tenido que retirarlo.

—Pero entonces nuestro hombre misterioso se levantará de un salto y dirá: «¿No se trata de otro ejemplo de anunciar objetos robados y tener que retirarlos en el último momento?». Más que una casa de subastas —añadió Simon, levantando la voz de indignación—, pareceremos una casa de empeños. ¿Por qué no colgamos tres bolas en la puerta principal y colocamos una reja para que la gente sepa qué clase de clientela esperamos atraer?

Becky no reaccionó.

—Ya que todo este asunto te afecta de una forma tan personal, Simon, ¿por qué no intentas darle la vuelta a la tortilla y extraer alguna ventaja de ello? —sugirió Cathy.

—¿A qué te refieres? —preguntó Becky mientras Simon y ella se giraban para mirar a la australiana.

—Debemos conseguir que la prensa se ponga de nuestra parte, para variar.

—No sé muy bien si te entiendo.

—Podríamos llamar a ese periodista del *Telegraph*…, ¿cómo se llamaba? Barker…, y concederle una exclusiva.

—¿Qué conseguiríamos con eso?

—Esta vez tendrá nuestra versión de los hechos. Seguro que se alegra de ser el único periodista con acceso a información privilegiada, sobre todo después del fiasco del Bronzino.

—¿Crees que le interesará cubrir la historia de un servicio de plata valorado en setenta libras?

—¿Con un museo escocés implicado y una ladrona profesional detenida en Nottingham? Claro que le interesará. Sobre todo si no se lo contamos a nadie más.

—¿Te gustaría hablar personalmente con el señor Barker, Cathy? —preguntó Becky.

—Usted déjeme probar.

A la mañana siguiente, el *Daily Telegraph* publicó un artículo en la página tres, pequeño pero prominente, en el que informaba a sus lectores de que Trumper's, la prestigiosa casa de subastas, había avisado a la policía para confirmar el origen de un servicio para el té de plata georgiana que resultó haber sido sustraído del Museo de la Plata de Aberdeen. Desde entonces, la policía había procedido a la detención de una mujer presuntamente culpable de haber robado el juego completo. El artículo continuaba diciendo que el inspector Deakins, de Scotland Yard, había hablado con el *Telegraph* y citaba sus palabras textuales: «Ojalá todas las galerías y casas de subastas de Londres hicieran gala de la misma escrupulosidad que Trumper's».

El público asistió en masa a la venta esa tarde, y pese a haber perdido una de las piezas centrales de la subasta, Trumper's consiguió superar varios de los precios estimados. El hombre de la chaqueta de tweed y corbata amarilla no hizo acto de presencia.

Esa noche, mientras leía el *Telegraph* en la cama, Charlie preguntó:

—Entonces, ¿no seguiste mi consejo?

—Sí y no —dijo Becky—. Reconozco que no retiré el juego de té de inmediato, pero Cathy sí que ha recibido su ascenso.

37

El 9 de noviembre de 1950, Trumper's celebró su segunda asamblea general anual. Los directores se reunieron a las diez en la sala de juntas para que Arthur Selwyn les explicara pormenorizadamente el procedimiento que se proponía seguir cuando hablaran con los accionistas.

A las once en punto condujo hasta el salón principal al presidente y a sus ocho directores, como si fueran escolares que desfilaran en fila india camino de la asamblea.

Charlie presentó a cada uno de los miembros de la junta ante los reunidos, que sumaban alrededor de ciento veinte personas; un aforo respetable para semejante ocasión, le susurró Tim Newman a Becky al oído. A continuación, Charlie abordó el orden del día sin que su director ejecutivo le dijera nada y solo tuvo que responder a una pregunta espinosa:

—¿Por qué han aumentado tanto los costes con respecto al presupuesto estimado durante el primer año de operaciones?

Arthur Selwyn se levantó para explicar que, por una parte, los gastos derivados de las labores de construcción habían superado sus cálculos originales, mientras que durante el periodo de inauguración habían incurrido en ciertos costes de carácter único a los que no volverían a tener que hacer frente. También señaló que, desde un punto de vista estrictamente transaccional, Trumper's había conseguido cubrir gastos en el primer trimestre de su segundo año. Añadió que miraba con optimismo al próximo año, sobre todo con el aumento de turistas que previsiblemente acudirían a Londres atraídos por el Festival de Gran Bretaña. Sin embargo, advirtió a los accionistas de que, si querían ampliar sus instalaciones, la compañía necesitaría recaudar aún más fondos.

Cuando Charlie dio por finalizada la sesión, la ovación que recibió la junta sorprendió al presidente y le obligó a permanecer en su asiento.

Becky, que se disponía a volver al número 1 para reanudar la organización de la subasta de autores impresionistas programada para esa primavera, se detuvo cuando el señor Baverstock se acercó a ella y le tocó el codo con delicadeza.

—¿Podemos hablar un momento a solas, lady Trumper?

—Claro que sí, señor Baverstock.

Becky miró a su alrededor, buscando un sitio tranquilo.

—Creo que lo más indicado sería que nos viéramos en mi despacho, en High Holborn —sugirió él—. Se trata de un asunto delicado. ¿Le vendría bien mañana a las tres?

Daniel llamó desde Cambridge esa mañana; Becky no recordaba cuándo fue la última vez que lo había oído tan parlanchín y cargado de buenas noticias. Su madre, en cambio, no se sentía ni parlanchina ni cargada de buenas noticias: aún no había descubierto cuál era ese «asunto tan delicado» que el socio principal de Baverstock, Dickens y Cobb quería tratar personalmente con

ella.

Le costaba creer que la esposa del señor Baverstock quisiera devolver la alacena de Carlos II o deseara conocer más detalles sobre la próxima venta impresionista, pero, como la ansiedad siempre se imponía al optimismo en su caso, Becky se pasó las veintiséis horas siguientes temiéndose lo peor.

No compartió sus preocupaciones con Charlie, pues estaba segura de que, por lo poco que sabía del abogado, este habría solicitado verlos a ambos si su marido estuviera implicado. De todas formas, Charlie ya tenía bastantes problemas sin necesidad de tener que cargar también con los suyos.

Becky, que no había conseguido comer nada ese día, llegó al bufete antes de la hora convenida. La condujeron directamente al despacho del señor Baverstock.

Su compañero director la recibió con una cálida sonrisa, como si fuera alguna prima segunda de su numerosa familia, y le pidió que se sentara frente a él al otro lado de un enorme escritorio de madera de caoba.

El señor Baverstock, decidió Becky, debía de rondar los cincuenta y cinco años, quizá sesenta, poseía unas facciones agradables y redondeadas, y una pulcra raya al centro dividía los escasos cabellos grises que le quedaban. Su atuendo, consistente en una chaqueta oscura, chaleco, pantalones grises a rayas y corbata negra, podría haber sido el de cualquier otro de los abogados que ejercían en un radio de diez kilómetros con respecto al edificio en el que se encontraban. Tras retomar su sillón, hojeó el montón de documentos que tenía delante antes de quitarse las gafas con lente de medialuna.

—Lady Trumper —empezó—, le agradezco que haya venido a verme.

Se conocían desde hacía dos años y aún no se había dirigido a ella ni una sola vez por su nombre de pila.

—Iré directo al grano —continuó—. Uno de mis clientes era el difunto sir Raymond Hardcastle. —Becky, que se preguntó por qué no había mencionado antes ese detalle, se disponía a protestar cuando el señor Baverstock añadió rápidamente—: Pero me apresuro a decir que la señora Trentham no es cliente de este bufete ni lo ha sido nunca.

Becky no se esforzó por disimular el alivio que le produjeron esas palabras.

—También debo informarle de que tuve el privilegio de trabajar durante más de treinta años para sir Raymond. Lo cierto es que me consideraba no solo su asesor legal, sino también íntimo amigo, sobre todo hacia el final de su vida. Le cuento esto a modo de introducción, lady Trumper, pues considero que estos hechos le parecerán relevantes cuando escuche lo que me dispongo a decirle.

Becky asintió con la cabeza, esperando todavía a que el señor Baverstock fuese «directo al grano».

—Unos años antes de morir —continuó el abogado—, sir Raymond redactó un testamento. En él dividía los ingresos de sus propiedades entre sus dos hijas…, ingresos, debo añadir, que han aumentado considerablemente desde su defunción, gracias a unas cuantas inversiones juiciosas por su parte. La mayor de sus hijas era la señorita Amy Hardcastle, y la menor, como sin duda ya sabe usted, la señora de Gerald Trentham. La herencia ha sido suficiente para proporcionarles a ambas un estándar de vida equivalente, cuando no considerablemente mayor, al que estaban acostumbradas antes de que falleciera su padre. Sin embargo…

«¿De verdad irá al grano algún día?». Becky comenzaba a dudarlo.

—Sir Raymond, como siempre tan sensato, estipuló que su capital social permaneciera intacto tras permitir que la firma fundada por su padre y levantada con tanto éxito por él mismo se fusionara con uno de sus principales competidores. Verá usted, lady Trumper, sir Raymond pensaba que ninguno de los miembros de su familia daba la talla para sustituirlo al frente de Hardcastle's. Ni sus hijas ni sus nietos…, sobre los que añadiré algo más enseguida…, le parecían lo bastante competentes para dirigir una empresa pública.

El abogado se quitó las gafas, las limpió con un pañuelo que sacó del bolsillo de su pechera y examinó las lentes con ojo crítico antes de retomar la conversación.

—Sir Raymond no se hacía grandes ilusiones sobre sus más allegados. Su hija mayor, Amy, era una señorita tímida y bondadosa que cuidó valientemente de su padre durante los últimos años de este. Cuando murió sir Raymond, ella se trasladó de la casa de la familia a un pequeño hotel en la costa en el que residió hasta su fallecimiento, el año pasado.

»La menor —continuó—, Ethel Trentham…, permítame expresar esto en los términos más diplomáticos posible: sir Raymond opinaba que podría haber perdido el contacto con la realidad, y lo cierto es que ya no mostraba ningún apego por su pasado. Fuera como fuese, me consta que al anciano le apenaba enormemente no haber engendrado un varón, por lo que al nacer Guy volcó todas sus esperanzas para el futuro sobre su joven nieto. Siempre le concedió todos sus caprichos, y con el tiempo habría de culparse a sí mismo por la inevitable caída en desgracia del muchacho. No cometió el mismo error cuando nació Nigel, un niño por el que nunca sintió respeto ni afecto.

»Sin embargo, esta firma tenía instrucciones de mantener a sir Raymond informado en todo momento de lo que supiéramos sobre los miembros de su familia cercana. Por consiguiente, cuando el capitán Trentham renunció a su cargo en 1922, en circunstancias más bien misteriosas, la tarea de averiguar el verdadero motivo de su abrupta salida del ejército recayó sobre nosotros. Sir Raymond no se creyó ni por un momento la versión de su hija, esa historia sobre la designación de Guy como socio de un ganadero australiano. El asunto lo preocupaba hasta tal punto que llegó incluso a contemplar la posibilidad de enviarme a ese continente para desentrañar la auténtica versión de los hechos. Y entonces su nieto murió.

Sentada en su silla, a Becky le entraron ganas de darle cuerda al señor Baverstock, como si de un gramófono se tratara, y superar con creces el límite de 78 rpm, pero ya había llegado a la conclusión de que nada de lo que ella dijera aceleraría el ritmo que parecía haberse impuesto ese hombre.

—El resultado de nuestras investigaciones —prosiguió Baverstock— nos llevó a creer…, y llegado este punto, lady Trumper, debo disculparme de antemano por cualquier posible indiscreción, pues no es mi intención ofenderla…, que el padre de su hijo no era Charles Trumper, sino Guy Trentham.

Becky agachó la cabeza y el señor Baverstock se disculpó de nuevo antes de continuar.

—Sir Raymond, no obstante, necesitaba convencerse de que Daniel era su bisnieto, y con ese objetivo realizó dos visitas a St. Paul cuando el muchacho recibió la beca que le permitiría estudiar en ese colegio.

Becky miró fijamente al anciano abogado.

—En la primera ocasión asistió a un concierto en el que participaba el chico…, de Brahms, si

no me engaña la memoria…, y en la segunda vio que Daniel recibía el premio Newton de matemáticas de manos del director el Día de los Fundadores. Creo que usted también estuvo presente en esa ocasión. En ambas visitas, sir Raymond tuvo mucho cuidado para evitar que el muchacho reparase en su presencia. Tras la segunda, ya no le cupo ninguna duda de que Daniel era bisnieto suyo. Me temo que todos los hombres de esa familia presentan el característico mentón de los Hardcastle, por no mencionar su tendencia a cambiar el peso del cuerpo de un pie a otro en los momentos de agitación. Sir Raymond, por consiguiente, modificó su testamento al día siguiente.

El abogado tomó el documento sujeto con una cinta de color rosa que había encima de su mesa. Deshizo el nudo despacio.

—Tengo instrucciones, señora, de leer las cláusulas pertinentes de su testamento ante usted cuando lo considere oportuno, pero no antes de que el muchacho haya celebrado su trigésimo cumpleaños. Si no me equivoco, Daniel cumplió los treinta hace escasas semanas.

Becky asintió con la cabeza.

Baverstock alisó con cuidado las hojas, rígidas por el paso del tiempo.

—Ya le he explicado cuáles eran los acuerdos relacionados con la ejecución de la última voluntad de sir Raymond. Desde la muerte de la señorita Amy, sin embargo, la señora Trentham ha sido la única beneficiaria de todos los ingresos derivados del fondo fiduciario, ingresos que en estos momentos ascienden a cuarenta mil libras al año. En ningún momento, que yo tenga conocimiento, previó sir Raymond que al mayor de sus nietos, el señor Guy Trentham, no le faltara de nada, pero la cuestión es irrelevante ahora que él ya ha fallecido. Sí que estipuló, no obstante, que se le legara algo a su otro nieto, el señor Nigel Trentham.

Hizo una pausa.

—Y ahora debo citar las palabras textuales de sir Raymond —añadió con la mirada fija en el testamento. Carraspeó antes de continuar—. «Después de cumplir los compromisos establecidos y pagar las facturas, lego los bienes residuales de mi patrimonio al señor Daniel Trumper, del Trinity College, en Cambridge». Adquirirá la plena posesión de su disfrute a la muerte de su abuela, la señora de Gerald Trentham.

Ahora que el abogado por fin había ido al grano, el estupor dejó sin palabras a Becky. El señor Baverstock guardó silencio en caso de que Becky deseara decir algo, pero, sospechando que aún iban a producirse más revelaciones, ella se obstinó en su silencio. Los ojos del abogado se posaron en los papeles desplegados sobre el escritorio.

—Creo que debería añadir, llegados a este punto, que sé muy bien, como lo sabía sir Raymond, el trato que usted ha recibido a manos de su nieto y su hija, por lo que debo informarle de que, si bien este legado será considerable, no incluye la granja de Ashurst, en Berkshire, ni la casa de Chester Square. Ambas propiedades, desde la muerte de su esposo, pertenecen a la señora Trentham. Tampoco incluye…, y sospecho que esto le interesará más…, el terreno de Chelsea Terrace, que no forma parte de las propiedades de sir Raymond. Sin embargo, todo lo demás será heredado por Daniel, si bien, como ya le he explicado, no antes de que la señora Trentham fallezca.

—¿Está ella al corriente de todo esto?

—La señora Trentham conocía muy bien las cláusulas del testamento de su padre. Incluso pidió asesoramiento para averiguar si podía invalidar las que introdujo después de las dos visitas

de sir Raymond a St. Paul.

—¿Ha emprendido alguna acción legal?

—No. Al contrario; de repente, y debo confesar que inexplicablemente, ordenó a sus abogados que retirasen todas las objeciones. De todos modos, sir Raymond estipuló con la mayor claridad que el capital nunca podría ser utilizado o controlado por sus hijas. Esto será potestad de su siguiente familiar más cercano.

El señor Baverstock hizo otra pausa y apoyó las palmas de las manos sobre el papel secante que tenía delante.

—Ahora tendré que contárselo al fin —murmuró Becky, casi sin aliento.

—Creo que así debe ser, lady Trumper. De hecho, el propósito de este encuentro era proporcionarle toda la información. Sir Raymond nunca estuvo seguro de que usted hubiera informado a su hijo sobre la identidad de su padre.

—No, no lo hemos hecho.

Baverstock se quitó las gafas y las dejó encima del escritorio.

—Tómese su tiempo, mi querida señora, y hágame saber cuándo tendré permiso para ponerme en contacto con su hijo y comunicarle su buena suerte.

—Gracias —dijo Becky en voz baja, pensando al mismo tiempo en lo inapropiada que le parecía esa palabra.

—Por último —dijo el señor Baverstock—, debo informarle también de que sir Raymond llegó a ser un gran admirador de su marido y de su trabajo, e incluso de la sociedad que forman ustedes dos. Hasta el punto de recomendar a esta firma que, si alguna vez Trumper's decidía abrir sus acciones al público, nosotros deberíamos comprar un generoso paquete de acciones de la nueva empresa. Estaba convencido de que un proyecto de tal calibre sería rentable, por fuerza, y llegaría a convertirse en una inversión de primer orden.

—Así que por eso Hambros invirtió el diez por ciento cuando abrimos las acciones al público —dijo Becky—. Siempre nos había intrigado.

—Precisamente —añadió el señor Baverstock con una sonrisa, se diría que de satisfacción—. Fui yo personalmente el que le dio instrucciones específicas a Hambros para solicitar acciones en nombre del fideicomiso. Le aseguro que su marido no tiene ningún motivo para desconfiar de una compra de acciones tan importante.

»El total, de hecho, fue considerablemente menor que los dividendos obtenidos durante el año. Sin embargo, los documentos de oferta nos hicieron ver que la intención de sir Charles consistía en controlar el cincuenta y uno por ciento de la empresa y, por tanto, consideramos que se sentiría aliviado al saber que nosotros poseeríamos otro diez por ciento bajo su control indirecto, por si surgieran problemas en el futuro. Tengo la esperanza de que comprenderán que hemos actuado en pro de sus intereses, pues siempre fue el deseo de sir Raymond que fueran informados en profundidad cuando yo lo estimara oportuno. El único requisito era que dicha información no fuera revelada a su hijo hasta su trigésimo cumpleaños.

—No podría haber sido usted más considerado, señor Baverstock —dijo Becky—. Sé que Charlie se lo querrá agradecer en persona.

—Es usted muy amable, lady Trumper. Permítame añadir que este encuentro ha sido un verdadero placer para mí. Al igual que sir Raymond, me ha producido una satisfacción enorme seguir sus progresos durante los tres últimos años, y me complace haber representado un

pequeño papel en el futuro de la empresa.

El señor Baverstock, terminada su tarea, se levantó y acompañó a Becky en silencio hasta la puerta del edificio. Becky se preguntó si el abogado hablaba únicamente cuando tenía alguna reunión.

—Mi querida señora, quedo a la espera de que me haga usted saber cuándo podré contactar con su hijo.

38

El fin de semana después de su encuentro con el señor Baverstock, Becky y Charlie fueron a Cambridge en coche para visitar a Daniel. Charlie insistía en que no podían retrasarlo más y había telefoneado a Daniel esa misma noche para avisarle de que iban a ir al Trinity para hablar con él de algo importante.

—Estupendo, porque yo también tengo algo importante que anunciaros —fue la contestación de Daniel.

Durante el trayecto hasta Cambridge, Becky y Charlie ensayaron lo que iban a decir y cómo querían hacerlo, pero llegaron a la conclusión de que, por más que intentaran explicarle lo ocurrido en el pasado, la reacción de Daniel seguiría siendo impredecible.

—Me pregunto si nos perdonará algún día —dijo Becky—. Deberíamos habérselo contado hace años.

—Pero no lo hicimos.

—Y se lo vamos a decir ahora, cuando podría repercutir en nuestro beneficio económico.

—Y en el suyo también, a la larga. Al fin y al cabo, tarde o temprano heredará el diez por ciento de nuestra empresa, por no hablar de todos los bienes de Hardcastle. Habrá que ver cómo se lo toma antes de pensar en el siguiente paso. —Daniel aceleró cuando llegó a un tramo de dos carriles. Tras unos instantes de silencio, añadió—: Repasemos de nuevo el guion. Tú empezarás contándole cómo conociste a Guy…

—Quizá ya lo sepa —dijo Becky.

—En ese caso, habría preguntado…

—No necesariamente. Siempre ha sido muy reservado, sobre todo con nosotros.

El ensayo prosiguió hasta que llegaron a las afueras de la ciudad.

Charlie aminoró mientras recorrían los Backs, dejó atrás Queen's College, esquivó a un grupo de estudiantes que caminaba por la calle y dobló a la derecha para entrar en Trinity Lane. Detuvo el coche en New Court, se dirigieron a la entrada C y subieron por una desgastada escalera de piedra hasta llegar a la puerta señalada con el letrero «doctor Daniel Trumper». A Becky siempre le hacía gracia recordar que no fue consciente de que su hijo había obtenido el doctorado hasta que alguien lo llamó «doctor Trumper» delante de ella.

Charlie la tomó de la mano.

—No te preocupes, Becky. Todo va a salir bien, ya lo verás.

Le apretó los dedos una vez más antes de llamar con firmeza a la puerta de Daniel.

—Adelante —exclamó una voz que solo podía ser la de Daniel.

Un momento después, su hijo abrió la recia puerta de roble para darles la bienvenida. Abrazó a su madre antes de guiarlos a su estudio, tan pequeño como desordenado, donde el té ya estaba servido en una mesa situada en el centro de la habitación.

Charlie y Becky se sentaron en dos de las enormes y estropeadas sillas de cuero

proporcionadas por la universidad. Los muebles, que debía de haber pertenecido a los seis últimos ocupantes de la habitación, le recordaron a Becky a la silla que se había llevado de la casa de Charlie en Whitechapel Road para venderla por un chelín.

Daniel les sirvió sendas tazas té y empezó a tostar un bollito en la chimenea. En el silencio subsiguiente, Becky se preguntó dónde habría comprado su hijo el jersey de cachemira tan moderno que llevaba puesto.

—¿Se os ha dado bien el viaje? —preguntó Daniel, al cabo.

—No ha estado mal —contestó Charlie.

—¿Qué tal va el nuevo coche?

—Bien.

—¿Y Trumper's?

—Podría ir peor.

—Como orador no tienes precio, ¿lo sabías, papá? Deberías presentarte para ocupar la vacante de profesor de inglés.

—Discúlpalo, Daniel —dijo su madre—. Es que tiene muchas cosas en la cabeza en estos momentos…, como el asunto que nos gustaría tratar contigo, por ejemplo.

—El momento no podría ser más oportuno —dijo Daniel mientras le daba la vuelta al bollito.

—¿Por qué? —preguntó Charlie.

—Porque, como ya os avisé, quiero hablar con vosotros de algo importante. Así que…, ¿quién empieza primero?

—Oigamos esas noticias —se apresuró a contestar Becky.

—No, creo que sería mejor que empezáramos nosotros —intervino Charlie.

—Me parece bien. —Daniel dejó el bollo tostado en el plato de su madre—. Mantequilla, mermelada y miel —añadió, señalando los tres platillos que había encima de la mesa, frente a ella.

—Gracias, cariño —dijo Becky.

—Adelante, papá. Me estás matando con tanta tensión.

Daniel le dio la vuelta al segundo bollito.

—Bueno, te quería hablar de algo que deberíamos haberte contado hace años, y lo habríamos hecho de no ser…

—¿Un bollo, papá?

—Gracias —dijo Charlie sin hacer caso del panecillo humeante que Daniel dejó caer en su plato—. De no ser porque las circunstancias y una cadena de acontecimientos nos impidieron abordarlo en su día.

Daniel colocó una tercera pieza en el extremo del tenedor alargado que estaba utilizando para tostar los bollitos.

—Come, mamá, que se enfría. De todas formas, el siguiente estará listo enseguida.

—Tampoco tengo tanta hambre —admitió Becky.

—Bueno, como iba diciendo —continuó Charlie—, ha surgido un problema relacionado con una gran herencia que, con el tiempo…

Alguien llamó a la puerta. Becky miró con desesperación a Charlie, confiando en que la interrupción se tratara de un mensaje sin importancia. Lo último que necesitaban ahora era un estudiante con un problema interminable. Daniel se apartó del parachispas de la chimenea y fue a

abrir la puerta.

—Adelante, cariño —le oyeron decir, y Charlie se incorporó mientras la invitada de Daniel entraba en el cuarto.

—Menuda sorpresa, Cathy —saludó a la muchacha—. No tenía ni idea de que estuvieras en Cambridge.

—Típico de Daniel —replicó Cathy—. Yo quería decírselo a ambos, pero no me dejó.

Miró a Becky con una sonrisita nerviosa y se sentó en la silla que quedaba libre.

Becky los observó de reojo, sentados tan juntos el uno del otro, y experimentó una punzada de preocupación.

—Sírvete un poco de té, querida —dijo Daniel—. Llegas justo a tiempo para el siguiente bollo y en el momento más emocionante. Papá estaba a punto de contarme cuánto puedo esperar que me deje en su testamento. ¿Heredaré el imperio Trumper o me tendré que conformar con el abono de temporada para ver al West Ham F. C.?

—Vaya, no saben cuánto lo siento —dijo Cathy, empezando a levantarse.

—No, no. —Charlie le indicó que no se moviera—. No seas tonta, tampoco tiene tanta importancia. Podemos dejarlo para más tarde.

—Cuidado, que queman —dijo Daniel mientras dejaba un bollito en el plato de Cathy—. Bueno, ya que mi herencia es de una insignificancia tan monumental, os daré yo mi noticia. Redoble de tambores, arriba el telón, primera línea. —Daniel levantó el tenedor como si fuera una batuta—. Cathy y yo nos hemos prometido y queremos casarnos.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Becky, saltando de la silla y abrazando a Cathy—. Es una noticia maravillosa.

—Pero ¿cuánto hace que salís juntos? —preguntó Charlie—. Mira que estoy ciego.

—Casi dos años —admitió Daniel—. Y, para ser justos, papá, ni siquiera tú tienes un telescopio capaz de enfocar Cambridge todos los fines de semana. Te revelaré otro pequeño secreto: Cathy no me permitió decíroslo hasta que mamá la invitó a integrarse en el comité directivo.

—Como comerciante de toda la vida, muchacho —dijo Charlie, exultante—, te aseguro que con este trato has salido ganando. —Daniel sonrió—. De hecho, presiento que a Cathy le han dado gato por liebre. Pero ¿cuándo empezó todo esto?

—Nos conocimos en la fiesta de inauguración de su casa, hace casi dieciocho meses —dijo Cathy, jugueteando nerviosamente con la cruz que colgaba de su cuello—. Usted no se acordará, sir Charles, pero nos tropezamos en la escalera.

—Claro que me acuerdo…, y llámame Charlie, por favor. Todo el mundo lo hace.

—¿Ya habéis decidido la fecha? —preguntó Becky.

—Pensábamos casarnos durante las vacaciones de Pascua —dijo Daniel—, si os va bien a los dos.

—Me iría bien la semana que viene —replicó su padre—. No podría estar más contento. ¿Dónde queréis que se celebre la boda?

—En la capilla del College —contestó Daniel sin titubear—. Veréis, los padres de Cathy ya no están con nosotros, por lo que habíamos pensado que casarnos en Cambridge sería lo mejor, dadas las circunstancias.

—¿Y dónde vais a vivir? —preguntó Becky.

—Ah, eso depende —dijo Daniel con aire de misterio.

—¿De qué? —preguntó Charlie.

—He solicitado la cátedra de matemáticas en el King's, en Londres…, y sé de buena tinta que anunciarán su decisión en un plazo de dos semanas.

—¿Tienes alguna posibilidad? —preguntó Becky.

—Bien, digámoslo así —replicó Daniel—. El rector me ha invitado a cenar con él el próximo jueves, en su residencia, y como nunca he visto al caballero en cuestión…

Dejó la frase flotando en el aire, inacabada, cuando sonó el teléfono.

—Vaya, ¿quién será? —preguntó retóricamente—. Los monstruitos suelen dejarme en paz los domingos.

Daniel descolgó el teléfono y escuchó unos momentos.

—Sí, está aquí —murmuró al cabo de unos segundos—. ¿Puede decirme quién llama? Yo la aviso. —Se volvió hacia su madre—. El señor Baverstock pregunta por ti, mamá.

Becky se levantó de la silla y tomó el teléfono de manos de Daniel mientras Charlie la observaba con aprensión.

—¿Es usted, lady Trumper?

—Sí, al habla.

—Soy Baverstock. No la entretendré mucho tiempo. Pero, antes de nada, ¿ha informado ya a Daniel de los detalles relativos al testamento de sir Raymond?

—No. Mi marido estaba a punto de hacerlo.

—En tal caso, le ruego que no mencione nada del tema hasta que nos hayamos visto de nuevo.

—Pero… ¿por qué no? —Becky comprendió que el peso de la conversación volvía a recaer sobre ella.

—Preferiría no hablar de esto por teléfono, lady Trumper. ¿Cuándo volverá a la ciudad?

—Esta tarde.

—Creo que deberíamos vernos lo antes posible.

—Si usted cree que es necesario… —Becky seguía desconcertada.

—Lo es. ¿Le parece bien a las siete?

—Sí, seguro que ya habremos vuelto a esa hora.

—En tal caso, me acercaré a Eaton Square a las siete. Y, por favor, pase lo que pase, no le diga nada a Daniel sobre el testamento de sir Raymond. Le pido disculpas por tanto misterio, pero me temo que no tengo elección. Adiós, querida señora.

—Adiós —dijo Becky mientras colgaba el teléfono.

—¿Va todo bien? —preguntó Charlie, arqueando una ceja.

—No lo sé. —Becky miró a Charlie a los ojos—. El señor Baverstock quiere vernos para hablar de esos papeles que me comentó el otro día. —Charlie hizo una mueca—. Y no quiere que le digamos nada a nadie al respecto, por ahora.

—Eso sí que suena misterioso —comentó Daniel, volviéndose hacia Cathy—. El señor Baverstock, querida, está en la junta del carretón. Un hombre para el que llamar a su mujer en horario de oficina sería una violación del contrato.

—Parece que reúne todas las cualidades para sentarse en la junta directiva de una empresa pública.

—Lo viste una vez, de hecho —dijo Daniel—. Su esposa y él también acudieron a la fiesta de inauguración de la casa de mis padres, aunque me temo que el hombre no es precisamente memorable.

—¿De quién es ese cuadro? —preguntó Charlie de repente, mirando una acuarela del Cam que colgaba sobre el escritorio de Daniel.

Becky rezó para que el brusco cambio de tema no hubiera sido demasiado evidente.

Durante el viaje de regreso a Londres, Becky se debatió entre la alegría de tener a Cathy por futura nuera y el nerviosismo por averiguar para qué querría verlos el señor Baverstock.

Cuando Charlie le volvió a pedir más detalles, Becky trató de repetir textualmente la conversación que había tenido con Baverstock, pero eso tampoco despejó todas sus dudas.

—Pronto lo averiguaremos —dijo Charlie mientras abandonaba la A10 para entrar en la ciudad atravesando Whitechapel. Como ocurría cada vez que pasaba frente a los carretones que exhibían sus coloridos artículos y los vendedores que pregonaban a gritos sus mercancías, experimentó un escalofrío.

¡No los vendo por dos peniques!...

Frenó el coche de repente, apagó el motor y miró por la ventanilla.

—¿Por qué te paras? —preguntó Becky—. No tenemos tiempo que perder.

Charlie señaló el club juvenil masculino de Whitechapel, que se veía aún más ruinoso y abandonado que de costumbre.

—Conoces de sobra ese club, Charlie, y ya sabes que no podemos llegar tarde a nuestra cita con el señor Baverstock.

Charlie sacó la agenda y desenroscó el capuchón de la pluma.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Becky, ¿cuándo aprenderás a ser más observadora? —replicó Charlie mientras se afanaba en apuntar el número de la inmobiliaria que aparecía en el cartel de «Se vende».

—¿No estarás pensando en abrir un segundo Trumper's en Whitechapel?

—No, pero sí que me interesa averiguar por qué van a cerrar mi antiguo club juvenil. —Charlie se guardó la pluma en el bolsillo interior de la chaqueta y pulsó el contacto para poner en marcha el motor.

Los Trumper llegaron al 17 de Eaton Square con tan solo media hora de tiempo antes de que el señor Baverstock los visitara. A los dos les constaba que la puntualidad del abogado era impecable.

Becky se puso de inmediato a quitar el polvo de las mesas y a ahuecar los cojines de la sala de estar.

—A mí me parece que está todo perfecto —dijo Charlie—. No hace falta que te ahogues en un vaso de agua. En cualquier caso, para eso contratamos un ama de llaves.

—Pero es un domingo por la noche —le recordó Becky, que continuó ordenando objetos que no tocaba desde hacía meses antes de encender un buen fuego en la chimenea.

A las siete en punto sonó el timbre de la puerta y Charlie fue a recibir a su invitado.

—Buenas noches, sir Charles —lo saludó el señor Baverstock, quitándose el sombrero.

Ah, sí, pensó Charlie, la única persona que conozco que nunca me llama Charlie. Agarró el abrigo, la bufanda y el sombrero del señor Baverstock y los colgó en el perchero del vestíbulo.

—Lamento molestarles un domingo por la noche —dijo el señor Baverstock, mientras seguía a su anfitrión hasta la sala de estar sin soltar el maletín—, pero creo que cuando me haya escuchado entenderán que he tomado la decisión oportuna.

—Seguro que sí. A los dos nos intrigó su llamada. Permítame ofrecerle algo de beber. ¿Un whisky?

—No, gracias. Aunque aceptaría con gusto un jerez seco.

Becky le sirvió un Tío Pepe al señor Baverstock y un whisky a su marido. Después se reunió con los dos hombres alrededor de la chimenea y esperó a que el abogado les explicara el motivo de su misteriosa llamada.

—Esto no me resulta fácil, sir Charles.

Charlie asintió con la cabeza.

—Lo comprendo. Tómese su tiempo.

—¿Les importaría confirmarme que no han revelado a su hijo ningún detalle concerniente al testamento de sir Raymond?

—No lo hemos hecho. Nos salvó del apuro el anuncio del futuro matrimonio de Daniel, y después su fortuita llamada.

—Ah, excelente noticia —dijo el señor Baverstock—. Me imagino que la boda será con la encantadora señorita Ross. Felicítenla de mi parte, por favor.

—¿Usted ya estaba al corriente de su relación? —preguntó Becky.

—Oh, sí. Era algo evidente para todos, ¿no?

—Para todos menos para nosotros —reconoció Charlie.

El señor Baverstock esbozó una sonrisa irónica y sacó una carpeta de su maletín.

—No les haré perder más tiempo —continuó—. Durante una conversación que sostuve hace unos días con los abogados de la otra parte salió a relucir que, tiempo atrás, Daniel había visitado a la señora Trentham en su residencia de Chester Square.

Charlie y Becky fueron incapaces de ocultar su sorpresa.

—Lo que yo pensaba —dijo el señor Baverstock—. Ustedes, al igual que yo, ignoraban por completo que tal encuentro se hubiera producido.

—Pero ¿cómo pudieron encontrarse, si…? —empezó Charlie.

—Nunca lo sabremos, sir Charles. No obstante, sí sé que, en ese encuentro, Daniel llegó a un acuerdo con la señora Trentham que, por desgracia, me temo que es legal.

—¿Y cuál fue la naturaleza de ese acuerdo? —preguntó Charlie.

El veterano abogado sacó una hoja de la carpeta y releyó las palabras escritas por la señora Trentham de su puño y letra: «A cambio de que la señora Trentham retire su oposición a la solicitud de construcción del edificio conocido como Torres Trumper, además de acceder a no continuar con la reconstrucción de los pisos de Chelsea Terrace, Daniel Trumper renunciará a los derechos sobre los bienes de la familia Hardcastle que se le acrediten ahora o en el futuro». En aquel momento, por supuesto, él no tenía ni idea de que era el principal beneficiario del testamento de sir Raymond.

—¿Por eso se rindió sin luchar? —preguntó Charlie.

—Eso parece.

—Daniel lo hizo todo a nuestras espaldas —dijo Becky mientras su marido inspeccionaba el documento.

—¿Y dice que es legal? —fueron las primeras palabras de Charlie después de leer la hoja que contenía la caligrafía de la señora Trentham.

—Sí, eso me temo, sir Charles.

—¿Aunque él ignorase los detalles de la herencia? —inquirió Charlie.

—Es un contrato entre dos particulares. Los tribunales asumirán que Daniel renunció a todos sus derechos sobre los bienes de los Hardcastle, pues la señora Trentham cumplió su parte del trato.

—Pero ¿no podría alegarse extorsión?

—¿De un hombre de veintiséis años a manos de una mujer que rebasaba los setenta cuando fue a verla? Lo dudo mucho, sir Charles.

—¿Cómo es posible que esa entrevista tuviera lugar?

—Lo ignoro —respondió el abogado—. Por lo visto, ella no entró en detalles ni con sus propios abogados. Sin embargo, supongo que ahora comprenderán por qué consideré que este no era el momento más indicado para sacar a relucir el tema de la herencia de sir Raymond.

—Ha tomado usted la decisión correcta —aprobó Charlie.

—Y ahora el tema ha quedado zanjado para siempre —murmuró Becky con un hilo de voz.

—¿Por qué? —preguntó Charlie mientras rodeaba los hombros de su mujer con el brazo.

—Porque no quiero que Daniel se pase el resto de su vida pensando que ha traicionado a su bisabuelo, cuando lo único que pretendía al firmar ese acuerdo era ayudarnos.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Becky cuando se volvió para mirar a su marido.

—Quizá debería hablar con Daniel, de hombre a hombre.

—Charlie, no quiero que nunca más saques a relucir el tema de Guy Trentham delante de mi hijo. Te lo prohíbo.

Él apartó su brazo y la miró como un niño al que hubieran regañado injustamente.

—Me alegro de que haya sido usted el que nos comunique esta desafortunada noticia —dijo Becky—. Siempre ha sido muy considerado con nosotros.

—Gracias, pero me temo que aún me quedan más noticias desagradables que comunicarles, lady Trumper.

Becky aferró la mano de Charlie.

—Debo advertirles que la señora Trentham no se conformará con asestarles este mazazo.

—¿Qué más podría hacer? —preguntó Charlie.

—Por lo visto, ahora desea desprenderse del solar de Chelsea Terrace.

—Me cuesta creerlo —dijo Becky.

—A mí no —afirmó Charlie—. Pero ¿a qué precio?

—Esa es la cuestión, en efecto —dijo el señor Baverstock, que se inclinó para sacar otra carpeta de su vieja cartera de piel.

Charlie y Becky intercambiaron una rápida mirada.

—La señora Trentham se propone ofrecerles el solar de Chelsea Terrace a cambio del diez por ciento de las acciones de Trumper's. —Hizo una pausa—. Y de un puesto en la junta para su hijo Nigel.

—Jamás —dijo Charlie.

—Si rechaza su oferta —añadió el abogado—, venderá la propiedad al mejor postor…, sea quien sea.

—Que lo haga —dijo Charlie—. De todas formas, acabaremos adquiriendo esos terrenos tarde o temprano.

—A un precio mucho más elevado que el diez por ciento de nuestras acciones, sospecho —dijo Becky.

—Merecerá la pena pagar cualquier precio después de todo lo que nos ha hecho.

—La señora Trentham también ha exigido que su oferta se presente durante la próxima reunión de la junta y sea sometida a votación.

—Carece de autoridad para exigir algo así —protestó Charlie.

—Si rechazan su petición —dijo el señor Baverstock—, informará de la oferta por carta a todos los accionistas y después convocará una asamblea general extraordinaria para exponer su caso personalmente y exigir la votación de todas maneras.

—¿Puede hacer algo así? —preguntó Charlie, que por primera vez aparentaba preocupación.

—A juzgar por todo lo que sé acerca de esa dama, sospecho que no habría lanzado semejante desafío sin haber solicitado asesoramiento legal previamente.

—Es como si adivinara nuestros movimientos por anticipado —se lamentó Becky.

La voz de Charlie dejaba traslucir la misma angustia cuando añadió:

—Si su hijo estuviera en la junta, ella no se tendría que preocupar por nuestros siguientes movimientos. Él se lo contaría todo después de cada reunión.

—Por lo tanto —dijo Becky—, habrá que transigir con sus exigencias.

—Estoy de acuerdo con usted, lady Trumper —dijo el señor Baverstock—. No obstante, consideré justo informarles con todo detalle sobre las intenciones de la señora Trentham, porque en la reunión del próximo martes tendré el desagradable deber de poner al corriente a la junta.

Al martes siguiente, cuando se celebró la siguiente reunión de la junta, solo se produjo una ausencia: la de Simon Matthews, que se encontraba en Ginebra para dirigir una subasta de piedras preciosas. Charlie le había asegurado que su presencia no era imprescindible. Cuando el señor Baverstock hubo terminado de enumerar las consecuencias de la oferta de la señora Trentham, todos los presentes intentaron hablar a la vez.

—Quiero dejar clara mi postura desde el principio —dijo Charlie en cuanto hubo conseguido restablecer el orden—: me opongo de pleno a esta oferta. No me fío de esa señora, nunca lo he hecho. Es más, sospecho que se propone perjudicar a la empresa a largo plazo.

—Pero, señor presidente —intervino Paul Merrick—, si la señora Trentham pretende vender el terreno de Chelsea Terrace al mejor postor, no le costaría nada utilizar el dinero de esa operación para adquirir otro diez por ciento de acciones de la empresa cuando le conviniera. ¿Qué alternativa nos queda?

—No tener que convivir con su hijo —dijo Charlie—. Recuerde que en el lote va incluido ofrecerle un puesto en la junta.

—Pero si poseyera el diez por ciento de la empresa, o más, estaríamos obligados a aceptarlo como directivo queramos o no.

—No necesariamente, sobre todo si creyéramos que su único propósito, al integrarse en la junta es apoderarse de la empresa.

Se hizo el silencio cuando todos los presentes contemplaban esa posibilidad.

—Imaginemos por un momento —dijo Tim Newman— que no aceptamos las condiciones de

la señora Trentham, sino que entramos en competencia para adquirir el solar. Aunque esa quizá no sea la solución más económica, sir Charles, porque puedo asegurarle que Sears, Boots, John Lewis o Fraser…, por nombrar solo cuatro casas…, estarían encantadas de abrir unos nuevos grandes almacenes en el corazón de Trumper's.

—Con independencia de la opinión que le merezca esa señora, señor presidente —dijo Paul Merrick—, lo cierto es que rechazar su oferta podría salirnos mucho más caro a largo plazo. En cualquier caso, debo informar a la junta de algo que me parece relevante para este debate.

—¿De qué se trata? —preguntó Charlie con desconfianza.

—Tal vez les interese saber a mis colegas directivos —comenzó Merrick en tono pomposo— que Kitcat y Aitken ha rescindido el contrato de Nigel Trentham. O, dicho de otra manera, lo han puesto de patitas en la calle por incompetente. Me cuesta imaginar que su presencia en esta mesa vaya a causarnos problemas, ni ahora ni en el futuro.

—Informaría a su madre de todos nuestros movimientos —observó Charlie.

—¿Y le interesará mucho saber cómo van las ventas de lencería en la séptima planta? —bromeó Merrick—. Sin olvidar la fuga de agua en el baño de caballeros que sufrimos el mes pasado. No, señor presidente. Sería absurdo, una irresponsabilidad incluso, rechazar esa oferta.

—A propósito, señor presidente, ¿qué haría usted con el espacio disponible si Trumper's adquiriera de repente el solar de la señora Trentham? —preguntó Daphne, dejándolos a todos desconcertados por un momento.

—Expandirnos —respondió Charlie—. Se nos están empezando a descoser las costuras. Ese trozo de tierra nos proporcionaría, como mínimo, otros tres mil metros cuadrados. Si le pusiera las manos encima, abriría veinte departamentos más.

—¿Y a cuánto ascenderían los costes de ese proyecto de construcción? —continuó Daphne.

—A una fortuna —intervino Paul Merrick—. Fortuna de la que quizá no dispongamos si tenemos de pagar por ese solar mucho más de lo que vale.

—Me permito recordarles que el negocio está yendo sobre ruedas en lo que llevamos de año —dijo Charlie, pegando un manotazo en la mesa.

—Cierto, señor presidente. Pero permítame recordarle que ya dijo usted algo parecido hace cinco años, cuando estaba al borde de la quiebra.

—Aquello se debió a una guerra inesperada —protestó Charlie.

—Y esto no —dijo Merrick.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada un momento, incapaces de disimular el desprecio que sentían el uno por el otro.

—No —continuó Paul Merrick mientras echaba un vistazo alrededor de la mesa de la asamblea—. Nos debemos ante todo a los accionistas. Si llegaran a enterarse de que hemos pagado una suma desorbitada por ese solar, tan solo por culpa…, intentaré expresarlo con el mayor tacto posible…, de un ajuste de cuentas personal entre los dos principales implicados, recibiríamos severas censuras en la próxima asamblea general y es posible incluso que exigieran su dimisión, señor presidente.

—Estoy dispuesto a asumir ese riesgo —replicó Charlie, prácticamente gritando.

—Bien, pues yo no —dijo Merrick sin perder la calma—. Es más: si no aceptamos su oferta sabemos que la señora Trentham convocará una asamblea general extraordinaria para exponer su caso ante los accionistas, y ya me imagino cómo van a reaccionar estos. Creo que deberíamos

dejar de darle tantas vueltas a una discusión estéril y someter a votación este asunto.

—Espere un momento… —empezó Charlie.

—No, señor presidente, no pienso esperar más. Propongo que aceptemos la generosa oferta de la señora Trentham, consistente en ceder su terreno a cambio del diez por ciento de las acciones de la empresa.

—¿Y qué propone que hagamos con su hijo? —preguntó Charlie.

—Invitarlo a entrar en la junta con carácter inmediato.

—Pero…

—Basta de peros. Gracias, señor presidente —dijo Merrick—. Ha llegado el momento de votar. Deberíamos procurar que los prejuicios personales no nos nublen el juicio.

—Puesto que se ha presentado una propuesta formal —dijo Arthur Selwyn tras unos instantes de silencio—, ¿tendría usted la amabilidad de contar los votos, señorita Allen?

Jessica asintió con la cabeza mientras observaba de reojo a los nueve miembros de la junta.

—¿Señor Merrick?

—A favor.

—¿Señor Newman?

—A favor.

—¿Señor Denning?

—En contra.

—¿Señor Makins?

—En contra.

—¿Señor Baverstock?

El abogado apoyó las palmas de las manos encima de la mesa y titubeó como si la decisión lo enfrentara a un terrible dilema.

—A favor —dijo por fin.

—¿Lady Trumper?

—En contra —declaró Becky sin vacilar.

—¿Lady Wiltshire?

—A favor —murmuró Daphne.

—¿Por qué? —preguntó Becky, desconcertada por su respuesta.

Daphne se volvió hacia su amiga.

—Porque prefiero que el enemigo esté dentro, causando problemas, que fuera, provocando más todavía.

Becky no daba crédito a sus oídos.

—Supongo que usted está en contra, sir Charles.

Charlie asintió vigorosamente con la cabeza.

El señor Selwyn levantó la mirada.

—¿Debo entender que se ha producido un empate a cuatro votos? —le preguntó a Jessica.

—Así es, señor Selwyn —dijo esta tras repasar la lista de nombres.

Todos miraron al director ejecutivo, que dejó frente a él la estilográfica que había estado utilizando hasta ese momento.

—En tal caso, solo puedo hacer lo que considero más beneficioso para los intereses a largo plazo de la compañía y votar a favor de aceptar la oferta de la señora Trentham.

Todos los miembros de la junta comenzaron a hablar a la vez, menos Charlie.

El señor Selwyn aguardó un momento antes de concluir:

—Señor presidente, la moción queda aprobada por cinco votos a favor y cuatro en contra. Daré instrucciones a nuestro banco comercial y a nuestros abogados para que tomen las medidas económicas y legales precisas para asegurar que la operación se efectúe sin problemas y de acuerdo con las normas de la empresa.

Charlie, con la mirada fija al frente, no dijo nada.

—Si no hay más asuntos que tratar, señor presidente, creo que debería dar por finalizada esta reunión.

Charlie asintió con la cabeza, pero no se movió cuando los otros directores se levantaron para abandonar la sala. Únicamente Becky permaneció en su sitio, hacia la mitad de la larga mesa. Se quedaron a solas en cuestión de meros instantes.

—Tendría que haberles echado el guante a esos pisos hace treinta años, ¿sabes?

Becky no hizo ningún comentario.

—Y no deberíamos haber abierto nuestras acciones al público mientras esa condenada arpía siguiera con vida.

Charlie se levantó y arrastró los pies hasta la ventana, pero su esposa permaneció callada mientras él contemplaba el banco vacío al otro lado de la calle.

—Y pensar que le dije a Simon que su presencia no era imprescindible.

Ni siquiera entonces rompió Becky el silencio.

—Por lo menos ya sé lo que tiene en mente esa condenada mujer para su queridísimo Nigel.

Becky enarcó una ceja mientras su marido se giraba para observarla.

—Su plan consiste en que él me suceda como presidente de Trumper’s.

CATHY
1947-1950

39

De niña, solo había una pregunta a la que me sentía incapaz de contestar: «¿Y cuándo fue la última vez que viste a tu padre?». A diferencia del joven realista del cuadro que lleva esa frase por título, yo sencillamente no tenía respuesta. Lo cierto era que ignoraba quién era mi padre…, o mi madre, ya puestos. La mayoría de la gente no se imagina la cantidad de veces al día, al mes, al año que te pueden hacer esa pregunta. Y si tu respuesta siempre es la misma («No lo sé, porque los dos murieron cuanto yo todavía no tenía uso de razón»), lo más probable es que te miren con cara de sorpresa o de suspicacia; o peor aún, de incredulidad. Al final una aprende a salir del trance con evasivas o cambiando de tema. No hay variedad de la pregunta en cuestión sobre mi parentesco para la que yo no haya ideado una vía de escape.

El único recuerdo difuso que conservo de mis padres lo protagonizan un hombre que siempre estaba gritando y una mujer tan tímida que rara vez abría la boca. También tengo el presentimiento de que ella se llamaba Anna. Aparte de eso, los dos son un mero borrón en memoria.

Cómo envidiaba a todos esos niños que podían empezar a hablarme de sus padres, hermanos, hermanas…, incluso primos segundos o tías lejanas…, sin pensarlo dos veces. Lo único que yo sabía de mí era que me había criado en el orfanato de St. Hilda, en Park Hill, Melbourne, cuya directora era la señorita Rachel Benson.

Muchos niños del orfanato tenían familiares y algunos recibían cartas o incluso visitas ocasionales. En ese sentido, la única persona que recuerdo es una anciana de aspecto riguroso vestida de negro, con guantes de encaje hasta los codos, que hablaba con un acento extraño. Si guardaba alguna relación conmigo, lo desconozco.

La señorita Benson trataba con considerable respeto a esa señora en particular, y recuerdo que yo me despedía de ella con una pequeña reverencia cuando se marchaba; pero nunca supe su nombre, y cuando fui lo bastante mayor como para interesarme por su identidad, la señorita Benson me aseguró que no tenía ni idea de qué estaba hablando. Siempre que intentaba interrogar a la señorita Benson sobre mi pasado, su enigmática respuesta era: «Es mejor que no sepas nada, chiquilla». No se me ocurre una frase mejor diseñada para garantizar que yo redoblara mis esfuerzos por averiguar de dónde provenía realmente.

Con el paso de los años comencé a llevar a cabo lo que a mí me parecían sutiles pesquisas sobre la cuestión de mis padres (le preguntaba el vicedirector, a la matrona de la casa, al personal de la cocina, incluso al conserje), pero siempre acababa tropezándome con el mismo callejón sin salida. El día que cumplí los catorce, solicité reunirme con la señorita Benson para plantearle la pregunta de forma directa. Aunque ya hacía tiempo que había prescindido de su consabido «Es mejor que no sepas nada, chiquilla», su nueva frase favorita era «Lo cierto, Cathy, es que yo tampoco sé nada». A pesar de no insistir sobre el tema, no la creí, puesto que algunos de los empleados más veteranos me observaban de forma extraña en ocasiones, y al menos un par de

veces los oí cuchichear a mis espaldas cuando se pensaban que no podía escucharlos.

De mis padres no conservaba fotografías ni recuerdo alguno, nada que demostrara que habían existido siquiera, a excepción hecha de una pequeña baratija que yo me había convencido de que era de plata. Recuerdo que fue el hombre que siempre estaba gritando el que me había dado ese crucifijo, y desde entonces colgaba siempre de un cordón alrededor de mi cuello. Una noche, cuando estaba desvistiéndome en el dormitorio, la señorita Benson se fijó en mi reliquia y exigió saber de dónde había salido ese colgante; le dije que se lo había cambiado a Betsy Compton por un puñado de canicas, coartada que pareció satisfacer su curiosidad de momento. A partir de aquel día, sin embargo, mantuve mi tesoro a buen recaudo, lejos de cualquier mirada indiscreta.

Debí de ser una de las pocas niñas a las que les gustaba ir a la escuela; era algo que me encantaba, desde el primer día en que se abrieron sus puertas para mí. Agradecía el refugio que me ofrecían las aulas, lejos de mi prisión y mis carceleros. Cada minuto de más que pasaba entre sus muros era un minuto que no tenía que pasar en St. Hilda, y pronto descubrí que, cuanto más me aplicaba, más horas se me permitía demorarme allí. Mis denuedos dieron sus frutos cuando, con once años, conseguí ingresar en la Escuela Femenina de Gramática de la Iglesia de Inglaterra en Melbourne, donde ofrecían tantas actividades extracurriculares, desde la primera hora de la mañana hasta la última de la tarde, que St. Hilda no tardó en convertirse en poco más que el sitio donde me acostaba y desayunaba.

Me apunté a clases de pintura artística durante mi estancia en la Escuela Femenina de Gramática, lo que me permitía pasar varias horas en la sala de dibujo sin supervisión ni nadie que me molestara; a tenis, donde a fuerza de trabajo duro y aplicación conseguí una plaza en el equipo suplente colegio, lo que me reportó la ventaja añadida de entrenar por las tardes hasta que anochecía; y a críquet, para lo que, a pesar de no tenía madera, ser la tanteadora del equipo no solo me obligaba a permanecer en mi sitio hasta que se había lanzado la última pelota, sino que cada dos días me permitía escapar en autobús para jugar contra los equipos de otras localidades. Era una de las pocas niñas que prefería jugar fuera a los partidos en casa.

A los dieciséis empecé los dos últimos años de secundaria y empecé a esforzarme más todavía; la señorita Benson recibió la noticia de que yo tenía muchas posibilidades de obtener una beca para estudiar en la Universidad de Melbourne, cosa a la que las residentes de St. Hilda no estaban acostumbradas.

Cada vez que me concedían alguna distinción académica o recibía alguna reprimenda (estas últimas se habían vuelto menos frecuentes desde que descubrí la escuela), debía presentarme en el estudio de la señorita Benson, donde esta me daba el correspondiente discurso de aliento o desaprobación antes de meter la ficha que daba fe del suceso en cuestión en una carpeta que después guardaba en el archivador que había detrás de su mesa. Siempre la observaba con suma atención mientras llevaba a cabo ese ritual. Primero sacaba una llave del cajón superior izquierdo de su escritorio, después se acercaba al archivador, buscaba mi expediente en la sección correspondiente a las letras QRS, añadía a mi historial el mérito o la falta correspondiente, cerraba el archivador y volvía a guardar la llave en su mesa. Nunca se desviaba de esa rutina.

Otra constante en la vida de la señorita Benson eran sus vacaciones anuales, cuando aprovechaba para visitar a «su gente» en Adelaide. Esto se repetía cada septiembre, y yo soñaba con ese momento igual que otros lo podrían hacer con el final de las clases.

Cuando estalló la guerra me asaltó el temor de que no pudiera mantener su tradición, sobre

todo después de que nos dijeran que todos íbamos a tener que hacer algún sacrificio.

La señorita Benson no parecía estar dispuesta a hacer ningún sacrificio, y pese a las restricciones de movilidad y los recortes, aquel verano partió hacia Adelaide en la misma fecha exacta de siempre. Cinco días después de que el taxi se la hubiera llevado a la estación, me sentí lo bastante segura como para poner en práctica la pequeña escapada que había planeado.

Al llegar la sexta noche me quedé despierta hasta la una de la mañana, sin mover ni un músculo, esperando a que las dieciséis ocupantes de la habitación estuvieran profundamente dormidas. Después me levanté, saqué una linterna de bolsillo del cajón de la chica que dormía a mi lado y crucé el rellano con la intención de bajar por las escaleras. Me había preparado una excusa por si me pillaban in fraganti: diría que me encontraba mal, y puesto que apenas si había pisado la enfermería en los doce años que llevaba en St. Hilda, estaba segura de que se lo creerían.

Pisé los escalones de puntillas, sin necesidad de usar la linterna. Desde que la señorita Benson se fue a Adelaide, había ensayado la rutina todas las mañanas con los ojos cerrados. Una vez en el estudio de la directora abrí la puerta, me colé dentro y solo entonces encendí la luz. Me acerqué sigilosamente a la mesa de la señorita Benson y abrí el cajón de la esquina superior izquierda sin hacer ruido. Lo que no había previsto era encontrarme con veinticinco llaves distintas, algunas de ellas agrupadas por anillas y otras sueltas, pero todas sin ningún distintivo. Me esforcé por recordar el tamaño y la forma de la que utilizaba la señorita Benson para abrir el archivador, pero no fui capaz; con tan solo una linterna de bolsillo para guiar mis pasos, tuve que hacer varios viajes de ida y vuelta al archivador antes de dar con una que girase ciento ochenta grados.

Aunque abrí el cajón superior del archivador con toda la delicadeza posible, las guías rechinaron con un estruendo ensordecedor. Me quedé inmóvil y contuve el aliento mientras aguzaba el oído, atenta al menor sonido dentro del edificio. Me asomé incluso a la puerta para cerciorarme de que no se hubiera encendido ninguna luz. Cuando me hube asegurado de que todos seguían durmiendo, hojeé los nombres de la sección QRS: Roberts, Rose, Ross… Saqué mi abultado expediente y me lo llevé a la mesa de la directora. Me senté en la silla de la señorita Benson y empecé a leer todas las páginas, una por una, a la luz de la linterna. Puesto que tenía dieciséis años y ya llevaba aproximadamente doce en St. Hilda, la carpeta era inevitablemente muy gruesa. Los partes de incidencias se remontaban hasta cuando todavía mojaba la cama, pero también encontré varios elogios a mis dotes artísticas, incluida una mención especial a una de mis acuarelas, la cual aún estaba colgada en el comedor. Sin embargo, por mucho que busqué, el expediente no contenía ninguna información sobre mí antes de los tres años. Me pregunté si sería algún tipo de regla general que se aplicaba a todos los niños que acabábamos en St. Hilda. Eché un vistazo a los detalles del historial de Jennie Rose. Para mi desolación, encontré los nombres tanto de su padre (Ted, fallecido) como de su madre (Susan). Una nota adjunta explicaba que la señora Rose tenía tres hijos más de los que cuidar, y puesto que su marido había muerto por culpa de un ataque al corazón, se sentía incapaz de criar a una cuarta.

Cerré el archivador, guardé la llave en el cajón de la esquina superior izquierda de la mesa de la señorita Benson, apagué la linterna de bolsillo, salí del estudio y subí rápidamente por la escalera hasta el dormitorio. Dejé la linterna en su sitio y me acosté. Me pregunté qué podía hacer a continuación para intentar averiguar quién era y de dónde venía.

Era como si mis padres no hubieran existido nunca y mi existencia hubiese empezado cuando ya tenía tres años. Puesto que la única alternativa pasaba por una concepción inmaculada y eso era algo que yo no me creía ni de la Virgen María, mi deseo por conocer la verdad se volvió incontenible. Debí de quedarme dormida sin darme cuenta, porque lo único que recuerdo después de aquello es que el timbre de la escuela me despertó a la mañana siguiente.

Cuando me concedieron una plaza en la Universidad de Melbourne, me sentí como una prisionera liberada por fin después de una larga condena. Por primera vez tenía mi propia habitación y nadie me obligaba a llevar uniforme, aunque las casas de moda de Melbourne tampoco iban a hacerse ricas con la escasa cantidad de ropa que me podía permitir. Recuerdo haber dedicado aún más horas a estudiar en la universidad que en la escuela, pues temía que, si no lo aprobaba todo el primer año, me enviarían de regreso a St. Hilda para pasar allí el resto de mis días.

En mi segundo año me especialicé en historia del arte e inglés mientras continuaba con la pintura como afición, aunque ignoraba en qué quería trabajar cuando terminase los estudios. Mi tutor me sugirió que contemplara la posibilidad de dedicarme a la enseñanza, pero eso me parecía una extensión de St. Hilda, solo que conmigo en el papel de la señorita Benson.

No había tenido ningún novio antes de ir a la universidad, puesto que en St. Hilda los chicos estaban en otra parte de la casa y solo podíamos hablar con ellos antes de las nueve de la mañana y después de las cinco de la tarde. Con quince años pensaba que te podías quedar embarazada con un beso y estaba decidida a no cometer ese error, sobre todo después de haber pasado por la experiencia de crecer sin familia.

Mi primer novio de verdad fue Mel Nicholls, capitán del equipo de rugby de la universidad. Cuando por fin consiguió llevarme a la cama me contó que yo era la única chica de su vida y, lo más importante de todo, la primera. Tras confesarle que para mí también era así y apoyar la cabeza en la almohada, Mel se inclinó sobre mí y se interesó por lo único que todavía llevaba puesto.

—No había visto nunca esta cruz —dijo, tomando mi pequeña pieza de bisutería entre los dedos.

—Otra primera vez.

Se rio.

—No exactamente, porque sí que he visto otra muy parecida.

—¿A qué te refieres?

—Es una medalla —me explicó—. A mi padre le concedieron tres o cuatro, pero ninguna era de plata.

En retrospectiva, reconozco que solo por esa información mereció la pena haber perdido la virginidad con Mel Nicholls.

La biblioteca de la Universidad de Melbourne contiene una enorme selección de libros sobre la Primera Guerra Mundial, la mayoría de ellos comprensiblemente centrados en la batalla de Galípoli. Sin embargo, oculto entre las páginas de heroicidades llevadas a cabo por los soldados de infantería australianos encontré un capítulo dedicado a las condecoraciones militares británicas, ilustrado con varias imágenes a color.

Así descubrí la existencia de términos como Cruz de la Victoria, Orden del Servicio Distinguido, Cruz del Servicio Distinguido, Comandante del Imperio Británico, Oficial del

Imperio Británico… La lista parecía infinita, hasta que por fin, en la página cuatrocientos nueve, encontré lo que estaba buscando: la Cruz Militar, una cinta de seda blanca con rayas moradas verticales y una medalla forjada en plata con la corona imperial en cada uno de sus cuatro brazos. Se concedía a los oficiales de rango inferior a mayor «por el excepcional valor demostrado bajo el fuego enemigo». Elaboré la teoría de que mi padre era un héroe de guerra que había perdido la vida muy joven por culpa de unas heridas terribles. Al menos eso explicaría que siempre estuviera gritando, debido a lo mucho que sufría.

Mis labores de detective volvieron a dar fruto cuando visité una tienda de antigüedades en Melbourne. Tras inspeccionar la medalla, el hombre me ofreció cinco libras por ella. Ni siquiera me tomé la molestia de explicarle por qué no podía desprenderme de ese trofeo, ni aunque me hubiera ofrecido quinientas, pero al menos me informó de que el único especialista en condecoraciones de Australia era el señor Frank Jennings, que vivía en el número 47 de Mafeking Street, en Sídney.

Por aquel entonces Sídney me parecía que estaba en la otra punta del globo, y lo que estaba claro era que con mi modesta beca no podía permitirme semejante viaje, de modo que tuve que armarme de paciencia y esperar al último trimestre del curso, cuando solicité que me nombraran tanteadora para el equipo de críquet de la universidad. Me rechazaron por ser chica. No se podía esperar de una mujer que entendiera el juego en toda su plenitud, según me explicó un zoquete que se sentaba detrás de mí en clase para copiar mis apuntes. Esto me dejó sin más elección que dedicar un montón de horas a mejorar mis voleas y mis remates, hasta que me seleccionaron para jugar en el equipo suplente de tenis femenino. Como logro no era gran cosa, pero en el calendario solo había un partido que me interesara: el de Sídney.

La mañana que llegamos allí me fui directa a Mafeking Street, donde me sorprendió ver la cantidad de jóvenes uniformados con los que me cruzaba por la calle. El señor Jennings en persona inspeccionó la medalla con bastante más interés que el prestamista de Melbourne.

—Se trata de una Cruz Militar en miniatura, sin duda —dijo mientras observaba mi pequeña reliquia a través de una lupa—. Como las que se prenden en la solapa de un uniforme de gala para asistir a las celebraciones del regimiento. Estas tres iniciales estampadas en el borde de una de las aspas, casi indistinguibles a simple vista, nos deberían proporcionar una pista sobre la identidad de su portador.

A través de la lupa del señor Jennings contemplé algo en lo que no me había fijado nunca hasta entonces: las iniciales «G.F.T.».

—¿Existe alguna manera de averiguar quién es G.F.T.? —pregunté esperanzada.

—Sí, ya lo creo.

El señor Jennings se dio la vuelta, sacó un libro con tapas de cuero de la estantería que había a su espalda y pasó las páginas hasta llegar a Godfrey S. Thomas y George Victor Taylor, pero no encontró ningún nombre que se correspondiera con las iniciales G.F.T.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte a resolver este misterio —dijo—. El receptor de la medalla no es australiano. De lo contrario, estaría catalogado aquí mismo. —Le dio unos golpecitos a la tapa de cuero—. Tendrás que escribir a la Oficina de Guerra de Londres si quieres obtener más información. Allí todavía conservan en sus archivos los nombres de todos los miembros de las fuerzas armadas condecorados por sus méritos durante el servicio.

Le agradecí su ayuda, aunque no antes de que él me ofreciera diez libras a cambio de la

medalla. Sonreí y fui a reunirme con mi equipo de tenis para disputar el partido contra la Universidad de Sídney. Perdí 6-0 y 6-1, incapaz de concentrarme en nada que no fueran las siglas G.F.T. El equipo de tenis de la universidad no volvió a invitarme a participar esa temporada.

Al día siguiente seguí el consejo del señor Jennings y escribí a la Oficina de Guerra de Londres. Tardé varios meses en recibir noticias suyas, lo cual no era de extrañar, puesto que todo el mundo sabía que tenían otras preocupaciones en mente en 1944. Acabaron enviándome un sobre abultado, no obstante, y al abrirlo descubrí que el propietario de mi medalla podría haber sido bien Graham Frank Turnbull, del regimiento del duque de Wellington, o bien Guy Francis Trentham, de los fusileros reales.

De modo que mi apellido real era Turnbull o Trentham.

Aquella misma tarde escribí a la oficina del consulado británico en Camberra para preguntar con quién debería ponerme en contacto a fin de obtener información sobre los dos regimientos mencionados en la carta de la Oficina de Guerra. Me enviaron su respuesta un par de semanas más tarde. Con las nuevas pistas que había adquirido despaché dos cartas más a Inglaterra: una a Halifax y la otra a Londres. Después me resigné a soportar otra espera interminable. Cuando ya has dedicado dieciocho años de tu vida a intentar descubrir tu verdadera identidad, unos pocos meses más carecen de importancia. Fuera como fuese, ahora que había empezado el último curso en la universidad, estaba hasta arriba de trabajo.

El regimiento del duque de Wellington fue el primero en contestar, para informarme de que el teniente Graham Frank Turnbull había perdido la vida el 6 de noviembre de 1917, en Passchendaele. Puesto que yo había nacido en 1924, eso eliminaba al teniente Turnbull como sospechoso. Crucé los dedos por Guy Francis Trentham.

Varias semanas más tarde recibí la respuesta de los fusileros reales, quienes me informaban de que el capitán Guy Francis Trentham había sido condecorado con la Cruz Militar el 18 de julio de 1918, tras la segunda batalla del Marne. Encontraría más información en la biblioteca del museo del regimiento, ubicada en su sede de Londres; lo tendría que hacer en persona, no obstante, pues por correo no estaban autorizados a divulgar más detalles sobre los miembros del regimiento.

Puesto que viajar a Inglaterra me resultaba imposible, puse manos a la obra de inmediato para imprimirle otro rumbo a mi investigación, solo que esta vez me quedé totalmente en blanco. Me tomé toda una mañana libre para buscar el nombre de Trentham en las partidas de nacimiento del registro de la ciudad de Melbourne, en Queen Street. Descubrí que no había nadie con ese apellido. Aparecían varias Ross, pero ninguna cuya fecha de nacimiento se aproximase a la mía. Empezaba a sospechar que alguien se había tomado muchas molestias para borrar el rastro de mis orígenes. Pero ¿por qué?

De súbito, llegar a Inglaterra se convirtió en mi único objetivo en la vida, a pesar de que no tenía dinero y la guerra había terminado muy poco antes. Me interesé por todos los cursos de grado y posgrado que ofertaba la universidad, pero mi tutor consideró que solo merecía la pena solicitar una beca en la Escuela de Artes Slade, en Londres, que todos los años ofrecía tres plazas a los alumnos de los países de la Commonwealth. Empecé a estudiar a horas que ni siquiera sabía que existían, y al final vi recompensados mis esfuerzos con una plaza en la lista de seis candidatos para una entrevista final en Canberra.

Aunque me puse muy nerviosa durante el trayecto en tren a la capital australiana, salí de la entrevista con un buen presentimiento y, efectivamente, los examinadores me dijeron que mis ensayos sobre historia del arte les habían parecido excelentes, aunque los trabajos prácticos no estuvieran a la misma altura.

Un mes más tarde encontré una carta del Slade en mi taquilla. Lo abrí de cualquier manera, llevada por la emoción, y saqué una carta que empezaba:

Estimada señorita Ross:
Lamentamos informarle

Lo único digno de mención que saqué de todo aquel trabajo extra fue que aprobé los exámenes finales como si nada y recibí una mención honorífica cuando se anunciaron los resultados de la graduación. Pese a todo, seguía sin estar ni un paso más cerca de llegar a Inglaterra.

Desesperada, llamé al consulado británico y me pasaron con el agregado laborista. La mujer que estaba al otro lado de la línea me comunicó que, con mis cualificaciones, podía aspirar a ocupar cualquiera de las numerosas plazas de docente que estaban disponibles. Tras informarme de que tendría que firmar un contrato de tres años, añadió diplomáticamente que debería pagar todos los gastos de desplazamiento de mi propio bolsillo; habida cuenta de que ni siquiera podía permitirme viajar a Sídney, ignoraba cómo me las iba a apañar para llegar al Reino Unido. De todos modos, calculaba que solo necesitaría pasar un mes en Inglaterra para encontrar a Guy Francis Trentham.

Los otros empleos disponibles, me explicó la mujer la segunda vez que llamé, entraban en la categoría de «trabajo de esclavos». Consistían en puestos en hoteles, hospitales o residencias de ancianos, donde una trabajaba poco menos que gratis durante un año a cambio de un billete de ida y vuelta a Inglaterra. Puesto que seguía sin tener planes para iniciar ninguna andadura profesional en particular y sabía que esta era prácticamente la única oportunidad de llegar alguna vez a Inglaterra y encontrar a uno de mis familiares, volví a llamar al departamento del agregado laborista y firmé en la línea de puntos. Casi todos mis amigos de la universidad pensaron que me había vuelto loca, aunque en su descargo debo decir que no se imaginaban cuál era la verdadera razón por la que quería visitar Gran Bretaña.

El barco en el que zarpamos de Southampton no debía de ser mucho mejor que el que había transportado en dirección contraria a los primeros inmigrantes australianos ciento cincuenta años antes. A tres de las «esclavas» nos hacinaron en un camarote poco más grande que mi habitación en el campus; cuando el barco se escoraba más de diez grados, Pam y Maureen acababan en mi catre. Todas habíamos firmado para trabajar en el hotel Melrose, en Earl's Court, en lo que nosotras pensábamos que debía de ser el centro de Londres. Al término de las seis semanas de travesía nos recibió en el puerto una desvencijada camioneta del ejército que nos llevó a la capital y nos depositó en los escalones del Melrose.

El ama de llaves nos asignó alojamiento y terminé conviviendo de nuevo con Pam y Maureen. Me sorprendió descubrir que se esperaba de nosotras que compartiéramos una habitación del tamaño aproximado del camarote en el que nos habíamos tenido que apretujar a bordo del barco. Al menos en esta ocasión ninguna se podía caer en una cama que no fuera suya a las primeras de cambio.

Transcurrieron dos semanas antes de que me concedieran el tiempo libre necesario para visitar la oficina de correos de Kensington, donde me abalancé sobre el listín telefónico. No encontré ningún Trentham.

—A lo mejor no sale en la guía —me explicó la muchacha que atendía el mostrador—. Lo que significa que, de todas formas, no iban a aceptar tu llamada.

—O puede que no haya ningún Trentham en Londres —dije, aceptando el hecho de que el museo militar era ya mi única esperanza.

Pensaba que en la universidad de Melbourne había aprendido lo que significaba la palabra sacrificio, pero las horas que se esperaba de nosotras que echáramos en el Melrose habrían puesto de rodillas hasta al soldado profesional más curtido en combate. Pese a todo, habría preferido morir a tirar la toalla, sobre todo después de que Pam y Maureen se dieran por vencidas en menos de un mes, les enviaran sendos telegramas a sus padres para que estos les mandasen dinero desde Sídney y regresaran a Australia en el primer barco que les fue posible encontrar. Por lo menos eso significaba que disponía de toda la habitación para mí hasta que llegara la siguiente remesa. Lo cierto es que a mí también me habría gustado hacer las maletas y volver a casa con ellas, pero no conocía a nadie en Australia que me pudiera enviar más de diez libras.

El primer día de permiso en el que no me sentía absolutamente agotada tomé un tren que me llevó a Hounslow, donde se encontraba ahora el museo de los fusileros reales. El revisor tuvo la amabilidad de darme las señas del edificio antes de abandonar la estación. Lo encontré tras caminar durante aproximadamente un kilómetro y medio. Daba la impresión de estar vacío, salvo por el recepcionista, un hombre vestido con un uniforme caqui y tres galones en las mangas que dormitaba detrás del mostrador. Me acerqué pisando con fuerza en el suelo para que se despertara antes de que yo llegase hasta él.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —dijo frotándose los ojos.

—Espero que sí.

—¿Australiana?

—¿Tanto se nota?

—Luché al lado de vuestros chicos en el norte de África —me explicó—. Unos soldados de primera, ya lo creo. Bueno, ¿qué puedo hacer por usted?

—Les mandé una carta desde Melbourne —dije mientras sacaba una copia manuscrita de la misiva en cuestión—, preguntando por el receptor de esta medalla. —Me saqué el cordón por la cabeza y le enseñé mi reliquia—. Se llamaba Guy Francis Trentham.

—Una Cruz Militar en miniatura —dijo el sargento sin titubear mientras sostenía la medalla en la palma de la mano—. ¿Guy Francis Trentham, ha dicho?

—Así es.

—Bueno. Echemos un vistazo al gran libro: 1914-1918, ¿le parece?

Asentí con la cabeza.

Se acercó a una estantería inmensa, combada bajo el peso de los grandes volúmenes que contenía, y sacó un libro enorme con tapas de cuero. Lo dejó encima del mostrador con estruendo, proyectando una nube de polvo en todas direcciones. En la cubierta se podía leer, en letras doradas: «Fusileros reales, condecoraciones 1914-1918».

—A ver qué encontramos —dijo mientras pasaba las páginas. Esperé pacientemente—. Aquí está nuestro hombre —anunció con gesto triunfal—. Guy Francis Trentham, capitán.

Giró el libro para permitirme leer la entrada con detenimiento. Estaba tan emocionada que tardé un momento en asimilar las palabras.

La entrada del capitán Trentham ocupaba veintidós líneas, y le pregunté si podía copiarla entera.

—Por supuesto que sí, señorita. Adelante.

Me dio una hoja enorme de papel pautado y un lapicero del ejército casi sin punta. Empecé a escribir:

La mañana del 18 de julio de 1918, el capitán Guy Trentham, del segundo batallón de los fusileros reales, comandó un destacamento desde las trincheras aliadas hasta las líneas enemigas, abatiendo a varios soldados alemanes antes de llegar a sus parapetos, donde él solo eliminó a toda una unidad de adversarios. El capitán Trentham emprendió la persecución de otros dos soldados alemanes que se habían refugiado en un bosque cercano, donde consiguió matarlos a ambos.

Esa misma noche, pese a estar rodeado por el enemigo, rescató a dos hombres de su compañía, el soldado T. Prescott y el cabo C. Trumper, que se habían extraviado del campo de batalla y estaban escondidos en una iglesia de los alrededores. Al oscurecer, los guio encabezando el camino de regreso por campo abierto mientras el enemigo abría fuego intermitentemente en su dirección.

El soldado Prescott resultó abatido por una bala trazadora alemana perdida antes de llegar al refugio de sus propias trincheras. El cabo Trumper sobrevivió a pesar de la incesante lluvia de fuego enemigo.

Por esta muestra singular de sus dotes de mando y heroísmo frente al adversario, el capitán Trentham fue condecorado con la Cruz Militar.

Tras escribir hasta la última palabra de la cita con mi letra más pulcra, cerré la tapa del libro y se lo devolví al sargento.

—Trentham —dijo—. Si no me falla la memoria, señorita, su retrato debe de estar en una de estas paredes.

El sargento agarró unas muletas, salió con esfuerzo de detrás del mostrador y cojeó hasta la esquina más alejada del museo. Hasta ese momento no me había percatado de que al pobre le faltaba una pierna.

—Por aquí, señorita. Sígame.

Notaba las manos empapadas de sudor y me sentía un poquito mareada ante la perspectiva de descubrir qué aspecto tenía mi padre. Me pregunté si nos pareceríamos en algo.

El sargento dejó atrás a los militares condecorados con la Cruz de la Victoria antes de llegar a los receptores de la Cruz Militar. Deslizó un dedo por la hilera de viejos retratos sepia pobremente enmarcados. Stevens, Thomas, Tubbs…

—Qué raro. Habría jurado que su foto estaba aquí mismo. Caray, que me aspen. Se perdería cuando hicimos el traslado desde la torre.

—¿No estará en otra parte?

—Que yo sepa no, señorita. Me lo habré imaginado, aunque yo juraría haber visto su foto cuando el museo estaba en la torre. Caray —repitió—, que me aspen.

Le pregunté si podía proporcionarme más detalles sobre el capitán Trentham y lo que había ocurrido con él desde 1918. Regresó al mostrador cojeando y buscó su nombre en la guía del regimiento.

—Ordenado en 1916, ascendido a lugarteniente en 1916, capitán en 1917, destacado en la India de 1920 a 1922…, renunció a su cargo en agosto de 1922. Desde entonces no se sabe nada de él, señorita.

—Entonces, ¿aún podría estar vivo?

—Claro que sí, señorita. Debería tener cincuenta años…, cincuenta y cinco a lo sumo.

Consulté la hora en el reloj, le di las gracias y salí corriendo del edificio, preocupada de súbito haber pasado demasiado tiempo en el museo. Mi turno comenzaba a las cinco, y si perdía el tren de vuelta a Londres, llegaría tarde.

Conseguí subir a un cochambroso vagón de tercera, me senté en un rinconcito y releí la entrada. Aunque me satisfacía pensar que mi padre había sido un héroe en la Primera Guerra Mundial, seguía sin entender por qué la señorita Benson se había mostrado siempre tan reticente a contarme cosas de él. ¿Por qué se había ido a Australia? ¿Por qué había cambiado su apellido por el de Ross? Se me ocurrió que tendría que regresar a Melbourne si quería averiguar qué había ocurrido exactamente con Guy Francis Trentham. Si me hubiera podido permitir el billete de vuelta, habría zarpado esa misma noche, pero como faltaban nueve meses para que, según el contrato que había firmado, el hotel me abonara el dinero suficiente en efectivo, me resigné a cumplir mi sentencia.

Londres en 1947 era una ciudad muy atractiva para una chica de veintitrés años, por lo que, a pesar de lo ingrato de mi trabajo, seguía disfrutando en la medida de lo posible de todo cuanto tenía que ofrecer la ciudad. Aprovechaba los ratos libres para visitar las galerías de arte, o los museos, o para ir al cine con alguna de las chicas del hotel. En un par de ocasiones llegué incluso a acompañar a un grupo de amigos a un baile en la sala Mecca, muy cerca del Strand. Recuerdo una noche en particular, cuando un tipo bastante apuesto de la RAF me sacó a bailar y, momentos después de empezar a dar vueltas por la pista, intentó besarme. El empujón que le di para apartarlo solo consiguió envalentonarlo, por lo que tuve que escapar pegándole una patada en la espinilla antes de salir corriendo. Llegué a la acera instantes después y tuve que volver yo sola al hotel.

Mientras caminaba por Chelsea, en la dirección general de Earl's Court, iba parándome de vez en cuando para admirar los inalcanzables productos que se exhibían en todos los escaparates. Me fascinó especialmente un largo chal de seda azul que cubría los hombros de un maniquí elegante y esbelto. Me detuve para fijarme en el cartel que colgaba sobre la puerta: «Trumper's». Me sonaba de algo ese nombre, pero no sabía por qué. Reanudé la marcha y continué devanándome los sesos, pero el único Trumper que me venía a la memoria era el legendario jugador de críquet australiano que había fallecido antes de que yo naciera. De improviso, en plena noche, caí en la cuenta. C. Trumper era el cabo que se mencionaba en la entrada sobre mi padre. Me levanté de la cama de un salto, abrí el cajón inferior de mi pequeño escritorio y repasé las palabras que había copiado durante mi visita el museo de los fusileros reales.

Era la primera vez que me tropezaba con ese apellido desde que llegué a Inglaterra, por lo que me pregunté si el dueño de la tienda estaría relacionado de alguna manera con el militar y podía ayudarme a encontrarlo. Decidí volver al museo de Hounslow la próxima vez que tuviera un día

libre para ver si mi amigo cojo era capaz de ayudarme de nuevo.

—Me alegra verla otra vez por aquí, señorita —dijo cuando me acerqué al mostrador. Me conmovió que se acordara de mí—. ¿Busca usted más información?

—En efecto. El cabo Trumper, ¿no será…?

—Charlie Trumper, el mercader respetable. El mismo que viste y calza, señorita. Aunque ahora tenemos que llamarlo sir Charles y es el dueño de todas las tiendas de Chelsea Terrace.

—Me lo imaginaba.

—Estaba a punto de hablarle de él el otro día, señorita, antes de que se fuera corriendo —dijo con una amplia sonrisa—. Se habría ahorrado un viaje en tren y por lo menos seis meses de preocupaciones.

Al día siguiente por la tarde, en lugar de ir a Notting Hill para ver a Greta Garbo en el Gate Cinema, me dirigí a Chelsea Terrace, me senté en un banco desvencijado y contemplé los escaparates. Sir Charles daba la impresión de poseer casi todas las tiendas de la calle. No pude por menos de preguntarme por qué dejaba que hubiera un solar tan grande justo en el centro.

El siguiente problema que debía resolver era cómo podría hablar con él. La única idea que se me ocurrió fue llevar mi medalla al número 1 para que la valorasen…, y encomendarme a la suerte.

Durante toda la semana siguiente me tocaba el turno de día en el hotel, por lo que no pude volver al número 1 de Chelsea Terrace antes del lunes por la tarde, cuando le enseñé mi Cruz Militar a la chica del mostrador y pregunté si podían tasarla. Inspeccionó la diminuta reliquia antes de llamar a otro empleado para que la examinara más a fondo. Un hombre alto y con pinta de entendido dedicó un momento a inspeccionar la pieza antes de ofrecer su opinión.

—Una Cruz Militar en miniatura —declaró—, llamada a veces Cruz Militar de gala porque solía prenderse en la solapa para asistir a las celebraciones del regimiento. Su valor aproximado es de diez libras. —Titubeó un momento—. Aunque Spink's, en el 5 de King Street SW1, le podría ofrecer una estimación más exacta.

—Gracias —dije. No había descubierto nada nuevo y no se me ocurría cómo interesarme por el pasado militar de sir Charles Trumper.

—¿La puedo ayudar con alguna cosa más? —preguntó al ver que yo permanecía anclada en el sitio.

—¿Cómo se consigue un trabajo aquí? —farfullé, sintiéndome como una idiota.

—Envíenos su solicitud, incluya todos los detalles sobre sus cualificaciones y su experiencia, y nos pondremos en contacto con usted en cuestión de unos días.

—Gracias —dije, y me fui sin añadir otra palabra.

Esa misma noche redacté a mano una extensa carta en la que enumeraba mis cualificaciones como historiadora del arte. Vistas sobre el papel, no me parecieron tan impresionantes.

A la mañana siguiente reescribí la carta en el papel más elegante del hotel antes de poner en el sobre: «Solicitudes de empleo» (puesto que no tenía ningún nombre de contacto aparte de Trumper's), número 1 de Chelsea Terrace, Londres SW3.

Por la tarde, le entregué la misiva en mano a la chica del mostrador de la casa de subastas, sin la menor esperanza de obtener ninguna respuesta. Fuera como fuese, tampoco estaba segura de lo que iba a hacer si me ofrecían un puesto, dado que tenía planeado volver a Melbourne dentro de unas semanas y seguía sin saber muy bien cómo trabajar en Trumper's podría ayudarme a

conocer en persona a sir Charles.

Diez días más tarde recibí una carta del departamento de personal en la que se me informaba de que les gustaría entrevistarse conmigo. Invertí cuatro libras con quince chelines del sueldo que tanto esfuerzo me había costado ganar en un vestido nuevo que acabó con casi todos mis ahorros y llegué a la entrevista con más de una hora de antelación. Durante ese tiempo descubrí que sir Charles, efectivamente, parecía vender todo lo que cualquier ser humano pudiera desear, siempre y cuando tuviera el dinero necesario para costeárselo.

Cuando por fin hubo pasado la hora, entré en el edificio y me presenté en recepción antes de que me condujeran a un despacho de la última planta. La entrevistadora dijo que no entendía por qué estaba limpiando habitaciones en un hotel con mis cualificaciones, hasta que le expliqué que ese era el único empleo disponible para quienes no se podían costear el pasaje a Inglaterra.

Sonrió antes de advertirme que, si quería trabajar en el número 1, todo el mundo empezaba en el mostrador de la entrada. Pero ascendían enseguida si demostraban su valía.

—Así empecé yo en Sotheby's —añadió la entrevistadora. Me dieron ganas de preguntarle cuánto tiempo se había pasado allí.

—Me encantaría trabajar en Trumper's —le dije—, pero me temo que todavía me faltan dos meses para terminar mi contrato con el hotel Melrose.

—En tal caso, la tendremos que esperar —replicó sin vacilación—. Puede incorporarse usted el 1 de septiembre, señorita Ross. Le confirmaré todos los detalles por escrito antes del viernes.

La oferta me había hecho tanta ilusión que se me olvidó por qué había solicitado trabajar allí, hasta que la entrevistadora me envió la carta prometida y conseguí descifrar su firma garabateada al pie de la hoja.

40

Cathy solo llevaba trabajando once días en la recepción de la casa de subastas cuando Simon Matthews le pidió que le ayudase a preparar el catálogo de la venta italiana. Fue el primero en darse cuenta de que la muchacha, como primera línea de defensa de la casa de subastas, gestionaba la multitud de preguntas que le planteaban sin molestar a nadie buscando una segunda opinión. Se dejaba la piel por Trumper's igual que había hecho en el Melrose, aunque con una diferencia: ahora su trabajo le parecía gratificante.

Por primera vez en su vida, Cathy se sentía como si formase parte de una familia, puesto que Rebecca Trumper siempre se mostraba relajada y cordial con sus empleados, a los que trataba como iguales. Su sueldo era mucho más generoso que el mínimo imprescindible que había recibido de su antiguo empleador, y la habitación que le habían dado encima de la carnicería del número 135 era un palacio en comparación con su cuartucho en la trastienda del hotel.

Decidida a demostrar su valía en el número 1 de Chelsea Terrace, averiguar más información sobre su padre empezaba a parecerle cada vez menos importante. A fin de preparar el catálogo para la venta italiana, lo primero que tuvo que hacer fue comprobar el historial de los cincuenta y nueve cuadros que se iban a subastar. Para ello recorrió Londres de biblioteca en biblioteca y llamó por teléfono a una galería de arte tras otra, recabando información sobre cada uno de los artículos. Al final, solo uno de los cuadros continuaba siendo un misterio: el de la Virgen María con el Niño Jesús, anónimo y sin más credenciales que haber pertenecido a la colección privada de sir Charles Trumper antes de caer en manos de su actual propietaria, una tal Kitty Bennett.

Cuando Cathy le preguntó a Simon Matthews si podía darle alguna pista sobre la pintura, el director del departamento le dijo que pensaba que podría pertenecer a la escuela de Bronzino.

Simon, que era el encargado de la subasta, continuó sugiriéndole que consultara los libros con recortes de periódicos.

—Casi todo lo que necesitas saber sobre los Trumper está ahí, en alguna parte.

—¿Y dónde puedo encontrarlos?

—En la cuarta planta, en esa habitación tan pequeña que hay al final del pasillo.

Cuando por fin hubo encontrado el cubículo que contenía los archivos, Cathy tuvo que quitar una capa de polvo y alguna que otra telaraña para examinar las reliquias anuales. Se sentó en el suelo para continuar pasando las páginas, cada vez más absorta en el auge de Charles Trumper, desde sus días como propietario de su primera carreta en Whitechapel a la propuesta de sus planes para Trumper's en Chelsea. Aunque las referencias a aquellos primeros años eran difusas, Cathy encontró un pequeño artículo en el *Evening Standard* que le llamó la atención. En la esquina superior derecha de la página, amarillenta por el paso del tiempo, estaba impresa la fecha: 8 de septiembre de 1922.

En la mañana de ayer, un desconocido muy alto que debía de rondar la treintena, desaliñado y

vestido con un viejo gabán del ejército, se coló en el hogar del señor Charles Trumper y su señora, en el 11 de Gilston Road, en Chelsea. El intruso escapó con un pequeño cuadro al óleo sin demasiado valor. La señora Trumper, embarazada de siete meses, se encontraba en la casa en esos momentos y se desplomó a causa de la impresión. Su marido la transportó al hospital de Guy.

A su llegada, el cirujano jefe Armitage realizó una operación de emergencia, pero la pequeña nació muerta. La señora Trumper deberá pasar varios días en observación antes de abandonar el hospital.

A la policía le gustaría entrevistar a todo el que pudiera haber estado en los alrededores en esos momentos.

Cathy continuó leyendo otro artículo, fechado tres semanas más tarde.

La policía ha encontrado un abrigo del ejército abandonado que podría ser el que llevaba el hombre que entró en el 11 de Gilston Road, en Chelsea, el hogar de Charles Trumper y su señora, en la mañana del 7 de septiembre. El origen de la prenda conduce hasta el capitán Trentham, antiguo miembro de los fusileros reales, quien hasta hace poco servía con su regimiento en la India.

Cathy releyó una y otra vez ambos artículos. ¿Podría ser realmente la hija del hombre que había intentado robar a sir Charles y había tenido la culpa de que perdiera a su hija? ¿Y dónde encajaba ese cuadro? ¿Cómo había acabado en poder de la señora Bennett? Y lo más importante de todo, ¿por qué le interesaba tanto a lady Trumper un óleo aparentemente sin importancia de un artista desconocido? Incapaz de responder ninguna de esas preguntas, Cathy cerró el libro de recortes y lo metió debajo de la pila. Tras lavarse las manos, quería volver abajo y plantearle todas esas preguntas a lady Trumper, una por una, pero sabía que era imposible.

Una vez completado el catálogo, cuando ya llevaba una semana a la venta, lady Trumper llamó a Cathy a su despacho. Cathy esperaba que no hubieran encontrado algún error espantoso, o que no se hubiera descubierto algún detalle sobre el cuadro de la Virgen María que ella debería haber descubierto a tiempo para incluirlo en el catálogo.

Cuando Cathy entró en la oficina, Becky dijo:

—Enhorabuena.

—Gracias —replicó Cathy, sin saber muy bien por qué la estaba felicitando.

—Se han vendido todos los ejemplares del catálogo y vamos a tener que sacar una reimpresión para satisfacer tanta demanda.

—Lamento no haber encontrado ninguna información relevante sobre el cuadro de su marido —dijo Cathy, aliviada porque no fuera ese el motivo por el que Rebecca quería verla. También esperaba que su jefa pudiera contarle en confianza cómo había llegado el pequeño óleo a manos de sir Charles, y quizás arrojar algo de luz sobre la conexión entre los Trumper y el capitán Trentham.

—No me sorprende —replicó Becky, sin ofrecer más explicaciones.

«Verá, me he tropezado con un artículo en los archivos que mencionaba a un tal capitán Guy Trentham y me preguntaba…», le habría gustado decir a Cathy, pero guardó silencio.

—¿Te gustaría ser una de las ojeadoras cuando tenga lugar la venta, la semana que viene? —preguntó Becky.

El día de la subasta italiana, Simon acusó a Cathy de estar hecha un huracán de energía, cuando lo cierto es que estaba hecha un manojo de nervios por dentro.

Cuando comenzó la puja, los cuadros fueron superando sus respectivos precios estimados uno tras otro, y Cathy se alegró mucho cuando *La basílica de san Marcos* batió todos los récords para tratarse de un Canaletto.

Se le formó un nudo en la garganta cuando el pequeño óleo de sir Charles reemplazó a la obra maestra. Quizá fuera la forma en que se reflejaba la luz en el lienzo, pero lo cierto era que para ella ya no cabía ninguna duda de que también era una obra maestra. Su primer pensamiento fue que, si tuviera doscientas libras, habría pujado ella misma por él.

El clamor que estalló cuando se hubo retirado el cuadro del caballete no hizo sino intensificar el nerviosismo de Cathy. Sospechaba que el acusador podía estar en lo cierto al afirmar que el cuadro era un Bronzino original. No había visto nunca un ejemplo mejor de sus bebés regordetes con halos iluminados por el sol. Lady Trumper y Simon no cargaron ninguna culpa sobre los hombros de Cathy mientras continuaban asegurándole a todo el que preguntaba que el cuadro era una copia y hacía años que la galería tenía conocimiento de su existencia.

Cuando por fin terminó la subasta, Cathy examinó el albarán para cerciorarse de que todos los artículos estuvieran en el orden correcto y no cupiera ninguna duda sobre quién los había comprado. Simon se encontraba a escasa distancia, hablando con el dueño de otra galería sobre los cuadros que se iban a poner a la venta para particulares después de que no hubieran alcanzado el precio previsto. Se quedó petrificada cuando lady Trumper se dirigió a Simon en cuanto el galerista se hubo marchado para decir:

—La condenada señora Trentham ha vuelto a las andadas. ¿No has visto a esa arpía al fondo de la sala?

Simon asintió con la cabeza, pero no hizo ningún comentario.

Aproximadamente una semana después de que el obispo de Reims hubiera emitido su veredicto, Simon invitó a Cathy a cenar en su apartamento de Pimlico.

—Una pequeña celebración —añadió, explicando que había extendido la invitación a todos los que habían estado implicados directamente en la venta italiana.

Cuando Cathy llegó aquella noche, encontró a varios empleados del departamento de grandes clásicos disfrutando de una copa de vino, y para cuando se sentaron a cenar, Rebecca Trumper era la única que todavía no estaba presente. Cathy experimentó una vez más el entorno familiar que los Trumper creaban incluso en su ausencia. Todos los invitados disfrutaron de una cena suculenta consistente en crema de aguacate seguida de pato silvestre; Simon se había pasado toda la tarde preparándola, según descubrieron. Ella y un joven llamado Julian, que trabajaba en el departamento de incunables, se quedaron para ayudar a recoger los platos después de que los demás se hubieran marchado.

—No os molestéis en fregar nada —dijo Simon—. Mi «chica para todo» se encargará de eso por la mañana.

—La típica actitud machista —replicó Cathy mientras seguía fregando los platos—. Sin embargo, debo confesar que tenía otra razón para quedarme.

—¿Y de qué se trata? —preguntó él mientras agarraba un trapo de cocina y hacía como que intentaba ayudar a Julian a secar la vajilla.

—¿Quién es la señora Trentham? —preguntó Cathy de sopetón. Cuando Simon se giró de golpe para mirarla, la muchacha añadió con torpeza—. Oí que Becky te mencionaba su nombre unos minutos después de que terminara la subasta y el hombre de la chaqueta de tweed que había causado tanto alboroto se hubiera esfumado.

Simon tardó unos instantes en contestar a la pregunta, como si estuviera sopesando lo que debería decir. Dos platos secos más tarde, empezó:

—La historia se remonta a hace mucho tiempo, cuando yo todavía no trabajaba en Trumper's. Y no olvidemos que Becky y yo estuvimos juntos durante cinco años en Sotheby's antes de que me pidiera que me uniese a ella en su casa de subastas. Lo cierto es que ignoro por qué se aborrecen tanto la señora Trentham y ella, pero sí sé que el hijo de la señora Trentham, Guy, y sir Charles sirvieron en el mismo regimiento durante la Primera Guerra Mundial, y que Guy Trentham tuvo algo que ver con ese cuadro de la Virgen María y el Niño que tuvimos que retirar de la venta. La única información que ha llegado a mis oídos con el paso de los años es que Guy Trentham se largó a Australia poco después… Oye, que esa era una de mis tazas de café más delicadas.

—Lo siento mucho —dijo Cathy—. Qué torpe soy. —Se agachó para recoger los trozos de porcelana que se habían desperdigado por el suelo de la cocina—. ¿Dónde puedo encontrar otra?

—En el departamento de loza de Trumper's —dijo Simon—. Cuestan como dos chelines cada una. —Cathy se rio mientras él añadía—: Sigue mi consejo y recuerda que los empleados más antiguos tienen una regla de oro sobre la señora Trentham.

Cathy dejó de recoger los pedazos.

—Nadie pronuncia su nombre delante de Becky a menos que ella saque antes el tema. Y no menciones nunca el nombre de Trentham en presencia de sir Charles. De lo contrario, es muy probable que te despidiera en el acto.

—Creo que no corro ningún peligro en ese sentido. Todavía no lo conozco. De hecho, lo más cerca que he estado de él fue cuando lo vi sentado en la séptima fila durante la subasta italiana.

—Bueno, por lo menos eso sí tiene arreglo. ¿Te apetecería acompañarme a la fiesta de que celebran los Trumper el próximo jueves para inaugurar su nueva casa en Eaton Square?

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto —replicó Simon—. De todas formas, no creo que sir Charles viera con buenos ojos que me presentara con Julian.

—¿No les parecerá presuntuoso que una empleada con tan poca antigüedad aparezca del brazo del director del departamento?

—A sir Charles seguro que no. Ese hombre desconoce el significado de la palabra «presuntuoso».

Cathy aprovechó los descansos para almorzar para dedicar varias horas a recorrer las tiendas de Chelsea antes de seleccionar lo que le pareció el atuendo adecuado para la fiesta de inauguración del hogar de los Trumper. Al final se decantó por un vestido amarillo con una banda en la cintura que la dependienta describió como adecuado para una fiesta de gala. En el último momento le dio miedo que, por su escasa longitud, pudiera ser demasiado atrevido para semejante ocasión.

Sin embargo, cuando Simon la recogió en el 135, su primer comentario fue:

—Vas a causar sensación, te lo aseguro.

Su confianza sin reservas le infundió seguridad en sí misma, por lo menos hasta que llegaron al hogar de los Trumper, en Eaton Square.

Mientras Simon llamaba a la puerta de la residencia de su empleador, Cathy esperó que no resultara demasiado evidente que era la primera vez que la invitaban a un sitio tan bonito. Sin embargo, se olvidó de todos sus reparos en cuanto el mayordomo los invitó a pasar. Su mirada se posó de inmediato en el banquete que los esperaba. Mientras los demás invitados daban cuenta de las aparentemente interminables reservas de champagne y saqueaban las bandejas de canapés, ella concentró su atención en otra parte e incluso empezó a subir la escalera, saboreando aquella colección de manjares para la vista uno por uno.

Primero un Courbert, una naturaleza muerta de exuberantes rojos, naranjas y verdes; después un Picasso con dos palomas rodeadas de pétalos rosas cuyos picos se rozaban hasta casi tocarse; a continuación, un Pissarro en el que una anciana acarreaba una brazada de heno, con el conjunto dominado por distintos tonos de verde. Pero lo que le arrebató el aliento fue el Sisley, cuyos tonos pastel convergían sobre un tramo del Sena.

—Ese es mi favorito —dijo una voz a su espalda. Al girarse, Cathy vio a un joven muy alto con el pelo alborotado y una sonrisa contagiosa. La chaqueta que llevaba puesta no parecía de su talla, tenía la pajarita torcida y se apoyaba en la barandilla como si dependiera de ella para mantenerse de pie.

—Es muy bonito —admitió—. De joven me gustaba pintar, pero fue precisamente Sisley el que me convenció de que desistiera.

—¿Por qué?

Cathy suspiró.

—Sisley acabó ese cuadro cuando tenía diecisiete años y todavía estaba estudiando.

—Santo cielo, pero si estoy en presencia de toda una experta —dijo el desconocido, arrancándole una sonrisa a Cathy—. Creo que deberíamos ir a ver las obras del pasillo de arriba.

—¿Crees que a sir Charles le molestará?

—Lo dudo —replicó el muchacho—. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tendría ser un coleccionista si los demás nunca pueden admirar lo que tienes?

Envalentonada por su confianza, Cathy subió otro escalón.

—Magnífico —dijo—. Un Sickert de la primera época. No salen casi nunca al mercado.

—Está claro que trabajas en una galería de arte.

—Trabajo en Trumper’s —declaró Cathy con orgullo—. En el número 1 de Chelsea Terrace. ¿Y tú?

—Yo también trabajo para los Trumper, más o menos.

Cathy vio por el rabillo del ojo a sir Charles, que acababa de salir de una de las habitaciones de la planta de arriba. Su primer encuentro con el presidente. Le habría gustado desaparecer por el ojo de una cerradura, como a Alicia, pero su compañero se mantuvo imperturbable, como si estuviera en su casa.

El anfitrión sonrió mientras bajaba por las escaleras.

—Hola —dijo al llegar a su altura—. Soy Charlie Trumper y ya he oído hablar de usted, jovencita. La vi en la subasta italiana, por supuesto. Becky me ha contado que está haciendo

usted un trabajo estupendo. Enhorabuena por el catálogo, por cierto.

—Gracias, señor —dijo Cathy, sin saber muy bien cómo reaccionar mientras el presidente reanudaba su descenso, encadenando una frase tras otra como una ametralladora sin prestarle la menor atención a su acompañante.

—Veo que ya conoce a mi hijo —añadió sir Charles, girando la cabeza para mirarla—. No se deje engañar por esa cara de empollón. En el fondo está hecho un granuja, como su padre. Enséñale el Bonnard, Daniel.

Dicho lo cual, sir Charles se metió en la sala de estar.

—Ah, sí, el Bonnard. El ojito derecho de mi padre —dijo Daniel—. La excusa perfecta para llevarme una chica al dormitorio.

—¿Eres Daniel Trumper?

—No, qué va. Yo soy Raffles, el célebre ladrón de obras de arte —dijo Daniel mientras tomaba a Cathy de la mano y la conducía a la habitación de sus padres, en la planta de arriba—. Bueno, ¿qué te parece?

—Asombroso —fue lo único que Cathy acertó a decir mientras contemplaba el enorme desnudo de Bonnard (de su amante, Maria, secándose) que colgaba sobre la cama de matrimonio.

—Mi padre se siente tremendamente orgulloso de esta señorita en particular —le explicó Daniel—. Como nos recuerda siempre que puede, solo pagó trescientas guineas por ella. Casi tan buena ganga como el…

Daniel dejó la frase inacabada flotando en el aire.

—Tiene un gusto excelente.

—El ojo sin formación más certero de todo el negocio, dice siempre mi madre. Y como todos los cuadros que hay en esta casa los ha elegido él, ¿quién soy yo para llevarle la contraria?

—¿Tu madre no ha escogido ninguno?

—Ni uno solo. Mi madre es vendedora por naturaleza, mientras que mi padre es un comprador nato, una combinación sin rival desde que Duveen y Berenson acorralaron el mercado de las obras de arte.

—Esos dos deberían haber acabado en la cárcel —dijo Cathy.

—Sospecho que mi padre acabará en el mismo sitio que Duveen.

Cathy se rio.

—Creo que deberíamos bajar y comer algo antes de que se agoten las existencias.

Cuando entraron en el salón, Daniel se acercó a la mesa que había al fondo de la habitación, echó mano de dos tarjetas de comensales y les dio la vuelta.

—Vaya, señorita Ross, que me aspen —dijo el muchacho, ofreciéndole una silla mientras los demás invitados empezaban a ocupar sus lugares—. Después de tanto parlotear para nada, resulta que nos ha tocado sentarnos uno al lado del otro.

Cathy se sentó junto a él con una sonrisa y se fijó en una joven de aspecto tímido que buscaba su tarjeta desesperadamente alrededor de la mesa. Poco después, Daniel respondía a todas sus preguntas sobre Cambridge y le pedía que se lo contara todo sobre Melbourne, ciudad en la que no había estado nunca, le dijo.

—¿Y a qué se dedican tus padres? —llegó por fin la inevitable pregunta.

—No lo sé —replicó Cathy sin titubear—. Soy huérfana.

Daniel esbozó una sonrisa.

—En tal caso, estamos hechos el uno para el otro.

—¿Y eso?

—Soy hijo de un verdulero y una panadera de Whitechapel. ¿Una huérfana de Melbourne, has dicho? Te aseguro que en el orden social estás un escalafón por encima de mí.

Cathy se rio mientras Daniel rememoraba los primeros pasos profesionales de sus progenitores, y conforme transcurría la velada empezó a darse cuenta de que este podría ser el primer hombre con el que no le importaba hablar de su inexplicable y misterioso pasado.

Cuando se hubo retirado el último plato y se quedaron disfrutando de la sobremesa, Cathy notó que la chica tímida se había colocado directamente detrás de su silla. Daniel se levantó para presentarle a Marjorie Carpenter, catedrática de matemáticas de Girton. Era evidente que la muchacha había acudido a la fiesta en calidad de invitada de Daniel y se había llevado una sorpresa, por no decir una decepción, al ver que no iba a sentarse a su lado durante la cena.

Los tres conversaron sobre la vida en Cambridge hasta que la marquesa de Wiltshire usó una cuchara para aporrear la mesa y reclamar la atención de todos los presentes antes de pronunciar un discurso aparentemente improvisado. Cuando anunció el brindis por fin, todos se pusieron en pie y levantaron sus copas por Trumper's. A continuación, la marquesa le dio a sir Charles una maqueta a escala de Trumper's con forma de caja de plata para los puros; a juzgar por la cara que puso el presidente, era indudable que el regalo le había encantado. Tras unas palabras tan ingeniosas como poco improvisadas, sospechó Cathy, sir Charles volvió a sentarse en su silla.

—Debería irme ya —anunció Cathy unos minutos más tarde—, que mañana tengo que madrugar. Ha sido un placer conocerte, Daniel —añadió en un arrebato de formalidad. Se dieron la mano como si fueran dos desconocidos.

—Espero que podamos volver a hablar pronto —dijo él mientras Cathy iba a darle las gracias a los anfitriones por una velada tan memorable. Se marchó sola, pero no antes de ver que Simon estaba enfrascado en una conversación con una muchacha rubia que se había incorporado a la galería hacía poco para trabajar en el departamento de tapices y alfombras.

Salió de Eaton Square y cruzó Chelsea Terrace dando un paseo, saboreando hasta el último momento de la noche. Cuando llegó a su pequeño apartamento en el número 135, escasos minutos después de las doce, se sintió un poquito como Cenicienta.

Mientras se desvestía, Cathy pensó en lo mucho que le había gustado la fiesta, sobre todo por la compañía de Daniel. También la había llenado de gozo ver tantas obras de sus artistas predilectos. Se preguntó si… El sonido del teléfono interrumpió sus cavilaciones.

Puesto que ya era medianoche pasada, descolgó pensando que alguien se habría equivocado de número.

—Te dije que esperaba volver a hablar pronto contigo —dijo una voz.

—Acuéstate, botarate.

—Ya estoy en la cama. Hablamos por la mañana —añadió la voz. Cathy oyó un chasquido.

Daniel llamó de nuevo a la mañana siguiente, poco después de las ocho.

—Acabo de salir del baño —dijo ella.

—Entonces debes de estar como la Maria del cuadro. Debería ir a ayudarte a elegir una toalla.

—Ya estoy envuelta en una, gracias.

—Lástima —dijo Daniel—. Soy un secador experto. Pero ya que eso no puede ser —añadió sin darle tiempo a replicar—, ¿te apetece que nos veamos este sábado en el Trinity? Hay una

fiesta en la universidad. Solo tenemos un par de ellas por evaluación, así que, como me digas que no, será imposible que volvamos a vernos hasta dentro de por lo menos tres meses.

—Siendo así, acepto. Pero solo porque hace siglos que no voy a ninguna fiesta académica.

El viernes siguiente, tras haber pedido el sábado libre en la galería, Cathy llegó a Cambridge en tren para descubrir a Daniel esperándola en el andén. Aunque la junta directiva del Trinity College tenía fama de intimidar incluso al más intrépido de sus invitados, lo cierto es que Cathy se sintió muy cómoda rodeada de catedráticos. Pese a todo, no pudo por menos de preguntarse cómo era posible que tantos de ellos fuesen tan ancianos si tenían por costumbre pegarse esos atracones.

—No se puede comer solo pan —dijo Daniel por toda explicación durante el transcurso del banquete de siete platos.

La muchacha se imaginó que la bacanal debía de haber terminado cuando los llevaron a la logia del decano, tan solo para descubrir que los aguardaban aún más manjares, acompañados de una escancia de oporto que pasaba de mano en mano sin cesar y nunca parecía quedarse vacía. Consiguió escapar, a la larga, pero no antes de que el reloj de la torre del Trinity hubiera dado las doce. Daniel la escoltó a una habitación de invitados, al otro lado del patio principal, y le sugirió asistir juntos a los maitines en King's College a la mañana siguiente.

—Menos mal que no me has pedido que te acompañe a desayunar —dijo Cathy mientras Daniel la besaba en la mejilla antes de darle las buenas noches.

El cuarto que Daniel había reservado para Cathy era aún más pequeño que el del 135, a pesar de lo cual se quedó dormida en cuanto su cabeza tocó la almohada, y solo consiguió despertarla un coro de campanas que dedujo que debían de ser las de la capilla de King's College.

Daniel y Cathy llegaron a la puerta de la capilla momentos antes de que los cantores cruzaran la nave desfilando en fila de a uno. Los himnos que entonaron le parecieron aún más conmovedores que en la grabación para gramófono que ella tenía, con tan solo la foto del coro en la funda para sugerir cómo debía de ser realmente la experiencia en directo.

Una vez finalizada la ceremonia, Daniel le sugirió dar un paseo por los Backs «para terminar de despejar la cabeza». La tomó de la mano y ya no se la soltó hasta que hubieron regresado al Trinity, una hora más tarde, para disfrutar de un almuerzo ligero.

Por la tarde le enseñó el museo Fitzwilliam, donde Cathy se quedó embelesada delante del *Saturno devorando a su hijo* de Goya.

—Me recuerda al banquete de anoche —bromeó Daniel antes de llevarla al Queens' College, donde escucharon el recital de una fuga de Bach interpretada por un cuarteto de cuerda integrado por estudiantes. Cuando se marcharon, las farolas que jalonaban Silver Street ya habían empezado a parpadear.

—Saltémonos la cena, por favor —imploró Cathy con una sonrisa mientras regresaban dando un paseo por el Puente Matemático.

Daniel se rio por lo bajo y, tras parar en el Trinity para recoger su maleta, la llevó sin ninguna prisa a Londres en su pequeño MG.

—Gracias por este fin de semana tan maravilloso —dijo Cathy cuando Daniel hubo aparcado delante del 135—. De hecho, «maravilloso» se queda corto para describir los dos últimos días.

Daniel la besó con ternura en mejilla.

—Repitámoslo el fin de semana que viene —sugirió.

—Ni loca. Quiero decir, a menos que fuese mentira eso de que te gustan las mujeres delgadas.

—De acuerdo, repitámoslo sin tanta comida y tal vez incluso con algún partido de tenis entremedias. Podría ser mi única oportunidad de comprobar la calidad del equipo suplente de la Universidad de Melbourne.

Cathy se rio.

—¿Le darás las gracias a tu madre por invitarme a la fiesta del jueves? Ha sido una semana realmente memorable.

—Lo haría, pero lo más probable es que tú la veas antes que yo.

—¿No vas a quedarte a dormir en casa de tus padres?

—No, tengo que volver a Cambridge. Me toca tutoría mañana a las nueve.

—Podrías haber tomado el tren.

—Entonces habría tenido dos horas menos para disfrutar de tu compañía —replicó Daniel mientras le decía adiós con la mano.

41

La primera vez que se acostaron juntos, en la incómoda cama individual de la acogedora aunque diminuta habitación de Daniel, Cathy supo que le gustaría pasar el resto de su vida con él. Ojalá no fuera hijo de sir Charles Trumper.

Le rogó que no les contara a sus padres que se estaban viendo con tanta frecuencia. Estaba decidida a demostrar su valía en Trumper's, le explicó, y no quería ningún trato de favor por estar saliendo con el hijo del jefe.

La subasta de plata, el encuentro con el hombre de la corbata amarilla y su posterior soplo al periodista del *Telegraph* le infundieron la seguridad que necesitaba para atreverse a confesarles a los Trumper que se había enamorado de su hijo.

El lunes después de la venta de plata, Becky invitó a Cathy a unirse a la junta directiva de la casa de subastas, que hasta entonces solo había estado formada por Simon, Peter Fellowes (el director de investigación) y la propia Becky.

Esta quería asimismo que Cathy preparase el catálogo de la subasta impresionista de otoño y asumiera varias responsabilidades más, incluida la supervisión general del mostrador principal.

—Próxima parada: un puesto en la junta directiva —bromeó Simon.

Esa misma mañana, Cathy llamó a Daniel por teléfono para contarle todas las nuevas.

—¿Significa eso que por fin podemos dejar de engañar a mis padres?

Cuando el padre de Daniel lo llamó unas semanas más tarde para decirle que su madre y él pensaban bajar a Cambridge, pues querían hablar de «algo importante» con él, Daniel los invitó a tomar el té en su habitación el domingo siguiente, no sin antes advertirles que también él tenía «algo importante» que contarles.

Daniel y Cathy hablaron por teléfono a diario esa semana, y la muchacha empezó a pensar que sería buena idea avisar por lo menos a los padres de Daniel de que ella también iba a estar presente cuando tomaran el té. Daniel descartó la idea, sin embargo, alegando que rara vez se le presentaba la oportunidad de robarle el protagonismo a su padre y no tenía la menor intención de dejar escapar esa ocasión de ver la cara de sorpresa que ponían los dos.

—Y te contaré otro secreto —dijo Daniel—. He solicitado un puesto como profesor de matemáticas en King's College, en Londres.

—No sabe usted el sacrificio que está haciendo, doctor Trumper —replicó Cathy en tono de broma—, porque cuando se venga a vivir a Londres no seré capaz de alimentarlo como hacen en el Trinity.

—Estupenda noticia. Así no tendré que visitar tan a menudo a mi sastre.

El té que sirvió Daniel no podría haber sido una ocasión más feliz, pensó Cathy, aunque Becky parecía un poco nerviosa al principio; nerviosismo que se intensificó tras recibir la misteriosa llamada de un tal señor Baverstock.

El entusiasmo con el que sir Charles recibió la noticia de que Daniel pensaba casarse durante las vacaciones de pascua era tan inconfundiblemente sincero como el alborozo de Becky ante la perspectiva de que Cathy se convirtiese en su nuera. Charlie sorprendió a Cathy cambiando repentinamente de tema para preguntar quién había pintado la acuarela que había encima de la mesa de Daniel.

—Cathy —respondió Daniel por ella—. Por fin vamos a tener una artista en la familia.

—¿También pintas, jovencita? —preguntó Charlie, sorprendido.

—Y tanto que sí —dijo Daniel, contemplando la acuarela—. Es mi regalo de pedida —explicó—. Más aún, se trata del único original que ha pintado Cathy desde que llegó a Inglaterra, así que su valor es incalculable.

—¿Te importaría pintar uno para mí? —preguntó Charlie tras examinar más detenidamente la pequeña acuarela.

—Será un placer —replicó Cathy—. Pero ¿dónde podría colgarlo? ¿En la cochera?

Después del té, los cuatro salieron a pasear por los Backs. Cathy se sintió un poco decepcionada cuando los padres de Daniel, que parecían deseosos de volver a Londres, se disculparon por no poder asistir a la capilla con ellos.

A su regreso de la misa de vísperas, tras hacer el amor en la cama de Daniel, Cathy le confesó que no veía el momento de que llegaran por fin las vacaciones de pascua.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó él.

—Creo que la regla ya se me ha retrasado una semana.

Daniel se alegró tanto con la noticia que se dispuso a llamar a sus padres para compartir su entusiasmo con ellos.

—No seas tonto —dijo Cathy—. Todavía no hay nada confirmado. Tan solo espero que tus padres no se escandalicen cuando se enteren.

—¿Escandalizarse? Serían las personas menos indicadas para ello. Ni siquiera se casaron hasta una semana después de que yo naciera.

—¿Cómo lo sabes?

—He comparado la fecha en mi partida de nacimiento, en Somerset House, con la de su certificado de matrimonio. Así de fácil. Es como si nadie quisiera reconocer de quién era.

Esa última frase bastó para convencer a Cathy de que debía resolver el misterio de su posible vínculo con la señora Trentham de una vez por todas, antes de la boda. Aunque Daniel había conseguido distraerla del problema de su parentesco durante un año, no soportaba la idea de que los Trumper pensaran más adelante que había intentado engañarlos, o peor aún, que tenía algún tipo de relación con esa mujer a la que aborrecían sobre todas las cosas. Ahora que Cathy había descubierto por casualidad dónde vivía la señora Trentham, decidió mandarle una carta en cuanto volviera a Londres.

Redactó un borrador el domingo por la noche y madrugó a la mañana siguiente para escribir la versión definitiva:

135 Chelsea Terrace
Londres SW3
27 de noviembre de 1950

Estimada señora Trentham:

Me pongo en contacto con usted, pese a ser una completa desconocida, con la esperanza de que pueda ayudarme a resolver un misterio que me angustia desde hace años.

Nací en Melbourne, Australia, y nunca he conocido a mis padres, puesto que me abandonaron cuando yo era aún muy pequeña. Me crie en el orfanato de St. Hilda. El único recuerdo que conservo de la existencia de mi padre es una Cruz Militar en miniatura que me dio antes de desaparecer para siempre. Grabadas en una de las aspas se pueden leer las iniciales «G.F.T.».

El conservador del museo de los fusileros reales de Hounslow me ha confirmado que esa medalla se la concedieron al capitán Guy Francis Trentham el 22 de julio de 1918, por el valor demostrado durante la segunda batalla del Marne.

¿Sería posible que usted estuviera relacionada con Guy y que él fuese mi padre? Le agradeceré cualquier información que pudiera proporcionarme sobre este particular, y le pido disculpas por esta invasión de su intimidad.

Quedo a la espera de recibir noticias suyas.

Un cordial saludo,
Cathy Ross

Camino del trabajo, Cathy echó el sobre en el buzón de la esquina de Chelsea Terrace. Después de tantos años esperando encontrar a alguien de su familia, le pareció irónico que ahora quisiera que esa misma persona la repudiara.

El anuncio del compromiso entre Cathy y Daniel Trumper ocupó las páginas de sociedad del *Times* a la mañana siguiente. En el número 1, todo el mundo parecía entusiasmado con la noticia.

—Esto es un complot de los Trumper —declaró Simon durante la pausa para el almuerzo, tras brindar con champagne a la salud de Cathy—, para asegurarse de que no se vaya a Christie's o a Sotheby's. —Todos aplaudieron mientras Simon le susurraba al oído—: Y tú eres la persona más indicada para ponernos a su nivel.

Tenía gracia, pensó Cathy, cómo algunas personas se daban cuenta de tu potencial antes que tú misma incluso.

El jueves por la mañana, Cathy recogió del felpudo de la entrada un sobre morado con su nombre escrito con una caligrafía arabesca. Abrió la carta atenazada por los nervios y vio que contenía dos gruesas hojas de papel del mismo color. Su contenido la dejó perpleja, pero al mismo tiempo le produjo un inmenso alivio.

19 Chester Square
Londres SW1
29 de noviembre de 1950

Estimada señorita Ross:

Gracias por su carta del pasado lunes, aunque me temo que no podré serle de gran ayuda con sus pesquisas. Tenía dos hijos, el menor de los cuales se llama Nigel, recientemente separado. Su esposa reside en Dorset ahora, con mi único nieto, Giles Raymond, que tiene dos años.

El mayor de mis hijos se llamaba Guy Francis Trentham, en efecto, condecorado con la Cruz Militar en la segunda batalla del Marne, pero falleció por culpa de la tuberculosis en 1922 tras batallar durante mucho tiempo con la enfermedad. Nunca llegó a casarse ni dejó descendencia.

La miniatura de su Cruz Militar desapareció poco después de que Guy hiciera una visita fugaz a unos parientes lejanos de Melbourne. Me alegra saber que ha reaparecido después de tantos años y se lo agradecería enormemente si pudiera devolvérmela cuando le resulte posible. Estoy segura de que no querrá quedarse con esa reliquia familiar ahora que conoce su origen.

Atentamente,
Ethel Trentham

Cathy se alegró de saber que Guy Trentham había fallecido un año antes de que ella naciera. Eso significaba que era imposible que estuviera relacionada con el hombre que tantos disgustos les había dado a sus futuros suegros. Concluyó que la Cruz Militar debía de haber llegado de alguna manera a manos de quienquiera que fuese su padre, y decidió que, aunque le pesara, lo más justo sería devolverle la medalla a la señora Trentham sin más dilación.

Tras las revelaciones de la carta de la señora Trentham, Cathy ya no albergaba ninguna esperanza de averiguar quiénes eran sus progenitores, pues entre sus planes a corto plazo no se contaba el volver a Australia y menos ahora que Daniel formaba parte de su futuro inmediato. De todos modos, le parecía que cada vez tenía menos sentido continuar investigando la identidad de su padre.

Como Cathy ya le había contado a Daniel, el día que se conocieron, que no sabía quiénes eran sus padres, ese sábado bajó a Cambridge con la conciencia tranquila. También se sentía aliviada después de hubiera vuelto a venirle la regla. Mientras el tren traqueteaba por las vías, camino de la ciudad universitaria, Cathy no recordaba haberse sentido nunca más feliz. Acarició la crucecita que colgaba de su cuello, sujeta ahora por una cadena de plata que Daniel le había regalado por su cumpleaños. La apenaba llevar encima ese recuerdo por última vez: ya había tomado la decisión de enviarle la medalla a la señora Trentham después de pasar el fin de semana con Daniel.

El tren se detuvo en la estación de Cambridge con tan solo unos minutos de retraso.

Cathy agarró su pequeña maleta y salió a la acera, esperando encontrar a Daniel aparcado y esperándola en su MG: no había llegado tarde ni una sola vez desde que se conocieron. La decepcionó no ver ni rastro de él ni de su coche, y su sorpresa aumentó cuando seguía sin dar señales de vida veinte minutos después. Regresó al interior de la estación e introdujo dos peniques en la cabina antes de marcar el número que comunicaba directamente con la habitación de Daniel. Aunque sonó el tono de llamada, no le hizo falta pulsar la tecla A porque no contestó nadie.

Desconcertada por no poder localizarlo, Cathy salió nuevamente del edificio y le pidió a uno de los taxistas de la estación que la llevara al Trinity College.

Cuando el vehículo entró en New Court, Cathy se quedó aún más perpleja al ver que el MG de Daniel estaba aparcado en el lugar de costumbre. Pagó al taxista y cruzó el patio hasta la escalera con la que ya estaba tan familiarizada.

Cathy pensó que lo mínimo que podía hacer era tomarle el pelo a Daniel por no haber ido a buscarla. ¿Sería este el trato que la esperaba cuando se hubieran casado? ¿Estaría ella ahora al mismo nivel que un estudiante de primer curso cualquiera al que no le gustase hacer los deberes? Remontó los desgastados escalones de piedra y llamó con discreción a la puerta, por si acaso estuviera reunido con algún alumno. Tras intentarlo otra vez y seguir sin obtener respuesta, empujó la recia hoja de madera, decidida a esperar dentro hasta su regreso.

Todos los residentes de la escalera C debieron de oír el alarido que profirió.

El primer estudiante en llegar al escenario encontró el cuerpo prostrado de una mujer joven tendida bocabajo en el centro de la habitación. El muchacho se dejó caer de rodillas, soltó a su lado los libros que acarreaba y procedió a vomitar encima de ella. Respiró hondo, se dio la vuelta tan deprisa como le fue posible y pasó junto a una silla derribada mientras salía del estudio arrastrándose. Se sentía incapaz de mirar de nuevo en dirección a la imagen que lo había recibido al entrar en el cuarto.

El doctor Trumper continuaba meciéndose lentamente, colgado de una de las vigas del techo.

CHARLIE
1950-1964

42

Durante tres días fui incapaz de dormir. A la mañana del cuarto, junto con numerosos amigos, compañeros de trabajo y alumnos de Daniel, asistí a su funeral en la capilla del Trinity. Si sobreviví a ese calvario y al resto de la semana fue gracias a Daphne, que lo organizó todo con serenidad y eficiencia. Cathy no pudo asistir al servicio, pues todavía estaba en observación en el hospital de Addenbrooke.

En pie junto a Becky, mientras el coro entonaba *Fast Falls the Eventide*, dejé vagar mis pensamientos en un intento por reconstruir los acontecimientos de los tres últimos días y encontrarles sentido. Cuando Daphne me contó que Daniel se había quitado la vida (quienquiera que fuese el que la eligió a ella para dar la noticia comprendía el significado de la palabra compasión), tomé el coche de inmediato para bajar a Cambridge, no sin antes implorarle que no le dijera nada a Becky hasta que yo supiera algo más sobre lo que realmente había ocurrido. Cuando llegué a los jardines del Trinity, aproximadamente dos horas más tarde, ya se habían llevado el cuerpo de Daniel y habían trasladado a Cathy a Addenbrooke, donde seguía, para sorpresa de nadie, en estado de shock. El inspector encargado de la investigación no podría haber sido más considerado. Luego, cuando acudí a la morgue para identificar el cadáver, di gracias a Dios porque Becky no hubiera tenido que ver por última vez a su hijo en aquel lugar de temperaturas glaciales.

—Lord, with me abide…

Le conté a la policía que no se me ocurría ninguna razón por la que Daniel hubiera querido suicidarse; antes bien, acababa de prometerse y nunca lo había visto tan feliz. El inspector me enseñó entonces la nota que había dejado: un folio con un solo párrafo manuscrito.

—Suelen escribir una, ¿sabe usted? —dijo.

Yo no lo sabía.

Empecé a leer la letra académica y pulcra de Daniel:

Ahora que sé que es imposible que Cathy y yo nos casemos, ya no tengo ninguna razón para vivir. Por lo más sagrado, cuidad bien del niño.

Daniel

Debí de releer esas veintiocho palabras más de cien veces, a pesar de lo cual seguía sin encontrarles sentido. Una semana más tarde, el informe médico confirmó que Cathy no estaba embarazada ni había sufrido un aborto. Volvía una y otra vez a esas palabras. ¿Estaría pasando por alto alguna referencia sutil, o sería su último mensaje algo que nunca podría entender por completo?

—When other helpers fail…

Un experto forense descubrió más adelante otra hoja en la rejilla de la chimenea, pero estaba reducida a cenizas y los restos, frágiles y carbonizados, no ofrecían ninguna pista. Después me

enseñaron un sobre en el que la policía pensaba que debía de haber llegado la carta, y me preguntaron si podía identificar la caligrafía. Inspeccioné las palabras «Doctor Daniel Trumper», escritas con tinta morada en caracteres rigurosos y estilizados.

—No —mentí. La carta había sido entregada en mano, me informó el detective, esa tarde por un hombre con bigote parduzco y chaqueta de tweed. Eran los únicos detalles que recordaba el estudiante que lo había visto, aparte de que daba la impresión de conocer el lugar.

Me pregunté qué podría haberle dicho esa arpía perversa a Daniel para empujarlo a quitarse la vida. Estaba seguro de que descubrir que Guy Trentham era su padre no habría bastado para que tomase una medida tan drástica, sobre todo porque me constaba que la señora Trentham y él ya se habían visto y habían llegado a un acuerdo aproximadamente tres años antes.

—And comforts flee…

Cuando salí del mortuorio me dirigí al hospital de Addenbrooke, donde me permitieron pasar un momento junto a la cama de Cathy. Aunque tenía los ojos abiertos, no dio muestras de reconocerme: durante casi una hora se limitó a mirar el techo fijamente mientras yo la acompañaba en silencio. Cuando me di cuenta de que mi presencia allí no iba a ser de ninguna utilidad, me marché sin hacer ruido. El director de psiquiatría, el doctor Stephen Atkins, salió atropelladamente de su despacho y me preguntó si podía concederle un momento.

El elegante hombrecillo, vestido con traje diestramente hecho a medida y una pajarita de grandes dimensiones, me explicó que Cathy padecía amnesia psicogénica, también llamada a veces «amnesia histérica», y que podría tardar bastante en ser capaz de emitir una valoración aproximada sobre su recuperación. Le di las gracias y añadí que mantendría el contacto. Conduje de regreso a Londres sin pisar el acelerador.

—Help of the helpless, O abide with me…

Daphne, que estaba esperándome en mi oficina, no hizo ningún comentario sobre lo tarde que era. Tras agradecerle su infinita bondad, le expliqué que debía ser yo el que le diera la noticia a Becky. Sabe Dios cómo cumplí con esa responsabilidad sin mencionar el sobre morado con su caligrafía delatora, pero lo hice. Si le hubiera contado a Becky la historia completa, creo que habría ido a Chester Square esa misma noche para asesinar a la mujer con sus propias manos… Es muy probable que yo la hubiera ayudado.

Lo enterraron entre los suyos. El capellán de la universidad, que debía de haber realizado esa tarea en particular multitud de veces en el pasado, tuvo que detenerse para recuperar la compostura hasta en tres ocasiones distintas.

—In life, in death, O Lord, abide with me…

Becky y yo visitamos Addenbrooke juntos a diario aquella semana, pero el doctor Atkins solo nos confirmó que el estado de Cathy permanecía sin cambios; todavía no había dicho nada. Pese a todo, la mera idea de que tuviera que pasar tanto tiempo postrada en la cama, tan desvalida y necesitada de nuestro cariño, nos daba fuerzas para preocuparnos por algo más aparte de por nuestra propia desgracia.

Cuando volvimos a Londres, a última hora de la tarde del viernes, Arthur Selwyn estaba en mi oficina deambulando de un lado para otro.

—Alguien se ha colado en el piso de Cathy —anunció sin darme tiempo a abrir la boca siquiera—. Han forzado la cerradura.

—Pero ¿qué esperaba encontrar el ladrón?

—La policía tampoco se lo explica. No parece que se hayan llevado nada.

Al misterio de lo que la señora Trentham podría haberle escrito a Daniel añadí el enigma de qué más podría querer arrebatarle a Cathy. Tras inspeccionar la pequeña habitación personalmente, me quedé como estaba.

Becky y yo continuamos yendo a Cambridge cada dos días, y a mediados de la tercera semana Cathy rompió su silencio por fin; entrecortadamente, al principio, después en frases atropelladas mientras me apretaba la mano. Hasta que, de súbito y sin previo aviso, volvió a quedarse callada. A veces se frotaba el índice y el pulgar por debajo de la barbilla.

Esto dejó desconcertado incluso al doctor Atkins.

Este, sin embargo, desde entonces había conseguido mantener largas conversaciones con Cathy en varias ocasiones, y había empezado incluso a probar juegos de palabras con ella para estimular su memoria. En su opinión, la muchacha había bloqueado todos los recuerdos relacionados con Daniel Trumper y su vida anterior en Australia. Nos aseguró que no era algo insólito en casos así; había una rimbombante palabra griega que se aplicaba a esa dolencia en particular.

—¿Debería intentar ponerme en contacto con su tutor en la Universidad de Melbourne? ¿O hablar con los empleados del hotel Melrose, a ver si ellos pueden arrojar algo de luz sobre este problema?

—No —replicó él mientras se enderezaba la pajarita con lunares que llevaba puesta ese día—. No la fuercen y prepárense para que esa parte de su mente tarde mucho tiempo en recuperarse.

Asentí con la cabeza para mostrar mi conformidad.

—Déjenla respirar. —Esa parecía ser la expresión favorita del doctor Atkins—. Y no olvide que su esposa está sufriendo la misma experiencia traumática.

Siete semanas más tarde nos permitieron trasladar a Cathy a Eaton Square, donde Becky había preparado una habitación para ella. Yo ya había sacado todas las pertenencias de Cathy de su pequeño apartamento encima de la carnicería, sin saber todavía si faltaba algo después del allanamiento.

Becky había ordenado toda la ropa de Cathy en el armario y los cajones, esforzándose por conseguir que la habitación resultara lo más acogedora posible. Tiempo antes me había llevado su acuarela del despacho de Daniel y la había vuelto a colgar en la escalera, entre el Courbet y el Sisley. Sin embargo, la primera vez que Cathy subió por esa escalera camino de su nueva habitación, pasó por delante del cuadro sin dar muestras de reconocerlo.

Le pregunté una vez más al doctor Atkins si no deberíamos escribir a la Universidad de Melbourne para averiguar algo sobre el pasado de Cathy, pero el médico insistió en que esperásemos, alegando que debía ser ella la que nos proporcionara cualquier tipo de información, y solo cuando se sintiera con fuerzas para ello, no a resultas de presiones externas.

—Pero ¿cuánto cree usted que tardará en recuperar la memoria por completo?

—La experiencia me dicta que lo mismo podrían ser catorce días que catorce años.

Recuerdo haberme sentado al pie de la cama de Cathy esa noche, sujetándole la mano. Me alegró ver que sus mejillas habían recuperado en parte el color. Sonrió y me preguntó por primera vez cómo iban las cosas con «el carretón».

—Hemos declarado unos beneficios récord —contesté—. Pero lo más importante es que todo el mundo quiere volver a verte en el número 1.

Se quedó pensativa un momento antes de decir:

—Ojalá fueras mi padre.

Nigel Trentham se unió a la junta de Trumper's en febrero de 1951. Ocupó su lugar junto a Paul Merrick, al que saludó con una sonrisa desprovista de humor. Yo ni siquiera podía mirarlo a los ojos. Aunque era unos cuantos años más joven que yo, pensé vanidosamente que yo me conservaba mucho mejor.

La junta, mientras tanto, había aprobado el gasto de otro medio millón de libras «para tapar el agujero», como se refería Becky al solar de tres mil metros cuadrados que languidecía abandonado en el centro de Chelsea Terrace desde hacía diez años.

—Así todo Trumper's estará cubierto por el mismo tejado —declaré.

Trentham no hizo ningún comentario. Mis directivos accedieron a destinar cien mil libras a la reconstrucción del club juvenil masculino de Whitechapel, que pasaría a llamarse Centro Dan Salmon. Vi que Trentham susurraba algo al oído de Merrick.

Al final, entre la inflación, las huelgas y los presupuestos cada vez más elevados de los contratistas, el coste final de Trumper's estuvo más cerca de las setecientas treinta mil libras que del medio millón estimado. Esto tuvo como consecuencia, por una parte, que la empresa liberase otro paquete de acciones para cubrir los gastos extra, y por otra, que la reconstrucción del club juvenil se aplazara.

Volvimos a recibir más solicitudes de compra de las que podíamos satisfacer, lo que me pareció halagador, personalmente, aunque temía que la señora Trentham quisiera comprar la mayoría de las nuevas acciones. Sin embargo, no tenía nada con lo que respaldar mi teoría. Tras esta disolución de la equidad, por primera vez vi cómo mi control de la firma caía por debajo del cuarenta por ciento.

Fue un verano muy largo, y con cada día que pasaba Cathy parecía recuperar un poquito más las fuerzas y Becky se mostraba más comunicativa. El doctor dio por fin su visto bueno para que Cathy se reincorporase al número 1. Volvió al trabajo el lunes siguiente, y Becky dijo que era casi como si nunca hubiera faltado…, salvo por el hecho de que nadie osaba pronunciar el nombre de Daniel en su presencia.

Una tarde, quizás un mes más tarde, volví de la oficina para encontrar a Cathy deambulando por el pasillo. Lo primero que pensé fue que el pasado debía de estar torturándola. Me equivocaba de medio a medio.

—Tu política de contratación está mal —dijo en cuanto hube cerrado la puerta a mi espalda.

—¿Cómo dices, jovencita? —Todavía no me había dado tiempo ni siquiera a quitarme el abrigo.

—Está mal —insistió—. Los establecimientos americanos se ahorran miles de dólares con sus estudios de tiempos y movimientos mientras que Trumper's se comporta como si todavía estuviera a bordo del arca.

—Los clientes no pueden salir del arca —le recordé.

—Hasta que pare de llover —replicó ella—. Charlie, tienes que entender que la empresa se podría ahorrar al menos ochenta mil libras al año, solo en sueldos. No me he pasado las últimas semanas de brazos cruzados. De hecho, he elaborado un informe para respaldar mis teorías.

Me dejó una caja de cartón en los brazos y se marchó caminando a largas zancadas.

Después de cenar me pasé una hora sacando papeles de la caja y leyendo los hallazgos preliminares de Cathy. Había encontrado un problema de exceso de mano de obra que todos habíamos pasado por alto y, como era característico en ella, procedía a explicar detalladamente cómo resolverlo sin que los sindicatos pusieran el grito en el cielo.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, Cathy continuó enumerando sus hipótesis como si ni siquiera se hubiese acostado.

—¿Me estás escuchando, señor presidente? —preguntó. Siempre me llamaba «señor presidente» cuando quería llamar mi atención. Estaba seguro de que había copiado esa estrategia de Daphne.

—Todo esto es pura palabrería —repliqué, consiguiendo que incluso Becky bajara el periódico para lanzarnos una mirada de curiosidad.

—¿Quieres que te demuestre que tengo razón?

—Adelante.

A partir de ese día, mientras hacía mis rondas habituales, todas las mañanas encontraba a Cathy trabajando en una planta distinta, haciendo preguntas, observando o garabateando en su cuaderno de apuntes, a menudo con un cronómetro en la mano libre. Nunca le pregunté qué tramaba, y si alguna vez cruzábamos la mirada, se limitaba a decir:

—Buenos días, señor presidente.

Los fines de semana podía oírla aporreando las teclas de la máquina de escribir durante horas seguidas. Hasta que, sin previo aviso, al ir a desayunar una mañana, me topé con una abultada carpeta en vez del huevo, las dos lonchas de beicon y el *Sunday Times* que esperaba encontrar.

Aquella misma tarde empecé a leer el informe elaborado por Cathy. Al anochecer había llegado a la conclusión de que la junta debía poner en práctica la mayoría de sus recomendaciones lo antes posible.

Aunque sabía exactamente lo que me gustaría hacer a continuación, necesitaba el beneplácito del doctor Atkins. Llamé a Addenbrooke de inmediato y la enfermera que me atendió tuvo la amabilidad de confiarme el número de su residencia. Nos pasamos más de una hora al teléfono. Me aseguró que no temía por el futuro de Cathy, sobre todo porque había empezado a recordar pequeños incidentes de su pasado y ya estaba dispuesta incluso a hablar acerca de Daniel.

Cuando bajé a desayunar a la mañana siguiente encontré a Cathy sentada a la mesa, esperándome. No abrió la boca mientras yo mordisqueaba mi tostada con mermelada, fingiendo estar absorto en la lectura del *Financial Times*.

—Vale, me rindo —dijo.

—Ni se te ocurra —repliqué sin apartar la vista del periódico—, porque eres el punto número siete en el orden del día de la asamblea del mes que viene.

—Pero ¿quién va a exponer mi caso? —preguntó Cathy. De repente, parecía nerviosa.

—Yo no, eso seguro. Y tampoco se me ocurre quién se querría ofrecer voluntario.

Durante las dos semanas siguientes, cada vez que me retiraba al dormitorio me fijaba en que ya no se oía la máquina de escribir en el cuarto de Cathy. En una ocasión me venció la curiosidad y me atreví a asomarme a la puerta entreabierta. Cathy estaba delante del espejo, de pie, y a su lado había un caballete con una enorme pizarra blanca cubierta de tachuelas de colores y flechas de puntos.

—No seas fisgón —dijo sin tan siquiera darse la vuelta. Acepté el hecho de que debería resignarme a esperar hasta que llegara el día de la asamblea.

El doctor Atkins me había advertido que la presión de tener que exponer su caso en público podría ser abrumador para la pobre muchacha, y me pidió que la llevara a casa si detectaba el menor indicio de ansiedad por su parte.

—Asegúrese de que no exceda sus límites —fue su última recomendación.

—Jamás lo permitiría —le prometí.

Aquel jueves por la mañana, todos los miembros de la junta ocupaban ya sus asientos cuando aún faltaban tres minutos para las diez. La reunión comenzó de forma tranquila, con disculpas por las ausencias y la corroboración de los puntos aprobados en el último encuentro. De alguna manera nos las apañamos para tener a Cathy esperando durante más de una hora, porque cuando llegamos al punto número tres del orden del día (la decisión oficial de renovar la póliza de seguros de la empresa con Prudential), Nigel Trentham aprovechó la ocasión para sacarme de mis casillas; esperando, sospeché, hacerme perder los papeles. Si su intento no hubiera sido tan descarado, lo podría haber conseguido.

—Creo que ha llegado el momento de hacer algunos cambios, señor presidente —dijo—. Sugiero que traslademos nuestro negocio a Legal & General.

Miré fijamente al lado izquierdo de la mesa, concentrándome en aquel hombre cuya mera presencia me recordaba siempre a Guy Trentham y el aspecto que podría haber tenido al alcanzar la mediana edad. Su hermano llevaba puesto un elegante traje hecho a medida con el que disimulaba sus problemas de sobrepeso. Sin embargo, nada lograba ocultar su papada ni su calva incipiente.

—Debo recordarle a la junta —empecé— que Trumper's lleva más de treinta años con Prudential. Y lo que es más, nunca nos han dejado en la estacada. Por si fuera poco, es sumamente improbable que Legal & General nos puedan ofrecer unas condiciones más favorables.

—Pero poseen el dos por ciento de las acciones de la compañía —señaló Trentham.

—El Pru todavía tiene el cinco por ciento —les recordé a los directivos, consciente de que una vez más Trentham no había hecho los deberes. Podríamos haber malgastado horas pasándonos argumentos y contrargumentos, como pelotas en un partido de tenis entre Drobny y Fraser, si Daphne no hubiera intervenido para solicitar una votación.

Aunque la propuesta de Trentham perdió por siete a tres, el altercado sirvió para recordarles a los presentes cuál debía de ser su plan a largo plazo. Durante dieciocho meses, Trentham, con ayuda del dinero de su madre, se había dedicado a amasar acciones de la compañía hasta poseer, según mis estimaciones, en torno al catorce por ciento de la misma. Esto de por sí no era preocupante en exceso, pero el Fondo Hardcastle poseía asimismo el diecisiete por ciento de nuestras acciones; acciones reservadas originalmente para Daniel que, a la muerte de la señora Trentham, pasarían de forma automática al familiar más cercano de sir Raymond. Aunque Nigel Trentham perdió la votación, se mostró imperturbable mientras reordenaba sus papeles y hablaba en voz baja con Paul Merrick, sentado a su izquierda. Era evidente que confiaba en que el tiempo terminara jugando a su favor.

—Punto número siete —dije antes de pedirle a Jessica que invitara a la señorita Ross a reunirse con nosotros.

Al entrar Cathy, todos los hombres se pusieron en pie alrededor de la mesa. Incluso Trentham se incorporó a medias.

Cathy colocó dos pizarras en el caballete que ya estaba preparado para ella; una llena de gráficos y la otra cubierta de estadísticas. Cuando se giró para mirarnos, la saludé con una afectuosa sonrisa.

—Damas y caballeros, buenos días. —Hizo una pausa para consultar sus apuntes—. Me gustaría empezar…

Aunque el inicio de la presentación fue algo titubeante, no tardó en ganar confianza mientras nos explicaba, punto por punto, por qué la política de contratación de la empresa se había quedado anticuada y qué pasos deberíamos dar para rectificar la situación sin demora. Estos incluían la jubilación anticipada para los varones de sesenta años y las mujeres de cincuenta y cinco; el alquiler de estanterías, incluso secciones enteras, a marcas reconocidas, lo que generaría un flujo de ingresos garantizado sin el menor riesgo económico para Trumper's, puesto que cada marca sería responsable de proporcionar sus propios empleados; y un mayor descuento porcentual en los productos de todas las firmas que quisieran comerciar por primera vez con nosotros. La presentación de Cathy duró aproximadamente cuarenta minutos, y cuando acabó, hubieron de pasar varios minutos antes de que ninguno de los presentes rompiera el silencio.

Si su presentación inicial había sido buena, sus respuestas a las preguntas que se le plantearon fueron todavía mejores. Abordó todas las cuestiones de financiación que le lanzaron Tim Newman y Paul Merrick, además de todas las relacionadas con los sindicatos que planteó Arthur Selwyn. En cuanto a Nigel Trentham, lo manejó con una serenidad y una eficiencia que yo jamás habría podido igualar. Cuando Cathy abandonó la reunión, una hora más tarde, todos los hombres volvieron a ponerse en pie menos Trentham, que se quedó con la mirada fija en el informe que tenía delante.

Cuando llegué a casa esa noche, Cathy estaba esperando en el portal para recibirme.

—¿Y bien?

—¿Y bien?

—No me tengas en ascuas, Charlie —me reprendió.

—Eres nuestra nueva directora de personal —le dije sonriendo de oreja a oreja. Por un momento, incluso ella se quedó sin palabras—. Pero ahora que has abierto la caja de pandora, señorita —añadí mientras pasaba por su lado—, la junta espera que no dejes problema sin resolver.

Cathy estaba tan emocionada por la noticia que pensé que, por primera vez, teníamos alguna posibilidad de reponernos de la trágica muerte de Daniel. Esa misma noche llamé al doctor Atkins para contarle, no solo qué tal lo había hecho Cathy, sino que, de resultas de su presentación, había entrado en la junta. Lo que no les conté a ninguno de los dos, sin embargo, fue que me había visto obligado a aceptar otra de las candidaturas de Trentham a fin de garantizar que la designación de Cathy se aprobara sin ningún voto en contra.

Desde el día que Cathy se sentó por primera vez a la mesa de la junta, a todos les quedó claro que era una seria aspirante a sucederme al frente de la compañía; había dejado de ser una simple chica brillante del equipo de Becky. Pese a todo, era consciente de que Cathy únicamente podría continuar ascendiendo en tanto Trentham fuera incapaz de obtener el control del cincuenta y uno por ciento de las acciones de Trumper's. También sabía que la única forma de conseguirlo

pasaba por presentar una licitación pública por la compañía, posibilidad que se le presentaría en cuanto recibiera el dinero del Fondo Hardcastle. Por primera vez en mi vida deseaba que la señora Trentham viviera lo suficiente como para permitirme reforzar la empresa hasta tal punto que Nigel Trentham no pudiera apoderarse de ella, ni siquiera con todo el dinero del mundo a su alcance.

La coronación de la reina Isabel tuvo lugar el 2 de junio de 1953, cuatro días después de que dos hombres de distintas partes de la Commonwealth conquistaran el Everest. Winston Churchill lo resumió a las mil maravillas cuando dijo: «Quienes hayan leído la historia de la primera época isabelina seguro que estarán deseosos de formar parte de la segunda».

Yo me tomé las palabras del primer ministro como un desafío personal y Cathy volcó todas sus energías en el proyecto de personal que le había confiado la junta. Durante 1953 consiguió ahorrarnos cuarenta y nueve mil libras en sueldos, y veintiuna mil más en la primera mitad de 1954. Al finalizar aquel año fiscal pensé que sabía más sobre la dirección de Trumper's que cualquier otra de las personas sentadas alrededor de la mesa, incluido yo.

Las ventas en el extranjero cayeron en picado a lo largo de 1955, y puesto que Cathy ya no parecía estar abrumada de trabajo y yo ardía en deseos de que adquiriera experiencia en otros departamentos, le pedí que resolviera los problemas de nuestro departamento internacional.

Abordó sus nuevas responsabilidades con el mismo entusiasmo de siempre, pero durante los dos años siguientes tuvo que enfrentarse a la oposición de Nigel Trentham por innumerables motivos, entre ellos la política de abonar la diferencia a todos los clientes capaces de demostrar que la competencia ofrecía los mismos artículos que nosotros por un precio inferior. Trentham opinaba que a los clientes de Trumper's no les interesaba una hipotética diferencia de precio entre los artículos de nuestros establecimientos y los de cualquier otra tienda de menos calado, sino únicamente la calidad del servicio, a lo que Cathy replicó:

—Los resultados de la hoja de balance no son responsabilidad de nuestros clientes, sino de la junta, que vela por el interés de los accionistas.

En otra ocasión, Trentham llegó a acusarla poco menos que de comunista cuando Cathy sugirió la implantación de un «sistema de participación de acciones para los trabajadores» que, en su opinión, fomentaría una lealtad empresarial que únicamente se había sabido entender por completo en Japón; un país, explicó, donde no era inusitado que las empresas retuvieran al noventa y ocho por ciento de sus empleados desde la cuna hasta la tumba. Ni siquiera a mí me convencía del todo la idea, pero Becky me advirtió en privado que empezaba a sonar como un «carcamal»; término que, sin haberlo escuchado antes, deduje que no debía de ser un piropo.

Cuando en Legal & General se quedaron sin nuestro seguro, le vendieron de inmediato el dos por ciento de sus acciones a Nigel Trentham. A partir de ese momento aumentaron aún más mis temores: que algún día llegara a obtener el volumen de acciones necesario para apoderarse de la compañía. También propuso otra candidatura para la junta; y en esta ocasión, gracias a Paul Merrick, se aprobó.

—Hace treinta y cinco años tendría que haber comprado ese terreno por unas míseras cuatro mil libras —le dije a Becky.

—No es la primera vez que me lo recuerdas. Y lo peor de todo es que ahora la señora Trentham es más peligrosa para nosotros muerta que viva.

Trumper's encajó el auge de Elvis Presley, los *teddy boys*, los zapatos de tacón de aguja y los adolescentes en general sin pestañear.

—Aunque los clientes hayan cambiado —le recordaba siempre a la junta—, eso no es excusa para que nuestros estándares lo hagan también.

En 1960 la empresa declaró unas ganancias netas de setecientas cincuenta y siete mil libras, un beneficio del catorce por ciento sobre el capital invertido, y al año siguiente superamos ese logro cuando la reina nos concedió la orden real. Di instrucciones para colgar el escudo de armas de la Casa de Windsor sobre la entrada principal, a fin de recordarle al público que la monarca compraba habitualmente en nuestros establecimientos.

No podía decir que hubiera visto nunca a Su Majestad acarreando una de nuestras bolsas azules con la carreta plateada, o utilizando las escaleras mecánicas en hora punta, pero sí que era habitual que nos llamaran de palacio cada vez que amenazaban con quedarse sin existencias; lo cual volvía a corroborar la teoría de mi abuelo: una manzana es una manzana, da igual quién la muerda.

El momento álgido de 1961 para mí fue cuando Becky abrió por fin el Centro Dan Salmon en Whitechapel Road, otro edificio con el que habíamos incurrido en un sobregasto excesivo. Sin embargo, pese a las incesantes críticas de Merrick, no me arrepentía de haber invertido ni un solo penique al ver a la nueva generación de chicos y chicas del East End nadando, boxeando, levantando pesas o jugando al squash…, deporte cuyos atractivos se me escapaban.

Los sábados por la tarde, siempre que asistía a algún partido del West Ham, me dejaba caer por el club antes de volver a casa para ver a los niños africanos, indios y asiáticos…, los nuevos habitantes del East End…, enfrentándose entre ellos con la misma determinación con la que nos habíamos enfrentado nosotros a los inmigrantes irlandeses y del este de Europa.

«El viejo orden cambia para ceder su lugar al nuevo, pues Dios no quiere que las costumbres asentadas corrompan el mundo y hace cumplir Su voluntad de muy distintas maneras».

Las palabras de Tennyson, cinceladas en la piedra del arco que se alzaba sobre la entrada, me hicieron pensar en la señora Trentham; siempre la tenía presente, sobre todo desde que debía compartir la mesa de la junta con sus tres representantes, ávidos de ejecutar todas las órdenes que ella les diera. Nigel, que ahora residía en Chester Square, daba la impresión de conformarse con esperar a que todas las piezas encajaran en su lugar antes de amasar sus tropas y prepararse para lanzar la ofensiva definitiva.

Yo, mientras tanto, seguía rezando para que la señora Trentham viviera aún muchos años, pues me hacía falta más tiempo para erigir algún tipo de defensa si quería evitar que su hijo me terminara arrebatando la empresa.

Fue Daphne la primera que me advirtió que la señora Trentham estaba postrada en la cama, convaleciente, y recibía visitas frecuentes del médico. Pese a todo, Nigel consiguió no perder la sonrisa durante aquellos meses de espera.

La señora Trentham falleció sin previo aviso el 7 de marzo de 1962, con ochenta y nueve años.

—Plácidamente —me informó Daphne—. Mientras dormía.

43

Daphne asistió al funeral de la señora Trentham «solo para cerciorarse de que enterraran de verdad a esa arpía», como le explicó a Charlie más tarde. «Aunque no me sorprendería que encontrase la manera de levantarse de su tumba». Continuó advirtiéndole a Charlie que habían oído a Nigel, antes incluso de que el cadáver terminara de recibir sepultura, contándole a todo el mundo que podíamos esperar que se desencadenara una tormenta en la próxima reunión de la junta. Faltaban pocos días para averiguar a qué se refería con eso.

Un mes más tarde, el primer martes, Charlie miró alrededor de la mesa de la asamblea para ver que todos los directivos estaban presentes. Presentía que todos estaban esperando a ver quién golpeaba primero. Nigel Trentham y sus dos colegas lucían sus corbatas negras como insignias oficiales, recordándole a la junta en pleno su recién adquirido estatus de luto. En contraste, por primera vez que Charlie recordara, el señor Baverstock había elegido una chillona corbata de colores pastel.

Charlie ya había deducido que Trentham esperaría hasta el punto número seis (una propuesta para expandir las instalaciones financieras de la planta baja) antes de hacer ningún movimiento. El plan original había sido idea de Cathy, que poco después de volver de uno de sus viajes mensuales a los Estados Unidos le había presentado una propuesta detallada a la junta. Aunque el nuevo departamento había experimentado algún que otro contratiempo al término de su segundo año, en esos momentos estaba a punto de empezar a cubrir gastos.

La primera media hora transcurrió sin incidentes mientras Charlie exponía ante la junta los cinco primeros puntos del orden del día. Sin embargo, en cuanto dijo:

—Punto número seis. La expansión de…

—Cerremos el banco para reducir pérdidas —fueron las primeras palabras de Trentham, que había hablado sin darle tiempo a Charlie de ofrecer su opinión.

—¿Por qué motivo? —preguntó Cathy, desafiante.

—Porque no somos banqueros —dijo Trentham—. Somos comerciantes…, o «vendedores ambulantes», como tan a menudo nos recuerda nuestro presidente. Fuera como fuese, eso nos permitiría ahorrar hasta treinta mil libras al año.

—Pero el banco está a punto de empezar a resultar rentable —replicó Cathy—. Deberíamos pensar en ampliar las instalaciones, no en clausurarlas. Además, hablando de beneficios, ¿quién sabe cuánto dinero conseguido en la tienda se gasta también en la tienda?

—Sí, pero el banco ocupa un espacio que se podría destinar a vender más productos.

—A cambio, les ofrecemos un servicio muy valioso a nuestros clientes.

—Y perdemos dinero a espuertas desaprovechando un espacio que podría ocupar otro negocio más lucrativo —insistió Trentham.

—¿Como cuál, por ejemplo? —replicó Cathy—. ¿Qué departamento les proporcionaría un servicio más útil a nuestros clientes al mismo tiempo que nos reportaría a nosotros un beneficio

mayor por nuestra inversión? Dímelo y seré la primera en proponer que cerremos el banco.

—Nuestro negocio no está en los servicios —contraatacó Trentham—. Tenemos la responsabilidad de obtener un rendimiento de capital adecuado a las expectativas de los accionistas. Exijo que lo sometamos a votación —añadió, sin tomarse la molestia de rebatir los argumentos de Cathy.

Cuando Trentham perdió la votación por seis a tres, Charlie pensó que después de ese resultado podría pasar al punto número siete: la propuesta de invitar a la plantilla a ver la película *West Side Story*, que se estaba proyectando en el Odeon, en Leicester Square. Sin embargo, mientras Jessica Allen apuntaba quién se había mostrado a favor y quién en contra en el libro de actas, Nigel Trentham se puso de pie.

—Tengo que anunciar una cosa, señor presidente —dijo.

—¿No sería más apropiado hacerlo cuando lleguemos a la parte de «otros asuntos de consideración»? —preguntó Charlie poniendo cara de inocente.

—No estaré aquí para considerar ningún otro asunto, señor presidente —replicó con voz glacial Trentham, que procedió a sacar una hoja de papel del bolsillo interior de su chaqueta, la desdobló y empezó a leer lo que tenía toda la pinta de ser un discurso ensayado—. Considero que es mi obligación informar a la junta —declaró— de que dentro de unas semanas seré dueño del treinta y tres por ciento de las acciones de Trumper's. La próxima vez que nos reunamos insistiré en efectuar varios cambios en la estructura de la compañía, entre ellos la composición de sus representantes, sentados ahora alrededor de esta mesa.

Hizo una pausa para mirar fijamente a Cathy antes de concluir:

—Los dejaré a solas para que puedan reflexionar con detenimiento.

Mientras apartaba su silla, Daphne dijo:

—No sé si entiendo muy bien lo que está sugiriendo, señor Trentham.

Este titubeó un momento antes de replicar:

—En tal caso, lady Wiltshire, abundaré en mi propuesta.

—Todos se lo agradeceremos.

—Cuando se celebre la próxima asamblea —declaró Nigel, imperturbable— dejaré que mi nombre sea propuesto y secundado como presidente de Trumper's. Si no saliera elegido, renunciaré inmediatamente a mi puesto en la junta y emitiré un comunicado de prensa con mi intención de comprar el resto de las acciones de la compañía. Como ya deben de saber todos ustedes, estaré en condiciones de conseguir ese desafío. Puesto que solo necesito otro dieciocho por ciento para convertirme en el accionista mayoritario, sugiero que los actuales directivos acepten lo inevitable y presenten su dimisión a fin de evitar el bochorno de ser despedidos. A uno o dos de ustedes espero volver a verlos dentro de un mes, en la próxima reunión de la junta.

Sus dos colegas y él se levantaron y abandonaron la sala.

El silencio subsiguiente solo se vio interrumpido por otra pregunta de Daphne.

—¿Cuál es el nombre colectivo que se refiere a un conjunto de sinvergüenzas?

Todos se rieron, menos Baverstock, que murmuró por lo bajo:

—Caterva.

—Bueno —dijo Charlie—, ya sabemos cuál va a ser nuestra próxima batalla. Espero que todo el mundo se sienta con ánimo para luchar. —Volviéndose hacia Baverstock, preguntó—: ¿Nos podría ofrecer su opinión sobre el estado actual de las acciones en posesión del Fondo

Hardcastle?

El anciano levantó la cabeza despacio y miró a Charlie a los ojos.

—No, señor presidente, no puedo. Lamento informar a la junta de que yo también debo presentar mi dimisión.

—Pero ¿por qué? —preguntó Becky, desconcertada—. Siempre nos ha defendido contra viento y marea.

—Lo siento, lady Trumper, pero no puedo divulgar las razones que me han empujado a tomar esta decisión.

—¿No podría al menos reconsiderar su postura? —preguntó Charlie.

—No, señor —replicó Baverstock con firmeza.

Charlie dio por concluida la reunión de inmediato, a pesar de que todo el mundo estaba intentando hablar a la vez, y se apresuró a salir de la sala tras los pasos de Baverstock.

—¿Qué te lleva a dimitir —preguntó Charlie— después de tantos años?

—¿Podemos hablar de mis motivos para ello mañana, sir Charles?

—Por supuesto. Solo quiero que me digas por qué has decidido marcharte ahora, precisamente cuando más te necesitamos.

El señor Baverstock se detuvo de golpe.

—Sir Raymond previó esta situación —dijo en voz baja—, y me dio las instrucciones oportunas.

—No lo entiendo.

—Por eso deberíamos vernos mañana, sir Charles.

—¿Quieres que Becky esté presente también?

El señor Baverstock se lo pensó durante unos segundos antes de responder:

—Creo que no. Ya que debo romper la confianza de alguien por primera vez en cuarenta años, preferiría que no hubiera más testigos presentes.

A la mañana siguiente, cuando Charlie llegó a las oficinas de Baverstock, Dickens y Cobb, el socio mayoritario estaba esperando en la puerta para recibirlo, como de costumbre. Aunque Charlie nunca había llegado tarde a una cita con el señor Baverstock en los catorce años que hacía que se conocían, agradecía la tradicional cortesía que le dispensaba el abogado.

—Buenos días, sir Charles —dijo Baverstock antes de guiar a su invitado por el pasillo que comunicaba con su despacho.

A Charle le sorprendió que le ofreciera un asiento junto a la chimenea apagada en vez de en su sitio habitual, al otro lado de la mesa del abogado. En esta ocasión no había ninguna secretaria para que quedara constancia del encuentro, y Charlie reparó asimismo en que el teléfono estaba desconectado. Sospechando de que el encuentro iba a ir para largo, se reclinó en el sillón.

—Hace muchos años —comenzó Baverstock—, para conseguir la titulación tuve que comprometerme a respetar un código de estricta confidencialidad en lo concerniente a los asuntos privados de mis clientes. Creo poder asegurar sin temor a equivocarme que he cumplido esa promesa a lo largo de toda mi trayectoria profesional. Sin embargo, uno de mis clientes, como usted ya bien sabe, era sir Raymond Hardcastle, y él…

Llamaron a la puerta y entró una muchacha portando una bandeja con dos tazas de café caliente y un azucarero.

—Gracias, señorita Burrows —dijo Baverstock mientras la secretaria colocaba una de las tazas delante de él. No prosiguió con su exposición hasta que la puerta se hubo cerrado tras ella —. ¿Por dónde iba, viejo amigo? —preguntó mientras le echaba un terrón de azúcar al café.

—Tu cliente, sir Raymond.

—Ah, sí. Veamos, sir Raymond dejó un testamento del que tú ya tienes constancia. Lo que no podrías saber, sin embargo, es que había una carta adjunta a ese documento. Carece de validez legal, puesto que iba dirigida a mí a título personal.

Charlie dejó el café intacto mientras escuchaba atentamente las palabras de Baverstock.

—Debido precisamente a que esa carta no es un documento legal, sino un comunicado privado entre dos viejos amigos, he decidido hacerte partícipe de su contenido.

Baverstock se inclinó hacia delante y abrió la carpeta que había encima de la mesa, ante él. Sacó una hoja de papel manuscrita con letra firme y clara.

—Antes de leerte esta carta, sir Charles, debería señalar que cuando fue redactada sir Raymond daba por sentado que sería Daniel quien recibiera la herencia en vez de su familiar más cercano.

Estimado Baverstock:

A pesar de todos mis esfuerzos por garantizar que mis últimos deseos se cumplan al pie de la letra, todavía cabe la posibilidad de que Ethel encuentre la manera de que mi bisnieto, Daniel Trumper, no reciba el grueso de mi legado. Si mis temores se hicieran realidad, me gustaría apelar a tu sentido común para que informes pormenorizadamente de mi voluntad a quienes atañan las decisiones expuestas en mi testamento.

Viejo amigo, sabes muy bien a quién y a qué me refiero.

Afectuosamente,
Ray

Baverstock dejó la carta encima de la mesa y dijo:

—Me temo que conocía mis pequeñas debilidades casi tan bien como las de su hija.

Charlie sonrió, pues entendía el conflicto ético al que evidentemente se enfrentaba anciano.

—Antes de abordar el contenido del testamento en sí, me gustaría confiarte otra cosa.

Charlie asintió con la cabeza.

—Sabes de sobra, sir Charles, que por grado de parentesco, Nigel Trentham debería ser el último sucesor de sir Raymond. Sin embargo, cabe señalar que sir Raymond ni siquiera pudo obligarse a nombrarlo literalmente como heredero oficial. Sospecho que albergaba la esperanza de que Daniel engendrase algún descendiente, el cual habría tenido prioridad sobre su nieto.

»La previsión actual es que Nigel Trentham, como familiar con vida más cercano de sir Raymond, obtenga las acciones de Trumper's y la totalidad de las propiedades de Hardcastle. Una fortuna considerable que estoy en condiciones de afirmar que le proporcionaría los fondos necesarios para apoderarse de tu compañía. Sin embargo, no era esa la razón por la que quería verte esta mañana. No, te he pedido que vinieras porque el testamento contiene una cláusula de la que tú no podrías tener conocimiento. Teniendo en cuenta la carta de sir Raymond, considero que es mi deber informarte de lo que dice esa cláusula.

Baverstock hurgó en su carpeta y sacó un fajo de papeles sellados con cera y ligados con una

cinta de color rosa.

—Me llevó bastante tiempo redactar las primeras once cláusulas del testamento de sir Raymond. Su contenido, no obstante, carece de relación con el asunto que nos ocupa. Están relacionadas con el legado que les dejó mi cliente a primos y sobrinos que ya han recibido las sumas estipuladas.

»Las cláusulas doce a veintiuna enumeran asociaciones benéficas, clubes e instituciones académicas que sir Raymond apoyaba desde hacía tiempo, y también ellas han obtenido ya lo que les correspondía. La cláusula veintidós, sin embargo, me parece crucial.

Baverstock carraspeó antes de mirar el testamento y pasar varias páginas.

—«El resto de mis posesiones pasarán a manos de Daniel Trumper, profesor en el Trinity College, en Cambridge, a no ser que fallezca antes que mi hija, Ethel Trentham, en cuyo caso la suma deberá dividirse a partes iguales entre los descendientes de Daniel Trumper. Si este no tuviera ninguno, la herencia será para mi descendiente con vida más próximo». Y ahora, el párrafo más relevante, sir Charles: «Si se dieran estas circunstancias, ruego a mis testaferros que tomen todas las medidas necesarias para encontrar a la persona con derecho a recibir mi legado. A fin de que estas instrucciones puedan llevarse a cabo como es debido, declaro asimismo que la entrega final de mis posesiones no deberá producirse hasta dos años después del fallecimiento de mi hija, Ethel Trentham».

Charlie se disponía a preguntarle algo al señor Baverstock, pero este lo interrumpió levantando una mano.

—He llegado a la conclusión —prosiguió el abogado— de que sir Raymond introdujo la cláusula número veintidós con la sola intención de darte el tiempo necesario para reunir a tus tropas y combatir cualquier medida hostil que pudiera planear Nigel Trentham a fin de hacerse con el control de tu compañía.

»Sir Raymond también dejó estipulado que, pasado un tiempo prudencial tras la muerte de su hija, debería aparecer un anuncio en el *Times*, el *Telegraph*, el *Guardian* y cualquier otra publicación que a mí me pareciese relevante y apropiada con la intención de averiguar si hay alguien más que se sienta cualificado para aspirar a recibir esa herencia. Si existiera dicha persona, se tendría que poner en contacto con nuestro bufete. Hasta trece familiares han recibido ya la suma de mil libras cada uno, pero cabe la posibilidad de que haya otros primos o parientes lejanos de los que sir Raymond no tuviera constancia, y también ellos tendrían derecho a presentar su solicitud. Esta posibilidad le concedía al anciano una excusa para incluir la cláusula de los dos años. Tal y como yo lo interpreto, a sir Raymond no le importaba asignar otras mil libras a un pariente desconocido si con eso te concedía a ti un respiro. Por cierto —concluyó Baverstock—, ya he decidido añadir el *Yorkshire Post* y el *Huddersfield Daily Examiner* a la lista de periódicos enumerados en el testamento, debido a las conexiones de la familia en ese condado.

—Debió de ser un zorro de lo más taimado —dijo Charlie—. Lamento no haberlo conocido en persona.

—Creo estar en condiciones de asegurar sin temor a equivocarme, sir Charles, que habríais congeniado.

—Has sido muy amable al ponerme en antecedentes, viejo amigo.

—Para mí ha sido un placer —replicó Baverstock—. Estoy seguro de que, de encontrarse en

mi lugar, sir Raymond habría hecho lo mismo.

—Ojalá le hubiéramos contado a Daniel toda la verdad sobre su padre.

—Si reservas tus energías para esta batalla —dijo Baverstock—, tengo el presentimiento de que todas las previsiones de sir Raymond no habrán sido en vano.

El 7 de marzo de 1962, fecha del fallecimiento de la señora Trentham, la bolsa de valores de Londres registraba que las acciones de Trumper's valían una libra con dos chelines. Tan solo cuatro semanas más tarde, su valor se había incrementado ya en tres chelines.

Lo primero que le aconsejó Tim Newman a Charlie fue que se aferrara a todas las acciones que poseía y que no vendiera ni una más, bajo ningún pretexto, durante los dos años siguientes. Si entre Becky y él conseguían reunir algo más de capital, deberían comprar todas las acciones que pudieran nada más salir al mercado.

El problema a la hora de seguir ese consejo estribaba en que, cada vez que un conjunto de acciones substancial se ponía a la venta, enseguida las adquiría un bróker anónimo que evidentemente tenía instrucciones de comprarlas fuera cual fuese su precio. El agente de bolsa de Charlie consiguió echarles el guante a unas cuantas, pero solo gracias a algunos vendedores que preferían no utilizar el mercado abierto como escenario para sus negociaciones. Charlie pagaba la diferencia muy a su pesar, puesto que no se le había olvidado lo cerca que estuvo de llevarlo a la quiebra el último descubierto. A finales de año, las acciones de Trumper's valían una libra con diecisiete chelines. Cada vez había menos vendedores en el mercado, sobre todo después de que el *Financial Times* advirtiera a sus lectores de la posible batalla que iba a librarse por el control de la empresa y continuara prediciendo que se produciría en los próximos dieciocho meses.

—Ese dichoso periódico parece estar mejor informado que los miembros de la junta —se quejó Daphne la próxima vez que estuvo reunida con Charlie, antes de añadir que ya ni siquiera se tomaba la molestia de leer las actas de las asambleas, pues siempre podía enterarse por los pormenorizados resúmenes que publicaba el *Financial Times* en primera plana, como si alguien se los estuviera dictando palabra por palabra. Mientras hablaba, no dejaba de mirar fijamente a Paul Merrick.

La última noticia del diario solo se equivocaba en un pequeño detalle, pues la batalla por el control de Trumper's ya no se estaba librando en la sala de juntas. En cuanto se hizo pública la existencia de la cláusula de los dos años en el testamento de sir Raymond, Nigel Trentham y sus colegas habían dejado de asistir a las reuniones mensuales.

La ausencia de Trentham irritaba especialmente a Cathy, sobre todo ahora que la nueva entidad bancaria de la compañía había empezado a arrojar beneficios un trimestre tras otro. Con frecuencia se sorprendía expresando su parecer como si estuviera hablando con las tres sillas vacías, aunque también ella sospechaba que en Chester Square estaban perfectamente al corriente de lo que ocurría gracias a los informes de Merrick. Para colmo de males, en 1963 Charlie informó a los accionistas presentes en la asamblea general de que los beneficios anuales de la compañía habían batido otro récord.

—Te habrás pasado toda la vida levantando Trumper's —reflexionó Tim Newman—, tan solo para entregársela a los Trentham en bandeja de plata.

—Tampoco hace falta que la señora Trentham empiece a revolverse todavía en su tumba. De todas formas, resultaría irónico que, después de todo lo que consiguió en vida, fuese su muerte lo

que nos diera el golpe de gracia.

A comienzos de 1964, cuando las acciones subieron de nuevo (hasta las dos libras en esta ocasión), Tim Newman informó a Charlie de que Nigel Trentham seguía estando en el mercado con instrucciones de comprar.

—Pero ¿de dónde está sacando el capital necesario para financiar semejante operación si todavía no le ha podido echar el guante al dinero de su abuelo?

—Un antiguo colega me ha dado una pista —dijo Tim Newman—. Según él, uno de los principales bancos comerciales le ha concedido un generoso préstamo en previsión de su futuro control sobre el Fondo Hardcastle. —Tras una breve pausa, añadió—: Ojalá tu abuelo te hubiera dejado a ti una fortuna.

—Ya lo hizo —replicó Charlie.

Nigel Trentham eligió el sexagésimo cuarto cumpleaños de Charlie para anunciar al mundo que iba a pujar por las acciones de Trumper's al precio de dos libras con cuatro chelines, apenas siete semanas antes de la fecha en que tendría derecho a reclamar su legado. Charlie aún albergaba la esperanza de que, con el respaldo de sus amigos y algunas instituciones como Prudential, además de algunos accionistas que estaban esperando a que el precio subiera más todavía, conseguiría retener casi el cuarenta por ciento de las acciones. Tim Newman calculaba que Trentham debía de poseer ya al menos el veinte por ciento, pero cuando pudiera añadir el diecisiete por ciento del fideicomiso estaría en posesión del cuarenta y dos o cuarenta y tres por ciento. Adquirir el ocho o nueve por ciento extra necesario para hacerse con el control no le resultaría demasiado difícil, advirtió Newman a Charlie.

Esa noche Daphne organizó una fiesta de cumpleaños en honor de Charlie en su casa de Eaton Square; celebración a la que Cathy no pudo asistir, pues se había ido de compras a Nueva York. Nadie mencionó el nombre de Trentham hasta que la escancia de oporto hubo hecho la segunda ronda, cuando un Charlie ligeramente achispado citó la cláusula pertinente del testamento de sir Raymond, la cual, explicó, existía con la sola intención de salvarlo.

—Por sir Raymond Hardcastle —dijo Charlie, levantando la copa—. Me alegra tenerlo en mi equipo.

—Por sir Raymond —corearon los invitados imitando su gesto, todos a excepción hecha de Daphne.

—¿Qué pasa, tesoro? —preguntó Percy—. ¿El oporto deja que desear?

—El oporto, no. Los demás, como de costumbre. Se os está escapando por completo lo que sir Raymond esperaba de vosotros.

—¿A qué te refieres, tesoro?

—Pensaba que estaría clarísimo para todos, sobre todo para ti, Charlie —dijo, volviéndose hacia el invitado de honor.

—Estoy con Percy: no tengo ni idea de a qué te refieres.

Llegado ese punto todos habían enmudecido alrededor de la mesa, pendientes de las palabras de Daphne.

—No tiene ningún misterio, la verdad. Es evidente que a sir Raymond no le parecía probable que la señora Trentham sobreviviera a Daniel.

—¿Y? —dijo Charlie.

—Y también dudo que creyera ni por un momento que Daniel fuese a tener descendencia antes de su muerte.

—Posiblemente no —dijo Charlie.

—Todos somos plenamente consciente de que Nigel Trentham era su último recurso. De lo contrario, a sir Raymond no le habría importado nombrarlo beneficiario para no verse obligado a dejarle toda su fortuna a algún descendiente de Guy Trentham…, descendiente que ni siquiera conocería. Tampoco habría añadido eso de «si este no tuviera ninguno, la herencia será para mi descendiente con vida más próximo».

—¿Adónde nos conduce esto? —preguntó Becky.

—De nuevo a la cláusula que Charlie acaba de citar: «Ruego a mis testaferros que tomen todas las medidas necesarias para encontrar a la persona con derecho a recibir mi legado» —dijo Daphne, leyendo los apuntes rápidos que había tomado en su servilleta de damasco—. ¿Son esas las palabras exactas, señor Baverstock?

—Lo son, lady Wiltshire, pero sigo sin ver…

—Porque está tan ciego como Charlie —lo interrumpió Daphne—. Gracias a Dios que yo todavía estoy sobria. Señor Baverstock, tenga la bondad de recordarnos a todos cuáles fueron las instrucciones de sir Raymond para publicar el anuncio.

El señor Baverstock se limpió los labios con la servilleta, dobló escrupulosamente el cuadrado de tela y lo dejó encima de la mesa ante él.

—Deberíamos publicar un anuncio en el *Times*, el *Telegraph*, el *Guardian* y cualquier otro periódico que me pareciese relevante y apropiado.

—«Relevante y apropiado» —repitió Daphne, enunciando cada palabra con una parsimonia exagerada—. No se podría pedir una pista más evidente. —Todas las miradas estaban puestas en ella. Nadie se atrevió a interrumpirla cuando preguntó—: ¿No se dan cuenta de lo cruciales que son esas palabras? Si Guy Trentham tuviera algún hijo, está claro que no lo encontraríamos publicando un anuncio en el *London Times*, el *Telegraph*, el *Guardian*, el *Yorkshire Post* ni, ya puestos, el *Huddersfield Daily Examiner*.

Charlie soltó su trozo de tarta de cumpleaños en el plato y miró al señor Baverstock.

—Por todos los santos…, tiene razón, ¿sabes?

—Es muy posible que no ande desencaminada —reconoció Baverstock, rebulléndose en su silla—. Y me disculpo por tener tan poca imaginación, porque, como tan acertadamente ha señalado lady Wiltshire, he estado ciego al no seguir las instrucciones de sir Raymond cuando me pidió que utilizara el sentido común. Es evidente que sabía que Guy había engendrado descendencia y que esta no debía de encontrarse en Inglaterra.

—Buen trabajo, señor Baverstock —dijo Daphne—. No sé por qué no fui a la universidad. Estoy convencida de que me habría sacado la licenciatura sin ningún problema.

El señor Baverstock se sintió incapaz de corregirla en esta ocasión.

—Quizá todavía estemos a tiempo —dijo Charlie—. Al fin y al cabo, faltan otras siete semanas antes de que la herencia vaya a parar a manos de Nigel, así que deberíamos actuar sin demora. —Hizo una reverencia en dirección a Daphne mientras añadía—: Gracias, por cierto.

Charlie se levantó de la silla y se acercó al teléfono que tenía más cerca.

—Lo primero que tengo que hacer es encontrar al abogado más perspicaz de toda Australia. —Consultó su reloj—. A ser posible, uno al que no le importe madrugar.

El señor Baverstock se aclaró la garganta.

Durante las dos semanas siguientes, todos los periódicos del continente australiano con una tirada superior a los cincuenta mil ejemplares publicaron el mismo anuncio destacado. Las respuestas al mismo recibían una invitación a entrevistarse con el bufete de abogados de Sídney recomendado por el señor Baverstock. Todas las noches, Charlie hablaba por teléfono con Trevor Roberts, el socio principal, que se pasaba horas al otro lado de la línea cuando para informarle de las últimas noticias recabadas por sus sucursales en Sídney, Melbourne, Perth, Brisbane y Adelaide. Sin embargo, después de tres semanas destinadas a separar a los buscavidas de los auténticos candidatos en potencia, la lista elaborada por Roberts incluía tan solo tres nombres que cumplían los requisitos indispensables. Pese a todo, después de que otro socio de la firma hablara con ellos, también esos finalistas resultaron carecer de una relación directa con cualquier miembro de la familia Trentham.

Roberts había averiguado que el registro nacional comprendía diecisiete Trentham, la mayoría en Tasmania, pero ninguno de ellos pudo demostrar parentesco alguno con Guy Trentham o su madre, aunque una anciana de Hobart que había emigrado desde Ripon después de la guerra acabó recibiendo las mil libras que le correspondían legítimamente, pues resultó ser una prima tercera de sir Raymond.

Charlie le dio las gracias al señor Roberts por sus infatigables esfuerzos y le rogó que no cejara en su empeño, sin importar a cuántas personas tuviera que emplear para continuar con las labores de búsqueda durante las veinticuatro horas del día.

En la última asamblea antes de que Nigel Trentham obtuviera oficialmente su herencia, Charlie informó a sus colegas sobre las últimas noticias que había recibido de Australia.

—No me parece prometedor —dijo Newman—. A fin de cuentas, si hubiera otro Trentham, ya debería superar la treintena y seguro que no habría dejado pasar tanto tiempo sin dar señales de vida.

—Estoy de acuerdo, aunque Australia es un sitio muy grande. Quizá ni siquiera esté en el país.

—Nunca te rindes, ¿verdad? —dijo Daphne.

—Fuera como fuese —intervino Arthur Selwyn—, creo que ha llegado el momento de que intentemos llegar a un acuerdo con Trentham si queremos que el traspaso de poderes de la compañía se produzca de la forma más responsable posible. Velando por el interés de Trumper's y de sus clientes, me gustaría que las partes implicadas pudieran entablar una negociación amistosa…

—¡Una negociación amistosa! —lo interrumpió Charlie—. El único acuerdo que aceptaría Trentham sería el que le permitiera sentarse en esta silla con una mayoría de la junta elegida a dedo mientras yo me resigno a pasar el resto de mis días languideciendo en un hogar para jubilados.

—Aunque así fuera —dijo Selwyn—, me veo en la obligación de recordarle, señor presidente, que todavía tenemos un compromiso con nuestros accionistas.

—Es verdad —terció Daphne—. Hay que intentarlo, Charlie, por el bien a largo plazo de la empresa que fundaste. —Ya en voz baja, añadió—: Por doloroso que sea.

Becky asintió con la cabeza y Charlie se volvió hacia su secretaria para solicitarle que

concertara una cita con Trentham lo antes posible. Jessica regresó unos minutos más tarde para informar a la junta de que Nigel Trentham no estaba interesado en verlos a ninguno de ellos antes de la asamblea de marzo, cuando aceptaría sus dimisiones en persona con mucho gusto.

—El siete de marzo —les recordó Charlie a los directivos—. Dos años exactos desde que murió su madre.

—Y el señor Roberts te está esperando por la otra línea —dijo Jessica.

Charlie se incorporó y salió de la habitación caminando a largas zancadas. En cuanto hubo llegado al teléfono, se agarró a él como un marinero naufragado a un salvavidas.

—Roberts, ¿qué nuevas me traes?

—¡Guy Trentham!

—Está enterrado en Ashurst.

—Pero antes de eso estuvo en una prisión de Melbourne.

—¿Prisión? Pensaba que había muerto de tuberculosis.

—Me extrañaría que se pudiera morir de tuberculosis cuando estás colgando de una soga, sir Charles.

—¿Lo ahorcaron?

—Por asesinar a su esposa, Anna Helen —dijo el abogado.

—Pero ¿tenía algún hijo?

—Eso no hay forma de saberlo.

—¿Por qué diantres no?

—El servicio de prisiones no está autorizado a divulgar el nombre de los familiares de sus prisioneros.

—Por todos los santos, ¿por qué?

—Por su protección.

—Pero esto solo podría beneficiarlos.

—No es la primera vez que alguien les pone esa excusa. Además, como ellos mismos me han recordado, en este caso en particular ya hemos empapelado el país de costa a costa con nuestros anuncios de búsqueda. Para colmo de males, si algún descendiente de Trentham se hubiera cambiado el apellido, por razones comprensibles, las posibilidades de encontrarlo serían prácticamente nulas. Pero sigo trabajando en ello, sir Charles, se lo garantizo.

—Consígueme una entrevista con el jefe de policía.

—Eso no servirá de nada, sir Charles. No va a… —empezó a replicar Roberts, pero Charlie ya había colgado.

—Estás loco —dijo Becky una hora más tarde, mientras ayudaba a su marido a hacer las maletas.

—Cierto, pero esta podría ser la última oportunidad de retener el control de la compañía y no estoy dispuesto a jugármela por teléfono, y menos a veinte mil kilómetros de distancia. Debo ir en persona, así sabré por lo menos que soy yo el que ha fracasado, y no otro.

—Pero ¿qué esperas averiguar exactamente cuando llegues allí?

Charlie miró a su mujer mientras cerraba la maleta.

—Sospecho que únicamente la señora Trentham conocía la respuesta a esa pregunta.

44

Cuando el vuelo 012 aterrizó en el aeropuerto de Kingsford Smith, en Sídney, una tarde soleada treinta y cuatro horas más tarde, lo primero que pensó Charlie fue que necesitaba una noche de sueño reparador. A su paso por aduanas lo recibió un joven muy alto, vestido con un traje beige, que se presentó como Trevor Roberts, el abogado recomendado por Baverstock. Roberts lucía una tupida mata de pelo rojizo, tenía la piel más rubicunda todavía, y por lo musculoso de su físico se diría que podría haber pasado los sábados por la tarde jugando al rugby. Agarró inmediatamente el carro cargado de equipaje de Charlie y lo empujó hacia una salida sobre la que se podía leer «Aparcamiento».

—No hace falta que nos llevemos todo esto al hotel todavía —dijo mientras le abría la puerta de su vehículo a Charlie—. Podemos dejarlo en el coche.

—¿Me lo aseguras en calidad de consejero legal? —jadeó Charlie, sin aliento tras intentar seguir el ritmo impuesto por el joven.

—Confirmado, sir Charles, porque no tenemos tiempo que perder. —Detuvo el carro en la acera y un chófer metió el equipaje en el maletero mientras Charlie y el señor Roberts montaban en la parte trasera—. El embajador británico lo ha invitado a tomar algo en su residencia esta tarde, pero también necesito que embarque en el último vuelo de hoy a Melbourne. Solo disponemos de seis días y no podemos malgastar ni uno solo de ellos demorándonos en la ciudad que no es.

Charlie supo que el señor Roberts le iba a caer bien en cuanto el australiano le pasó una abultada carpeta. Empezó a escuchar con interés al joven abogado mientras este repasaba en voz alta el programa de los tres próximos días. Ya en las afueras de la ciudad, Charlie continuó prestando atención a todo lo que decía, pidiéndole ocasionalmente que le repitiera alguna cosa o entrara en detalles mientras en un intento por acostumbrarse a la diferencia de estilo entre el señor Roberts y todos los abogados de Inglaterra con los que había tratado hasta entonces. Cuando le pidió al señor Baverstock que le encontrase al abogado más perspicaz de Sídney, no se imaginaba que elegiría a alguien cortado por un patrón tan distinto del de su viejo amigo.

El vehículo aceleró por la autopista en dirección a la residencia del embajador y Roberts, con varios expedientes en equilibrio sobre las rodillas, prosiguió con su informe pormenorizado.

—Solo vamos a asistir a esta fiesta en casa del embajador —le explicó— porque es posible que en el transcurso de los próximos días necesitemos algo de ayuda para abrir ciertas puertas. Después viajaremos hasta Melbourne porque cada vez que alguien de mi bufete encuentra algo parecido a una pista, esta siempre parece conducir al inspector jefe de la policía de esa ciudad. He concertado una cita entre el nuevo comisario y usted por la mañana, aunque, como ya le he advertido, es posible que no se muestre demasiado dispuesto a colaborar con mi gente.

—¿A qué se debe eso?

—Ostenta el cargo desde hace relativamente poco y se esfuerza por demostrar que todo el

mundo va a recibir un trato imparcial…, menos los «anglos».

—¿Qué problema tiene con nosotros?

—Como todos los australianos de segunda generación, odia a los británicos. O eso aparenta, al menos. —Roberts esbozó una amplia sonrisa—. De hecho, creo que solo hay otro colectivo que deteste más todavía.

—¿Los criminales?

—No, los abogados —replicó Roberts—. Supongo que ahora se explica por qué la suerte parece que está en nuestra contra.

—¿Ha conseguido sonsacarle algo?

—Poca cosa. Casi todo lo que ha accedido a revelar ya era de dominio público. Como por ejemplo, que el 27 de julio de 1926, en un ataque de ira, Guy Trentham mató a su mujer asestándole varias puñaladas en la bañera. Después la sumergió para asegurarse de que no sobreviviera… Está en la página dieciséis de ese expediente. También sabemos que lo ahorcaron por su delito el 23 de abril de 1927, a pesar de haber solicitado el indulto del embajador en numerosas ocasiones. Lo que no hemos podido descubrir es si lo sobrevivió algún hijo. El *Age* de Melbourne fue el único periódico que publicó una crónica del juicio, y en ella no se menciona ningún descendiente. No es de extrañar, sin embargo, puesto que el juez se habría opuesto a semejante referencia durante el proceso a menos que fuese para arrojar algo de luz sobre el crimen.

—Pero ¿qué hay del apellido de soltera de la difunta? Supongo que esa sería la ruta más fácil.

—Esto no le va a gustar, sir Charles.

—Veamos.

—Se llamaba Smith…, Anna Helen Smith…, por eso nos hemos estado concentrando hasta ahora en el apellido de Trentham.

—¿Y todavía no ha salido a la luz ninguna pista concluyente?

—Me temo que no —dijo Roberts—. Si por aquel entonces hubo algún niño en Australia que se apellidara Trentham, lo cierto es que no hemos sido capaces de dar con su rastro. Mi equipo ha hablado con todos los Trentham que aparecen en el registro nacional, incluido uno en Coorabulka, localidad con una población de once habitantes a la que se tarda tres días en llegar, primero por carretera y después a pie.

—A pesar de tus valientes esfuerzos, Roberts, sospecho que aún debe de quedar alguna piedra bajo la que podríamos mirar.

—Es posible —dijo el abogado—. He llegado a preguntarme incluso si Trentham podría haber utilizado otro apellido cuando llegó a Australia, pero el jefe de policía me ha confirmado que el expediente de Melbourne está a nombre de Guy Francis Trentham.

—Siendo así, encontrar a sus descendientes debería ser tarea sencilla.

—No necesariamente. Hace poco contrató mis servicios una mujer cuyo marido estaba en prisión por asesinato. Mi cliente recuperó su apellido de soltera y se lo puso también a su único hijo, después de lo cual había solicitado que su nombre original fuera expurgado de todos los archivos. Además, recuerde que en este caso estamos hablando de alguien que podría haber nacido entre 1923 y 1925, por lo que la desaparición de una sola hoja de papel podría haber sido suficiente para eliminar cualquier conexión que esa persona pudiera tener con Guy Trentham. En tal caso, encontrar a ese niño en un país tan grande como Australia sería como buscar la

proverbial aguja en el pajar.

—Pero si solo tenemos seis días —murmuró Charlie con tono lastimero.

—No me lo recuerde —dijo Roberts mientras el vehículo cruzaba las puertas de la residencia del embajador en la Casa del Gobernador y aminoraba para recorrer el camino de acceso—. He previsto pasar una hora en la fiesta, ni un minuto más —le advirtió el joven abogado—. Lo único que espero del embajador es la promesa de que llamará al jefe de la policía de Melbourne antes de que nos reunamos mañana con él para pedirle que colabore con nosotros en la medida de lo posible. Pero cuando yo le diga que tenemos que irnos, sir Charles, tendremos que irnos.

—Entendido —le aseguró Charlie, sintiéndose como si volviera a ser un cadete en el campo de prácticas de Edimburgo.

—A propósito —dijo Roberts—, el embajador es sir Oliver Williams. Sesenta y un años de edad, antiguo oficial de la guardia real…, natural de un sitio que se llama Tunbridge Wells.

Entraron en el salón principal de la Casa del Gobernador dos minutos más tarde.

—Me alegra que haya podido venir, sir Charles —lo saludó un hombre alto y elegantemente vestido con un traje a rayas y una corbata de la guardia real.

—Gracias, sir Oliver.

—¿Y cómo ha ido el viaje, amigo?

—Cinco paradas para repostar combustible y ni un solo aeropuerto en el que supieran preparar una taza de té en condiciones.

—Necesitará usted esto, en tal caso —sugirió sir Oliver, dándole a Charlie una generosa copa de whisky que tomó diestramente de la bandeja que pasaba por su lado en esos momentos—. Todas las predicciones apuntan a que nuestros nietos podrán hacer todo el trayecto de Londres a Sídney sin escalas y en un solo día. Pese a todo, su experiencia ha sido bastante menos desagradable que lo que tuvieron que soportar los primeros colonos.

—Escaso consuelo. —A Charlie no se le ocurrió una respuesta más apropiada mientras pensaba en lo distintos que eran el delegado del señor Baverstock en Australia y el portavoz de la reina.

—Bueno, cuénteme qué lo trae por aquí —continuó el embajador—. ¿Acaso el segundo carretón más grande del mundo está a punto de desembarcar en esta esquina del globo?

—No, sir Oliver. Por ahora se libran de esa. He venido para realizar una breve visita privada, con la intención de solucionar unos asuntos familiares.

—Si puedo hacer algo por ayudarlo —replicó su anfitrión mientras echaba mano una copa de ginebra de otra bandeja de paso—, no dude usted en decírmelo.

—Le agradezco mucho la oferta, sir Oliver, porque lo cierto es que no me vendría mal una ayuda con algo.

—¿Y en qué consiste ese algo? —preguntó el embajador, cuya mirada se desvió un instante por encima del hombro de Charlie en dirección a los últimos invitados que acababan de llegar.

—Podría llamar al jefe de la policía de Melbourne y pedirle que coopere con nosotros en la medida de lo posible cuando nos veamos mañana por la mañana.

—Delo por hecho, amigo —dijo sir Oliver antes de inclinarse hacia delante para estrechar la mano de un jeque árabe—. Y no lo olvide, sir Charles, si necesita ayuda con cualquier otra cosa…, con cualquiera, insisto…, avíseme usted. Ah, *monsieur l'ambassadeur, comment allez-vous?*

El cansancio se apoderó inesperadamente de Charlie, que se pasó el resto de los sesenta minutos esforzándose por mantenerse en pie mientras conversaba con diplomáticos, políticos y empresarios, todos los cuales daban la impresión de estar muy familiarizados con el carretón más grande del mundo. A la larga, Roberts le dio un golpecito en el codo para hacerle saber que ya habían cumplido con las formalidades y debían partir hacia el aeropuerto.

Charlie consiguió a duras penas mantenerse despierto en el vuelo a Melbourne, aunque no siempre tuviera los ojos abiertos. En respuesta a una pregunta de Roberts, le confirmó que el embajador había prometido llamar al comisario por la mañana.

—Aunque no estoy seguro de que haya captado lo importante que es.

—Ya veo —dijo Roberts—. Me pondré en contacto con su oficina mañana a primera hora. Sir Oliver no tiene fama precisamente de recordar todas las promesas en los cócteles. «Si necesita ayuda con cualquier otra cosa, amigo…, con cualquiera, insisto…».

A pesar de que Charlie amenazaba con dejarse vencer por el sueño, la imitación del joven consiguió arrancarle una sonrisa.

En el aeropuerto de Melbourne los esperaba otro coche. Nada más montar en él, Charlie se quedó dormido y ya no se despertó hasta que aparcaron delante del Windsor, aproximadamente veinte minutos después. El gerente condujo a su huésped a la suite Príncipe Edward, y en cuanto se hubo quedado solo, Charlie se desvistió, se duchó y se acostó. Tardó apenas unos instantes en sumirse en un sueño profundo. Pese a todo, se despertó a las cuatro de la madrugada.

Incorporado incómodamente contra unos almohadones sintéticos que no paraban de resbalarse, Charlie dedicó las tres horas siguientes a revisar los expedientes de Roberts. Aunque el joven no se pareciera a Baverstock ni hablara como él, mostraba la misma meticulosidad en todas las páginas. Para cuando soltó la última carpeta en el suelo, Charlie tuvo que reconocer que la firma de Roberts había cubierto todos los ángulos y seguido todas las pistas; ahora su única esperanza dependía de un policía cascarrabias de Melbourne.

Charlie se dio una ducha fría a las siete y disfrutó de un desayuno caliente poco después de las ocho. Aunque su única cita de la jornada era a las diez, estaba caminando nerviosamente de un lado a otro de la habitación cuando Roberts llegó para recogerlo a las nueve y media, consciente de que, si no sacaba nada en claro de su reunión, podría hacer las maletas y volar de regreso a Londres en el primer avión que despegara esa tarde. Al menos así Becky obtendría la satisfacción de haber estado en lo cierto.

Roberts llamó a la puerta a las nueve y veintinueve minutos; Charlie se preguntó cuánto tiempo llevaría el abogado esperando en el pasillo. El joven le informó de que ya había hablado por teléfono con el despacho del embajador y sir Oliver había prometido llamar al comisario en menos de una hora.

—Bien. Y ahora, cuéntame todo lo que sepas sobre ese hombre.

—Mike Cooper tiene cuarenta y siete años y es una persona eficiente, irascible e impulsiva. Aunque ha ascendido por méritos propios, todavía cree que debe demostrar su valía ante los demás, sobre todo si está en presencia de un abogado, debido quizás a que los índices de criminalidad en Melbourne arrojan una media muy superior a los de Inglaterra.

—Ayer me dijiste que es australiano de segunda generación. ¿Dónde nació?

Roberts consultó el expediente.

—Su padre llegó a Australia a principios de siglo, procedente de un sitio llamado Deptford.

—¿Deptford? —repitió Charlie con una sonrisa—. Es casi como si estuviera en mi casa. —Consultó su reloj—. ¿Salimos ya? Creo que estoy más que preparado para conocer al señor Cooper.

Veinte minutos más tarde, cuando Roberts abrió la puerta de la comisaría para su cliente, los recibió el retrato formal de un hombre entrado en los cuarenta que hizo que Charlie acusara cada uno de los sesenta y cuatro años que pesaban sobre él.

Después de que Roberts le diera sus nombres al agente de guardia, solo tuvieron que esperar unos minutos antes de que Charlie fuera invitado a pasar al despacho del comisario, cuyos labios formaron una sonrisa reticente mientras le estrechaba la mano.

—No sé si podré hacer gran cosa por usted, sir Charles —empezó Cooper, invitándolo a sentarse—. Por mucho que su embajador se haya tomado la molestia de llamarme por teléfono.

Ignoró la presencia de Roberts, que se quedó de pie unos pasos por detrás de su cliente.

—Conozco ese acento —dijo Charlie, sin sentarse en la silla.

—¿Disculpe? —replicó Cooper, que se quedó de pie a su vez.

—Me apostaría una corona a que su padre es de Londres.

—Sí, en efecto.

—Para ser exactos, yo diría que del East End de esa ciudad.

—De Deptford —dijo el comisario.

—Lo supe en cuanto abrió usted la boca —dijo Charlie, acomodándose ahora en la silla de cuero—. Yo soy de Whitechapel. ¿Y dónde nació?

—En Church Street —contestó el comisario—. Cerca de…

—A tiro de piedra de mi parte del mundo —lo atajó Charlie con su acento cockney más exagerado.

Roberts aún no había pronunciado palabra, por no hablar de ofrecer su opinión profesional.

—Forofo del Millwall, supongo —dijo Charlie.

—De los Gunners —lo corrigió Cooper con firmeza.

—Tonterías. El Arsenal es el único equipo que conozco que les tiene que leer el nombre de los espectadores a sus jugadores.

El comisario se rio.

—En eso le doy la razón. Esta temporada ya estoy a punto de tirar la toalla. ¿Y cuál es su equipo?

—He sido siempre del West Ham.

—¿Y esperaba que le ofreciera mi colaboración?

Charlie se rio.

—Bueno, dejamos que nos derrotaran en la Copa.

—En 1930 —dijo Cooper, riéndose.

—Los de Upton Park tenemos memoria de elefante.

—En fin, no me esperaba que tuviera usted ese acento, sir Charles.

—Llámame Charlie, todos mis amigos lo hacen. Y otra cosa, Mike, ¿quieres que se vaya?

Charlie apuntó con el pulgar en dirección a Trevor Roberts, que seguía sin recibir ninguna invitación a sentarse.

—Sería un detalle —dijo el comisario.

—Espérame fuera, Roberts —dijo Charlie, sin molestarse en mirar a su abogado.

Cuando se hubieron quedado a solas, Charlie se acodó en la mesa antes de decir:

—Dichosos abogados, son todos iguales. Lechuguinos engreídos que te cobran una barbaridad y esperan que uno haga todo el trabajo.

Cooper se rio.

—Sobre todo si uno es madero —le confió.

Charlie se rio a su vez.

—No había oído a un policía referirse de esa manera a sí mismo desde que salí de Whitechapel. —Charlie se inclinó hacia delante—. Esto es entre tú y yo, Mike. Dos chicos del East End haciendo un frente común. ¿Qué puedes contarme sobre Guy Francis Trentham que no sepa ya ese?

Charlie apuntó hacia la puerta con el pulgar.

—Si le soy sincero, sir Charles, lo cierto es que Roberts no ha dejado tierra sin remover.

—Charlie.

—Charlie. Mira, ya sabes que Trentham asesinó a su mujer, y también debes de estar al corriente de que más tarde murió ahorcado por ello.

—Sí, pero lo que necesito saber, Mike, es si había algún niño.

Charlie contuvo el aliento mientras el comisario parecía titubear.

Cooper miró la hoja que tenía delante, encima de la mesa.

—Aquí pone: mujer (fallecida), una hija.

Charlie se contuvo para no saltar de la silla.

—¿Y no aparece su nombre en ese papel?

—Margaret Ethel Trentham —dijo el comisario.

A Charlie no le hacía falta revisar los expedientes que Roberts le había dejado la noche anterior para saber que en ellos no aparecía ninguna Margaret Ethel Trentham. Recordaba el nombre de los tres Trentham nacidos en Australia entre 1923 y 1925, y todos eran varones.

—¿Fecha de nacimiento? —aventuró.

—Ni idea, Charlie —dijo Cooper—. No se estaba juzgando a la niña. —Empujó la hoja por encima de la mesa para que su invitado pudiera leer todo lo que ya le había contado—. En los años veinte no se tomaban muchas molestias con ese tipo de detalles.

—¿No hay en esa carpeta algo más que le pueda servir de algo a un chico del East End que juega fuera de casa? —Charlie esperó no estar forzando demasiado la situación.

Cooper dedicó un momento a examinar los papeles del expediente de Trentham antes de ofrecer su opinión.

—Nuestros archivos contienen dos entradas que podrían resultar útiles. Mi antecesor escribió la primera, y hay otra anterior, del comisario que lo precedió, que podría tener algún interés.

—Soy todo oídos, Mike.

—El comisario Parker recibió la visita de una tal Ethel Trentham, la madre del difunto, el 24 de abril de 1927.

—Santo cielo —dijo Charlie, incapaz de ocultar su sorpresa—. Pero ¿por qué?

—No consta el motivo, como tampoco existe ninguna transcripción del encuentro. Lo siento.

—¿Y la segunda entrada?

—Está relacionada con otro visitante de Inglaterra que preguntaba por Guy Trentham. El 23 de agosto de 1947, en esta ocasión. —El jefe de policía leyó el expediente para consultar el

nombre—. El señor Daniel Trentham.

Charlie se aferró a los brazos de la silla con un escalofrío.

—¿Estás bien? —preguntó Cooper, cuya preocupación parecía sincera.

—Bien. Solo son los efectos del *jet lag*. ¿Cuál era el motivo de la visita de Daniel Trentham?

—Según la nota adjunta, aseguraba ser el hijo del difunto. —Charlie procuró no mostrar ninguna emoción mientras el policía se reclinaba en la silla—. Ahora ya sabes tanto como yo sobre el caso.

—Tu ayuda ha sido inestimable, Mike. —Charlie se incorporó antes de inclinarse hacia delante para estrecharle la mano al jefe de policía—. No dejes de avisar si alguna vez te pasas por Deptford. Estaré encantado de llevarte a ver un equipo de fútbol de verdad.

Cooper sonrió y continuó intercambiando anécdotas con Charlie mientras los dos hombres salían de su despacho y se dirigían al ascensor. Una vez en la planta baja, el policía lo acompañó hasta la escalinata de la comisaría, donde Charlie se despidió de él con otro apretón de manos antes de reunirse con Trevor Roberts en el coche.

—Vale, Roberts, me parece que tenemos bastante trabajo por delante.

—¿Puedo preguntarle algo antes de empezar, sir Charles?

—Adelante.

—¿Qué ha pasado con su acento?

—Me lo reservo para la gente especial, señor Roberts. La reina, Winston Churchill y los clientes del carretón. Hoy me ha parecido necesario añadir al jefe de la policía de Melbourne a la lista.

—No quiero ni imaginarme lo que le habrá dicho de mí y mi profesión.

—Tan solo que todos los abogados son unos lechuguinos engreídos que te cobran una barbaridad y esperan que uno haga todo el trabajo.

—¿Y qué dijo él?

—Que estaba quedándome corto.

—No me sorprende. Bueno, ¿ha conseguido sonsacarle algo que no supiéramos?

—Ya lo creo. Guy Trentham al parecer tenía una hija.

—¿Una hija? —repitió Roberts, incapaz de disimular su emoción—. Pero ¿Cooper le ha proporcionado algún nombre o le ha dado más detalles sobre ella?

—Margaret Ethel, aunque la única pista es que la señora Trentham, la madre de Guy, visitó Melbourne en 1927. Cooper ignoraba por qué.

—Por todos los santos… En veinte minutos ha conseguido usted más que yo en veinte días.

—Ah, contaba con la ventaja de haber nacido donde nací —dijo Charlie con una sonrisa—. Veamos, ¿dónde habría podido descansar la cabeza una noble señora inglesa en esta ciudad por aquella época?

—En mi ciudad natal, no —admitió Roberts—. Quizá Neil Mitchell, mi socio, sepa orientarnos. Su familia se asentó en Melbourne hace más de cien años.

—¿A qué estamos esperando?

Neil Mitchell arrugó el entrecejo cuando su colega le planteó la pregunta.

—No tengo ni idea —reconoció—, aunque mi madre seguro que sabe algo. —Echó mano del teléfono y empezó a marcar un número—. Pero es escocesa, así que es posible que intente

cobrarnos por la información.

Charlie y Trevor Roberts se quedaron en pie frente al escritorio de Mitchell, esperando con distintos grados de impaciencia. Tras los preámbulos que cabía esperar de cualquier conversación entre madre e hijo, el abogado hizo su pregunta y escuchó con atención la respuesta.

—Gracias, mamá, tú siempre me sacas las castañas del fuego. Te veré este fin de semana —añadió antes de colgar el teléfono.

—¿Y bien? —dijo Charlie.

—Por lo visto, el club de campo Victoria es el único sitio en el que alguien como la señora Trentham se habría dignado pernoctar en los años veinte. Por aquel entonces solo había dos hoteles decentes en Melbourne, y el otro estaba estrictamente reservado para los empresarios de visita.

—¿Todavía existe ese sitio? —preguntó Roberts.

—Sí, aunque ya no es ni la sombra de lo que era. Supongo que sir Charles lo describiría como un antro de mala muerte.

—En tal caso, llame y reserve una mesa para almorzar a nombre de sir Charles Trumper. Y recalque lo de sir Charles.

—Por supuesto, sir Charles —dijo Roberts—. ¿Qué acento usará en esta ocasión?

—Lo sabré cuando haya podido tomarle la medida a la oposición —dijo Charlie mientras regresaban al coche.

—Resulta irónico, si se para uno a pensarlo —dijo Roberts mientras se incorporaban a la autopista.

—¿Irónico?

—Sí —dijo Roberts—. Si la señora Trentham se tomó tantas molestias para eliminar la existencia de su nieta de todos los registros, debió de contratar los servicios de un abogado de primera para conseguirlo.

—¿Qué significa eso?

—Eso significa que en alguna parte de esta ciudad tiene que haber enterrado algún expediente con toda la información que necesitamos.

—Es posible, aunque la única certeza es que no disponemos de tiempo para desenterrarlo.

Cuando llegaron al club de campo Victoria encontraron al gerente esperando en el vestíbulo para recibirlos. Condujo a su distinguido huésped hasta una mesa apartada y tranquila. A Charlie le decepcionó ver lo joven que era.

Charlie eligió los platos más caros de la sección *à la carte* del menú y seleccionó una botella de Chambertin cosecha de 1957. Todos los camareros del salón convergieron sobre él en cuestión de meros instantes para cubrirlo de atenciones.

—¿Qué se propone usted esta vez, sir Charles? —preguntó Roberts, que se había conformado con el menú convencional.

—Paciencia, joven —dijo Charlie con fingido desdén mientras intentaba cortar una presa de cordero tan correosa como recocida con un cuchillo sin filo.

Al final desistió de su empeño y pidió un helado de vainilla, confiando en que no le estropearan al menos el postre. Cuando le sirvieron por fin el café, el *maître* más veterano de la sala se acercó discretamente a la mesa para ofrecerles sendos puros.

—Un Monte Cristo, si es tan amable. —Charlie sacó un billete de una libra de la cartera y lo dejó frente a él encima de la mesa. El camarero abrió un humificador de gran tamaño para que lo inspeccionara—. Usted debe de llevar aquí mucho tiempo, ¿verdad?

—El mes pasado hizo cuarenta años —replicó el camarero mientras un segundo billete cubría el primero.

—¿Tiene buena memoria?

—Me gustaría pensar que sí, caballero —dijo el camarero, con la mirada fija en los dos billetes.

—¿Le suena una tal señora Trentham? Inglesa, estirada… Debió de pasar un par de semanas aquí alrededor de 1927 —dijo Charlie, empujando los billetes en dirección al anciano.

—¿Sonarme? Cómo podría olvidarla. Por aquel entonces yo estaba en prácticas y no hizo nada más que refunfuñar y quejarse de la comida y del servicio todo el tiempo. Solo bebía agua, decía que no se fiaba de los vinos australianos y se negaba a gastarse el dinero en los franceses…, por eso siempre me tocaba a mí atender su mesa. Al terminar el mes, se largó sin decir palabra y ni siquiera me dejó propina. La recuerdo muy bien.

—Así era la señora Trentham, ya lo creo —dijo Charlie—. Pero ¿llegó a enterarse de los motivos que tenía para visitar Australia?

Sacó un tercer billete de la cartera y lo dejó encima de los otros.

—No tengo ni idea, señor —dijo el camarero, apesadumbrado—. Se pasaba el día entero sin dirigirle la palabra a nadie. Ni siquiera estoy seguro de que el señor Sinclair-Smith conozca la respuesta a esa pregunta.

—¿El señor Sinclair-Smith?

El camarero hizo un gesto por encima del hombro en dirección a la otra punta de la sala, donde había un caballero anciano sentado a solas, con una servilleta colocada en el cuello. Estaba ocupado atacando un enorme bistec.

—El actual propietario —explicó el *maître*—. Su padre era la única persona a la que la señora Trentham se dirigía con un mínimo de tacto.

—Gracias —dijo Charlie—. Ha sido usted de gran ayuda. —El camarero se guardó los billetes—. ¿Me haría usted el favor de preguntarle al gerente si le importaría que hablara con él?

—Ahora mismo, caballero —dijo el veterano camarero antes de cerrar el humificador y retirarse rápidamente.

—El gerente es demasiado joven para recordar…

—Tú abre bien los ojos, Roberts —dijo Charlie mientras cortaba la punta de su cigarro—. A lo mejor aprendes un par de trucos que deberían haberte enseñado en el colegio de abogados.

El gerente se acercó a su mesa.

—¿Quería usted verme, sir Charles?

Charlie le dio una de sus tarjetas profesionales al chico.

—Me preguntaba si al señor Sinclair-Smith le gustaría tomarse una copita de licor conmigo.

—Se lo consultaré de inmediato, señor —dijo el gerente, que giró sobre los talones y se dirigió a la mesa indicada.

—Te aconsejo que te retires al vestíbulo, Roberts —dijo Charlie—. Sospecho que la conducta que me propongo desplegar durante la próxima media hora podría ofender tu código ético.

Echó un vistazo a la otra punta de la sala, donde el anciano estaba inspeccionando su tarjeta.

Con un suspiro de resignación, Roberts se levantó de la silla y se fue.

En los carnosos labios del señor Sinclair-Smith se dibujó una sonrisa. Se incorporó y se acercó anadeando a su visitante inglés.

—Sinclair-Smith —anunció con un atiplado acento inglés antes de tenderle una mano lacia.

—Le agradezco que haya aceptado mi invitación, amigo —dijo Charlie—. Reconozco a un compatriota en cuanto lo veo. ¿Me permite que le ofrezca una copa de brandy?

El camarero se alejó de inmediato.

—Es usted muy amable, sir Charles. Espero que mi humilde establecimiento le haya proporcionado una comida agradable.

—Excelente. Por otra parte, venía usted muy bien recomendado —dijo Charlie mientras exhalaba una columna de humo.

—¿Recomendado? —El señor Sinclair-Smith procuró disimular su sorpresa—. ¿Puedo preguntarle por quién?

—Por mi anciana tía, Ethel Trentham.

—¿La señora Trentham? Santo cielo, la señora Trentham… La última vez que supimos de ella todavía vivía mi padre.

Charlie frunció el ceño mientras el veterano camarero regresaba con dos grandes copas de brandy.

—Espero que esté bien, sir Charles.

—Mejor que nunca. Me pidió que le diera a usted recuerdos de su parte.

—Qué detalle —replicó Sinclair-Smith, agitando su bebida en la copa de balón—. Y qué memoria tan prodigiosa, porque por aquel entonces yo solo era un muchacho que acababa de empezar a trabajar en el hotel. Ella ahora debe de tener…

—Más de noventa años —dijo Charlie—. Y aunque le cueste creerlo —añadió—, para la familia todavía es un misterio por qué vino a Melbourne.

—Igual que para mí —dijo Sinclair-Smith mientras paladeaba su brandy.

—¿No habló usted nunca con ella?

—No, nunca —dijo Sinclair-Smith—. Aunque mi padre y su tía hablaron muchas veces largo y tendido, él no me reveló el contenido de sus conversaciones.

Charlie se esforzó por ocultar la contrariedad que le producía esa información.

—Vaya, si usted no lo sabe, me imagino que no quedará nadie con vida para sacarme de dudas.

—Bueno, yo no estaría tan seguro de eso —repuso Sinclair-Smith—. Seguro que Slade sabe algo…, es decir, si todavía no se ha vuelto majara del todo.

—¿Slade?

—Sí, un tipo de Yorkshire que trabajaba en el club en tiempos de mi padre, cuando todavía teníamos nuestro propio chófer. Durante toda su estancia en el club, de hecho, la señora Trentham insistió en que fuera Slade el que siempre la llevara a los sitios. Decía que nadie más debería conducir para ella.

—¿Sigue en activo? —preguntó Charlie mientras expulsaba otra generosa nube de humo.

—No, por Dios —dijo Sinclair-Smith—. Se jubiló hace años. Ni siquiera estoy seguro de que siga con vida.

—¿Vuelve usted a menudo por la vieja madre patria? —preguntó Charlie, convencido de que

ya había extraído la información más relevante de esa fuente en concreto.

—Me temo que no, entre…

Charlie dedicó los veinte minutos siguientes a arrellanarse y disfrutar de su puro mientras Sinclair-Smith parloteaba sin cesar de todos los temas que se le ocurrían, desde el declive del imperio al deplorable estado de la liga de críquet inglesa. Pidió la cuenta instantes después, momento que el dueño del club de campo aprovechó para levantarse y marcharse discretamente.

El veterano camarero reapareció en cuanto vio el nuevo billete que se acababa de materializar encima del mantel.

—¿Necesita usted cualquier cosa, caballero?

—¿Le dice algo el nombre de Slade?

—¿El viejo Walter Slade, el antiguo chófer del club?

—El mismo.

—Se jubiló hace años.

—Eso ya lo sabía, pero ¿todavía está vivo?

—Lo ignoro —respondió el *maître*—. Lo último que supe de él fue que vivía en la zona de Ballarat.

—Gracias —dijo Charlie, que apagó el puro en el cenicero, dejó otro billete encima de la mesa y se fue al vestíbulo para reunirse con Roberts—. Llama a tu bufete enseguida —le pidió a su abogado—. Pídeles que localicen a un tal Walter Slade, que podría vivir en un sitio llamado Ballarat.

Roberts se alejó en dirección al cartel del teléfono en tanto Charlie se quedaba deambulando por el pasillo de un lado a otro, rezando para que el anciano todavía estuviera con vida. El abogado regresó instantes después.

—¿Puedo preguntarle qué trama usted esta vez, sir Charles? —inquirió antes de darle una hoja con la dirección de Walter Slade apuntada en letras mayúsculas.

—Nada bueno, eso está claro —dijo Charlie mientras tomaba la información—. Esta vez no hace falta que me acompañes, muchacho, aunque necesitaré el coche. Te veré en la oficina…, no sé cuándo exactamente.

Se despidió con la mano y cruzó las puertas giratorias, dejando a un Roberts desconcertado de pie en el vestíbulo.

Charlie le enseñó la hoja al chófer, que inspeccionó la dirección.

—Pero si esto son más de ciento cincuenta kilómetros —dijo el hombre, mirando hacia atrás por encima del hombro.

—Razón de más para no perder tiempo, ¿verdad?

El conductor encendió el motor y salió del patio del club de campo. Pasaron por delante del campo de críquet de Melbourne, donde Charlie vio que el marcador estaba 147 a 2. Le dio rabia que, para una vez que visitaba Australia, ni siquiera tuviese tiempo para ver un partido. El trayecto por la autopista del norte se prolongó durante hora y media, lo que permitió a Charlie pensar en lo que le iba a decir al señor Slade, suponiendo que, por citar a Sinclair-Smith, «todavía no se ha vuelto majara del todo». Tras dejar atrás a toda velocidad el letrero de Ballarat, el conductor se detuvo en una gasolinera. El empleado llenó el depósito y le dio unas indicaciones al chófer, después de lo cual tardaron otros quince minutos en llegar a una casita adosada en un barrio humilde.

Charlie bajó del vehículo, cruzó el pequeño camino de acceso cubierto de maleza y llamó a la puerta. Esperó un momento antes de que atendiera su llamada una señora mayor con delantal y un vestido de color pastel que llegaba casi hasta el suelo.

—¿La señora Slade? —preguntó Charlie.

—Sí —replicó la mujer, observándolo con suspicacia.

—¿Podría hablar con su marido?

—¿Para qué? —quiso saber la anciana—. ¿Es usted de servicios sociales?

—No, señora, soy de Inglaterra. Le traigo a su esposo un humilde regalo de mi tía, Ethel Trentham, tristemente fallecida hace poco.

—Oh, qué detalle —dijo la señora Slade—. Pase usted.

La mujer llevó a Charlie hasta la cocina, donde se encontró con un anciano vestido con un cárdigan, una camisa a cuadros que parecía estar limpia y pantalones holgados. El hombre dormitaba en una silla delante de la chimenea.

—Ha venido alguien de Inglaterra, Walter, para verte especialmente a ti.

—¿Qué pasa? —murmuró el hombre, restregándose los ojos legañosos con unos dedos huesudos.

—Que ha venido alguien de Inglaterra —repitió su mujer—. Con un regalo de la señora Trentham.

—Ya no puedo conducir para ella, estoy muy mayor.

El anciano parpadeó varias veces seguidas y miró a Charlie con ojos cansados.

—No, Walter, que no te enteras. Este hombre es familiar suyo y te ha traído un regalo de Inglaterra. Es que está muerta, ¿lo entiendes?

—¿Muerta?

Los dos observaron intrigados a Charlie, que se apresuró a sacar todos los billetes que llevaba en la cartera para dárselos a la señora Slade.

Esta empezó a contar los billetes uno por uno mientras Walter Slade continuaba mirando fijamente a Charlie, cada vez más nervioso allí plantado en su impecable suelo de piedra.

—Ochenta y cinco libras, Walter —dijo la mujer antes de darle el dinero a su marido.

—¿Por qué tanto dinero? ¿Y después de tanto tiempo?

—Le hizo usted un gran servicio —dijo Charlie—, y deseaba reparárselo de alguna manera.

El anciano empezó a mirar a Charlie con suspicacia.

—Ya me pagó en su momento.

—Lo entiendo —dijo Charlie—, pero…

—Y he mantenido la boca cerrada.

—Razón de más para que se sintiera tan agradecida con usted.

—¿Me está diciendo que ha venido desde Inglaterra para darme ochenta y cinco libras? Eso no tiene sentido, amigo.

El señor Slade parecía mucho más despierto que antes.

—No, no —dijo Charlie, temiendo estar perdiendo la iniciativa—. Antes de llegar aquí he entregado varios obsequios más. Lo que pasa es que me ha costado encontrar este sitio.

—No me extraña. Hace veinte años que no toco un volante.

—Es usted de Yorkshire, ¿verdad? —dijo Charlie con una sonrisa—. Reconocería ese acento en cualquier parte.

—Sí, y usted es de Londres. Lo que significa que no es de fiar. Así que dígame la verdad y explíqueme que hace aquí. Porque no ha venido solo para regalarme ochenta y cinco libras, eso está claro.

—No consigo encontrar a la niña que acompañaba a la señora Trentham cuando iba en su coche —dijo Charlie, jugándose el todo por el todo—. Verá usted, es la heredera de un legado considerable.

—Imagínate, Walter —dijo la señora Slade.

La expresión de Walter Slade se mantuvo inalterable.

—Mi cometido consiste en localizar a esa señorita y darle la buena noticia.

Slade permaneció imperturbable mientras Charlie continuaba improvisando.

—Se me ocurrió que usted podría ayudarme.

—Pues se ha confundido —replicó Slade—. Es más, se puede llevar su dinero —añadió tirando los billetes a los pies de Charlie—. Y no se moleste en volver por aquí con sus ridículas zarandajas sobre herencias ficticias. Acompáñalo a la puerta, Elsie.

La señora Slade se agachó y recogió meticulosamente los billetes desperdigados antes de devolvérselos a Charlie. Cuando le hubo dado el último, acompañó en silencio al forastero hasta la entrada de la casa.

—Le pido disculpas, señora Slade. No pretendía ofender a su esposo.

—Ya lo sé, caballero. Pero es que Walter ha sido siempre tan orgulloso… Sabe Dios que no nos habría venido mal el dinero.

Charlie sonrió, guardó el fajo de billetes en el delantal de la anciana y se llevó un dedo a los labios.

—Si usted no dice nada, yo tampoco.

Se despidió con una ligera reverencia antes de recorrer el pequeño camino de acceso hacia el coche.

—Nunca vi a ninguna niña —declaró la mujer con un murmullo apenas audible. Charlie se quedó petrificado en el sitio—. Pero una vez Charlie llevó a esa mujer tan estirada al orfanato de Park Hill, en Melbourne. Lo sé porque yo estaba saliendo con el jardinero por aquel entonces, y me lo contó él.

Charlie se giró para darle las gracias, pero la señora Slade ya había cerrado la puerta y se había perdido de vista en el interior de la casa.

Charlie montó en el coche, sin blanca y con un solo nombre al que aferrarse, consciente de que el anciano podría haber resuelto todo el misterio para él si hubiera querido. Por otra parte, ante su solicitud de ayuda le podría haber dicho «lo siento, no puedo hacer nada» en vez de «lo siento, pero no me da la gana hacer nada».

Maldijo su estupidez varias veces durante el largo trayecto de vuelta a la ciudad.

—Roberts, ¿hay algún orfanato en Melbourne? —fueron las primeras palabras de Charlie en cuanto irrumpió en el bufete de los abogados.

—El de St. Hilda —dijo Neil Mitchell antes de que a su socio le diera tiempo siquiera a asimilar la pregunta—. Sí, se encuentra en Park Hill. ¿Por qué?

—Ese es. —Charlie consultó su reloj—. En Londres son casi las siete de la mañana y estoy hecho polvo, así que me retiro al hotel para dormir un ratito. Mientras tanto, necesito unas cuantas respuestas. Para empezar, quiero saberlo todo sobre St. Hilda, empezando por el nombre

de todas las personas que trabajaron allí entre 1923 y 1927, desde el más alto directivo a la última limpiadora. Y si todavía hubiera alguien con vida de aquella época, búsquenlo porque me gustaría hablar con él…, en las próximas veinticuatro horas.

Dos de los empleados de la oficina de Mitchell habían empezado a tomar apuntes frenéticamente en un intento por anotar todo lo que decía sir Charles.

—También necesito el nombre de todos los niños registrados en ese orfanato entre 1923 y 1927. Recordad que estamos buscando a una niña que no debía de tener más de cuatro años y podría haberse llamado Margaret Ethel. Cuando tengáis la respuesta a esas preguntas, me despertáis…, sea la hora que sea.

45

Trevor Roberts llegó al hotel de Charlie unos minutos antes de las ocho de la mañana siguiente para encontrar a su cliente atacando un opíparo desayuno consistente en huevos, tomates, champiñones y beicon. Aunque el abogado estaba sin afeitar y parecía cansado, era portador de buenas noticias.

—Nos hemos puesto en contacto con la directora de St. Hilda, la señora Culver, y la mujer no podría haberse mostrado más dispuesta a cooperar con nosotros.

Charlie sonrió.

—Resulta que había diecinueve niños registrados en el orfanato entre 1923 y 1927. Ocho varones y once chicas. De estas, sabemos que nueve no tenían madre ni padre con vida en aquellos momentos. De las nueve hemos conseguido localizar a siete, cinco de las cuales tienen algún familiar que podría atestiguar la identidad de su padre, una cuyos progenitores fallecieron en un accidente de tráfico y otra que es aborigen. No es tan fácil seguir el rastro de las dos últimas, sin embargo, por lo que he pensado que querría desplazarse hasta St. Hilda e inspeccionar los expedientes personalmente.

—¿Qué hay de los empleados del orfanato?

—De aquella época solo sobrevive una de las cocineras. Según ella, en St. Hilda no hubo nunca ninguna niña que llevara el apellido de Trentham ni nada por el estilo, y ni siquiera le suena que hubiera alguna Margaret o una Ethel. De modo que la señorita Benson podría ser nuestra última esperanza.

—¿La señorita Benson?

—Sí, fue la directora por aquel entonces y ahora reside en Maple Lodge, un exclusivo hogar para personas mayores que se encuentra en la otra punta de la ciudad.

—No está mal, señor Roberts —dijo Charlie—. Pero ¿cómo ha conseguido que la señora Culver le revele tanta información en tan poco tiempo?

—He tenido que recurrir a unos métodos que sospecho que encajarían mejor con las enseñanzas del colegio de abogados de Whitechapel que con las de Harvard, sir Charles.

Charlie lo observó con curiosidad.

—Parece ser que en St. Hilda están intentando recaudar fondos para comprar un minibús…

—¿Un minibús?

—Lo necesitan desesperadamente para las excursiones del orfanato.

—Y usted les ha sugerido que yo…

—Podría ayudarles a comprar una o dos ruedas si…

—A cambio ellos estuvieran dispuestos…

—A colaborar. Precisamente.

—Aprendes rápido, Roberts, eso hay que reconocerlo.

—Y como no hay tiempo que perder, creo que deberíamos salir de inmediato para que usted

pueda consultar esos expedientes en St. Hilda.

—Aunque nuestra mejor opción pasa por hablar con la señorita Benson.

—Coincido plenamente, sir Charles, y lo he organizado todo para ir a visitarla esta tarde, en cuanto usted haya terminado en St. Hilda. A propósito, cuando la señorita Benson era directora la llamaban «la Ogra», no solo los niños sino también los empleados, por lo que no hay motivos para pensar que se vaya a mostrar más dispuesta a cooperar que Walter Slade.

La señora Culver, la actual directora del orfanato, recibió a Charlie en la puerta con un elegante vestido de color verde que parecía recién planchado. Era evidente que había decidido tratar a su posible benefactor como si de Nelson Rockefeller se tratara, pues solo le faltó extender una alfombra roja mientras conducía a Charlie a su estudio.

Dos jóvenes abogados que se habían pasado la noche en vela examinando expedientes y averiguando todo cuanto había que averiguar sobre horarios, permisos, créditos, partes de incidencias e incluso el reparto de responsabilidades en la cocina se pusieron de pie cuando Charlie y Trevor Roberts entraron en la habitación.

—¿Alguna novedad sobre esos nombres? —preguntó Roberts.

—Oh, sí, la lista ya se ha reducido a dos nada más. ¿No es emocionante? —dijo la señora Culver mientras recorría la habitación recolocando todo lo que le parecía que no estaba en su sitio—. Me estaba preguntando…

—Todavía no tenemos ninguna prueba —dijo un muchacho ojeroso—, pero al menos uno de ellos parece encajar a la perfección con lo que buscamos. No hemos conseguido encontrar nada de información sobre la niña antes de que cumpliera los dos años. Y lo más importante de todo, ingresó en St. Hilda exactamente al mismo tiempo que el capitán Trentham aguardaba su ejecución.

—Y la cocinera recuerda de sus tiempos de aprendiz —intervino la señora Culver— que la pequeña llegó en plena noche acompañada por una mujer de aspecto severo, bien vestida y con un acento pomposo que…

—La señora Trentham —concluyó Charlie—. Solo que el apellido de la niña no es Trentham, evidentemente.

El joven asistente consultó las notas desperdigadas sobre la mesa que tenía ante él.

—No, señor. Esa niña en particular ingresó con el nombre de Cathy Ross.

Charlie notó que se le doblaban las rodillas mientras Roberts y la señora Culver se apresuraban a sujetarlo y lo llevaban hasta la única silla medianamente confortable de la habitación. La directora le aflojó la corbata y le desabrochó el cuello de la camisa.

—¿Se encuentra usted bien, sir Charles? —preguntó—. Debo decir que no tiene muy buen…

—Justo delante de mis narices todo este tiempo —murmuró Charlie—. Daphne diría, y con razón, que estoy más ciego que un topo.

—No sé si lo entiendo, sir Charles —dijo Roberts.

—Yo tampoco estoy seguro de entender nada ahora mismo.

Charlie se giró para mirar al nervioso portador de tan devastadora noticia.

—¿Estudió en la Universidad de Melbourne al salir de St. Hilda?

El asistente consultó sus notas dos veces antes de responder.

—Sí, señor. Se matriculó en el 42 y se graduó en el 45.

—Después de haber estudiado historia del arte y lengua inglesa.

El asistente revisó los papeles que tenía delante.

—Correcto, señor —dijo, incapaz de ocultar su sorpresa.

—¿Y jugaba al tenis, por casualidad?

—Algún que otro partido con el equipo suplente de la universidad.

—Pero ¿le gustaba pintar?

El asistente hojeó una vez más los archivos.

—Oh, sí —se le adelantó la señora Culver—. Y se le daba muy bien, además. Todavía tenemos una muestra de su trabajo en el comedor, un paisaje con influencias de Sisley, sospecho. De hecho, me atrevería a decir que…

—¿Podría ver ese cuadro, señora Culver?

—Por supuesto, sir Charles. —La directora sacó una llave del cajón de la esquina superior derecha de su escritorio—. Sígame usted, por favor.

Charlie se levantó tambaleándose y acompañó a la señora Culver por un largo pasillo que desembocaba en una puerta. Trevor Roberts, que caminaba tras los pasos de Charlie, seguía sin salir de su desconcierto, pero se abstuvo de hacer ninguna pregunta.

Cuando entraron en el comedor, Charlie se detuvo en seco y murmuró:

—Distinguiría un Ross a veinte metros de distancia.

—¿Cómo dice, sir Charles?

—No tiene importancia, señora Culver.

Charlie se acercó al cuadro y contempló fijamente el paisaje en tonos de verde y marrón.

—¿Verdad que es precioso, sir Charles? Demuestra un dominio del color absoluto. Me atrevería a decir que…

—Me pregunto, señora Culver, si estaría usted dispuesta a cambiarme este cuadro por un minibús.

—Me parecería un trato justo —replicó la señora Culver sin titubear—. De hecho, estoy segura de que…

—¿Sería demasiado pedir que escribiera en el dorso del lienzo «pintado por la señorita Cathy Ross» junto con las fechas de su estancia en St. Hilda?

—Con mucho gusto, sir Charles.

La señora Culver se adelantó, descolgó el cuadro y le dio la vuelta para que todos lo vieran. Lo que sir Charles le había pedido, aunque borroso por el paso del tiempo, ya estaba escrito y aún resultaba legible a simple vista.

—Le pido perdón, señora Culver —dijo Charlie—. No debería haber dudado de su diligencia.

Sacó la cartera de un bolsillo interior, firmó un cheque en blanco y se lo entregó a la mujer.

—Pero ¿cuánto…? —empezó la asombrada directora.

—Lo que usted considere oportuno —dijo Charlie por toda respuesta, encontrando por fin la manera de dejar sin palabras a la señora Culver.

Los tres regresaron al estudio de la directora, donde los esperaba una tetera caliente. Uno de los asistentes empezó a preparar dos copias de todos los documentos que contenía el expediente de Cathy, en tanto Roberts llamaba a la residencia de ancianos donde vivía la señorita Benson para avisar a la encargada de que llegarían dentro de una hora. Una vez finalizadas ambas tareas, Charlie le dio las gracias por su atención a la señora Culver y se despidió de ella. Aunque la mujer ya llevaba un buen rato callada, consiguió articular un:

—Gracias, sir Charles. Muchísimas gracias.

Charlie se aferró con fuerza al cuadro mientras salía del orfanato y recorría el camino de acceso. Una vez en el coche, le pidió al chófer que protegiera ese paquete con su vida si era preciso.

—Por supuesto, señor. ¿Adónde vamos ahora?

—Al hogar para personas mayores de Maple Lodge, hacia el norte —le instruyó Roberts, que había subido por el otro lado—. Espero que vaya a explicarme qué ha pasado en St. Hilda. Porque, si la mujer de Lot se convirtió en una estatua de sal, yo me he quedado de piedra.

—Te contaré todo lo que sé —dijo Charlie.

Empezó a explicarle cómo había conocido a Cathy aproximadamente quince años antes, en la fiesta de inauguración de su casa de Eaton Square. Continuó narrando su historia sin interrupciones hasta llegar a la parte en la que la señorita Ross había sido nombrada directiva de Trumper's y cómo desde el suicidio de Daniel había sido incapaz de contarles gran cosa acerca de su pasado porque aún no había recuperado por completo la memoria y seguía sin recordar la mayoría de los hechos que habían tenido lugar antes de su llegada a Inglaterra. Las primeras palabras del abogado en respuesta a esta revelación sorprendieron a Charlie.

—Puede usted estar seguro de que no fue ninguna coincidencia que la señorita Ross visitara Inglaterra. Ni, ya puestos, que solicitara un puesto de trabajo en su empresa.

—¿Qué insinúas? —preguntó Charlie.

—Debió de salir de Australia con la sola intención de averiguar quién era su padre, pensando que debía de estar vivo y habría regresado a su tierra natal. Eso tuvo que ser lo que la llevara hasta Londres, donde sin duda descubrió que existía alguna relación entre la familia de él y de la de usted. Si encontramos ese nexo de unión entre su padre, su viaje a Inglaterra y Trumper's, comprobaremos que Cathy Ross es en realidad Margaret Ethel Trentham.

—Pero no tengo ni idea de cuál podría ser ese nexo —dijo Charlie—. Y ahora que Cathy recuerda tan poco sobre su pasado en Australia, quizá me deba quedar con la incógnita.

—Bueno, esperemos que la señorita Benson pueda orientarnos en la dirección correcta. Aunque, como ya le he advertido, nadie que la conociera en St. Hilda tiene nada agradable que decir sobre ella.

—Si hay que guiarse por mi experiencia con Walter Slade, sospecho que la mujer no nos querrá dar ni la hora. Cada vez tengo más claro que la bruja de la señora Trentham hechizó a todos los que alguna vez estuvieron en contacto con ella.

—Coincido —replicó el abogado—. Por eso no le he revelado el motivo de nuestra visita a la señora Campbella, la encargada de Maple Lodge. Me pareció aconsejable no alertar a la señorita Benson de nuestra inminente llegada. Eso le daría tiempo a prepararse a conciencia todas sus respuestas.

Charlie emitió un gruñidito de aprobación.

—¿Has pensado en el enfoque que deberíamos darle a nuestro encuentro con ella? No me gustaría repetir el descalabro que sufrí con Walter Slade.

—No, confieso que no. Tendremos que improvisar y esperar que se muestre dispuesta a cooperar con nosotros. Aunque sabe Dios qué acento deberá utilizar usted esta vez, sir Charles.

Momentos más tarde traspusieron dos inmensas puertas enrejadas de hierro forjado y recorrieron un camino flanqueado por árboles que desembocaba en una mansión de principios de

siglo rodeada por varias hectáreas de jardines privados.

—Esto debe de costar una fortuna —observó Charlie.

—Seguro —dijo Roberts—. Sospecho que aquí no les hace falta comprar ningún minibús, por desgracia.

El coche se detuvo frente a una recia puerta de roble. Trevor Roberts se apeó de un salto y esperó a que Charlie se reuniera con él antes de pulsar el timbre.

Enseguida los atendió una joven enfermera que los escoltó por un pasillo de baldosas relucientes hasta el despacho de la encargada.

La señora Campbell iba vestida con el tradicional uniforme almidonado de su profesión, azul con los puños y el cuello blancos. Recibió a Charlie y a Trevor Roberts con un fuerte acento escocés, y de no ser por el sol que entraba a raudales por las ventanas, Charlie habría pensado que la encargada de la residencia para ancianos de Maple Lodge ni siquiera se había dado cuenta de que ya no estaba en su tierra.

Una vez ultimadas las presentaciones, la señora Campbell les preguntó en qué podía ayudarles.

—Esperaba que nos permitiese hablar con una de sus residentes.

—Sí, por supuesto, sir Charles. ¿Puedo preguntarles a quién desean ver?

—A la señorita Benson —le explicó Charlie—. Verá…

—Vaya, sir Charles, ¿no se había enterado?

—¿Enterado?

—Sí. La señorita Benson falleció la semana pasada. La enterramos el jueves, de hecho.

A Charlie se le doblaron las rodillas por segunda vez en el mismo día, y Trevor Roberts tuvo que apresurarse a sujetar a su cliente por el brazo y conducirlo a la silla más próxima.

—Ay, cuánto lo siento —dijo la encargada—. Ignoraba que fueran ustedes tan buenos amigos. —Charlie no abrió la boca—. ¿Y ha venido desde Londres específicamente para verla?

—Así es, en efecto —dijo Trevor Roberts—. ¿Ha tenido la señorita Benson más visitantes de Inglaterra últimamente?

—No —dijo sin titubear la encargada—. Hacia el final recibía muy pocas visitas. Una o dos de Adelaide, pero nadie de Inglaterra —añadió con un dejo de amargura en la voz.

—¿Le mencionó alguna vez los nombres de Cathy Ross o Margaret Trentham?

La señora Campbell reflexionó durante unos instantes.

—No —dijo al fin—. O no que yo recuerde, por lo menos.

—En tal caso, sir Charles, creo que deberíamos marcharnos. No tiene sentido robarle más tiempo a la señora Campbell.

—Estoy de acuerdo —murmuró Charlie—. Gracias, encargada.

Roberts le ayudó a levantarse y la señora Campbell los acompañó por el largo pasillo hasta la puerta principal.

—¿Regresará usted pronto a Gran Bretaña, sir Charles? —preguntó.

—Sí, seguramente mañana.

—¿Sería mucho atrevimiento pedirle que envíe una carta por mí cuando haya vuelto a Londres?

—Lo haré con mucho gusto —dijo Charlie.

—En circunstancias normales no lo molestaría con algo así, pero dado que concierne

directamente a la señorita Benson…

Los dos hombres frenaron en seco y miraron fijamente a la señora escocesa. También ella se detuvo y juntó las manos en actitud de plegaria.

—Entiéndalo, sir Charles, no se trata tan solo de ahorrarme el dinero en sellos, cosa de lo que más de uno acusaría a mi gente. Se trata precisamente de lo contrario, en realidad, pues lo único que deseo es que los benefactores de la señorita Benson reciban su reembolso lo antes posible.

—¿Los benefactores de la señorita Benson? —dijeron Charlie y Roberts al unísono.

—Sí. —La matrona, que no debía de medir más de un metro y medio, se irguió cuan alta era —. En Maple Lodge no tenemos por costumbre cobrar a los residentes fallecidos, señor Roberts. Al fin y al cabo, y seguro que usted estará de acuerdo conmigo, eso sería una ilegalidad.

—Sí que lo sería, encargada.

—Por consiguiente, aunque insistimos en cobrar de tres en tres meses por adelantado, también devolvemos la suma sobrante tras la defunción de cualquiera de nuestros residentes. Después, claro está, de haber cubierto todas las deudas pendientes.

—Lógico —dijo Charlie mientras contemplaba a la mujer con un destello de esperanza en los ojos.

—De modo que, si me hacen el favor de esperar tan solo un momento, iré a mi oficina a buscar la carta en cuestión.

La señora Campbell dio media vuelta y regresó a su estudio, unos metros al final del pasillo.

—Empieza a rezar —dijo Charlie.

—Ya lo estaba haciendo —replicó Roberts.

La mujer volvió unos instantes después con un sobre que dejó en manos de Charlie. En letras mayúsculas se podían leer las palabras: Para el director, Coutts y cía., el Strand, Londres WC2.

—Espero que mi petición no le suponga mucho trastorno, sir Charles.

—Al contrario, señora Campbell, me hace más feliz de lo que usted se imagina —le aseguró Charlie a la encargada antes de despedirse.

Una vez en el coche, Roberts dijo:

—Sería muy poco ético que le ofreciera consejo alguno sobre la conveniencia de abrir o no esa carta, sir Charles. Sin embargo…

Sin embargo, Charlie ya había rasgado el sobre y estaba sacando su contenido.

Este consistía en un cheque por valor de noventa y dos libras adjunto a un recibo pormenorizado relativo a los gastos incurridos por la señorita Rachel Benson durante estancia en la residencia entre los años 1953 y 1964.

—Benditos sean los escoceses y su educación puritana —murmuró Charlie mientras leía el nombre que figuraba en el cheque.

46

—Si se da usted prisa, sir Charles, aún podría pillar el próximo vuelo —dijo Trevor Roberts mientras aparcaba delante del hotel.

—En tal caso, me la daré, porque me gustaría volver a Londres lo antes posible.

—De acuerdo. Yo me encargo de avisar en recepción para que dejen libre su habitación y llamaré al aeropuerto para ver si le pueden cambiar la reserva.

—Bien. Aunque me sobran un par de días libres, me gustaría atar los cabos sueltos que quedan en Londres.

Charlie se bajó del coche antes de que al chófer le diera tiempo a abrirle la puerta. Subió corriendo a la habitación y metió todas sus cosas en la maleta. Regresó al vestíbulo doce minutos más tarde, pagó la cuenta y salió del hotel en menos de quince. El conductor ya estaba esperándolo junto al vehículo, con el maletero abierto.

Tras cerrarlo, el hombre salió acelerando de la terraza del hotel y se incorporó a la autopista a toda velocidad.

—¿Pasaporte y billete? —preguntó Roberts.

Charlie sonrió y sacó las dos cosas del bolsillo interior de su chaqueta como un niño obediente.

—Bueno. Espero que lleguemos a tiempo al aeropuerto.

—Has hecho un trabajo fabuloso —dijo Charlie.

—Gracias, sir Charles. Sin embargo, aunque ha reunido una cantidad considerable de pruebas sobre las que fundamentar su caso, le advierto que casi todas continúan siendo circunstanciales. Aunque usted y yo estemos convencidos de que Cathy Ross es en realidad Margaret Ethel Trentham, con la señorita Benson en su tumba y la señorita Ross incapaz de recordar los detalles más relevantes de su pasado, resulta imposible predecir si el fallo de un tribunal podría ser favorable.

—Lo entiendo, pero por lo menos ahora tengo algo en lo que basarme. Hace una semana no tenía nada.

—Cierto —replicó Roberts—. Y después de haberlo visto en acción durante estos últimos días, me atrevería a decir que tiene usted bastantes oportunidades de ganar esta carrera. Pese a todo, haga lo que haga, no pierda de vista ese cuadro: es tan convincente como una huella dactilar. Y procure que la carta de la señora Campbell esté a buen recaudo hasta que haya podido hacer una copia. Asegúrese también de que en Coutts reciban la original y el cheque que la acompaña. No queremos que lo detengan por robar noventa y dos libras. Bueno, ¿puedo hacer algo más por usted desde aquí?

—Sí, podrías intentar que Walter Slade reconozca por escrito que llevó a la señora Trentham y a una niña pequeña llamada Margaret a St. Hilda, de donde la señora Trentham se marchó sola. Y también sería conveniente que le sonsacaras a Slade una fecha concreta.

—Eso quizá no resulte tan sencillo después de su encontronazo —dijo Roberts.

—Bueno, inténtalo por lo menos. Y después mira a ver si la señorita Benson recibió algún otro pago de la señora Trentham antes de 1953; y, de ser así, averigua la cantidad exacta y las fechas. Sospecho que lleva más de treinta y cinco años beneficiándose de transferencias bancarias periódicas, lo que explicaría cómo pudo terminar sus días en un lugar tan lujoso.

—Estoy de acuerdo. Aunque, una vez más, todo eso sería circunstancial en el mejor de los casos. Y no creo que ningún banco me vaya a dejar echarle un vistazo a la cuenta personal de la señorita Benson.

—Lo entiendo —dijo Charlie—. Pero la señora Culver debería estar en condiciones de revelar a cuánto ascendía el sueldo de la señorita Benson cuando todavía era directora, y si el tren de vida que llevaba se correspondía con ese salario. Al fin y al cabo, seguro un minibús no es lo único que les vendría bien en St. Hilda.

Roberts empezó a tomar apuntes mientras Charlie continuaba desgranando sus sugerencias.

—Si consigues sacar algo en claro de Slade y demuestras que la señorita Benson recibió más de un pago en el pasado, lo tendría más fácil para pedirle a Nigel Trentham que me explique por qué su madre estaba dispuesta a mandarle dinero a la directora de un orfanato en la otra punta del globo, si no era para ocultar que su hermano mayor había tenido una hija.

—Haré lo que pueda —le prometió Roberts—. Si averiguo cualquier cosa más, me pondré en contacto con usted cuando haya llegado a Londres.

—Gracias —dijo Charlie—. Y ahora, ¿hay algo que pueda hacer yo por ti?

—Sí, sir Charles. ¿Me haría el favor de darle recuerdos de mi parte a mi tío Ernest?

—¿Tu tío Ernest?

—Sí, Ernest Baverstock.

—Recuerdos, y una porra. Pienso denunciarlo ante el colegio de abogados.

—Debo advertirle que su demanda no prosperaría, sir Charles, puesto que el nepotismo todavía no está tipificado como delito. Aunque, si le soy sincero, la verdadera culpable es mi madre. Tuvo tres hijos, todos ellos abogados, y los otros dos ahora lo representan a usted en Perth y Brisbane.

El coche se detuvo delante de la terminal de Qantas. El conductor bajó de un salto y sacó el equipaje del maletero mientras Charlie se alejaba corriendo en dirección al mostrador de facturación, con Roberts acarreando el cuadro de Cathy un metro por detrás de él.

—Sí, todavía puede embarcar en el próximo vuelo a Londres —le aseguró a Charlie la muchacha de la ventanilla—. Pero dese usted prisa, por favor. Cerraremos las puertas dentro de unos minutos.

Charlie exhaló un suspiro de alivio y se giró para despedirse de Trevor Roberts mientras el chófer llegaba con su maleta y la colocaba en la cinta.

—Maldición —dijo Charlie—. ¿Podrías prestarme diez libras?

Roberts sacó los billetes de su cartera y Charlie se apresuró a dárselos al conductor, que se tocó la visera y regresó al vehículo.

—¿Cómo podría darte las gracias por todo lo que has hecho por mí? —dijo mientras estrechaba la mano de Trevor Roberts.

—Agradézcaselo al tío Ernest, no a mí —dijo Roberts—. Fue él el que me convenció para dejarlo todo y aceptar este caso.

Charlie subía por la escalera del vuelo 102 de Qantas veinte minutos más tarde, listo para afrontar la primera etapa de su viaje de vuelta a Londres.

Cuando el avión despegó diez minutos después de la hora prevista, Charlie se reclinó e intentó unir las piezas del rompecabezas con los conocimientos adquiridos en los tres últimos días. Aceptaba la teoría de Roberts de que Cathy no debía de haber empezado a trabajar en Trumper's por casualidad. Seguro que había descubierto alguna relación entre ellos y los Trentham, aunque Charlie no se explicara cuál era esa conexión ni qué motivos había tenido para no contarles nada desde el principio. No contarles nada… ¿Quién era él para echárselo en cara? Si hubiera hablado a tiempo con Daniel, quizás el muchacho todavía siguiera con vida. Porque una cosa era segura: Cathy no podía haber descubierto que Daniel era su hermanastro, aunque ahora Charlie se temía que la señora Trentham lo hubiera descubierto y le hubiera revelado la espantosa verdad a su nieto.

—Vieja arpía —masculló Charlie para sus adentros.

—¿Disculpe? —dijo la señora de mediana edad que viajaba sentada a su lado.

—Lo siento. No estaba refiriéndome a usted.

Charlie volvió a enfrascarse en sus cavilaciones. La señora Trentham debía de haberse tropezado con la verdad de alguna manera. Pero ¿cómo? ¿Habría ido a verla Cathy también? ¿O quizás el anuncio de su compromiso en el *Times* había alertado a la señora Trentham de la relación ilícita entre Cathy y Daniel, relación de la que ellos no podían estar al corriente? Fuera como fuese, Charlie sabía que tenía escasas posibilidades de completar ese rompecabezas ahora que Daniel y la señora Trentham habían fallecido y Cathy seguía sin poder recordar casi nada de lo que había hecho antes de llegar a Inglaterra.

Resultaba irónico, pensó Charlie, que casi todo lo que había descubierto en Australia hubiera estado guardado desde el principio en un cajón del número 1 de Chelsea Terrace, archivado bajo el nombre de «Cathy Ross, solicitud de empleo». Pero no el eslabón perdido. «Encuéntrelo —había dicho Roberts— y podrá demostrar la conexión entre Cathy Ross y Guy Trentham». Charlie asintió con la cabeza.

Últimamente Cathy había recuperado algunos recuerdos de su pasado, aunque todavía nada significativo en lo tocante a su primera etapa en Australia. El doctor Atkins continuaba aconsejándole a Charlie que no la presionara, pues estaba encantado con sus progresos, sobre todo en lo que a hablar abiertamente de Daniel se refería. Pero tendría que presionarla si quería salvar Trumper's… Decidió que el doctor Atkins sería una de las primeras personas a las llamaría en cuanto el avión se posara en suelo inglés.

—Al habla el comandante —dijo una voz por los altavoces—. Lamento comunicarles que hemos detectado una incidencia técnica. Los pasajeros que estén sentados a la mano derecha del avión verán que he desactivado una de las turbinas de estribor. Les aseguro que no hay por qué preocuparse, puesto que todavía tenemos tres motores funcionando a plena potencia y, de todas formas, a este aparato le bastaría con uno solo para completar cualquier tramo del viaje.

A Charlie le pareció bien saberlo.

—Sin embargo —continuó el comandante—, siempre teniendo en cuenta su seguridad, la política de nuestra aerolínea dicta que aterricemos en el aeropuerto más próximo para efectuar sin demora todas las reparaciones pertinentes.

Charle arrugó el entrecejo.

—Puesto que todavía no hemos cruzado el ecuador de nuestra travesía a Singapur, desde control de tráfico aéreo me recomiendan volver de inmediato a Melbourne.

Todos los pasajeros se lamentaron a coro.

Charlie calculó de cuánto tiempo disponía antes de tener que llegar a Londres y recordó que había contratado originalmente el vuelo que salía de Melbourne a las ocho y veinte de la tarde.

Se desabrochó el cinturón, sacó el cuadro de Cathy del compartimento superior y buscó un asiento de primera desocupado cerca de la puerta, concentrado en resolver cualquier posible traba que quisieran ponerle cuando intentara cambiar su billete para viajar en el primer avión de BOAC a Londres.

El vuelo 102 de Qantas aterrizó en el aeropuerto de Melbourne a las siete y siete minutos. Charlie fue el primero en bajar, pero lo ralentizaba el tener que acarrear el cuadro de Cathy y eso posibilitó que varios pasajeros, a quienes evidentemente se les había ocurrido la misma idea, lo adelantaran. Pese a todo, consiguió ponerse el undécimo en la fila que ya se había formado frente al mostrador de facturación. La cola se redujo poco a poco conforme cada pasajero iba recibiendo su asiento, pero cuando llegó su turno, solo pudieron ofrecerle una plaza en la lista de espera. A pesar de sus desesperadas negociaciones con el empleado de BOAC, este se mostró inamovible: todos los demás pasajeros opinaban que sus propios motivos para llegar a Londres lo antes posible eran igual de importantes.

Se dirigió a la ventanilla de Qantas, donde le informaron de que estaban reparando los motores del vuelo 102 y este no volvería a despegar hasta el día siguiente por la mañana. A las nueve menos veinte vio cómo el BOAC Comet en el que había pretendido embarcarse se elevaba de la pista sin él.

A todos los pasajeros varados en tierra se les asignó una habitación para pasar la noche en uno de los hoteles que rodeaban el aeropuerto. Sus billetes habían sido transferidos al vuelo de las diez y veinte de la mañana siguiente.

Charlie se levantó, se vistió y volvió al aeropuerto dos horas antes de la hora prevista para el despegue, y cuando las puertas de embarque se abrieron por fin, él fue el primero en montar. Calculó que, si todo salía según lo previsto, el avión aterrizaría en Heathrow a primera hora del viernes, lo que le concedería todo un día y medio de margen antes de que venciera el plazo de dos años establecido por sir Raymond en su testamento.

Exhaló su primer suspiro de alivio cuando despegó el Comet, el segundo cuando el vuelo cruzó el ecuador del tramo a Singapur, y el tercero cuando aterrizaron en el aeropuerto de Paya Lebar con unos minutos de antelación sobre el horario previsto.

Charlie bajó del avión, pero solo para estirar las piernas. Una hora después volvía a estar en su asiento con el cinturón abrochado y listo para despegar de nuevo. La segunda etapa del viaje, de Singapur a Bangkok, concluyó en el aeropuerto de Don Muang con tan solo media hora de retraso, pero el avión tuvo que pasarse otra hora parado en la pista. La explicación que les ofrecieron fue que había escasez de personal en la torre de control. A pesar del retraso, Charlie no se preocupó demasiado; aunque eso no le impedía mirar su reloj de bolsillo cada veinte minutos. Volvieron a despegar una hora después de lo previsto.

Cuando el aparato se posó en el aeropuerto de Palam, en Nueva Delhi, dedicó una hora a curiosear por las tiendas libres de impuestos mientras el avión repostaba. Enseguida se aburrió de ver los mismos relojes, los mismos perfumes y las mismas baratijas que les ofrecían a los

inocentes viajeros de paso, productos todos ellos cuyo precio él sabía que seguía estando artificialmente inflado en al menos un cincuenta por ciento. Una vez transcurrida la hora sin que se hubiera anunciado que podían volver a embarcar, Charlie se dirigió al mostrador de atención al cliente para averiguar a qué se debía tanta demora.

—Parece ser que hay un problema con la tripulación de relevo en esta etapa del viaje —le informó la joven que atendía la ventanilla—. Todavía no han completado el periodo de descanso de veinticuatro horas que estipulan las normativas de IATA.

—Bueno, ¿y cuántas han descansado?

—Veinte —respondió la muchacha, azorada.

—¿Eso significa que tendremos que esperar aquí cuatro horas más?

—Me temo que sí.

—¿Dónde está el teléfono más cercano? —preguntó Charlie, sin esforzarse por disimular la irritación que sentía.

—En aquella esquina de allí, caballero —dijo la muchacha, señalando a su derecha.

Charlie se unió a otra cola, pero cuando le llegó el turno por fin, logró hablar con la operadora dos veces, una con Londres y cero con Becky. Para cuando se volvió a sentar en el interior del avión, tras no haber conseguido absolutamente nada, se sentía agotado.

—Les habla el comandante Parkhouse —dijo el piloto en tono conciliador—. Lamentamos los retrasos que nos han llevado a aplazar nuestro vuelo. Espero que la demora no les haya causado demasiados inconvenientes. Abróchense los cinturones, por favor, y prepárense para despegar. Auxiliares, pongan las puertas de la cabina en modo automático.

Los cuatro motores se activaron con un rugido y el avión fue adquiriendo velocidad poco a poco mientras aceleraba para abandonar la pista. De súbito, Charlie se vio arrojado hacia delante cuando los frenos se bloquearon bruscamente y el aparato se detuvo con un chirrido a un par de cientos de metro del final de la pista.

—Les habla el comandante. Lamento informarles de que el panel de control ha detectado un fallo en los brazos hidráulicos que accionan las ruedas durante las maniobras de despegue y aterrizaje, por lo que despegar en estos momentos me parece demasiado arriesgado. Dejaremos que nos remolquen hasta nuestra posición inicial y esperaremos hasta que los técnicos hayan solucionado el problema, cosa que ocurrirá lo antes posible. Gracias por su comprensión.

Lo que le preocupaba a Charlie era que «lo antes posible» pudiera ser demasiado tarde.

Se sentó en una sala de espera cargada de humo, hojeando una revista tras otra y consumiendo un refresco tras otro mientras permanecía atento a cualquier posible información sobre la suerte del vuelo 102. La primera novedad que llegó a sus oídos fue que estaban buscando al ingeniero jefe.

—¿Están buscándolo? —dijo Charlie—. ¿Y eso qué significa?

—Han ido en coche a buscarlo —le explicó un empleado del aeropuerto con una sonrisa.

—¿En coche? Pero ¿por qué no está aquí, donde debería?

—Tiene el día libre.

—¿Y no hay más mecánicos?

—Para solucionar un problema de esta envergadura, me temo que no —confesó el atribulado trabajador.

Charlie se pegó un manotazo en la frente.

—¿Y dónde vive ese ingeniero jefe?

—En Nueva Delhi. Pero no se preocupe usted, caballero. Seguro que llega en menos de una hora.

El problema que tiene este país, pensó Charlie, es que siempre te dicen lo que ellos creen que tú quieres oír.

Por algún motivo, el mismo empleado fue incapaz de explicar más tarde por qué habían tardado dos horas en localizar al ingeniero jefe, una hora más en llevarlo al aeropuerto y otros cincuenta minutos en darse cuenta de que para resolver el problema haría falta un equipo compuesto por tres ingenieros cualificados, todos los cuales ya habían terminado su turno ese día.

Un autobús traqueteante condujo a todos los pasajeros del vuelo 102 hasta el hotel Taj Mahal, en el centro de la ciudad, donde Charlie se sentó en la cama y pasó casi toda la noche intentando contactar de nuevo con Becky. Cuando esta descolgó el teléfono al fin, la llamada se cortó sin darle tiempo ni siquiera a explicar dónde estaba. Charlie desistió de su empeño y se dispuso a dormir.

A la mañana siguiente, cuando el mismo autobús los llevó de vuelta al aeropuerto, los recibió el mismo empleado del aeropuerto, el cual lucía la misma sonrisa del día anterior.

—El avión despegará a tiempo —les prometió.

«A tiempo», pensó Charlie; si las circunstancias hubieran sido distintas, se habría echado a reír.

El avión despegó una hora más tarde, y cuando Charlie le preguntó a una azafata a qué hora estaba previsto que aterrizaran en Heathrow, la muchacha respondió que el sábado a media tarde; era difícil precisar una hora concreta.

El sábado por la tarde, cuando el aparato hizo una nueva parada imprevista en el aeropuerto Leonardo da Vinci, Charlie llamó a Becky desde la primera cabina que pudo encontrar. Ni siquiera le dio tiempo a hablar.

—Estoy en Roma —dijo— y necesitaré que Stan me recoja en Heathrow. No sé la hora exacta, así que dile que salga ya para el aeropuerto y me espere. ¿Entendido?

—Sí —dijo Becky.

—También necesito a Baverstock en su despacho, así que, si se ha ido a la campiña a pasar el fin de semana, dile que lo deje todo y regrese a Londres sin demora.

—Te noto estresado, cariño.

—Disculpa —dijo Charlie—. Está siendo un viaje un poco accidentado.

Con el cuadro bajo el brazo y sin sentir el menor interés por qué le pasaba al avión esta vez o dónde podría acabar su maleta, Charlie embarcó en el primer vuelo europeo a Londres disponible esa tarde y, una vez en el aire, miró su reloj cada diez minutos. A las ocho en punto, cuando el piloto hubo cruzado por fin el canal de la Mancha, Charlie se intentó convencer de que cuatro horas era tiempo más que de sobra para reivindicar los derechos de Cathy…, siempre y cuando Becky hubiera conseguido encontrar a Baverstock.

Mientras el avión comenzaba a sobrevolar Londres en círculos, Charlie miró por la ventanilla ovalada y contempló los sinuosos meandros del Támesis.

Las luces de la pista deslumbraron a Charlie veinte minutos después, eclipsadas brevemente por el humo que levantaron las ruedas al tocar el suelo. Una vez en la puerta asignada, el avión

se detuvo por fin y sus puertas se abrieron a las ocho y veintinueve minutos.

Charlie agarró el cuadro, se dirigió corriendo al punto de control de pasaportes y cruzó aduanas sin aminorar la marcha.

Solo se detuvo cuando vio una cabina telefónica, pero, puesto que ya no le quedaban monedas, le dio su nombre a la operadora y solicitó hacer una llamada a cobro revertido. Becky descolgó unos instantes más tarde.

—Estoy en Heathrow. ¿Y Baverstock?

—Ya ha salido de Tewkesbury. Debería llegar a su oficina sobre las nueve y media. A las diez, como muy tarde.

—Bien, dile que me voy directamente a casa. Debería estar contigo dentro de aproximadamente cuarenta minutos.

Charlie colgó el teléfono de golpe, miró su reloj y se dio cuenta de que se le había olvidado llamar al doctor Atkins. Salió corriendo a la acera, consciente de súbito de la brisa tan fría que soplaba. Stan lo esperaba en el coche. El antiguo sargento mayor, que ya se había acostumbrado a la impaciencia de Charlie con el paso de los años, recorrió las afueras de Londres ignorando todos los límites de velocidad hasta que llegaron a Chiswick, donde solamente los respetaban las motocicletas. A pesar del fuerte aguacero, para las nueve y dieciséis minutos su jefe ya había llegado a Eaton Square.

Charlie estaba contándole lo que había descubierto en Australia a Becky, que lo escuchaba en silencio, cuando Baverstock llamó para anunciar que estaba en su oficina de High Holborn. Charlie le dio las gracias, le dio recuerdos de su sobrino y se disculpó por estropearle el fin de semana.

—Si las noticias que trae son positivas —replicó Baverstock—, no me habrá estropeado usted nada.

—Guy Trentham tuvo descendencia —dijo Charlie.

—Me imaginaba que no me habría sacado usted de Tewkesbury para contarme cómo le va al equipo de Melbourne en la liga de críquet. ¿Niño o niña?

—Niña.

—¿Legítima o ilegítima?

—Legítima.

—Siendo así, podrá ejercer su derecho y reclamar la herencia antes de las doce.

—¿Deberá hablar con usted en persona?

—Así lo estipula el testamento —dijo Baverstock—. Sin embargo, si todavía está en Australia puede hablar con Trevor Roberts, puesto que le he otorgado…

—No, está en Inglaterra y habrá llegado a su despacho antes de medianoche.

—Bien. ¿Cómo se llama, por cierto? —preguntó Baverstock—. Para ir preparando los documentos.

—Cathy Ross —dijo Charlie—. Pero pídale a su sobrino que se lo explique todo, porque yo ahora no tengo tiempo que perder —añadió, colgando antes de que Baverstock pudiera reaccionar. Salió corriendo al pasillo en busca de Becky—. ¿Dónde está Cathy? —gritó en cuanto vio a su mujer en el rellano de las escaleras.

—Ha ido un concierto al Festival Hall. De Mozart, creo que me dijo, con algún amigo de la ciudad.

—Vamos, en marcha.

—¿En marcha?

—En marcha, sí —replicó Charlie a pleno pulmón. Ya había llegado a la puerta y se subió al asiento trasero del coche antes de darse cuenta de que el chófer no estaba.

Bajó de un salto y volvió a la casa mientras Becky salía corriendo en la dirección opuesta.

—¿Dónde se ha metido Stan?

—En la cocina, seguramente. Estará cenando.

—Vale. —Charlie le dio las llaves—. Conduce tú, yo hablo.

—Pero ¿adónde vamos?

—Al Festival Hall.

—Tiene gracia —dijo Becky—. Después de todos estos años y no tenía ni idea de que te gustara Mozart.

Mientras ella se sentaba al volante, Charlie rodeó corriendo el vehículo para ocupar el asiento del copiloto. Becky arrancó y sorteó diestramente el tráfico nocturno mientras Charlie continuaba explicándole todas las implicaciones de lo que había descubierto en Australia y lo importante que era encontrar a Cathy antes de que dieran las doce. Becky escuchó a su marido sin interrupciones.

Ya estaban cruzando el puente de Westminster cuando Charlie le preguntó si tenía alguna pregunta, pero Becky permaneció callada.

Charlie aguardó un momento antes de exclamar:

—¿No tienes nada que decir?

—Sí. Que no deberíamos repetir con Cathy el mismo error que cometimos con Daniel.

—¿Qué error?

—El de no contarle toda la verdad.

—Tendré que consultarlo con el doctor Atkins antes de correr ese riesgo —dijo Charlie—. Pero ahora lo más importante es que hable a tiempo con Baverstock.

—Lo que me pregunto es dónde esperas que dejemos el coche —dijo Becky mientras giraba a la izquierda para incorporarse a Belvedere Road, desde donde ya se divisaba la entrada del Royal Festival Hall con sus dobles líneas amarillas y sus carteles de «prohibido aparcar».

—Justo en la puerta —dijo Charlie, y Becky obedeció sin rechistar.

Charlie se apeó de un salto en cuanto el coche se hubo detenido, cruzó la acera corriendo y empujó las puertas de cristal.

—¿A qué hora termina el concierto? —le preguntó a la primera persona uniformada que vio.

—A las diez y treinta y cinco, señor, pero no puede dejar su coche ahí.

—¿Dónde está la oficina del director?

—En la quinta planta, a la derecha, segunda puerta a la izquierda según se sale del ascensor. Pero…

—Gracias —exclamó Charlie mientras se dirigía corriendo al ascensor. Becky alcanzó a su marido mientras se abrían las puertas.

—Caballero, su coche … —dijo el empleado, gesticulando, pero las puertas del ascensor ya habían vuelto a cerrarse.

Cuando se abrieron de nuevo, Charlie salió de un salto al pasillo de la quinta planta, miró a la derecha y vio una puerta con una plaquita en la que se podía leer: «Director». Llamó una sola

vez antes de irrumpir en el despacho, donde se encontró con dos hombres elegantemente vestidos que estaban disfrutando de un cigarrillo mientras escuchaban el concierto por un intercomunicador. Se giraron al unísono para ver quién los había interrumpido.

—Buenas noches, sir Charles —dijo el más alto de los dos antes de incorporarse, apagar el cigarrillo y dar un paso al frente—. Jackson. Soy el director del teatro. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Espero que sí, señor Jackson —dijo Charlie—. Hay una señorita que está viendo el concierto y debo sacarla del edificio lo antes posible. Se trata de una emergencia.

—¿Sabe cuál es el número de su butaca?

—Ni idea. —Charlie miró a su mujer, que se limitó a sacudir la cabeza.

—Síganme. —El director salió de su despacho sin perder tiempo y se dirigió al ascensor. Cuando las puertas se abrieron, Charlie se topó de bruces con el mismo empleado de antes—. ¿Algún problema, Ron?

—Solo que este caballero ha dejado su coche en la entrada, señor.

—Entonces no lo pierdas de vista, ¿de acuerdo, Ron? —El director pulsó el botón de la tercera planta y, volviéndose hacia Becky, preguntó—: ¿Qué lleva puesto esa joven?

—Un vestido de color bermellón con una capa blanca —replicó Becky enseguida.

—Bien observado, señora. —El director salió del ascensor y los llevó hasta una puerta que comunicaba con el palco imperial. Una vez dentro, el señor Jackson descolgó una pequeña fotografía en la que aparecía la reina inaugurando el edificio en 1957 y corrió una cortinilla que cubría un espejo de un solo sentido a través del cual se podía observar a la audiencia—. Una medida de seguridad, por si alguna vez surgiera un problema —explicó.

A continuación, el director descolgó un par de binoculares y se los entregó a Becky y a Charlie.

—Si localizan a la señorita que están buscando, uno de mis empleados se encargará de sacarla discretamente. —Ladeó la cabeza, atento a los acordes del último movimiento durante unos segundos antes de añadir—: Faltan aproximadamente diez minutos para que acabe el concierto, doce a lo sumo. No está previsto que la orquesta toque ningún bis esta noche.

—Fíjate en los laterales, Becky, y yo miraré en el entrepiso.

Charlie apuntó los binoculares hacia los espectadores que estaban sentados justo debajo de ellos.

Entre los dos cubrieron los mil novecientos asientos, primero someramente y después más despacio, barriendo cada fila de arriba abajo. No divisaron a Cathy por ninguna parte.

—Pruebe en los palcos del otro lado, sir Charles —sugirió el director.

Los dos binoculares convergieron sobre la otra punta del teatro. Seguía sin haber ni rastro de Cathy, por lo que Charlie y Becky se concentraron una vez más en el auditorio principal, rastreando las butacas rápidamente de nuevo.

El director de orquesta bajó su batuta por última vez a las diez y treinta y dos minutos, lo que suscitó una oleada de ovaciones mientras Charlie y Becky continuaban inspeccionando a la audiencia, ya en pie, hasta que por fin se encendieron las luces y el público empezó a desalojar el teatro.

—Sigue buscando, Becky. Yo iré a la salida e intentaré localizarlos antes de que se vayan.

Charlie salió corriendo del palco ceremonial por delante de Jackson, y al bajar las escaleras

estuvo a punto de arrollar a un hombre que salía del palco situado por debajo de ellos. Se giró para disculparse.

—Hola, Charlie —dijo una voz—. No sabía que te gustara Mozart.

—Antes no, pero de repente se ha puesto de moda —dijo Charlie, incapaz de disimular su alegría.

—Por supuesto —dijo el director—. Nuestro único punto ciego era el palco que teníamos debajo.

—Permite que te presente a…

—Ahora no tenemos tiempo para eso —dijo Charlie—. Sígueme. —Tomó a Cathy del brazo —. Señor Jackson, hágame el favor de pedirle a Becky, mi esposa, que le explique a este caballero por qué tengo que llevarme a Cathy de aquí. Volverá con usted antes de la medianoche —añadió Charlie con una sonrisa para el desconcertado muchacho—. Gracias por todo, señor Jackson.

Consultó su reloj: las once menos veinte.

—Aún nos da tiempo.

—¿A qué, Charlie? —preguntó Cathy mientras cruzaban el vestíbulo y salían a Belvedere Road. El empleado de uniforme todavía estaba custodiando su coche.

—Gracias, Ron —dijo Charlie mientras intentaba abrir la puerta del conductor—. Maldición, Becky ha echado la llave.

Se giró al ver un taxi que se detenía en esos momentos. Lo llamó por señas.

—Oiga, caballero —dijo un hombre que estaba haciendo cola frente a la parada—. Que ese es mi taxi.

—Está a punto de dar a luz —dijo Charlie mientras abría la puerta y dejaba a Cathy, tan delgada como una espiga, en el asiento trasero.

—Ah, enhorabuena. —El hombre dio un paso atrás.

—¿Adónde vamos, jefe? —preguntó el taxista.

—Al 110 de High Holborn —dijo Charlie—. Pise a fondo.

—Me parece que en esa dirección hay más abogados que ginecólogos —dijo Cathy—. Y me voy a perder la cena con un hombre que llevaba semanas insistiendo para que saliera con él, así que espero que sea por una razón de peso.

—Ahora no. Lo único que tienes que hacer es firmar un documento antes de las doce de la noche. Después te daré todas las explicaciones que quieras.

El taxi se detuvo frente al bufete de abogados unos minutos después de las once. Charlie bajó del vehículo para encontrar a Baverstock esperándolos en la puerta.

—Serán ocho chelines con seis peniques, jefe.

—Ay, Dios. No tengo dinero.

—Trata así a todas las chicas —dijo Cathy mientras le daba un billete de diez chelines al conductor.

Los dos siguieron a Baverstock hasta su despacho, donde los aguardaban unos documentos desplegados sobre su mesa.

—Desde que hablamos por teléfono he tenido una larga conversación con mi sobrino en Australia —dijo Baverstock, dirigiéndose a Charlie—. Así que creo que ya estoy al corriente de casi todo lo que sucedió durante su estancia allí.

—Ojalá pudiera decir yo lo mismo —replicó Cathy, desconcertada.

—Cada cosa a su tiempo —dijo Charlie—. Las explicaciones, más tarde. —Se volvió hacia Baverstock—. Bueno, ¿y ahora qué?

—La señorita Ross tiene que firmar aquí, aquí y aquí —dijo el abogado sin preámbulos, señalando un espacio en blanco entre dos aspas a lápiz al pie de tres hojas distintas—. Sir Charles, dado que usted no es el beneficiario ni está emparentado con la beneficiaria, puede actuar como testigo de la firma de la señorita Ross.

Charlie asintió con la cabeza, dejó los binoculares de la ópera encima de la mesa, junto al contrato, y sacó una estilográfica del bolsillo interior de su chaqueta.

—Olvida todo lo que te he enseñado, querida, y firma sin mirar donde te ha indicado el señor Baverstock.

Cathy firmó los tres documentos sin pronunciar palabra.

—Gracias, señorita Ross —dijo el señor Baverstock—. Y ahora, si me disculpan un momento, debo informar al señor Birkenshaw de lo que acaba de suceder.

—¿Birkenshaw? —dijo Charlie.

—El abogado del señor Trentham. Como es lógico, debo informarle de inmediato de que su cliente no es la única persona que se postula como candidata a recibir la herencia de los Hardcastle.

Cathy, cada vez más estupefacta, se giró hacia Charlie.

—Luego —dijo este—. Prometido.

Baverstock marcó los siete dígitos de un número de Chelsea.

Nadie dijo nada mientras esperaban a que alguien respondiera a la llamada. Transcurridos unos instantes, el señor Baverstock oyó una voz somnolienta:

—Kensington 7192.

—Buenas noches, Birkenshaw. Baverstock al aparato. Disculpa que te moleste a estas horas intempestivas. Te aseguro que no lo habría hecho si no pensara que las circunstancias justifican plenamente esta invasión de tu intimidad. Pero antes debo preguntarte si puedes decirme la hora.

—¿Te he oído bien? —dijo Birkenshaw, sonando ya más atento—. ¿Me has llamado en plena noche para preguntarme la hora que es?

—Precisamente —dijo Baverstock—. Verás, necesito confirmar que todavía no han sonado las doce. Así que hazme ese favor y dime qué hora marca tu reloj.

—Las once y diecisiete minutos, aunque sigo sin entender…

—Las once y dieciséis, según el mío —dijo Baverstock—, aunque seguro que el tuyo es más exacto. En cualquier caso —continuó—, el motivo de mi llamada no es otro que informarte de que una segunda persona…, la cual parece ser más descendiente directo de sir Raymond que tu cliente…, ha reclamado su derecho a recibir la herencia de los Hardcastle.

—¿Y cómo se llama esa mujer?

—Sospecho que ya lo sabes —replicó el veterano abogado antes de colgar el teléfono—. Maldición —dijo mirando a Charlie—. Tendría que haber grabado la conversación.

—¿Por qué?

—Porque Birkenshaw no reconocerá nunca haber dicho «esa mujer».

47

—¿Insinúas que Guy Trentham era mi padre? —preguntó Cathy—. Pero ¿cómo…?

Tras despertar al doctor Atkins, más acostumbrado a las interrupciones de sus horas de sueño, Charlie se sintió en condiciones de explicarle a Cathy lo que había descubierto durante su visita a Australia y cómo todo había surgido de la información que ella misma le había proporcionado a Becky al solicitar un puesto de trabajo en Trumper's. Baverstock lo escuchó con atención, asintiendo con la cabeza de vez en cuando, mientras consultaba ocasionalmente los abundantes apuntes que había tomado tras su larga conversación con su sobrino de Sídney.

Cathy escuchó todo lo que Charlie tenía que contar, y aunque ya había recuperado algunos recuerdos de su vida en Australia, su memoria seguía siendo bastante imprecisa por lo que a sus días en la Universidad de Melbourne respectaba y no recordaba prácticamente nada de St. Hilda. El nombre de la señorita Benson, por ejemplo, no le sonaba en absoluto.

—Me esfuerzo por recuperar más detalles de lo que hacía antes de llegar a Inglaterra, sin éxito, a pesar de que recuerdo prácticamente todo lo que pasó después de que desembarcara en Southampton. El doctor Atkins no se muestra demasiado optimista, ¿verdad?

—Lo único que no para de recordarme es que nada está escrito.

Alrededor de las cuatro de la mañana, Charlie llamó a un taxi para que los llevase a Eaton Square, tras convenir con Baverstock que concertara un encuentro con la otra parte lo antes posible. Una vez en casa, Cathy estaba tan agotada que se fue directamente a la cama, pero Charlie, cuyo reloj interno no le permitía dormir, se encerró en el estudio y reanudó su búsqueda mental del eslabón perdido, consciente de la batalla legal que se cernía sobre él aunque su empeño se saldara con éxito.

Al día siguiente, Cathy y él viajaron juntos a Cambridge y pasaron una tarde angustiosa en la pequeña consulta del doctor Atkins, en Addenbrooke. El médico, por su parte, parecía más interesado en el expediente sobre Cathy que les había proporcionado la señora Culver que en su posible relación con la señora Trentham y el derecho a heredar el dinero del Fondo Hardcastle que ese parentesco le otorgaba.

Repasó minuciosamente con ella todos los puntos mencionados en el expediente (las clases de dibujo, logros académicos, sanciones, la Escuela Femenina de Gramática de la Iglesia de Inglaterra en Melbourne, la Universidad de Melbourne), pero siempre obtenía la misma respuesta: una honda reflexión y vagos recuerdos. Lo intentó con asociaciones de palabras (Melbourne, señorita Benson, críquet, barco, hotel), las cuales suscitaron respuestas como Australia, Hedges, tanteadora, Southampton u horas interminables.

«Tanteadora» fue el único término que suscitó el interés del doctor Atkins, pero al insistir, los únicos recuerdos que tenía Cathy de Australia continuaban siendo una descripción a grandes rasgos de la escuela de gramática de Melbourne, unos cuantos recuerdos más nítidos de la universidad y un chico llamado Mel Nicholls, seguidos de una larga travesía en barco hasta

Londres. Recordaba incluso los nombres de Pam y Maureen, que habían viajado con ella, pero no de dónde eran.

Cathy entró en más detalles cuando la conversación giró hacia el hotel Melrose, y Charlie corroboró la exactitud de sus recuerdos sobre sus primeros días en Trumper's.

La descripción de su primer encuentro con Daniel, hasta el cambio de las tarjetas de comensales en la fiesta de inauguración del hogar de los Trumper, llevó a Charlie al borde del llanto. Sobre la cuestión de su parentesco, sin embargo, y los nombres de Margaret Ethel Trentham y Rachel Benson no tenía nada que añadir.

Para las seis, Cathy estaba agotada. El doctor Atkins se llevó a Charlie a un aparte y le advirtió de que, en su opinión, era sumamente improbable que la muchacha recordara mucho más sobre lo que había ocurrido en su vida antes de llegar a Londres. Quizá con el paso del tiempo recuperase alguna impresión, alguna anécdota perteneciente a esa época, pero nada significativo.

—Lo siento —dijo Cathy en el coche mientras regresaban a Londres—. No he sido de mucha ayuda, ¿verdad?

Charlie le apretó la mano.

—Todavía no vamos a tirar la toalla —le prometió, aunque empezaba a sospechar que Trevor Roberts había pecado de optimista al hablar sobre las probabilidades que tenían de demostrar que Cathy era la legítima heredera del legado de los Hardcastle.

Becky los esperaba en casa para recibirlos, y los tres cenaron juntos prácticamente en silencio. Charlie no hizo ninguna mención a lo que había pasado en Cambridge hasta que Cathy se hubo retirado a su cuarto. Cuando Becky supo cómo había reaccionado Cathy al examen del doctor Atkins, insistió en que, a partir de ese momento, debían dejar tranquila a la chica.

—Ya he perdido a Daniel por culpa de esa mujer —le dijo a su marido—. No pienso dejar que me arrebate a Cathy también. Si quieres seguir con tu lucha por Trumper's, deberás hacerlo sin involucrarla.

Charlie asintió con la cabeza, aunque le habría gustado gritar: ¿Cómo voy a evitar que otro Trentham me arrebate todo aquello por lo que he trabajado tanto si no fuerzo a Cathy hasta el límite?

Sonó el teléfono cuando se disponía a apagar la luz de la mesita de noche. Era Trevor Roberts, que llamaba desde Sídney, aunque las nuevas que traía eran poco prometedoras. Walter Slade se había negado a divulgar ningún tipo de información sobre Ethel Trentham y ni siquiera había querido firmar el documento que confirmaría que la había llevado en su coche. Una vez más, Charlie se maldijo por la falta de tacto con la que había llevado su conversación con el viejo nativo de Yorkshire.

—¿Y el banco? —preguntó sin demasiadas esperanzas.

—El Commercial Bank de Australia dice que no puede hacer públicos los detalles sobre la cuenta privada de la señorita Benson a menos que se demuestre que se ha cometido un delito. Lo que la señora Trentham le hizo a Cathy se podría calificar de mala fe, pero me temo que no está tipificado en el código penal.

—No ha sido una jornada productiva para ninguno de los dos —suspiró Charlie.

—Pero no olvide que eso los demás no lo saben.

—Cierto. Sin embargo, me pregunto qué es lo que sí saben.

—Mi tío me ha contado lo del desliz de Birkenshaw al referirse a «esa mujer», por lo que deduzco que saben tanto como nosotros. Téngalo en cuenta cuando hable con ellos y no deje de buscar el eslabón perdido.

Después de colgar, Charlie se quedó despierto y no se movió hasta oír que la respiración de Becky se ralentizaba y acompasaba. Entonces se levantó de la cama, se puso el batín y bajó al estudio caminando de puntillas. Abrió una libreta y empezó a apuntar todos los datos que había recabado en los últimos días, con la esperanza de que alguno de ellos pudiera desencadenar un recuerdo. A la mañana siguiente Cathy lo encontró encorvado, con la cabeza apoyada en la mesa, profundamente dormido.

—No te merezco, Charlie —susurró antes de darle un beso en la frente. Él se agitó y abrió los ojos para mirarla.

—Vamos a ganar —dijo, aún somnoliento, e incluso consiguió esbozar una sonrisa. Sin embargo, a juzgar por su expresión, era evidente que Cathy no lo creía.

Cuando Becky se reunió con ellos para desayunar, una hora más tarde, hablaron de todo salvo de la reunión cara a cara que se había concertado esa tarde en las oficinas del señor Baverstock.

—Me gustaría estar presente —dijo Cathy inesperadamente cuando Charlie se levantó de la mesa.

—¿Te parece aconsejable? —preguntó Becky, lanzándole una miradita nerviosa a su esposo.

—Quizá no —dijo Cathy—, pero sigo estando segura de querer estar presente para no tener que enterarme del resultado más tarde, por mediación de terceros.

—Buena chica —dijo Charlie—. La reunión será en el despacho de Baverstock, a las tres, cuando tendremos la posibilidad de exponer nuestro caso. El abogado de Trentham se reunirá con nosotros a las cuatro. Te recogeré a las dos y media. Si cambias de opinión antes de esa hora, no te preocupes. Lo entendería perfectamente.

Becky se sintió decepcionada al girarse para ver cómo reaccionaba Cathy a la sugerencia.

Cuando Charlie entró en su oficina, exactamente a las ocho y media, Daphne y Arthur Selwyn estaban esperándolo ya, tal y como habían convenido.

—Café para tres y nada de interrupciones, por favor —le dijo Charlie a Jessica mientras dejaba el fruto de sus esfuerzos nocturnos encima de la mesa, ante él.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —preguntó Daphne, y dedicaron los noventa minutos siguientes a ensayar preguntas, declaraciones y estrategias para enfrentarse a Trentham y a Birkenshaw, intentando anticiparse a cualquier posible imprevisto.

Poco antes de las doce, cuando les llevaron un almuerzo ligero, todos estaban exhaustos; nadie dijo nada durante unos instantes.

—Es importante que recuerde que en esta ocasión se enfrenta usted a un Trentham distinto —observó Arthur Selwyn por fin, mientras le echaba un terrón de azúcar al café.

—Por lo que a mí respecta —replicó Charlie—, todos son igual de miserables.

—Quizá Nigel comparta la determinación de su hermano, pero no me creo ni por un momento que posea la astucia de su madre…, ni el talento para la improvisación de Guy.

—¿Qué intentas decirnos, Arthur? —preguntó Daphne.

—Esta tarde, cuando se reúnan todos ustedes, creo que Charlie debería tirarle de la lengua a Trentham todo lo que pueda. A lo largo de los años me he percatado de que, durante las asambleas de la junta, a menudo termina hablando de más y se sabotea él solo. Nunca olvidaré

aquella vez en la que se opuso a que los empleados tuvieran su propia cafetería alegando que perderíamos ingresos, hasta que Cathy señaló que la comida saldría de la misma cocina que la del restaurante. Al final obtuvimos un pequeño beneficio con algo que, de otra manera, habría acabado en la basura.

Charlie reflexionó mientras le pegaba un mordisco a su sándwich.

—Me pregunto cuáles serán mis puntos débiles, según sus abogados.

—Tu genio —dijo Daphne—. Siempre has tenido la mecha muy corta. Así que no dejes que ellos la prendan.

Daphne y Arthur Selwyn se despidieron de Charlie a la una. Cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos, Charlie se quitó la chaqueta, se tumbó en el diván y disfrutó de una hora de sueño profundo. Jessica lo despertó a las dos en punto. Charlie abrió los ojos con una sonrisa, recuperadas por completo sus fuerzas: otro legado de la guerra.

Volvió a la mesa y releyó los apuntes una vez más antes de salir del despacho y recorrer el pasillo para recoger a Cathy tres puertas más abajo. Se temía que pudiera haber cambiado de parecer, pero la muchacha ya se había puesto el abrigo y lo estaba esperando. Se dirigieron en coche a las oficinas de Baverstock y llegaron sesenta minutos antes de la hora convenida con Trentham y Birkenshaw.

El veterano abogado escuchó con atención a Charlie mientras este exponía su caso, asintiendo con la cabeza o tomando apuntes ocasionalmente, aunque su expresión no dejaba traslucir en qué estaba pensando.

Cuando Charlie hubo concluido su monólogo, Baverstock dejó la estilográfica encima de la mesa y se reclinó en su sillón. Permaneció callado un momento.

—Me impresiona la lógica de su argumento, sir Charles —dijo por fin, inclinándose hacia delante y apoyando las palmas de las manos encima de la mesa—. Y también todas las pruebas que ha conseguido reunir. Sin embargo, me atrevería a decir que, sin la corroboración de su testigo principal ni los testimonios escritos de Walter Slade o la señorita Benson, el señor Birkenshaw no tardará en señalar que su alegato se basa casi exclusivamente en pruebas circunstanciales.

»No obstante —continuó—, habrá que esperar a ver qué tiene que decir la otra parte. Después de mi conversación con Birkenshaw el sábado por la noche, me cuesta creer que sus hallazgos representen una revelación inesperada para su cliente.

El reloj de la repisa de la chimenea marcó la hora con cuatro discretas campanadas; Baverstock consultó su reloj de bolsillo. No había ni rastro de la otra parte, y el veterano abogado pronto empezó a tamborilear con los dedos sobre el escritorio. Charlie se preguntó si todo esto no sería más que otra estrategia de su adversario.

Nigel Trentham y su abogado aparecieron por fin a las cuatro y doce minutos; ninguno de los dos juzgó necesario disculparse por el retraso.

Charlie se levantó cuando el señor Baverstock le presentó a Victor Birkenshaw, un hombre alto y delgado que, pese a no haber cumplido aún los cincuenta, presentaba una alopecia prematura que él se esforzaba por disimular con las escasas hebras de cabello ralo y gris que le quedaban. La única característica que compartía con Baverstock era su atuendo, el cual podría haber salido de la misma sastrería. Birkenshaw se sentó en una de las dos sillas vacías, frente al anciano abogado, sin reconocer en ningún momento la presencia de Cathy en la sala. Agarró la

pluma que llevaba en el bolsillo de la pechera, sacó un cuaderno de su maletín y lo apoyó en su rodilla.

—Mi cliente, el señor Nigel Trentham, ha venido para reclamar lo que le corresponde como legítimo heredero del Fondo Hardcastle —empezó—, tal y como especificaba claramente la última voluntad de sir Raymond.

—Me permito recordarle que su cliente —dijo Baverstock, empleando el mismo tono formal que Birkenshaw— no aparece mencionado en el testamento de sir Raymond, lo que ha suscitado la disputa que nos ocupa en estos momentos para dirimir quién es en realidad el familiar más cercano. Le ruego que no olvide que sir Raymond me insistió para que convocara esta reunión si las circunstancias así lo exigían.

—Mi cliente —replicó Birkenshaw— es el segundo hijo del general y Margaret Ethel Trentham, y nieto de sir Raymond Hardcastle. Por consiguiente, a la muerte de Guy Trentham, su hermano mayor, es indudable que el legítimo heredero solo puede ser él.

—Según los términos del testamento, estaría dispuesto a aceptar la alegación de su cliente —convino Baverstock—. A menos que se pueda demostrar que Guy Trentham dejó algún descendiente con vida. Ya sabemos que Guy era el padre de Daniel Trumper…

—Eso no se pudo demostrar nunca a los ojos de mi cliente —dijo Birkenshaw mientras apuntaba las palabras de Baverstock.

—Sí se pudo demostrar lo suficiente a los ojos de sir Raymond, no obstante, que nombró a Daniel en su testamento con preferencia sobre su cliente. Y después de la reunión entre la señora Trentham y su nieto, todo apunta a que también ella abrigaba sus dudas sobre la identidad del padre de Daniel. De lo contrario, ¿por qué se habría tomado la molestia de llegar a un acuerdo tan exhaustivo con él?

—Todo esto son meras conjeturas —dijo Birkenshaw—. Solo una cosa es segura: el caballero en cuestión ya no está con nosotros y, que nosotros sepamos, no engendró descendencia.

Seguía sin mirar en dirección a Cathy, que escuchaba con atención mientras los dos profesionales se pasaban una y otra vez la pelota.

—Ya habíamos aceptado ese hecho —dijo Charlie, interviniendo por primera vez—. Pero lo que no sabíamos hasta hace poco es que Guy Trentham tuvo una hija llamada Margaret Ethel.

—¿Tiene alguna prueba que demuestre esa afirmación tan descabellada? —dijo Birkenshaw, enderezando la espalda en su silla.

—La prueba es el extracto bancario que le envié a su casa el domingo por la mañana.

—Extracto, me apresuro a añadir —dijo Birkenshaw—, que no debería haber visto nadie más que mi cliente.

Miró de reojo a Nigel Trentham, que se estaba encendiendo un cigarrillo.

—Estoy de acuerdo —dijo Charlie, levantando la voz—. Me pregunté qué habría hecho la señora Trentham en mi lugar, eso es todo.

Baverstock hizo una mueca, temiéndose que su amigo estuviera a punto de perder los estribos.

—Fuera quien fuese esa chica —continuó Charlie—, consiguió que su nombre constara en los archivos policiales como única hija con vida de Guy Trentham y pintó un cuadro que ha adornado el comedor de un orfanato de Melbourne durante más de veinte años. Un cuadro, me atrevería a añadir, que solo podría ser reproducido por la misma persona que lo creó

originalmente. Mejor que una huella dactilar, ¿no creen ustedes? ¿O también eso son «meras conjeturas»?

—Lo único que demuestra ese cuadro —replicó Birkenshaw— es que la señorita Ross residió en un orfanato de Melbourne en algún momento entre 1924 y 1945. Sin embargo, tengo entendido que no recuerda ningún detalle sobre su paso por dicho orfanato, ni siquiera sobre su directora. ¿Estoy desencaminado, señorita Ross?

Se giró para mirar directamente por primera vez a Cathy.

Esta asintió con la cabeza a regañadientes, pero persistió en su silencio.

—Menudo testigo —dijo Birkenshaw, sin esforzarse por disimular el sarcasmo que rezumaba su voz—. Ni siquiera es capaz de corroborar la historia que se ha inventado para beneficiarla. Su nombre es Cathy Ross, eso es lo único que sabemos. A pesar de todas sus supuestas pruebas, no hay nada que la vincule con sir Raymond Hardcastle.

—Hay varias personas que pueden confirmar esa «historia», como usted la llama —dijo Charlie, metiéndose de nuevo en la conversación. Baverstock arqueó una ceja, puesto que a él no le habían enseñado nada que respaldara esas palabras, por mucho que quisiera creer a sir Charles.

—Saber que se crio en un orfanato de Melbourne no corrobora nada —dijo Birkenshaw, apartándose un mechón que se le había caído sobre la frente—. Lo repito: aunque estuviéramos dispuestos a creer todas sus disparatadas teorías sobre ese imaginario encuentro entre la señora Trentham y la señorita Benson, eso seguiría sin demostrar que la señorita Ross y Guy Trentham comparten el mismo linaje.

—Quizá desee comprobar su grupo sanguíneo usted mismo —sugirió Charlie. El señor Baverstock arqueó ambas cejas en esta ocasión: ninguna de las dos partes había dicho nada de grupos sanguíneos hasta ese momento.

—Un grupo sanguíneo, sir Charles, que comparte la mitad de la población mundial.

Birkenshaw estiró las solapas de su chaqueta.

—Ah, con que ya lo había mirado —dijo Charlie con gesto triunfal—. Así que debía de corroerlo esa duda.

—Por lo que a la identidad del legítimo heredero del Fondo Hardcastle respecta, le aseguro que no me corroe absolutamente ninguna duda —dijo Birkenshaw antes de girarse hacia Baverstock—. ¿Hasta cuándo vamos a prolongar esta farsa?

Subrayó su pregunta con un exagerado suspiro.

—Hasta que alguien haya conseguido convencerme de que la herencia de sir Raymond le corresponde —dijo Baverstock, cuya voz se mantenía fría y autoritaria.

—¿Qué más quiere? —preguntó Birkenshaw—. Mi cliente no tiene nada que ocultar, mientras que la señorita Ross parece no tener nada que ofrecer.

—En tal caso, señor Birkenshaw —dijo Baverstock—, quizá pueda explicarme usted por qué la señora Ethel Trentham emitió tantos pagos a lo largo de los años a nombre de la señorita Benson, la directora del orfanato de St. Hilda, en Melbourne, donde creo que todos aceptamos que la señorita Ross vivió entre 1927 y 1942.

—Nunca he tenido el honor de representar a la señora Trentham…, ni a la señorita Benson, por cierto…, por lo que no estoy en disposición de ofrecer opinión alguna sobre ese particular. Y usted tampoco.

—A lo mejor su cliente conoce el porqué de esos pagos —intervino Charlie—. Quizás él nos

pueda ofrecer su opinión.

Los dos se volvieron hacia Nigel Trentham, que apagó su colilla con parsimonia sin hacer el menor ademán de querer decir nada.

—No hay ninguna razón para que mi cliente se digne responder a una pregunta tan hipotética —sugirió Birkenshaw.

—Pero si su cliente está tan poco dispuesto a hablar por sí mismo —dijo Baverstock—, me temo que cada vez me costará más aceptar que no tiene nada que ocultar.

—Eso es indigno de usted, caballero —repuso Birkenshaw—. Usted mejor que nadie sabe perfectamente que, cuando un abogado representa a su cliente, se da por sentado que este no tiene por qué abrir la boca. De hecho, ni siquiera hacía falta que el señor Trentham asistiera a esta reunión.

—Esto no es un juzgado —lo atajó Baverstock—. En cualquier caso, sospecho que el abuelo del señor Trentham habría desaprobado esta táctica.

—¿Insinúa que mi cliente debería renunciar a sus derechos legales?

—Por supuesto que no. Sin embargo, debido a esta reticencia a ofrecernos su versión de los hechos, me siento incapaz de llegar a una conclusión. Tendré que recomendarles a ambas partes que diriman sus diferencias ante un tribunal, como estipula claramente la cláusula número veintisiete del testamento de sir Raymond.

Otra cláusula sobre la que él no sabía nada, pensó Charlie apesadumbrado.

—Pero un caso como este podría tardar años en zanjarse en los tribunales —protestó Birkenshaw—. Además, ambas partes podrían incurrir en unos gastos cuantiosos. Me cuesta creer que sir Raymond deseara algo así.

—Puede usted creer lo que le parezca —dijo Baverstock—. Pero al menos así su cliente disfrutaría de una oportunidad para explicarle a un jurado el porqué de esos pagos periódicos…, si es que conocía su existencia, claro está.

Birkenshaw pareció titubear por primera vez, pero Trentham, que todavía no había abierto la boca, se limitó a sacar otro cigarrillo.

—Un jurado también podría considerar que la señorita Ross no es más que una oportunista —sugirió Birkenshaw, cambiando de estrategia—. Una oportunista que, tras tropezarse con una buena historia, vino a Inglaterra con la intención de hacer que los hechos encajaran con sus circunstancias particulares.

—¿Y qué circunstancias son esas? —replicó Charlie—. ¿Ingresar en un orfanato de Melbourne cuando tenía tres años? Exactamente al mismo tiempo que Guy Trentham ingresaba en la cárcel.

—Casualidad —dijo Birkenshaw.

—Un orfanato al que llegó acompañada por la señora Trentham, que después empezó a enviar dinero con regularidad a la señorita Benson, su directora. Pagos que cesaron al morir dicha directora. Debía de estar guardando algún secreto importante.

—Circunstancial de nuevo —dijo Birkenshaw—. Y lo que es más, inadmisible.

Nigel Trentham se inclinó hacia delante y se dispuso a hacer algún comentario, pero su abogado apoyó la mano derecha con firmeza en su brazo.

—No picaremos con esas estratagemas de matón de patio de colegio, sir Charles. Estratagemas que me parecen más propias de Whitechapel Road que de Lincoln’s Inn.

Charlie se levantó de la silla de un salto con los puños apretados y dio un paso hacia Birkenshaw.

—Calma, sir Charles —dijo Baverstock en tono tajante.

A regañadientes, Charlie se detuvo a medio metro de distancia de Birkenshaw, que no se inmutó. Tras un momento de vacilación, recordó el consejo de Daphne y regresó a su silla. El abogado de Trentham continuaba mirándolo fijamente, desafiante.

—Como iba diciendo —continuó Birkenshaw—, mi cliente no tiene nada que ocultar. Y no necesitará recurrir a la violencia para demostrar que la verdad está de su parte.

Charlie abrió los puños, pero no bajó la voz cuando replicó:

—Espero que su cliente se digne responder a la pregunta de por qué su madre consideró necesario pagarle grandes sumas de dinero a una mujer que vivía en la otra punta del mundo y a la que, según usted, no conocía. Y por qué un tal Walter Slade, chófer del club de campo Victoria, llevó a la señora Trentham al orfanato de St. Hilda el 20 de abril de 1927 en compañía de una niña de la edad de Cathy que se llamaba Margaret. Una niña a la que abandonó allí. Estoy seguro de que, si le pedimos a un juez que investigue la cuenta de la señorita Benson, descubrirá que esos pagos se remontan al día en que la señorita Ross ingresó en St. Hilda. Al fin y al cabo, sabemos que los ingresos se cancelaron la misma semana que la señorita Benson falleció.

Escandalizado por el ímpetu y la temeridad de Charlie, el señor Baverstock levantó una mano con la esperanza de contener más estallidos de ira.

Birkenshaw, por el contrario, no pudo reprimir una sonrisita taimada.

—Sir Charles, puesto que no goza usted de la representación de un abogado, permítame recordarle un par de dolorosas verdades. Para empezar, me gustaría dejar una cosa muy clara: mi cliente me ha asegurado que hasta ayer desconocía la existencia de esa tal señorita Benson. En cualquier caso, ningún juez inglés posee la autoridad necesaria para investigar una cuenta australiana, a menos que tenga motivos para pensar que se ha cometido un delito en ambos países. Más aún, sir Charles, dos de sus testigos clave están tristemente fallecidos, en tanto el tercero, el señor Walter Slade, no va a hacer ningún viaje a Londres porque nadie puede citarlo.

»Pasemos ahora a su afirmación, sir Charles, de que a un jurado le sorprendería que mi cliente no compareciera como testigo para declarar a favor de su madre. Sospecho que la verdadera sorpresa sería enterarse de que el testigo principal de este caso, la demandante, tampoco está dispuesta a testificar para defender su propio caso porque no recuerda prácticamente nada de lo que pasó en aquella época en cuestión. No creo que encuentre ni un solo abogado en todo el país dispuesto a someter a la señorita Ross a semejante experiencia cuando las únicas palabras que va a pronunciar en respuesta a cualquier pregunta cuando esté en el estrado serán: «Lo siento, pero no me acuerdo». ¿O es posible que sencillamente no tenga nada creíble que decir? Permítame asegurarle, sir Charles, que no nos importaría en absoluto acudir a los tribunales, porque usted saldría de ellos convertido en un hazmerreír.

A juzgar por la expresión de Baverstock, Charlie dedujo que la batalla estaba perdida. Miró a Cathy con gesto cariacontecido. La muchacha se mantenía tan impasible como cuando empezó la reunión, hacía una hora.

Baverstock se quitó las gafas con parsimonia y las limpió con el pañuelo que había sacado del bolsillo de su pechera.

—Reconozco, sir Charles —dijo por fin—, que no veo ninguna razón de peso para llevar este

caso a los tribunales. De hecho, creo que sería una irresponsabilidad por mi parte. A no ser, por supuesto, que la señorita Ross aporte nuevas pruebas sobre su identidad o corrobore al menos todas las declaraciones que usted ha hecho en su nombre. —Se volvió hacia Cathy—. Señorita Ross, ¿le gustaría decir algo, llegado este punto?

Los cuatro hombres volcaron toda su atención sobre Cathy, la cual, sentada en silencio, estaba frotándose el pulgar y el índice bajo la barbilla.

—Le pido perdón, señorita Ross —dijo Baverstock—. No me había dado cuenta de que estuviera usted intentando llamar mi atención.

—No, no, soy yo la que debería disculparse, señor Baverstock —dijo Cathy—. Lo hago siempre cuando me pongo nerviosa. Me recuerda a la reliquia que me dio mi padre cuando era pequeña.

—¿Su padre le dio una reliquia? —murmuró el señor Baverstock, preguntándose si lo había oído bien.

—Sí. —Cathy se desabrochó el botón superior de la blusa y sacó la medalla en miniatura que colgaba de una cadenita dorada.

—¿Eso te lo dio tu padre? —preguntó Charlie.

—Oh, sí —dijo Cathy—. Es el único recuerdo tangible que conservo de él.

—¿Puedo ver ese colgante, por favor? —preguntó Baverstock.

—Por supuesto. —Cathy se sacó la cadena dorada por la cabeza y le pasó la medalla a Charlie. Este examinó la miniatura un momento antes de dársela al señor Baverstock.

—No soy ningún experto en medallas —dijo Charlie—, pero yo juraría que eso es una cruz militar en miniatura.

—¿No le habían concedido la cruz militar a Guy Trentham? —preguntó Baverstock.

—En efecto —dijo Birkenshaw—. Y también estudió en Harrow. Pero el hecho de llevar su antigua corbata de la escuela no demuestra que mi cliente sea su hermano. No demuestra nada, de hecho, por lo que no se podría presentar como prueba ante un tribunal. Al fin y al cabo, debe de haber cientos de cruces militares circulando por ahí. La señorita Ross podría haber comprado esa baratija en cualquier tienda de Londres tras planear que los hechos relacionados con la vida de Guy Trentham encajaran con su pasado. No pretenderá que caigamos en esa argucia tan burda, sir Charles.

—Le aseguro, señor Birkenshaw —dijo Cathy mirando directamente al abogado—, que esta medalla en particular me la dio mi padre. Quizá él ya no tuviera derecho a llevarla, pero no olvidaré nunca cómo me la puso en el cuello.

—Es imposible que esa sea la cruz militar de mi hermano —dijo Nigel Trentham, hablando por primera vez—. Es más, puedo demostrarlo.

—¿Qué es lo que puede demostrar? —preguntó Baverstock.

—¿Está seguro…? —empezó a decir Birkenshaw, pero esta vez fue Trentham el que apoyó una mano con firmeza en el brazo del abogado.

—Puedo demostrar sin lugar a dudas, señor Baverstock —continuó Trentham—, que la medalla que tiene delante no es la cruz militar que le concedieron a mi hermano.

—¿Y cómo se propone hacer eso? —preguntó Baverstock.

—La medalla de Guy era única. Cuando le concedieron la cruz militar, mi madre llevó la original a Spink’s y encargó que grabaran las iniciales de Guy en el borde de una de las aspas.

Esas iniciales solo pueden verse bajo la lupa. Lo sé porque la medalla que recibió en el Marne todavía está en la repisa de la chimenea de mi casa, en Chester Square. Si alguna vez hubiera existido una miniatura, mi madre habría pedido que grabaran sus iniciales de la misma manera.

Todos guardaron silencio mientras Baverstock abría un cajón de su escritorio y sacaba la lupa con mango de marfil que solía utilizar para descifrar los manuscritos menos legibles. Acercó la medalla a la luz e inspeccionó los bordes de las pequeñas aspas de plata uno por uno.

—Está usted en lo cierto —admitió Baverstock mientras volvía a mirar a Trentham—. Queda demostrado sin lugar a dudas.

Le pasó la medalla y la lupa al señor Birkenshaw, que inspeccionó la cruz militar durante unos instantes a su vez antes de devolvérsela a Cathy con una inclinación de cabeza.

—¿Las iniciales de su hermano eran G.F.T.? —preguntó el abogado, volviéndose hacia su cliente.

—Correcto. Guy Francis Trentham.

—En tal caso, lo único que me queda por añadir es que debería haber mantenido usted la boca cerrada.

BECKY

1964-1971

48

No me creí que Guy Trentham hubiera muerto realmente hasta que Charlie irrumpió en la sala de estar esa noche.

Me quedé sentada en silencio mientras mi marido daba vueltas de un lado a otro por toda la habitación, rememorando con fruición hasta el último detalle del enfrentamiento que había tenido lugar en el despacho del señor Baverstock unas horas antes.

Había amado a cuatro hombres en mi vida, con un abanico de emociones que iban desde la adoración hasta la devoción, pero solo Charlie abarcaba el espectro completo. Sin embargo, en su momento de mayor triunfo, supe que iba a recaer sobre mí la responsabilidad de arrebatarle lo que él más quería.

Nigel Trentham había accedido a desprenderse de sus acciones a precio de mercado en el plazo de quince días a partir de esa reunión azarosa. Ahora que la tasa de interés había subido hasta el ocho por ciento, era comprensible que no le apeteciera enzarzarse en una batalla tan encarnizada como interminable para demostrar su supuesto derecho a recibir la herencia de los Hardcastle.

El señor Baverstock, en representación del fondo, compró todas sus acciones por algo más de siete millones de libras. A continuación, el veterano abogado le recomendó a Charlie que convocara una asamblea extraordinaria para informar a la junta de lo que había ocurrido. También le advirtió que disponía de dos semanas para notificar los detalles de la transacción al resto de los accionistas.

Hacía mucho que no me generaba tanta expectación una reunión de la junta.

Aunque fui de las primeras en sentarme a la mesa de la asamblea esa mañana, todos los directivos llegaron mucho antes de la hora convenida.

—¿Ausentes? —preguntó el presidente a las diez en punto.

—Nigel Trentham, Roger Gibbs y Hugh Folland —enumeró Jessica en tono solemne.

—Gracias. Las actas de la última reunión —dijo Charlie—. ¿Puedo confirmar su validez con mi firma?

Eché un vistazo a mi alrededor. Daphne, vestida con un alegre conjunto amarillo, estaba llenando de garabatos su copia de las actas en cuestión. Tim Newman, tan elegante como siempre, se limitó a asentir con la cabeza mientras Simon le pegaba un trago al vaso de agua que tenía delante; cuando su mirada se cruzó con la mía, lo levantó a modo de brindis. Ned Denning susurró algo inaudible al oído de Bob Makins mientras Cathy hacía una marca junto al punto número dos. Paul Merrick era el único que no parecía estar disfrutando con la ocasión. Miré a Charlie de nuevo.

Puesto que nadie se manifestó en contra de la moción, Jessica desdobló la última hoja de las actas para que Charlie pudiera estampar su firma al pie de las mismas. Lo vi sonreír cuando

releyó las últimas instrucciones que le había dado la junta en la reunión anterior: «Señor presidente, intente llegar a un acuerdo amistoso con el señor Nigel Trentham en relación con el traspaso de poderes de Trumper's».

—¿Alguna duda sobre el orden del día? —preguntó Charlie. Cuando nadie más dijo nada, su mirada volvió a posarse en la agenda—. Punto número cuatro, el futuro de… —empezó, pero entonces todos intentamos hablar a la vez.

Tras restaurar el orden en la medida de lo posible, Charlie sugirió que sería recomendable que el director ejecutivo nos pusiera al corriente de los últimos acontecimientos. Me sumé a las voces de aprobación que suscitó su propuesta.

—Gracias, señor presidente —dijo Arthur Selwyn mientras sacaba unos documentos del maletín que tenía junto a su silla. El resto de la junta esperó pacientemente—. Todos los miembros de la junta ya deben de estar al corriente de que —empezó, sonando como el antiguo empleado público que siempre había sido—, después de que Nigel Trentham anunciara que ya no pensaba intentar hacerse con el control de Trumper's, las acciones de la compañía cayeron de su máximo de dos libras con cuatro chelines al precio actual de una libra con diecinueve chelines.

—Todos somos capaces de seguir los caprichos del mercado de valores —intervino Daphne —. Lo que me gustaría saber es qué ha pasado con las acciones personales de Trentham.

No me uní al coro de aprobación que suscitaron sus palabras, puesto que ya conocía hasta el último detalle del acuerdo.

—Las acciones del señor Trentham —dijo el señor Selwyn, continuando como si no hubiera habido ninguna interrupción—, tras el acuerdo alcanzado entre sus abogados y los de la señorita Ross, fueron adquiridas hace dos semanas por el señor Baverstock en representación del Fondo Hardcastle al precio de dos libras con un chelín cada una.

—¿Y el resto de la junta puede saber a qué se debe este acuerdo tan oportuno? —preguntó Daphne.

—Recientemente ha salido a la luz —respondió Selwyn— que, en el transcurso del último año, el señor Trentham había acumulado una cantidad considerable de acciones de la compañía con dinero prestado, lo que lo llevó a acumular un gran descubierto…, descubierto que, según tengo entendido, ya no puede sostener. Eso lo ha llevado a vender el total de su presencia en la empresa…, aproximadamente el veintiocho por ciento…, directamente al Fondo Hardcastle al precio de mercado actual.

—¿Ah, sí? —dijo Daphne.

—Sí —dijo Charlie—. Y quizás a la junta también le interese saber que durante la semana pasada he recibido tres cartas de dimisión: la del señor Trentham, la del señor Folland y la del señor Gibbs. Me he tomado la libertad de aceptar esas dimisiones en nombre de toda la junta.

—Una libertad nada desdeñable —replicó Daphne.

—¿Cree que no deberíamos haber aceptado esas tres dimisiones?

—Eso es precisamente lo que creo, señor presidente.

—¿Puedo preguntarle por qué, lady Wiltshire?

—Porque son puramente egoístas, señor presidente. —Me pareció detectar una risita disimulada en la voz de Daphne mientras esta esperaba hasta asegurarse de haber captado la atención de todos los miembros de la junta—. Esperaba que se nos brindase la oportunidad de

despedirlos y ponerlos a las tres de patitas en la calle.

Pocos miembros de la junta consiguieron mantenerse serios al escuchar sus palabras.

—Que no conste en acta —dijo Charlie, volviéndose hacia Jessica—. Gracias, señor Selwyn, por su excelente resumen de la situación actual. Y ahora, puesto que no creo que consigamos nada volviendo una y otra vez sobre el mismo asunto, pasemos al punto número cinco, la sucursal bancaria.

Charlie se reclinó con cara de satisfacción mientras Cathy nos informaba de que las nuevas instalaciones estaban generando unos ingresos mensuales nada desdeñables y que era de prever que, al menos a corto plazo, los resultados continuasen yendo en aumento.

—De hecho —dijo—, creo que ha llegado el momento de que Trumper's les ofrezca a sus clientes habituales su propia tarjeta de crédito, ya que…

Miré fijamente la cruz militar en miniatura que colgaba de una cadenita de oro alrededor del cuello de Cathy, el eslabón perdido en cuya existencia el señor Roberts siempre había insistido. Aunque Cathy seguía sin recordar gran parte de su vida antes de venir a trabajar a Londres, el doctor Atkins nos había aconsejado que dejáramos de perder el tiempo con el pasado y nos concentráramos en el futuro.

Nadie dudaba que, cuando llegara el momento de elegir un nuevo presidente, no habría que irse muy lejos para encontrarlo. El único problema al que me enfrentaba ahora pasaba por convencer al presidente actual de que quizás hubiera llegado el momento de cederle su lugar a alguien más joven.

—¿Tiene usted algo en contra de los límites sugeridos para esas tarjetas, señor presidente? —preguntó Cathy.

—No, no, me parecen sensatos —replicó Charlie, que parecía inusitadamente distraído.

—Me temo que no estoy de acuerdo en esta ocasión, señor presidente —dijo Daphne.

—¿Puedo preguntarle por qué, lady Wiltshire? —preguntó Charlie con una sonrisa conciliadora.

—En parte porque lleva por lo menos diez minutos sin escuchar ni una sola palabra de lo que se está debatiendo —declaró Daphne—, así que, ¿cómo va a saber a qué le está dando su conformidad?

—Culpable —reconoció Charlie—. Confieso que tenía la cabeza en otra parte. Sin embargo —continuó—, he leído el informe de Cathy sobre este particular y mi sugerencia es que los límites varíen de un cliente a otro, en función de su solvencia crediticia. También es posible que debamos contratar a alguien que se haya formado en la ciudad, más que en el sector minorista. Pese a todo, seguiré necesitando un calendario detallado si nos queremos plantear en serio la implantación de esta medida, a ser posible para la próxima asamblea. ¿Lo ve usted factible, señorita Ross?

Charlie había formulado la pregunta con firmeza, sin duda con la esperanza de haber escapado de las fauces de Daphne con otra muestra de sus características dotes para la improvisación.

—Lo tendré todo preparado para someterlo a la evaluación de la junta una semana antes de nuestra próxima reunión.

—Gracias —dijo Charlie—. Punto número seis. Cuentas.

Escuché con atención mientras Selwyn presentaba las últimas cifras, departamento por

departamento. Me fijé una vez más en que Cathy hacía preguntas y pedía explicaciones cuando le parecía que el motivo detrás de cualquier pérdida o innovación no estaba claro. Me recordaba a Daphne, solo que mejor informada y más profesional.

—¿Qué beneficios prevemos para 1965? —inquirió.

—Aproximadamente novecientas veinte mil libras —replicó Selwyn, deslizando el dedo por una columna de números.

Fue en ese momento cuando supe lo que tenía que conseguir antes de convencer a Charlie para que solicitara la jubilación.

—Gracias, señor Selwyn. ¿Podemos pasar al punto número siete? —dijo Charlie—. El nombramiento de la señorita Cathy Ross como vicepresidenta de la junta. —Tras quitarse las gafas, añadió—: Supongo que no hará falta pronunciar ningún discurso para explicar…

—Estoy de acuerdo —dijo Daphne—. Me produce un placer inconmensurable respaldar la candidatura de la señorita Ross como vicepresidenta de Trumper's.

—Secundo la moción —dijo Arthur Selwyn. No pude disimular una sonrisa al ver que Charlie se había quedado con la boca abierta. Aun así, consiguió preguntar:

—¿A favor?

Levanté la mano junto con todos los demás, salvo un directivo.

Cathy se puso de pie y pronunció un breve discurso de aceptación en el que dio las gracias a la junta por confiar en ella y subrayó su compromiso absoluto con el porvenir de la compañía.

—¿Más asuntos? —preguntó Charlie mientras empezaba a recoger los papeles.

—Sí —replicó Daphne—. Después del placer que ha supuesto para mí proponer la candidatura de la señorita Ross como vicepresidenta, creo que ha llegado el momento de que presente mi dimisión.

—Pero ¿por qué? —preguntó Charlie, desconcertado.

—Porque el mes que viene cumpliré sesenta y cinco años, señor presidente, y considero que es edad más que adecuada para dejar paso a la savia nueva.

—En tal caso, lo único que puedo decir es… —empezó Charlie, y en esta ocasión ninguno de nosotros intentó evitar que pronunciara un discurso conmovedor. Cuando hubo terminado, todos aporreamos la mesa con la palma de la mano.

Una vez restaurado el orden de nuevo, Daphne se limitó a decir:

—Gracias. Jamás habría soñado que una inversión de sesenta libras fuese a reportarme semejantes dividendos.

Escasas semanas después de que Daphne dejara la empresa, cada vez que la junta debatía sobre algún asunto espinoso, Charlie me confesaba en privado que echaba de menos la desquiciante sensatez de la marquesa.

—Me pregunto si también echaras de menos mis reprimendas cuando sea yo la que presente su dimisión —observé.

—¿De qué estás hablando, Becky?

—Tan solo de que a mí me faltan un par de años para cumplir los sesenta y cinco y pienso seguir el ejemplo de Daphne.

—Pero…

—Nada de peros, Charlie —lo interrumpí—. El número uno se dirige prácticamente solo…,

sobre todo desde que me llevé al joven Richard Cartwright de Christie. En cualquier caso, habría que ofrecerle un puesto en la junta. Al fin y al cabo, está asumiendo casi toda la responsabilidad sin recibir ningún crédito.

—Bueno, pues te diré una cosa —replicó Charlie, desafiante—. Yo no pienso dimitir ni aunque llegue a los setenta.

A lo largo de 1965 abrimos tres nuevos departamentos: el «juvenil», especializado en discos y ropa, dotado de su propia cafetería; una agencia de viajes, para cubrir la creciente demanda de vacaciones en el extranjero; y una tienda de regalos, «para el hombre que lo tiene todo». Cathy también le recomendó a la junta que, después de casi veinte años, quizás el viejo carretón necesitara un lavado de cara completo. Charlie me confesó que no le convencía una remodelación tan radical, y me recordó la teoría fordiana de que uno nunca debería invertir en algo que requiriese alimentación o una nueva mano de pintura periódica. Sin embargo, puesto que tanto Arthur Selwyn como el resto de los directivos opinaban sin lugar a dudas que ese programa de reacondicionamiento debería haberse puesto en práctica hacía ya mucho tiempo, las protestas de Charlie cayeron en saco roto.

Mantuve mi promesa (o amenaza, según Charlie) y dimití tres meses antes de cumplir los sesenta y cinco, lo que dejó a Charlie como único directivo superviviente de la junta original.

Por primera vez, que yo recordara, Charlie me confesó que empezaban a pesarle los años. Admitió que, cada vez que leía las actas de la asamblea anterior, miraba a las personas sentadas alrededor de la mesa y se daba cuenta de lo poco que tenía en común con la mayoría de los demás directivos. Las «estrellas en alza», como los denominaba Daphne. Economistas, expertos en adquisiciones y relaciones públicas, todos ellos aparentemente desvinculados del único elemento que a Charlie siempre le había importado: el cliente.

Hablaban de déficits financieros, de opciones de préstamo y de la necesidad de poseer ordenador propio, a menudo sin molestarse en solicitar la opinión de Charlie.

—¿Qué puedo hacer al respecto? —me preguntó después de una asamblea en la que reconoció que apenas si había abierto la boca.

Arrugó el ceño cuando escuchó mi consejo.

Un mes más tarde, Arthur Selwyn anunció en la asamblea general anual que los beneficios brutos de 1966 ascenderían a 1.078.600 £. Charlie me miró fijamente mientras yo asentía vigorosamente con la cabeza desde la primera fila. Esperó al apartado dedicado a «otros asuntos» antes de levantarse e informar a todos los presentes de que pensaba que había llegado el momento de retirarse. El carretón tendría que entrar en la década de los setenta guiado por otras manos, añadió.

La sorpresa fue generalizada. Surgieron voces que hablaban del fin de una era, de que nadie podría reemplazarlo jamás, de que las cosas no volverían a ser como antes… Pero nadie le sugirió a Charlie que reconsiderara su postura.

Veinte minutos más tarde dio la asamblea por terminada.

49

Fue Jessica Allen la que avisó a la nueva presidenta de que un tal señor Corcran, de la galería Lefevre, había llamado para decir que aceptaba su oferta de ciento diez mil libras.

Cathy sonrió.

—Ya solo resta acordar una fecha y mandar las invitaciones. Jessica, ten la amabilidad de llamar a Becky por mí.

La primera propuesta que Cathy había presentado a la junta tras resultar elegida tercer presidente de Trumper's por unanimidad había sido nombrar a Charlie presidente vitalicio y organizar una cena en su honor en el hotel Grosvenor House. A la ocasión asistieron todos los empleados de Trumper's, con sus cónyuges, y muchas de las amistades que Charlie y Becky habían forjado a lo largo de casi siete décadas. Charlie presidió la mesa de honor esa noche, uno más de los mil setecientos setenta invitados que abarrotaban el inmenso salón.

Ni siquiera Percy fue capaz de encontrarle ninguna pega a la cena de cinco platos. Ya con una copa de brandy en la mano y un enorme puro de Trumper's en los labios, Charlie se inclinó hacia Becky para susurrar:

—Ojalá tu padre pudiera ver esta fiesta. Aunque él se habría negado a venir, por supuesto —añadió—, a menos que le hubiéramos permitido ser el proveedor de todo esto, desde los merengues glaseados a los bollos de pan.

—Ojalá Daniel también pudiera compartir con nosotros esta velada —replicó Becky, apesadumbrada. Instantes después, Cathy se puso de pie y pronunció un discurso que disipó cualquier posible duda sobre su idoneidad para tomar el relevo de Charlie. Concluyó invitando a todos los presentes a brindar por la salud del fundador y primer presidente vitalicio de la compañía. Cuando cesaron los aplausos, se agachó y sacó algo de debajo de su silla.

—Charlie —dijo—, esto es un humilde recuerdo de parte de todos nosotros para agradecerte el sacrificio que tuviste que hacer una vez a fin de mantener Trumper's a flote.

Cathy se giró y le entregó un cuadro al óleo a Charlie, cuya sonrisa de expectación se evaporó al ver la imagen plasmada en el lienzo. Se quedó boquiabierto y se le cayó el puro en la mesa mientras lo contemplaba con una mezcla de asombro e incredulidad. Tardó un buen rato en animarse a soltar *Los comedores de patatas* y levantarse para responder a todas las voces que le pedían a coro:

—¡Que hable! ¡Que hable!

Charlie empezó recordándoles a los asistentes una vez más cómo el origen de todo había sido el carretón de su abuelo, en Whitechapel, un carretón que ahora se alzaba orgulloso en el comedor de Trumper's. También rindió tributo al coronel, fallecido hacía ya tanto tiempo; a los pioneros de la compañía, el señor Crowther y el señor Hadlow; y a dos de sus primeros empleados, Bob Makins y Ned Denning, ambos jubilados apenas unas semanas antes que él. Concluyó homenajeando a Daphne, la marquesa de Wiltshire, que le había prestado sus primeras

sesenta libras para que todo aquello fuera posible.

—Ojalá volviera a tener catorce años —suspiró—. Yo, mi carreta y los habituales de Whitechapel Road. Aquellos fueron los días más felices de mi vida porque, veréis, en el fondo soy un simple mercader de frutas y hortalizas.

Todos se rieron, salvo Becky, que al mirar a su marido aún veía a un niño de ocho años con pantalones cortos, gorra en mano, montando guardia frente a la tienda de su padre con la esperanza de recibir un panecillo caliente.

—Me siento orgulloso de haber construido el carretón más grande del mundo y de que me acompañen esta noche quienes me han ayudado a tirar de él desde el East End hasta Chelsea Terrace. Os echaré mucho de menos a todos…, y solo puedo desear que me permitáis visitar Trumper's de vez en cuando.

Mientras Charlie se sentaba, sus empleados se pusieron en pie para vitorearlo. Se inclinó hacia Becky, le apretó la mano y dijo:

—Espero que sepas disculparme, pero se me ha olvidado decirles que todo esto lo fundaste tú, en realidad.

Becky, que no había asistido a un partido de fútbol en su vida, tuvo que pasarse horas escuchando cómo su marido le explicaba todo lo relacionado con la copa del mundo. Para empezar, la selección inglesa incluía nada menos que hasta tres jugadores del West Ham.

Durante las cuatro primeras semanas de jubilación, Charlie pareció conformarse con que Stan lo llevara en coche de Sheffield a Manchester y de Liverpool a Leeds para ver juntos los primeros partidos.

Cuando Inglaterra obtuvo una plaza en las semifinales, Charlie recurrió a todos sus contactos para conseguir dos entradas. Sus esfuerzos se vieron recompensados cuando el equipo anfitrión se clasificó para la final.

Sin embargo, a pesar de todos esos contactos, de estar dispuesto a pagar lo que hiciera falta y de haberle escrito incluso una carta a Alf Ramsey, el seleccionador de Inglaterra, Charlie se quedó sin entradas para la final. Le contó a Becky que había llegado a la difícil conclusión de que Stan y él tendrían que conformarse con ver el encuentro en la tele.

El día del partido, Charlie bajó a desayunar para descubrir dos entradas escondidas en la panera. Fue incapaz de probar sus huevos con beicon de la emoción.

—Es usted asombrosa, señora Trumper —dijo una y otra vez, intercalándolo con—: Pero ¿cómo lo has conseguido?

—Recursos —era lo único que Becky estaba dispuesta a replicar, decidida a que Charlie no se enterase de que el nuevo ordenador les había revelado que la señora Ramsey tenía una cuenta en Trumper's, después de lo cual Cathy había invitado a la mujer a formar parte del selecto grupo de clientes que recibían un descuento del diez por ciento en sus compras.

La victoria por cuatro a dos contra Alemania Federal, con tres tantos de Geoff Hurst, jugador del West Ham, no solo llevó a Charlie al borde del delirio, sino que Becky llegó a preguntarse si su marido se habría olvidado realmente de Trumper's y le iba a dejar vía libre a Cathy como presidenta.

Una semana después de su regreso del estadio de Wembley, Charlie parecía perfectamente conforme con limitarse a haraganear por la casa; sin embargo, a la segunda semana, Becky

decidió que había que hacer algo si no quería que la presencia constante de su marido la volviera loca…, a ella y a más de la mitad de los empleados domésticos de Eaton Square. El lunes de la tercera semana entró en Trumper's con la intención de hablar con el director de la agencia de viajes, y durante la cuarta semana llegaron unos billetes de las oficinas de Cunard a nombre de lady Trumper: un viaje a Nueva York a bordo del *Queen Mary*, seguido de una extensa gira por los Estados Unidos.

—Espero que pueda gobernar el carro sin mí —dijo Charlie mientras se dirigían en coche a Southampton.

—Seguro que se las apaña —repuso Becky, que había planeado pasar fuera al menos tres meses y garantizar así que Cathy dispusiera de la autonomía necesaria para llevar a cabo los planes de remodelación tal y como ella quería. Ambas sospechaban que Charlie habría hecho todo lo posible por inmiscuirse.

Becky se convenció de que eso era precisamente lo que habría ocurrido en cuanto Charlie entró en Bloomingdale's y empezó a refunfuñar sobre la falta de espacio que le impedía ver bien los artículos. Lo llevó a Macy's, donde se quejó del inexistente servicio, y cuando llegaron a Chicago le dijo a Henry Field que ya no le gustaban los escaparates que siempre habían sido la seña de identidad de su establecimiento. «Demasiado chillones, hasta para América», le aseguró al propietario. Becky habría mencionado las palabras «tacto y sutileza» de no ser porque Henry Field le dio la razón a su viejo amigo mientras le echaba la culpa al nuevo director, firme partidario del *flower power*, fuera lo que fuera eso.

La historia se repitió en Dallas, San Francisco y Los Ángeles, y tres meses más tarde, cuando Becky y Charlie embarcaron en el enorme crucero en Nueva York, el nombre de Trumper's volvía a estar en boca de Charlie. Becky se temió lo que podría ocurrir cuando pisaran tierras inglesas de nuevo.

Esperaba que cinco días de mar serena y cálida brisa atlántica les ayudaran a relajarse y consiguieran que Charlie se olvidase temporalmente de Trumper's, pero su marido se pasó la mayor parte de la travesía explicándole las ideas que se le habían ocurrido para revolucionar la empresa. Ideas que, en su opinión, habría que poner en marcha en cuanto llegaran a Londres. Fue entonces cuando Becky decidió que debía romper una lanza a favor de Cathy.

—Ya ni siquiera eres miembro de la junta —le recordó mientras tomaban el sol en cubierta.

—Soy presidente vitalicio —insistió él tras haber terminado de contarle su última idea: colocarle etiquetas de seguridad a la ropa para combatir el robo en las tiendas.

—Pero si ese es un cargo puramente honorífico.

—Majaderías. Pienso expresar mi parecer cuando…

—Charlie, estás siendo injusto con Cathy. Ya no es la gerente de menor rango de una empresa familiar, sino la presidenta de una inmensa compañía pública. Ha llegado el momento de que te alejes de Trumper's y permitas que Cathy tire del carretón por sí misma.

—¿Y qué hago yo, entonces?

—Charlie, ni lo sé ni me importa. Pero, sea lo que sea, espero que lo hagas bien lejos de Chelsea Terrace. ¿Te ha quedado claro?

Charlie se disponía a replicar cuando un oficial de cubierta se detuvo a su lado.

—Perdone que lo interrumpa, caballero.

—No interrumpe usted nada —dijo Charlie—. Bueno, ¿qué quiere que haga? ¿Organizar un

motín? ¿O el próximo partido de tenis, tal vez?

—Las dos cosas le corresponden al sobrecargo, señor —replicó el joven con una sonrisa—. El capitán me ha pedido que le pregunte si tendría la bondad de reunirse con él en el puente. Ha recibido un cable de Londres y cree que le gustaría saber lo que dice lo antes posible.

—Espero que no sean malas noticias. —Becky se sentó más erguida y dejó la novela que estaba leyendo en la mesita que tenía a su lado—. Les dije que no se pusieran en contacto con nosotros salvo en caso de emergencia.

—Bobadas —dijo Charlie—. Mira que eres pesimista. Para ti la botella siempre está medio vacía.

Se levantó y se desperezó antes de acompañar al joven oficial por la cubierta hacia el puente, explicándole por el camino cómo organizaría él un motín. Becky los siguió a un metro de distancia, sin hacer comentarios.

Cuando el oficial los hubo escoltado hasta el puente, el capitán se giró para recibirlos.

—Hemos recibido un cable de Londres, sir Charles, y he pensado que lo querría usted ver de inmediato.

Le entregó el mensaje.

—Diantre, me he dejado las gafas en la cubierta —masculló Charlie—. Será mejor que lo leas tú, Becky.

Le dio la hoja de papel a su esposa.

Becky desdobló el telegrama con dedos temblorosos y leyó el mensaje en silencio mientras Charlie escudriñaba su gesto en busca de cualquier posible pista sobre el contenido del cable.

—Y bien, ¿cómo está la botella? ¿Medio llena o medio vacía?

—Es un mensaje de palacio de Buckingham.

—Lo que te decía, no se los puede dejar a su aire un momento. A principios de mes la reina prefiere el jabón de lavanda; para la pasta de dientes, Euthynol, y en cuanto al papel higiénico… Mira que avisé a Cathy.

—No —dijo Becky—, me parece que su majestad no te quiere ver para hablar de papel higiénico, precisamente.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—Quiere saber qué título te gustaría tener.

—¿Título? —preguntó Charlie, extrañado.

—Sí. —Becky miró a su marido—. Lord Trumper, pero ¿de dónde?

La sorpresa de Becky fue equiparable al alivio de Cathy cuando vieron lo deprisa que lord Trumper de Whitechapel se enfrascaba en los quehaceres diarios de la cámara alta. Los temores de Becky sobre su incesante intromisión en los asuntos de la compañía se evaporaron en cuanto Charlie se puso el manto rojo de armiño. La rutina le traía a su esposa recuerdos de la Segunda Guerra Mundial, cuando Charlie trabajaba para el Ministerio de Alimentación de lord Woolton y ella no sabía nunca a qué hora iba a volver por las noches.

Seis meses después de que Becky le ordenara no acercarse por Trumper’s, Charlie anunció que lo habían invitado a formar parte del Comité de Agricultura, donde una vez más podría poner en práctica sus conocimientos para asesorar a sus compañeros. Incluso recuperó la costumbre de levantarse a las cuatro y media de la madrugada para familiarizarse con todos los

documentos parlamentarios que había que leer antes de asistir a las reuniones más importantes.

Cuando Charlie llegaba a casa para cenar siempre traía multitud de anécdotas sobre alguna cláusula que había propuesto ante el comité esa jornada, o cómo algún viejo inepto se había pasado toda la tarde proponiendo innumerables enmiendas a la ley sobre la caza de liebres.

En 1970, cuando Gran Bretaña solicitó ingresar en el Mercado Común, Charlie le contó a Becky que el diputado jefe le había pedido que presidiera un subcomité para la distribución de alimentos en Europa y él se sentía obligado a aceptar. A partir de ese día, cuando Becky bajaba a desayunar se encontraba con un montón de documentos y copias de las actas parlamentarias desperdigadas por todas partes, desde el estudio de Charlie a la cocina, donde siempre había alguna nota en la que su marido le explicaba que tenía que asistir a alguna asamblea del subcomité o a una reunión con algún partidario continental de la entrada de Gran Bretaña en Europa que estaba de paso por Londres en esos momentos. Hasta entonces, Becky ni siquiera se había imaginado la enorme cantidad de trabajo que tenían los integrantes de la cámara alta.

Becky mantenía el contacto con Trumper's gracias a sus visitas periódicas, todos los lunes por la mañana. Siempre acudía cuando había menos actividad y, para su sorpresa, se había convertido en la principal fuente de información para Charlie sobre lo que ocurría en la tienda.

Siempre le gustaba dedicar un par de horas a deambular por los distintos departamentos. No pudo por menos de fijarse en lo deprisa que cambiaban las modas, y en cómo Cathy siempre conseguía ir un paso por delante de sus competidores sin necesidad de recurrir a innovaciones innecesarias que pudieran suscitar las críticas de los clientes habituales.

La última parada de Cathy era invariablemente la galería de arte, para ver los cuadros que estaban a punto de salir a subasta. Hacía tiempo que había delegado esa responsabilidad en Richard Cartwright, su antiguo delegado, pero este siempre encontraba tiempo para enseñarle las últimas obras de su catálogo.

—En esta ocasión, los impresionistas frecuentemente olvidados.

—A precios que se te quedarán grabados en la memoria —replicó Becky mientras inspeccionaba los títulos de Pissarro, Bonnard y Vuillard—. Tendremos que procurar que Charlie no le eche el ojo a este lote.

—Ya es tarde —le advirtió Richard—. Se pasó por aquí el jueves, camino de la cámara de los lores, dejó una fianza por tres de los cuadros e incluso le sobró tiempo para criticar nuestros precios de salida estimados. Según él, hace unos años te compró un espectacular óleo de Renoir, *El pescador*, por el mismo precio que ahora le estoy pidiendo que pague por un Pissarro que no deja de ser el boceto descartado de otra obra más importante.

—Sospecho que no le falta razón —dijo Becky mientras hojeaba el catálogo para ver los distintos precios de salida estimados—. Y que Dios pille confesada a tu hoja de balances como se entere de que no has reservado el precio de salida de ninguno de los cuadros que le interesan. Cuando yo dirigía este departamento, los empleados se referían a él como «nuestro líder de pérdidas».

Una secretaria se acercó a ellos mientras conversaban, saludó a lady Trumper con una educada inclinación de cabeza y le entregó una nota a Richard. Este la leyó antes de volverse hacia Becky.

—La presidenta quiere saber si serías tan amable de verla antes de irte. Por lo visto hay un asunto urgente que le gustaría tratar contigo.

Richard la acompañó hasta el ascensor de la planta baja, donde Becky le dio las gracias de nuevo por su cortesía.

Mientras el ascensor se elevaba a regañadientes (otra de las cosas que Cathy aspiraba a cambiar con su plan de remodelación), Becky se preguntó para qué querría verla la presidenta; esperaba que no fuese para cancelar la cena de esa noche con ellos, puesto que sus huéspedes eran David y Barbara Field.

Aunque Cathy se había mudado aproximadamente dieciocho meses antes, de Eaton Square a un espacioso apartamento en Chelsea Cloisters, todavía quedaban para cenar por lo menos una vez al mes, y siempre invitaban a Cathy a volver a la casa cada vez que los Field o los Bloomingdale estaban en la ciudad. Becky sabía que David Field, que todavía formaba parte de la junta de la gran tienda de Chicago, se llevaría una desilusión como Cathy no pudiera estar presente esa noche, sobre todo porque la pareja regresaba a los Estados Unidos al día siguiente.

Jessica condujo a Becky directamente al despacho de la presidenta, donde Cathy estaba hablando por teléfono con el ceño inusitadamente fruncido. Mientras esperaba a que la presidenta terminara con su llamada, Becky se asomó a la ventana para contemplar el banco de madera que todavía estaba en la acera de enfrente y pensó en Charlie, al que no le había importado cambiarlo por los sillones de cuero rojo de la cámara de los lores.

—¿Cómo está Charlie? —preguntó Cathy en cuanto hubo colgado.

—Sabes lo mismo que yo —dijo Becky—. Entre semana solo lo veo por las noches, de vez en cuando, y ocasionalmente desayunamos juntos algún domingo que otro. Pero poco más, la verdad. ¿Se ha pasado por Trumper's últimamente?

—Menos a menudo que antes. Reconozco que me siento un poco culpable por haberlo exiliado de la tienda.

—No tengas remordimientos. Está más contento que nunca.

—Me alegra oírlo, aunque en estos momentos necesitaría que me asesorara sobre un asunto urgente.

—¿De qué se trata?

—Puros —dijo Cathy—. El que estaba antes al teléfono era David Field, para informarme de que a su padre le gustaría comprar una docena de cajas de su marca habitual. No hace falta enviarlas al Connaught, porque estará encantado de recogerlas en mano cuando vaya a cenar esta noche.

—¿Y dónde está el problema?

—El problema es que ni David Field ni el departamento de tabacos tienen la menor idea de qué fuma su padre. Parece ser que Charlie siempre se había ocupado personalmente de esos pedidos.

—Podrías mirar los recibos antiguos.

—Es lo primero que he hecho —dijo Cathy—, pero no hay constancia de esas operaciones por ninguna parte. Lo cual me sorprende, dado que, si no me falla la memoria, al señor Field padre le mandábamos una docena de cajas de puros al Connaught cada vez que pasaba por Londres. —Cathy arrugó el entrecejo de nuevo—. Siempre me pareció curioso. Al fin y al cabo, si una se para a pensarlo, debía de tener un departamento de tabacos importante en su propio establecimiento.

—Seguro que sí —dijo Becky—, pero no tendrían ningún habano en stock.

—¿Habanos? No te sigo.

—Durante la década de los cincuenta, el gobierno estadounidense prohibió la importación de tabaco cubano y el padre de David, que llevaba fumando una marca de habanos en particular desde mucho antes de que nadie oyera hablar de Fidel Castro, no vio motivo alguno para dejar de permitirse un capricho al que, en su opinión, tenía todo el derecho del mundo.

—¿Cómo solucionó Charlie ese problema?

—Charlie solía bajar al departamento de tabacos, elegía una docena de cajas de la marca predilecta del anciano, volvía a su despacho, retiraba todas las vitolas una por una y las reemplazaba por las de una inofensiva marca holandesa antes de volver a guardar los puros en una discreta caja de Trumper's para superar el control aduanero. Siempre se cercioraba de que no se agotara el stock. En su opinión, era lo mínimo que podía hacer por los Field después de toda la hospitalidad que nos habían prodigado a lo largo de los años.

Cathy asintió con la cabeza.

—Pero sigo sin saber cuál es esa marca de tabaco cubano a la que el señor Field tiene «todo el derecho del mundo».

—Lo ignoro —reconoció Becky—. Como tú has dicho antes, Charlie se ocupaba personalmente de esos pedidos.

—Alguien va a tener que pedirle que venga a gestionar este asunto personalmente o que nos diga al menos cuál es la marca preferida del señor Field. ¿Dónde podría encontrar al presidente vitalicio un lunes a las once y media de la mañana?

—Recluido en alguna sala de reuniones de la cámara de los lores, seguramente.

—Hoy no —dijo Cathy—. Ya he llamado por teléfono y me han asegurado que hoy no ha hecho acto de presencia. De hecho, no esperan volver a verlo en toda la semana.

—Eso es imposible. Pero si ese sitio es prácticamente su segunda casa.

—Lo mismo pensaba yo. Por eso he llamado al número uno para que me ayudes.

—Lo solucionaré enseguida —dijo Becky—. Si Jessica me pone en contacto con la cámara de los lores, sabré exactamente por quién preguntar.

Jessica regresó a su despacho, buscó el número y, en cuanto se hubo establecido la conexión, desvió la llamada al despacho de la presidenta, donde Becky descolgó el auricular.

—¿Es la cámara de los lores? Me gustaría dejar un recado… ¿Está el señor Anson? ¿No?, bueno, me gustaría dejarle un mensaje urgente a lord Trumper…, de Whitechapel… Sí, creo que tiene una reunión del subcomité de agricultura esta mañana… ¿Está seguro?... Imposible… Pero ¿usted conoce a mi marido?... Bueno, me alivia saberlo… ¿Está en…? Qué curioso… No, gracias… No, al final no voy a dejarle ese mensaje. Y tampoco hace falta que moleste usted al señor Anson, por favor. Adiós.

Becky colgó el teléfono y levantó la cabeza para ver a Cathy y a Jessica observándola fijamente, como dos niñas esperando a escuchar el final de un cuento para dormir.

—Charlie no ha ido a la cámara de los lores esta mañana. No hay ningún subcomité de agricultura. Ni siquiera es miembro del comité convencional. Y lo mejor de todo es que llevan sin verle el pelo desde hace tres meses.

—No lo entiendo —dijo Cathy—. ¿Cómo te has comunicado con él otras veces?

—A través de un número que me dio Charlie y está apuntado junto al teléfono en Eaton Square. Me conecta con un mensajero de la cámara de los lores, el señor Anson, que siempre

parece saber exactamente dónde se puede encontrar a Charlie a cualquier hora del día o la noche.

—¿Y el tal señor Anson existe? —preguntó Cathy.

—Oh, sí —dijo Becky—. Aunque por lo visto trabaja en otra planta y esta vez me han conectado directamente con la ventanilla de información general.

—¿Y qué ocurre cuando hablas con el señor Anson?

—Que Charlie me devuelve la llamada menos de una hora después, por lo general.

—Entonces, ¿qué te impide llamar al señor Anson ahora?

—Prefiero esperar —dijo Becky—. Antes me gustaría averiguar a qué ha estado dedicándose Charlie los dos últimos años. Porque está claro que el señor Anson no va a contármelo.

—Pero el señor Anson no puede ser la única persona que lo sepa —dijo Cathy—. A fin de cuentas, Charlie no vive en una burbuja.

Las dos se giraron para mirar a Jessica.

—A mí que me registren —dijo esta—. No ha vuelto a ponerse en contacto esta oficina desde el día que lo desterrasteis de Chelsea Terrace. Si Stan no almorzara en la cafetería de vez en cuando, ni siquiera sabría si Charlie sigue con vida.

—Por supuesto —dijo Becky, chasqueando los dedos—. Stan es la única persona que debe de saber lo que ocurre. Todavía recoge a Charlie a primera hora de la mañana y lo lleva a casa a última hora de la noche. Charlie no podría hacer nada sin la plena confianza de su chófer.

—De acuerdo. —Cathy consultó su agenda—. Jessica, empieza anulando mi almuerzo con el director ejecutivo de Moss Bros y dile a mi secretaria que no quiero llamadas ni interrupciones hasta haber averiguado exactamente qué ha estado tramando nuestro presidente vitalicio. Una vez hecho eso, baja a ver si encuentras a Stan en la cafetería y pídele que me llame sin demora.

Jessica salió de la habitación prácticamente corriendo mientras Cathy se volvía hacia Becky.

—¿Crees que tiene una amante? —preguntó esta en voz baja.

—¿A los setenta, de día y de noche, durante casi dos años? Si se tratara de eso, deberíamos presentarlo como toro del año en la feria de agricultura.

—Entonces, ¿a qué se dedica?

—Me apuesto lo que sea a que Charlie está sacándose el máster en la Universidad de Londres —dijo Cathy—. Siempre le escuece cada vez que le recuerdas que no llegó a completar su formación académica.

—Pero me habría encontrado libros y papeles relevantes desperdigados por toda la casa.

—Ya te los has encontrado, solo que eran los libros y papeles que él quería que vieras. Acuérdate del ingenio que demostró cuando estaba sacándose la carrera. Te la dio con queso durante ocho años.

—A lo mejor ha aceptado la oferta de alguno de nuestros competidores.

—No sería su estilo —replicó Cathy—. Es demasiado leal para eso. En cualquier caso, el secreto saldría a la luz enseguida, porque tanto la dirección como los empleados de la tienda en cuestión no se cansarían de restregárnoslo por las narices. No, la explicación tiene que ser más sencilla.

El teléfono privado sonó en el escritorio de Cathy, que lo descolgó y escuchó con atención antes de decir:

—Gracias, Jessica. Vamos para allá.

Colgó y rodeó la mesa para dirigirse a la puerta.

—En marcha. Stan está terminando de almorzar.

Becky se apresuró a seguirla y, sin decir palabra, tomaron el ascensor a la planta baja. A Joe, el veterano portero, le extrañó ver que la presidenta y lady Trumper paraban un taxi cuando sus respectivos chóferes estaban esperando pacientemente en sus puestos.

Stan cruzó la misma puerta instantes después y se sentó al volante del Rolls de Charlie antes de circular sin prisa en dirección a Hyde Park Corner, ajeno al taxi que lo estaba siguiendo. El Rolls continuó por Piccadilly y atravesó Trafalgar Square antes de girar a la izquierda, hacia el Strand.

—Se dirige a King's College —dijo Cathy—. Lo sabía…, tiene que tratarse del máster.

—Pero Stan no se detiene —observó Becky mientras el Rolls dejaba atrás la entrada de la universidad y continuaba hacia Fleet Street.

—No me puedo creer que se haya comprado todo un periódico —dijo Cathy.

—O que haya aceptado un puesto en la ciudad —añadió su amiga mientras el Rolls avanzaba hacia la Mansion House—. ¡Ya lo tengo! —exclamó Becky cuando el Rolls dejó atrás la ciudad y puso rumbo al East End—. Habrá estado ocupado con algún proyecto en el club juvenil de Whitechapel.

Stan continuó circulando hacia el este y detuvo el coche por fin frente al Centro Dan Salmon.

—No tiene sentido —dijo Cathy—. Si esto es a lo que le apetece dedicar su tiempo libre, ¿por qué te iba a ocultar la verdad? ¿Para qué urdir una farsa tan enrevesada?

—Yo tampoco me lo explico. Reconozco que estoy más desconcertada que antes, de hecho.

—Bueno, entremos ahí y salgamos de dudas.

—No. —Becky apoyó una mano en el brazo de Cathy—. Necesito reflexionar un momento antes de dar el siguiente paso. Si Charlie está planeando algo a nuestras espaldas, me sabría mal estropearle la sorpresa. Sobre todo porque fui yo la le ordenó que no volviera a poner un pie en Trumper's.

—Vale. ¿Por qué no volvemos a mi oficina y no decimos nada de nuestro descubrimiento? Al fin y al cabo, siempre podemos llamar al señor Anson en la cámara de los lores. Como sabemos, él se encargará de que Charlie nos devuelva la llamada en cuestión de una hora. Así me dará tiempo a solucionar el problema de David Field y sus puros.

Becky asintió con la cabeza y le pidió al desconcertado taxista que las llevara de regreso a Chelsea Terrace. Mientras el vehículo daba la vuelta para emprender el trayecto de regreso al West End, Becky se giró para mirar por el parabrisas trasero en dirección al centro que llevaba el nombre de su padre.

—Pare —dijo de súbito. El taxista pegó un frenazo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cathy.

Becky señaló al parabrisas trasero con la mirada fija en una figura que bajaba los escalones del Centro Dan Salmon con una gorra en la cabeza y vestido con un traje viejo y raído.

—No me lo puedo creer —dijo Cathy.

Becky se apresuró a pagar al taxista mientras Cathy se apeaba de un salto y empezaba a seguir a Stan, que caminaba en dirección a Whitechapel Road.

—¿Adónde irá? —murmuró Cathy mientras se esforzaba por no perder de vista a Stan. El chófer vestido como un pordiosero continuó recorriendo la acera a paso ligero, haciendo honor a su estancia en el ejército, lo que provocó que las dos mujeres que lo seguían tuvieran que correr

ocasionalmente para no quedarse rezagadas.

—Será a Cohen's —dijo Becky—, porque sabe Dios que no le vendría mal un traje nuevo a ese hombre.

Sin embargo, Stan se detuvo varios metros antes de llegar a la sastrería. Fue entonces cuando las dos vieron a otro hombre, también con gorra y vestido con un traje viejo, junto a una carreta flamante en la que se podían leer las palabras: «Charlie Salmon, el mercader respetable. Casa fundada en 1969».

—¡No los vendo por dos libras, señora! —declaró una voz tan vigorosa como la de cualquiera de los vendedores ambulantes más jóvenes que anunciaban sus mercancías en los alrededores—. ¡Ni por una, ni siquiera por media! ¡No, los tengo a veinte peniques!

Cathy y Becky vieron asombradas cómo Stan Russell saludaba a Charlie tocándose la visera y empezaba a llenar la cesta de una mujer para que su jefe pudiera atender a la siguiente clienta.

—¿Qué va a ser hoy, señora Bates? Tengo unos plátanos estupendos recién llegados de las Indias Occidentales. Tendría que venderlos a noventa peniques el manojo, pero por ser usted, bonita, se los dejo en cincuenta. Lo único que le pido es que no se lo cuente a todas las vecinas.

—¿Cómo están esas patatas, Charlie? —preguntó una mujer de mediana edad, muy maquillada, que apuntó con suspicacia a una de las cajas que había delante de la carreta.

—Inmejorables, señora Bates, me las han traído hoy de Jersey y le voy a decir lo que haré. Se las dejo al mismo precio que las viejas que venden mis supuestos rivales. ¿Podría tratarla mejor?

—Póngame usted un par de kilos, señor Salmon.

—Gracias, señora Bates. Atiende tú a la señora, Stan, que ya ha llegado la siguiente clienta.

Charlie se dirigió al otro lado de la carreta.

—Es un placer verla esta tarde, señora Singh. Un kilo de higos, nueces y pasas, si no me falla la memoria. ¿Y cómo está el doctor Singh?

—Ajetreado, señor Salmon, muy ajetreado.

—Entonces habrá que alimentarlo, ¿verdad? Porque como se tuerza este tiempo, es muy posible que tenga que ir a verlo para que le eche un vistazo a mi sinusitis. ¿Y la pequeña Suzika?

—Acaba de superar tres exámenes finales, señor Salmon, y en septiembre empezará ingeniería en la Universidad de Londres.

—No me lo explico —replicó Charlie mientras seleccionaba unos higos—. Ingeniería, me ha dicho… ¿Qué será lo siguiente? Conocí una vez a una chica de por aquí que se empeñó en ir a la universidad y no quiera saber para qué le ha servido. Toda su vida mantenida por el marido, si se lo puede creer. Como decía siempre mi abuelo…

A Becky se le escapó una carcajada.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Volvamos a Eaton Square —sugirió Cathy—. Allí podrás buscar el número del señor Anson y llamar a la cámara de los lores. Por lo menos así te asegurarás de que Charlie se ponga en contacto contigo en cuestión de una hora.

Becky asintió con la cabeza, pero las dos se quedaron hipnotizadas viendo como él vendedor más anciano de todo el mercado anuncia su mercancía.

—¡No los vendo por dos libras, señora! —declaró Charlie mientras usaba las dos manos para levantar un repollo—. ¡Ni por una, ni siquiera por media!

—No, los tengo a veinte peniques —murmuró Becky para sus adentros.

—¡No, los tengo a veinte peniques! —concluyó Charlie a pleno pulmón.

—¿Sabes? —dijo Becky mientras salían discretamente del mercado—. El abuelo de Charlie llegó a la nada desdeñable edad de ochenta y tres años y falleció muy cerca de aquí, donde hemos visto ahora a su señoría.

—Ha llegado muy lejos desde entonces. —Cathy levantó una mano para parar un taxi.

—Bueno, tampoco tanto —replicó Becky—. Caminando en línea recta, aproximadamente un par de kilómetros.

Sobre *El mercader respetable*

Charlie Trumper ha crecido en los suburbios de la parte este de Londres, pero sueña con poseer algún día el carromato de hortalizas y frutas de su abuelo. El día llega cuando su abuelo muere de repente y le deja en herencia un negocio con más problemas que alegrías. Con la ayuda de Becky Salmon, una joven emprendedora, Charlie toma la determinación de que todos lo conozcan como «El comerciante honesto». Sin embargo, el brutal estallido de la Gran Guerra lo alejará de casa hasta cruzarse en el camino de un peligro enemigo cuyo legado maligno sigue a Charlie y a su familia desde hace generaciones. A lo largo de más de sesenta años y a través de tres continentes, «Vuelo de cuervo» nos entrega la magnífica historia del ascenso de un hombre de los harapos a la riqueza con un tumultuoso siglo como telón de fondo.